editorial académica española

Carlos A. Page

Las otras reducciones jesuíticas

Emplazamiento territorial, desarrollo urbano y arquitectónico entre los Siglos XVII y XVIII.

Las otras reducciones jesuíticas en la provincia del Paraguay.

Emplazamiento territorial, desarrollo urbano y arquitectónico entre los Siglos XVII y XVIII.

Carlos A. Page

“Todos estáis en pecado mortal y en el vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes”

Texto de la primera Comunidad Dominica en América,
leído en el Adviento de 1511 por fray Antonio Montesinos

Índice

Algunas palabras iniciales. …. *5*

Capítulo 1. Introducción. *9*

1.1. La evangelización en Indias. *9*

1.2. Las reducciones en Perú. *20*

1.3. Los jesuitas en América y en Perú. *27*

Capítulo 2. La provincia jesuítica del Paraguay. *37*

2.1. Las misiones volantes y las primeras incursiones al Tucumán. *37*

2.2. La creación de la nueva provincia. *45*

2.3. El servicio personal, las Ordenanzas de Alfaro y el plan misional del P. Torres Bollo. *50*

Capítulo 3. La experiencia del otro lado de la cordillera (1593-1624). *58*

3.1. Primeras misiones en Chile. *58*

3.2. La propuesta de guerra defensiva del P. Valdivia. *65*

3.2.1. La misión de Chiloé. *70*

3.2.2. La misión de Arauco. *79*

3.2.3. Los primeros mártires. *83*

3.3. La evangelización después del martirio. *87*

Capítulo 4. Calchaquíes. *91*

4.1. De las primeras entradas hacia un plan de evangelización. …. *91*

4.2. El P. Morelli y sus compañeros en Calchaquí. *97*

4.3. La guerra contra los calchaquíes y la creación de reducciones estables. ….*110*

4.4. El fin de las misiones entre calchaquíes y la importante

labor del P. Torreblanca. …. *118*

4.5. Desde chozas para capillas hasta pueblos nuevos. …. *126*

Capítulo 5. La conquista del Chaco en el Siglo XVII. …. *135*

5.1. Las incursiones evangélicas en el Chaco. …. *135*

5.2. La primera reducción en el Chaco Boreal. Los PP. Roque González, Vicente Griffi y el sitio de Yacosá. …. *140*

5.2.1. La acción de los PP. Romero y Moranta. …. *146*

5.2.2. Los últimos intentos. …. *150*

5.3. La evangelización por el Chaco occidental y el encuentro con los tobas. …. *154*

5.3.1. La reducción de los ocloyas y el martirio de los PP. Ripari y Osorio. …. *158*

5.3.2. Persistencias en las entradas militares. Las efímeras reducciones de San Francisco Regis y San Francisco Javier. …. *163*

5.3.3. El último intento del Siglo XVII. La reducción de San Rafael y un nuevo martirio. …. *172*

5.3.4. Chiriguanos: entre la guerra y el evangelio. …. *177*

5.3.4.1. La fundación del colegio jesuítico de Tarija. *184*

5.3.4.2. Las reducciones de chiriguanos. …. *189*

5.3.4.3. La rebelión de 1727 y el último intento reduccional. …. *197*

5.4. La utopía de la florida cristiandad. …. *208*

Capítulo 6. Últimos intentos reduccionales en el Chaco del Siglo XVIII. …. *217*

6.1. Reducciones en la cuenca del Salado. …. *223*

6.1.1. La evangelización de los lules y el fracaso de las reducciones-fuerte. …. *223*

6.1.1.1. La invasión de Urizar y las reducciones–fuertes. …. *226*

6.1.1.2. El papel de los jesuitas y el destino de la reducción. …. *233*

6.1.1.3. La reducción de San Juan Bautista en Balbuena de isistines (1751). …. *248*

6.1.2. Los vilelas y la primera reducción de San José de Santiago (1735). …. *256*

6.1.2.1. La reducción de San José pasa a los jesuitas y se traslada a Petacas (1761-1763). ….*264*

6.1.2.2. Tres reducciones de vilelas en Macapillo, Ortega (1763) y Laguna de los Patos (1764). ..*270*

6.1.3. Malbaláes, mataguayos y tobas. …. *280*

6.1.4. La reducción-fuerte como tipología urbana del Chaco occidental. …. *295*

6.2. Mocovíes y abipones en la frontera del Paraná. …. *302*

6.2.1. El P. Paucke y las fundaciones de San Javier y San Pedro. …. *308*

6.2.2. Las cuatro reducciones de abipones. …. *323*

6.2.3. *"Mucho era el ruido, pero pocas las nueces"* según Dobrizhoffer. …. *341*

Capítulo 7. Las reducciones del centro y sur argentino. …. *346*

7.1. Las primeras incursiones misionales en la cordillera oriental. *346*

7.1.1. El P. Mascadi y el lago Nahuel-Huapi. …. *350*

7.1.2. Las tentativas reduccionales posteriores. …. *356*

7.2. Las reducciones de indios pampas y la política ocupacional de la Patagonia. …. *364*

7.2.1. El P. Cavallero y la primera reducción de pampas en Córdoba. …. *372*
7.2.2. Los insistentes pasos de un proyecto jesuítico. …. *382*
7.2.3. La primera experiencia reduccional al Sur del Salado. …. *390*
7.2.4. La expedición a la Patagonia de los PP. Strobel, Quiroga y Cardiel. …. *396*
7.2.5. La obsesión del P. Cardiel por volver a la Patagonia y la precariedad de las reducciones. …. *402*
7.3. La siempre rebelde y trágica Patagonia. …. *414*

Capítulo 8. Las últimas esperanzas para los indios. …. *420*
8.1. Reducciones en el Chaco Boreal. …. *420*
8.1.1. El P. Sánchez Labrador y los mbayá de Belén. …. *423*
8.1.2. Las reducciones de San Juan Nepomuceno de chanás y San Ignacio de mbayá. …. *431*
8.2. Las viviendas como herramienta de sustento e identidad. …. *433*

Capítulo 9. Reflexiones finales. …. *436*
Bibliografía. …. *449*

Algunas palabras iniciales.

Esta es la historia de una serie de tentativas, proyectos y realizaciones de un grupo de religiosos para llevar el Evangelio a los lugares más recónditos de la antigua Provincia Jesuítica del Paraguay, aunque teniendo como prioridad salvar la vida de cientos de personas que caían bajo la espada y la cruz de una exterminadora conquista. Exceptuamos en el trabajo las reducciones de guaraníes y chiquitos por ser temas mucho más estudiados, concentrándonos en "las otras reducciones jesuíticas", que se extendieron por lo largo y ancho del territorio del Instituto.

A partir de la implementación del régimen colonial, aparecieron las reducciones como modelo impuesto en la sociedad americana, con toda la carga discursiva del sistema ideológico que imponía una ocupación europea. Pero desde los inicios sufrieron diversas adaptaciones que las mismas culturas originarias exigían modificar como reacción a la trasformación de su propio orden espacial que no fue comprendido por los europeos.

A tal efecto, los españoles trataron de imponer un nuevo orden con el fin de obtener el control político, económico y cultural de la población conquistada. La dialéctica que planteó la resistencia fue modificando y adaptando conductas que derivaron en la creación de modelos urbanos independientes dentro de un sistema reduccional subordinado a la ocupación territorial.

De tal forma que dentro de la Provincia Jesuítica del Paraguay analizamos las otras realidades, casi ajenas y distintas al tronco guaraní. Exploramos otros territorios y las vicisitudes de una serie de intentos reduccionales que muchas veces pretendieron ser modelos de aquellas, pero por el contrario se constituyeron como alternativas, donde fue evidente la

confrontación que derivó en la percepción y semantización del espacio territorial y urbano. Dos formas de comprender que se buscó un modelo nacido de la aculturalización como instrumento de dominio.

El espacio territorial se vio fragmentado y comprometido ecológicamente, con lo que diversos grupos étnicos se correspondieron a esos cambios con consecuencias abrumadoramente nefastas.

Los estudios particulares son amplios, pero escasas las referencias a los problemas comunes que surgieron entre las intencionalidades hispanas, que son verdaderamente el eje de la discusión. Pues la concepción de vida urbana se contrapuso al original sistema de algunos grupos americanos que si bien no se entendió, tampoco servía para los intereses que se perseguían, que eran sobre todo, la extracción a ultranza de las riquezas naturales del continente.

En medio de estas tensiones aparecieron actores de una historia poco conocida. Entre ellos los jesuitas que, como institución religiosa, o más bien como grupo humano también sectorizado, se presentó con contrariedades propias de tener visiones de la realidad a veces hasta opuestas. Aunque era aplicable a diversos estamentos, de acuerdo al grado de contacto que tenían con esa realidad.

El sueño juvenil del martirio fue un anhelo impuesto y propiciado por la jerarquía del Instituto, creando consecuencias donde decenas de personas entregaron su vida no solo para salvar almas, sino para aliviar a seres humanos que eran víctimas de la codicia española que no valoraba en absoluto las vidas que se llevaban.

Las culturas originarias tenían diversas formas de organización y hasta de pensamientos religiosos. Existía una diversidad cultural a la que los europeos se enfrentaron con absoluta intolerancia.

La labor de los jesuitas se inició con su llegada al continente, pero no concluyó con el decreto de expulsión, que significó el grado máximo de

intransigencia por parte de la Corona. Se continuó combatiendo desde diversos frentes con el sentido de valorar a los habitantes locales. De allí que surgieron obras monumentales como las de Dobrizhoffer, Sánchez Labrador y Paucke, demostrando que a pesar de encontrarse marginados en el exilio, no bajaron los brazos por comunicar aquella realidad y una historia de la que fueron sus propios protagonistas. Pero también la inmensa cantidad de textos inéditos que dejaron otros jesuitas, contribuyen a enfatizar aquellas vivencias que fueron continuadas por historiadores del Instituto en los Siglos XIX y XX, y luego por una saga interminable de valiosos investigadores que aún hoy siguen redefiniendo con sus aportes, un tiempo y espacio por donde acontecieron hechos que no deben olvidarse. Porque detrás de esta historia están las ciento de miles de vidas perdidas, que en definitiva son el saldo de un proyecto religioso de dignidad humana que se enfrentó a la avaricia colonialista y que se debatió en una lastimosa tragedia.

De tal forma que el sistema reduccional y sus objetivos primigenios tampoco se constituyen negativamente en la historia, sino que dentro de ese sistema de colonialismo se presentó como una alternativa que intentaba poner fuera de riesgo a los indígenas. Amenaza que involucraba la propia vida humana.

Si bien había un modelo funcional ideologizado, su estructura es formal, en tanto y en cuanto se constituye en un sistema representativo e iconológico que intenta organizar la mentada cuadrícula dentro de una organización del territorio. A su vez estos contendrán puntos focales que articulan y dominan el espacio, manipulando el esquema formal para imponer orden dentro de la escenografía urbana.

No concebimos un análisis tan particularizado como el hábitat sin comprender, definir e introducirnos dentro del contexto de su existencia. Una historia negada de la que quedan solo algunos vestigios arqueológicos

que sería bueno recuperar para nuestra frágil memoria. Por tanto valoramos cada uno de los hechos históricos como componentes esenciales del conocimiento que ante todo busca la verdad dentro de la realidad de su tiempo.

Capítulo 1. Introducción.

1.1. La evangelización en Indias.

Inmediatamente después de formalizado el contacto entre europeos y americanos, los Reyes Católicos asumieron ante la Iglesia un compromiso consecuente para convertir a sus habitantes a la fe católica, cuando al mismo tiempo se comenzaba a vislumbrar la trata de amerindios como un pavoroso negocio que se extendía hasta en la península[1]. Así es que por intersección del embajador español en la Santa Sede, recurrieron al Papa Alejandro VI quien por el breve *"Inter caetera"*, del 3 de mayo de 1493, se les concedió la potestad de evangelizar a los habitantes de las nuevas tierras. La Santa Sede reconoció el dominio legal de las tierras descubiertas y por descubrir a los reyes de España a cambio que éstos enviaran misioneros. Pero al acordar con Portugal una parte para su dominio, el Papa firmó otra bula homónima que menciona la línea demarcatoria entre ambos reinos[2]. Tal negociación derivó luego en el Tratado de Tordecillas de 1494. Nuevas Letras Pontificias fueron aumentando aquel poder regio, como la bula *Eximia e Devotionis* del mismo pontífice de 1493, que concedía el cobro del diezmo a los reyes, la bula *Ullius fulcite praesidio* de Julio II de 1504, que autorizaba a fijar y modificar los límites de las diócesis en América, la bula *Universalis ecclesiae* de 1508 que concedía el derecho de presentar o vetar la elección de arzobispos y obispos. Tiempo después hasta se exigió que las peticiones de los obispos al Papa tuvieran un pase regio previo. Incluso la construcción de iglesias, catedrales y conventos debían

---

[1] No hay investigaciones concluyentes sobre el número de amerindios que fueron trasladados a Europa en el Siglo XV en calidad de esclavos, aunque Mira Caballos proporciona la cifra de "varios miles los que arribaron" (…) "en el quinientos, e incluso, durante la primera mitad del seiscientos" (Mira Caballos, 2007: 180).

[2] Estos documentos pontificios son las conocidas como las Bulas Alejandrinas de 1493 y que constan de cuatro documentos: el breve *Inter caetera*, la bula de la misma denominación, la bula menor *Eximiae devotionis* y la bula *Dudum siquidem.* (Gutiérrez Escudero, 1990).

tener la autorización real. Con todos estos antecedentes el Patronato Indiano quedó consolidado, mientras que las Bulas Alejandrinas se reconocieron como el primer conjunto de normas jurídicas que formaron el Derecho Indiano.

Fueron luego los Habsburgo los que cuestionaron la legalidad que tenían de la ocupación territorial y buscaron bajo todos los medios de crear un corpus legal que lo justificara. A este debate continuo de temas centrales como la legitimidad de ocupación y sometimiento, se sumó la preocupación de la Corona por agrupar a los indios en poblados para facilitar su evangelización ante la escasez de misioneros, aunque por sobre todas las cosas, con el fin de facilitar el cobro del tributo. De tal manera que fue necesario concentrar a los indios en pueblos y ciudades al estilo europeo, con lo que se facilitaría la explotación racional y organizada de los recursos naturales, se evitaría la dispersión demográfica que favorecía la soberanía, como el control territorial y poblacional, además de la aculturación, evangelización y amparo jurídico del indio.

La primera experiencia en este sentido fue iniciativa del gobernador de las Indias fray Nicolás de Ovando (1502-1509), quien había recibido Instrucciones precisas en 1501 y con mayores precisiones en 1503 para agrupar a los indígenas en pueblos viviendo bajo costumbres españolas. Sería dirigido por un administrador peninsular quien tendría la obligación de educar y evangelizar a los naturales a cambio de usar de sus servicios laborales[3]. Similares disposiciones recibió Diego Colón en 1509. Mientras que Ovando recién llevó a cabo el mandato en 1508 como una forma de experimentar si realmente los indios podían vivir solos en comunidad, al modo de los “labradores de Castilla”. Seleccionó a los caciques más “castellanizados”, dándoles varias familias en repartimiento, para que

[3] Morner, 1974: 9-10 y Ortwin Saber, 1984: 223-242.

fijaran asientos libres en Santo Domingo[4]. La experiencia fue un fracaso aunque se prolongó hasta 1514 en que el repartidor de encomiendas Rodrigo de Alburquerque decidió suprimirlas porque no lograron vivir solos en policía como querían los españoles, sirviendo como argumento para mantener las encomiendas.

De tal forma que se pensó como necesario e imprescindible que esos pueblos fueran tutelados por españoles. En este sentido los Jerónimos[5] fueron los primeros religiosos que en la isla de Santo Domingo y en América por ende, pusieron en práctica un plan reduccional[6]. Ideológicamente el modelo era de fray Bartolomé de las Casas quien en marzo de 1516 elevó el *Memorial de remedios para las Indias*[7] al

Carta plana de la Isla de Santo Domingo llamada también Española por D. Juan López 1784.

[4] Mira Caballos, 1997: 110-112.

[5] La orden de San Jerónimo (OSH Ordo Sancti Hieronymi) fue aprobada en 1373 por el papa Gregorio XI para que siguieran las reglas de San Agustín y la espiritualidad de San Jerónimo. Cuando en 1415 llegaron a veinticinco monasterios formaron la orden de San Jerónimo que tuvo gran desarrollo en España con sede en Guadalajara. La desamortización de 1836 con las expropiaciones de los bienes religiosos y sin casa donde vivir supuso el fin de la orden. Restaurada por la Santa Sede en 1925, pudo sobrevivir con grandes dificultades hasta la actualidad. Se destacó el monje catalán fray Ramón Pané, acompañante de Cristóbal Colón en su viaje a Indias. Escribió una notable obra en 1498: *Relación acerca de las antigüedades de los indios*; que trata la mitología, religión y cultura de los taínos de la isla La Española; siendo considerado el primer libro escrito en el continente americano.

[6] Mira Caballos, 2002: 9-35.

[7] Pérez de Tudela y Bueso, 1957-1958: 121.

Cardenal-Regente Francisco Jiménez de Cisneros, donde expuso que la única solución para evitar el total exterminio de los naturales era ponerlos a vivir en comunidades en libertad y suplantarlos por esclavos africanos o blancos, como así lo recomendaban los encomenderos de la isla[8].

¿Y porqué los Jerónimos?. Simplemente Cisneros los eligió porque no podían ser los franciscanos enemigos de las Casas ni los mismos dominicos comprometidos con su cofrade a quien el purpurado respetó y otorgó el título de Protector de los Indios.

Es así que el Cardenal-Regente decidió enviar a tres religiosos en calidad de gobernadores[9] con el objeto de reformar el gobierno en Indias según las precisas Instrucciones del 13 de setiembre de 1516 dadas por la reina doña Juana, aunque de clara inspiración cisneriana[10], que incluían suprimir las encomiendas y remediar los agravios que habían cometido los encomenderos contra los naturales. Las Instrucciones tratan de tres "remedios" a implementarse. El primero era crear pueblos de indios libres gobernados por sus caciques, segundo la concentración en poblados tutelados y el tercer plan mantener el sistema de encomienda vigente pero velando rigurosamente por las Leyes de Burgos (1512) que encargaban la evangelización a los encomenderos. Los pueblos, recomienda la Instrucción, deberían levantarse cerca de las minas de oro y ríos, con buenas tierras de ejido para labranza. Con una población estimada en 300 vecinos debían tener "una iglesia, lo mejor que pudiere, y plaza y calles en el tal lugar", una casa importante para el cacique, ubicada junto a la plaza y otra para hospital donde morarían no solo enfermos sino también ancianos y niños. Serían tutelados por un cacique, conjuntamente con un religioso y un administrador con tres o cuatro españoles armados que lo ayuden.

[8] Pérez Fernández, 1995: 36.

[9] Fueron ellos fray Luis de Figueroa, fray Bernardino de Manzanedo y fray Alonso de Santo Domingo.

[10] AGI, Indiferente General, Leg. 415, Libro. 2.

Completaba la organización administrativa un Cabildo elegido por este triunvirato, y entre otras disposiciones podrían instalarse españoles que se quisieran casar con alguna hija de cacique[11].

Los jerónimos iniciaron la tarea en medio de un clima poco favorable. Los vecinos de la isla se opusieron enérgicamente a los reformadores, en un contexto de crisis que tuvo varios frentes. No obstante y luego de una extensa consulta a los isleños, comenzaron su trabajo en 1517 con los taínos, extendiéndose al año siguiente con prácticamente toda la población que quedaba, hasta que retornaron a Europa en 1519, cuando todo lo obrado quedó sin efecto luego de la muerte de Cisneros y la violenta epidemia que acabó con las dos terceras parte de la población[12].

La primera dificultad que tuvieron los Jerónimos fue la deserción de uno de los sacerdotes, quedando los frailes Luis de Figueroa y Alonso de Santo Domingo; pero eso no impidió en absoluto cumplir con su objetivo, aunque no todos los encomenderos estaban dispuestos a dejar libres a sus indios. También solucionaron el difícil tema del financiamiento, pues lógicamente ni la Corona, ni mucho menos los encomenderos aportarían de sus bienes para esa empresa. Por tanto obtuvieron dinero, apartando el quinto Real y los derechos de fundición de los indios. Esto, más la renta de algunas propiedades urbanas, les permitió desarrollar la experiencia en tierras convertidas en haciendas españolas devueltas a los indios. Nombraron mayordomos y clérigos para cada una de las siete estancias, evitando que fueran encomenderos. Uno con funciones administrativas y otro velando por los aspectos espirituales. Los mayordomos a su vez eran controlados por un visitador que periódicamente recorría todas las estancias.

[11] Solano, 1996: 47.

[12] Navarro y Rodrigo, 1869: 598.

La primera inversión material en las haciendas fue la de construir capillas. Pero el plan en su segunda fase preveía levantar entre veinticinco y treinta pueblos indígenas tutelados colegiadamente por un sacerdote, un funcionario español y un cacique[13]. A principios de 1518 los jerónimos decidieron comenzar con el traslado a cuatro pueblos, de los doce proyectados hasta fin de ese año. Para la elección del sitio se designó a Antonio de Villasante, quien junto a los caciques buscaron las tierras para los pueblos en los parajes más poblados de la isla a fin de evitar innecesarios traslados.

Una vez ubicados los sitios se decidió labrar las tierras circunvecinas a fin de asegurar el posterior abastecimiento de alimento a la hora de la mudanza. Primeramente se llevó a los caciques, para que el resto se trasladara luego voluntariamente.

Los primeros gastos fueron solventados con la venta de las haciendas expropiadas. De tal manera que en cada uno de los pueblos se construyeron varios bohíos, una casa para el mayordomo o administrador y una pequeña capilla con los ornamentos necesarios.

Finalmente solo pudieron levantarse diecisiete[14] pueblos porque una tremenda epidemia de viruela acabó con la tres cuarta parte de la población. Aunque no fue el único motivo, pues además los españoles fueron a los pueblos a llevarse las cosechas y los indios quedaron desamparados y devueltos a sus encomenderos. Pero los mismos mayordomos y visitadores actuaron con malos tratos en medio de un accionar corrupto que pretendían fracasasen las reducciones a fin que se les dieran a ellos los indios en encomienda.

---

[13] Cassá, 1992: 219.

[14] De esos diecisiete pueblos tenemos noticias de al menos 15, a saber: Xaragua, Baní, Yáquimo, Verapaz, Santiago, Santa Ana, La Mejorada, Santa María de la O, San Julián, San Juan Bautista y Santo Tomé, más tres pueblos en la rivera del Minao y otro al *Çoco* (Mira Caballo, 2002: 31).

Queda claro que esta concentración en centros poblacionales surgió ante la amenaza de extinción del conglomerado y sólo muy pocos indios quedaron en libertad, mientras la encomienda pervivió en la medida que continuó la extracción del oro y fueron suplantados por esclavos africanos.

A la experiencia de La Española o Santo Domingo, siguieron otras similares como en Puerto Rico (1519) donde el mismo clérigo fue administrador y en Cuba, donde luego de las Instrucciones de 1526 recién se puso en práctica cuatro años después, con poco más de un centenar de indios, en medio de una protesta generalizada por parte de los españoles. Aún se debatía si los indios era capaces de vivir solos o tutelados de manera autosuficiente. Todos los intentos fracasaban ante la desmedida codicia de los españoles.

En 1521 el breve *Alias felices recordationis* de León X se convirtió en un hito en la materia, pues por primera vez se concedió amplias facultades apostólicas a los frailes franciscanos Juan Clapión y Francisco de los Ángeles Quiñones para que puedan predicar libremente en América [15] . Aunque no llegaron a viajar, pues el primero murió repentinamente y el segundo fue nombrado general de la Orden. Sin duda constituye el antecedente de la conocida bula *Omnímoda* del pontífice holandés Adriano VI, quien al año siguiente confirmaba la anterior y ampliaba los favores, ya no personales para determinados sujetos franciscanos, sino para todos los regulares de las órdenes mendicantes y frailes menores para evangelizar los territorios recién conquistados por Hernán Cortés[16]. Este mismo también recibió Instrucciones de la corona en 1523 para trasladar a los indios a ciudades de españoles, pero nada resultaba y cinco años después el monarca expidió nuevas ordenanzas para el buen tratamiento de los indios, aunque conservando la encomienda y las

[15] Losada, 1737.

[16] Torres, 1948.

congregaciones de indios. Es en ese mismo año cuando llegaron tres flamencos franciscanos de la Observancia: Juan de Tecto, Juan de Aroa y Pedro de Gante. Los dos primeros murieron en la expedición de Cortés a las Higueras (Honduras) de 1524, cuando llegaron los llamados primeros "doce franciscanos" españoles, a las órdenes de fray Martín de Valencia, contando entre el grupo al célebre Toribio de Benavente (Motolinía), enfrentado al dominico las Casas que terminó sus días dándole la razón. Tuvieron su primer contacto con los tlamatinime, indígenas cuya experiencia fue recogida por su contemporáneo fray Bernardino de Sahagún [17]. Aprendieron la lengua indígena y en 1526 crearon en Michoacán la reducción de San Francisco Acámbaro de chichimecas, sobreviviendo hasta 1532. En esta primera reducción en tierras Novohispanas previamente se erigió una gran cruz de madera y luego un portal con dos campanas, siguieron las viviendas de los indios y finalmente el convento con su huerto y un hospital. Solo había dos sacerdotes y estaba gobernada por un cacique y un Cabildo de indios elegidos entre ellos. Los franciscanos, especialmente Motolinía, insistieron ante el emperador sobre la necesidad de concentrar a los indios en pueblos.

En 1531 se dictaron unas instrucciones a la Audiencia de Nueva España donde se ordenó la organización efectiva de las reducciones. Estos pueblos debían contar con un cura doctrinero que atendiera la iglesia, sostenido por el pueblo. Las tierras pertenecían a la comunidad, al igual que los bienes materiales. Incorporadas a la corona española, el conjunto de reducciones pertenecían a un corregimiento, administrado por un corregidor español que compraba el cargo sin percibir sueldo, lo cual trajo aparejado todo tipo de abusos.

Así el dominico Francisco Marín creó comunidades de indios en la Mixteca con estancias de ganado, mientras hacían lo propio tres agustinos

[17] Hernández de León-Portilla, 1997.

en Michoacán donde levantaron tres aldeas (Yuriría, Cuitzco y Pungarabato) comunicadas por caminos para carros y con zonas de cultivo irrigadas artificialmente o ejido. Todos los pueblos se agrupaban en torno a una plaza mayor con una fuente central y de un tianguiz o mercado, donde se encontraban los edificios públicos y la casa de comunidad, mientras los solares eran adjudicados en propiedad a los jefes de familia[18].

Aparecieron entonces las órdenes religiosas en el continente con estos primeros franciscanos (1524), dominicos (1526) y agustinos (1533). Pero cabe agregar dos experiencias dignas, conducidas por el oidor y obispo Vasco de Quiroga y el P. de las Casas. El primero si bien no estaba de acuerdo en que convivieran españoles con indios, fundó los pueblos-hospitales, donde se enseñaban oficios y se catequizaba, pero con ayuda de españoles. Comenzó con el que hizo en los alrededores de México en 1532, llamado hospital pueblo de Santa Fe, para la atención de los indígenas. Cuando se trasladó a Michoacán como obispo fundó otro y hasta escribió las ordenanzas para los dos hospitales-pueblos principales de México, basándose en la Utopía de Tomás Moro[19]. En ese mismo tiempo se puso en contacto con el provincial de los jesuitas en España y luego con Ignacio de Loyola, solicitándole jesuitas para su diócesis.

También de las Casas consagró su experiencia reduccional en la región guatemalteca de Verapaz. Si bien y como vimos, sus propuestas de pueblos indígenas tutelados por un mayordomo y un religioso, son de sus primeras protestas en la Corte, no los puso en práctica en 1537. Año en que con otros dos dominicos acordaron, en las capitulaciones de Tezulutlán con el oidor de la segunda audiencia de México licenciado Alonso de Maldonado, la evangelización pacífica de la región por cinco años, con opción a prórroga por otros cinco. Los misioneros entraban a la región sin

[18] Verlinden, 1994: 14 y 15.

[19] Tena Ramírez, 1977.

acompañamiento militar, solo abriendo el camino con indios músicos y cantores. Comenzaron recién en 1544 fundando diez doctrinas que no dependerían de encomenderos. Pero los españoles, a pesar de las estrictas y acordadas prohibiciones continuaron incursionando por la región, incluso el mismo Maldonado inició una campaña de distribución de los indígenas que terminaron expulsando a los sacerdotes y luego fueron reprimidos severamente[20].

Toda esta experiencia tuvo su corolario en 1542 cuando se dictaron las Leyes Nuevas que consagraron la idea de agrupar a los indios en pueblos con participación de las órdenes religiosas. Este cuerpo legal culmina el proceso de proteccionismo indígena ante las continuas críticas de los dominicos, especialmente de Bartolomé de las Casas que se encontraba en España. Se abolió la esclavitud y se prohibió la concesión de nuevas encomiendas. Los encomenderos, especialmente los del Perú encabezados por Gonzalo Pizarro, se resistieron fuertemente aduciendo que la institución era justa como contrapartida de los servicios prestados a la Corona. Por tanto las instituciones derogadas por la Corona continuaron en vigencia tras la revocación de 1545 del capítulo que anulaba las encomiendas hereditarias. Pero al año siguiente se celebró en México una Junta de prelados que duró cuatro meses. Allí estaba el obispo de Chiapas (de las Casas) quien exigió se tratara la liberación de los esclavos indios y la prohibición del servicio personal. El virrey Mendoza rechazó la petición pero autorizó al dominico a que después de la Junta de Obispos hiciera su propia Junta. La hizo con frailes franciscanos, dominicos y agustinos para tratar los temas excluidos. De las Casas denunció abiertamente que la Corona, al fin había cedido a la presión de los encomenderos y que la misión dada por Alejandro VI no se había cumplido ni se haría nunca[21].

[20] Ximénez, 1999.

[21] Llaguno, 1963: 26-27.

En Guatemala es interesante el capítulo del libro del fraile dominico Antonio de Remesal[22] que señaló cómo se produjo la concentración de indos en la región desde 1545. Luego de detallar cómo una gran cantidad de indios vivían dispersos, explica el proceso que emprendieron los dominicos para agruparlos en pueblos con el apoyo del juez Gonzalo Hidalgo de Montemayor. Los sitios eran escogidos por los religiosos y los caciques, y al igual que los jerónimos primero sembraban para que hubiera alimentos al momento del traslado. Mientras hacían esto, otros levantaban las casas. Cuando llegaba el tiempo de cosecha se trasladaban al pueblo en medio de grandes fiestas que duraban varios días. Delinearon pueblos con calles rectas y anchas trazadas con cordel de norte a sur, con su plaza mayor donde construían la iglesia, casa del cura y cementerio. Frente a ella el Cabildo y cárcel, además de la casa de comunidad para forasteros. Las casas de los indios consistían en "cuatro horcones hincados en tierra, el tejado de paja, las paredes de cañas cubiertas con lodo". La construcción era tan rápida que "fray Benito de Villacañas en una noche hizo el de Santo Domingo de Xenacahot". Con el tiempo perfeccionaban las viviendas usando adobes que revocaban y pintaban, con galerías, puertas y ventanas.

De las Casas comenzaba una nueva lucha. Pocos años después en la Junta de Valladolid de 1550-1551, se enfrentó con Juan Ginés de Sepúlveda. El debate giró en torno a legitimidad de España de ocupar el Nuevo Mundo y si la población podía ser sometida a servidumbre. El resultado del encuentro no tuvo decisión final, pero es notable que a partir de 1556, cuando se conceden capitulaciones, se sustituye el término conquista por el eufemismo de pacificación.

El sistema reduccional se extendió por América aunque no en forma idéntica, pero las consecuencias para los indígenas fueron irreversibles. Pues el mismo franciscano Jerónimo de Mendieta denunciaba que las

[22] Remesal, 1964-1966: 177 a 180.

reducciones servían para explotar más a los nativos y apropiarse de las tierras que se les hacía abandonar[23]. Los indígenas por su parte sufrieron desarraigo de sus tierras en concentraciones que favorecían la virulencia de las epidemias.

Con todo, la misión de la Iglesia no se concentró sólo en la tarea evangelizadora, sino que desplegó frente a los vasallos indígenas un plan de asimilación cultural. En todas las expediciones españolas iban clérigos para bautizar naturales, fortaleciendo la empresa misionera y definiendo que estar en contra de ella equivalía a ofender a Dios y por ende se abría una licitud en la guerra.

1.2. Las reducciones en Perú.

Las órdenes religiosas llegaron al Perú casi al mismo tiempo que su conquista. Para 1550, año en que contamos con la descripción de Cieza de León, en Perú se habían organizado cuatro obispados (Cusco, Huamanga, Arequipa y La Paz), esparciéndose por todas las ciudades comunidades de dominicos, franciscanos y mercedarios[24].

Los dominicos arribaron en 1529 con fray Vicente Valverde, quien acompañó a Pizarro en la conquista del imperio Inca. En 1538 fue elegido primer obispo de Sudamérica con sede en Cusco. Mientras que al año siguiente, los Predicadores crearon su primera provincia de San Juan, habiendo llegado siete años antes, junto con los franciscanos que arribaron con la expedición de fray Marcos de Niza, formando en 1553 la provincia de “Los Doce Apóstoles”, en referencia a los primeros franciscanos llegados a las Antillas. Finalmente los mercedarios llegaron con fray

[23] Es de rescatar que el P. Mendieta escribió una *Historia eclesiástica indiana* cuya publicación fue prohibida y solo salió a luz en 1870.

[24] Cieza de León, 1984.

Miguel de Orenes, fundando en 1535 su convento en Lima. Les siguieron los Agustinos (1551) y posteriormente los jesuitas (1568).

En principio la atención de los gobernantes estaba puesta en los muchos pueblos y ciudades que conformaban el imperio, donde se estableció que debían construirse iglesias con clérigos pagados del tributo que daban los indios a sus encomenderos, quienes podían hacer uso de la mano de obra de los pobladores. En medio de las cruentas luchas entre Pizarro y Almagro, las reducciones fueron un tema secundario. Aunque finalmente en las Instrucciones que Almagro le da a Vaca de Castro le ordenó volver a repartir las encomiendas de indios, obligando a los encomenderos que se hagan cargo del adoctrinamiento. Fue así que sólo fundó el pueblo de Santa Lucía de Chiara en la provincia de Vilcas, con indios mitimanes de Chachapoyas que llevó su encomendero Alonso de Alvarado. Pero la autoridad del conglomerado, que no tuvo un trazado urbano, dependió de un cacique[25].

Las reducciones de indios en el Perú comenzaron a conformarse en 1549 cuando luego que religiosos de diferentes órdenes, enviaron al emperador un documento en el que se explicitan las dificultades en la evangelización ante la dispersión de los habitantes que se encontraban en la periferia del antiguo incario. Con ello propusieron congregar a los indios como se había hecho en México. La respuesta al requerimiento fue una Real Cédula firmada en Valladolid ese mismo año y dirigida a la Audiencia de Lima, por la que concede lo peticionado por los religiosos en todos sus términos para que los indios vivan en orden y gobierno[26]. Esta fue la primera medida concreta a favor de la creación de pueblos de indios en el Perú y derivó en la ordenanza que dictó la misma Audiencia para juntar a todos los indios que vivían en los alrededores de Lima. Sin duda una

[25] Espinoza Soriano, 1960: 205.

[26] Málaga, 1974: 150.

medida tendiente a reducir a los naturales que se plasmó fragmentariamente.

Nuevas Instrucciones, dadas al virrey Hurtado de Mendoza en 1556, hicieron que se censaran a los indios y se reorganizaran los patrones de asentamiento según las urbanizaciones hispanas, con calles trazadas a cordel, manzanas cuadradas y solares. De tal manera que por ejemplo don Alonso Manuel de Anaya visitó en 1557 algunos valles costeros, agrupando a la población en el repartimiento de Santa María Magdalena de Chacalea, que contaba con un diseño con las características urbanas hispánicas mencionadas. Un año después el corregidor del Cusco licenciado Juan Polo de Ondegardo, redujo a veinte mil indios que vivían en rancherías próximas a la ciudad imperial en cuatro pueblos (Carmenca, Colcampata, Cavicache y Tococachi). Los puso bajo el control espiritual de varias órdenes religiosas (franciscanos, agustinos, mercedarios y dominicos) y sobre todo los dejó desvinculados de la tutela de los españoles. Ello trajo oposición entre encomenderos y burócratas, pero no impidió que el virrey marqués de Cañete hiciera lo propio ordenando la concentración de indios, entre 1558 y 1563, de Huaraz y Llaguaraz bajo el control de los dominicos[27]. Una de estas poblaciones fue Santa María Magdalena de Chacalea que tendría manzanas y calles trazadas a cordel, con una plaza mayor y solares con huertas. Mientras que en 1563 los franciscanos redujeron a doce mil indios en poblados que, sin ningún orden urbano, se organizaron en torno a treinta y un iglesias que fueron dirigidas por cinco sacerdotes[28].

Siguieron otros intentos, aunque con fracasos evidentes ante el rechazo permanente que tenían los encomenderos de que los indios se gobernaran a sí mismo.

[27] Coello de la Rosa, 2006: 34-36.

[28] Málaga Medina, 1993: 279.

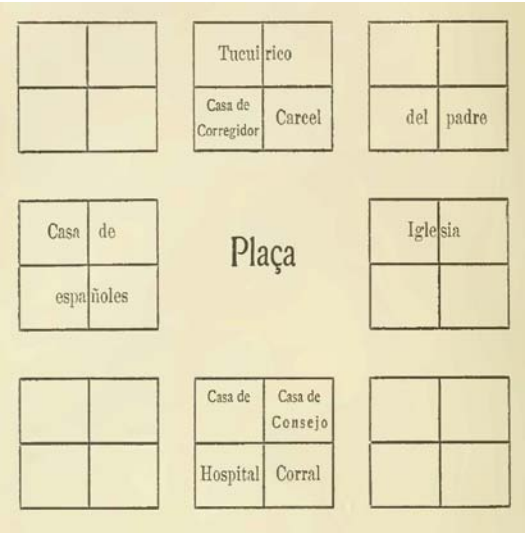
En 1565 el gobernador del Perú licenciado Pedro Lope García de Castro dictó las Ordenanzas para los corregidores a fin que se cumpliera con las resoluciones del Consejo de Indias (1546), la Real Cédula (1549) y a la Real Provisión (1551)[29], que ordenaban la congregación de indios en pueblos a fin de ser instruidos en la fe cristiana. No tuvo mucho eco, pero las órdenes religiosas seguían apabullando al monarca con informes que terminan en la Instrucción de Felipe II dirigida al mencionado gobernador de 1565 que ordenaba nuevamente que se recojan a los indios en pueblos. El mandatario llevó adelante una reducción con los indios vencidos de Titu Cusi Yupanqui a quienes se les construiría una iglesia, un hospital, así como edificios eclesiásticos y civiles. Pero al ser administrados por los corregidores el plan fracasó ante la utilización indiscriminada de mano de obra.

Sucedió a Lope García de Castro el polémico don Francisco de Toledo, quien asumió en 1569 con el mandato expreso de Felipe II de pacificar y ordenar el convulsionado virreinato, acabando con los incas y reduciendo el creciente poder de los encomenderos. Comenzó su mandato con una visita por el virreinato que se extendió por dos años. Con ello percibió la imperiosa necesidad de reducir a los indios en pueblos tutelados, pero no sólo con la finalidad de evangelizar y que dejaran de adorar a sus huacas e ídolos, sino para tener un mayor control sobre la mano de obra en la explotación minera, sin considerar que esto produciría un fuerte desarraigo de sus tierras.

Toledo, siguiendo a Juan de Matienzo, utilizó el mismo modelo urbano y permitió que también el Cabildo se formara por indios y consiguió su objetivo de incrementar la producción minera, pero con el tiempo la concentración en pueblos provocó que fueran diezmados con las pestes, amén de sufrir toda clase de abusos.

[29] Solano, 1996 (1): 150 y 152.

Su política fue rigurosamente legislada en Ordenanzas, donde se planteó que las encomiendas debían ser reemplazadas por reducciones que igualmente aseguraban mano de obra prácticamente gratuita. La forma de gobierno sería igual a las experimentadas en las reducciones antillanas, solo que se evitaría la presencia de españoles, negros o mulatos. También se hicieron congregaciones de indios en las inmediaciones de las principales ciudades, que actuaron como barrios.



La disposición de una reducción según el tratado sobre el gobierno del Perú de Juan de Matienzo de 1567.

Los resultados no fueron los esperados pues se produjo un increíble declive demográfico, dado por las epidemias que hacían mayores estragos donde los indios estaban concentrados. Diversos autores señalan que si la población andina era de seis millones a la llegada de los españoles, para la época de Toledo solo quedaba un millón.

Para los misioneros del Perú se presentaba otra gran dificultad. Eran innumerables las lenguas que se extendían por toda la amplia región. Hasta la llegada del obispo Toribio de Mogrobejo se catequizaba en latín y castellano. Tarea ardua como inútil frente a los que querían unificar en el castellano la lengua de América y los que querían conservarlas como Solórzano que expresaba: *"No se les puede quitar su lengua a los indios. Es mejor y más conforme a razón que nosotros aprendamos las suyas, pues somos de mayor capacidad"*[30]. El virrey Toledo estaba a favor de esta última postura y el mismo Felipe II no sólo prohibió la presentación de clérigos para doctrinas si no sabían la lengua indígena, sino que a su vez

[30] Solórzano Pereyra, 1736: 193.

dispuso en 1580 que se fundaran cátedras de lenguas indígenas en las universidades de Lima y México, como a su vez en las capitales de las Audiencias. Por cierto que la Compañía de Jesús regenteó varias de estas cátedras siguiendo incluso lo estipulado al respecto en sus Constituciones[31]. Fortaleció esto el fuerte apoyo del III Concilio Limense (1582-1583) convocado por el obispo Mogrovejo.

El Concilio giró en torno a la defensa y cuidado de los indios, para que sean tratados como hombres libres y vasallos de su majestad, reprimiéndose a quienes los traten como esclavos. Se los debía educar en el evangelio, viviendo en orden y dejando sus bárbaras costumbres, con viviendas dignas con mesas para comer y camas para dormir. Y lo más importante, el Concilio impuso para la catequización la utilización de la lengua indígena, prohibiendo el latín y el castellano, e instrucción en lenguas de los doctrineros, siguiendo las leyes de la Corona, que bien trataron los jesuitas en su primera Congregación Provincial de 1576 que determinó hacer dos catecismos. Uno breve para memorizar y otro más largo para el profesor. Se haría en aymará y quechua teniendo a su cargo la labor el P. Alonso Barzana.

Fue entonces que apareció el catecismo llamado de "Santo Toribio", donde conjuga un catecismo trilingüe: castellano, quechua y aymará, siguiendo el del P. Barzana. Le costó un gran esfuerzo a Santo Toribio conseguir de los obispos estas y otras cuestiones, y acudió al mismo general de la Compañía de Jesús para que intercediera en la Santa Sede para la aprobación del Concilio. Para ello envió a Roma al P. José de Acosta, su mano derecha en el Concilio y en su gestión eclesiástica, quien logró con éxito la aprobación del texto conciliar con algunas leves modificaciones. El polifacético P. Acosta (1540-1600) fue una figura fundamental en aquellos tiempos. Solo recordemos que fue autor de la

[31] Borja Medina, 1999: 178.

Historia natural y moral de las Indias, y sobre todo *De procuranda indorum salute*, en la que dio respuesta segura a varias cuestiones teológicas, jurídicas y misionales. Escrito entre 1575 y 1576 y publicado en 1589, este libro, como dice el P. Francisco Mateos, "fue considerado desde su aparición como un importante Manual de Misionología, el primero de los tiempos modernos"[32]. Es decir que dará rumbo cierto e ideas definidas para que la Compañía de Jesús comenzara un sistemático plan evangelizador en América. Por cierto que el contenido de esta obra tuvo especial gravitación en el III Concilio Limense.

Volviendo al gobierno civil del virrey Toledo, mencionemos que en 1576 se habían dictado las tímidas reglamentaciones del gobernador del Tucumán Gonzalo de Abreu sobre la regulación de la encomienda[33]. Se lo hizo en demanda de una situación extrema de efectos devastadores, después de haber cometido todo tipo de transgresiones a las disposiciones reales, como desmedidos traslados de comunidades enteras, quedando las tierras a merced de los europeos y el trabajo sin remuneración ni contrato. En ellas se exigió a los encomenderos que agrupen a los indios en uno o dos pueblos, dispuestos en torno a una iglesia y plaza, con chacras para que puedan sustentarse. Pero en definitiva se autorizaba el servicio personal[34]. Para la gobernación son también importantes las Instrucciones del virrey Toledo al gobernador Hernando de Lerma en 1579 que propuso *"se rreduzgan los dichos yndios a pueblos"*, en lugares de buen temple cercanos a sus antiguos pueblos[35]. A ellas se sumaron las variadas disposiciones administrativas que dictó el gobernador Ramírez de Velazco, como aquella en la que advierte el riesgo que significa trasladar a los indios

[32] Mateos, 1954: XXXVII.

[33] *"Ordenanzas dadas por Gonzalo de Abreu para el buen tratamiento de los indios en las provincias del Tucumán y estableciendo reglas para su trabajo"* (1576). (Levillier, 1920 (1): 36).

[34] Levillier, 1920 (2): 33.

[35] Ibid, 1931: 261.

de su hábitat original. En igual postura se expidió al poco tiempo el gobernador Mercado Peñaloza en 1594.

En 1588 se dispuso que las reducciones se gravasen sobre tributos que los indios deberían pagar Y si bien las Ordenanzas de 1573 tratan el tema, en 1618 se insiste en que los sitios para ubicar las reducciones tenían que tener comodidad de aguas, tierras y montes, con entradas y salidas, tierras para labrar y ejido de una legua de largo donde los indios puedan tener sus ganados.

1.3. Los jesuitas en América y en Perú.

No fue fácil enviar los primeros jesuitas a la América hispana. Antes de ello se sucedieron numerosos intentos. Pareció concretarse con la donación de quinientos escudos que hizo doña Juana, hermana de Felipe II y princesa de Portugal, que dejó por voluntad testamentaria en 1554. Pero no se efectivizó y al año siguiente el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, solicitó operarios antes de partir a América. Gustoso de la propuesta, San Francisco de Borja se hizo cargo del asunto y nombró tres jesuitas para el viaje, aunque el virrey halló dificultades en el Consejo de Indias para el traslado que finalmente no se realizó.

Mientras tanto en la América portuguesa ya se encontraban los jesuitas, quienes llegaron a sus costas bajo el mando del P. Manuel de Nóbrega en 1549. Lo hizo junto al gobernador Tomás de Sousa y en vida de San Ignacio, quien desde mucho tiempo antes tenía particular interés en América ante las numerosas peticiones de jesuitas que recibió. El mismo P. Nóbrega informó a Roma sobre el Paraguay y su intención de viajar allí y establecer misiones, como fundar un colegio de acuerdo a los numerosos pedidos de los asunceños. Pero eran tiempos difíciles para ambas Coronas que se disputaban territorios americanos que incluían la misma ciudad de

Asunción. El propio San Ignacio desaconsejó la idea. No así que se hiciese con jesuitas del Perú, de los que todavía no había. No obstante los jesuitas del Brasil emprendieron la fundación de las "aldeias". La primera reducción apareció en 1557 en Bahía, luego de las campañas de sujeción del gobernador Mem de Sa, y cinco años después tenían once aldeas aunque sólo tres en 1585. Reunían varias tabas de indios en una población estable con un único jefe y por lo general dos misioneros que residían allí en forma permanente. El sistema fue difícil de arraigar porque en las tabas no había jefe aparente, eran tribus cazadoras, con sus guerras, rituales antropofágicos y orgías rituales. Pero sostenerlas era la única manera de evitar la esclavización y muerte de los indios, a pesar de los constantes asechos que tuvieron de los europeos[36].

Murió San Ignacio sin ver concretado su deseo de llevar misioneros a las Indias españolas. Incluso la Congregación que eligió su sucesor recomendó emprender misiones en el Paraguay. Pero el P. General Diego Láinez tampoco pudo llevarlas a cabo, fundamentalmente por la oposición que se tuvo del Consejo de Indias y sus rigurosas disposiciones sobre las solo cuatro Órdenes que podían hacerlo y la no menos marcada enemistad de Felipe II con los jesuitas, al menos en los inicios de su reinado. Finalmente también por oposición interna de la Compañía, especialmente del P. Antonio de Araoz, el jesuita más allegado a la corte española[37]. Pero sí lo logró quien siempre se preocupó de los temas indianos, el mencionado San Francisco de Borja, que encomendó la tarea al P. Bartolomé Bustamante para que forme la expedición en España.

Es así que los jesuitas llegaron a la América hispana en 1566, bajo el generalato del duque de Gandía, quien imprimió un activo entusiasmo por desarrollar las misiones americanas. Fue entonces que arribaron a la Florida

[36] Leite, 1936 (I).

[37] Mateos, 1948: 459-504.

los primeros jesuitas Pedro Martínez y Juan Rigel, junto al hermano Francisco Villarreal. El primero fue como superior de los expedicionarios y a los pocos días de arribado fue muerto por los indios timucuanos. A él se le sumaron al poco tiempo otros ocho jesuitas, motivo suficiente para que seis años después abandonaran la misión[38].

Al año siguiente se formó una nueva expedición con ocho religiosos tomados dos de cada provincia jesuítica española. Fueron al Perú, donde se fundó la primera provincia en territorio hispanoamericano, asumiendo como provincial el P. Jerónimo Luis de Portillo[39]. Comprendía una amplia jurisdicción que abarcaba desde Panamá a Tierra del Fuego y que con el pasar de los años tuvo varios desmembramientos. Uno de ellos será precisamente la provincia del Paraguay.

El P. Portillo arribó a Lima en 1568 con precisas instrucciones del P. Borja que, insistimos, como expresa el P. Zubillaga, "fundó y organizó en sus líneas fundamentales las misiones jesuíticas de la América española"[40]. En esas Instrucciones expresó ante todo que debía manejarse con mucha prudencia, procurando ir a pocas partes a fin de no dispersarse y estar siempre acompañados, consolidar los indios ya hechos cristianos y luego sin ansiedad convertir nuevas almas. Recomendó también tener una residencia estable, donde la tuviera el gobernador, desde donde salir a misionar y poder regresar. Observar a los naturales en sus inclinaciones y vicios, detectando los cabecillas a quienes se procuraría ganar para que el resto los siga. Dar el ejemplo con trato suave y compasivo. No arriesgar la vida ni exponerse a un anhelado martirio que corone sus vidas.

En principio se instalaron en el convento de dominicos de Lima, esperando que se les asignara un sitio donde levantar su casa e iglesia. En

[38] Zubillaga, 1941: 184 y Churraca Peláez, 1980: 171.

[39] Mateos, 1944b: 10.

[40] Zubillaga, 1943: 58 y Astraín, 1914 (II): 305.

abril de 1569 abrieron su primer templo donde fundarían luego el colegio máximo de San Pablo y desde donde llevaron a cabo un proyecto educativo orientado a las élites. Sólo modificado con los insistentes requerimientos del virrey Toledo, llegado en diciembre de aquel año, para que participaran en la evangelización de los indios. Fue así que con la anuencia del obispo Jerónimo de Loayza OP, les confió la doctrina de Huarochirí (1569), el distrito indio de Santiago del Cercado en Lima (1570**)** y Juli (1576).

Estos fueron tres enclaves con experiencias misionales distintas, pues Huarochirí fue una reducción de indios creada especialmente, El Cercado un barrio de indios, y Juli una ciudad indígena preincaica. En estos sitios los jesuitas se adscribieron como párrocos según órdenes del virrey, que desentonaban con las Constituciones[41] ignacianas, que dictaban no tomar ese oficio (cura de ánimas), por quedar subordinados al clero secular. Igualmente fue acepado con ciertas restricciones, empleando un método de evangelización que tenía similares características. Consistía en levantar una casa que sirviera de residencia en algún sitio equidistante de los enclaves indígenas y en ciudades españolas, y a partir de allí salir a realizar las misiones volantes. En esta residencia había un superior y varios sacerdotes y hermanos que recibían un salario de la Corona que el superior lo administraba *"tomando lo necesso para el sustento, dava lo demás de limosna a los yndios pobres y enfermos"*[42]. Las misiones duraban entre quince y veinte días, volviendo a la residencia y permaneciendo unos ocho días, para volver a hacer otro recorrido. Llevaban consigo pan, medicinas y regalos para los indios. Durante la misión se enseñaba y predicaba la doctrina, se confesaban enfermos y sanos, bautizaban niños y se realizaban casamientos. Se convirtieron a los hechiceros, que eran sus mayores escollos, y se quemaron ídolos y adoratorios paganos.

[41] Constituciones, IV, 324, p. 171.

[42] Mateos, 1944b: 222.

Precisamente el virrey Toledo al ver la dispersión de aquellos pueblos de Huarochirí, *"de manera q. de quince o veinte de aquellas parcialidades o poblesuelos se hizo vno"*. Agregando "*q. los setenta y siete poblesuelos se redujeron a solo ocho*"[43]. Expresa Málaga Medina[44], que el virrey Toledo emprendió una visita por el virreinato en 1571 acompañado de importantes personalidades de entonces, entre los que se encontraba el P. Acosta. Partieron de Lima y al llegar a Huarochirí ordenó se redujeran los indios allí dispersos en una reducción, nombrando como superior al P. Diego de Bracamonte, en compañía de los PP. Alonso de Barzana, Hernán Sánchez, Sebastián Amador y Cristóbal Sánchez, además de dos escolares mestizos y dos hermanos coadjutores. Lo mismo hizo a lo largo de todo su camino, ordenando la creación de varias reducciones y dejando instrucciones precisas a los jueces reductores, con trazados urbanos similares a las ciudades españolas, aunque organizadas con la base de los antiguos ayllus. Tendrían su Plaza Mayor y sitios para la iglesia y Cabildo. Además contaban en la periferia con terrenos para cultivo de cada familia, luego el ejido para pastoreo del ganado del pueblo y para el Estado. Tendrían un Cabildo para su gobierno con autoridades elegidas por los propios indios cada primero de año. Mientras que contarían con un sacerdote que atendería la iglesia y la escuela para catequesis de los niños. No se permitía el ingreso de españoles, negros o mulatos. Los indios fueron arrancados de sus ayllus compulsivamente, quemándoseles sus casas. Ni los uros que vivían en sus islas flotantes del lago Titicaca, se libraron de los traslados. Instalados en las nuevas reducciones mueren al poco tiempo[45]. Más de mil reducciones se crearon entorno a las ciudades españolas o en la zona rural. Pero los indios fueron sucumbiendo por las pestes, muchos

[43] Ibid: 225.

[44] Málaga Medina, 1993: 290.

[45] Ibid: 300.

otros huyeron de sus encomenderos y las reducciones quedaron diezmadas. La doctrina de Huarochirí los jesuitas la dejaron en 1573[46].

Lo mismo se hizo en Lima, con una enorme y dispersa población aborigen que se agrupó en el barrio de Santiago del Cercado, fundado oficialmente el día del santo patrono de 1571. Con esta reducción agrupaban a una gran cantidad de indios que vivían en las afueras de Lima y que eran imprescindibles para el mantenimiento de la ciudad, control de la actividad laboral y de supuestas sublevaciones, disponibilidad de nuevas tierras para haciendas, e impedir la evasión de tributos. En el mejor de los casos sirvió para adoctrinamiento religioso de los cuales los jesuitas fueron un instrumento.

Ubicada a un cuarto de legua de la ciudad de entonces, fue pergeñada por el gobernador Lope García de Castro, siguiendo el modelo urbano de reducción del oidor Matienzo (1567) quien planteó que las reducciones debían ser trazadas en lugares adecuados, con agua y pastos, en sitios elegidos por un visitador. La población no debía superar los quinientos indios y si lo hacía había que fundar otro pueblo con el excedente. Las manzanas debían ser cuadradas con cuatro solares, con calles anchas, plaza central con iglesia, casa para españoles de visita, cabildo, hospital, cárcel y casa de corregidor. A cada cacique se le adjudicaría una cuadra (dos solares) y a cada indio un solar. Curiosamente Matienzo aún sostenía que los solares restantes junto a la plaza se adjudiquen a españoles casados que quisieran vivir entre los indios. Incluso especifica los materiales a emplear en las construcciones, como la teja en los techados de los edificios más importantes[47].

Además del Tucuirito, donde vivía un sujeto designado por el inca para que hiciera las veces de observador, tenía este pueblo el colegio para

[46] Carcelén Reluz, 2003: 111-133.

[47] Matienzo, 1910: 31-32.

hijos de caciques regenteado por los jesuitas, cementerio y la ermita de Copacabana[48]. Para que los indios no se escaparan ni entraran extraños, poseía un alto y ancho cerco de tapia con tres puertas alrededor de la reducción que le dio la nomenclatura del Cercado. Para 1629 sólo contaba con doscientas casas. Tenía campos de cultivo a su alrededor y su máxima autoridad era el corregidor[49], además del Cabildo de indios que era presidido por el mismo corregidor[50]. Los caciques eran los encargados de cobrar el tributo como lo hacían en tiempo de los incas.

Los jesuitas se hicieron cargo del Cercado enviando a dos sacerdotes y un coadjutor. Uno de ellos hacía de párroco, recayendo el nombramiento en el P. Diego de Ortún, sucediéndolo el P. Juan de Aguilar en 1584 y el P. Hernando de Mendoza, hermano del virrey, en 1590. Permanecieron hasta la expulsión, atendiendo el hospital, una iglesia bien ornamentada con cementerio, escuela de primeras letras orientada a la nobleza india y otra de música, donde los indios aprendían a tocar chirimías, cornetas orlos y otros instrumentos[51]. En 1593 se trasladó por mandato del P. Juan Sebastián el noviciado de los jesuitas del colegio de Lima a la residencia de El Cercado.

Finalmente la evangelización en Juli los jesuitas decidieron tomarla por disposición de la Primera Congregación Provincial del Perú llevada a cabo en 1576 bajo el provincialato del P. José de Acosta. Aunque como tenía el mismo problema de que debían tomarla como parroquia, lo hicieron *"ad experimentum"* y esperando una decisión del P. general Everard Mercurian. Se expidió desde Roma por la negativa de tomar

---

[48] Coello de la Rosa, 2006: 82-84.

[49] Cárdenas Ayaipoma, 1980: 28 y Rodríguez Q., 2005: 133-152.

[50] Desde 1618 y por disposición de Felipe II comenzó a funcionar otra cárcel construida especialmente para los dogmáticos y hechiceros como medio para extirpar las idolatrías. Llevó el nombre de Santa Cruz haciéndose trabajar a los indios, la mayoría de avanzada edad, en hilados y tejidos, obligándolos a asistir a la iglesia regularmente hasta que morirían dentro de sus muros (Cárdenas Ayaipoma, 1980: 42).

[51] Mateos, 1944b: 234.

parroquias, pero sí autorizó a crear residencias desde donde salir a predicar a los indios, tal como se hizo en Juli. Pero al mismo tiempo ordenó abandonar El Cercado por estar muy cerca de una ciudad de españoles[52]. No se acató esa última orden y los pleitos con el virrey Toledo solo cesaron cuando éste falleció. Aunque volvieron a renacer con la visita que hizo al Cercado el Arzobispo Mogrovejo quien instaló allí curas seglares. El tema abrió un nuevo pleito ante el Consejo de Indias y una congregación de cardenales en Roma. Ambos desautorizaron lo hecho por el santo arzobispo de Lima. Pero no plenamente conforme el provincial Atienza obtuvo un breve del papa Clemente VIII de 1592 por lo que los Ordinarios no pudieran visitar residencias jesuíticas y definitivamente la doctrina de El Cercado siguió en manos de los jesuitas[53].

La población aymará de Juli contaba por entonces con catorce mil habitantes y se ubicaba en medio de la provincia de Chucuito a orillas del lago Titicaca. Fue una población preincaica, refundada en 1565 por el gobernador Lope García de Castro sobre las ruinas de la casa del uraca Cariadaza. Eran mitayos que trabajaban por turnos en las minas de Potosí, que desde 1578 pagaban tributo directamente al rey y no a los encomenderos.

En 1534 llegaron dominicos quienes nunca aprendieron su lengua y poco catequizaban. Cuando el virrey Toledo impuso tantas reformas, el provincial dominico, Fray Alfonso de Cerda, decidió renunciar a Juli y a todas las demás doctrinas de la provincia de Chucuito, retirándose en 1569. El virrey puso a clérigos seculares que pronto renunciaron, ofreciendo luego la doctrina a los franciscanos. Al rehusarla se las ofreció a los entusiastas jesuitas recién llegados.

---

[52] Astraín (III): 164.

[53] Ibid (IV): 530.

El P. Acosta envió cuatro sacerdotes y tres coadjutores. Como superior fue el P. Bracamonte, acompañado por los PP. Barzana, Diego Martínez y Francisco de Medina. Rápidamente el número de operarios creció a ocho que vivían en una residencia[54]. Los jesuitas tuvieron entre otros objetivos, que Juli fuera un centro de aprendizaje de la lengua aimará entre los jesuitas. Para 1608 atendían cuatro parroquias con trece y catorce sujetos. También tenían imprenta y cuatro estancias que se dedicaban al sostenimiento económico de su colegio y hospital; estas fueron: Suancata, Sorapa, Sivicani y Hayomarca.

El P. Martínez sucedió al P. Bracamonte y entregó luego el cargo de superior de Juli al recién llegado a Lima P. Diego de Torres Bollo, donde trabajó por más de cinco años, interiorizándose de las lenguas quechua y aimará. Durante ese tiempo defendió mantener la doctrina pues era aprendizaje continuo para los jesuitas en materia lingüística y costumbres americanas. No obstante se opuso a las intromisiones del obispo en nombramientos y cobro de tasas.

Toda esa experiencia desarrollada en los tres enclaves, bien las trasladaron tiempo después al Paraguay quienes precisamente habían trabajado allí: los PP. Diego de Torres Bollo, Barzana y Juan Romero que lo hicieron por ejemplo en Juli. Aparentemente todo se desarrollará ampliamente en la provincia del Paraguay, siendo precisamente el historiador jesuita Francisco Mateos quien planteó que estas primeras reducciones peruanas fueron el modelo de las reducciones del Paraguay, tanto en el régimen de vida, en las estancias de comunidad y en el excluir por completo a los españoles del pueblo[55]. Pero no fueron imposiciones

[54] Si bien la creación de las residencias de jesuitas entre los indios había sido tema tratado en las Congregaciones, tanto de las provincias de Perú como México, éstas seguían el método que para las Indias impuso en 1553 Ignacio y continuó Borja (Borja Medina, 1999: 187).

[55] *Ibid:* 225 y 410. Mateos, 1944a: 109-166 y 122.

dadas por los jesuitas de entonces sino por la larga experiencia acumulada por las órdenes regulares desde los Jerónimos en las Antillas. Hasta el momento entonces, los jesuitas del Perú sólo experimentaron el ministerio de las misiones volantes y, aunque no satisfechos, ejercieron en las doctrinas como párrocos. Para ello concentraron sus esfuerzos en colegios y residencias que actuaban como centros operacionales de aquellas. Aún no había llegado el tiempo de fundar reducciones independientes de las que bregaban, convirtiéndose en estandartes de su historia.

Capítulo 2. La provincia jesuítica del Paraguay.

2.1. Las misiones volantes y las primeras incursiones al Tucumán.

En su peregrinar a Tierra Santa, San Ignacio concibió un modelo evangelizador tendiente a la conversión de los infieles que fue especialmente continuado por los cofundadores de la Compañía de Jesús. Ellos le dieron un contenido jurídico a la misión, en el sentido de ser un grupo de sujetos especialmente enviados por la autoridad a una determinada región. Iniciaron esas misiones en la India[56] porque se consideraba más fácil que hacerlo entre los moros. Pero al mismo tiempo se planteó en el Instituto que fuera el mismo pontífice quien decidiera los lugares donde debían ir, aunque lo que quería San Ignacio era ajustarse al evangelio de San Mateo (9,35-10,42) donde Jesús encomendó a sus apóstoles el predicar por el mundo anunciando la palabra de Dios en pobreza y con la cruz. Y así lo hicieron entre los lugares más inhóspitos y agrestes del orbe donde en muchos casos encontraron el martirio. A partir de esas primeras experiencias, Ignacio elaboró una serie de Instrucciones especiales para la apostólica labor que debían cumplir los misioneros formados en lenguas y costumbres de los lugares donde irían[57].

El P. Nóbrega que, como dijimos, estuvo en Brasil, aceptó en la liturgia no pocos ritos de los indios, como sus cantos y danzas. Por cierto

---

[56] La primera expedición misional fue la que encomendó Ignacio a Francisco Javier al Oriente en 1541. A partir de allí se extendieron por la India, Maluca y Japón donde viajaron más de setenta jesuitas, luego lo hicieron al Congo, Etiopía y al Brasil, quedando inconcluso los deseos de Ignacio de enviar misioneros a Hispanoamérica.

[57] Fruto de esto aparecieron una multitud de catecismos escritos en diversos idiomas como el del P. Azpilcueta en lengua tupí (1550), al que siguió el P. Vale (1574) y el P. Anchieta en el mismo idioma. Antes de concluir el Siglo XVI el P. Viegas compuso en la lengua de los marumimis y de los nhehgaibas, bócas, yurunas y tapajós. Sólo de México los jesuitas escribieron catecismos en más de veinticinco lenguas. En Colombia Juan Rivero hacía el catecismo en quajiva y chiricoa y Martín Niño en tujano y José Dadey en muisca. En Perú el P. Barzana compuso los catecismos en aymará y quechua (1576), además en Chile el P. Valdivia en allentiac, araucano y otro en la lengua de los indios que vivían de la parte oriental de la cordillera.

que la Iglesia no vio nunca bien esta predisposición, sobre todo en Oriente donde fue impuesta por el P. superior Cosme de Torres y practicada por San Francisco Javier e incluso aprobada por el general Claudio Acuaviva en 1584.

Con todo se llegó a formar un verdadero *"ad modum apostolorum"* como lo definió el general Acuaviva y que marcó a la Compañía de Jesús como paladines de la labor misionera en el mundo, al punto que en las cartas *indípetas* se busca como motivo el deseo del martirio por Cristo. Por lo que martirio y misión se convirtieron en una unidad deseada con todo el fervor de los jóvenes jesuitas europeos que se expandiron en el mundo.

El apostolado de las misiones volantes, rurales o populares tiene algún remoto antecedente en el medioevo, aunque fue claramente definido por la Contrarreforma y prontamente quedaron asociadas a ellas, sobre todo las órdenes nuevas como los capuchinos, lazaristas y eudistas. Aunque los jesuitas las tomaron como uno de sus ministerios más importantes, señalados tanto en la Fórmula definitiva del Instituto (1550) como en las posteriores Constituciones (1554).

La experiencia del P. Landini en pueblos de Italia y Córcega, donde permanecía una semana predicando y formando cofradías, fue mejorada por el P. Segneri a principios del Siglo XVII con artilugios dramáticos, como representaciones teatrales o procesiones, entre otros recursos.

En tiempos del P. Acuaviva ya se había generalizado bastante el método, pero fueron sus sucesores los que definieron que todos los sujetos de la provincia debían hacer misiones al menos una vez por año.

Las misiones volantes o populares fueron entonces estrategias pastorales postridentinas destinadas en principio para pequeños poblados, extendiéndose luego a las grandes ciudades. En América, además de misionar en pueblos y estancias españolas, también se lo hizo entre los

pueblos de indios. De hecho las primeras incursiones en el Tucumán fueron de esta manera, siendo recursos pastorales que antecedieron a las reducciones, aunque siempre convivieron.

Precisamente mucho antes que se fundara la provincia del Paraguay los jesuitas habían entrado al Tucumán. Por Real Cédula firmada en el Pardo el 11 de febrero de 1579 se mandó al virrey Toledo que introduzca jesuitas en el Tucumán y Río de la Plata, orden que no pudo concretarse[58]. Sin embargo, el obispo del Tucumán Francisco de Vitoria[59], antes de asistir al Tercer Concilio Limense envió a su provisor al Brasil, licenciado Francisco Salcedo para que se entrevistara con el P. José de Anchieta, provincial de los jesuitas, a fin que le envíe sacerdotes a su obispado. Ya en Lima y finalizado el Concilio, también el prelado dominico solicitó al provincial del Perú P. Baltasar Piñas el envío de misioneros jesuitas a su obispado.

Las cosas tomaron su dilatación acostumbrada y al suceder en el provincialato el P. Juan de Atienza decidió ratificar en 1585 el mandato de su antecesor de enviar a los PP. Francisco de Angulo y Antonio Barzana, además del H. Juan de Villegas. El primero fue como superior y a su vez fue designado comisario del Santo Tribunal de la Inquisición de Lima para las provincias de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata.

Habían partido del colegio de Potosí llegando primero a Tarija, luego Salta y Esteco hasta que finalmente arribaron a Santiago del Estero el 26 de noviembre de aquel año. En todas estas ciudades fueron recibidos con cordial atención, pues en el caso de Salta, desde hacía cuatro años de fundada aún no tenían sacerdote y veinte años habían pasado sin que Esteco o Talavera de Madrid tampoco tuviera clérigo alguno.

[58] Lozano, 1755 (I): 5.

Permanecieron poco más de una semana en Salta y partieron ante el requerimiento del obispo hacia Esteco, donde se quedaron un mes predicando tanto entre los españoles como a los indios. Pero también el P. Barzana se dio tiempo para estudiar el idioma tonocote de los indios de la región e incluso catequizando en esa lengua[60], creando una escuela para indios donde entrenó maestros de entre dos de cada familia, en oraciones, mandamientos y misterios de la Iglesia. Este método evangelizador, Barzana lo repetirá luego por donde vaya con muy buenos resultados. El obispo recibió noticias de las actividades apostólicas que estaban desarrollando y al llegar a Santiago los recibió el gobernador don Juan Ramírez de Velazco y toda la ciudad con: *"arcos frondosos, con que havían adornado todas las calles, y sembrado todo el suelo de flores"*[61]. El P. Barzana se aferró al estudio de nuevas lenguas, como el kakana *"revesada, y difícil, y tan gutural"*, que se hablaba en el Valle Calchaquí y al mismo tiempo abrió una escuela que quedó a cargo del H. Villegas donde concurrían indios de las inmediaciones, además del P. Gutiérrez que enseñaba latín.

Por entonces sólo se hallaban cinco ciudades españolas, el grupo de las "pentapolis" como las llama Lozano[62] siguiendo las Anuas peruanas. Ellas eran Salta, Esteco, San Miguel, Santiago del Estero y Córdoba, con sólo cinco sacerdotes que ignoraban las lenguas originarias. Estas ciudades se habían repartido las naciones indígenas en encomiendas, causando

---

[59] El primero que dedicó una biografía a este obispo fue el P. Lozano a quien considera "acreedor a esta memoria, por aver sido como Fundador de nuestra Provincia" Lozano, 1755 (I): 33-40. Recientemente Muñoz Moraleda, 1998.

[60] Según un documento que transcribe el P. Astraín, el P. Brazana *"aprendió la lengua tonicote, y compuso arte de ella, y catecismo, confesonario y sermonario, ultra de las demás lenguas que fue aprendiendo"*, refiriéndose a la kakana y sanavirona (Astraín, 1913 (IV): 609 y Pastells, 1912 (I): 85).

[61] Lozano, 1755 (I): 11-12.

[62] Ibid: 1.

estragos en la población natural ante los excesos de los españoles que hicieron oídos sordos a las continuas prohibiciones de la Corona.

El obispo Vitoria escribió a Felipe II que *"solos los jesuitas son el imán de los indios"*[63] y emprendió la visita a su obispado acompañado por los PP. Angulo y Barzana. Primero fueron a Córdoba llegando a principios de 1587. También aquí el P. Barzana aprendió la lengua sanavirona y fue en Córdoba donde se unieron los jesuitas que había solicitado el obispo al Brasil. Recordemos que Vitoria era portugués y que en 1580 Felipe II había sido reconocido rey de Portugal. Fueron enviados por el visitador Cristóbal de Govea cinco sacerdotes, el P. Leonardo Arminio como superior, seguido de los PP. Juan Saloni, Tomás Fileds, Manuel Ortega y Esteban de Grãa, quienes salieron de Río de Janeiro y luego de ser apresados por piratas ingleses arribaron a Buenos Aires en enero de 1587.

Una vez que se encontraron ambos grupos en Córdoba, en abril de 1587, los sacerdotes portugueses Arminio y Grãa decidieron volverse al Brasil ante una supuesta intrusión de jurisdicciones que bien dejó marcada el general Acuaviva al ordenarles que regresaran al Brasil. Barzana y Ortega comenzaron a misionar en Córdoba, mientras que el resto de la expedición brasilera lo hizo en Asunción, justamente por tener conocimientos de la lengua guaraní. Por otra parte regla y característica fundamental del Instituto para el trabajo pastoral con los indios.

Por primera vez conocemos una cifra de bautismos, cuando el P. Lozano nos da la noticia que alcanzaron a convertir a dos mil quinientos indios en cinco meses de ardua labor y privaciones, además de tener hablados a varios caciques que le asegurarían otros cuatro mil[64]. La labor del P. Barzana fue premiada por el obispo que lo nombró visitador de su obispado cuando regresaron todos a Santiago, donde ya contaban con casa

[63] Ibid: 18.

[64] Ibid: 28 y 30.

propia, primera de la futura provincia del Paraguay; aunque luego se mudaron a otra donada por don Pedro de Ribera Cortés[65]. Un grupo, entre los que se encontraba el P. Barzana, fue a misionar por el Salado, donde encontraron pueblos de entre quinientas y mil familias, pero allí enfermó y debió regresar a Santiago, mientras que el resto de los jesuitas que lo acompañaban, los PP. Saloni, Ortega y Fields, decidieron continuar hasta Asunción, misionando también por las ciudades de Villarrica y Ciudad Real, junto a los grupos indígenas de las inmediaciones. Tenían como sede la flamante residencia de Villarrica, iniciada en 1592, primera del Paraguay, aún antes de crearse la provincia. El grupo de Barzana, al que se sumaron otros jesuitas del Perú, junto con el P. Manuel Ortega misionó hacia el oriente entre los tobas y mocovíes, y hacia el poniente alcanzó a los calchaquíes, donde volvió luego con el gobernador.

Repuesto el P. Barzana, emprendió junto al H. Villegas una misión a Esteco a principios de 1588. Se detuvo en la ciudad solo quince días pues su objetivo era evangelizar en los alrededores, donde se concentraban unos cincuenta pueblos de indios. Lo primero que hacía al llegar al pueblo era familiarizarse con el cacique a fin de informarse de la situación del lugar. Luego y ya instalado, comenzaba al amanecer con una profunda oración en los montes, después y bajo cualquier pretexto, los atraía a todos a un rancho que hacía las veces de iglesia. Les decía misa y catequizaba hasta el mediodía; a la tarde se encargaba de bautizar y casar a los amancebados, para finalmente confesar a los caciques. Lozano cuenta que llegó así en nueve meses, a bautizar a seis mil seiscientos infieles y celebrar tres mil matrimonios[66].

El P. Barzana acompañó al gobernador Ramírez de Velazco en 1588 a la pacificación del Valle Calchaquí y luego volvió a Santiago del Estero

[65] Ibid: 32.

[66] Ibid: p. 45.

donde inició un nuevo camino de evangelización entre los indios, primero en los alrededores de Santiago y luego hacia Tucumán, donde inició misión entre los tonocotes, diaguitas y lules. Dejó al H. Villegas en la escuela de niños y al P. Gutiérrez en la enseñanza de gramática, ambos también se dedicaban a enseñar el catecismo a los indios. Finalmente el P. Angulo, ya anciano, era el superior pero seguía con sus labores en el Santo Oficio.

Se sumaron a los jesuitas del Tucumán, los PP. Font y Añasco en 1590, quedando el primero como superior. En aquel tiempo el general don Alonso de Vera y Aragón, fundador de la ciudad de Concepción en 1585, le solicitó al nuevo superior que enviara a predicar al Bermejo al P. Barzana. Fue primero Font con Angulo, mientras esperaron al P. Barzana que gustoso se sumó a la nueva empresa. El P. superior, de camino a Concepción, misionó entre los matarás y luego en la misma ciudad y alrededores con los abipones. También estuvieron en la ciudad española de Matará y entre los indios natijas y mogosnas. Hasta que finalmente pasaron a Corrientes y luego los guaraníes, donde estuvieron tres meses, para volver a Matará.

En 1593 y bajo el provincialato del P. Juan Sebastián llegó a la gobernación del Tucumán el P. Juan Romero, junto a los PP. Marcial de Lorenzana, Juan de Viana, Gaspar Monroy y los HH. Juan de Aguila y Juan Toledano. El P. Romero se hizo cargo y desde entonces, como superior de la misión, durante catorce años, enviando primeramente a los PP. Añasco y Monroy a Omaguaca, a los PP. Viana, Angulo y el H. Villegas a residir en Santiago del Estero, donde se abrió clases de latinidad en 1594, al igual que lo hicieron en el mismo año en Asunción el P. Lorenzana y el H. Aguila, con el recién llegado del Brasil P. Saloni**.**

Posteriormente envió al P. Gaspar Monroy y al H. Toledano a misionar en tierra de los indios omaguacas y cuando llegó a Santiago del Estero envió como refuerzo al P. Pedro de Añasco que se encontraba en

Matará con el P. Barzana[67]. Estos indios tenían en vilo a la ciudad de Salta, pero el P. Monroy llegó a bautizar a más de seiscientos adultos y a concretar doscientos dieciocho matrimonios, entre los cinco pueblos que visitó al mando del bravo cacique Piltipico, quien le franqueó el camino entre su gente. El P. Monroy fue al pueblo de este afamado cacique acompañado de otro cacique amigo y varios indios principales. No solo aceptó las palabras del P. Gaspar sino que el cacique lo dejó misionar por sus pueblos y a su vez el jesuita lo instó a firmar la paz con el español. El P. Monroy fue a llevar las buenas nuevas a Salta y de allí volvió al pueblo de Piltipico con la paz firmada, a lo que el cacique se llenó de regocijo[68].

De vuelta el P. Monroy a la residencia de Salta, regresó a los omaguacas con el P. Añasco, pero no hallaron dispuestos a los indios como los habían dejado, pues el cacique Teluy había convencido a Piltipico para hacer la guerra a los españoles. Los superiores ordenaron que salieran de los omaguacas y fueran a Esteco. El P. Monroy se enfermó gravemente y debió ser asistido en Jujuy, donde fueron llevados presos ambos caciques por temor a un alzamiento. Pusieron en libertad a Teluy y el anciano Piltipico fue visitado por el P. Monroy quien lo convenció que se reduzca con su gente, pero muere antes de poderlo concretar.

El P. Monroy fue destinado en 1601 a los toconotes, junto al P. Juan de Viana, allá donde ya había estado el P. Barzana. En el resto del Tucumán se encontraban los PP. Angulo, Añasco y Vivar quienes no cesaban con sus misiones volantes[69]. Fue entonces cuando el P. Romero emprendió una misión al río Dulce, especialmente en la población de Repente.

---

[67] Astraín, 1996: 25.

[68] Lozano, 1755 (I): 210 y 214.

[69] Ibid: 271.

Cuenta el provincial Arriaga en 1594, que en la gobernación del Paraguay tenían los jesuitas su asiento en Matalá, pueblo de indios de la encomienda del capitán Alonso de Vera, que servía a la ciudad española de Concepción de Buena Esperanza, fundada por el mismo capitán. *"Este pueblo está ya todo bautizado, catequizado y confessado"*, ubicado a la derecha del Bermejo con *"casas y sementeras muy grandes"*, donde se hablaba el tonocote[70]. Contaba con siete mil familias y los jesuitas Barzana y Añasco llegaron allí el 9 de junio de 1591, día de la Santísima Trinidad[71].

2.2. La creación de la nueva provincia.

El último día de 1599 arribó a Lima como visitador el P. Esteban Páez. Fue nombrado por el general Acuaviva, dejando el provincialato de México. Para su tarea eligió como compañero al P. Diego de Torres Bollo[72], quien hasta ese momento se desempeñaba como rector del colegio de Potosí. Entraron a la gobernación del Tucumán y convocaron a todos los misioneros a la ciudad de Salta. Eran ellos los PP. Hernando de Monroy, Juan Romero, Juan López de Viana y Gaspar Monroy. Allí se determinó que todos los jesuitas se recluyeran en las residencias de Santiago del Estero y Córdoba, de donde deberían hacer sus ministerios[73]. Esto incluía abandonar la residencia de Asunción y el P. Lorenzana que se encontraba allí la dejó, aunque sin mencionar a la población que no regresaría. No obstante quedó gravemente enfermo el P. Fields y fue motivo para que la

[70] Egaña, 1970 (V): 401.

[71] Lozano, 1755 (I): 93 y 102.

[72] Si bien los antiguos historiadores del Instituto, tanto Lozano como del Techo, le dedicaron extensas páginas biográficas, aún no contamos con un trabajo actualizado sobre la vida de este importante jesuita español. Igualmente véanse entre otros, las investigaciones de Storni, 2001: 3824-3825; Moreno Jeria, 2000: 151-164 y la tesis de este último autor 2003. Además Bielza Díez-Caneja, 1986: 9-45 y Aldea Vaquero, 1992: 313-333.

[73] Mateos, 1944b (I): 35.

residencia no se cerrara. También el visitador recomendó que luego de las agotadoras misiones se descansara cuatro meses para reponer fuerzas.

De regreso, y a fines de aquel año, los PP. Páez y Torres asistieron a la sexta Congregación Provincial, presidida por el P. Rodrigo de Cabredo, quien había visitado en Salta a los jesuitas de la misión de Tucumán. Reunida en Lima y en Cusco, trató la conveniencia de dividir la provincia, creando dos viceprovincias, una al norte y otra al sur. Esta última abarcaría los territorios de Potosí y Santa Cruz de la Sierra, es decir lo que pertenecía a la Audiencia de Charcas, desde Chuquisaca y Potosí hacia Tucumán y Río de la Plata, aunque Paraguay quedaría administrado por los jesuitas brasileros, como lo había propuesto el P. visitador. Con esto quedó nuevamente planteada la controversia que por entonces aún persistía, de dejar Paraguay en jurisdicción de los jesuitas del Brasil. Pero también esta Congregación eligió como procurador a Europa al P. Torres, a pesar de la oposición que tuvo, quien en el mes de mayo del siguiente año se embarcó en Buenos Aires junto al P. Pablo José de Arriaga y el H. Francisco Gómez. Intenso trabajo desplegó fundamentalmente en Roma y Madrid para regresar en abril de 1604 con una expedición de cuarenta y seis religiosos[74].

El P. Torres expuso a las autoridades jesuíticas de Roma las razones de crear dos viceprovincias en el Perú y el P. general aceptó la propuesta. Pero cuando en marzo de 1604 volvía al Perú, recibió en el Puerto de Sanlúcar de Barrameda una carta del P. Acuaviva, fechada el 9 de febrero de ese año, indicándole que, luego de haber recibido cartas del Tucumán (seguramente las de los PP. Romero y Añasco) y haber consultado con sus Asistentes, determinó crear una provincia independiente del Perú y que el

[74] *Ibid*: 37.

P. Torres se hiciera cargo de la misma llevando quince compañeros[75]. Cuando llegó a Lima y expuso las noticias, no resultaron del agrado de varios jesuitas y el flamante provincial Esteban Páez, contradiciendo el mandato del P. Acuaviva, destinó al P. Torres como viceprovincial del Nuevo Reino, pues esa era la primera división que aceptó el P. general, la de dos viceprovincias: Nuevo Reino y Santa Cruz de la Sierra, hasta que informado el P. Acuaviva volviera a dar su dictamen[76].

El P. Torres permaneció casi dos años en su nuevo puesto, hasta que llegó a Lima una carta fechada el 14 de noviembre de 1605 del P. general Acuaviva, ratificando sus propias órdenes al provincial del Perú. De tal forma que el P. Torres fue enviado al Paraguay con trece compañeros[77]. Antes de salir de Lima hicieron los Ejercicios de San Ignacio hasta el mes de junio de 1607 en que emprendieron el viaje. Lo hicieron en dos grupos, los novicios y jesuitas que no habían terminado sus estudios por mar al colegio de Santiago de Chile, al mando del P. Juan Fonte y el resto con el P. Torres, por el Tucumán, excepto el P. Holguín que se quedó para terminar de imprimir el Arte y Vocabulario de la lengua Quechua, embarcándose luego a Chile donde se encontraría con el P. Torres para cumplir las funciones de secretario y compañero[78]. El camino fue un verdadero peregrinar, misionando por cuanta ciudad española y pueblo indígena se toparon. Al ingresar a la provincia, entraron a los omaguacas, siendo recibidos por el H. Eugenio Valtorano, quien luego los condujo a Jujuy donde, en una casa pobre y pequeña, los esperaba el P. Juan de

---

[75] Lozano, 1755 (I): 545. La carta del P. Acuaviva en Astraín 1913 (IV): 630-631 y Pastells, 1912 (I): 129-130.

[76] Lozano, 1755 (I): 548.

[77] Fueron ellos los PP. Diego González de Holguín, Luis de Leyva, Juan Domínguez, Francisco Vázquez de la Mota, Juan Pastor, Juan Bautista Ferrufino, Marco Antonio Deiotaro, Melchor de Venegas, Lope de Mendoza, Horacio Vecchi y Vicente Griffi y los HH. Bernardo Rodríguez y Miguel de Acosta. A ellos se sumó el por entonces novicio Antonio Ruiz de Montoya (Lozano, 1755 (I): 708-709).

[78] Ibid: 718.

Viana[79]. A su paso por los omaguacas, el P. Torres se sorprendió de ver tanta pobreza en estos indios. Juntó a todos los caciques y sus vasallos arengándolos para salir de su miseria y abrazar la fe cristiana, prometiéndoles que despacharía un jesuita para ellos[80].

Siguió a Salta, luego Talavera y finalmente Santiago del Estero, cabeza hasta entonces del Tucumán desde 1586, donde fue recibido por el obispo Trejo y los PP. Romero y Morelli. El P. Torres designó al P. Viana como superior de la casa de Santiago, quedando con él los PP. Leyva, Morelli y Lope de Mendoza y el H. Valtorano. Incluso y a pedido del obispo se encargaron también del seminario diocesano, donde se enseñó gramática. Luego el P. Torres partió para Córdoba con el P. Romero, encontrándose con el P. Darío. Allí instalaría el noviciado nombrando al P. Romero como maestro de novicios[81]. Pero como debían viajar urgentemente a Santiago de Chile a celebrar la primera Congregación, quedó a cargo el P. Darío. Al llegar le dio el cuarto voto al P. Francisco Vázquez Trujillo, iniciando la Congregación el 12 de marzo y concluyendo el 19. Se eligió como procurador a Europa al P. Romero y por substituto al P. Lorenzana aunque ausente en Paraguay[82]. En la Congregación se tomaron algunas disposiciones importantes. Además de solicitar al P. general el envío de nuevos operarios para *"la conversión e instrucción de los indios"*, dentro de los cuales viniesen italianos por ser más capaces en la tarea, se pidió licencia para erigir un seminario en Chile para los hijos de

---

[79] Ibid: 723.

[80] Ibid: 721-722.

[81] De allí parte a Chile llevando al P. Juan Domínguez como profesor de Teología Escolástica. Mientras los PP Francisco Vázquez de la Mota, Juan Pastor y Marco Antonio Deiotaro y los HH Bernardo Rodríguez y Juan de Salas y Juan Villegas.

[82] Asistieron los PP. Juan de Fonte, Juan Domínguez, Gaspar de Monroy, Juan de Viana (sup. de la residencia de Santiago del Estero), Juan Romero, Antonio Pardo (rector del colegio de Santiago de Chile) y Francisco Vázquez Trujillo. Todos ellos profesos más el P. Antonio Faya que aún no tenia grado pero era procurador de la provincia. (Lozano, 1755 (I): 743).

caciques o indios nobles, a expensas del rey, para que éstos instruyan al resto de las poblaciones indígenas. También pidieron al general que prohíba a los jesuitas acompañar a los soldados en las entradas, malocas o conquistas, pues por la experiencia surgían muchos males con ello. Finalmente le solicitaron que en las provincias de Tucumán y Paraguay se puedan emplear jesuitas como párrocos de pueblos de indios. El P. general aprobó todo menos los dos últimos puntos[83].

Al concluir la Congregación se envió al P. Romero a Buenos Aires, designando por su compañero al H. Juan Martínez. Se le instruyó también para que los PP. que estaban por llegar los distribuyera por donde creyera conveniente, pero que dos se quedaran en Buenos Aires (Valle y Macero) para dar principio a una casa. Mientras, el P. Torres nombró por superior de la casa de Córdoba y maestro de novicios al P. Juan de Viana. Como superior de la residencia de Santiago del Estero al P. Juan Darío y rector del colegio de Santiago de Chile en reemplazo del P. Antonio Pardo al P. Francisco Vázquez Trujillo, quien había sido ministro de ese colegio por diez años y donde se estaba construyendo una "suntuosa iglesia". Se puso en éste cátedra de teología a cargo del P. Juan Domínguez[84].

Según el P. Acuaviva le hacía falta al P. Torres ochenta jesuitas y solo contaba con diecisiete en cuatro casas[85]. El P. Romero volvió de Europa en 1610 con diecinueve hombres, desembarcando en Buenos Aires donde fueron recibidos por el P. Torres.

---

[83] Lozano, 1755 (I): 744-746.

[84] Ibid: 747-748.

[85] Ibid: 751.

2.3. El servicio personal, las Ordenanzas de Alfaro y el plan misional del P. Torres Bollo.

Cuando el P. Torres se encontraba en España, como procurador de la provincia del Perú, se encontró con un vecino del Tucumán. Fue en la misma corte de Felipe III y su nombre era don Juan de Salazar. De origen portugués, escribe el P. Lozano que *"vivía tan lastimado de la dura servidumbre, en que ajobaban los miserables indios"*[86], que decidió ir a manifestárselo personalmente al rey. Luego de dos años, el rey resolvió que para remediar estas vejaciones se creara una Real Audiencia en Chile y se enviara por visitador de las gobernaciones del Tucumán, Paraguay y Río de la Plata al licenciado Alonso Maldonado de Torres, presidente de la Real Audiencia de Charcas, según lo dispuso en la Real Cédula del 27 de marzo de 1606.

Salazar volvió y debió exiliarse en Chile pues fue muy mal recibido por los encomenderos tucumanos. No obstante la flamante Audiencia trasandina lo nombró Juez Comisario, cuya función era desagraviar a los indios y desterrar de Cuyo el servicio personal. Pero al ir a San Juan, donde ya había recibido agravios, "al tiempo que desayunaba, se quedó súbitamente muerto". Lozano especula que fue un veneno la causa de su fallecimiento[87].

Lo cierto es que en el seno de la Compañía de Jesús se debatía el tema, al punto que el P. general Acuaviva ordenó se tratara y se lo informara debidamente. Pues los mismos jesuitas tenían indios de servicio en sus casas de Tucumán, Córdoba, Asunción y Chile. Para lo cual el P. Torres decidió darles libertad y pagarles un salario, según lo recomendado por el general. Esto lógicamente causó malestar entre los encomenderos, quienes manifestaban que esta actitud era una "extravagancia caprichosa y

[86] Lozano, 1755 (II): 50.

[87] Ibid: 51.

novedad censurable". Pero el debate se extendió, interviniendo el jesuita Juan Pérez Penacho y el fraile agustino Tomás Jiménez quien escribió un breve tratado de veinte proposiciones en defensa de los indios, mientras los encomenderos sacaban un manifiesto reprobando lo actuado. Mientras tanto el P. Torres predicaba contra el servicio personal en Santiago de Chile, incluso teniendo como auditorio al obispo Pérez de Espinosa y al oidor de la Audiencia Juan Cajal y muchos encomenderos. Éstos fueron convencidos y llegaron a firmar una carta al gobernador chileno Alonso García Ramón para que ejecute las órdenes reales sobre el tema, incluso el P. Torres mandó al P. Vázquez Trujillo para hablarlo[88].

Todas estas gestiones terminaron con una persecución a la Compañía de Jesús a quienes acusaban de *"enemigos de la patria"* y *"alborotadores de la república"*. El primitivo afecto y estimación de los chilenos trocó en aborrecimiento y centraron sus ataques contra el P. provincial. Corría el año de 1609 en la ciudad de Santiago y las noticias llegaron a Tucumán y Paraguay, extendiéndose las voces en contra de los jesuitas. Encontraron aliado en el obispo Trejo, aunque mayor consuelo tuvieron de los propios indios entre quienes se extendió la fama de verdaderos protectores.

El P. Torres partió de Santiago a fines de 1609 junto al P. González Holguín. Pasaron por Mendoza donde ya estaba instalada la residencia y permaneció por un tiempo hasta que vinieran de Córdoba los PP. Pastor y Faya, catequizando a los indios de servicio[89].

Llegaron a Córdoba a principios de 1609 y encontraron al P. Deiodaro en el Noviciado como maestro de Latinidad, Humanidad y Retórica. El P. Torres consideró que en pocos meses los novicios se encontrarían en condiciones de estudiar las facultades mayores, por lo que fue nombrado maestro de artes el P. Francisco Vázquez de la Mota (sobrino

[88] Ibid: 58.

[89] Ibid: 76.

del filósofo Gabriel Vázquez), quien hasta ese momento había sido compañero del maestro de novicios. Fue el primero en leer filosofía y después enseñó teología[90]. De tal manera que informó al P. general que declaró como Máximo al colegio ya instituido. Pero lo primero que hizo el P. Torres fue, como dijimos, poner en libertad a los indios de la casa y darles la opción de quedarse y cobrar salario. Luego predicó en la ciudad en contra del servicio personal, cosa que provocó amplio rechazo entre los cordobeses que negaron limosnas. Partió a Santiago del Estero donde los rechazos de parte de los españoles fueron mucho peores, incluso el obispo Trejo, al punto que el P. Torres, luego de una ronda de consulta entre los jesuitas más experimentados, decidió trasladar la residencia a San Miguel [91]. De allí pasó a Asunción por el Gran Chaco y de camino por Concepción del río Bermejo donde al principio no fue bien recibido, aunque luego algunos vecinos le pidieron que instalara una casa. Llegó a Asunción el 23 de octubre de 1609. Allí estaba el P. Lorenzana que le comentó al P. Torres los insistentes reclamos de los vecinos de Villarrica del Espíritu Santo y Ciudad Real del Guayrá por tener casa de jesuitas[92]. El P. Torres designó a los PP. Cataldino y Mascetta para la evangelización del guayrá dándoles precisas instrucciones[93], saliendo los PP. de Asunción el día de la Inmaculada de 1609 con escolta de soldados, entre los que se encontraba el licenciado Rodrigo Ortiz Melgarejo, hijo del fundador de Villarrica el gobernador capitán Ruy Díaz Melgarejo. Fueron a Villarrica y luego a Ciudad Real, donde los vecinos se opusieron a la entrada de los jesuitas, aunque fue entonces cuando se crearon entre 1609 y 1610 las primeras reducciones en el Paraná, que fueron la de San Ignacio Guazú, fundada por los PP. Marcial de Lorenzana y Francisco de San Martín, la de Santa María

[90] Ibid: 87.

[91] Ibid: 100.

[92] Ibid: 126.

[93] Ibid: 136-140.

de los Reyes de guaycurúes por los PP. Vicente Griffi y Roque González de Santa Cruz. En el Guayrá se crearon la de Nuestra Señora de Loreto del Pirapó y San Ignacio de Atiguayé, fundadas por los PP. italianos Simón Mascetta y José Cataldino la primera, y éstos más el P. Antonio Ruiz de Montoya la segunda.

Mientras tanto en la península, y como mencionamos, el rey Felipe III había nombrado visitador de las gobernaciones del Tucumán, Río de la Plata y Paraguay al licenciado Maldonado de Torres. El objetivo era desagraviar a los indios, quitarles el servicio personal *"e hiciese las tasas de los tributos"*. Pero varias dificultades postergaron su partida, hasta que el rey lo designó oidor del Consejo de Indias y definitivamente no pudo cumplir aquella tarea. Pasaron tres años hasta que se nombró al licenciado Francisco de Alfaro. Tenía sus respetables antecedentes, pues había sido oidor en la Real Audiencia de Panamá y en ese momento lo era de la de La Plata (Sucre) cumpliendo en ella catorce años de servicio.

Esta disposición regia estaba en consonancia con las incumplidas disposiciones anteriores, que extendieron –como vimos antes- virreyes y gobernadores. Pero son patéticas las cartas de los mismos misioneros de entonces, haciendo alusión al estado de los indios que, como señala Astraín parafraseando al P. Francisco de Angulo, hablan "sobre las persecuciones y violencias que padecían los pobres indios, obligados a trabajar sobre sus fuerzas y a no ganar en toda su vida ni un miserable vestido para sí"[94]. El panorama se completaba con la esclavización que hacían los encomenderos de padres e hijos, maloqueados, vendidos y jugados por monedas.

Alfaro comenzó su visita de quince meses por Tucumán en 1611, desagraviando indios y poniéndolos en libertad. Contó *"para el acierto tener luz de las experiencias, y zelo del Padre Provincial Diego de Torres"*

[94] La carta del P. Angulo fue enviada en 1592 al arzobispo Toribio de Mogrovejo quien la trascribió y mandó a Felipe II el 13 de enero de 1593 (Astraín 1913 (IV): 647).

a quien mandó llamar cuando aquel estaba en Chile[95]. Al entrar a Santiago del Estero, el licenciado Alfaro se encontró con el P. Francisco Vázquez de la Mota con quien participó en varias Juntas, con el obispo y otras órdenes religiosas. Luego el visitador pasó a Córdoba a esperar al P. Torres, pero se desencontraron al ir el primero antes a Buenos Aires, aunque camino a ella se encontraron y deliberaron por dos días. Nunca más se separaron. Posteriormente fueron a Santa Fe, junto con el gobernador del Río de la Plata Diego Martín Negrón y partieron al Paraguay. Luego Alfaro y los PP. Torres y Vásquez Trujillo fueron a Santiago del Estero donde también realizaron reuniones con los vecinos y religiosos a fin de tratar sobre la legalidad del servicio personal impuesto por el gobernador Gonzalo de Abreu, a lo cual firmaron un acta el 12 de diciembre de 1611 manifestando que era ilícito[96].

Las Ordenanzas se dividieron en ciento diecinueve títulos o apartados, declarando al servicio personal injusto y contra todo derecho, por tanto rechazó la esclavitud y venta de indios bajo ninguna circunstancia. Prohíbió los traslados compulsivos aunque dispuso la necesidad que los indios sean reducidos en pueblos donde puedan ser adoctrinados, incluso y dentro de las ciudades españolas se señalen sitios para barrios de indios. En ambos casos debía haber iglesia y escuela, no pudiendo residir español, negro o mulato. Los indios debían ser remunerados por su trabajo aunque como súbditos del rey debían, los específicamente señalados, pagar en especies una tasa a los encomenderos[97].

Las Ordenanzas, publicadas en 1612, tuvieron el respaldo civil y eclesiástico, en Tucumán como en el Paraguay, pero no tuvieron mayor

[95] Lozano, 1755 (II): 286.
[96] Ibid: 302.
[97] Gandía, 1939.

aceptación y los contrarios a ella acudieron a la Real Audiencia que se declaró incompetente y remitió al Consejo de Indias, pero ordenando se cumplieran las Ordenanzas hasta tanto el rey no ordenase lo contrario[98]. Esto puso otra vez en la mira a los jesuitas quienes por prudencia abandonaron Asunción por unos meses, donde era rector el P. Marcial de Lorenzana[99].

El cumplimiento de las Ordenanzas no fue rápido, pero –como señala Palomeque- sentaron las bases legales de la preservación de las sociedades indígenas en el Tucumán[100]. En algunos pueblos se cumplieron en otros no, mientras que los abusos de los encomenderos no cesaron por completo. Pero los indios pudieron experimentar transformaciones a su favor, como la separación de las tierras de comunidad, los contratos de concierto y un tributo más justo.

Los cambios que se vinieron suscitando en un siglo de ocupación hispana con respecto a la reducción de indios en pueblos, fueron importantes y se aceleraron con la intervención de los jesuitas. Si bien no se concretó por completo, se logró extirpar el servicio personal, al menos en pueblos de indios cristianos. Se logró también recurrir a las lenguas nativas para el catecismo dentro de estos pueblos donde se suprimió definitivamente la administración y hasta el ingreso de españoles. Con ello también se desvinculó al clero secular en todo lo concerniente a nombramientos y pago de tasas. En este último tema y al encomendarse los indios al rey, los mismos pasaron a ser tributarios directos de la Corona, con diez años de exención. Otro punto importante es que las entradas y fundación de pueblos las harían los sacerdotes, prescindiendo de los servicios militares. Pero todos esos logros que permitieron fundar las

[98] Lozano, 1755 (II): 304.

[99] Ibid: 317.

[100] Palomeque, 2000: 87-143.

primeras reducciones en Paraguay con legítima anuencia de los indios, sembraron enemigos entre los encomenderos quienes se opusieron fuertemente al Instituto, haciendo circular escritos difamatorios y pleitos que les devolvieran sus anteriores derechos,

El P. Lozano publicó por primera vez las "Instrucciones generales para esta Provincia del Paraguay"[101] que dictó el P. Diego de Torres Bollo. En ellas aconseja respetar las instrucciones que dio en su momento el visitador Estaban Páez, confirmadas por el P. general, cuyas órdenes se remitieron la provincia del Perú y el P. Torres quería que se leyeran una vez al año entre todos los jesuitas. Recalcaba algunos temas importantes, como que los jesuitas no dieran opiniones contrarias a los intereses de los indios en temas referidos a malocas, guerras y otros; al contrario, que en estos debates deben reprender a los españoles. También aconseja que cuando salgan a misionar no lo hagan nunca solos y si fuera forzoso, que sean acompañados por algún español o indio de confianza. No deben castigar a los indios ni demás gente de servicio *"aunque no fuese sino tirar a uno de las orejas"*, deben ser reprendidos severamente quien lo haga. También ordena que *"tengase cuidado que se les pague y trate bien"*, que reciba la doctrina, cuiden de sus enfermedades y no permitan que se emborrachen ni sean deshonestos.

El P. Torres gobernó durante los primeros siete años de creada la provincia. No obstante a su entrada ya había catorce jesuitas en la región distribuidos en un colegio y tres residencias. Cuando se fue en 1614 había ciento veintidós jesuitas ubicados en diecinueve casas, entre los colegios, residencias y misiones. Efectivamente, había residencia estable en Chiloé, dos misiones en Arauco y Buena Esperanza, la residencia de Concepción, Colegio y convictorio en Santiago de Chile, residencia en Mendoza, Colegio Máximo, convictorio y noviciado en Córdoba, colegios en

[101] Lozano, 1755 (II): 253-255.

Santiago del Estero y Tucumán, residencias en Buenos Aires, Santa Fe , colegio en Asunción con cuatro misiones[102].

[102] Ibid: 806.

Capítulo 3. La experiencia del otro lado de la cordillera (1593-1624).

3.1. Primeras misiones en Chile.

El instrumento legal del sistema reduccional ordenado por la Corona para el reino de Chile llegó a la Real Audiencia de Concepción en 1567. A partir de entonces se sucedieron varios intentos por cumplirlo, como los del gobierno de Rodrigo de Quiroga (1575-1589) o los de su sucesor Martín Ruiz de Gamboa, quien al obtener la paz, reunió a los indios en poblados cercados con empalizadas y en el medio de todos ellos un fuerte. Mientras tanto, otro mandatario, el malogrado Oñez de Loyola avanzó en el tema, creando reducciones para las cuales señaló una serie de ordenanzas para sus administradores, como que los pueblos debían tener iglesia tejada, hospital, casa de comunidad, molino, tambo y huerta. Pero todos estos intentos sucumbieron con el alzamiento y destrucción. Solo varias décadas después aparecerán reducciones[103].

Mientras tanto los jesuitas llegaron tempranamente a Chile pero con particularidades en cuanto a su organización. Es así que dependiendo al principio del Perú, al ponerse en funcionamiento la provincia del Paraguay en 1607, Chile pasó a integrarse a ella hasta que fue designada viceprovincia dependiente de la del Perú en 1624. Esta condición fue superada en 1683 cuando se la designó como provincia, a pesar de un par de intentos anteriores que pretendían unirla nuevamente a la del Paraguay (1666-1669) o bien suprimirla para que volviera a ser parte de la del Perú (1676-1679).

En el territorio chileno se continuó con la experiencia de las misiones volantes en tierras tan hostiles como las del Tucumán. Aunque teniendo una variante y evolución importante en la evangelización a través de las

[103] Guarda, 1978: 90-91.

misiones-fuerte, desde donde partían las tradicionales misiones volantes que tomaron ciertas particularidades en este territorio.

Tempranamente se requirieron jesuitas en la región trasandina, siendo el obispo de Santiago fray Fernando de Barrionuevo quien los solicitó al gobernador licenciado Lope García de Castro. Este a su vez obtuvo el consentimiento de Felipe II quien recurrió en su pedido al P. general Francisco de Borja. El monarca concedió lo solicitado por una Real Cédula del 11 de febrero de 1579 y otras varias sucesivas para que partieran jesuitas a Chile, pero no pudo concretarse[104]. Sólo fue en la Tercera Congregación Provincial llevada a cabo en Lima en 1588 bajo el provincialato del P. Juan de Atienza, cuando se resolvió ampliar la acción apostólica de Perú a otras tres misiones: las de Paraguay, Chile y la del Nuevo Reino de Granada. Para ello se encargó al procurador a Europa P. Diego de Zúñiga que gestionara el envío de nuevos religiosos[105].

Los pedidos continuaron con el virrey García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y antiguo gobernador de Chile (1557-1561), y a sus instancias pudo concretarse el envío. De esta manera a fines de 1592 habían llegado desde España a Lima un contingente de misioneros para Chile. Pero el provincial Juan Sebastián decidió reemplazarlos por un grupo más experimentado que se hallaba en el Perú. Llevarían como superior al P. Baltasar de Piña[106] que ya había sido provincial y contaba con sesenta y siete años de edad. La expedición que partió del Callao a comienzos del mes de febrero del año siguiente, estuvo compuesta además, por los PP. Luis de Valdivia, Hernando de Aguilera, Luis de Estella y Gabriel de la Vega (que era de la expedición de Zúñiga), junto con los coadjutores

[104] Lozano, 1755 (I): 117.

[105] Mateos, 1944b (I): 28.

[106] Una extensa biografía suya en Lozano, 1755 (I): 172 a 193.

Miguel de Teleña, Fabián Martínez, al que se agregó Martín de Garay[107]. No mucho más tarde se sumó al grupo el P. chileno Juan de Olivares.

Llegaron a un territorio envuelto en un convulsionado conflicto, gobernado por Martín García Oñez de Loyola[108], que desde 1544 tenía enfrentados a hispano-criollos con las culturas originarias. Tuvo su origen en los abusos que causaban las encomiendas y la justa rebelión de los mapuches que dio principio a la tristemente célebre "Guerra de Arauco" [109]. Desembarcaron en Coquimbo en

Martín García de Loyola y su esposa, la princesa inca Beatriz Clara Coya.

[107] Egaña, 1970 (V): 782.

[108] Nacido en las tierras de San Ignacio en 1549 de quien era sobrino-nieto, partió de joven rumbo al Perú junto al virrey Francisco de Toledo. Tuvo especial participación en la captura de Tupac Amaru, recibiendo en recompensa por sus servicios el cargo de corregidor en varios pueblos y una encomienda, además de la sobrina del último inca, bautizada con el nombre de Beatriz Clara Coya, con quien se esposó. Apenas asumió Felipe III lo nombró en 1592 gobernador de Chile con el objeto que llevara adelante la pacificación de Arauco**,** cargo que ostentó hasta su muerte seis años después.

[109] Podemos rastrear el conflicto en la batalla de Reinohuelén de 1536 en la que por primera vez se enfrentaron los habitantes originarios con una parte de los soldados de la expedición de Diego de Almagro. Si bien se celebraron numerosos pactos de paz, la guerra continuó hasta bien entrado el Siglo XIX. Cientos de muertes se iniciaron con la del propio gobernador Pedro de Valdivia (1497-1553), ocurrida luego de ser apresado en la batalla de Tucapel donde el cacique Lautaro se consolidó como líder mapuche absoluto, luego de haber sido capturado y puesto prisionero de Valdivia durante seis años. Siguieron otras batallas triunfales para los mapuches como la de Marihueñu, al año siguiente, cuando les sobrevino una fatal epidemia de viruela. No obstante destruyeron Concepción y marcharon a Santiago donde dieron muerte al gobernador. A partir de entonces los ánimos nunca se aplacaron y fueron trágicas las campañas de García Hurtado de Mendoza, de los Villagra, de Melchor Bravo de Saravia, Rodrigo de Quiroga, Alonso de Sotomayor y Martín García Oñez de Loyola. Pero en definitiva la guerra beneficiaba a los españoles en el sentido que podían ejercer libremente el lucrativo negocio de las malocas, destinando a los indios esclavizados a las duras faenas de los lavaderos de oro, al cultivo de campos o pastoreo de ganados (Blanco, 1937: 34).

1593[110] y de allí fueron a La Serena. Luego pasaron a Santiago, hospedándose provisoriamente en el convento de Santo Domingo. Al poco tiempo el Cabildo trató sobre el asiento de los jesuitas que manifestaron su intención de ubicar una residencia de donde poder salir a misionar a los numerosos indios[111] de la ciudad y alrededores, como a su vez establecer estudios de gramática para los hijos de españoles. Así fue que se ofreció la casa del ex gobernador a la que se le edificó una iglesia con la limosna de los vecinos, que también servía para sustentarse hasta tanto el colegio tuviera fundación[112]. De esta manera nació el colegio de San Miguel Arcángel[113], quedando como superior el P. Valdivia, al regresar el ya anciano P. Piña a Lima en 1595. La Compañía de Jesús admitió como fundadores al capitán Andrés de Torquemada y a don Agustín Briceño[114]. Este último ingresó al Instituto falleciendo ocho días después sin que se pudiera cobrar su legado porque un pleito que sostenía en España obligó a los jesuitas a devolver la mayor parte de lo donado, quedando entonces

[110] Este viaje fue redactado por el P. Luis de Valdivia (Egaña 1970 (V): 458-459). Parte de ese texto en Foerster, 1996: 39.

[111] Escribe el P. Valdivia que sólo en la ciudad de Santiago se hallaban unos cuatro mil indios (Egaña 1970 (V): 467).

[112] Mateos, 1944b (II): 352.

[113] Fundado en 1594, y localizado en la manzana del actual Ministerio de Relaciones Exteriores (ex Congreso Nacional). Anexa al convento, en la esquina de las calles Catedral y Bandera estaba una escuela jesuita de primeras letras. Después de la expulsión de los jesuitas de Chile en agosto de 1767, dos de los ocho patios del antiguo colegio (patio principal y patio del pozo) pasaron a conformar el nuevo establecimiento educacional denominado Real Seminario de Nobles de San Carlos o Convictorio Carolino (1778-1813). Finalmente en 1813, el Convictorio junto con la Academia de San Luis y el Seminario Conciliar, se incorporaron al nuevo establecimiento educacional llamado Instituto Nacional, siendo su sede el mismo edificio que ocupaba el antiguo Convictorio. El Instituto Nacional fue suprimido durante la Reconquista y reabierto en 1819 en la misma localización. Al parecer, la escuela de primeras letras ya indicada siguió funcionando, tras la expulsión de los jesuitas, en su antiguo local. A ella se refiere José Zapiola en su obra “Recuerdos de treinta años”: “Nuestra escuela estaba situada en la calle de la Catedral, a cuadra y media de la Plaza de Armas, en un gran salón del antiguo Instituto, del que ahora ocupa una parte el edificio del Congreso” (Zapiola, 1974: 22)

[114] Carvallo Goyeneche, 1875 (I): 282.

como benefactor[115]. Le siguieron en esa misma condición el capitán Alonso de Córdoba y el capitán Ramirianes de Sarabia, entre los más importantes, quienes contribuyeron a la construcción de la iglesia.

El P. Valdivia[116] tuvo especial preocupación por la evangelización de los indios y estuvo en contra de las exacciones llevadas a cabo por los españoles. La comunicación con el indio fue un instrumento clave para acercarse a las costumbres y adoptar formas y métodos de evangelización. Para ello compuso un catecismo en su lengua, que fue impreso en Lima en 1607, sumándose a un tratado de la lengua general de Chile publicado en Lima en el año anterior[117]. Pues el manejo de las lenguas era para los jesuitas fundamental en la evangelización de indios, pero no lo era menos el método práctico. Así pues, cuenta el P. Lozano que los jesuitas salían de su casa cantando la Doctrina en lengua de los indios y al llegar a la plaza explicaban los Misterios de la Fe dialogando y preguntando a los indios sobre la materia[118]. En otras ocasiones practicaban la procesión también como método de aprendizaje de la doctrina cristiana con un meticuloso ritual.

---

[115] Barros Arana, 1937: 16-17.

[116] El P. Valdivia nació en Granada en 1561. A los veinte años y mientras estudiaba en Salamanca ingresó a la Compañía de Jesús. Ordenado sacerdote fue enviado al Perú en 1589, estando en Lima, Cusco y especialmente en Juli donde adquirió una gran experiencia en el contacto con el indio. Murió en Valladolid a fines de 1642 (Atraín, 1913 (IV): 691).

[117] Lozano, 1755 (I): 166. Ellos fueron: *Arte y Gramática general de la lengua que corre en todo el reino de Chile, con un vocabulario y confesionario*, Lima, 1606; reimpreso en Leipzig en 1887. *Doctrina Christiana y catecismo con un confesionario... en lengua allentiac*, Lima, 1607; reimpreso en Sevilla en 1894. Además de estas obras y de regreso a España, se publicó *Sermón en lengua de Chile de los misterios de nuestra santa Fe católica*, Valladolid, 1621. Mientras que obras póstumas publicadas muy avanzadas en los años son: *Fragmentos de la Doctrina Cristiana en lengua milcayac*, Santiago, 1918; *Nueve sermones en lengua de Chile*, Santiago, Icaron, 1897; *"Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Castilla"*. *"La historia del colegio de la Compañía de Jesús en Santander. Manuscrito inédito del P. Luis de Valdivia"*, editadas por Cascón; 1952: 3-26. (Mitre, 1894).

[118] Lozano, 1755 (I): 160.

Consolidados en Santiago, el P. superior envió a misionar por los alrededores a los PP. Vega y Aguilera quienes estuvieron casi un año y medio en la Araucanía, entre las ciudades de Concepción, Chillán, Angol, Villarrica, Imperial, Valdivia y Osorno, con sus respectivas doctrinas.

El gobernador Loyola solicitó que se crearan colegios jesuíticos en esas ciudades, o al menos una residencia en la recién fundada Santa Cruz de Loyola[119], donde había en sus cercanías unos dos mil indios de lanza. Incluso en su trazado destinó una manzana para la Compañía de Jesús y se hizo una colecta, recaudándose cien mil pesos. Pero el P. provincial del Perú Juan Sebastián no aceptó, previniendo nefastos acontecimientos que se sucedieron luego, como el despoblamiento de la misma ante el contraataque indígena. Solo quedó el colegio de Santiago, luego de la paz con los araucanos, alcanzada por este gobernador después de una cruenta guerra que parecía no concluir nunca. El mismo Loyola juntó a los indios en el valle de Arauco, donde se encontraba el fuerte que fundó Pedro de Valdivia en 1552, y acompañó a los jesuitas, exhortándoles de las virtudes de estos religiosos[120].

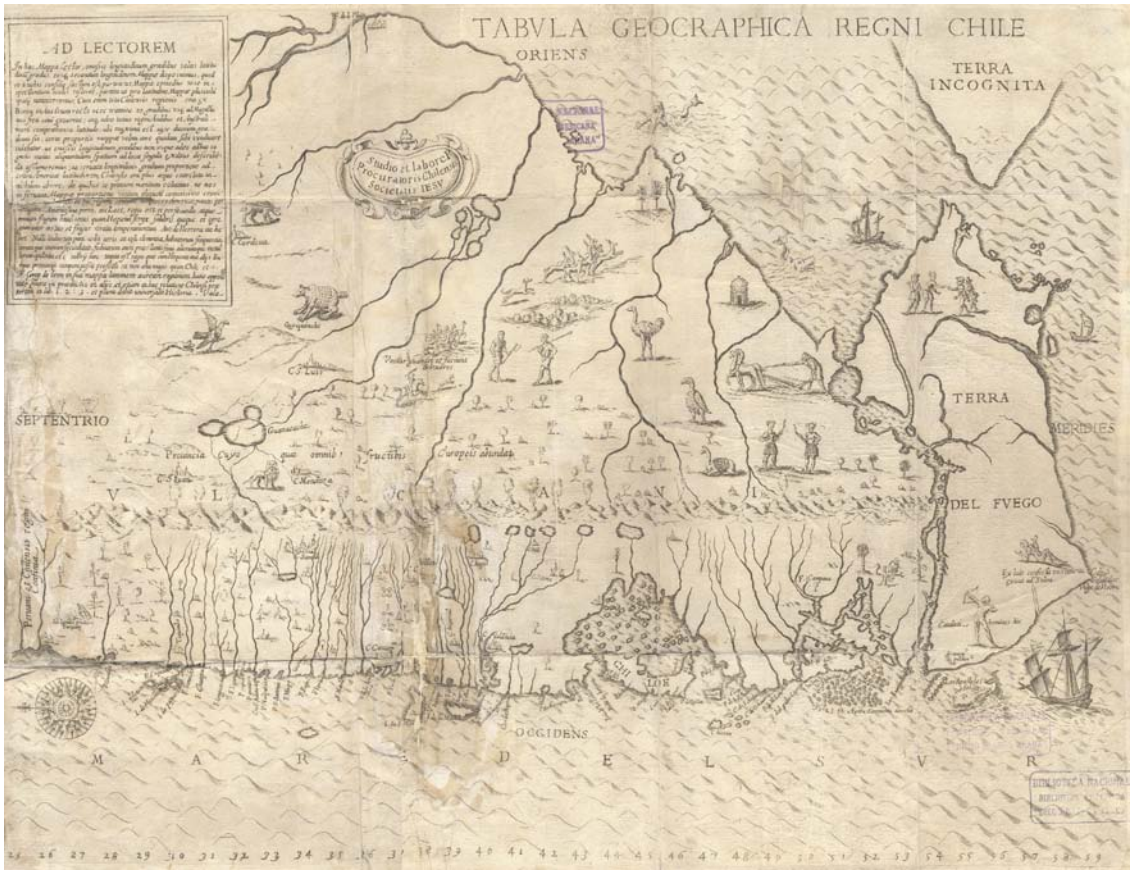
Pero se sucedió un gran alzamiento general a fines de 1598. La rebelión del cacique Pelantaru, de la provincia de Peruén, cobró la vida de García Oñez de Loyola y de muchos de sus soldados en Curalaba. El gobernador fue decapitado y su cabeza entregada años más tarde al gobernador Alonso García de Ramón. A partir de entonces se inició la destrucción de todas las ciudades ubicadas al sur del Biobío. El enorme levantamiento, en poco tiempo causó el despoblamiento de la ciudad de Millapoa y destruyó las ciudades de Angol, Chillán, Santa Cruz, La

[119] Llamada también Santa Cruz de Coya en alusión a su esposa la princesa inca Beatriz Clara Coya. Fue fundada como fuerte el 8 de octubre de 1594 al oriente del estero de Millapoa o Rele a una legua del río Biobío. Fue elevado al rango de ciudad el 1º de enero de 1595 Un plano de la misma se encuentra en el AGI. (Barros Arana, 1999 (III): 210).

[120] Lozano, 1755 (I): 334.

Imperial, Villarrica, Valdivia, Cañete y Osorno. La rebelión sólo concluyó en 1602 con un saldo de destrucción material y la vida de cientos de españoles, además de muchas mujeres y niños cautivos, que se sumaron a la pérdida de aproximadamente la mitad de la población indígena[121].

Al finalizar las hostilidades llegó a Chile el P. visitador Esteban Páez, en tanto que el P. Valdivia, fue requerido en Lima, quedando a cargo del colegio el P. Frías Herrán. El P. Valdivia en la capital del virreinato, tuvo oportunidad de dialogar a menudo con el virrey y elevarle un informe sobre el tema de la guerra y sus causas, sobre todo las vejaciones que sufrían los indios con la aplicación del servicio personal. Su insistencia hizo que el mismo virrey lo devolviera a Chile en 1605, viajando junto con el gobernador Alonso García Ramón, que asumía el cargo por segunda vez, llevando el encargo de pacificar definitivamente la región. El P. Valdivia



Mapa de Chile del P. Alonso de Ovalle publicado en 1646 (Guarda y Moreno, 2008: 25)

[121] Mellafé, 1975: 125.

por su parte presentaba una nueva y novedosa propuesta que dio a conocer a los vecinos de Chile que incluía la decisión del virrey de quitar el servicio personal[122].

Por entonces y como dijimos antes, se creó la provincia del Paraguay que incluía por cierto a Chile, donde el P. Diego de Torres celebró en el mes de marzo de 1608 la primera Congregación Provincial en Santiago. Entre sus resoluciones más importantes cabe mencionar que el cónclave definió que los jesuitas no serían más capellanes en las incursiones militares, como lo había dejado ordenado el visitador Páez años atrás, quien había acordado eso con el gobernador Alonso de Rivera enviando a los PP. Vega y Villegas. Pero también en la Congregación se abolió el servicio personal del colegio de Santiago, como clara muestra de convicción y acatamiento a los mandatos reales. Además se decidió trasladar el Colegio Máximo de Córdoba a Santiago, precisamente por el fuerte rechazo de aquellos vecinos a que se les quitasen los privilegios del servicio personal. Pero en Chile no fue menor la ira que se desató por cuanto se acudió al rey, quien firmó la Real Cédula del 26 de mayo de 1608 en que lejos de acordar la paz sentencia que todos los indios, incluso mujeres y niños que fueran apresados en la guerra, fueran tenidos por esclavos y que como tales podían usar de sus servicios e incluso venderlos[123].

3.2. La propuesta de guerra defensiva del P. Valdivia.

La encarnizada lucha originada en el uso y abuso del servicio personal al que trataban de desterrar los jesuitas, llegó a oídos de Felipe III quien asumía el año de la catástrofe chilena de 1598. “El Piadoso” rey de España y Portugal convocó a una serie de capitanes que recomendaban la

[122] Blanco, 1937: 51.

[123] Transcripta en Ibid: 92-93.

guerra ofensiva contra los mapuches. Pero la del P. Valdivia era una postura contraria que se enfrentó a ésta, proponiendo básicamente desterrar definitivamente el servicio personal y crear un límite natural en el Biobío que dividiera el territorio de los indios y españoles sin que ninguno lo sobrepase excepto los religiosos[124]. Con ello se alcanzaría una paz relativa que pudiera dar tiempo a la tarea evangelizadora entre los indios.

La postura del P. Valdivia era sostenida tanto por el oidor de la Real Audiencia de Lima don Juan de Vilella como por el mismo virrey del Perú don Juan Manuel de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros. Mientras que la de la guerra ofensiva era alentada por el gobernador de Chile don Alonso García Ramón y varios militares y encomenderos. Tanto unos como otros enviaron a sus representantes a la corte española para que expongan sus teorías, viajando el P. Valdivia para defender la paz y el capitán Lorenzo del Salto para que defendiera el proyecto de guerra ofensiva. Ambos llegaron en octubre de 1609, cruzándose en el largo viaje la mencionada Real Cédula del 26 de mayo de 1608. No obstante una vez que el rey consideró las propuestas del P. Valdivia y de Lorenzo del Salto, se formó una Junta entre los ministros del Consejo de Indias, encabezados por el conde de Lemos, que luego de largas deliberaciones aprobaron en febrero de 1610 la propuesta del jesuita, extendiendo sus alcances no sólo a que la guerra se redujera a ser defensiva, sino que prohibió severamente las malocas y entradas a esclavizar y vender indios, se abolió el servicio personal, y se estableció crear reducciones para evangelizarlos, además de imponerse un tributo obligatorio por parte de los indios, previo censo correspondiente. También estableció que los jesuitas se ubicaran en los

[124] La propuesta tiene su antecedente en las proposiciones del informe de Miguel de Olaverría de 1594, previas al alzamiento que se sucedió cuatro años después. También en la política de Alonso de Ribera que propuso una línea de fuertes en el Biobío aunque éstos fueran para atacar y avanzar. Pero en lo teórico el P. Valdivia se apoya en el pensamiento de Francisco de Vitoria y en la táctica y soluciones de José de Acosta (Foerster, 1996: 132).

fuertes de la frontera y desde allí salieran a evangelizar a expensas de su majestad quien encomendó especialmente que el encargado de todo y en su nombre fuera el P. Valdivia a quien, por nombramiento del virrey del Perú, se le concedió el título de visitador general del Reino de Chile con amplios poderes[125]. Fue tanta la virtud que reconoció el rey en este sacerdote que lo propuso ante el Papa como gobernador del obispado de La Imperial, con la anuencia del general Acuaviva. También el mismo rey pidió consejo al P. Valdivia para designar gobernador, para lo cual se nombró al experimentado capitán Alonso de Ribera Zambrano, quien ya había sido gobernador de Chile (1601-1604), habiéndose trasladado al frente de la gobernación del Tucumán (1604-1612). Finalmente el rey le concedió al P. Valdivia la autorización para volverse con ocho sacerdotes y dos coadjutores[126].

En 1612 el P. Valdivia llegó a Lima de regreso con las Cédulas Reales que acreditaban lo actuado, hasta incluso una dirigida a los caciques, además de una Bula por la que el Pontífice otorgaba grandes indulgencias para los que ayudasen a la pacificación de Chile. Fue allí donde encontró un grupo de araucanos que habían sido vendidos y de los que consiguió su libertad llevándoselos a Chile. Al llegar, obviamente no fue bien recibido en el país trasandino, donde luego de conspiraciones y hasta un intento por quitarle la vida, intervino también el P. Torres a favor del mandato real, mientras que el P. general lo nombró viceprovincial o

[125] Lozano, 1755 (II): 459 y Astraín, 1913 (IV): 706.

[126] Ellos fueron los PP. Juan de Fuensalida, Juan Bautista de Prada, Mateo de Montes, Rodrigo Vázquez que dirigió la viceprovincia de Chile, Gaspar Sobrino que alcanzó a ser procurador a Europa, viceprovincial de Chile y luego provincial del Nuevo Reino y rector del Colegio Máximo de San Pablo en Lima. Acompañaron también el viaje los PP Agustín de Villaza, Vicente Modonell y Pedro Torrellas Catalán, todos ilustres misioneros. Los dos coadjutores fueron los HH Estevan de la Madriz y Blas Hernández (Lozano, 1755 (II): 461 a 463).

superior de todas las misiones en Chile[127] sumándose incluso al título de Comisario del Santo Oficio en el que había sido ungido en Lima[128].

Fuerte Arauco de Claudio Gay fundado por Pedro de Valdivia en 1553.

Unos pocos días permaneció en Concepción y partió para el fuerte de Arauco, no sin antes trasmitir las órdenes reales. Allí fue recibido por el maeste de campo don Álvaro Núñez de Pineda y rápidamente se puso el P. Valdivia a tratar de aquietar los ánimos de los rebeldes de Arauco, Tucapel y Catiray. Para ello envió, a esta última parcialidad, a cuatro caciques amigos y cinco indios de aquellos que liberó en Lima, como emisarios de las nuevas prerrogativas del rey. Igualmente despachó a los indios Puren otra delegación de doce caciques de Arauco y cuatro de los restantes indios liberados en Lima, incluso se ofrecieron algunos soldados a acompañarlos en la misión[129]. Mientras tanto el P. Valdivia recibió en el fuerte a indios de "Pengueregua, Millarapoe, Quido, Quiapo, Lavapie, Levo, Taulero, Colcura y Arauco", además de los de "Molhuilli, Lincoya, Pilmayquen, Tucapel, Paycavi, Angolmo, Tomelmo, Cayucupil y Elicura" quienes recibieron las noticias reales con entusiasmo y volvieron en paz a sus tierras.

Fue tiempo en que llegó el nuevo gobernador y el P. Valdivia envió inmediatamente al P. Gaspar Sobrino para que lo tuviera al tanto de los últimos acontecimientos. Ese mismo día llegaron al fuerte emisarios de los Catiray que hablaron con el P. Valdivia aceptando la propuesta de reducirse en sus tierras e invitándolo a conferenciar con todos. Así partió el P.

[127] Ibid: 465.

[128] Astraín, 1913 (IV): 711.

[129] Lozano, 1755 (II): 468 a 470.

Valdivia a la cita donde lo nombraron *anelmapuhoe*, que quiere decir aquietador del reino, y con ello quedó todo en paz. Es de destacar que el P. Valdivia en estos parlamentos respetaba los rituales paganos dando muestras de una apertura no practicada hasta entonces y bastante denostada por la Iglesia.

De vuelta a Concepción el P. Valdivia decidió fundar dos misiones. Una en el fuerte de Monterrey y otra en el de Arauco de donde saldrían los jesuitas a predicar. Lo consultó con el P. Torres y envió la primera fortificación mencionada al P. Vicente Modolell como superior y al P. Antonio Parisi como su compañero. Al de Arauco fue el P. Vecchi como superior acompañado por el P. Aranda[130]. Pero el P. Valdivia tuvo la oportunidad de fundar otra misión, luego de consolidadas éstas, en los fuerte de Levo y Paycavi, donde señaló al P. Pedro Torrellas a quien se le tenía reservado Chiloé, pero finalmente va a esta nueva misión[131].

Concluidos estos actos el P. Valdivia se dirigió a Concepción para hacerse cargo del obispado de la Imperial, por entonces en sede vacante, aunque a cargo del obispo de Santiago de Chile fray Juan Pérez de Espinosa (1600-1622)[132]. Inmediatamente emprendió un censo de indios no cristianos en la ciudad, ofreciéndoles el catecismo. Arregló el edificio de la catedral que amenazaba ruina e hizo una extensa visita por su obispado estableciendo curas en los curatos, entre otras varias tareas. Pero las murmuraciones y conspiraciones en contra de la pacificación de los indios se hacían más fuertes, siendo secretamente fomentadas por Luis Melo de la Fuente que había gobernado Chile interinamente (1610-1611) y el obispo Espinosa, no muy adepto a la Compañía de Jesús. Éstos decidieron enviar

[130] Ibid: 486.
[131] Ibid: 488.
[132] Ibid: 488.

procurador al Consejo de Indias[133]. Pero el P. Valdivia, con el amplio apoyo del gobernador Alonso de Ribera, decidió enviar también como su procurador al P. Juan de Fuensalida, para que brinde un informe detallado de los éxitos obtenidos con la pacificación. Pero si bien se sabe que partió a Lima y de allí a España, no se conocen sus actuaciones posteriores[134]. Pues el P. Fuensalida falleció en Medina del Campo el 22 de febrero de 1604[135].

3.2.1. La misión de Chiloé.

A fines de 1595 los PP. Aguilera y Vega partieron del colegio de Santiago hacia Castro, ciudad ubicada en la isla grande del archipiélago de Chiloé[136], predicando por un año y cuatro meses. Anteriormente habían estado allí franciscanos y mercedarios, aunque en ese momento la ciudad contaba con apenas treinta vecinos con sus familias. En las cercanías se ubicaban el fuerte de San Miguel de Calbuco y el puerto de San Antonio de Carelmapu, establecidos entre 1602 y 1603 con los restos de la destruida ciudad de Osorno.

La población indígena que habitaba las islas eran los pacíficos huilliches, mientras en los archipiélagos de Guaitecas y Chonos del sur, se encontraban los chonos[137], que en épocas anteriores habían sido

---

[133] Ibid: 495.

[134] Ibid: 496.

[135] Storni, 1980: 106.

[136] El archipiélago fue ocupado por los españoles en el sitio que los huilliches llamaban Quiquilhue. El lugar contaba con abundante agua y pequeñas cantidades de oro que arrastraba el río. Su fundador fue Martín Ruiz de Gamboa, quien bautizó al río con su apellido y a la ciudad Santiago de Castro, en honor al apóstol Santiago y al Virrey interino del Perú, Lope García de Castro. Al año siguiente llegaron los franciscanos y luego de soportar el sismo de 1575, la ciudad fue destruida en 1600 por Baltazar de Cordes. Se reconstruyó lentamente y en 1643 la saqueó e incendió el corsario Enrique Brower. Sobrevivió en el Siglo XVIII pero con grandes penurias hasta la actualidad.

[137] Los chonos fueron conocidos desde 1553 con el viaje de Francisco de Ulloa. También llamado guaitecos, fueron concedidos en encomienda a varios españoles que nunca la usufructuraon por las dificultades de acceso a las islas. Aunque a fines del

desplazados de Chiloé por los huilliches. Ambas etnias se comunicaban entre sí a través de dalcas o piraguas que navegaban entre las numerosas islas donde residían. Lo hacían en rucas de paja ubicadas dispersamente en las playas o bosques donde cultivaban papas, maíz y quinoa, además de tener una pesca intensiva.

Una de sus primeras acciones de gobierno del P. Torres, fue la de emprender misiones tanto en Arauco como en las islas de Chiloé. Para ello envió a cuatro misioneros, el P. italiano Horacio Vecchi y el P. chileno Martín Aranda para Arauco y el P. Melchor Venegas y el P. italiano Juan Bautista Ferrufino para Chiloé[138].

Corría el año de 1608 y los PP. Venegas y Ferrufino partieron del puerto de Concepción, pasando por la isla de la Mocha y permaneciendo un mes en el puerto de Carelmapu, donde residía el gobernador de Chiloé

La ciudad de Castro en 1643 con la ubicación de la residencia de los jesuitas (Guarda y Moreno, 2008:30).

Siglo XVI fueron sometidos a constantes malocas para trasladarlos a Chiloé y de allí reembarcarlos a Santiago (Urbina Burgos, 2007: 327).

[138] Lozano, 1755 (II): 3.

Tomás de Olavaria con sus ciento treinta soldados. Finalmente tomaron rumbo a su destino, la ciudad de Castro, donde se ubicaron provisoriamente en el antiguo convento de la Merced de la ciudad española, haciendo unos leves arreglos edilicios[139]. También repararon la iglesia mayor para dar misa luego de quince días de trabajo. Así lo hicieron cada domingo, mientras que los miércoles y viernes lo hacían en la de su casa. El P. Lozano escribe que el gobernador Olavaria les donó luego su casa en Castro, donde se fundó la residencia, desde donde servían tres curatos (Castro, Chacao y Calbuco)[140], que los PP. habían bautizado como de Nuestra Señora de Loreto[141]. La misma y según un mapa de 1643 se encontraba frente a la Plaza Mayor, al igual que la Iglesia mayor[142].

Lo primero que hicieron los jesuitas fue manifestar su oposición al servicio personal de los indios ya que no solo estaba introducido, sino que *"no contentos de servirse de ellos, como esclavos, contra los fueros de la libertad natural, se propasaban a venderlos, y comprarlos como Negros de Guinea"*[143].

El P. Ferrufino describe estas vicisitudes, escritas en una extensa relación sobre Chiloé y su experiencia misional de los primeros tiempos, que envió al P. Torres y se extravió, por lo que escribe una nueva, abreviada, que el mismo provincial transcribe en la Anua de 1611. Cuenta

---

[139] Leonhardt, 1927 (XIX): 110.

[140] Lozano, 1755 (II): 35.

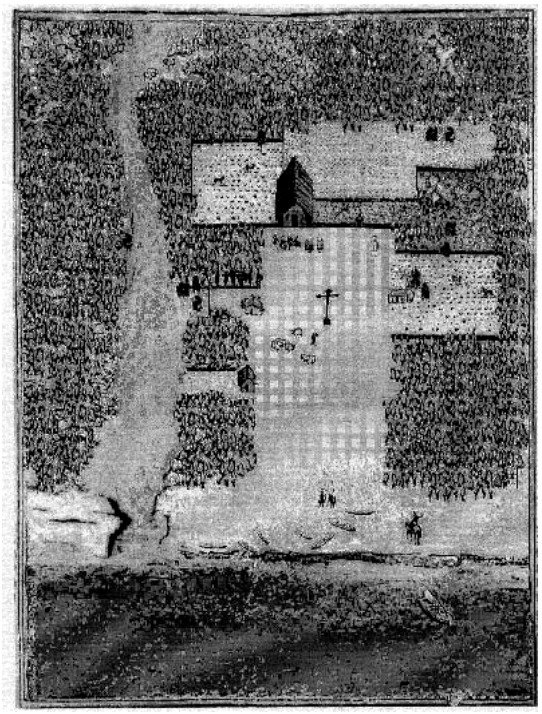
[141] Esta devoción fue especialmente traída por el P. Torres, luego que visitara en Ancona la santa casa de la Sagrada Familia, trasladada a ese sitio en el Siglo XIII y donde se construyó la basílica dos veces destruida y comenzada su actual construcción en 1469. El P. Torres, de regreso a América, pasó por el santuario donde permaneció toda una noche. Trajo consigo una reliquia de la casa y prometió a la Virgen que iba a hacer conocer su gracia en el Nuevo Mundo y justamente la empleó para desterrar los abusos del servicio personal. La primera capilla que hizo levantar fue en la iglesia del colegio de Santiago de Chile con un tabernáculo que hizo traer de Lima (Lozano, 1755 (II): 645 y (II): 45).

[142] Guarda y Moreno (2008): 30.

[143] Lozano, 1755 (II): 36.

el P. Ferrufino que salieron de Castro a hacer misiones a los otros dos enclaves españoles de Carelmapu y Calbuco. En el primero tuvieron un especial recibimiento por parte del gobernador, quien hizo repicar campanas y tronar la arcabucería a su llegada. Luego predicaron y lo hicieron meticulosamente ante un grupo sumamente agresivo con los indios.

Después partieron a las tierras de los huilliches y luego a la de los chonos, muy sufridos ante las epidemias y sobre todo las continuas embarcaciones que llegaban a sus costas para esclavizarlos. De allí que el P. Ferrufino dijera que hacía diez o doce años había más de *"quince mil varones de lanza"* y ahora solo *"no hay más de tres mil almas grandes y chicos en toda la isla"*[144]. De tal forma que los indios se refugiaban en el interior, donde pasaban hambre ante la rudeza de la tierra y para salvaguardase de los españoles, que desde los fuertes entraban a robarle sus pertenencias, incluyendo hijos y mujeres. El P. Ferrufino explica de ellos que eran *"de natural tan humilde afable y apacible"*, incluso *"muy inclinados a la piedad y religión"*. Mientras que de sus viviendas expresa que *"son unos buhios de paja, yestanpuestas abuen trecho launa dela otra a cuasa detenertierra suficiente paralabrar, porq es menester casi cada año mudar sitio"*. Agrega que la tierra es muy estéril y que intentaron sin éxito reducirlos a un sector cercano a la



Reconstrucción del probable aspecto de Achao en la isla de Quinchao alrededor del año 1624 (Trivero Rivera, s/f).

[144] Leonhardt, 1927 (XIX): 108.

playa, pero no quisieron por miedo a los soldados españoles[145].

En febrero de 1610 concluyeron su peregrinar, luego de siete meses de intensa labor entre los indios de Chiloé. Fueron acompañados por un mestizo y entre ocho y diez jovencitos de quince años bien instruidos en el catecismo que dejaron en sus pueblos para que enseñaran lo aprendido. Llevaron pan, biscochos y un par de carneros para sustentarse, aunque luego los indios les proveerían de papas y pescados. Cada uno de estos pequeños poblados estaba compuesto de entre diez y doce casas dispersas y ubicados entre dos y seis leguas unos de otros, apartados de la playa. El P. Ferrufino calculaba que habría en la isla unos treinta pueblos y que el mayor no pasaba de cien almas.

También en Chiloé los jesuitas respetaron los ritos paganos. Los huilliches practicaban sus rituales en una gran explanada destinada sólo para ese fin donde se levantaba un altar sagrado (rewe). Allí tenían lugar varias celebraciones sagradas como el kamarikún donde se conectaban con el mundo espiritual. Los jesuitas tomaron esa tradición y la adaptaron a la misa que hicieron en estos sitios reemplazando el rewe por el altar y luego capilla, con las imágenes que traían especialmente, dándole al ritual una continuidad devocional. En el centro de la explanada clavaban una cruz hecha con el árbol sagrado del canelo. Alrededor había un rancho para los sacerdotes, otro para el cacique y otro para el fiscal, el resto de la población se ubicaba en ramadas que levantaban cuando llegaban los misioneros.

Unos días antes del arribo se anunciaban ante el cacique y al llegar eran recibidos fuera del pueblo y acompañados en procesión, incluso los niños llevaban guirnaldas con flores, siguiendo a uno que venía con una cruz. Al llegar, el cacique los abrazaba y acompañaba a la precaria iglesia de paja adornada con flores y ramas de laurel, que se encontraba en las afueras de los poblados. El sitio se convertía en un pueblo solo por esos

[145] Ibid: 102.

días en que estuvieran los jesuitas, pues algunos indios construían sus chozas. El mejoramiento de las capillas y las viviendas dio en algunos casos origen a una estructura urbana permanente[146].

En cuanto a las capillas, el P. Olivares nos relata cómo eran estas rústicas construcciones *"se compone de unos postes de madera, con otros palos que se les arriman, se forman las paredes, i el techo cubierto de paja sobre algunas tijeras, sin que se gaste en toda su formación un clavo, porque todo va amarrado con sus raíces i yerba que trepa por los árboles, i se enreda en ellos que llaman boqui, de que hai dos castas blanco i negro, i uno i otro es mui útil para amarrar cuanto necesitan"*[147].

Una vez ubicados en el sitio, todos se sentaban y el sacerdote les daba una corta plática sobre las intenciones que los traían, la de explicarles que solo pretendían el bien de sus almas y que no pedían nada a cambio. A continuación los invitaban a regresar al día siguiente y así ocurría desde muy temprano, acudiendo todos con sus esposas e hijos, muchos desde lugares lejanos. Los enfermos eran visitados por uno de los PP. Al tercer día eran confesados y bautizados, al cuarto se casaban los que no lo estaban y luego partían para otro pueblo. De suerte que en esta expedición dejaron treinta y seis capillas levantadas y renovadas con un catequista o fiscal en cada una, que llamaban en lengua veliche *amomaricamañes.* Reemplazaban en cierta medida al chamán y eran elegidos de entre los hijos o nietos de los caciques con la aprobación de los jesuitas[148]. Actuaban en ausencia de los misioneros teniendo la función de no sólo cuidar la iglesia, sino de visitar periódicamente los ranchos aledaños, catequizar a los niños y de incluso bautizar en casos extremos. También debía los domingos juntar a todos en la iglesia para que canten, recen y expliquen el

[146] Moreno Jeria, 2007: 164.

[147] Olivares, 2005: 138.

[148] Guarda, 1968: 205-255.

catecismo. Con este método dice el P. Ferrufino llegaron a bautizar doscientas veintiocho almas, casar a más de mil y confesar a más de dos mil. Este apostolado seglar de prestigio fue practicado por los franciscanos de México en la primera evangelización, pero también lo habían usado los jesuitas en El Cercado y en Juli, aunque con una supervisión más activa de los sacerdotes. Si bien ya estaba instituida en la práctica la figura del fiscal en Chile, recién en 1621 el P. rector del colegio de Castro, el jesuita Agustín Villaza, consiguió del gobernador Pedro Osores Ulloa, la autorización formal de su creación, aplicada plenamente tres años después debido a una demora incitada por los mismos encomenderos.

El P. Torres quedó muy conforme con los resultados, luego que convocó a los jesuitas a Santiago de Chile para que rindieran cuentas de lo actuado. Fue cuando envió al P. Ferrufino a terminar sus estudios y nombró al P. Melchor Venegas como superior de aquellas misiones, agregándose al recién llegado P. Mateo Esteban[149].

Estos últimos se hicieron a la vela en vísperas de la Navidad de 1610 teniendo un dificultoso viaje. Luego de misionar en la isla de Mocha llegaron a Chiloé, donde fueron efusivamente recibidos en el fuerte de Carelmapu por el maestre de campo don Pedro de la Barrera, quien luego le facilitó piraguas para trasladarse a Castro y volver a abrir las puertas de su casa e iglesia. Allí se encontraron con una fuerte actividad de malocas entre la milicia, quienes se ampararon en la Cédula Real del 26 de mayo de 1608, en que Felipe III daba por esclavos a los indios prisioneros de guerra. La práctica había alcanzado tal abuso que en una oportunidad los soldados tomaron prisioneros a ciento cincuenta naturales de la provincia de Guanauca y como esa parcialidad estaba expresamente exceptuada por la Real Audiencia de Santiago, los pasaron a todos por cuchillo[150].

[149] Lozano, 1755 (II): 44.

[150] Ibid: 447.

El P. Venegas estableció en la iglesia la cofradía del Niño Jesús para los indios de la ciudad. También se abrió una escuela pública, pero la mayor actividad la emprendieron misionando entre las muchas islas del archipiélago donde ya habían estado antes y habían levantado varias de estas rústicas y tradicionales iglesias *"De estas* -cuenta Lozano- *hallaron unas bastantemente frecuentadas, otras ya casi caídas"* [151], pues eran precarias construcciones de madera y que habían quedado a cargo de los fiscales, muchos de los cuales habían sido reclutados como soldados en las malocas de españoles y las abandonaron.

Volvieron a Castro en febrero de 1612, *"dexando en sus veinte y cinco Pueblos, y en las otras Islas ochenta Capillas"* [152]. Pero sólo permanecieron seis meses y partieron rumbo a las tierras de los chonos, con el cacique principal don Pedro Delco, que una vez al año los visitaba en Chiloé. En agosto de 1612 llegaron a la isla de Huayteca donde el cacique tenía levantada una capilla, mientras que el P. Mateo Esteban ya había compuesto un apresurado catecismo en su lengua. Pudieron reunir a poco más de cien indios a los que les construyeron cuatro capillas en las islas más importantes, con fiscales que fueron especialmente instruidos[153]. Solo estuvieron tres meses y pocas veces regresaron, hasta que los chonos destruyeron las capillas en 1630. Los jesuitas volvieron a Chiloé y allí el P. Venegas encontró una carta del P. Valdivia que lo nombraba visitador de Chiloé alborotando un poco a la población. Posteriormente fue enviado por el P. Valdivia a Concepción y en 1614 a Lima para dar cuenta de los últimos acontecimientos al mismo virrey.

A partir de entonces y con los informes y experiencia recibida se evaluó si debían continuar con las misiones volantes o establecer

[151] Ibid: 449.

[152] Ibid. 453. Posiblemente Lozano sigue a del Techo (II) : 192. Pues en la Carta Anua, el P. Torres menciona solo treinta y seis capillas (Leonhardt, 1927 (XIX): 213).

[153] Urbina Burgos, 2007: 333.

reducciones permanentes. Pero como dice Moreno Jeria la decisión tardó tres años en llegar debido al complejo escenario político que tenía al P. Valdivia con su "guerra defensiva"[154].

En 1617 definitivamente el P. Valdivia decidió enviar la tercera misión al mando del P. Venegas pero esta vez acompañado del joven P. Juan Bautista Prada. Se establecieron como misión estable en Castro y desde allí emprendieron misiones circulares o volantes, visitando rigurosamente cada año las capillas del territorio indígena. Estas misiones se harían en los meses de primavera y verano, mientras que el resto del año, su trabajo pastoral se reducía a la ciudad de Castro, los fuertes y alrededores. La labor continuó hasta 1621 en que fueron reemplazados por los PP. Agustín de Villaza y Gaspar Hernández quienes continuaron con la misma metodología de las misiones volantes. Incluso haciendo incursiones, aunque muy esporádicas a la tierra de los chonos.

Finalmente diremos que el obispo de Concepción hizo una visita general por Chiloé en 1625, año en que se sumó el jesuita Juan López Ruiz. Motivados por esta consideración y por la creación de la viceprovincia en ese año, las actividades pastorales se fueron intensificando, siempre teniendo a la misión volante como premisa fundamental de aquella que se perpetuó hasta los tiempos de la expulsión, como lo relataron los P. Walter en 1762 y Güell en 1770[155]. La residencia de Castro fue elevada al rango de colegio en 1661 adquiriendo luego una viña llamada Guanqhuehua, ubicada junto a la estancia de la Magdalena. Mientras que muchas de las capillas donde se realizaban las misiones volantes fueron notablemente mejoradas convirtiéndose en un rico patrimonio cultural del archipiélago.

[154] Moreno Jeria, 2007: 117.

3.2.2. La misión de Arauco.

Como dijimos antes, el P. provincial Diego de Torres envió a los PP. Horacio Vechi como superior y Martín de Aranda como compañero en Arauco, ubicado en una región bastante diferente a la anterior de Chiloé, en cuanto a que los indios era belicosos y sostenían una cruenta guerra.

El 15 de octubre de 1608 el P. Torres escribió en Santiago unas *"Instrucciones para los PP Horacio Vechi y Martín de Aranda, y para los que les sucedieren en la misión de Arauco"*, documento que transcribe Lozano[156], y que manifiesta una serie de consejos prudentes, como no dejar la oración y tener al frente las enseñanzas de San Francisco Javier, tomar por patrón de la misión a San Ignacio y poner una imagen suya en la iglesia con asiento en Arauco pues *"antes el modo general, que se debe tener en esta misión, sea hacer asiento entre indios reducidos, y poblados"*.

A los fines que estuvieran protegidos, el gobernador Alonso García Ramón, les cedió un cuarto de solar sobre la plaza del fuerte de Arauco, grande como para dividirlo en vivienda e iglesia. En la Navidad de 1608 dieron su primera misa y luego se instituyó la congregación de Nuestra Señora de Loreto[157]. Incluso el mandatario había ordenado que, en cada excursión evangelizadora a los numerosos pueblos indígenas, los jesuitas fueran acompañados por soldados.

Cuenta el P. Aranda que un día con el P. Vecchi juntaron a casi todos los caciques de Arauco que serían alrededor de sesenta, convocados por el capitán Guillén de Casanova[158]. En presencia del P. rector Francisco Vázquez y en una de las tantas tradicionales "parlas" les expusieron lo cuanto que los amaban y el deseo de trasmitirles la salvación y las cosas de

---

[155] Ibid: 166.

[156] Lozano, 1755 (II): 4-6.

[157] Ibid: 13 y Enrich, 1891: 159.

[158] Lozano, 1755 (II): 18.

Dios. Uno de los caciques principales, llamado Levipangue, se levantó y dijo que ya lo habían hecho otros (refiriéndose al P. Valdivia) y que no les trajo provecho alguno y que en esos momentos estaban ocupados con la guerra, queriendo vivir del modo que lo hacían[159]. Era pues hasta entonces imposible juntarlos en pueblos o reducciones. Por lo que siguieron con su modo de vida dispersos, generalmente en grupos familiares que ni siquiera respondían a un mando. Estas redes ocupacionales se encontraban ampliamente conectadas y articuladas, unificando el espacio natural del construido, por lo que asistimos a una humanización del espacio. Pues debemos advertir lo difícil que fue comprender esto para los españoles, acostumbrados a la diferenciación de la vida urbana de la rural.

Los fuertes, llamados también plazas, tercios o presidios, fueron espacios inexpugnables que estaban intercomunicados con otros. Funcionaban como puntos de avanzada en territorio rebelde, desde donde salían partidas expedicionarias con el fin de asolar a las parcialidades vecinas y juntar indios que pasaban a ser esclavizados. También fueron centros de parlamento y puntos de intercambio de prisioneros y mercaderías[160]. Recordemos que los fundados por el gobernador Ribera tenían como fin fortificar la frontera que naturalmente dividía el río con los mapuches, para poder desde allí incursionar por medio de malocas en territorio enemigo e ir ganando territorio con sus expediciones guerreras. Obviamente un objetivo muy opuesto a la idea del P. Valdivia que requería los fuertes como centros donde poder expandir la tarea evangelizadora. De tal forma que en 1602 se fundó el fuerte de Colcura y al año siguiente los de Chepe, Buena Esperanza, Nacimiento, San Francisco de Borja y Nuestra Señora de Halle. Mientras en la región costera se levantó el de Arauco y Lebu, y en el interior el de Santa Margarita de Austria y Paicaví, además de reconstruir el de Santa Lucía de Yumbel. Es del caso señalar que alguno de

[159] Ibid: 20 y Leonhartd, 1927 (XIX): 27.

ellos, como el Nacimiento, fue levantado sobre el antiguo pucará de los mapuches que llamaban Picoiquén. También varios de ellos, como este último, fueron destruidos y trasladados varias veces con otros nombres. Contaban generalmente con una capilla, además de los cuarteles, hospital y cárcel. Se hallaban en él militares con sus familias y gente de servicio, no teniendo una institución política como el Cabildo que los administrase, salvo un alcalde designado por la autoridad castrense. La Plaza de Arauco fue el primer fuerte español, fundado por Pedro de Valdivia en 1552. En él residía la autoridad máxima de la región, que era el maestre de campo general del ejército, mientras en el tercio de San Felipe de Austria de Yumbel estaba como segunda autoridad el sargento mayor[161].

Desde estos ámbitos actuaron los jesuitas enviados, donde las dificultades no eran menores. El P. Vecchi cuenta que era difícil acudir a las poblaciones indígenas que había y encontrándose enfermo el P. Aranda, solicitó varias veces la presencia de compañeros[162]. No obstante una segunda junta tan numerosa como la primera había tenido mejores resultados entre la gente del cacique Lavipangue. Al menos le habían prometido escuchar a los jesuitas que intentaron concentrar a todos en pueblos para facilitar la tarea evangelizadora. Otra vez con la ayuda del capitán Guillén Asme de Casanova se pudo concentrar a los innumerables rancherías del valle en veinte pueblos, aunque no con un trazado europeo, ofreciéndose quinientos indios a acudir a las capillas que allí se levantasen[163]. Incluso los PP. Vechi y Aranda fueron a vivir entre ellos, donde los indios construyeron una casa de paja y ramada para que pudieran

---

[160] Alonso de la Calle, 2005-2006: 231.

[161] Guarda, 1978: 56

[162] Leonhardt, 1927 (XIX): 30 y Lozano, 1755 (II): 25.

[163] Lozano, 1755 (II): 24 y Enrich, 1891 (I): 170.

predicar, hasta con dos indias que los sirvieran que fueron rechazadas por los sacerdotes.[164].

Pero poco duraron estos "pueblos". Los indios al ser agraviados por los soldados, decidieron abandonar esas reducciones al poco tiempo y los jesuitas pensaron que *"el único camino de traer esta gente al conocimiento de su Creador, era labrar Capillas, con la decencia posible, en sus propias rancherías"*. Pero no estuvo de acuerdo el nuevo capitán que por el contrario estaba enfrentado a los jesuitas, lo cual no tuvieron más remedio *que "salir por los campos con su altar portátil debajo de un toldo y allí ir juntando al catecismo"*[165].

Los resultados positivos eran difíciles de crecer para el P. Vecchi, quien sólo podía bautizar a quienes se hallaban muy enfermos a punto de morir, aunque no obstante alcanzaron varios centenares.

En una de sus salidas apostólicas fue con el P. Aranda a la isla de Santa María, distante cinco leguas de la costa frente al fuerte de Arauco. Allí mandaba el cacique Pedro Tarvando, cristiano aunque no en costumbres, que pronto se puso en contra de los jesuitas. Cuatro meses predicaron y consiguieron excelentes resultados pues, como lo expresará al P. Torres en la Anua de 1611, diciendo que *"los mesmos caciques han tomado acargo la predicación del evangelio"*[166].

Volvió el P. Vechi a tierra firme y encontró a los españoles difamando que los indios preparaban una gran rebelión *"porque los padres de la Compañía de Jesús les predicaban"*. Desmentir esto les llevó varios meses, mientras predicaron entre los soldados españoles *"queno tienen menos necessidad los mas deellos, que los mesmos yndios"*. Al fin

[164] Olivares, 2005: 62-63.

[165] Lozano, 1755 (II): 27.

[166] Leonhardt, 1927 (XIX): 122.

pudieron volver a territorio de indios, pero el gobernador les prohibió que levantaran iglesias.

En la misma Anua de 1611 se expresa que aún seguían en la misión los PP. Vecchi y Aranda, agregando el P. Torres que recibió una carta del virrey solicitándole que urgentemente envíe sacerdotes *"porq conellos confia acauar mas presto la guerra que con soldados"*[167]. Por tanto el P. Torres designó a los PP. Francisco Gómez y Martín de Aranda, entre varios que se ofrecían para ir a aquella región. Pero fue el tiempo que también arribó el P. Valdivia con la buena noticia de la actitud de la Corona de concluir la guerra y comienza su misión desde el fuerte de Paicaví en 1612.

En el fuerte de Arauco, donde se encontraba la fuerza principal de frontera con el indio, continuaron estando tres jesuitas. Mientras que en el fuerte de Levo había agregados *"ducientos indios, que divididos en setenta casas"*[168]. En el fuerte de Buena Esperanza (Rere), fundado por Ribera en el cerro Centinela en 1603, residían los PP. Vicente Modelell y Juan Bautista Prada, y cercanos a ellos se encontraban los *"ocho mil Catyrays, que abrazaron el partido de la paz"*. En tanto que el fuerte de Yumbel a tres leguas del anterior, se sumaba a los de Talcamahuida, Monterrey, Magdalena, Santa Fe, Nacimiento, San Jerónimo y Cayahuana *"junto a los quales avia Indios reducidos"*[169].

3.2.3. Los primeros mártires.

Entre los indios también había quienes propiciaban la guerra, como los caciques Cantillanca y Turelipe que fueron apresados por los españoles, promoviendo tratados de paz donde intervino nuevamente el P. Valdivia.

[167] Ibid: 120.

[168] Lozano, 1755 (II) : 802.

[169] Ibid: 803.

Es así que éste se trasladó a fines de 1612 al fuerte de Paicaví (Cañete) junto a los PP. Aranda[170] y Vecchi[171], donde se habían concentrado todas las reguas. De allí cruzaron el río y se entrevistaron con el cacique Anganamún quien cordialmente aceptó la paz. Pero como escribe Lozano, *"quando mas benigna serenidad corrian las esperanzas del buen sucesso, se mudó de repente el ayre, se enturbió el Cielo, y empezó á amagar la furiosa tempestad"*[172].

Pues resulta que Anganamún tenía dos esposas indias, una de las cuales poseía una hija, y una española cautiva, llamada María de Jorquera, con quien también había tenido una hija de entonces nueve años. Mientras el cacique recorría las tierras, convenciendo a otros caciques de que abrazaran la paz, se enteró que sus tres mujeres y dos hijas, emprendieron su fuga desde su casa en el Purén hacia el fuerte de Paicaví conducidos por el sargento Torres, quien parece ser tuvo una relación con la cautiva española mientras fue temporalmente prisionero de los indios[173]. El cacique fue a tierras de españoles y estos le dijeron que sólo podía vivir con una sola mujer y sus hijas, pero al no entender la sutiliza moral que implicaba, consideró la oferta un verdadero agravio y amenazó con sangrienta venganza[174].

Mientras tanto y luego que todas las reguas acordaran la paz, el cacique Utablame accedió, junto con varias decenas de caciques, ante los

---

[170] Martín Alonso Aranda Valdivia nació en Villarrica en 1560, aprendiendo el idioma de los mapuches desde niño. Ingresó junto a sus hermanos en la milicia y después lo hizo en la Compañía de Jesús de la provincia del Perú en 1592. Sus últimos votos los profesó en Santiago en 1599, de donde partió a Quito a misionar entre los chunchos, pero volvió a Chile en 1607 (Storni, 1980: 18).

[171] Horacio Vecchi Chigi nació en 1577 en Siena, donde estudió derecho. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1597 en Roma, donde conoció al P. Torres quien lo trajo a Lima. Allí terminó sus estudios y se ordenó sacerdote en 1607, trasladándose a Santiago de Chile desde donde comenzó a misionar entre los mapuches (Storni, 1980: 299).

[172] Lozano, 1755 (II): 503.

[173] Blanco, 1937: 111 y Foerster, 1996: 144.

[174] Lozano, 1755 (II): 505.

pedidos del P. Valdivia de llevar a Elicura a los PP. Vechi y Aranda y al H. Montalbán[175], que hacía sólo dos meses se lo había recibido en la Compañía de Jesús[176]. A cambio, los caciques exigían que se demoliera el fuerte de Paicaví, se retiraran los soldados y se devolvieran las mujeres de Anganamón, o por lo menos sus hijas. El gobernador y el P. Valdivia aceptaron las condiciones y enviaron a los misioneros con los indios. Al arribar a Elicura fueron llegando los principales caciques, queriendo construir una casa para los PP. En tanto ellos predicaban el Evangelio. Mientras ocurría esto, sorprendentemente Anganamún intentaba convencer a la regua de Pellahuen que se conjuren contra los jesuitas. El viernes 14 de diciembre de 1612 el temerario cacique llegó a Elicura con doscientos guerreros y sorprendió a todos en misa. El P. Aranda salió de la capilla y trató de calmar semejante ferocidad que había ya cobrado varias vidas, entre ellas y según el P. Lozano la del cacique Utablame, entre varios otros. Pero Anganamún no se dejó impresionar y mandó quitarles las ropas y ejecutarlos con macanas, lanzas y machetes, para luego arrancarles el corazón y devorarlos, marchándose luego de Elicura con las mujeres e hijas[177]. Los mártires fueron descubiertos por el cacique Cayumari, quien había sido enviado por el P. Valdivia para ver qué pasaba que no escribían. De allí los cadáveres fueron trasladados al fuerte de Levo, donde permanecieron dos años en su capilla y luego llevados a la casa de los jesuitas de Concepción[178].

El P. Valdivia debió afrontar la muerte de los jesuitas y con ello luchar para que se mantuviera igualmente la paz. Por otro lado la venganza

---

[175] Diego de Montalbán nació en México donde era sastre. Al trasladarse al Perú fue reclutado como soldado para el ejército de Chile. Conoció a los jesuitas en Arauco y pidió ser admitido en 1612 (Storni, 1980: 189).

[176] Lozano, 1755 (II) : 514.

[177] Ibid: 523.

[178] Ibid: 526-527.

entre los mismos indios no tardó mucho tiempo, atacando y rescatando los cautivos de Elicura.

La muerte de los mártires fue un símbolo de su tiempo, usada tanto por los que sostenían la guerra ofensiva para denostarla, como por los jesuitas que debían interpretar el hecho sin contradecir sus pensamientos.

De tal manera que la figura y las ideas del P. Valdivia fueron desacreditándose e incluso se comentó la necesidad de desterrar a la Compañía de Jesús de Chile[179]. El mismo virrey Mendoza y Luna dejó de apoyarlo y con ello también el gobernador Rivera que aprovechó para hacer algunas entradas a tierras enemigas. Por su parte el P. Torres señalaba al gobernador que la muerte de los jesuitas no quitaba que la tierra se hallaba entonces en paz y que aquello había sido un contratiempo inesperado[180]. Pero el martirio había resultado la mejor excusa para los que querían la guerra y esclavización de los indios. Hasta las otras órdenes religiosas como franciscanos, dominicos y agustinos se sumaron en contra de Valdivia, quien no descansaba viajando y hablando con cada cacique para preservar la paz. Pero todo fue en vano, pues el proyecto de "guerra defensiva" quedó decisivamente truncado. El gobernador finalmente prohibió a los jesuitas que entraran a Arauco. Pero el P. Valdivia no bajó los brazos y varios años después volvió a España para presentar su proyecto a Felipe IV, que no se mostraba adepto a sus

Los mártires de Elicura: PP. Aranda, Vecchi y H. Montalbán, asesinados en 1612. Grabado del P. Ovalle de 1646.

[179] Ibid: 546.

[180] Astraín, 1913 (IV): 722.

ideas. El resultado final fue que el monarca expidiera la Real Cédula de 1625 en que declaraba la “Guerra Ofensiva”, mientras el P. Valdivia no regresó nunca más a Chile, regado de sangre por la nueva guerra y esclavización de sus habitantes. En 1665 los Cabildos Eclesiásticos de Chile enviaron los informes necesarios a Roma para la beatificación de los santos mártires de Elicura.

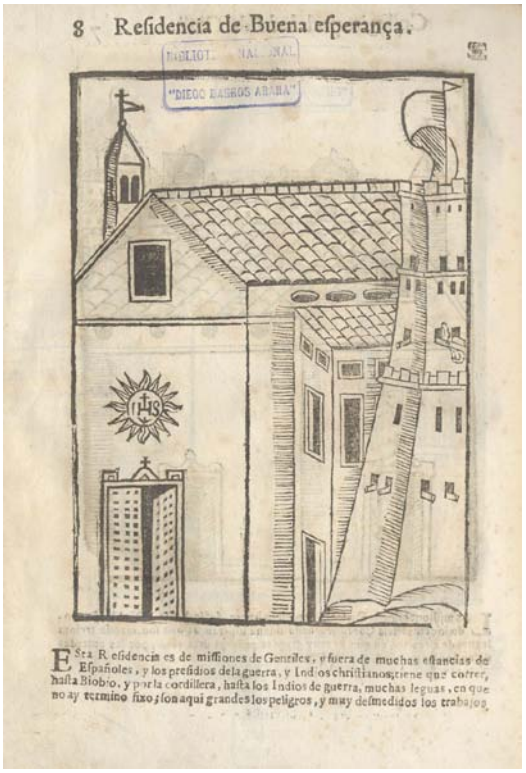
3.3. La evangelización después del martirio.

Desde la muerte de los mártires en 1612 hasta la designación de Chile como viceprovincia dependiente del Perú en 1624 se refuerza la evangelización con nuevos brillos. De tal manera que la tarea misional de los jesuitas intentaba incorporar el imaginario cristiano en las costumbres y ritos indígenas, como vimos en las “parlas” del P. Valdivia o en el emplazamiento de capillas en Chiloé. Al menos estas intenciones quedaron claras en toda esta primera etapa de acercamiento, que se incorporará al proyecto del P. Valdivia, que en rigor comienza apenas unos meses antes del martirio. Luego de este luctuoso acontecimiento se produjo un momentáneo estancamiento del avance evangelizador.

No menos importante fue la direccionalidad evangelizadora de entonces que alcanzó a las cabezas más importantes entre los indígenas, adoctrinando y bautizando a caciques e hijos de caciques con el objeto de facilitar la extensión del evangelio hacia el resto de los habitantes. También las misiones que se emprendieron, apuntaban a los grupos más temibles y prestigiosos, con el objeto de obtener los mismos resultados, es decir, incorporar al cristianismo otros grupos que los secundaban. La tarea predicadora de los jesuitas por territorios indígenas incorporaba la instalación de cruces con madera del árbol de canelo que, como vimos, tenía especial significado sagrado para los indígenas y la construcción de capillas en lugares de mayor concentración como lo hicieron los rebeldes

de Puren de la mano del jesuita Juan del Pozo, o posteriormente los de la provincia de Lumaco[181]. Caciques como Millalien ofrecieron sitio junto a su casa para edificar la iglesia[182], constituyéndose estos ámbitos religiosos en puntos de reunión social pero dejando en claro la penetración simbólica que la diferenciaba de los fuertes como poder real de usurpación. La responsabilidad asignada a los indios-fiscales reforzaba notablemente la tarea evangelizadora.

Es así que el P. Valdivia continuó su tarea tratando de corregir los abusos de los encomenderos, aumentando las doctrinas que elevó a ocho de las tres que estaban a cargo del clero y de los dominicos. En Concepción siguió funcionando el colegio jesuítico que servía de base de operaciones misionales para una amplia región; mientras que para 1614 en Arauco y Buena Esperanza estaban establecidas sus correspondientes misiones. En Arauco había tres sacerdotes, en tanto que a Buena Esperanza, el P. Valdivia trasladó la misión de Monterrey, donde el P. Vicente Modolell dejaba de ser superior y ser trasladado como rector al colegio de Concepción. Finalmente y por ese tiempo se había abandonado la misión de Lebu a cargo del P. Pedro Torrelas que se trasladó a Arauco[183].



Residencia jesuítica de Buena Esperanza en los dibujos del P. Ovalle.

Luego de la muerte del

[181] Rosales, 1991: 162-163.

[182] Ibid: 41.

[183] Enrich, 1891 (I): 288-303.

gobernador Alonso de Ribera en 1617, se designó interinamente a Fernando Talaverano Gallegos y al año siguiente a Lope de Ulloa y Lemos. A partir de entonces se retomó exitosamente la paz con los indios y el P. Valdivia volvió a tomar protagonismo. El nuevo mandatario debería proseguir con la "guerra defensiva" y no permitir que nadie entrase al territorio indígena, excepto el P. Valdivia quien estaba especialmente destinado para tratar con los "indios de guerra". De tal manera que el rey derogaba el prohibimiento de Rivera sobre que los jesuitas no entraran a Arauco y les daba amplias facultades para tratar con los indios, mientras el gobernador se tenía que limitar a cuidar el límite y gobernar el reino, tratando de eliminar el servicio personal. Así fue que el P. Valdivia decidió emprender una visita general al reino, catequizando y bautizando a los hijos de caciques[184].

Cuando el P. Valdivia regresó a Madrid en 1620 quedó concluida la "guerra defensiva", tan repudiada por autoridades civiles como eclesiásticas que nunca apoyaron, como no lo hizo siquiera el P. general Vitelleschi, desde que reemplazara al P. Acuaviva y en la provincia del Paraguay el P. Pedro de Oñate, sucesor del P. Torres con quien sus disputas hicieron que se retirase de Chile[185]. También la muerte del gobernador, en circunstancias poco claras, fue un traspié importante, pues el nuevo mandatario, Cristóbal de la Cerda y Sotomayor debió soportar el levantamiento del indio Lientur quien promovió una alerta general en las filas españolas. Su inmediato sucesor Pedro Osores de Ulloa no dudó en declarar la "Guerra Ofensiva", en un acto ilegal frente a las expresas órdenes de la Corona, pero que contó con el aval suficiente de la clase gobernante. Seis años después Felipe IV aceptó lo actuado y reimplantó la Real Cédula de 1608 en que se permitía la esclavización de los indios.

---

[184] Foerster, 1996: 164.

[185] Astraín, 1616 (V): 637.

De tal manera que la evangelización del P. Valdivia se dio a partir del asentamiento en ciudades españolas, en su caso desde Concepción y desde los sobrevivientes fuertes del Biobío y la costa.

Lo cierto entonces es que en tiempos del P. Valdivia los jesuitas habían establecido residencia en los fuertes de Arauco y Buena Esperanza, lugar este último donde se elevó a la categoría de colegio en 1652[186]. En ambos se agrupaba un buen número de indios en sus alrededores donde predicaban los PP. formando lo que llamamos misiones-fuerte. Estos emplazamientos se intercomunicaban sirviendo de protección de los mismos indios allí asentados, de los ataques de indios enemigos que ahora Valdivia los llamará ladrones o delincuentes, terminología que los diferencia con los indios cristianos o "amigos".

Es así que estas fortificaciones militares sufren un desplazamiento sosegado de su función original para convertirse, como bien ha indicado Boceara[187], en dispositivos de vigilancia y protección de los indios amigos asentados en sus alrededores. Es decir en centros de atracción del indio que paulatinamente se irá incorporando a la vida en policía, porque encuentra protección y a su vez se incorpora al trabajo agrícola.

[186] Incluso antes recibió las tierras de Guerguilemu en 1639, además de la contribuciones de ocho cuadras y un molino que dejó el capitán Vasco de Contreras y otros bienes donados por el sargento mayor don Francisco Rodríguez (Bravo Acevedo, 2005: 70).

[187] Boceara, 1999: 77-78.

Capitulo 4. Calchaquíes.

4.1. Las primeras entradas con un plan de evangelización.

En tiempos que la región del Tucumán era asistida por los jesuitas de la provincia del Perú, se habían realizado las primeras expediciones entre los calchaquíes[188]. Fue por el año 1586 cuando se narra el primer contacto, durante el gobierno de don Juan Ramírez de Velazco[189]. Lo concretaron el P. superior Juan Font, junto al P. Francisco de Angulo por el Bermejo, mientras que los PP. Pedro de Añasco y Alonso de Barzana[190], hicieron lo propio por los pueblos de indios ubicados entre Santiago del Estero y Tucumán[191]. Efectivamente, en una carta que escribe el gobernador al rey, manifiesta que en ese año Barzana *"ha andado siempre fuera entre los naturales y en seis meses me han certificado ha bautizado más de cuatro mil personas y casado a más de tres mil"*[192]. Pero sólo se acercó a la frontera de los calchaquíes, lo que debe haberle despertado interés su evangelización al saberse de un número muy importante de personas afincadas en el valle donde habitaban.

Fue entonces en la campaña de *"conquista y persuasión"* de los calchaquíes, que emprendió este gobernador en 1588, cuando el P. Barzana tuvo la oportunidad de acercarse a ellos en calidad de capellán. La expedición la encabezó el mandatario con cien hombres y seiscientos indios flecheros, quienes contaban con quinientos caballos. Pasó de Salta a

---

[188] Este nombre deriva del cacique Juan Calchaquí que dominaba todas estas tierras, en las cuales afirma el P. Lozano se encontraban diversas naciones: *"Pulares, Chiquanas, Diaguitas, Calchaquíes, Lutintuos, y Acampis, Paucipas, Quilmes, Tolombones, que todas usaban la lengua Kaká"* (Lozano, 1755 (I): 47).

[189] Egaña, 1966 (IV): 268-276.

[190] Nació probablemente en Belichón, Cuenca en 1530. Obtuvo el sacerdocio en 1555 e ingresó a la Compañía de Jesús diez años después, obteniendo sus últimos votos en Lima en 1666. Ingresó al Paraguay en 1585, fecha que se encuentra ya en Santiago del Estero. Murió en el Cusco el último día de 1597 (Storni, 1980: 32 y Furlong, 1968).

[191] Egaña, 1970 (V): 383.

Chicoana y Angastaco[193]. Los motivos de esta invasión se justificaban sobradamente para los españoles, ya que la nación calchaquí había forzado el despoblamiento de Cañete en Tucumán y Córdoba del Calchaquí, junto a Londres en Catamarca en 1562, amenazando a la ciudad de Salta. El encuentro no tuvo en principio mayores resistencias; unos se rendían y otros simplemente huían. Pero los primeros también fingían, a los efectos de sumarse a este ejército y poder vengarse frente a sus enemigos. Y así lo hicieron, cuando adelantados del ejército español, arrasaron con un pueblo de antiguos enemigos. Gran pesar causó en Barzana que no pudo contener la antipatía de los calchaquíes, pero pudo predicarles en su lengua y dejar el camino abierto para otros misioneros, regresando a Santiago del Estero donde era superior el P. Angulo[194]. El Cabildo de Tucumán se inclinó ante el rey pidiendo la continuidad en el cargo del mandatario, quien anunció una nueva entrada a Londres en busca de un supuesto tesoro, pero también reconocía el estado en que habían quedado los habitantes del valle *"son pobres y gente desnuda que no tienen más de unas plumas con que cobijan"*, ni alimentos para sobrevivir[195].

Luego que Barzana se encaminó hacia los lules y el P. Angulo visitó a los frentones del Bermejo, el P. Font[196] entró solo al Valle Calchaquí,

---

[192] Furlong, 1968: 41.

[193] Ibid: 43 y Levillier, 1928 (II): 206.

[194] Lozano, 1755: 46 a 50.

[195] Jaimes Freytes, 1914: 225.

[196] El P. Font nació en Valencia en 1557, ingresando al Instituto en Castilla en 1572. Llegó al Paraguay en 1590 e inmediatamente fue designado superior de la misión de Tucumán. Junto al P. Angulo atravesaron el Chaco rumbo a Concepción. Cuando termina su mandato en 1593 se trasladó a Juli, donde profesó sus últimos votos, muriendo en Perú en 1614 (Storni, 1980: 104) En 1595 estuvo misionando entre los Chunchos con el P. Nicolás Mastrilli, con quien visitaron a los caciques Veluini y Mangote. De allí fueron a los Pilcozones donde construyeron capilla, pero dilataron la formación del pueblo hasta que volvió el P. Font en 1614. El sacerdote valenciano estuvo presente en la primera congregación de la provincia del Paraguay, realizada en Santiago de Chile entre el 12 y 19 de marzo de 1607, aunque fue devuelto al Perú (Pastells, 1912 (I): 101-131).

bautizando a todos los párvulos de cinco poblaciones[197]. Una nueva expedición la encaminó en 1592 el P. Zúñiga, acompañado por los PP. Romero, Lorenzana, Viana, Monroy y el H. del Aguila[198].

Con respecto a la lengua ágrafa de los calchaquíes creemos que el P. Barzana fue el primero que la estudió[199], ya que en una carta que envió en 1592 al provincial Arriaga, y se transcribió en la Anua de 1594, expresa que se encontraba realizando vocabularios de varias lenguas, entre ellas la de calchaquí donde *"confessava ya y predicava en ella"*[200]. El P. Arriaga por su parte, informó que los PP. Añasco y Barzana estaban en 1593 componiendo el vocabulario de cinco lenguas, entre las cuales se encontraba la de los calchaquíes[201], más otra que era la general que se hablaba en Santiago del Estero y el valle de Catamarca, en Londres y todo el Valle Calchaquí. Se refiere al quichua, pero entre los calchaquíes se hablaba el cacán o kakán, desplazada con el tiempo por aquella y finalmente desaparecida[202].

Cuando entró al Tucumán el P. Romero en 1593, salieron de Salta rumbo a Esteco y fueron a los omaguacas (Jujuy). Luego se encontraron con los PP. Añasco y Barzana que estaban por el Bermejo y fueron al Valle

---

[197] Biblioteca Nacional de Madrid (BNM), Ms 5.931.

[198] Egaña, 1970 (V): 384.

[199] El P. Barzana fue uno de los grandes políglotas del Instituto. No sólo dominaba algunas lenguas generales como el quechua y aymará, sino que apenas entró al Tucumán aprendió las lenguas Tonicote, Guaraní y Cacana. Más aún, escribió varios catecismos y vocabularios aunque no todos nos han llegado a la actualidad. Cabe mencionar la traducción que hizo en colaboración con los PP. Santiago y Varela, del catecismo del P. Acosta (1532). Al año siguiente publicó un Arte y Vocabulario de la lengua general del Perú, pero también realizó un arte de la lengua Toba, manuscrito que recién se publicó en 1893. Otros se perdieron, como los catecismos en Guaraní, Natija y Quiroquirini, Abipones y Querandíes que da testimonio Furlong de su existencia. Con la ayuda del P. Añasco compuso vocabularios en Tonocoté, Cacana y Puquina (Furlong, 1968: 70-73).

[200] Egaña, 1970 (V): 390.

[201] Son: puquina (araucana), tonocoté, quichya, guaraní y natija mencionadas en nota anterior.

[202] Egaña, 1970 (V): 386.

Calchaquí *"que es de mucha gente y muy capaz, a lo que puedo entender de algunos que he visto, gentes de grandes cuerpos, que para hablarlos yo he menester levantar la cabeza. Traen los cavellos muy largos, que nunca los cortan, y los vestidos hasta casi los pies"*[203].

Muy compenetrado con esta cultura, el P. Barzana escribió una relación de un alzamiento calchaquí ocurrido en 1589, que se desconoce su paradero[204]. No obstante la Anua de 1597 da cuenta de lo acontecido, expresando que la guerra concluyó *"con la muerte de muchos indios, y captivos otros muchos; con todo dizen que no quedan en paz"*, explicando que la causa de aquella guerra se desencadenó porque los calchaquíes *"aver muerto unos españoles y entre ellos un religioso, porque les ivan a sacar indios para su servicio, los quales por deffenderse de los indios, se recogieron a la iglesia del pueblo* (Calchaquí) *y allí, pegándole fuego, los abrazaron"*[205].

Nombrado superior, el P. Romero salió de Córdoba con destino al Valle Calchaquí en 1601[206]. Lo hizo junto con el P. Gaspar de Monroy[207], dejando al P. Juan Darío en la recientemente fundada casa. Su última parada fue Salta donde los esperaba el P. Hernando de Monroy a quien se lo destinó a los lules.

A todo esto el vecino de aquella ciudad don Juan de Abreu y Figueroa poseía una encomienda en el Valle, teniendo buena relación con

---

[203] Ibidem, p. 406.

[204] *Relación que hace el P. Barzana del alzamiento de los Indios Calchaquíes, y de lo que, a gloria de Dios, se ha trabajado en su pacificación: 1589* (Furlong, 1968: 79).

[205] Egaña, 1974 (VI): 414.

[206] Ibid: 184-187.

[207] El P. Monroy nació en Valladolid en 1562, ingresando a la Compañía de Jesús de la Provincia de Castilla en 1584. Llegó al Paraguay en abril de 1593. Sus últimos votos los dio en Santiago de Chile en 1602, lugar donde falleció en 1631. (Storni, 1980: 189) En Santiago asistió a la primera congregación del Paraguay, llevada a cabo entre el 12 y 19 de marzo de 1607. También fue a la segunda en Córdoba en febrero de 1614. Misionó entre los Omaguacas con el P. Añasco (Pastells, 1912 (I): 131-469).

los indios. Él mismo acompañó a los jesuitas, junto con algunos indios que sirvieron de intérpretes. Con esta ayuda, el P. Romero pudo componer un catecismo y algunas pláticas. Primeramente llegaron a un pueblo de ochenta habitantes, muchos ya bautizados años atrás, seguramente por el P. Barzana. De allí pasaron al pueblo del cacique don Francisco, quien les franqueó los pasos hacia la comunidad, que recibió bautismos y casamientos. Aunque no todo el viaje fue positivo, ya que el pueblo siguiente lo encontraron despoblado y con una cruz llena de flechas. Todo hacía suponer los peores presagios, pero les llegó el aviso que los pobladores estaban protegiendo sus sembradíos contra una invasión de sus vecinos los papagayos. Al regresar recibieron con regocijo las recientes visitas y el P. Romero predicó al cacique para que le abriera las puertas a su gente, que sumaban doscientas almas. A los bautismos y casamientos continuaron *"pomposos festines a su usanza el día de tanta dicha"*. Los jesuitas siguieron por todos los pueblos de la comarca e incluso a uno de los diaguitas[208], cuyo ingreso estaba marcado por una *"vistosa calle, aderezada con ramos verdes con bello orden, formados á trechos arcos triunfales"*. Salieron a recibirlos con una ostentosa vestimenta rica en plumajes, en medio de cantos y danzas. Pero lo que les llamó la atención a los sacerdotes fue que todos llevaban en sus manos una pequeña cruz, semejante a la que días antes había despachado el P. Romero con un mensajero. Mayor alegría causó en los indios, cuando los PP. en procesión, entonaron canciones que ellos habían compuesto en la lengua cacana. Pero tuvieron que enfrentar a un cacique rebelde que se resistió ante la prédica cristiana. No obstante, al despedirse los jesuitas recibieron toda clase de obsequios, luego de haberse quedado unos días y haber bautizado a casi mil indios. Siguieron por otros cuatro pueblos y mayor fue la buena disposición, al encontrarlos con el cabello cortado y sin pinturas en los

[208] Los diaguitas se han dividido en unas treinta etnias que convivían en el mismo territorio teniendo como unidad cultural la lengua cacana.

rostros. Los religiosos destruyeron templos paganos y fomentaron la construcción de iglesias, informando todo al obispo Trejo. Encontraron resistencia en los pueblos de Taquigasta y Angostaco[209], porque el teniente de gobernador ordenó a los caciques que enviaran indios mitayos para trabajar en unas minas[210]. El balance final de esta misión de los PP. Romero y Monroy había dejado un saldo final de dos mil trescientos calchaquíes bautizados, se celebraron unos trescientos matrimonios y se quemaron cinco adoratorios, aunque sus vidas peligraron en los pueblos mencionados, donde no llegaron a ser alcanzados por las flechas[211].

Cuando el P. Diego de Torres se encontraba en Europa como procurador del Perú, escribió en 1603 un extenso memorial a don Pedro Fernández de Castro, presidente del Consejo de Indias. En su último artículo expresaba, como recomendación, que no se les impusiera tasas ni servicio personal a los indios convertidos y que se haga esto con los calchaquíes, por entonces recién incorporados al cristianismo por los jesuitas[212].

Ya en pleno cargo de provincial del Paraguay y en su primera Anua de 1609, el P. Torres informó de los antecedentes sobre incursiones de jesuitas entre los indios y sugirió un plan integrador para la evangelización de la región. Efectivamente, afirma que en el tiempo sería oportuno que, como manda el general, se emplee una de las cinco residencias de cuatro sacerdotes, entre los calchaquíes y que de allí se salga a predicar a los españoles de Tucumán y desde la de los diaguitas a La Rioja. Esto es lo que

---

[209] El paraje de Taquigasta fue recorrido por Blas de Rosales a instancias de Juan Núñez del Prado, mientras que para 1694 era la encomienda de Francisco Vélez de Alcocer. Angostaco hoy es una pequeña localidad de Salta donde se conserva parcialmente un tambo inca y un fuerte. Por allí pasó a Chile el conquistador Diego de Almagro en 1536, como lo hizo también por la quebrada de Escoipe aquí mencionada. Para el Siglo XVIII era un pueblo indígena que dependía de la misión franciscana del Rosario de Calchaquí.

[210] Lozano, 1755 (I): 426-432.

[211] Pastells, 1912 (I): 187.

[212] Egaña-Fernández, 1986 (VIII). 482.

los jesuitas habían experimentado en Juli, que era un pueblo indígena donde asentaron residencia. Pero no descarta hacer lo contrario, es decir, que de los pueblos de españoles se salga cada año a misionar entre los indios. Aunque curiosamente ve con más efectividad que esas residencias se ubiquen entre los indios y que desde allí se salga a predicar a las ciudades españolas[213]. Lo cierto es que en la práctica fijaron residencia en ciudades españolas, ejerciendo el ministerio de las misiones volantes entre los indios, por lo que anualmente los jesuitas visitaron a los calchaquíes por largo tiempo.

4.2. El P. Horacio Morelli y sus compañeros en Calchaquí.

Las continuas entradas al Valle iban creciendo en entusiasmo por parte de los jesuitas, y ya en las Anuas paraguayas de 1610 y 1613 los relatos de las misiones entre los calchaquíes comenzaron a ocupar un lugar importante en el texto. En la primera, cuenta el P. Torres, que *"la misión de Calchaquí"* está a cuarenta leguas de San Miguel en un valle muy fértil. Calcula que habría entre nueve y diez mil infieles y que algunos varones salían a servir a las ciudades de Tucumán y Salta. Recuerda que hacía once años que él visitó esa nación como compañero del P. Esteban Páez y que el P. Juan Romero dio completa relación al P. superior, cuando fue con el P. Gaspar de Monrroy. Cuenta el P. Torres cuando los españoles llamaron por engaño a unos caciques y fueron ahorcados, por lo que no quisieron ir más a Santiago. Los españoles quisieron formar una expedición de escarmiento, pero él mismo se interpuso evitándolo y enviando a los PP. Darío[214] y Morelli en el mes de setiembre de 1609, contradiciendo la acción los

[213] Leonhardt, 1927 (XIX): 36.
[214] Maeder, 1990 : 35-49.

vecinos de Salta que fue por donde entraron al Valle, por intersección en este caso del gobernador[215].

En esta tercera entrada a calchaquí el P. Dario estuvo dos veces y por poco tiempo, en cambio el P. Morelli, como menciona su noticia necrológica: *"anduvo ordinariamente en misiones y siempre con grande fruto, y suspirando aún ya viejo por sus Calchaquíes, con ser allí su sustento los 7 años que estuvo de maíz, y raíces silvestres, su casa de choza, y casi el suelo su cama"*[216].

El P. Juan Darío era rector del colegio de Santiago del Estero y el P. Morelli residía en el mismo establecimiento. Eran momentos de tensión entre españoles y calchaquíes por lo que tuvieron la misión de entrar al Valle y calmar los ánimos, no sin antes sosegar a los vecinos de Salta.

El P. Darío le escribió una carta al provincial, fechada el 30 de marzo de 1610, que el P. Torres transcribe en la Anua correspondiente. Lo primero que cuenta, se refiere a la labor del P. Morelli, diciendo que *"es un apóstol y predica ya en la lengua con mucha confusión mia"*[217]. Relata cómo los indios los recibieron bien: *"aviendo aderezado los caminos con arcos de ramas verdes, levanatado Cruces, y hecho ramadas grandes, que sirviesen de Iglesias, donde pudiesen dar missa"*. Fue grande la alegría por esta paz lograda, que los indios *"se empeñaron en levantar once Capillas, con otros tantos diferentes Pueblos, para que pudiesen ejercer en ellas con alguna decencia las funciones sagradas"*[218]. El mismo P. Darío continúa relatando que cuando llegaron los *"esperaban de la puerta de la Iglesia todos juntos"*. Pero además dice que había *"doce o trece iglesias con sus cruzes"* reconstruidas, porque las habían quemado. Menciona ademàs al

[215] Leonhardt, 1927 (XIX): 75.
[216] Maeder, 1996: 46.
[217] Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI), Paraq. 11, f.61v.
[218] Lozano, 1755 (II): 113.

curaca principal, el conocido Juan Calchaquí, cristiano que había dejado sus mancebas y había contraído matrimonio[219].

También el P. Morelli le escribió al P. Torres quince días antes. Menciona que ya lo había hecho en dos oportunidades relatando su trabajo en la misión. Cuenta que habían acabado de ver todos los pueblos del Valle, aunque muchos de ellos, los indios se los ocultaron. Dice que llegaron el 16 de noviembre de 1609 al primer pueblo de la quebrada de Escoipe de indios pulares, donde comenzaron catequizando y bautizando a algunos niños. Expresa que *"era gente doméstica y que sirven a los españoles enviados a su mita"*, que junto al de Chicoana[220] se ubicaban en la entrada al Valle y sumaban unas cuatrocientas personas. Pero aclara que todos son diaguitas con lengua cacana *"aunque muy corrupta que parece otra"*. Dice que se enardecen bastante porque tienen muy vivos en la memoria los agravios que reciben todo el tiempo de los españoles y poco recuerdan la presencia de los PP. Romero y Monrroy que hacía nueve años habían estado allí con gran esfuerzo y trabajo. Obviamente mucho menos se acordaban del P. Barzana. Pero los pocos que lo hacían tenían buena impresión de ellos. Cuenta también que habían levantado unas capillas, expresando que tienen *"las iglesias fuera del pueblo"*. De Escoipe caminaron nueve leguas hasta el pueblo de "Querqua" (sic) también de pulares y al día siguiente llegaron a los primeros pueblos del Valle donde continuaron con su trabajo al que sumaron algunas confesiones. Luego entraron al pueblo que llaman la "Recata" (sic) donde hubo bautismos y

[219] Ibid. (I): 76.

[220] Población incaica oriunda del Cusco que en tiempos de los españoles fue trasladada a la entrada del Valle de Calchaquí debido a un acuerdo con los fundadores de Salta y el cacique Calibay, para que éste custodiara la ciudad española. Era un poblado multiétnico de los primeros encomendados a los españoles que pobló el Valle de manera discontinua y donde se establecieron nueve poblados: Atapsi, Tacuil, Pagoyasta, Cachi, Escoipe, Luracatao, Chicoana, Sicha y El Charcal. El pueblo de Cachi, también aliado a los españoles, se ubicó en la otra entrada al Valle para también proteger a Salta (Quintián, 2008: 303).

casamientos. Hasta allí habían recorrido todos los pueblos de pulares y chicoanas. Morelli continúa el relato, consignando que el 26 de noviembre partieron a los diaguitas donde encontraron veinte pueblos de los cuales catorce estaban encomendados. Siguieron las prácticas religiosas pero con gran temor, aunque en constante diálogo con los curacas para que apaciguaran cualquier ataque al que eran proclives los jesuitas por ser españoles. Uno de esos curacas era nada menos que el mencionado don Juan Calchaquí, de quien expresa: *"es este curaca un indio muy nombrado de los españoles que tienen noticia de este valle, es de muy grande estatura y en un tiempo mandaba casi todo este valle, al fin fue servido Nuestro Señor que también se ablandase y comieron los tres que aquí estuvimos entrambos con nosotros"*. Siguieron viaje ya de regreso por el pueblo de Luracatao de pulares y al parar en uno de diaguitas, cuenta que una mañana vinieron doscientos indios armados y atacaron el pueblo matando, hiriendo y robando desde los carneros hasta las camisetas de los muertos y heridos, bañándose con la sangre de los vencidos. Los PP. salvaron sus vidas de milagro y se dieron cuenta que por más que se levantaron muchas iglesias, eran crueles con sus enemigos[221].

Al regresar a Salta, los jesuitas se entrevistaron con el gobernador Alonso de Ribera para suplicarle que no entraran más malocas al Valle, tal como se lo habían prometido a los indios. También y en el camino predicaron entre los habitantes de la comarca, los guachipas y sus vecinos.

Volvieron en reiteradas oportunidades, no dejando de reconocer que era gente *"muy barbara, y fiera, yenemiga por extremo deespañoles"*[222]. Esta Anua de 1611 divide a la gente del Valle en calchaquíes, pulares[223] y

[221] ARSI, Paraq. 11, F. 66 a 68v

[222] Lozano, 1755 (I) : 95.

[223] Antes de entrar a las tierras de los calchaquíes por el valle de Humahuaca se llegaba a Chicoana, que era el primer pueblo de pulares, mientras que más al sur se encontraba el de Tucumanahao, nombre que recordaba al pueblo del cacique Tucma, que los

diaguitas, expresando que se hacen guerra entre ellos. En uno de estos escribe el P. Torres que uno de los misioneros le rogaba a los invasores diaguitas que dejaran de matar *"y el otro se quedó guardandola Iglesia, ycasa"* donde se refugiaron catorce personas *"aque los indios no se atrevieron llegar, ni a casa delos Padres"*[224]. Parece que a partir de este precario asentamiento salían de pueblo en pueblo a misionar. Sin embargo la misma Anua hace referencia que los diaguitas habían cobrado tanta afición a una imagen de Nuestro Señor que cuando lo sacaban no se apartaban de él. Hasta incluso el P. Torres cuenta un elocuente acontecimiento cuando se celebró la beatificación de San Ignacio: *"quiero concluir con esta misión poniendo la fiesta que se hizo ala Beatificación de N.B.P. Ignacio en el Valle de los Huachipas, donde cogio alos Padres el dia. Dessafaron se los yndios Huachipas ylos Calchaquíes, yprimero tiraron las felachas ala sortija, ydespues al pato. Ganaron los Calchaquíes el Pato ylos unos yotros Ganaron los premios, que los padres les tenían puestos. Luego huvo muchas carreras de caballos a la redonda dela Iga de yndios, ytres, o quatro españoles que alli avia. Después huvo encamisada yhachazos con manojos de paxa bien hechos, ytodos gritavan uiaua el Sto Pe. Igno. cn mucho regocijo suyo"*[225].

Todo se desenvolvía con la tensa armonía de posibles escaramuzas entre parcialidades que alcanzó otro rumbo cuando los españoles entraban al Valle con sus perversas intenciones. Posiblemente de 1613 sea una interesante carta que escribió el ya por entonces experimentado P. Romero sobre algunas de las razones de las injusticias que cometían los vecinos de Tucumán contra los indios de sus encomiendas. La primera *"todos los días*

---

españoles tomarán para denominar a la ciudad que fundó Diego de Villarroel en 1565, que se sumó al cinturón de ciudades que rodearon el peligroso Valle Calchaquí (Barco, Londres, Cañete, Córdoba del Calchaquí y otras) (Iglesias, 2008: 36).

[224] Lozano, 1755 (I) : 96.

[225] Ibid: 97.

en amaneciendo encierran los pobleros todas las indias en un corral hasta mediodía donde les dan tarea de hilar y tejer, y lo mismo desde el mediodía hasta que se ponga el sol y si no acaban la tarea las extienden en un suelo y las mandan acostar cruelmente y las hacen acabar de noche". Por esa razón las indias no pueden servir a sus maridos, ni tienen tiempo de darle de comer a sus hijos. Pero lo mismo que con las indias, hacían con los niños de entre siete y quince años, a quienes les ponían "fiscales" para que cumplieran con su trabajo, con igual castigo que sus madres si no hacían la tarea. Todo lo cual les impedían ir a sus doctrinas y recibir una adecuada instrucción religiosa. Los pobleros les daban por ordenanza dos días a la semana para que trabajen para sí mismos, pero en realidad se quedan los encomenderos con lo que producen. Éstos, por medio de los pobleros, tienen atemorizados a los indios que no se atreven a quejarse de tantos agravios que cometen con sus mujeres, hijos y hermanas[226].

El P. Romero se encontraba en Lima e insistió con el tema, en otra carta que firmaron varios jesuitas[227], donde manifiesta que los encomenderos no cumplían con las Ordenanzas de Alfaro, cargando a las mujeres con el servicio personal. Advierte que el Consejo de Indias envió varias comunicaciones a la Audiencia de Charcas para que envíe un visitador a Tucumán a los fines de acabar con los agravios a los indios y que después que se hizo y aprobó por gobernadores, prelados y demás eclesiásticos, hasta los Cabildos de ciudades, no se cumplió en nada. Este texto sigue un poco al que tres años antes había suscripto el P. Torres como

[226] ARSI, Paraq. 11, f. 85.

[227] La Carta se titula *"El P. Juan Romero pregunta si están en buena conciencia y se pueden absolver los vecinos de Tucumán que no obedecen las Ordenanzas de don Francisco de Alfaro acerca de la reformación de la tasa de los indios y porque la respuesta se sacará misma de la noticia del echo"*. Firman la misma en Lima el 30 de agosto de 1613 los siguientes jesuitas: Juan Sebastián, Francisco Puello, Francisco de Contreras, Juan de Perlín, Diego de Torres, Juan Romero, Francisco Vazquez, Diego Gonzalez, Francisco Vazquez de la Mota, Juan Pastor, Gaspar de Monroy, Juan de Viana, Juan Bautista Ferrufino, Marcoantonio D´Otaro, José Cataldino, Lope de Mendeza y Mateo Montes (ARSI, Paraq. 11, f. 87).

instrucciones para las conciencias de los encomenderos, que ha tratado el P. Bruno[228].

Un paso importante se logró al conseguir que el obispo Trejo otorgara en 1614 una licencia exclusiva a los jesuitas para asistir religiosamente a los calchaquíes, y lo hacía por *"la Extrema necesidad que los Indios del Valle Calchaquí tienen de ser doctrinados y enseñados en los misterios de Nuestra Santa Fe Católica, y que los Padres de la Compañía de Jesús lo han hecho entrando diversas veces"*[229].

Tiempo después la noticia de la designación del P. Diego de Boroa[230] para Calchaquí la aportó el P. Lozano, cuando relata que el P. Torres designó al P. Juan de Salas para misionar en Mendoza y a Diego de Boroa en calchaquíes, ante los ruegos de los vecinos de Salta, los mismos calchaquíes y del gobernador de Tucumán don Luis de Quiñones Osorio. Hacía poco tiempo habían estado españoles buscando minas y habían alterado los ánimos de los calchaquíes por lo que se decidió observar las Ordenanzas de Alfaro que expresaban que mientras estuvieran los jesuitas no entrara al Valle ningún español. Igualmente por aquellos días había muerto don Juan Calchaquí de forma confusa, lo que motivó disputas de poder dentro de los indios.

Escribe el P. Lozano que por entonces, los calchaquíes eran una parcialidad muy numerosa, pero *"entre las más valientes y belicosas"*,

---

[228] Archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid. Colección Mata Linares. (ARAH). T. 11, ff. 110-114. Bruno, 1967 (II): 447-449.

[229] Archivo General de la Nación (Argentina) (AGN), Sala VII, Leg. 291, pieza 4540, foja 1. y ARAH, Colección Mata Linares, T. XI, f.139

[230] El P. Boroa nació en Trujillo, Cáceres en 1585, ingresando a la provincia de Toledo de la Compañía de Jesús en 1605, haciendo su noviciado bajo la dirección del P. Luis de Palma. Llegó a Buenos Aires en 1610, año que fue ordenado sacerote por el obispo Trejo y Sanabria en Santiago del Estero. En la reducción de Encarnación obtuvo sus últimos votos. Pero antes misionó entre los diaguitas en compañía de Juan Darío y llegó a ser provincial del Paraguay por dos trienios, entre 1634-1640, además de rector de los colegios de Córdoba, Asunción y Buenos Aires, falleciendo en la reducción de San Miguel el 19 de abril de 1657 (Pastells, 1912 (I): 451 y Storni, 1980: 42).

comprendiendo *"mas de veinte Pueblos en las fronteras de Londres, y de San Miguel del Tucumán"*. Recuerda que se encontraban en guerra luego que los españoles mataran a varios de sus caciques y que para ello enviaron a los PP. Juan Darío y Horacio Morelli[231]. Después de dirigir la residencia de Santiago del Estero, el P. Darío pasó al frente del colegio de Santa Fe, mientras el P. Morelli volvió a Tucumán por problemas de salud. Pero el P. Darío retornó al Valle *"para la pacificación de los Diaguitas"* junto al P. Boroa, encontrándose en Santiago del Estero, donde ya por entonces los jesuitas habían dejado de tener su residencia. Llegaron a Tucumán siendo recibidos por el superior de aquella residencia el P. Luis de Leyva. De allí partieron rumbo al Valle Calchaquí, pasando primeramente por Aconquija, donde misionaron entre los sobrevivientes de una reciente epidemia de viruela. Escribe el P. Lozano que *"Levantaron prontamente una Casa, que sirviese de Iglesia"*[232]. Luego siguieron por Huachase.

Con mucha prudencia los jesuitas llegaron al pueblo de Chicoana donde se celebraba una borrachera general. El P. Darío se animó a derramar los brebajes y quemar sus ídolos, ante la mirada serena de los indios. De allí pasaron a Luracatao donde también se demolió una piedra que era mochadero o adoratorio. Luego fueron a Sibchagasta donde fueron mejor recibidos, pues se ofrecieron los indios a construir una iglesia y casa, cumpliéndolo con puntualidad y prontitud. Lo mismo hicieron los de Tucumanahao donde se destruyó el adoratorio más célebre de los calchaquíes. En Chuschagasta se construyó la iglesia más alta y mejor que las otras referidas, ganando a Columin, el cacique sucesor de don Juan Calchaquí. Continuaron por los pueblos de Samalamao y Tolombón, luego

[231] Lozano, 1755 (II): 290.
[232] Ibid (II): 295.

fueron al de los Quilmes y a Pichijao y a Yocavil. En todos se construyeron capillas y casas para los sacerdotes; fueron *"diecinueve iglesias"*[233].

La larga experiencia de los jesuitas no sirvió de mucho hasta el momento y en 1614, el P. Torres anunció sin más explicación que la misión de calchaquíes se había abandonado el año anterior por la extrema pobreza de los misioneros[234].

Pero su sucesor, el P. Pedro de Oñate, pronto le dio nuevo impulso a esta misión y para ello volvió a enviar al P. Morelli, esta vez con el P. Antonio Masero[235] como compañero. El primero como dijimos, estuvo con anterioridad y dominaba la lengua cacana[236]. El provincial contaba con las autorizaciones del obispo y del gobernador, quienes dieron su conformidad para fundar la reducción de San Carlos de Samalamao, cerca de Cafayate[237].

Restos de San Carlos de Tucumanahao. Fotografía de J. A. Ambrosetti tomada 1897 (Gentileza Teresa Iglesias).

En 1616 el P. Oñate recibió información de los primeros frutos de aquella misión. Escribió al general que los misioneros fueron bien recibidos por los indios. Las tareas se extendían a catequizar, bautizar niños, confesar, casar

[233] Ibid (II): 430-431-432 y Leonhardt, 1927 (XIX): 199.

[234] Leonhardt, 1927 (XIX): 430.

[235] Nació en Bustillo del Oro en Zamora el 30 octubre de 1580, ingresando a la provincia de Castilla en 1603, estudiando en Salamanca y haciendo sus votos en Sevilla. Llegó a Buenos Aire en 1608, ingresando a la provincia del Paraguay. En Santiago del Estero injustamente debe dimitir contra su voluntad ante falsas acusaciones que después se probaron, quedando como párroco de indios, hasta que el General lo reincorporó nombrándolo misionero de Calchaquíes. Murió a los 73 años de edad en la estancia de Quimilpa en Santiago del Estero el 15 de julio de 1653, en tiempos que quedaban tan solo "una centésima parte" de los indios. (Storni, 1980: 178 y Maeder, 2008a: 116.

[236] Leonhardt, 1920 (XX): 12.

[237] Fortuna, 1966: 130.

amancebados, impedir borracheras y posibles guerras entre grupos enojados entre sí. Siempre actuando con gente atemorizada que pensaba que los sacerdotes eran enviados por los españoles. Pero aquel avance sólo duró un año y los jesuitas tuvieron que retirarse.

En 1620 el mismo P. Oñate recordaba que se había conseguido por parte del obispo, que el Valle se dividiera en dos curatos[238], incluso con representación real para ellos, y por tanto señala: *"me determiné del todo de tomar la conversion deaquellas almas muy a pechos y para siempre"*, aunque tuvieran que asumir como curas doctrineros[239], que era un ministerio que no alentaban los jesuitas entre ellos. Persuadido y alentado por el obispo, el provincial sumó en la misión[240] de los PP. Morelli y Masero, a los PP. Cristóbal de la Torre como superior y a Juan Bautista Sansone[241]. Este último hizo un *"copioso vocabulario"* en lengua calchaquí[242].

Ante esta nueva incursión de los jesuitas, los indios comenzaron a tener más confianza en ellos, deduciendo que no poseían las mismas intenciones que los españoles. Entonces el P. Oñate reprodujo lo que en carta le había contado el P. de la Torre. Básicamente relata el cálido recibimiento en procesión, donde los indios de los pueblos de Tucumanahao, Ambirigasta. Bombola y otros, llegaron encabezados por sus curacas portando sus mejores vestimentas. Los hombres llevaban en sus

---

[238] El primer sínodo del Tucumán organizado por el obispo Trejo y Sanabria estableció la creación de curatos y doctrinas. Se establecen dos clases: de españoles y de indios, debiendo un párroco atender hasta quinientas almas. Su primera tarea era empadronar a su feligresía.

[239] Leonhardt, 1920 (XX): 179.

[240] ARSI Paraq. 4.1, f. 52 Catálogo público de la provincia del Paraguay de 1620.

[241] Nació en Trani, Bari, Italia el 31 de agosto de 1589, ingresando al Instituto de Nápoles en 1614. Llegó´a Buenos Aires con la expedición del P. Viana tres años después. Terminó sus estudios en Córdoba, haciendo sus últimos votos en Tucumán en 1627 y muere en servicio de caridad en La Rioja el 28 de octubre de 1632 (Storni, 1980: 262).

[242] Maeder, 1990: 73.

espaldas los arcos y flechas, que se quitaban por cortesía antes de llegar a los misioneros; las mujeres cargaban maíz y porotos, gallinas y huevos, otras con tinajas de chicha. Todos se pusieron a los pies de los jesuitas. Mientras estos les obsequiaban agujas, alfileres, chaquiras. Luego les anunciaron que harían una nueva iglesia en ese lugar *"y con gran voluntad vn pueblo se encargaua deleuantar las paredes otro de cortar los horcones, y otro las varas yasi enbreue nos hicieron una iglesia bastante y dos aposentos donde nos acomodamos porq andauan como 50 yndios en la obra yhastalos mesmos curacas trauajauan ynosotros eramos los albañiles y archirectos"*[243]. La construcción de esta iglesia no quiere decir que se haya dado comienzo a una reducción, sino que los jesuitas estaban cumpliendo con lo que se establece al crear un curato, es decir construir una iglesia donde predicar a varios pueblos equidistantes de ella, como los señalados arriba. En la Pascua siguiente se dio la primera misa presidida de una solemne procesión y gran fiesta de todos los pueblos comarcanos. Pero como expresan los ignacianos que allí estuvieron, no implicaba que con esto desaparecieran las idolatrías, pues era un pueblo muy arraigado a su religión. Los misioneros habían confeccionado un catecismo breve en su lengua que se lo tomaban a los indios de memoria. También salían a predicar a otros pueblos donde no pocas veces encontraban *"un templo con sus ídolos"*, además de continuar con costumbres que los jesuitas trataban de desterrar, como la de enterrar a sus muertos vestidos, con sus armas, comida y bebida para largo tiempo. Pero la gran dificultad de salvar, seguía siendo la entrada periódica de los españoles en busca de indios para sus mitas, que contradecía enormemente los trabajos de los jesuitas.

No obstante y en la misma Anua citada se expresa que: *"contodoesso hanhecho yalos PP la 2da iglesia enlo mas ynterior del valle entre los*

[243] Leonhardt, 1929 (XX): 179-180.

pueblos llamados Zamalamau y Huchagasta"[244]. Con ello ya no sólo se daba cumplimento al mandato del obispado sino que se dejarían de construir capillas en las afueras de cada uno de los pueblos indígenas, para las visitas esporádicas de los misioneros. De las iglesias de los pueblos y estas dos nuevas, nos informa el mismo obispo Cortázar luego de visitar el Valle Calchaquí en 1622. Lo hizo junto al teniente de gobernador de Salta, el capitán Pedro de Sueldo y treinta soldados de escolta, elevando un sustancioso informe que no favoreció la labor de los jesuitas, ya que los culpó porque los indios no lo recibieron en algunos pueblos, amén de no quedar conforme con tanta idolatría de que había sido testigo[245].

En la ocasión, el obispo le informó al rey que al entrar al Valle: *"no halle iglesia ninguna en los lugares donde pase sino vnas rramadas de paxa que se hicieron para mi entrada, que escrúpulo en decir misa en ellas"*. Avanzó hasta el centro del Valle, en Samalamao, donde los jesuitas tenían su asiento, siendo muy bien recibido y expresando *"En el sitio donde residen los dichos padres esta una yglesia sin puertas que no merece nonbre de iglesia y una campana puesta en un arbol"*[246]. Pero al avanzar hacia los pueblos de tolombones, paciocas y quilmes, no encontró ningún indio en los pueblos, sino todo abandonado y hasta las acequias cortadas para que la comitiva no tuviera agua a su paso. Si bien argumenta que los indios estaban alzados, en realidad esto respondía al temor que tenían los calchaquíes de que fueran atacados y llevados por los españoles. La presencia de soldados se relacionaba estrechamente a la mita, las tasas, el servicio personal y todas las penurias que soportaban los indios, a lo que los jesuitas hacían causa común. En otra declaración del Cabildo se expresa que en estos pueblos sin gente vieron: *"recien echa una rramada paxica como las demás de los dichos pueblos en forma de yglesia y dos chocuelas*

[244] Ibid: 183.
[245] Archivo General de Indias (AGI), Audiencia de Charcas, 137.
[246] Levillier, 1926b (I): 325.

a medio hazer limpio por alli a la redonda como en los demás pueblos para hazer sus danzas y el camino hasta cassi una gran legua aderecado y una cruz al parecer recien puesta y la dicha rramada acabada de regar y a la puerta dos baras hincadas como las que se acostumbran poner para hazer arcos y rrama de arboles por alli que significaua era para conponerla y otras baras tendidas en el suelo en otras partes en la dicha forma"[247].

Este era el estado general en que encontraron los poblados abandonados, donde hubo una intención de recibir al prelado pero quizás algunos más temerosos advirtieron de posibles malos tratos de parte de la soldadesca y huyeron con sus familias. El obispo por su parte y ya de camino a concluir su visita a Jujuy y Esteco, relató todo esto con sumo desagrado y recomendó al rey que enviara al gobernador a castigar estos insultos[248].

El Catálogo de 1623 que firmó el P. Pedro de Oñate, informó que la residencia de calchaquí contaba con: *"5 Padres y un Hermano. Dales su majestad para su sustento mil y doscientos pesos de renta aunque apenas se puede sustentar el dicho número. No tienen iglesias ni ornamentos bastantes ni alhajas, sino mucha pobreza"*[249].

Pero después de eso y por unos años, las Anuas no dejaron testimonios de la evangelización en calchaquí. Pues la intervención y sucesos ocasionados en torno al obispo Cortázar concluyó en que los jesuitas fueran retirados del Valle. Recién en 1628 y 1631, se informó que los jesuitas fueron casi obligados por los vecinos de Salta a dejar el Valle. Fue en la época que los atiles de La Rioja torturaron y mataron al fraile mercedario Antonio Torino, lo mismo hicieron los capayanes con fray

[247] Ibid: 314.
[248] AGI, Audiencia de Charcas, 53.
[249] ARSI, Paraq. 4.1 f. 89v.: *"Catálogo público del estado temporal y cosas de la Provincial del Paraguay a 13 de enero de 1623"*.

Pablo[250]. Luego se desató una cruenta guerra hasta que el gobernador entró al Valle con su ejército y obligó a los indios a aliarse en otro gran alzamiento que encabezó Juan Chelimin, líder de los hualfines, luego asesinado por los soldados españoles y deportada su gente. De los jesuitas sabemos que Cristóbal de la Torre hizo sus últimos votos en Santiago del Estero en 1621 y fue enviado a la residencia de Villa Rica del Espíritu Santo y después a la reducción de San Francisco Javier. El P. Masero fue con un coadjutor a administrar la estancia de Quimilpa en Santiago del Estero, donde anciano y muy enfermo murió el P. Morelli en 1642[251] y el P. Sansone pasó a Tucumán, donde hizo sus últimos votos en 1627, muriendo en La Rioja en 1632, siendo rector del colegio.

4.3. La guerra contra los calchaquíes y la creación de reducciones estables.

Los supuestos escasos resultados obtenidos por los jesuitas, según la versión de los encomenderos, derivaron en el abandono de la misión y en consecuencia los muchos indios bautizados volvieron a sus correrías que provocaron –como dijimos- un nuevo alzamiento. El gobernador Felipe de Albornoz informó en varias oportunidades de lo que podría suceder si no se tomaban medidas de prevención, pero el desenlace dejó muchos indios sin vida por sus mismas provocaciones.

---

[250] Quiroga, 1992: 90.
[251] ARSI, Paraq. 11. f. 262.

El virrey del Perú, conde de Chinchón, envió a Tucumán en 1632 al fiscal de la Real Audiencia de Charcas don Antonio de Ulloa para conducir las operaciones militares contra los calchaquíes. En marzo de 1633 entró al valle de Yocavil donde dejó instalado un fuerte y regresó a Salta. Mientras que desde Andalgará actuó el general Jerónimo Luis de Cabrera, quien entró al Valle y soportó una férrea resistencia, que provocó la destrucción y despoblamiento de la ciudad de Londres, conduciendo a los sobrevivientes a La Rioja. De allí se reagruparon y salieron hacia el valle de Famatina en busca de guandacoles y capayanes, asociados a los calchaquíes y donde el año anterior había misionado el P. Francisco Hurtado. Justamente Cabrera requirió la presencia del sacerdote en sus huestes, para engañar a los indios. Los jesuitas al principio se negaron a participar, pero fue tanta la presión, que debieron sumarse a la masacre que concluyó en tres meses, quedándose el jesuita en el fuerte del Valle[252].

El fuerte de Yocavil, según los estudios de Quiroga de 1901, donde se ven a la izquierda los torrentes defensivos y al fondo el valle de los Quilmes. Acuarela de Adolfo Methfessel.

Una vez sofocado el levantamiento, los jesuitas volvieron a insistir en las misiones del Valle Calchaquí. Así lo manifestó el provincial Fancisco Lupercio de Zurbano en 1644, cuando escribió *"La Misión de Calchaquí se lleva adelante con grandes esperanzas, de la conversión de aquellos indios miserables"*[253]. Salían en misiones volantes desde el colegio de Salta, que tenía a su vez a cargo la ciudad de Jujuy y los indios dispersos de los valles salteños. La casa había padecido mucha pobreza, incluso fue arrastrada por el río. También las estancias fueron saqueadas

[252] Maeder, 1990: 68-71.

por incursiones de calchaquíes rebeldes. Contaba por entonces con cinco sacerdotes y dos coadjutores que se repartían en sus misiones, tanto urbanas en Salta y Jujuy, como entre los indios pulares, senillos, cochinotas y casabindos. Pero con los calchaquíes parecía que había una particular deferencia, en estos jesuitas que insistían con sus misiones, aunque *"no correspondiendo el fruto al trabajo"*. Así fue que el gobernador Felipe de Albornoz, después de concluir la guerra gestionó ante los jesuitas que fueran a misionar *"para confirmar con la fuerza de la palabra divina la paz y la lealtad de aquellos indios a su Rey"*[254]. Fue cuando el P. Zurbano designó a los PP. Fernando de Torreblanca y Pedro Patricio Mulazzano que se encontraban predicando por el *"Pantano de Londres"*. Estaban allí desde 1638 en un sitio también conocido como fuerte de San Blas, que Jerónimo Luis de Cabrera fundó en 1633 a orillas del río Colorado, y que contaba con treinta y cinco españoles y más de mil indios del Valle de Paccipas.

Fragmento de la Carta del Gran Chaco del P. Camaño, publicado en 1789 en el libro Jolís, donde se puede apreciar las ubicaciones de las reducciones de Santa María y San Carlos.

Los misioneros partieron a Tucumán de donde salieron sin escolta a los Valles Calchaquíes en 1640. Fueron bien recibidos y recorrieron todos sus rincones hasta quedar fijos en un lugar *"con casa e iglesia conforme a la pobreza de la tierra"*[255]. En la carta necrológica del

[253] Ibid: 29.
[254] Ibid: 57
[255] Ibid: 58

P. Torreblanca dice que ese lugar era el pueblo de indios de Chuschagasta[256]. Mientras que en una Anua anterior se expresa que *"muchos de los rebeldes salieron de sus montañas, para formar una aldea que se llama el Pantano. Allí, insistiendo continuamente en sus caciques y tratándolos con cariño, consiguieron después de mucho trabajo y empeño,* (…) *se fundó una residencia estable de los nuestros"*[257]. Pues no puede ser el Pantano de Londres porque un poco más adelante esa misma Anua expresa *"Sucedió esto en 1640, sin que ningún soldado español nos hubiera escoltado en nuestra entrada y sin que apoyásemos nuestra residencia en un presidio español"*. De tal forma que se asentaron en la antigua residencia, que se abandonó tiempo después y se refundó, permaneciendo hasta 1657, como veremos, en desafortunado desenlace.

Efectivamente, en un informe del obispo Maldonado, expuso al rey al año siguiente, que los jesuitas tenían dos reducciones "de San Carlos y Santa María, en cada una dos, y en una el uno de era Superior", agregando "Tenían su modo de colegio con su clausura y en cada una su iglesia y sus campanas"[258].

El riesgo de sus vidas era constante y más de una vez peligraron. En una de ellas el rector del colegio de Salta les aconsejó que salieran del Valle y fue cuando el P. Torreblanca partió sigilosamente hacia el pueblo de Chumbicha, seguramente descendiente del hermano de Juan Calchaquí. El cacique le previno encontrarse media legua antes del pueblo, pues la gente estaba en armas por la noticia que tenían que los españoles estaban dispuestos a volver para atacarlos. El P. Torreblanca lo trató de convencer que no era así y volvió a la misión, mientras el P. Patricio fue hasta Córdoba a informar del caso al provincial. Pero como se encontraba en las reducciones, el rector del colegio le ordenó que volviese con su compañero

[256] Biblioteca del Colegio del Salvador (BCS). Cartas Anuas 1689-1700, ff. 62v-67v.
[257] Ibid., 1658-1660, f. 88v.
[258] Larrouy, 1923: 203.

al Valle y se quedasen allí. De camino al mismo, el P. Patricio se enfermó y debió quedarse en Santiago, mientras el gobernador prohibió que entraran religiosos al Valle por el peligro de sus vidas. Estando en Salta, el P. Torreblanca acompañó al P. Ignacio de Medina en una infructuosa entrada a los mataguayos del Chaco y luego fue enviado a Córdoba a tomar su tercera probación[259]. Estuvo un tiempo hasta que P. rector de Córdoba insistió entre las autoridades gubernativas para que se concediera la licencia y al fin otorgada, regresaron los jesuitas al Valle. De esta nueva entrada con el P. Mateo Romero de 1643, el P. Zurbano transcribe la carta que envió el P. Torreblanca manifestando que fueron muy bien recibidos, haciendo *"demostraciones en todos los pueblos que alcanzaron; levantaron cruces e iglesias"*. En especial en el pueblo del Valle de Anguinachao del viejo cacique don Francisco Utimba *"donde teníale levantada iglesia donde se juntaron parte de sus indios y oyeron misa dejando afuera sus armas e hincados de rodillas, y quitando de sus cabezas el adorno, que es un gran manojo de hilos, en señal de reverencia"*[260]. Estas manifestaciones se daban por respeto a los jesuitas, explicándolo el mismo P. Torreblanca, cuando cuenta que continuaban practicando sus idolatrías, borracheras, supersticiones y sacrificios, mientras que a los cristianos les tenían horror. También abusaban del uso de los nombres cristianos que se les daba al bautizar y con ello había una gran confusión de quiénes realmente estaban bautizados. Incluso –continúa Torreblanca en esta carta del 28 de marzo de 1644- no recibían colaboración alguna de parte de los calchaquíes y los mismos misioneros debieron *"traer muchachos de afuera, que no ha costado poco el traerlos, vestirlos, y sustentarlos; para haber de edificar unos ranchos de adobe"*[261].

[259] BCS, Cartas Anuas 1689-1700, ff. 62v-67v.
[260] Maeder, 1996: 60.
[261] Ibid: 61.

La otra lucha que libraban los sacerdotes seguía siendo contra los españoles. Efectivamente, los vecinos de La Rioja hicieron una entrada a los pueblos de Quilmes y Encamana haciendo prisionero al hijo de don Francisco Utiba, quien les suplicó por su vida. La intersección del P. Torreblanca con el capitán Pedro Nicolás de Brizuela fue exitosa, habiendo negociado para su libertad que se fundara una segunda reducción, que llamaron Santa María de los Ángeles en Anguinahao[262]. El P. Lozano la ubica en el amplio valle de Yocavil, donde habitaban varias parcialidades indígenas, entre ellas los quilmes y colalaos, ubicados al sur, pues cercanos a ellos se levantó la reducción[263].

En medio de estas vicisitudes el obispo Maldonado de Saavedra intentó visitar la región aunque sólo llegó al mencionado fuerte del Pantano a fines de 1645. Allí esperó a los jesuitas para que lo acompañen sin escolta militar[264], pero nunca llegaron y de regreso, fue atacado por los indios salvando su vida, aunque cayendo el capitán Calderón[265].

La siguiente Anua que corresponde también al P. Zurbano, está fechada en febrero de 1646, siendo más concreta en cuanto a la mención del asentamiento de los PP. Torreblanca y Mulazzano en el Valle, escribiendo que *"establecieron su sede en el punto medio de los valles, un lugar llamado Tucumán y poblado por doscientas familias"*. Pues allí es donde construyeron los ranchos de adobe que se refería antes, ratificando que *"La casa que habitan, y el templo donde todos los días se reza y se imparte catecismo a los niños y donde, no sin trabajo, se reúne el pueblo los domingos, están construidos de adobe"*[266].

El provincial Juan Bautista Ferrufino, que sucedió al P. Zurbano, puso interés en esta misión calchaquí, a pesar de encontrarse dentro de un

[262] BCS, Cartas Anuas 1689-1700 ff. 62v-67v.
[263] Iglesias, 2008: 33-55.
[264] Pastells, 1915 (II): 119.
[265] Quiroga, 1992: 92.

contexto donde prevaleció el gran problema que había ocasionado el obispo Cárdenas al Instituto, que incluso expulsó a los jesuitas de Asunción. Al Valle Calchaquí destinó primero tres y luego cuatro sacerdotes que comenzaron a influir en los hijos de los principales caciques, a quienes instruyeron en la fe religiosa pensando que cuando sucedan a sus padres, podrían ganar la autoridad de todo el Valle. Para ello *"procuraron los padres juntar a estos muchachos en una especie de convictorio o colegio seminario, bien lejos del trato con sus corrompidos parientes y paisanos"*[267]. Pues esta experiencia también ya la habían tenido los jesuitas de Juli. Aunque desde el Concilio Limense de 1587, los párrocos tenían entre sus deberes en las doctrinas de indios, crear escuelas para niños indios. Pero en muy pocos casos se cumplió este mandato. Como escribe el P. Bruno, los jóvenes crecían y volvían a su naturaleza, por lo que el mayor fruto era el de los infantes que morían con bautismo[268].

Para mediados de 1653 el P. Francisco Vázquez de la Mota firmó la Anua del periodo 1650-1652[269], dando cuenta de algunos pormenores históricos de las misiones que se dieron en el Valle Calchaquí. Expresa que en esta tercera misión los misioneros: *"han construido dos pueblos, el uno denominado Nuestra Señora de Yocabil, el otro San Carlos"*. Igualmente los indios permanecían infieles pues se habían acercado a los jesuitas no

---

[266] Maeder, 2007a: 41.

[267] Maeder, 2008a: 34.

[268] Bruno, 1968 (III): 356.

[269] Aclaremos que la firma Vázquez de la Mota porque el provincial Juan Pastor se encontraba visitando su provincia, que lo hizo en dos oportunidades. Cumplió su trienio de provincial entre 1651 y 1654, siendo nombrado luego de haber sido procurador a Europa, sucediendo al P. Juan Bautista Ferrufino. Lo reemplazó el P. visitador Laureano Sobrino que tuvo a cargo la provincia por un año hasta que fue nombrado provincial el aquí mencionado P. Francisco Vázquez de la Mota. El biógrafo más antiguo del P. Pastor fue del Techo (1759: 182-186). Entre otras obras recientes Beguiristáin, 1946: 147-155.

"por amor a Dios, sino por miedo a los españoles"[270]. Ya se encontraban cinco misioneros pero sin ninguna esperanza de un próspero desarrollo.

El P. provincial Juan Pastor (1651-1654), en su visita a la provincia en 1652, decidió viajar a las misiones cargando sus setenta y dos años de edad, para ver realmente el estado de las mismas y tomar decisión al respecto, aunque incluyera retirar a los misioneros. En Tucumán se encontró con el P. Torreblanca, quien había ido a la ciudad con unos indios a visitar al gobernador. Inmediatamente de sabido el viaje del provincial, el P. Torreblanca preparó todo, convencido que sería muy importante la presencia de la autoridad para activar un poco aquella misión y que los resultados serían diferentes a aquella infausta visita del obispo Cortázar y la malograda del prelado Maldonado, quien sólo llegó al Pantano. Así fue que partieron y transitaron las montañas por cuatro días, pasando por las aldeas de los indios alfamios y los zafios que los recibieron con grandes banquetes. Salieron a saludar a su encuentro indios del cacique Utimba, en cuyo pueblo aún los jesuitas tenían una capilla. Pernoctaron cerca del pueblo de los amaycenses, quienes para recibir a los misioneros levantaron una cruz y arreglaron un rancho para capilla tal como lo hicieron en las antiguas misiones. El provincial no sólo repartía regalos sino también la promesa que haría todo lo posible para que no sean molestados por los españoles. Al fin llegaron al pueblo de Santa María de Yocavil, donde los indios los esperaban con sus típicas vestimentas plumarias e instrumentos musicales que resonaban en el Valle. En *"lo que llaman su templo"*, estaban esperando los caciques ancianos y entre ellos el hijo del cacique Utimba. Al otro día se celebró una solemne misa donde se bautizaron cuarenta y ocho yocaviles bien instruidos. Luego de tres días en esta misión partió el provincial a San Carlos, donde estaba el seminario de hijos de caciques. También se dio lugar a un recibimiento con toda la pompa que

[270] Maeder, 2008a: 53.

revestía la investidura de la visita, pero el provincial se cercioró con sus propios ojos que ningún indio quería servir a los ignacianos y que sólo le prometieron que enviarían a sus hijos al colegio. Antes de volver a Tucumán, el provincial dejó como superior al P. Mulazzano y apenas llegado recibió tristes noticias de una peste que azotaba a varios pueblos del Valle, e incluso de una guerra entre distintas tribus que estaba por comenzar, y que fue detenida por el P. Torreblanca, corriendo grave peligro su propia vida. La enfermedad se extendió por el Valle y el P. Torreblanca se instaló entre los quilmes, mientras los hechiceros culpaban a los jesuitas de haber traído la peste, retrocediendo los avances para la evangelización. El provincial se lamentaba de lo que estaba ocurriendo entre los calchaquíes, compadeciéndose de sus misioneros y expresando con profundo dolor que *"Tiempo es que abandonemos los campos abiertos, y que volvamos a casa"*[271].

Pasaron cuatro años de aquella visita y el P. provincial Lorenzo Sobrino no era optimista en que se produzcan cambios algunos entre los calchaquíes, como lo expresa en la Anua que firma en 1654. De ese año hasta 1658 no tenemos informes, correspondiendo el siguiente a la Anua de 1658 y 1660 que firma el provincial Simón de Ojeda.

4.4. El fin de las misiones calchaquíes y la importante labor del P. Torreblanca.

Los jesuitas no pudieron contener las pestes, hambrunas y las constantes incursiones de los españoles por encontrar las minas de los Incas y secuestrar indios para su servicio personal. De allí que el fin estaba anunciado, cuando en 1656 entró al Valle Calchaquí el andaluz Pedro Chamizo con su nuevo apellido Bohórquez (1602-1666) y con una carta de salvación para los indios que era la de coronarse descendiente de los Incas

[271] Ibid: 60.

del Perú. Lo hizo, como él mismo lo afirma, en la reducción de Santa María[272]. La historiografía hispanista lo ha condenado como un simple ladrón y embustero, pero los jesuitas, quienes fueron testigos que lucharon por salvar no sólo almas sino también las vidas de los calchaquíes, no pensaron lo mismo en su momento. Ni siquiera los indios que lo aceptaron, sabiendo que tampoco los incas eran sus aliados, ni mucho menos de su agrado. Pero ante las penosas circunstancias que vivían no tuvieron otra alternativa que confiar en un liderazgo para liberarse del yugo español. Asentado en el Tucumanahao prometió al gobernador Mercado y Villacorta encontrar las minas de oro y plata para su beneficio y colaborar en llevar la vida cristiana a los indios, a cambio que el gobierno le reconociera su soberanía en la región. De tal manera, que tanto las autoridades hispanas como los jesuitas quedaron conformes con la propuesta de quien se hacía llamar desde entonces Inca Hualpa. Mientras el gobernador, retorcido en su ambición y credulidad, le daba el rango de capitán general, se acrecentaban las sospechas de un desconfiado obispo Maldonado de Saavedra que no creía nada de todas estas negociaciones.

El recibimiento del inca fue fastuoso entre los indios. Ingresó y atravesó el Valle, pasando por Tolombón con una recepción propia de su investidura. No sólo lo relató el mismo Bohórquez al gobernador, sino que también lo confirmó el P. Eugenio Sancho, superior de la misión de Calchaquí. Tiempo después el gobernador previno entrar al Valle para entrevistarse con el Inca y en presencia de los jesuitas. Pero el encuentro se dio al revés. Fue Bohórquez y una nutrida comitiva la que se dirigió hacia el gobernador en San Juan Bautista de la Rivera, a fines de julio de 1657. Se reunieron en tres oportunidades, donde regularon derechos y deberes de ambas partes. Hubo un acuerdo total, aunque quedó desconfianza en el gobernador y extremo recelo en el obispo que conspiraba en contra de

[272] Bruno, 1968 (III): 359.

Bohórquez. Hasta que sus opiniones llegaron al virrey don Luis Enrique de Guzmán, que terminó decretando su pronto arresto. El gobernador acató la orden y se desató el desastre calchaquí.

Los jesuitas escribieron sobre este último levantamiento. No sólo los historiadores como del Techo o el mismo Lozano, que dedica casi un libro de los cinco de su Conquista, sino la información que encontramos de primera mano, tanto en la Relación del P. Torreblanca, como en las Cartas Anuas del periodo 1658-1660 y diversas cartas escritas por otros jesuitas interesados en el tema. Sin duda nos atrae el testimonio del P. Torreblanca, escrito en su vejez, cuando ya había pasado mucho tiempo de aquellos sucesos y los había meditado. De tal manera que la figura del P. Torreblanca se inserta con esa extremada obsesión jesuita por salvar no sólo las almas sino la vida de los indios, y si en principio creyeron en la propuesta del falso inca, luego influyó en ellos el pensamiento de los españoles que lo consideraron un obstáculo para apoderarse de las supuestas riquezas escondidas del Valle Calchaquí.

El reconocimiento a los esfuerzos del P. Torreblanca fue motivo de una extensa noticia necrológica que escribió el provincial Ignacio de Frías al general Tirso González en la Carta Anua de 1689-1700. Nació en Córdoba del Tucumán el 13 de setiembre de 1613 y murió de tabardillo, también en Córdoba, el 11 de setiembre de 1696[273]. Hijo de Francisco Núñez y Ana Torreblanca, fue criado por su abuelo Juan hasta su muerte en 1623, pues su madre falleció cuando contaba con tan sólo tres años de edad y su padre al poco tiempo. De tal manera que a los diez año, el niño fue reconocido como encomendero de las herencias recibidas, aunque estaba a cargo de su tío Melchor Rodríguez[274].

[273] Storni, 1980: 285.
[274] Gould, 2000: 41.

A los quince años y en una buena posición económica ingresó a la Compañía de Jesús, salvando el requerimiento de limpieza de sangre que no lo favorecía por la mala fama de su padre y fue recordado por el propio general jesuita. En 1633 hizo renuncia de bienes a favor del Instituto, que eran principalmente la encomienda de Guayascate y la merced de Puriscat que fueron vendidas en 1644 y aplicada a la fábrica de la iglesia de Córdoba[275].

En el Catálogo de 1631 cursaba su primer año de Filosofía[276] y para 1637 ya contaba con tres años cursados de Filosofía y cuatro de Teología requeridos[277]. Alcanzó a profesar su cuarto voto en Salta en 1648, pero antes, al ser ordenado sacerdote, fue enviado al colegio de La Rioja. Allí tuvo especial contacto con un grupo de indios afectados por una brutal peste. Luego que los indios del valle de Londres depusieran las armas, el gobernador del Tucumán autorizó el ingreso de misioneros y allí estaría el P. Torreblanca, junto al P. Pedro Patricio Mulazzano, a quien recordó muy especialmente en su relación cuando éste ya había fallecido.

Casi dos años después de la llegada de Bohórquez, cuando tenía asentado su gobierno y formó un ejército de indios, los resultados y promesas no se cumplían. Comenzaron las revueltas que terminaron en el tercer levantamiento calchaquí que alcanzó las ciudades de Salta y Tucumán, aunque los primeros en sufrirla fueron los jesuitas. En San Carlos del Tucumanahao, se encontraba el P. Torreblanca quien fue enviado a Salta, engañado por Bohórquez, para conseguir la paz y el indulto a su persona. Pero al mismo tiempo ordenó que los indios destruyeran todo lo que allí había, repartiendo herramientas, ornamentos de la iglesia y hasta libros. Cuando regresó el P. Torreblanca encontró todo el edificio saqueado y quemado, advirtiendo a los jesuitas de Santa María que

[275] Grenón, 1955: 408.
[276] ARSI, Paraq. 4.1 f.120v.
[277] Ibid, Paraq. 4.1 f.137v.

la abandonasen inmediatamente. Nada contuvo el esfuerzo de años de labor, todo quedó hecho cenizas, como el mismo Torreblanca escribió al provincial Simón de Ojeda: *"La iglesia sin campanas, retablos, láminas, imájenes, cristos de bronce, cruces, cajas, que había dejado llenas de ornamentos, cálices, aderesos de seda y plata muy buenos, y finalmente toda quemada hasta las vigas, dos puertas, umbrales, y aún parte de las tapias caídas, y no pudiendo yo entrar por las puertas y oficinas, que estaban anegadas con las aguas de un grande arroyo, que habían metido por la huerta, y salía por la portería"*[278].

Quizás esta sea la mejor descripción que tengamos del domicilio de los jesuitas, mientras que una explicación del "arroyo" la facilita la Carta Anua de 1658-1660, *"porque las paredes eran de material arcilloso (adobe) desvió contra ella el cauce de un arroyo, para que lo que resistió el fuego, se deshiciese con el agua"*[279]. El saqueo y destrucción, tal como lo relata el P. Torreblanca en la carta antes citada, lo había llevado adelante la manceba chilena de don Pedro, mientras éste se encontraba construyendo un fuerte en Chuschagasta donde se había concentrado con los indios fugitivos de Londres y los pulares[280].

El P. Lozano, siguiendo las Anuas, continúa relatando que los jesuitas de Santa María de Yocavil que recibieron la noticia de boca de un mensajero enviado por el P. Torreblanca, salvaron sus vidas ante el ataque de los indios de Anguinahao, Yocavil y Encamana que destruyeron todo. En medio de la escaramuza los PP. Juan de León y Eugenio de Sancho, fueron desnudados y golpeados, aunque dos indios amigos les alcanzaron unos caballos y pudieron huir al pueblo de los Encamanas con el P. Juan herido de flecha. Luego de varios días sin comer llegaron al fuerte de San

[278] Lozano, 1755 (I): 120-121.
[279] BCS, Cartas Anuas, 1658-1660, f. 89v.
[280] Lozano, 1755 (I): 122.

Pedro en el valle de Andalgalá, donde el P. Sancho dio cuenta de lo sucedido, hasta que fueron conducidos al colegio de La Rioja[281].

Las revueltas llegaron a oídos de muchas parcialidades indígenas, incluso en el Perú y entre los indios de las ciudades españolas, donde comenzaron a abrirse esperanzas de libertad ante una inminente revolución. El virrey fue leve en enviar una carta a don Pedro para que calmara el Valle, ofreciéndole el perdón. La respuesta fue que el inca se sentía fiel vasallo del rey y su alianza con los indios no era un acto de rebelión sino una medida necesaria contra las intrigas del gobernador[282].

Al enterarse en Salta de lo sucedido, el gobernador don Mercado y Villacorta alistó las tropas españoles y emprendieron viaje al Valle en compañía del P. Torreblanca y otros dos sacerdotes. El jesuita y el mandatario entraron a la pacificación del Valle, siendo ardua la tarea del P. Torreblanca en asistir tanto a unos como a otros, en intérprete y sobre todo, en apaciguar a los vencedores, tratando que no dispersaran a las familias aborígenes en un no menos cruel repartimiento de personas. El sacerdote dejó un escrito en 1659, cuando se encontraba abatido en Salta. Relata la entrada del gobernador y de los centenares de prisioneros que tomó, mientras explica que los indios "pasando delante de mi arrojaban a sus hijos, pereciéndoles así los libertarían de los españoles"[283]. De acuerdo a su parecer ya no había esperanzas para esa gente y su lucha libertaria.

Cinco meses duró esta campaña, mientras que a los indios, los jesuitas trataban de catequizarlos con una breve instrucción, en una improvisada capilla hecha con un toldo del gobernador, a fin de que se arrepintieran; pero sobre todo, para que fueran considerados por los españoles indios cristianos y con ello salvados del furor de los vencedores contra los cautivos. Actitud que despertó en algunos la sospecha de que los

[281] Ibid: 124-125.
[282] BCS, Cartas Anuas, 1658-1660, f.90.
[283] Larrouy, 1923 (I): 232.

jesuitas habían sido aliados de Bohórquez, pero que bien claro dejó el gobernador en carta que remitiera al provincial de la lealtad de los sacerdotes[284].

Terminó la guerra y Bohórquez fue condenado a muerte, siendo su cabeza exhibida en una pirca en Lima en 1667. Mientras que el P. general de Roma nombró al P. Torreblanca como rector del Colegio de La Rioja. Al volver Mercado y Villacorta a la gobernación del Tucumán quiso acabar definitivamente con los calchaquíes y pidió al provincial de los jesuitas que le enviara dos sacerdotes para acompañarlo y que uno fuese el P. Torreblanca. Pero no se dio lugar al pedido; en tanto el P. Torreblanca luego fue nombrado rector de los Colegios de Salta y Tucumán, para continuar como Maestro de Novicios y rector del Colegio de Santiago del Estero y de Buenos Aires. Finalmente en Córdoba fue consultor de provincia, prefecto de espíritu y vicerrector[285].

Pero hemos de detenernos en un aspecto del P. Torreblanca, quien había heredado unas parcelas de las "cuadras de riego" de Córdoba, que junto con otras y el ancón de donde se sacaba agua para la ciudad del P. Juan Díaz de Ocaña, formaron la Quinta de Santa Ana[286]. El P. Torreblanca residía en Córdoba ocupado en diversas funciones. Además de estar redactando su obra inconclusa, debe haber influenciado en los superiores para que aquellos indios calchaquíes desnaturalizados por la guerra fueran llevados a las tierras de su padre. Recordemos su rivalidad con el gobernador y la persistencia demostrada en evitar crueldades inútiles, abogando para que los vencedores no abusaran de la desdichada condición de los veinte mil calchaquíes desnaturalizados[287]. Así fue que muchos indios fueron llevados a Córdoba. Da cuenta de ello la Carta Anua de 1667

[284] BCS, Cartas Anuas, 1658-1660, f.91-91v
[285] Ibid, 1689-1700, ff. 62v-67v.
[286] Page, 2004b: 641.
[287] Piossek Prebisch, 1999: 242.

que envía a Roma el P. Andrés de Rada, y donde mencionó que los jesuitas del Colegio de Córdoba *"pudieron bautizar muchos indios calchaquíes, desterrados acá por fechorías cometidas en su tierra, los cuales juntamente con los anteriores de la misma raza, no mencionados en las Anuas anteriores, son por todo, entre grandes y chicos, unas 129 almas, esperando los obreros de esta viña del Señor, que estos neófitos, sujetos al dominio español, quedarán constantes en la fe"*[288]. Igual labor informó al año siguiente expresando *"Se pudieron bautizar calchaquíes adultos bien preparados, y en diferentes épocas del año otros 50 de la misma nación, entre chicos y grandes"*[289].

A estos calchaquíes se los había ubicado –como dijimos- en las tierras que habían sido de los PP. Díaz de Ocaña y Torreblanca, por acuerdo que celebraron el 25 de noviembre de 1670 los jesuitas con el gobernador don Ángel de Peredo. En el lugar se encontraba la boca de la acequia que llevaba agua a la ciudad, por ello se llamó pueblo de La Toma, donde la tarea de los calchaquíes era mantener limpia la acequia. El grupo de indios de La Toma fue encomendado al vecino de La Rioja don Isidro de Villafañe y Guzmán. Estaba liderado por el cacique hualfín don Ramiro que era hijo del memorable don Juan Chelimín, ejecutado antes de la entrada al Valle de los PP. Torreblanca y Mulazzano[290].

Los jesuitas no volvieron nunca más al Valle, a pesar de los ofrecimientos que les hiciera Mercado y Villacorta de regresar, e incluso la Real Cédula que aprobaba la resolución del gobernador del Río de la Plata de impedir a los jesuitas abandonar las reducciones de indios calchaquíes de 27 de noviembre de 1657[291]. Al pacificarse definitivamente el Valle, la

[288] Page, 2004a: 213.
[289] Ibid: 218.
[290] Page, 2007a: 115.
[291] Contreras y Cortés, 1971: 47.

atención espiritual de los pocos aborígenes -ya totalmente encomendados- quedó a cargo de los seculares, y luego de los franciscanos.

4.5. Desde chozas para capillas hasta pueblos nuevos.

Los calchaquíes vivían en una amplia región del Valle Calchaquí que contenía varias poblaciones. Muchas de ellas se encontraban fortificadas y con torreones o pucarás defensivos, pero también había viviendas dispersas. Los materiales de construcción dependían de los elementos que les proveía el medio geográfico. Muros de piedra, techos de icho, que era paja mezclada con barro, sostenido con horcones. La vivienda conlleva una función religiosa, pues allí o en las cercanías, enterraban a los muertos (a veces más de uno). Al menos de esta manera estaban asentadas estas etnias de las que pocas descripciones de españoles poseemos, debido al estado de guerra generalizada que soportaron desde 1535 a 1660. Estos recintos, basados en una arquitectura pétrea, compartieron las casas de materiales perecederos o semisubterráneas, incluso el adobe que fue introducido por los incas[292]. Madrazo y García son quienes hicieron en los últimos tiempos una clasificación tipológica de las viviendas en base a una periodización y a su vez en tipos arquitectónicos de acuerdo a sus funciones. De tal forma que proponen una división en cuatro categorías: poblados dispersos, semiconglomerados, conglomerados y aglutinamiento. En cuanto a las residencias las dividen en: unidades simples y compuestas, siendo las últimas segmentadas en cuatro subtipos: recintos intercomunicados, recintos asociados desiguales, casa comunal con patio central y rectángulo perimetral compuesto[293]. Son interesantes estas grandes casas comunales, halladas en El Charcal, Rincón Chico, Tolombón, Pichiao, Yasymayo, Fuerte Quemado y Quilmas, entre otros muchas comunidades urbanas,

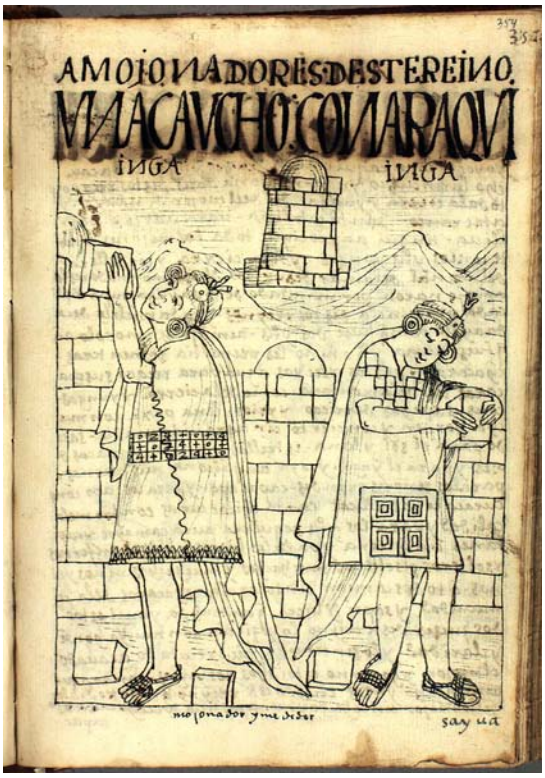
[292] Raffino, 1991: 49-71.
[293] Ibid: 51.

donde no se sabe bien si eran habitadas por varias familias o de individuos casados con varias mujeres, en una poligamia muy mencionada que se daba entre los sujetos principales del grupo.

Pero en Calchaquí también hay un desarrollo de la ingeniería y arquitectura que se amplía a depósitos de granos y andenes, caminos, tipologías arquitectónicas como los corpahuasi u hospederías, talleres textiles y pucarás con troneras.

Pues –como mencionamos antes- los cronistas son muy ligeros en describir sobre todo su hábitat y lo poco que sabemos es gracias a las investigaciones arqueológicas. Pedro Sotelo Narváez escribió en 1583 que los indios del Valle Calchaquí *"tienen maneras de vivir como los del Perú"*, agregando luego que *"hacen fuertes"*, más también *"siembran con acequias de regadío"*[294]. Recordemos que ciudades como Tucumán por entonces, tenía 25 vecinos y tres mil indios encomendados.

Las desnaturalizaciones forzadas, luego de las continuas guerras y alzamientos generales, los traslados por acuerdos pacíficos como los pulares en la entrada del Valle para proteger a la ciudad de Salta, reubicaciones de pueblos por repartimientos de tierras y encomiendas entre los españoles, hicieron que el Valle cambiara totalmente su ocupación y uso del suelo, como también su estructura urbana y rural.



Dos nobles trabajadores del incario levantando en piedra los mojones que limitaban el imperio, según Guaman Poma, 1615: 354.

[294] Berberián, 1987: 239.

A todo ello, siguió un debilitamiento guerrero-defensivo ante tantas muertes que trajeron las guerras, sumándose los flagelos del hambre y de las pestes. Por tanto a la llegada de los jesuitas, los misioneros no encontraron los florecientes indios ligados al incanato, sino pueblos sumidos en una desoladora miseria, pero orgullosos de sí mismos, de su cultura, de su religión, de su pasado de glorias y riquezas, y aún dispuestos a seguir luchando. Pero estaban agotados de pelear por sus tierras y se refugiaron en estos hombres de paz que le aseguraban la vida o al menos la protección contra sus enemigos españoles. La guerra terminó destruyendo definitivamente el Valle. Cuenta Quiroga que después del último gran alzamiento, los indios sobrevivientes fueron repartidos por miles entre todas las ciudades españolas. Fueron reducidos a la esclavitud familias enteras a pesar que la reina se compadeciera y enviara la Real Cédula del 20 de diciembre de 1674 en la que prohibía que se esclavice y se obligue a los indios al servicio personal. Pero nada se cumplió. Hasta los aliados de los españoles, los calalahos, pacciocas y tolombones se les permitió poblar los alrededores de Tucumán, pero no se los dejó jamás volver al Valle Calchaquí, que quedó absolutamente despoblado[295].

Por tanto la labor arqueológica es la que más resultados nos ha traído del hábitat calchaquí. Innumerables investigaciones que nos remontan al mismo Quiroga, quien expresaba siguiendo a Groussac (1882) que la "ciudad es la de un sector cuyos extremos siguen las dos líneas de entrada de una quebrada inaccesible. En las laderas de las montañas subsisten aún ruinas de parapetos y otras obras de defensa". Estos poblados contaban con acueductos que traían agua, en tanto "las calles concurren al centro de la quebrada, formando radios del sector; admirable disposición de una plaza

[295] Quiroga, 1992: 208.

fuerte como era Quilmes". Mientras que "En la arquitectura se ha encontrado vestigios de bóvedas, y torres en forma de cilindro"[296].

Los jesuitas tuvieron que salvar varios problemas para avanzar en una evangelización que, insistimos, no era sólo introducirlos en el mundo católico sino también sacarlos de la pobreza y la esclavitud. La primera dificultad era el idioma, cuya lengua aparentemente tenía diferencias en algunos sectores del Valle, aunque fue rápidamente cultivada desde los primeros jesuitas como los PP. Barzana y Romero, avanzando los PP. Morelli y Sansone. Nunca pudieron erradicar sus costumbres y cada vez que retornaban a sus moradas los encontraban envueltos en eternas borracheras que se sumaban a horrendas guerras intertribales en las que los mismos jesuitas fueron testigos de las crueldades que se estilaban hacer con los enemigos. Pero el mayor problema fue la constante intervención de la avaricia de los españoles que maloqueaban la región en busca de oro y plata, aunque sobre todo de mano de obra. De hecho casi todo el Valle estaba encomendado, sin respetar las Ordenanzas de Alfaro, con castigos que bien hizo levantar la voz del P. Romero en su momento. A las ofensas europeas le seguían las venganzas calchaquíes y tras ellas el repique de las crueldades españolas hasta desembocar en grandes alzamientos con tragedias inevitables. Paralelamente estos hechos calaban profundo en el sentimiento de los indios y era difícil para los jesuitas apartarse de la lógica comparación que hacían los indios entre jesuitas y españoles. Los hijos de Ignacio libraron batallas políticas frente a los gobernantes, como en el caso del P. Morelli que rogaba al gobernador que dejaran de hacer entradas al Valle. También bregaban por el cumplimiento de las Ordenanzas que los indios cristianos no debían pagar tasas ni ser encomendados. Esta queja la comenzó a hacer el P. Diego de Torres en la Audiencia de Charcas, pero después de medio siglo se seguía sin dar cumplimiento.

[296] Ibid: 77.

De tal manera que los jesuitas debieron adaptarse al medio y las circunstancias que éste imponía, y hacer frente a la evangelización con principios preestablecidos. Si bien el P. Barzana entró como capellán, los jesuitas procuraron apartarse de los militares para no ser identificados entre los indios con ellos. Una última entrada de pacificación hizo el P. Torreblanca con el gobernador, pero fue sin duda para frenar una masacre, cristianizando a los indios para que no fueran repartidos entre españoles y desmembradas sus familias. Un bautismo rápido podía salvar una vida.

Hubo un plan de evangelización desde el principio del P. Torres, que contemplaba dos opciones, una era asentar residencia entre los indios y desde allí salir con las misiones volantes a las ciudades de españoles como lo había vivido personalmente en Juri, o a la inversa, salir anualmente desde las ciudades españolas. Pues ese fue el método que finalmente se empleó.

Como lo hacían con otras parcialidades, los jesuitas entraban a una aldea con autorización del gobernador y luego del cacique. Levantaban una gran cruz de madera desde donde se predicaba y oficiaban algunos ministerios. El contacto con el curaca era primordial pues él era el nexo comunicacional con el resto de la población. Luego de haber logrado algunos bautismos se realizaba una gran fiesta a la usanza de los aborígenes. Los misioneros destruían los adoratorios paganos y en su lugar, en las afueras del pueblo, fomentaban que se construyeran capillas.

Un avance importante se dio cuando el obispo Trejo creó dos curatos en el Valle con los jesuitas como doctrineros. Así fue que tiempo después se enviaron cuatro sacerdotes para cubrir esta nueva propuesta, que en la experiencia peruana no estaban tan de acuerdo los jesuitas. En esta oportunidad se menciona el grupo que tenía como superior al P. Cristóbal de la Torre, y con él se encontraba el P. Sansone quien había confeccionado

un catecismo en lengua cacana que los PP. tomaban de memoria a los indios.

Todo funcionaba más o menos bien hasta que los jesuitas se iban, y al regresar encontraban a los calchaquíes envueltos en terribles borracheras, como lo describen los PP. Boroa y Darío. Incluso con las capillas quemadas y vuelta a levantar los mochaderos. Pero los jesuitas volvían a insistir una y otra vez, hasta que en esa misión consiguen se levanten diecinueve efímeras capillas.

El hecho de no abandonar las idolatrías y costumbres religiosas era porque en realidad se escudaban en los jesuitas para protegerse de los españoles. De allí que rendían tantas pleitesías a los jesuitas en fastuosas recepciones y fiestas en su honor.

Los recibimientos a los jesuitas merecen especial mención. Pues los indios sabían de las intenciones de estos sujetos, que eran muy distintas a otro tipo de visitas que tenían a menudo. Nos referimos obviamente a las malocas españolas. Incluso a la molesta presencia de obispos con soldados españoles que irritaban a los indios, abandonando los pueblos por donde pasaban.

La cordialidad con el P. Romero se manifestó en su momento con la apertura de una calle con ramadas que hacían las veces de arcos triunfales. Todos los indios vestidos con sus atuendos de gala salían a recibirlos en medio de cantos y danzas. Esto se va a repetir en todas las entradas. La del P. Morelli también fue imponente y muy similar a la anterior, sumándose la construcción de una choza con ramas para celebrar la misa que levantaron en casi todos los pueblos por donde pasaban. Pero bien aclara el singular sacerdote que las hacían en las afueras de las aldeas, pues al ser lugares de culto se ubicaban allí, como también los mochaderos que desaparecían por un tiempo.

Una fiesta especial fue la celebración entre los calchaquíes de la beatificación de San Ignacio. Fue en el valle de Guachipas, donde estaban los misioneros de paso. Luego de los oficios religiosos se jugó a la sortija, al pato, carreras de caballos, donde los mismos jesuitas premiaban a los ganadores de distintas parcialidades.

Después de aquella célebre jornada entraron los cuatro sacerdotes que encabezaba el superior Cristóbal de la Torre, llevados de la mano experimentada del P. Morelli. En la oportunidad llegaban los curacas presidiendo sus tribus con sus mejores vestimentas y armas que dejaban antes por respeto a los misioneros. Hasta las mujeres cargaban con presentes alimentarios. Fue cuando en medio de esa fiesta se dio principio a la construcción de una iglesia, donde intervienen, no sólo los indios, sino también los jesuitas y los curacas. La conclusión del templo y luego del oficio religioso fue oportunidad para celebrar otra gran fiesta.

En 1643 entran los PP. Torreblanca y Mateo Romero, siendo recibidos por el cacique Utimba. Pero la visita del provincial Juan Pastor, casi una década después, fue la más encomiable. Ya el provincial era un hombre anciano lleno de bondad. Pasaron por el pueblo de Utimba y aún permanecía la capilla, mientras que en otros pueblos del camino levantaron cruces y capillas a su paso. Los indios veían al P. Pastor con sumo respeto, pues no sólo les entregaba regalos, sino también la siempre deseada esperanza que mediara con los españoles para que acabaran con las malocas. Llegó primero a Santa María donde en la puerta de la iglesia lo esperaban los caciques principales. Al otro día fue a San Carlos y tuvo otro memorable recibimiento. Pero cercanos a su partida se desató una terrible peste por el Valle que trajo hambruna y excusas de los hechiceros para culpar de estos males a los jesuitas. Después entró como salvador don Pedro Bohórquez y todo acabó en tragedia.

Finalmente, analicemos brevemente cómo eran estas capillas temporales que se construían en las afueras de las aldeas y cómo eran las dos iglesias que se levantaron en emplazamientos reduccionales. Sin duda el sistema constructivo de una arquitectura efímera estaba ligada a la cultura aborigen. Pero sus aldeas pertenecían a pueblos sedentarios basados en la agricultura y en la ganadería, donde conocían el metal a través de las propias minas de bronce y la irrigación por canales. Las aldeas seguían un trazado espontáneo signado por la topografía. Se habla de la ubicación de puestos de defensa e incluso murallas, con viviendas de paredes de piedra y techos de paja.

Sin embargo estas rústicas y pequeñas iglesias ni siquiera eran consideradas como tales por el obispo Cortázar quien las rotula como simples ramadas de paja. Incluso donde residían los misioneros su iglesia era tan precaria que no tenía puertas y según el obispo tampoco merecía el nombre de iglesia, con una campana colgada en un árbol.

Recién se fundó residencia estable con la llegada del P. Torreblanca con algunos indios que bajaron de las montañas para sumarse a este nuevo pueblo cuyo trazado desconocemos, pero que seguramente estaba más relacionado a la aldea calchaquí, que a las Ordenanzas de Población de Felipe II. Pues los jesuitas no se quedarían tan sólo en este sitio de San Carlos, sino que a partir de allí incursionaban en misiones volantes por todo el Valle, cuando no regresaban a las ciudades de españoles por largo tiempo.

El P. Torreblanca regresó tres años después con el P. Mateo Romero y entró por el pueblo del cacique Utimba. Los jesuitas habían llevado indios de otras partes, más voluntariosos, para que los ayudaran a construir su casa e iglesia, pues los calchaquíes estaban reacios. Fue entonces cuando construyó el templo de San Carlos del Tucumanahao, ya no con troncos, ramas y pajas, sino con adobes, asentándose en el flamante pueblo unas

doscientas familias. Concluido este núcleo reduccional se fundó otro, merced a un conflicto donde el capitán Pedro Nicolás Brizuela tenía capturado y preso en La Rioja al hijo de Utimba. El P. Torreblanca intercedió por su vida y prometió junto con los indios, que si lo liberaban, construirían una nueva reducción. Así es que nació Santa María. Recién por entonces se habla con claridad de estos dos importantes puestos consolidados que llegaron a tener campanas, retablos, imágenes, todo tipo de ornamentos y hasta libros, con una iglesia con puertas y umbrales de madera, cercada a su alrededor con tapia. Y sabemos esto por la triste descripción que el P. Torreblanca hace, al verla totalmente destruida por las incitaciones de Bohórquez. Mencionamos la escuela de hijos de caciques; no sabemos cómo eran, aunque posiblemente no se diferenciaba del resto de las viviendas, pero constituía una variante tipológica que se desarrolló en este Valle, donde lo posible se convirtió en una de las mayores tragedias americanas.

5. La conquista del Chaco.

5.1. Las incursiones evangélicas en el Chaco.

El Chaco es un territorio fértil que abarca una franja de las llanuras centrales de América del Sur, limitada al oeste por la precordillera de los Antes, al norte con los llanos de chiquitos, al este con la región del Matogroso y ríos Paraguay-Paraná y al sur con el río Salado. Se divide a su vez en Chaco boreal, Chaco central que se encuentra localizado entre los ríos Pilcomayo y Bermejo y el Chaco Meridional.

Es un extenso espacio multiétnico que en dos siglos ha tenido una amplia movilidadad. Los primeros habitantes que llegaron de América Central y se ubicaron en la región amazónica fueron los chané, desplazados por los caribes del norte. Se extendieron hasta el Pilcomayo donde fueron nuevamente desplazados hacia el oeste por los tupí-guaraníes, que los incas denominaron despectivamente chiriguanos, ocupando una limitada región que originalmente se conoció como Chaco Gualambá. Más al sur los mismos guaraníes traspasaron el Paraná y a este nuevo grupo se los denominará, también despreciativamente, guaicurúes. Estos movimientos migratorios produjeron mestizajes en una región que en su sector meridional habitaban anteriormente los wichis, llamados en tiempos de la conquista mataco-mataguayos, de origen pámpido. De tal modo que la lingüística de la región se convirtió en la más babélica de Sudamérica[297].

Las descripciones de los primeros conquistadores son tan contradictorias y confusas, que es muy difícil establecer la identificación y ubicación de todas las naciones que poblaron el Chaco. Muchas de estas etnias se refugiaron en sus impenetrables bosques para protegerse de la amenaza española. Pero para dar una idea general de la conformación etnográfica de la región podemos establecer la ubicación de tres grandes

[297] Tissera, 1972: 21.

grupos étnicos: lule-vilelas, guaicurúes y mataco-mataguayos. El primer grupo, ubicado en el Chaco Occidental fue la más primitiva población que ocupó la región. A los lules o tonocotés pertenecieron las tribus de isistinés, tokistiné, oristiné y matará. Posteriormente llegaron los guaicurúes, que fueron fundamentalmente los tobas, abipones y mocovíes pero también y entre otros los pilagáes, mbayáes y payaguás que mostraron un mayor rechazo a la vida reduccional. Finalmente los mataco-mataguayos se establecieron entre los ríos Pilcomayo y Bermejo.

En una Relación del Chaco, escrita en el exilio por el P. Cardiel, expresa que vivían muchas naciones con diferentes idiomas, pero que se ha reducido notablemente el número de habitantes de cada una de ellas, exceptuando los mataguayos y chiriguanos que aún eran numerosos. El jesuita responsabiliza esta caída demográfica a las epidemias de viruela *"que hacen más estragos en ellos que los fusiles y espadas de los españoles"*, además de las guerras intertribales que a veces empezaban con tremendas borracheras. Continúa entonces enumerando esas naciones: abipones, mocovíes, tobas y apitolagas, lules, pasaynes, vilelas, sois, atalalas, mataguayos y chiriguanos. No cuenta, aunque reconoce a los antes numerosos malbalás de los que sólo habían quedado siete u ocho familias esparcidas entre las demás naciones. Pero obviamente desconoce muchísimas parcialidades, que ya para la expulsión se habían extinguido. En cuanto a las religiones escribe que los isistines llaman Auo, al ser primitivo anterior a todo, los pasaynes llaman en su lengua al que ve lo pasado y el presente, y todas las lenguas tienen un nombre para designar al demonio. Reconocen la inmortalidad del alma y tienen sumo respeto a los difuntos, a quienes ofrecen exequias, queman todas sus pertenencias hasta su casa y acompañan en su tumba, alimentos y objetos que le pueden hacer falta en su nueva vida[298].

[298] Pastells, 1915 (II): 42.

La conquista española de estas poblaciones originarias se prolongó por décadas ante la continua resistencia indígena. Amén de las cruentas expediciones militares, la Iglesia intentó desde el Siglo XVI conquistar sus almas, siendo muchos los misioneros destinados a la región, como los "Apóstoles del Tucumán": el jesuita Alonso de Barzana y el franciscano San Francisco Solano, que atendió las encomiendas de Socotonio y Magdalena. Pero también no pocos religiosos murieron en el intento, aunque aún mayor y casi infinitas fueron las víctimas en los propios naturales.

Los europeos entraron al Chaco desde Brasil, cruzando el actual territorio paraguayo en 1524. La expedición estuvo comandada por un náufrago de Solís, el portugués Aleixo García, quien alcanzó las faldas andinas. Siguieron otras expediciones como las malogradas de Gaboto (1527) y Ayolas (1537) que muere en el intento, aunque en ese año se fundó el fuerte de Asunción. Lo siguieron Irala (1540 y 1542) con iguales resultados, hasta que arribó el adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien organizó una campaña contra los guaycurús. Fue Irala quien en 1548 llegó a donde más tarde se fundó Santa Cruz de la Sierra. A partir de entonces se produjo la colonización chaqueña con Nuflo de Chaves y Andrés Manso. Comenzaron a fundarse ciudades como La Barranca y Santa Cruz de la Sierra (Chaves, 1559 y 1561), Santo Domingo de la Nueva Rioja (Manso, 1563). El adelantado don Alonso de Vera y Aragón salió de Asunción con un contundente ejército y fundó en 1585 la ciudad de Nuestra Señora de la Concepción del Bermejo y cercana a ella la reducción franciscana de la etnia guácara (1621) que sobrevivió hasta 1632. Finalmente en 1573 Juan de Garay fundó sobre el río Quiloasa la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz que fue traslada entre 1651-1661 debido a los constantes ataques indígenas que sufría.

Mejores resultados obtuvieron en el límite occidental. Efectivamente la estrategia española de dominación fue la de fundar una serie de ciudades a lo largo del Camino Real de Buenos Aires al Perú a fin de contener a los indios del Chaco, y que en definitiva fue el límite que existió entre unos y otros. Pero varias de ellas fueron atacadas y destruidas. De tal forma que en 1553 Francisco de Aguirre fundó Santiago del Estero, luego de la destrucción de El Barco. Dos años después su sobrino Diego de Villarroel reedificó Tucumán. Mientras Diego de Heredia fundó la malograda Talavera de Madrid o Esteco en 1567. Siguió el gobernador Hernando de Lerma que fundó San Felipe de Lerma en 1582, y Juan Ramírez de Velazco, quien por primera vez trae la denominación de Chaco Gualambá, fundando La Rioja en 1592, ordenando al año siguiente a don Pedro de Argañaraz que haga lo propio con Jujuy, dos veces destruida por los naturales. Esta serie de fundaciones y otras, benefició a los vecinos con las encomiendas surgidas con los indios que habitaban los alrededores urbanos, hasta que la extrema avaricia hispana hizo que en más de una vez se revelaran y huyeran al interior chaqueño.

Dentro de este panorama general es que avanzan los jesuitas hacia esta región, ante el fracaso de las armas. Fueron los PP. Antonio Barzana y Francisco de Angulo, junto al H. Juan de Villegas, quienes lo hicieron desde 1585, recorriendo varias regiones del Tucumán y Chaco. Siguieron a estos pioneros muchos otros jesuitas que mencionamos oportunamente.

Creada la provincia del Paraguay y asentada su sede en Córdoba en 1607, el virrey conde de Monterrey y el provincial del Perú P. Rodrigo de Cabredo, decidieron enviar a las tierras de los chiriguanos a los PP. Manuel Ortega y Jerónimo de Villarnao. La región se componía de veintitrés pueblos que los misioneros recorrieron varias veces en dos años, aunque sin los resultados esperados. No obstante y por entonces, los jesuitas tuvieron éxito entre los guaicurúes, donde fueron los PP. Vicente Grifi y

Roque González que habían sido enviados al Chaco por el P. Torres desde Asunción, que era el enclave oriental. Fueron reemplazados por los PP. Pedro Romero y Antonio Moranta aunque por mandato del gobernador y el Cabildo de Asunción fueron retirados de la región por infundios que corrieron por la ciudad de que los indios los querían asesinar. No obstante el P. Torres los restituyó en 1613, permaneciendo hasta 1626 en que nuevamente fueron retirados.

El 1628 asumió la gobernación del Tucumán el andaluz don Martín de Ledesma y Valderrama a quien el marqués de Guadalcázar, virrey del Perú, le encargó especialmente la conquista del Chaco, fundando ciudades y fuertes para detener los ataques de los indios. Así fue que fundó Santiago de Guadalcázar (1626) y Villarrica (1632), ambas finalmente destruidas. Solicitó al provincial que lo acompañaran jesuitas, pero lógicamente se negó con todo respeto, porque bien sabía lo que significaba para los indios que fueran los jesuitas relacionados con los soldados. Por tanto fue como capellán de la expedición el mercedario fray Juan Lozano[299]. En su entrada fundó Santiago y se volvió a comunicar con el provincial para que luego enviara misioneros. Así fue como el provincial Nicolás Mastrilli Durán (1623-1629) envió a la región al P. Gaspar de Osorio, quien salió de Santiago del Estero, pasó por Jujuy, y en Guadalcázar se dedicó a aprender la lengua de los tonocoté, mataguayos, e intentó hacerlo con la de los tobas, mocovíes y jadpitalaguas. Permaneció un año y nueve meses y fue retirado para salvaguardar su vida. Lozano transcribe una completa relación del P. Osorio sobre sus descubrimientos en el Chaco Gualambá y Llanos del Manso[300].

---

[299] Lozano, 1941: 163.

[300] Ibid: 170-173.

En 1638 el P. Osorio volvió con el P. Ignacio Medina y al año siguiente con Antonio Ripari. Fue cuando Osorio y Ripari mueren en manos de los ocloyas.

5.2. La primera reducción en el Chaco Boreal. Los PP. Roque González, Vicente Griffi y el sitio de Yasocá.

Los guaycurúes –como vimos- constituían una familia lingüística compuesta por diferentes etnias. Habitaban el Chaco boreal y central. Su denominación fue genéricamente dada por los guaraníes a todos estos grupos guerreros, por lo que en principio los españoles adoptaron este nombre sin hacer una diferenciación de etnias. Ciertamente fueron cazadores-recolectores, como también pescadores y pedestres, pero sobre todo muy belicosos. Aunque su accionar en el periodo hispano fue en contra de la encomienda y, exacerbados con sus triunfos, guerrearon en busca de botines entre los españoles. Fue cuando adoptaron el caballo como arma, que hizo se expandieran desde el Mato Groso a Santa Fe. En contraposición a ello, pronto comenzaron las expediciones punitivas como las del gobernador Alvar Núñez, la guerra declarada del gobernador Fernando de Zárate de 1595 e incluso y entre otras ofensivas, la Real Cédula del 16 de abril de 1618 que autorizó al gobernador de turno a hacer la guerra a los guaycurúes y payaguás, luego de un justificado argumento teológico y jurídico. Pero no sólo se enfrentaron contra los españoles sino que también lo hicieron contra otras etnias chaqueñas en una lucha por la ocupación del suelo, que se encontraba reducido ante el acechante avance del europeo, quien a su vez contó como aliados a sectores indígenas. Todas estas consideraciones bien las vislumbró desde un principio el mismo P. Torres al describirlos detalladamente[301].

[301] Leonhardt, 1927 (XIX): 47-49.

Se agruparon al sur de Asunción que asediaban constantemente, aunque incluso en tiempos de paz comercializaban con sus habitantes. Al persistir la encomienda sobre sus personas se alejaron a los montes y no se supo más de ellos hasta el Siglo XVIII, como lo habían hecho varios pueblos del Chaco. Sin embargo esta ausencia en los documentos también puede responder a que a partir de entonces se los comenzó a diferenciar y mencionar por sus correspondientes etnias.

Entre sus costumbres prerreduccionales nos interesa particularmente su hábitat. Según Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que estuvo en Asunción entre 1542 y 1544, cuenta que al pasar junto a un pueblo guaycurú, los indios incendiaron una casa *"y como son de esteras, de juncos y de enea, comenzó a arder, y a esta causa se emprendió el fuego por todas las otras, que serían hasta veinte casas levadizas, y cada casa era de quinientos pasos"*[302]. El P. Hernández, quien sigue a Alvar Núñez, escribió que bien pronto los jesuitas se esforzaron por hacer desaparecer esta forma de habitaciones "no menos pestilencial para las buenas costumbres, como dañosa al buen orden, a la limpieza e higiene"[303]. Estas casas portátiles, también las describe Espinosa, coincidiendo con el P. del Techo[304]. Menciona el primero que los guaycurúes *"no tienen población mas que unas esteras, que las mudan cuando quieren ir a otra parte"*[305], como veremos más adelante cuando el P. Romero acompañó al cacique Juan a sus tierras. Pero más detallado fue el P. Lozano al escribir en 1733 que "*Las casas en que vive esta miserable gente, son unas esteras muy largas divididas en tres lances, de altura de nueve pies, para guarecerse de los vientos"*. Estos casi tres metros de altura no impedían que un viento fuerte las levantara. Continúa, diciendo que, divididos por horcones, en los

[302] Núñez Cabeza de Vaca, 1962: 30.

[303] Hernández, 1913 (I): 101.

[304] Techo, 1897 (II): 159.

[305] Vásquez de Espinosa, 1948: 634.

"lances" laterales, vive gente ordinaria y en el central, que es más grande, habita el cacique con su familia y se depositan las armas. Tenían un piso de cuero que usaban para dormir y protegerse del agua[306].

Como sabemos, fue el gobernador Hernando Arias de Saavedra (Hernandarias), quien insistió una y otra vez para que se instalaran jesuitas en su gobernación. Lo hizo desde 1605 tanto a los jesuitas del Perú como a los del Brasil. Incluso entrevistó en Asunción al mismo P. Torres y con la presencia del obispo dominico fray Reginaldo de Lizarraga. El P. Diego de Torres aceptó que los indios fueran reducidos, pero con ello exigió que se los exima de la encomienda, a lo que las autoridades asintieron[307]. Así fue que el P. Torres envió primeramente a la región del Guayrá a los PP. José Cataldini y Simón Mascetta y luego a los PP. Roque González y Vicente Griffi para los guaycurúes y a los PP. Marcial de Lorenzana y Francisco de San Martín al Paraná. A los primeros les da las expresas y conocidas instrucciones (1609) que posteriormente las hizo extensivas a los guaycurúes y a las reducciones del Paraná (1610)[308]. Aquí el P. Torres fue claro en varios aspectos con respecto al trazado y arquitectura de estas reducciones. Escribió que "antes de fundar un pueblo, se considere mucho el asiento de él, que sea capaz para muchos indios, de buen temple, buenas aguas, aproposito para tener sustento, con chacras, pescas y cazas". Para ello debían informarse con los caciques. También aquí como en la instrucción de 1609 expresó que "funden el pueblo con traza y orden de calles, y dejando a cada indio el sitio bastante para huertezuela". En cuanto a las construcciones, escribe "poniendo nuestra casa e iglesia en medio, y la de los caciques cerca; la iglesia capaz con buenos fundamentos y cimientos, y pegada con nuestra casa, la cual se ha de cercar cuanto mas presto sea posible, y hacerle puerta con campanilla, y a la iglesia también,

[306] Lozano, 1941: 71-72.

[307] Astraín, 1996: 72.

por la guarda y decencia". Instruye además que se hagan las chacras con maíz, mandioca, batatas, y otros alimentos, además de algodonales para vestirse. Importante también es señalar el mandato de poner escuelas de niños, donde además de enseñar la doctrina les enseñen a leer y escribir, cantar y tañer.

Cuenta el P. Torres en las Anuas de 1609 cómo se sucedieron aquellos hechos, cuando un cacique se acercó a la residencia de Asunción a pedirles que crearan reducción en un sitio donde levantarían un pueblo e iglesia. Así fue como los jesuitas accedieron, a instancia de las autoridades, aunque en contra del parecer de los españoles que juzgaron era muy peligroso, ocultando con ello sus reales deseos de darles guerra para llevarlos a sus encomiendas. Pero por el contrario todo fue alegría y hasta llevaron al Padre Grande –como llamaban al provincial o a los superiores- *"en hombros algunos pantanos muy hondos donde los caballos no podian hacer pie"*. Una vez escogido el sitio regresaron al provincial y sus dos acompañantes[309]. En el próximo informe de esta naturaleza, el provincial cuenta que confirmó para evangelizar a los guaycurúes a los PP. Vicente Griffi y Roque González[310]. Este último no sólo era de aquellas tierras, sino que por entonces era novicio recién ingresado al Instituto, cumpliéndolo en Asunción, aunque el noviciado estaba en Córdoba.

El gobernador ordenó proveerla con lo necesario, es decir ciento cincuenta pesos al año, campana, cálices y ornamentos. Pero las cosas no comenzaron lo bien que se creía, pues el P. Griffi[311] quedó enfermo en

---

[308] Hernández, 1913: 585 a 589.

[309] Leonhardt, 1927 (XIX): 49.

[310] Ibid: 89.

[311] El P. Griffi era de origen italiano, nacido en Benevento en 1575. En Nápoles ingresó a la Compañía de Jesús en 1599 y entró al Paraguay en 1607 con la hueste de trece religiosos que acompañaron al P. Torres. Luego de su accionar en guaycurúes, pasó junto a Los PP. San Martín y Señá a la región de Guarambaré y Piticú. Después quiso regresar a Europa pero como los superiores no lo autorizaron se pasó a la orden franciscana (Storni, 1980: 128).

Asunción y una crecida del río dejó la región anegada. No obstante el P. Roque cruzó solo el Paraguay en mayo de 1610. Se internó en la región de los guaycurúes llegando al sitio de Guazutinguá donde gobernaba el cacique Martín, cuyo nombre sugiere haber sido bautizado, pero no era así. El mártir del Caaró volvió luego con el P. Griffi, no encontraron a los indios y regresaron a Asunción.

Fue entonces que se presentó en la residencia asunceña el cacique Martín con doscientos varones a invitarlos a que regresaran. Por entonces el P. Lorenzana volvió de su misión y se acercó a los guaycurúes junto al P. González, el capitán Alonso Cabrera y Miguel Méndez, además de varios indios del Paraná. Fueron recibidos por el cacique y vieron que ya *"tenía hecha una razonable chozuela para los PP."* en el sitio de Yasocá. Allí se aposentaron y los guaycurúes escucharon la palabra de Dios de boca de unos niños paranaenses. Al amanecer –continúa el P. Lorenzana en carta del 19 de setiembre de 1610- *"comenzamos a cortar madera para la Iglesia, y para una cruz donde os junteis como ahora"*. Los paranaenses los ayudaron ante la admiración de los dos españoles presentes[312].

A principios del año siguiente se trasladaron los misioneros, el cacique y sus indios al lugar convenido y fundaron la reducción dedicada a Nuestra Señora María de los Reyes, ubicada a una legua de Asunción sobre el río Paraguay. Pero los indios continuaban con su nomadismo en busca de alimentos y nunca llegaron a asentarse en forma estable.

Por setiembre de 1611 visitó Asunción el gobernador, el visitador y el P. Torres, quien llegaba con varios jesuitas destinados a las misiones. Antes de entrar a la ciudad les salió al encuentro el hijo mayor del cacique Martín, solicitando autorización para que su padre visite a las autoridades. Fue concedido el pedido y en la misma reunión llevada a cabo unos días después, fue bautizado con toda solemnidad el primogénito del cacique con

[312] Leonhardt, 1927 (XIX): 89-91.

el nombre de Diego Francisco, que eran los de sus padrinos, el gobernador y el visitador. También se presentó el cuñado de Martín, el cacique Juan Guazutinguá [313].

La Anua que firma el P. Torres desde Chile el 10 de mayo de 1612, manifiesta que si bien no se han bautizado muchos, se ha logrado algo más importante que es frenarlos en sus belicosidades. Los PP. González y Griffi les enseñaban a labrar la tierra y esperaban al menos un año para cosechar frutos que convencieran a los indios de residir en forma permanente. Aunque la cosecha no llegó a ser buena y faltó la comida. De ahí –como dijimos- que salían todo el tiempo a cazar y no había tiempo para catequizrlos[314].

Poco después el P. González fue enviado en mayo de 1612 a la misión del Paraná en reemplazo del P. Lorenzana, que había sido nombrado rector del colegio de Asunción y en su lugar viajó el P. Pedro Romero. Por su parte el P. Griffi, junto a una parte de los indios del cacique Martín viajaron a Guazutinguá para ver si encontraban mejores tierras, pero el sitio no era adecuado pues tenían ríos crecidos y gran parte estaba inundado. Regresaron con el sacerdote convaleciente de tantos padecimientos. Mientras el P. Romero hacía la sementera y suplicaba finalmente al provincial que no lo sacara de allí, que quería morir entre esos pobres indios[315]. El P. Griffi siguió siendo superior de la reducción que si bien contaba con iglesia, aún no se habían asentado los indios, pero al menos habían detenido las correrías a las que estaban habituados entre las estancias de los españoles y naciones de indios próximas. Los comentarios de los vecinos de Asunción de que corrían peligro de muerte entre los guaycurúes y la necesidad de llevar misioneros a las regiones de Guarambaré y Pitum que contaban con indios cristianos y que hacía quince

[313] Pastells, 1912 (I): 160-170.

[314] Leonhardt, 1927 (XIX): 503-505.

años carecían de doctrineros, hizo que el gobernador Diego Martín Negrón moviera al Cabildo Eclesiástico y al seglar para que solicitaran al rector de Asunción, P. Diego González de Holguín[316], que les enviara a los misioneros de los guaycurúes. El P. rector accedió al no poder esperar una resolución del P. Torres, a quien no le gustó se hiciera eso, pues en la misma Anua, escrita desde Chile, manifiesta que *"cuando vuelva allá si tengo con quien tornaré a enderezar aquella misión por ser de mucha importancia"*[317].

Efectivamente, los jesuitas sostuvieron la reducción hasta 1612 y la dejaron debido a varias dificultades que encontraron, fundamentalmente en lo áspero que les resultaba catequizarlos y a que les era difícil hacerles cultivar alimento, que lo buscaban fuera de la reducción y por ende tenían demasiada movilidad y poco tiempo en la reducción para poder ser catequizarlos. Los misioneros por su parte y por diversos motivos regresaban periódicamente a Asunción. Por tanto la catequización, como en otros casos, se concentró en los niños, como para que al menos no fueran guerreros. Pero también aquí el idioma fue un problema difícil de zanjar, y en consecuencia la mayor cantidad de bautismos los obtenían cuando la muerte era inminente[318].

5.2.1. La acción de los PP. Romero y Moranta.

La reducción quedó abandonada, pero no por mucho tiempo. De esto da cuenta el P. Torres en la Anua que firmó el 8 de abril de 1614. Regresó a Asunción en su visita anual de 1613 y decidió enviar dos sacerdotes a la desamparada reducción. Justamente en ese tiempo el cacique Martín y su cuñado Juan Guaycuruty, enviaron unos emisarios a visitar el colegio para

---

[315] Ibid: 158-159.

[316] Lozano, 1941 (II): 403.

[317] Leonhardt, 1927 (XIX): 161 y Lozano, 1941 (II): 415.

suplicarle al provincial que llevaría sacerdotes. Sin demoras el P. Torres, acompañado por el P. Romero, fueron a la reducción de Yasocá, siendo recibidos en la otra orilla del Paraguay por los dos caciques y unos cuatrocientos indios, todos con las manos levantadas en señal de alegría. Ante los pedidos de tener compañía de sacerdotes, el P. Torres señaló nuevamente al P. Romero[319] como la persona indicada, agregando que con el tiempo vendría el mallorquín P. Antonio Moranta[320] como su compañero. Así lo hicieron al día siguiente y *"encontró la capilla y la casa, anteriormente construidas, todavía intactas"*, lo que demostraba que al no quemarlas y destruirlas, los indios actuaban de buena fe y no fingiendo[321].

Con el P. Moranta, el provincial envió al H. Bernardo Rodríguez para que adornase el altar *"y lo ejecutó con el aseo y arte, que aun en Lima, de cuyo Máximo Colegio, fue su sacristán, campeó siempre con aplauso"*[322].

En 1613 la reducción se encontraba establecida con buenas perspectivas, incluso devolviéndole la advocación de Nuestra Señora de los Reyes. Se había avanzado en la paz y sobre todo, algo que los españoles deseaban desde un principio, que esa paz les permitiera hallar un paso de

---

[318] Leonhardt, 1927 (XIX): 285-292.

[319] La noticia necrológica del P. Romero en Anua de 1647 (Maeder, 2007b: 183-190). Este insigne misionero sevillano murió mártir entre los itatines en 1645. En ese mismo año también falleció en Asunción el P. Antonio Moranta (Necrológica en Maeder, 2007b: 35-36).

[320] El P. Moranta nació en Palmas de Mayorca en 1579, ingresando en la provincia jesuítica de Aragón en 1596, siendo sobrino del célebre P. Jerónimo Nadal y hermano del mártir de Nueva España P. Jerónimo, quien moría junto a otros siete jesuitas a los que se los conoció como Mártires de los Tepehuanes. Llegó al puerto de Buenos Aires en 1610 con la expedición del procurador Juan Romero. Estuvo un año entre los guaycurúes y quedó en el colegio de Asunción, donde profesó sus últimos votos en 1615. En este colegio fue donde fallece treinta años después (Storni, 1980: 192 - Page, 2007b: 46, Pastells, 1912(I): 469).

[321] Leonhardt, 1927 (XIX): 286-287.

[322] Lozano, 1755 (II): 608.

Asunción hacia el Perú. Pero aún los jesuitas usaban lenguaraces, pues el idioma era muy difícil de aprender, aunque ya se contaban mil almas las que iban a escuchar el catecismo. Fue entonces que el cacique propuso a los misioneros que debían mudarse tierra adentro para facilitar a los indios el poder asistir al catecismo y tener mayor facilidad de alimentos. Los jesuitas encantados con la idea, no dudaron en pasar a inspeccionar el lugar propuesto por Guazutinguá y aprobarlo[323].

Al poco tiempo el P. Romero se trasladó a Asunción y le escribió una carta al P. Torres contándole con alegría la satisfacción que sentía de encontrarse allí con el P. Moranta. En el nuevo sitio renovaron las construcciones, pues dice que el cacique Martín *"anima a la gente que pongan mano a la construcción del templo y de la casa, y conseguí con sus palabras que hasta las viejas se entusiasmen, y de todas partes llegan los materiales para techar el templo y la casa"*. Mientras tanto los ignacianos estudiaban con empeño la lengua, traduciendo las oraciones ordinarias que los niños aprenden diligentemente. Incluso señala "*Estamos componiendo el catecismo en la misma lengua"*, pero ambos jesuitas confiesan ciertas dudas de la veracidad de sus traducciones, como la del Padre Nuestro[324]. Pues a pesar de las ventajas que ocasionaba para la seguridad de Asunción, sus vecinos profanaban un *"odio mortal"* contra los jesuitas de guaycurúes, difamándolos y haciendo poner en duda que existiera la reducción para que no se les pague la subvención real, aunque en realidad querían maloquearlos para servirse de ellos, en una actitud que era por demás evidente.

Precisamente en la Anua de 1615 el P. Torres insistió en las molestias que les ocasionaban los españoles en esta misión. Pero también hizo referencia a algunos pocos progresos, como el haberse colocado un

[323] Ibid: 692.

[324] Leonhardt, 1927 (XIX): 290.

grabado con la imagen de su invocación[325], oportunidad que se celebró una gran fiesta entre los ya cristianos y los aún sin bautizar. Incluso cuenta el P. Romero que volvió a acercarse el cacique Juan Guazutinguá, de gran influencia, a ofrecer la tierra necesaria para construir otro pueblo si mandaban dos misioneros que lo atendieran[326]. Pues el P. Romero no podía negarse, y cuenta el P. Lozano que en el mes de mayo partió a sus tierras junto al cacique. A paso lento, debido a que en el transcurso del viaje se proveían de alimentos y cargaban con sus casas de esteras, caminaron luego de un mes y medio. El P. Romero en medio de un respeto y alegría que no esperaba, se lo honró dándole el nombre de un fallecido y prestigioso cacique que llamaban Yarusiguá. El P. Lozano compara acertadamente esta distinción como si el rey de España le hubiera otorgado un título de marqués o conde[327]. Pues esto le confirió al P. Romero una mayor autoridad que empleó para continuar con su cometido entre los guaycurúes. Pero no llegó a las tierras del cacique pues el rector Lorenzana lo intimó a que regresara a la reducción[328].

En la Anua 1616 del nuevo provincial P. Pedro de Oñate, aún expresa que los PP. Romero y Moranta no se animaban a bautizar a los indios porque no están seguros que sean buenos cristianos. No obstante el P. Romero salió a hacer misiones en los alrededores y siguió con el aprendizaje de la lengua, mientras que continuaban con bautismos de niños y de muchos muertos por la epidemia de ese año, que hizo que muchos otros huyeran al monte. De esto último se aprovecharon los hechiceros diciendo que el bautismo era lo que los mataba.

---

[325] Lozano dice refiriéndose a los Reyes Magos: “Dedicase la iglesia de Yasocá a estos santos, y se expuso en el altar a la pública veneración un lienzo en que estaba pintado este misterio con gran primor” (Lozano, 1941: 156)

[326] Leonhardt, 1927 (XIX): 449.

[327] Lozano, 1941: 154.

[328] Lozano, 1755 (II): 693.

Pues debemos detenernos en la figura del P. Romero, quien no descansó en esta reducción ni en las próximas en las que asistió con todo tezón, alcanzando la muerte de mano de los propios indios en su último y fatal destino. El sevillano P. Romero nació en 1585 y llegó al Paraguay en 1607. Lo ordenó sacerdote el obispo Trejo y Sanabria en 1611 y de Córdoba se fue con el P. Torres a Asunción ese mismo año. Hizo su profesión en Encarnación de Itapúa el 20 de octubre de 1619. De allí, en el año 1621, pasó al Paraná, Uruguay y sierras del Tape. Junto con Roque González fundó Corpus Christi en 1622 y Yapeyú en 1626 quedándose a cargo de esa reducción por un tiempo. En 1627 lo trasladaron a Candelaria, cuando el P. Roque y sus compañeros murieron en el Caaró. Fue él mismo quien dos años después y como superior de las misiones dirigió el proceso canónico del martirio. Soportó la destrucción de las reducciones del Paraná y Guayrá y como superior de guaraníes (1631-1636), extendió la evangelización al Tape, que también fueron reducciones destruidas por los paulistas. Fue nombrado vicerrector del colegio de Asunción, sobrellevando los embistes del obispo Cárdenas, pero pronto fue designado como superior de los Itatines, donde a los pocos meses de su llegada fue muerto con el H. Mateo Fernández y un indio que los acompañaba[329].

5.2.2. Los últimos intentos.

Cuando en 1619 el P. Romero fue destinado al Paraná, se nombró al P. Alonso José Oreggi[330], para acompañar al P. Moranta. Poco sabemos de

[329] Francisco Luperio Zurbano: *Relación de la gloriosa muerte del P. P. Romero y del H. Matheo Fernadez entre los yndios ynfieles a sus manos*. 26 de enero de 1646 (Pastells, 1915 (II): 127-133)

[330] El P. Oreggi era hermano del cardenal y arzobispo de Benevento doctor Agustín Oreggi, además de amigo del Papa Urbano VIII. Nació en Santa Sofía en 1588 y estudió en Faenza y Roma, donde ingresó en 1606 al noviciado, en tiempos que era maestro de novicios el P. Juan Pablo Ricci. Se incorporó a la expedición del P. Viana, llegando a Buenos Aires en 1617, pasando a Córdoba a concluir sus estudios. Murió siendo hombre mayor y pasó su vida entre las misiones, excepto ocho años que estuvo en el colegio de Asunción, donde hizo sus últimos votos en 1626. Estuvo en las reducciones

la actividad de estos jesuitas. Se expresa en la noticia necrológica del P. Oreggi que *"se metió en indecibles trabajos entre los guaycurúes, aquellos indios feroces. Tres veces se le escapó esta grey, dejando solo al pastor en el pueblo, en cuya construcción se había empeñado tanto. Otras tantas veces le dio alas su caridad, para seguir apresuradamente los vestigios de su grey desparramada por los montes inaccesibles, para recoger y devolverlos al redil"*. Pero quizás lo más importante que consiguieron los jesuitas fue el bautismo del cacique Martín, quien al poco tiempo falleció, quedando en el recuerdo de lo mucho que hizo por fomentar su acercamiento a la doctrina cristiana. Lo sucedió su hijo Diego Francisco[331], ya cristiano y nombrado anteriormente.

Por entonces estos frutos no alcanzaron y el provincial Pedro de Oñate, comprobó que era muy poco lo que se había logrado y sugirió al P. general que se retiren los jesuitas de guaycurúes. Pero el general Vitelleschi le presentó en cuatro puntos, las ventajas y aspectos positivos que había para persistir con esta reducción y aconsejó no precipitar las soluciones. Pues la permanencia de los jesuitas entre estos indios aseguraba la paz en Asunción y la región[332]. Sin embargo el P. Oñate informó en la Anua de 1620 que definitivamente no había solución para estos indios[333]. En ese mismo año escribió que los misioneros que eran dos, no habían hecho *"casa ni iglesia, sino unos bujíos muy de prestado, porque los indios tampoco están reducidos"*[334].

Un nuevo provincial, el P. Nicolás Mastrilli Durán, todavía abrazaba en 1624 alguna esperanza y en comunicación con el P. General, éste último

---

del Caaró, Mártires, Santa Ana, muriendo en la de San Javier en 1664. (Storni, 1980: 206). Su necrológica en BCS, Cartas Anuas 1663-1666, f.151 y ss.

[331] Lozano, 1941: 160.

[332] Bruno, 1967 (II): 229.

[333] Leonhardt, 1929 (XX): 203.

[334] ARSI, Paraq. 4, f. 65v.

le decía, sin conocer que ya no se encontraba allí, que alentara al P. Romero para que aprendiera bien el idioma y que le de un compañero que lo ayude. Agregaba que enseñar la doctrina y bautizar a los niños y a algunos adultos antes de morir, era bastante y justo que se conserve, aunque requiera mucho esfuerzo[335].

Pero no hubo forma de continuar y después de diecisiete años de ardua labor, en 1626, el provincial decidió definitivamente retirar a los misioneros y dejar la reducción de Santa María de los Reyes. El P. Torres, aunque retirado, se enteró de la decisión que trató de apelar.

Sólo fue varios años después, cuando en 1645 el mismo P. Romero, acompañado por el P. Justo Van Suerck (Mansilla) y el H. Mateo Fernández, salieron de la reducción de Nuestra Señora de Fe del Itatín, animándose a cruzar el caudaloso río Paraguay para internarse en el Chaco. Lo hicieron seguramente por el luego conocido "Paso de San Javier", al sur de la desembocadura del Mboteteí (Miranda), donde sobre su cauce norte estuvo a treinta leguas del Paraguay la población española de Jerez. Con el tiempo ese paso comunicaba la región del Itatín con la reducción de Santo Corazón de chiquitos[336]. El P. Furlong comentó el tema y luego lo hizo el P. Bruno[337], pero más detalles extraemos de una extensa relación sobre la vida del P. Romero, escrita al general Vitelleschi después del terrible martirio y muerte. La redactó el provincial Francisco Lupercio Zurbano el 26 de enero de 1646, antes que partiera a hacerse cargo de la provincia del Perú.

El provincial le consintió que cruzara el Paraguay con la condición que sus compañeros estuvieran de acuerdo. Así fue que luego de trasponer el río con algunos caciques y treinta o cuarenta indios pasaron por las

[335] Ibid, f. 37v-38.

[336] Quiroga, 1836: 4.

[337] Furlong, 1963: 53 y Bruno, 1967 (II): 307.

tierras de los payaguas sin impedimento, hasta llegar a un pueblo donde al toque de tambores fueron bien recibidos por el cacique Carubaí. Les brindaron hospedaje, aunque el P. Romero quería seguir internándose en el Chaco. Pero todos fueron de la opinión que ese pueblo era un sitio favorable para hacer una importante reducción. El P. Romero inmediatamente aceptó la propuesta y levantó una cruz y una pequeña iglesia que dedicó a Santa Bárbara, mientras envió al P. Van Suerck para que informara al provincial de las buenas noticias, autorizara la fundación, enviara misioneros y ornamentos necesarios. El P. Romero se quedó con el H. Mateo y unos pocos indios cristianos, dedicándose a la tarea de impartir la doctrina y el catecismo en la iglesia.

Entre tanto se acercaron unos indios guacharapos, invitando al P. Romero a que fuera a su pueblo, ubicado río arriba. Lo hizo y fue recibido por el cacique Guiragueray, quien envió mensajes a los caciques de la región sobre la llegada del sacerdote y sus intenciones. Pasó predicándoles poco más de un mes, mientras un hechicero que se había escapado de los portugueses tramaba asesinar al P. y convocó a varios indios que al fin le dieron muerte[338].

Al año siguiente de las trágicas muertes y bajo el mando del maestre de campo Baltasar de Puchele, un ejército de españoles e indios amigos fueron al Chaco en castigo de los guaycurúes y sus aliados por haber asolado la ciudad de Concepción y haber matado a catorce españoles e indios cristianos, además de haber robado más de cuatrocientos caballos[339]. En 1642 el gobernador Cristóbal de Hinestrosa hizo una nueva entrada hasta que los indios pidieron la paz, quebrada cuatro años después cuando Sebastián de León volvió a atacarlos, repitiendo sus sangrientas jornadas en 1650 y 1651 que terminaron replegando a las poblaciones indígenas

[338] Pastells, 1915 (II): 127-133 y en ARSI, Paraq. 11, f. 311.

[339] Pastells, 1915 (II): 114 y AGI, 74-6-28, Asunción 31 de julio de 1646.

próximas a Asunción que volvieron con sed de venganza casi dos décadas después. Aunque el gobernador Rege Corvalán tendió una celada a los guaycurúes ocasionando gran cantidad de muertos y prisioneros, considerándose esta parcialidad derrotada totalmente, aunque sus aliados payaguás y mbayás volvieron a atacar Asunción en ese mismo año de 1678[340]. Todo volvía como en el principio y sólo en el siguiente siglo se conseguirá reducir a las etnias guaycurúes, diezmados frente a la guerra y sus devastadoras consecuencias.

5.3. La evangelización por el Chaco occidental y el encuentro con los tobas.

En el contexto civil ya enunciado, los jesuitas enviaron al Chaco nuevas expediciones a partir de la segunda mitad de la década de 1620. Así lo confirman las Cartas Anuas de 1621-1625, al mencionar las entradas del P. Gaspar Osorio[341], continuándose los relatos en la siguiente de los años 1628-1631. Esas incursiones fueron solicitadas por los gobernadores para que los acompañaran en sus expediciones de conquista pero los jesuitas se negaron y sólo tiempo después enviaron al P. Osorio a la flamante ciudad de Santiago de Guadalcázar.

El P. Osorio fue quien pidió especialmente explorar la región y aprendió la lengua tonocoté que era la más habitual[342]. Inmediatamente y desde su asiento en el Chaco envió una carta al provincial Nicolás Mastrilli Durán, que se transcribe en la Anua. Por la ubicación de ella en el texto y porque el provincial expresa que le llegó mientras escribía la carta, estimamos que puede ser de fines de 1628. El P. Osorio relata que su primer descanso, fue el día de Nuestra Señora de las Nieves, que es el 5 de

[340] Maeder, 1986: 52-58.

[341] Necrológica en Anua de 1637-1639 (Maeder, 1984: 50-58).

[342] Leonhardt, 1929 (XX): 252.

agosto, aunque ya habían transcurrido tres meses de su salida de Santiago del Estero, pasando por Salta y luego Jujuy. Se adentró en el Chaco, con sólo un altar portátil, junto a un africano que lo acompañaba y luego de diez leguas llegó y cruzó un río caudaloso que debía ser el Bermejo. Encontró varias naciones con diversas lenguas, de las cuales una estaba aprendiendo, posiblemente la tonocoté, hablada por unas cincuenta mil almas, a las que se agregaban otras treinta mil de mataguayos. Los describe como gente humilde, atemorizada de las incursiones de los chiriguanos que los cautivaban. También se aprestaba a aprender la lengua de estos últimos y esperaba para otro momento incursionar en la de los tobas, mocovíes y yadpitilaga. Continúa expresando el jesuita que le asombraba que los indios estaban inclinados a concentrarse en reducciones y que se podría ir planeando hacerlas con estas tres parcialidades. También visitó unos indios que hablaban la lengua churumata, que le resultó fácil y escribió mucho en poco tiempo. Expresa que esta población está a dos jornadas de la nueva ciudad española[343]. Le sigue cercana la de los orejones de lengua aymará. Más allá la tonocoté, donde iría el gobernador y estaba dispuesto a acompañar el jesuita. Mientras tanto se quedaría en la nación de los tobas para dar principio a una reducción que ya era un hecho, afirmando de ella: *"En la nueva población hay ya acequia, hay sembrado trigo y se va sembrando maíz y legumbres y dentro de cuatro días se repartirán los solares, cuadras y sementeras y procuraré un buen puesto y si fuere posible en la plaza para la compañía y gente para su ranchería y al octubre procuraré me siembren un poco de maíz para tener que dar"*. El provincial, luego de transcribir la carta del P. Osorio, le escribió al P. general que inmediatamente enviará dos jesuitas que acompañen a este

[343] Se refiere a Santiago de Guadalcázar, fundada por el gobernador don Martín de Ledesma y Valderrama en 1626 en las nacientes del Bermejo y el camino del Perú. Los españoles proyectaban salir desde allí al Chaco, pero fue destruida en 1632.

misionero[344]. Pero como expresa el mismo P. Osorio, nunca pudieron llegar[345].

La siguiente Carta Anua que firmó el provincial Vázquez Trujillo, relatando los sucesos ocurridos entre 1628 y 1631, ya concibe a la misión del Chaco como un nuevo capítulo para el informe que envió a Roma.

El P. Osorio volvió a Jujuy y trabajó en la ciudad y los pueblos de indios de la comarca hasta los osas, todo el Adviento (mes de diciembre) del año 1630 y la Cuaresma del siguiente año, doctrinando a españoles e indios que le solicitaban que fundara una casa en la ciudad[346]. Cuando el provincial estampó el título de *"Misión de la provincia del Chaco"*, expresó que es muy extensa y que aún no se conoce y que tanto lo es por no estar aún conquistada. Expresa que el P. Osorio permaneció un año y medio y debió regresar. Estuvo como dijimos antes entre los tobas, que ubica a *"20 leguas metidos tierra adentro del fuerte que habían hecho los soldados españoles"*. Cuenta que estando en el fuerte de Nuestra Señora del Rosario de Ledesma, llegaron dos indios a quienes el misionero les pidió que lo llevaran a sus tierras. Al llegar al primer pueblo de infieles "me salieron a recibir todos los de él, hasta las viejas decrépitas con grande grita". Luego las indias que estaban con el hábito de doncellas levantaron una hermosa cruz que tenían preparada y el jesuita se acercó de rodillas a orar frente a ella y luego lo hicieron los curacas y después el resto de la gente. En los días siguientes los adoctrinó. Estaba asombrado de la docilidad de estos indios y respeto que le tenían a la cristiandad, sin tener ninguna idolatría, incluso decía que el símbolo de la cruz era designada con una palabra especial. Más aún, expresa que en sus vestidos estaban hiladas

---

[344] Leonhardt, 1929 (XX): 260-263.

[345] *"Relación del Nuevo descubrimiento de la provincia del Chaco Gualambá y Llanos del Manso, hecha por el Padre Gaspar Osorio de la Compañía de Jesús, para nuestro muy reverendo Padre General Muccio Vitelleschi"* (Lozano, 1941: 171).

[346] Leonhardt, 1929 (XX): 403.

formas de cruces. Al tercer día de su estadía le llegó la noticia que un cacique que llamaban Enoé se acercaba a la población para darle muerte al misionero y al cacique que lo había recibido. Este último le dijo que se escondiera en los montes que él les iba a hacer frente. Pero el jesuita permaneció con los indios y los supuestos asesinos no llegaron nunca. El misionero regresó al fuerte a predicar a los soldados a quienes tampoco descuidaba[347].

Por entonces se desarrolló la congregación provincial de 1632 que recomendó la evangelización en el Chaco. Pero fue en ese mismo año en que fue atacada y destruida la nueva ciudad española. Por lo que previniendo y salvaguardando la vida del P. Osorio se le pidió que regresara. El misionero tomó debida nota de los nombres de quienes había bautizado para poder encontrarlos cuando regresara[348]. De tal forma y como él mismo lo expresa, estuvo entre los tobas un año y nueve meses, donde aparentemente fue un pueblo donde no hubo más que una cruz en medio de una de las rancherías de los diecisiete pueblos de tobas que se ubicaban de tal forma que se veían unos entre otros[349].

La ciudad de Santiago de Guadalcázar fue sitiada y los mataguayos mataron al mercedario fray Juan Lozano y los españoles debieron abandonar la ciudad y huir a sitio seguro llevando consigo al P. Osorio, quien jamás perdió las esperanzas de regresar. Fue cuando se emprendió entonces la segunda entrada al Chaco.

Luego de la destrucción de la ciudad en 1632, el mismo gobernador del Paraguay, Martín de Ledesma Valderrama insistió en su empresa en el Chaco ante el virrey del Perú, Luis Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, cuarto conde de Chinchón, quien también intentó persuadir a

[347] Ibid: 404-407

[348] Lozano, 1941: 170.

[349] Lozano, 1941: 171-172.

Felipe III para que autorizara la entrada. Pero el gobernador, convencido que sólo resultaría una empresa espiritual y no belicosa, solicitó al provincial Diego de Boroa (1634-1640) que contribuyera con misioneros. Se amparó en los expresos deseos de la Congregación Provincial de 1634 que recomendara la evangelización del Chaco enviando misioneros e hiciera lo mismo en la de 1637, un año después que asumiera el nuevo gobernador Pedro Lugo de Navarra.

Allí estaría nuevamente el P. Osorio, esta vez acompañado por el tucumano P. Ignacio de Medina. Partieron de Jujuy en 1638, estando un tiempo entre los ocloyas. Pero como no pudieron entrar al Chaco volvieron a Jujuy y se desencadenó el martirio de los PP. Ripari y Osorio como relataremos a continuación.

5.3.1. La reducción de los ocloyas y el martirio de los PP. Ripari y Osorio.

Los ocloyas fueron una parcialidad de los omaguacas que habitaban el Valle del Zenta, formado por el río homónimo y los de Santa Cruz y San Andrés que desembocan en el Bermejo. Junto a ellos vivían distintas colonias multiétnicas de chichas, churumatas y cuis, sumándose osas y paipayas, provenientes de Bolivia. No obstante los ocloyas tenían su propia lengua, de la que el P. Osorio confeccionó un vocabulario. Sostienen Sánchez y Sica que estos grupos fueron trasladados al Valle por el incario por razones defensivas sobre los indios del Chaco y del paso que constituía la Quebrada de Humaguaca entre las dos regiones. Pero a su vez, continúan las autoras, posiblemente algunos de estos grupos estuvieron también dedicados a la explotación de minerales como la plata, oro, zinc, plomo y cobre[350].

[350] Sánchez y Sica, 1990: 469-497.

El P. Torres menciona a los ocloyas en su primera Carta Anua expresando *"de Omaguaca pueblo de indios, veinticinco leguas más delante de Salta y el postigo de esta gobernación hacia el Perú se entra a los Ocloyas que están ocho leguas de allí y de buen camino las tres que las demás son asperísimas estas serán no más que dos mil personas, han salido los caciques lagnas veces a pedir sacerdotes que les hagan cristianos y dicen que no dista de ellos la gran provincia del Chaco"*[351]. Sin embargo y en los primeros años, los jesuitas se dedicaron a establecer sus residencias y colegios, para desde allí hacer misiones volantes entre los indios de los alrededores de esas ciudades. A lo sumo concentraron sus esfuerzos entre los guaraníes, los calchaquíes, guaycurúes y araucanos. De tal modo que para 1615 ya habían reunido seis colegios, tres residencias y ocho reducciones que habían ocasionado problemas con los encomenderos.

También los franciscanos consideraron la evangelización de los ocloyas desde la fundación de su provincia de la Asunción de la Virgen en 1612 y con cargo directo de su convento de Jujuy. Pero no lo hicieron sino en 1624, cuando recién entraron a sus tierras, llevando el catecismo con intenciones de reducirlos y por expreso pedido de los vecinos de Jujuy. Se designó un sitio junto al río Caltalde, como querían los indios, y se trazó un poblado. Pero quizás no prosperó la reducción ante la ausencia de su cacique principal, incluso no se tienen noticias de la labor que realizaron en toda la década siguiente. Precisamente en 1634 cuando asumió el obispo agustino Melchor Maldonado de Saavedra (1634-1661), el visitador franciscano le solicitó autorización para tener aquella doctrina, argumentando que tenía frailes que dominaban la lengua. El visitador luego fue nombrado provincial y aparentemente no envió a ningún religioso a los

[351] Leonhardt, 1929 (XIX): 35.

ocloyas. Por lo que tres años después el obispo le solicitó a los jesuitas que asumieran la tarea, extendiéndose a toda la región chaqueña[352].

Así fue que el provincial Boroa designó al P. Gaspar Osorio, con licencia expresa de internarse en el Chaco, recorriendo las regiones de tobas y mocovíes con quienes convivió varios meses, incluso –como mencionamos antes- componiendo un catecismo en idioma toba. Por esa época el gobernador Ledesma Valderrama, había levantado un fuerte que al poco tiempo fue destruido por los indios.

Con una visión general de la región, el P. Osorio expuso las factibilidades de evangelización del Chaco en la sexta congregación provincial (1637), con lo que se aprobó y designó como sus acompañantes

Fragmento del mapa del sardo Antonio Machoni de 1733, publicado en el libro de Lozano, donde se precisa los sitios de las muertes de los PP. Solinas y Ortiz de Zárate en el río Zenta, y los PP. Osorio y Ripari en el río Ocloyas.

[352] Tommasini, 1933.

a los PP. Pedro Pimentel e Ignacio Medina. Llegaron al año siguiente a las tierras de los ocloyas, encomendados al general Juan Ochoa de Zárate, tío del P. Medina, predicando por dos meses y bautizando doscientos indios de esta parcialidad dispersa en pequeñas aldeas. Pero un guía mataguayo, que había quedado en encontrarlos no fue y si bien avanzaron un poco, tuvieron que volverse a Jujuy. Allí juntó limosnas entre los vecinos para llevarles a los indios ocloyas, quienes se habían comprometido a reducirse. De tal manera que, las tribus bajaron de las montañas para instalarse en un sitio ubicado a once leguas de Jujuy, sobre el río Normenta. Allí *"comenzaron luego a construir su iglesia. Al mismo tiempo levantaron sus viviendas, bien dispuestas en hilera"*[353]. Llegaron a bautizar seiscientos indios que formaron la nueva población[354]. Fue entonces cuando llegó el P. Antonio Ripari, en reemplazo del P. Medina y cuando lo hizo, el P. Osorio partió para el Chaco dejándolo a cargo. Pero los franciscanos comenzaron a reclamar ante las autoridades derechos para misionar entre estos indios y los jesuitas debieron abandonar la misión[355].

Grabado del P. Antonio Ripari firmado por R. Scotti (ARSI, Paraq. 11 Historia, Tomo 1, 1600-1695, f. 260v).

Esta situación de presión hizo que algunos indios volvieran enojados a sus tierras y peor aún, promovió el martirio y muerte de los PP. Ripari y Osorio y el joven

[353] Maeder, 1984: 54.

[354] Bruno, 1968 (III): 262.

[355] Page, 2007c: 11.

Alarcón. Ciertamente por orden del provincial emprendieron ambos sacerdotes su viaje de regreso, sumándose el novicio paraguayo Sebastián de Alarcón y como dice la relación: *"comenzó finalmente su camino mas al cielo que al Chaco"*[356]. Lo hicieron abriendo huellas con hachas, hasta que huyeron los indios que llevaron de guías y quedaron en medio de espesos montes infectados de peligrosos indios y feroces animales. Este imprevisto obligó al P. Osorio a volver a Jujuy en busca de nuevos guías, quedando Ripari con el estudiante. Pero volvió rápidamente y siguieron camino misionando a los indios que iban encontrando, entre ellos los palomos, de los cuales algunos los acompañaron en el viaje. A su encuentro habían venido los chiriguanos, a quienes los misioneros calmaron con algunos obsequios, pero que en pocos días martirizaron y asesinaron cruelmente a los jesuitas[357].

El gobernador don Francisco de Avendaño y Valdivia mandó investigar jurídicamente el asesinato. Con esa información el obispo Maldonado la trasmitió extensamente al rey en carta del 14 de setiembre donde manifiesta, sobre todo, el conflicto con los franciscanos con la reducción de los ocloyas. El prelado hizo honras de la memoria de los mártires en todo el obispado, especialmente en la Catedral, también en el colegio jesuítico de Salta "los aclamaron por mártires gloriosos de Cristo".

Los franciscanos habían designado como doctrinante al fraile Juan de Chávez quien, contradiciendo al obispo, tomó posesión de la reducción argumentando "el derecho de propiedad que corresponde a los franciscanos sobre la doctrina"[358], amparándose en los procedimientos de la Real Cédula de 1634. Los jesuitas abandonaron pacíficamente la reducción sin hacer

---

[356] ARSI, Paraq. 11, Historia, Tomo1, 1600-1695, f. 260v. *Relacion breve de la muerte del P. Gaspar Osorio y su compañero P. Antº Ripario a la entrada de la mision de Chaco como a mediados de marzo del año 1639.*

[357] Leonhardt, 1942: 297-312 y Page, 2007c: 9-32.

[358] Pistoia, 1973: 50.

ningún reclamo. Sin embargo las actuaciones siguieron y llegaron a la corte donde se dictaron cinco Cédulas Reales, cerrando el conflicto con la del 25 de noviembre de 1642 donde Felipe IV restituía la reducción a los jesuitas. Pero dos años antes, fray Chávez había decidido trasladar el pueblo con la anuencia del gobernador. Lo cierto es que al año siguiente, un acta del Cabildo de Jujuy daba por inexistente la reducción de los ocloyas. Seguramente no pudieron evadir las invasiones del Chaco de 1647 y 1664, cuando los franciscanos ya la habían abandonado[359].

Otra vez el Cabildo eclesiástico con sede vacante ofreció a los jesuitas la tarea de reducir a los ocloyas y el provincial Francisco Jiménez dio su beneplácito, pero condicionado a las directivas que diera el visitador Andrés de Rada que estaba próximo a arribar. Se dirigieron a él, con la misma solicitud, el Cabildo a través de la Real Audiencia y el gobernador de Buenos Aires don Alonso de Mercado y Villacorta. Pero el jesuita eludió respuestas favorables y sólo sabemos que la reducción continuó con clérigos seculares.

5.3.2. Persistencias en las entradas militares. Las efímeras reducciones de San Francisco Regis y San Francisco Javier.

Nuevamente los jesuitas intentaron ingresar al Chaco. Así lo resolvió el provincial Francisco Lupercio de Zurbano (1640-1645) quien le encargó al P. Ignacio de Medina que pase del Colegio de Salta a las tierras de los omaguacas, para que desde allí hiciera la entrada al Chaco en compañía del H. Antonio Álvarez. Pero como a último momento el coadjutor debió cumplir tareas en el colegio de Salta, se lo reemplazó por el P. Hernando de Torreblanca, que venía de la misión de calchaquí y el gobernador no lo dejaba regresar ante los tumultos que estaban aconteciendo en aquel Valle.

[359] Bruno, 1968 (III): 266.

Los misioneros llevaron como intérprete al indio Lorenzo Cacat a quien enviaron con donecillos[360] a los mataguayos, para que pidiera permiso para pasar por sus tierras e ir a la de los palomos. Aunque no estaban tan lejos, la aspereza del camino lo demoró un mes en llegar, y cuando lo hizo se entrevistó con el cacique Nao, quien era el principal de los cuatro pueblos existentes. El cacique convocó a sus pares y en presencia de Lorenzo no sólo aceptaron el paso de los jesuitas sino que pidieron que se quedaran en sus pueblos. Lo único que exigían era que no fueran acompañados por ningún español. Llegó el tiempo de lluvias y debieron retrasar su partida, pero en el entre tanto se enteraron que otros indios amenazaron a los mataguayos con hacerles guerra si permitían el ingreso de misioneros a sus tierras, con lo que los misioneros desistieron de la entrada[361]. Abandono que según el provincial Zurbano se debió a que en tales circunstancias prefirió enviar misioneros a los calchaquíes que al Chaco[362].

Los jesuitas no renunciaron del todo a entrar al Chaco y pensaron entonces hacerlo por Santiago del Estero, aunque debían salvar la falta de agua, en un largo camino de ciento sesenta leguas hasta los abipones, destino al que se pretendía llegar. Fueron de la partida el mismo rector del colegio P. Juan Pastor y por compañero el P. Gaspar Sequeira que había nacido en Concepción y conocía varias lenguas indígenas. Enderezaron marcha y como a cien leguas dieron con el pueblo de Matará, donde tomaron guías para llegar hasta los abipones. Al arribar al pueblo y a pesar que contaba con un sacerdote, se aprestaron a ejecutar los ministerios. Sobre todo el P. Sequeira que hizo una gran cantidad de confesiones en lengua tonocoté.

---

[360] “como cuchillos, cuentas de vidrio y agujas” (Lozano, 1941: 180).

[361] Lozano, 1941: 180 y Pastells, 1915 (II): 104.

[362] Maeder, 1996: 63.

Los matarás estaban en guerra con los abipones y la travesía no sería fácil. Los acompañó el cura del pueblo y un cacique principal con algunos indios. Llegaron a los bañados del Bermejo y los matarás decidieron volverse, por las dificultades del terreno y el temeroso encuentro con los abipones. Al llegar a las proximidades de una aldea se adelantó el P. Sequeira, quien inmediatamente fue rodeado y asechado por los indios. El jesuita con una cruz en la mano les habló en tonocoté y guaraní explicando que venía en paz, que era jesuita y traía la palabra de Dios. Su arenga dio fruto y fue bienvenido al pueblo, mientras un grupo que encabezaba el hijo del cacique fue a buscar al "Padre Grande" que había quedado retrasado. Con gran solemnidad entraron al pueblo donde fue recibido con demostraciones de alegría y regocijo. Al otro día enarbolaron la cruz y dieron misa en una ramada. De allí el cacique Caliguilá los llevó a su pueblo, distante dos leguas, donde hubo una junta de caciques que admitieron que fueran bautizados sus hijos y se levantara una iglesia. Pusieron como condiciones que sus hijos pudieran entrar al templo con arcos y flechas, que no se enterraran a los difuntos en la iglesia sino en los bosques donde tienen sus ídolos y que no sean azotados. Pues levantaron una cruz alta y comenzaron a construir la iglesia "que quedó por trofeo en medio de aquella gentilidad"[363]. Al mes, el cura de Matará quiso volver a su pueblo, siendo acompañado por el P. Sequeira, quien se demoró en regresar por no encontrar un guía. Mientras tanto el P. Pastor adoctrinaba a los niños y componía un catecismo y vocabulario de su lengua. Inmerso en su arduo trabajo, pero con profunda voluntad, les pidió a los abipones que lo acerquen a los pueblos de los guamalcas y vilelas; aunque no consintieron pues expresaron que estaban en guerra. De tal modo que los jesuitas regresaron para dar la buena nueva de la positiva predisposición de los abipones por su evangelización y de que se asentaran misioneros con

[363] Lozano, 1941: 185. El relato del P. Lozano es casi una transcripción textual de las Anuas de 1641-1643, ff 299-301.

ellos. Pero el provincial no contaba con suficiente personal y se perdió una buena oportunidad de evangelización del Chaco, que recuperará en parte el P. Pastor cuando fue elegido provincial en 1651[364].

Efectivamente el septuagenario P. Pastor[365], una de las grandes y olvidadas figuras de los antiguos jesuitas, desde su provincialato no sólo tomó la iniciativa de enviar misioneros al Chaco sino que él mismo los acompañó. Decidió entrar esta vez por Jujuy, por eso escogió a quien ya lo había hecho antes, el jesuita tucumano Ignacio de Medina[366], quien se acercaba a los cincuenta años y junto con él fue de la partida el joven P. Andrés Luján[367], llegado hacía poco tiempo al Tucumán.

Luego de conseguir la correspondiente licencia de parte del gobernador Roque Nestares Marín de Aguado y la bendición del obispo Maldonado de Saavedra, los tres partieron en el mes de agosto de 1653 de Salta y de allí a Jujuy y Humaguaca, donde se concentraba un pueblo de indios amigos. Mientras predicaban por la región se acercó el mencionado cacique mataguayo Nao, quien se ofreció a llevarlos hasta sus tierras.

---

[364] Lozano, 1941: 187 y Pastells, 1915 (II): 101-103.

[365] El P. Pastor nació en Fuentespalda, Teruel, el 18 de octubre de 1582. Ingresó a la Compañía de Jesús de la provincia de Aragón en 1596, llegando a la provincia del Perú en 1604 en la expedición del P. Torres, a quien acompañó en la fundación de la provincia del Paraguay en 1607. Fue profesor en Chile y Córdoba, además de rector en los colegios de Asunción (1622-1626), Buenos Aires (1633-1637) y Santiago del Estero (1638-1642), como a su vez maestro de novicios. Se desempeñó también como socio del provincial Oñate (1617-1621), procurador en Europa (1644-1648) y provincial (1651-1654). No se destacó menos como misionero itinerante en noroeste y Cuyo argentino. Dominó varios idiomas como el huarpe, tonocoté. En 1649 concluyó su obra perdida sobre la Historia de los jesuitas del Paraguay pero el general Nickel le negó su publicación, aunque su texto fue utilizado por el P. del Techo, quien escribió su biografía. Falleció en Córdoba en 1658. (Storni, 1980: 214; Beguiristáin, 1946: 147-155 y del Techo, 1759: 182-186.

[366] El P. Medina nació el 3 de mayo de 1604 en San Miguel de Tucumán, ingresando a la Compañía de Jesús en 1627, profesó sus últimos votos en Salta en 1645 y murió en Córdoba en 1660 (Storni, 1980: 182).

[367] El P. Luján nació en Casarrubios del Monte, Toledo, el 30 de noviembre de 1626, ingresando a la provincia de Toledo en 1642 y arribando a Buenos Aires, con el P. Pastor, seis años después. Sus últimos votos los profesó en Córdoba en 1661 y falleció en Salta en 1696 (Storni, 1980: 168).

Además fueron acompañados por cuatro indios y un español encomendero llamado Gabriel de Salazar que conocía la lengua. Llegaron hasta las tierras de los mataguayos y el P. Pastor los arengó, presentándoles a los misioneros y regresó para continuar con su visita por la provincia. Los jesuitas construyeron una choza en un valle, donde se fueron acercando los mataguayos, a quienes iban instruyendo en la fe con paciencia y dándoles regalos para atraerlos. Pero cuando estos se acabaron, el P. Luján volvió a los pueblos de españoles a buscar limosnas para su empresa, consiguiendo solo un poco de harina, por lo que el P. Medina resolvió ir él mismo a Humaguaca y Jujuy a probar mejor suerte. Se demoró casi tres meses, mientras el P. Luján padeció hambre y hasta un intento de asesinato. Al volver el P. Medina decidieron abandonar la prístina reducción. Según Toscano se llamó a la reducción San Francisco de Regis[368], aunque no encontramos ningún documento que así lo pruebe.

En 1655 parece que los indios se arrepintieron y pidieron a los jesuitas que regresaran. El provincial Francisco Vázquez de la Mota pidió insistentemente licencia al gobernador quien no la concedió[369]. Sin embargo, de regreso en 1664 a la gobernación del Tucumán don Alonso de Mercado y Villacorta, reestableció un camino para las empresas en el Chaco. Propuso al presidente de la Real Audiencia de Charcas don José Martínez de Salazar, que la Compañía de Jesús se hiciera cargo de la evangelización en la región. Así fue que este último se dirigió al P. visitador Andrés de Rada, a cargo del gobierno de la provincia jesuítica, para que arbitrara los medios.

Pero en ese mismo año los indios atacaron Esteco y un pueblo de indios osas cristianos. Mercado y Villacorta trató de proteger la ciudad, tantas veces asediada, construyendo el fuerte de San Carlos o de Pongo,

[368] Toscano, 1906: 94.

[369] Lozano, 1941: 188-197.

que se terminó cinco años después. Pero ahora había un nuevo gobernador, que había sido presidente de la Real Audiencia y poseía una amplia experiencia militar. Nos referimos a don Ángel de Peredo, quien consustanciado de los ataques y luego de varias escaramuzas, decidió emprender una campaña al Chaco en 1673.

Previamente se hizo una avanzada a la entrada del gobernador, habiendo algunos enfrentamientos entre los rebeldes e indios chiriguanos aliados a los españoles que provocaron muchas muertes[370]. Al llegar a Esteco ya se había entablado la paz y reducido a más de dos mil indios que se los ubicó junto a la ciudad -según informó Peredo al rey- agregando que eran indios bárbaros, sin policía, ni deidades[371]. El P. Lozano escribe que fueron cuatrocientas personas, entre palomos, mocovíes, tobas, malbalaes y otros[372] con los que fundaron una reducción en 1672, agregando que el mismo provincial Cristóbal Gómez fue de Córdoba a Esteco a entrevistarse con el gobernador y designar así a los PP. Diego Francisco Altamirano y Bartolomé Díaz[373]. En principio destinó al P. Pedro Patricio Mulazzano quien no era poca la experiencia que tenía, luego de haber ejercitado treinta y cinco años el ministerio misional y varios de ellos entre los calchaquíes. Pero murió ese año en el colegio de Salta y fue reemplazado por el P. Altamirano, por entonces profesor de teología en Córdoba, que llegó a ser provincial y procurador, pasando luego a Quito y Perú. Su compañero, el P. Díaz, era natural de Chuquisaca y se encontraba en Salta.

---

[370] Ibid: 202.

[371] Bruno, 1968 (III): 38 y AGI Audiencia de Charcas 5. Esteco, 10 de octubre de 1673.

[372] En otro pasaje el P. Lozano dice que se encontraban en la reducción unas 500 familias (Lozano, 1941: 222).

[373] Bruno, 1968 (III): 437 y Lozano, 1941: 209.

El primero en llegar a la ciudad de Nuestra Señora de Talavera de Madrid, más conocida como Esteco[374] fue el P. Altamirano, quien fue recibido por el gobernador. La ciudad contaba con conventos de franciscanos y mercedarios, además de residencia y colegio jesuítico. Con la idea de conferenciar con los mocovíes, inmediatamente partieron al fuerte de Pongo y de allí a la reducción, acompañados por la milicia. Pero no aceptaron ni la paz ni mucho menos reducirse[375]. Peredo no era hombre fácil, a los pocos días huyeron tres indios y al apresarlos los condenó a muerte. Debió interceder el P. Altamirano hasta ponerse de rodillas frente al gobernador quien finalmente accedió[376].

Escribe el P. Lozano, siguiendo las Anuas de 1672-1675 del provincial Gómez, que los jesuitas prevenían que, teniendo abundante alimentación para todo ese gentío, podía seguir por buen rumbo la reducción. Pues antes se la suministraba el monte, por donde circulaban libremente. Pues ahora había que cultivar "para que sus cosechas los mantuvieran quietos y contentos"[377]. Pero Peredo no satisfecho con el número de indios reducidos continuó la guerra y dejó inquietos al grupo que residía cerca de Esteco, de los cuales incluso tomó en armas a los que podían sumarse al ejército español.

De esta manera se llevó a cabo una de las invasiones más grandes que soportó el Chaco hasta el momento. Varios frentes fueron conducidos por don Pedro de Avila y Zárate desde Córdoba, don Pedro Bazán de La Rioja y don Diego Ortiz de Zárate de Jujuy, finalmente el gobernador

[374] Talavera fue fundada en 1567 y parcialmente abandonada en 1609, cuando su población, junto con la de Madrid de las Juntas, fundada en 1592, fueron trasladadas más cerca del camino real al Perú. Actualmente sus ruinas se encuentran cercanas al actual caserío El Vencido, incluso el trazado de la ciudad fue publicado por Torres Lanzas en 1988. La ciudad se encontraba en decadencia cuando finalmente un terremoto en 1692 hizo emigrar a sus habitantes (Torres Lanzas, 1988).

[375] Lozano, 1941: 199.

[376] Ibid: 211.

Peredo partió desde Esteco, habiendo pedido ser acompañado por los jesuitas como verdaderos rehenes, pues pensaba dejarlos entre los vilelas un año, llevándose a cambio a algunos hijos de caciques. Los superiores obviamente se negaron rotundamente a entrar con el ejército a las tierras de los indios. Así todo el mandatario cumplió su cometido y logró capturar a mil ochocientos indios que dejó prisioneros en un fuerte que llamó Santiago y luego condujo a Esteco. Más tarde y por pedido de la Real Audiencia de Charcas se armó otra expedición en Tarija, al mando de don Diego Marín de Armenta y Zárate, con el fin de encontrarse con el resto de las expediciones, pero fueron repelidos por tobas, choroties y mocovíes, aunque regresaron con muchos prisioneros[378].

Los jesuitas dieron advocación a la reducción que pasó a llamarse de San Francisco Javier, no sin también misionar en la ciudad e incluso entre el ejército que estaba apostado a dos leguas de aquella[379]. Pero no residieron en la reducción sino en Esteco, ubicada a cuatro o cinco leguas de distancia. En la reducción con indios de varias parcialidades, predominantemente tobas, doctrinaron a niños de entre seis y dieciséis años llevándoselos a su casa a fin de ganarles la confianza. En lo material, los misioneros levantaron una gran cruz en el pueblo, cercada de gruesos palos y junto a una campana que era utilizada para llamar a comer y regalarles "donecillos", y así atraerlos a fin de impartirles la doctrina. Aunque en la relación sobre la reducción que redactó el P. Altamirano al Consejo de Indias, cuando se encontraba como procurador en Madrid, no habla de cruz sino directamente que construyó una capilla, donde enseñaba la doctrina

[377] Ibid: 214.
[378] Ibid: 215 a 218.
[379] Ibid: 216.

cristiana con buen efecto entre los indios, alcanzando a novecientos bautismos[380].

El P. Jarque que pasó por Esteco, dejó una breve relación de cómo era aquella reducción y aunque no habla de la iglesia si lo hace de las viviendas de los indios: "Para los indios había casas, como en su gentilidad las usan por aquellos parajes suntuosos: componen varas de árboles verdes arqueados, a modo de toldo de carro de Mancha, y no más alta su casa, aunque tan larga, que puede tenderse todo el linaje dentro, cada familia con su hogar en medio: el más viejo se acuesta en la cabecera, y después a un lado y a otro, los hijos, según sus edades, a quienes se van siguiendo de un lado y otro, los nietos, y demás descendientes, cada uno con sus familias, y su fuego en el suelo, de suerte que en el modo de situarse están pintando el árbol de la descendencia. Allí no tienen más abrigo que ramas y yerbas con que cubren sus ranchos, en que a todas horas tienen fuego y humo, que no poco fatigaba a los Misioneros"[381]

Dificultades las tuvieron obviamente y una de ellas fue una epidemia de las que no hubo muchas víctimas que lamentar, aunque muchos párvulos morían de frío, pues estaban desnudos como en sus tierras, sólo que aquí era más frío. También y como siempre, un gran obstáculo fue la lengua, agravado en este caso al ser tantas las etnias que se juntaron, que se hablaban al menos cuatro idiomas, aunque los jesuitas adoptaron la mocoví.

Pero el gran problema fueron los mil ochocientos prisioneros que llegaron con el gobernador a quienes en largos debates se decidió en Junta de Guerra del 10 de setiembre de 1673[382], repartir entre los soldados según

[380] AGI, Audiencia de Charcas, 5. Madrid 20 de noviembre de 1684.

[381] Furlong, 1939: 71.

[382] Bruno, 1968 (III): 439 y AGI, Audiencia de Charcas 283, Esteco, 10 de abril de 1673.

sus méritos, para que ellos los conservaran en la obediencia al rey. Ante la protesta de los jesuitas de que no sean separadas las familias, el gobernador obligó a contraer matrimonio a los solteros. Incluso dispuso entregar cuarenta familias para que se aplicasen al Colegio Máximo de Córdoba, lo que provocó un categórico rechazo por parte de los jesuitas. Indignados los ignacianos y antes del repartimiento, bautizaron a todos los niños y grandes, porque eran conscientes que muchos morirían en el viaje. Aunque mayor estrago hizo la viruela cuando ya se habían instalado en ciudades como Córdoba, donde fue la mayoría. Mientras que otros fueron vendidos como esclavos para resarcir los gastos ocasionados en la guerra, como lo dio a conocer don Pedro Ortiz de Zárate al rey[383]. No pocos lograron escaparse y volver a sus tierras para preparar la venganza y así fue como Esteco fue hostigada, dejando muchos españoles muertos, saqueos y cautivos, llevando el fin de la tan opulenta ciudad de otrora, que fue trasladada al valle de los choromoros como lo propuso el gobernador Peredo. Fue el fin de la efímera reducción de San Francisco Javier.

5.3.3. El último intento del Siglo XVII. La reducción de San Rafael y un nuevo martirio.

El jesuita santafesino Altamirano fue elegido provincial en 1677 y a pesar de su afán por reencausar las misiones en el Chaco no pudo obtener resultados satisfactorios. Anteriormente fue elegido procurador a Europa en la congregación provincial de 1663, pero recién pudo viajar en 1682, desplegando una intensa actividad en Europa hasta 1688 en que regresó. Una Real Cédula decía que el P. Altamirano le había manifestado al rey que los jesuitas habían emprendido varias veces *"la conbersion de las naciones del Chaco con menos frutos del que se esperava de los muchos*

[383] Bruno, 1968 (III): 440 y Pastells, 1918 (III): 475. AGI, Charcas 283, Omaguaca, 23 de junio de 1682.

infieles"[384]. Lo hicieron a través de misiones volantes que llegaron a vislumbrar un intento reduccional en las dos mencionadas anteriormente. Y va a ser el P. Altamirano quien trajo en su viaje de regreso a los PP. Diego Ruiz y Antonio Solinas, de singulares protagonismos en las próximas acciones.

Pero también el obispo Francisco de Borja dedicó ingentes esfuerzos en la evangelización del Chaco, del que cree el P. Bruno también viajó a la región a confirmar los bautismos de los indios[385]. Pero fundamentalmente el prelado contó además con la iniciativa del cura de la ciudad de Jujuy don Pedro Ortiz de Zárate[386], quien propuso al obispo y a la Audiencia de Charcas una entrada con seis misioneros jesuitas costeados con su peculio. Pero el obispo temía por sus vidas e insistía que antes había que reducirlos por las armas y después recién podrían entrar los misioneros[387]. De la misma opinión fue luego el gobernador de Tucumán José de Garro. Pero el cura insistió con las nuevas autoridades, tanto el obispo fray Nicolás de Ulloa, como el gobernador don Fernando de Mendoza Mate de Luna. Expresó que la causa de la actual guerra era la violación de la paz que llevó Peredo en 1672 y el terrible repartimiento que hubo de los vencidos.

---

[384] Bruno, 1918 (III): 440 y AGI, Audiencia de Charcas, 26. Real Cédula, Madrid, 6 de diciembre de1684.

[385] Bruno, 1918 (III): 440.

[386] De abuelo zaragozano y propietario de varias encomiendas, don Pedro Ortiz de Zárate nació en Jujuy probablemente en 1622 o 1623, donde fue educado por los jesuitas que contaban en la ciudad con una residencia, convertida en colegio gracias a la donación de su padre. A los veintidós años fue alcalde de Jujuy, ciudad que se encontraba postrada ante tantas guerras, pero fue allí donde contrajo matrimonio con una mujer viuda, nieta del fundador de la ciudad, con quien tuvo dos hijos. Al morir en 1654, Ortiz de Zárate confió sus hijos a su suegra e ingresó al clero secular en Córdoba en 1657. Fue nombrado párroco de la catedral de Jujuy en 1659 y dos años después visitador del obispado. Se había preparado para viajar a España con su hijo, pero en la larga espera de un barco en Buenos Aires decidió acometer la empresa evangelizadora del Chaco, donde murió en 1683. Es muy extensa la bibliografía sobre los sucesos del martirio del P. Ortiz de Zárate y del jesuita Solinas a lo que nos referimos en cita posterior.

[387] Bruno, 1918 (III): 441 y AGI, Audiencia de Charcas, 150. Córdoba 17 de mayo de 1678.

Finalmente logró su objetivo luego de doce años de insistencias, a costa de su vida y de quienes lo acompañaron. Pues ahora este último gobernador argumentaba que la provincia no estaba en condiciones de sostener una guerra. Por tanto el mandatario otorgó la licencia correspondiente y aseguró un grupo de soldados para acompañar la entrada, nombrando al frente al maestre de campo don Diego Porcel de Pineda.

El provincial Tomás de Baeza por su parte, designó en 1682 para la misión al P. Diego Ruiz como superior, acompañado por el P. Antonio Solinas[388], además del coadjutor Pablo de Aguilar, quienes se trasladaron a Jujuy donde se iniciaría la marcha. El sardo, el aragonés y el sevillano, partieron el 3 de mayo de 1683 y en menos de una semana ya se encontraban en el Valle de Zenta. Mientras tanto el virrey duque de la Palata les libraba ocho mil pesos y armas para la empresa.

El P. Lozano transcribe una carta que envió el P. Ruiz en junio de 1683 al provincial, dando cuenta de los avances realizados luego de llegar a destino. Escribe el P. Ruiz que del Valle fueron a un paraje donde había estado el P. Luján y más adelante a un naranjal que había plantado el P. Medina. Siguieron avanzando algunas jornadas hasta que dieron con las ruinas del fuerte Ledesma y recorrieron la región donde encontraron a unos indios ojotas y taños con los que acordaron fundar una reducción, pero en otro sitio. De tal manera que siguieron avanzando y fueron muy bien recibidos por el resto de los indios que de la alegría que inspiraba el

[388] Sobre la bibliografía de Solinas podemos citar, entre los documentos inéditos la carta que el provincial Tomás Donvidas escribió en 1674 a la duquesa de Auero, Maqueda y Arcos, haciendo referencia al martirio (ARSI, Paraq. 11 f. 437). También su vida se inscribió en una serie de necrológicas, a su vez inéditas, que se encuentran en el Archivo Romano del Instituto (ARSI, Paraq. 15, f. 56). También las Cartas Anuas del periodo 1681-1692, firmadas por el provincial Gregorio Orozco, incluyeron sendas páginas sobre el martirio (BCS, Estante 5, ff 232v-240v). Entre los escritores contemporáneos suyos se refirieron especialmente los PP. Jarque, 1687 y del Techo, 1759:19-27 y el propio P. Machoni, 1731: 199-249. En nuestro tiempo se ocuparon del P. Solinas: los PP. Grenón y Vergara, 1942 y Bruno, 1968 (III): 483 a 491. Más recientemente Bussu, 2003.

acontecimiento armaron una gran borrachera. Poco a poco se fueron sumando los caciques, quienes eran vestidos por los misioneros que a su vez les daban regalos. Incluso se acercaron algunos tobas y mocovíes que dijeron que regresarían a sus tierras y volverían para dar respuesta de la propuesta de paz y reducción[389].

Con los indios que se fueron agregando, fundaron la reducción dedicada a San Rafael con unas cuatrocientas familias de ojotas y taños. Incluso se levantó una capilla, con una habitación para los misioneros que si bien era incómoda guardaba suficiente clausura. Cercanos a ellos llegaron unos soldados mandados por el gobernador y fundaron un fuerte que también le llamaron de San Rafael, con viviendas suficientes para ellos y sus indios de servicio.

Llegaba la primavera y los ríos anegarían la región hasta mayo, por lo que había que hacerse de provisiones. Fue así encomendado el P. Ruiz y una parte de la expedición encabezada por el maestre de campo Diego Vélez de Alcocer, a buscar provisiones a Salta. Quedaron en la reducción los PP. Solinas y Ortiz, predicando y saliendo hacia otros sitios en busca de nuevas almas para reclutar en la reducción. Lo hacían previamente grupos de indios amigos que abrían paso a los sacerdotes. Pero algunos indios desconfiaban y pensaban que los estaban agrupando para luego llevárselos a las encomiendas.

Mientras tanto el P. Ruiz se entrevistaba con el gobernador don Mendoza Mate de Luna, dando cuenta de los progresos alcanzados por lo que el mandatario no dudó en concederle los bastimentos que solicitaba e incluso soldados que lo escoltaran y el jesuita regresó a la reducción.

Al enterarse que regresaban, los PP. Solinas y Zárate salieron a su encuentro con otras veintitrés personas y se detuvieron a cinco leguas en un puesto llamado Santa María, donde incluso habían levantado una capilla.

[389] Lozano, 1941: 237

Fue cuando luego de tres días avistaron la llegada de más de quinientos mocobíes y tobas armados. Les dieron misa aplacando un poco el salvaje ímpetu que los movía, pero no fue suficiente y luego fueron cruelmente asesinados el 27 de octubre de 1683. Los desnudaron y les cortaron la cabeza, llevándosela como trofeo y asesinando a otras dieciocho personas. Comieron la carne de sus cráneos y bebieron en ellos para luego exhibirlos colgados de unos palos. Cuando regresaron los que se habían ido a Salta encontraron el cadáver del P. Solinas en el bosque. Lo reconocieron porque junto a sus huesos estaba el cíngulo con el rosario pendiente, una escofieta salpicada de sangre, una Suma de Moral y libros espirituales que usaba normalmente, además de la última carta que escribió al P. Ruiz y nunca envió. Sepultaron a todos e inmediatamente los restos del P. Solinas fueron llevados y enterrados en el colegio de Salta y los de Ortiz de Zárate a la iglesia matriz de Jujuy[390]. Un singular relato trae primero el P. Lozano y luego el P. Charlevoix cuando al morir el P. Solinas, un religioso capuchino de Oliena irrumpió en el refectorio con alegría gritando que un compatriota suyo había recibido la corona del martirio. El P. guardián le ordenó que lo escribiera y que todos lo firmaran, para luego enviarlo a los jesuitas de aquella ciudad, quienes guardaron el texto, recibiendo la referencia de la muerte del P. Solinas un año después[391]. La noticia sacudió al Tucumán y el gobernador, con intervención del virrey, inmediatamente ordenó formar una expedición de escarmiento que no tuvo ninguna trascendencia[392].

Para el tiempo de las trágicas muertes, la Corona volvió a encontrar argumentos jurídicos y teológicos sobre la licitud de una guerra en el Chaco. Incluso aún antes, cuando en 1678 la Junta de Guerra de Indias

[390] Ibid: 247 y Furlong, 1939.

[391] Page, 2007c: 393.

[392] A los pocos años, la provincia vasca de Avala inició una causa de beatificación que fue apoyada por Carlos II, quien envió Reales Cédulas para que se inicie en el obispado y provincia del Tucumán. Pero nada se hizo al respecto pues otros problemas estaban en la mente de las autoridades (Lozano, 1941: 255).

consideró el asunto de hacer la guerra ofensiva según lo recomendaran las autoridades locales. Se elaboraron varios dictámenes requeridos al gobernador del Paraguay Juan Diez de Andino, al de Tucumán Fernando Mate de Luna, al obispo de Asunción fray Faustino Casas, del Tucumán fray Nicolás de Ulloa y de Buenos Aires Antonio de Azcona Imberto. Todos, incluso el virrey duque de la Palata, coincidieron en 1682 que debía comenzarse una guerra que era totalmente lícita para ellos, aunque no se propuso un plan uniforme de cómo llevarla a cabo. De allí que por su cuenta el gobernador Mendoza Mate de Luna dispuso una salida de los vecinos, como venganza del suceso en abril de 1684, con la anuencia de la Audiencia y el virrey. Un grupo partió de Esteco al mando de Antonio de Vera Mujica y otro de Tarija al mando de Porcel de Pineda. Acompañaron las expediciones los jesuitas Diego Ruiz y el H. José de Estrada. Pero el resultado fue magro, pues no encontraron indios en su avance, porque se habían refugiado en el interior del Chaco. Aunque no por mucho tiempo ya que en 1686 atacaron Esteco y luego Tucumán. Fue el principio del fin de la primera ciudad que con el terremoto de 1692 quedó definitivamente abandonada[393].

5.3.4. Chiriguanos: entre la guerra y el evangelio.

Los chiriguanos, hoy autodenominados ava-guaraníes, se instalaron entre los Siglos XV y XVI en los Andes bolivianos provenientes de las llanuras paraguayo-brasileñas, sometiendo a las poblaciones que allí se encontraban, principalmente zamucos, tobas y chané o guana[394]. Esta migración hace alusión a la tan buscada “Tierra sin mal” de los guaraníes, frente a un estado de crisis interna de una sociedad que buscaba una respuesta religiosa, pero también social, pues la migración suponía

[393] Maeder, 1986: 59.
[394] Ros y Combés, 2003: 31.

enfrentarse a una organización política en un ideal de libertad. Es una etnia de habla guaraní (tupí-guaraní) que opuso resistencia, primero a Tupac Inca Yupanqui, quien intentó infructuosamente conquistarlos para convertirlos a su religión[395]. Luego al español, cuyo sometimiento comenzó después de la ejecución de Atahualpa, cuando el virrey marqués de Cañete nombró conquistador de la región chiriguana y valles adyacentes a don Andrés de Manso. El capitán riojano logró establecer algunas poblaciones, aunque fue asesinado por los indígenas en 1566. Lo siguieron sin resultados positivos Ñuflo de Chávez, Pedro Castro, Hernán Díaz, Martín de Rodas que conquistó el valle de Tomina en 1591, entre tantos otros que elevaban sus relaciones de méritos y servicio en contra de los indios para ganarse prebendas.

Los chiriguanos también fueron hostiles entre sus distintas parcialidades. De allí que se los considere uno de los pueblos americanos más belicosos, aunque ciertamente es una visión hispano-europeizada con intereses determinantes. Thierry Saignes resumió las características particulares de los chiriguanos expresando que eran mestizos, pero con una minoría tupí-guaraní y una mayoría arawak (los llamados guana y chané). Tenían un sistema político donde nadie obligaba a alguien a hacer algo si no lo deseaba, excepto en la guerra. Contaban con una religión sin adoración en particular, ni ídolos, ni templos, ni sacerdotes. Se asentaban en grandes poblados fortificados, en territorios estables con una producción agrícola con excedentes[396]. Más específico en esto último es el P. Chomé que estuvo entre los chiriguanos en la primera mitad de la década de 1730, expresando en una carta que, veremos en detalle más adelante, *"Sus lugares están dispuestos en forma de círculo, y su centro es la plaza"*. Ponen a sus muertos en una tinaja y entierran en sus propias casas[397].

[395] De la Vega, 1609: 52.
[396] Saignes, 2007: 34-36.
[397] Davin, 1756: 163-188.

Asentados en los alrededores de Santa Cruz de la Sierra desde 1561, con sus casi dieciséis mil indios de encomienda, los españoles establecieron luego algunas haciendas en el Valle de Tarija. Pero los chiriguanos lograron fácilmente desplazarlos. Uno de esos estancieros, el capitán Juan Ortiz de Zárate, presentó una petición a la Real Audiencia de Charcas en 1564, solicitando ayuda económica para organizar una expedición punitiva contra los mismos. No fue atendido en su reclamo pero igualmente los enfrentó en ese año y a fines de la década, pero ninguna de las dos operaciones militares aportó ningún éxito[398].

Un principio de solución propuso el virrey Francisco Álvarez de Toledo cuando, luego de la ejecución de Túpac Amaru, ordenó fundar la ciudad de Tarija en 1574 para frenar a los chiriguanos desde dos frentes, hasta alcanzar el Pilcomayo. Pero en los avances hispanos la táctica de los indios era eludir todo contacto, amén que la empresa quedó trunca por la enfermedad de Toledo[399]. No siendo suficiente estas medidas, el capitán Diego de Contreras, procurador general de La Plata, sugirió al presidente del Consejo de Indias fundar como lo hizo otros dos pueblos de españoles en los ríos Condorillo (Parapetí) y Pilcomayo[400]. Recordemos que a orillas del primero, Andrés Manso fundó Santo Domingo de la Nueva Rioja, destruida a los pocos meses[401].

El gobernador Lorenzo Suárez de Figueroa y varios cruceños, en sus ansias por descubrir minas de oro y plata emprendieron empresas "pacificadoras", aprovechando la partida del virrey Toledo[402]. Pero si no encontraban las mentadas minas, igual podían esclavizar a los indios que defendieran sus tierras poniéndose en guerra. De tal forma que las

---

[398] Oliveto y Ventura, 2009: 145.

[399] AGI, La Plata, 4 de enero de 1579, 74-1-1.

[400] AGI, La Plata, 1609, 74-4-33.

[401] AGI 2-4-1/13 Rº11. La Plata 19 de abril de 1564.

[402] Coello de la Rosa, 2007: 157.

relaciones de los españoles con los chirguanos comenzaron a provocar constantes muertes y destrozos. Así fue que el mandatario, con apoyo del presidente de la Real Audiencia de La Plata, licenciado Juan López de Cepeda, llevó a cabo otra estrategia, solicitando misioneros a los jesuitas del Perú, para que vayan a evangelizar a los chiriguanos. Reunidos en la Congregación de 1582 los jesuitas aceptaron la invitación del gobernador[403]. Aunque recién cuatro años después el provincial Juan de Atienza envió a los PP. Diego Samaniego[404] y Diego Martínez[405], acompañados por el H. Juan Sánchez. El primero fue nombrado superior y partió de Potosí, mientras que los otros dos lo hicieron desde el Cusco. Se reunieron en el fuerte de Mizque el 20 de mayo, donde permanecieron diez meses misionando entre sus habitantes sin poder avanzar hasta los chiriguanos por los continuos levantamientos. El 17 de mayo de 1587 llegaron a Santa Cruz, donde fueron muy bien recibidos por Suárez de Figueroa que les construyó una casa con una pequeña iglesia. Permanecieron un tiempo predicando en la ciudad y sus alrededores mientras aprendían la lengua chiriguana, escribiendo apuntes de catecismo, gramática y hasta canciones. Esta actitud, que seguía el efecto que produjo el P. Barzana al predicar en Lima en lengua general de los Incas, era lo que iba a diferenciarlos con los sacerdotes mercedarios establecidos en Santa Cruz tiempo atrás[406]. La actividad jesuítica fue calurosamente elogiada en 1589 por el gobernador, como así lo hizo constar en carta a la Audiencia de

[403] Egaña, 1966 (IV): 479-480.

[404] El P. Samaniego nació en Valladolid en 1542. Ingresó en el Colegio de Salamanca de la Compañía de Jesús en 1563 donde estudió medicina. Al concluir su noviciado fue enviado a Valladolid incorporándose a la expedición del P. Andrés López que viajó al Perú en 1584. El P. López falleció en Panamá y la expedición quedó a cargo del P. Samaniego. Llegado al Perú el provincial Atienza lo destinó a Juli. Falleció en 1627 (Torres Saldamano, 1882: 54)

[405] El P. Martínez nació en Llerena (Badajoz, Extremadura) Hizo su cuarto voto en Juli en 1582.

[406] Coello de la Rosa, 2007: 161.

Charcas. Pero concentraron su atención en los chiquitanos[407], pues sus vecinos no aceptaron vivir entre los españoles y tampoco agruparse en pueblos, menos aún la pretensión de los jesuitas de convertirlos en agricultores, ganaderos y artesanos.

Con esta actitud continuaron las acciones belicosas, lloviendo a la Corona informes sobre los daños, insultos, muertes y robos que perpetraban con impunidad sobre los vasallos, entre los que se encontraban los chané y por cierto los españoles, de los cuales tomaron la vida de un fraile franciscano y un capitán a cargo de la población de San Miguel de la Laguna, entre muchos otros[408]. El resultado fue recibido con beneplácito en Santa Cruz, pues se logró la Real Provisión del 20 de mayo de 1584 firmada por Felipe II, que autorizó formalmente a declarar la guerra a los chiriguanos, permitiendo esclavizarlos.

Luego del paso del P. Barzana por los chiriguanos de Tarija en 1593, el provincial Juan Sebastián envió, dos años después y desde Potosí a las misiones de chiriguanos de Chuquisaca, a los PP. Vicente Yánez y Diego de Torres Rubio, regresando el P. Samaniego. Destaquemos que el P. Torres Rubio fue autor de gramáticas en aymará y quechua[409].

Entre tantos informes, en una relación de 1601 de los jesuitas del Perú, se manifiesta que por la época habría unos veinte mil chiriguanos de guerra[410]. Mientras los franciscanos también intentaban misionar entre los mismos con la anuencia expresa de la Real Audiencia de Chuquisaca. Entraron en la región del Valle de las Salinas, donde se encontraban las comunidades de indios de Tambavera y Tayaguasu, entre el Pilcomayo y el Bermejo. Pero los misioneros, a pesar de haber logrado construir una capilla, fueron expulsados por los indios en menos de un año. Para 1631

[407] O'Neill y Domínguez (2001): 2523.
[408] Corrado y Comajuncosa, 1884: 58.
[409] Bruno, 1992: 131.

ingresaron otros dos misioneros franciscanos, pero de ellos nunca más se supo nada. También fueron malogradas por el momento, las entradas de agustinos y dominicos en la región de Chiquiacá. Los primeros sostuvieron una reducción desde 1609 que fue destruida en 1634. Mientras que los segundos fundaron recién en 1715 tres reducciones: Nuestra Señora del Rosario, Santa Rosa y San Miguel que fueron destruidas con el levantamiento de 1727[411].

En 1607 el provincial de los jesuitas del Perú Esteban Páez, a pedido del virrey conde de Monterrey, envió a la misión de chiriguanos de Tarija al P. Manuel Ortega, experimentado misionero que tuvo de compañero al P. Jerónimo Villarnau. Allí estuvieron dos años recorriendo varias veces los veintitrés pueblos que había[412].

Dos años después se insistió en nuevas entradas de misioneros logrando una supuesta paz en la región. Incluso se detalla en los informes de la época sobre el bautismo del cacique Tambalera. Pero los chiriguanos siguieron atacando ciudades como San Lorenzo de la Frontera, cercando el paso al Perú, hasta que se ordenó una entrada punitiva a cargo del general don Juan Manrique de Salazar en 1621. Estas incursiones nunca tenían éxito ante las mencionadas tácticas de los chiriguanos.

Ya fundada la provincia jesuítica del Paraguay hubo una cuestión de competencias en cuanto a quien le correspondía la tarea de la evangelización de chiriguanos. De tal forma que el general Vitelleschi comunicó al provincial del Paraguay Francisco Vázquez Trujillo en 1629 que se informara del asunto y lo discutiera con su par del Perú Antonio Vázquez. Este último decidió salir desde Santa Cruz a la región del Parapeto enviando entre 1632 y 1644 a varios jesuitas. No obstante el

---

[410] Pastells, 1912 (I): 98.
[411] Pifarré, 1989: 112 y 172.
[412] Pastells, 1912 (I): 223 y 470.

superior del grupo P. Francisco Castels aconsejó abandonar las dos reducciones que tenían entabladas[413], luego del cruento enfrentamiento que en 1637 le costó la vida a ochocientos españoles y perduró unos años más.

Escribe el P. Leonhard, que gran sacrificio costó la entrada de los PP. Pedro Álvarez e Ignacio Martínez a los chiriguanos en 1634[414]. El P. Álvarez se encontraba en la reducción de la Natividad de Nuestra Señora, mientras el P. Martínez atendía la reducción de Santa Ana. El provincial Diego de Boroa designó a estos dos experimentados misioneros para que fueran a misionar a los chiriguanos. Fue al año siguiente que los chiriguanos dieron muerte a los PP. Ripari y Osorio, quedando todo abandonado.

La empresa no lograba hacer pie y recién el obispo de Tucumán en 1678 comunicó al rey sobre la conveniencia de la conversión de los infieles del Chaco, recomendando que se envíen de España jesuitas para esta labor. Aconseja que es conveniente la conversión por Tarija, "donde hay muchos chiriguanos pacíficos que piden Padres, cuya lengua saben comúnmente los de la Compañía". Incluso sugiere la fundación de un colegio jesuítico en esa ciudad a pesar que pertenezca a la diócesis de Chuquisaca y gobierno del Perú[415].

Es de destacar que al año siguiente, el provincial del Perú decidió fundar misiones estables, sobre todo en Mojos. Pero el P. Cipriano Barace fue de la opinión de priorizar chiriguanos, pues argumentaba que estaban más cerca de Santa Cruz que los otros, que se conocía su lengua y eran más numerosos. Decidió visitarlos, permaneciendo ocho meses con ellos, pero al darse cuenta de lo difíciles que eran emprendió su misión hacia mojos, donde fue martirizado y asesinado en 1702. Luego de un incidente con

[413] Pastells, 1912 (I): 537.
[414] Leonhardt, 1929 (XX): 619-620.
[415] Pastells, 1918 (III): 167.

unos chiriguanos en Santa Cruz, el gobernador Jerónimo de la Riva daba cuenta al rey que los chiriguanos volvieron a la obediencia y pidieron misioneros[416]. De tal forma que en 1680 el provincial Martín Jáuregui envió a los PP. Juan de Montenegro y Juan de Espejo, quienes se asentaron en el Guapay por siete años, aunque terminaron acompañando al P. Barace en mojos. También en ese año y desde el Paraguay intentó establecer una reducción en el Guapay el P. Juan de Torres de la que no obtuvo resultados.

El flamante gobernador de Santa Cruz don Agustín de Arce comunicó al rey su asunción al gobierno en 1687 y de varias medidas llevadas a cabo, como por ejemplo su visita a los indios chiriguanos a quienes dice, persuadió de que se redujeran más de trescientos, ofreciéndose apadrinarlos en su bautismo con la nobleza de la ciudad de San Lorenzo[417]. Pero obviamente no pasó nada después de ese fugaz encuentro.

5.3.4.1. La fundación del colegio jesuítico de Tarija.

El colegio de Tarija creado por los jesuitas, surgió para convertirse en el enclave estratégico que posibilitaría ampliar la frontera evangelizadora y llegar a los chiriguanos y otras parcialidades de la región. Igualmente los jesuitas visitaban la ciudad desde 1686 a través de las misiones volantes que hacían desde el colegio de Salta. Por aquel entonces frecuentaba la ciudad el P. Diego Ruiz[418].

El flamante establecimiento quedó constituido a fines del Siglo XVII, cuando la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay tenía a su cargo ocho colegios y veintidós reducciones, donde se distribuían doscientos diez sujetos del Instituto. El Colegio Máximo se ubicaba en

[416] Ibid: 372.
[417] Pastells, 1924 (IV): 141.
[418] Lozano, 1941: 256.

Córdoba, donde residía el provincial y se encontraba también el noviciado. Estaban concluyendo el actual templo y se prestaban a la fundación del tradicional convictorio para el colegio. También destaquemos que por entonces se fundó el colegio de Corrientes y luego la residencia de Catamarca, pero sobre todo asistimos a un tiempo en que brotaba una renovada actitud misional, que se materializó en varios proyectos para nuevas misiones. Los jesuitas se extendieron hasta Patagones, donde el P. Nicolás Mascardi pereció en 1673. Unos años después, en 1686, el P. José Zúñiga intentó restablecer la misión del lago Nahuel Huapi, siendo retirado del lugar por el gobernador Garro[419].

La relación del colegio de Tarija con las misiones de chiquitos fue cardinal sólo en sus inicios. Vinculación que nunca se perdió, en cambio, con las misiones de chiriguanos. Aquella dependencia se descongelará rápidamente a medida que pasan los años y crecen las posibilidades de desarrollo de la misión, haciendo que alcancen autonomía administrativa. El colegio quedó dedicado a las misiones de chiriguanos y a los pueblos de Tipa y Tacará, ubicados en actual territorio chileno, entre las numerosas misiones itinerantes que practicaban los jesuitas a lo largo de su estadía en Bolivia, como por ejemplo en las inmediaciones de las minas de Lipes. Pero por cierto la evangelización de los chiriguanos en particular no fue nada fácil, con momentos gratificantes pero también de dolor ante una serie de fracasos que incluso cobraron la vida de varios jesuitas. En cambio las misiones de la región de Tacará, promovidas por el vecino José Basilio de Barreda, fueron en pueblos más sosegados.

Todo establecimiento educativo de este tipo requería de un fundador, es decir aquella persona que auspiciara económicamente la empresa. Generalmente donaba una casa o solar en la ciudad y una estancia para que sus frutos mantuviesen el colegio. Así lo hizo el noble matrimonio del

[419] Page, 2005.

caballero del hábito de Alcántara que después fue primer marqués del Valle Tojo, don Juan José Fernández Campero de Herrera[420] y su esposa doña Juana Clemencia Bermúdez de Ovando[421]. El futuro noble no se limitó a la cesión especificada en la escritura de donación de una casa en dos solares de la plaza y de las estancias de San Juan y San Jerónimo de la jurisdicción de Tarija y una renta de siete u ocho mil pesos anuales de un capital de cincuenta mil[422], sino que continuó colaborando económicamente hasta su muerte, como lo hicieron también sus descendientes. La escritura la otorgó en Jujuy, donde se encontró con los seis jesuitas que habían partido de Córdoba rumbo a Tarija. Ellos eran los PP. Tomás Donvidas, Antonio Ibáñez, José Francisco de Arce, Juan Bautista Zea, Francisco Bazán y el H.

---

[420] Era encomendero de los pueblos de Cochinoca y Casabindo, donde sus doctrineros los asistían en educación y buen ejemplo en la fe católica, dándoles misiones todos los años. En esos pueblos construyó iglesias con costosos tabernáculos y ornamentos para las celebraciones. Su devoción hacia los jesuitas lo llevó a solventar los gastos que demandaba no solo el colegio de Tarija sino también las reducciones de chiriguanos y chiquitos (AGI, Audiencia de Charcas, 328 y Pastells, 1923 (IV): 445). En 1685 el rey Carlos II le concedió el título de caballero y Felipe V en 1708 el de marqués del Valle de Tojo, para sí y sus descendientes, en consideración a los servicios prestados y a la gran calidad de nobleza y sangre, iniciándose con él un importante linaje que se prolongó hasta la independencia. Ese mismo año de 1707 se casó en segundas nupcias con Josefa Gutiérrez de la Portilla, falleciendo en 1718. Su actitud frente a la defensa de los indios se resume en un significativo hecho, el de haberse negado a participar en la guerra contra los indios que comandó el gobernador Urizar de Arespacochaga. Fue intimado por la Audiencia, el gobernador y el Cabildo de Jujuy que no lograron quebrantar su obstinada actitud y que concluyeron con el embargo de su encomienda.

[421] Clemencia había contraído matrimonio con Campero en 1679 a los doce años por una alianza familiar que había promovido su albacea el vicario de Jujuy Pedro Ortiz de Zárate. Lo hizo para salvar la fortuna del padre de la niña, primo de Ortiz de Zárate, que estaba acechada por su esposa Ana María Mogolón y su nuevo marido Pedro de Santiesteban. De tal forma que las inmensas riquezas de Pablo Bernárdez de Ovando, compuesta de un conjunto significativo de propiedades que se extendían desde Tarija hasta Tucumán, como la estancia de Yaví, donde residía, y la encomienda más importante de la gobernación del Tucumán, pasó a quedar a disposición del flamante matrimonio (González, 1998: 265). Un retrato de la pareja se encuentra en el retablo principal de la iglesia de Cochinoca; lo preside Nuestra Señora de la Almudena y está atribuido al artista Mateo Pizarro y fechado en 1693. Clemencia murió en 1690 a los veintitrés años pasando sus bienes a su marido.

[422] Una copia de los términos de la escritura en (BCS, Cartas Anuas, 1681-1692, Estante 5).

Melchor Martínez[423]. Luego de trescientas leguas de camino que les tomó cinco meses, llegaron a Tarija acompañados por los donantes el 4 de marzo de 1691.

Mientras tanto y durante cuatro años se esperaron las licencias reales correspondientes, solicitadas por el Cabildo, el presidente de la Audiencia de Chuquisaca, el arzobispo de Charcas y el gobernador de Tucumán. Pues todos veían con esperanza que a partir de esta fundación se pudiera entrar a evangelizar el Chaco.

El grupo de religiosos nombrados por el provincial Gregorio Orozco, a instancias del general Tirso González, estaba encabezado por el mencionado P. Tomás Donvidas que había dejado su rectorado del Colegio Máximo para emprender esta misión, habiendo sido incluso provincial del Paraguay (1676-1677 y 1685-1689) y procurador a Europa (1679-1681). Aunque pronto fue requerido como visitador a Chile quedando como superior el P. Arce[424].

Especial descripción merece el caluroso recibimiento de la población de Tarija, que salió a recibirlos varios kilómetros antes, reuniéndose las órdenes religiosas, el cabildo secular y eclesiástico, además de los vecinos, al son del repique de campanas. Se hospedaron en la casa donada por Campero que la arreglaron convenientemente mientras ejercían sus ministerios. Allí funcionaría el colegio, cuya capilla, debidamente ornamentada, se habilitó para la fiesta de San Ignacio de ese año. También se abrió inmediatamente una escuela de primeras letras y luego un colegio

[423] Ibid.

[424] El P. Arce nació en Santa Cruz de la Palma en 1651. Ingresó a la Compañía de Jesús en el noviciado de Villagarcía de Valladolid en 1690, pasando a América en la expedición del P. Cristóbal Altamirano en 1674. Terminó sus estudios en Córdoba y tres años después el obispo Borja lo ordenó sacerdote. Pasó a las reducciones de guaraníes donde hizo sus últimos votos en San Ignacio Guazú en 1686. Los superiores lo enviaron luego a Tarija con el experimentado P. Donvidas a fundar el colegio. Murió asesinado por los payaguás en Pataguá en 1715, cuando contaba con sesenta y cinco años de edad, e intentara descubrir una ruta que uniera las reducciones de chiquitos y guaraníes que la conseguirá recién en 1766 el P. Sánchez Labrador (Storni, 1980: 19).

de gramática. La base de este último era el latín, idioma en el que se estudiaban humanidades y ciencia (geografía, historia, matemáticas, filosofía y retórica), constituyéndose en la puerta de ingreso a la universidad donde estudiarían filosofía y teología. De allí que unos se llamasen colegios o estudios menores y universidad o colegios y estudios mayores. Había una preparación rigurosa y sumamente disciplinada, utilizándose textos pedagógicos comunes a todos los colegios en una enseñanza inspirada en la Ratio Studiorum.

En la Anua de 1714-1720 se comenta que se había adelantado la nueva construcción del establecimiento y que se pudo acabar con buena parte de lo proyectado, con donaciones del marqués de Tojo y otros vecinos[425]. Una década después la Anua informa que el colegio contaba con siete sacerdotes y tres coadjutores a cargo del P. Felipe Suárez, que habían estado entre los chiriguanos y había soportado en Tarija una epidemia de viruela en 1726. Habían recibido numerosas donaciones de los vecinos, con lo que se acabó de construir una nueva iglesia donde se sepultó al P. Miguel de Valdeolivas, al que se le sumó años después el ilustre Juan de Echar Navarro de Alación. Del templo se dice que *"llama mucho la atención por su estilo arquitectónico y su exquisita ornamentación"*[426]. Los jesuitas ejercían todos los ministerios y hacían frecuentes salidas a sus misiones campestres a varias poblaciones vecinas como Cinti, Chichas, río Bermejo, Charapa, Rosillas, Patcaya, Tolomosa y sus alrededores hasta el pueblo de Lipes, con sus ricas minas de plata[427].

[425] BCS, Cartas Anuas, 1714-1720, Estante 12.
[426] Ibid, 1720-1730, Estantes 6 y 12.
[427] Ibid, 1730-1735, Estante 12.

5.3.4.2. Las reducciones de chiriguanos.

En el primer año de estadía de los jesuitas en Tarija se designó como superior al P. José Francisco de Arce quien había trabajado en la reducción de San Ignacio Guazú desde 1682. El sacerdote santacruceño luego de las Pascuas, recorrió las estancias próximas a Tarija con el P. Francisco Bazán y posteriormente se internó en las tierras de los chiriguanos con el P. Miguel de Valdeolivos. Varios encuentros se sucedieron, además de la ayuda encomiable del maestre de campo don Diego Porcel de Pineda[428] y su hijo, a quienes se guarda en las Anuas especial consideración. Pues ellos solventaron la expedición e incluso acompañaron a los jesuitas en gran parte del trayecto, ya que eran bien considerados por los indios. A su vez los misioneros habían traído algunos guaraníes del Paraná con habilidades musicales, que también fueron de la partida y causaban asombro entre los chiriguanos.

Llegaron al río Guapay (o río Grande) y fueron bien recibidos por algunos indios y los caciques Yuracaré, Marata, Cambaripa, Carapu, Yaparó, entre otros, quienes aceptaron que los misioneros se quedaran, prometiéndoles que construirían una iglesia y casa para que allí residieran. No quisieron aceptar a los ignacianos los caciques Garnica y Perucho de la región del Bermejo, este último incluso les dijo que no vayan a su tierra porque las mujeres los iban a envenenar. Luego el P. Arce entró con su compañero el P. Valdeolivos y Porcel de Pineda, al Valle de las Salinas, en cuyo paso encontraron un pequeño pueblo de mataguayos. Este paraje les pareció excepcional, de *"clima excelente, el agua abundante, y los pastos lozanos"*. En consecuencia comenzaron a hacer sementera para sustento y socorro de la futura reducción, que se ubicaría en la ribera del río Guapay.

[428] Fue hijo de Juan y Ana Haro, emparentados con el virrey marqués de Montesclaros. Diego era conocido como "Porcel el viejo", mientras que su hijo homónimo "Porcel el mozo". Fue miembro de la expedición fundadora de Tarija y la de Bermejo, donde estableció su estancia, muriendo en ella en 1692.

Antes de partir dejaron por sentado que en ese lugar quedaría fundada la reducción de Nuestra Señora de la Presentación, advocación que alude al día de su fundación, el 21 de noviembre de 1690.

Volvieron los jesuitas a Tarija y de allí organizaron una nueva visita a los chiriguanos. Esta vez acompañó al superior el P. Juan Bautista Zea, que regresaba de llevar informes a La Plata y junto con él se sumó un destacamento militar. Al llegar al Valle de las Salinas encontraron que los mataguayos les habían levantado una choza cubierta de paja. Continuaron al río Pilcomayo y después de enviar a los soldados de vuelta a Tarija, llegaron al centro de los chiriguanos y avanzaron a los chané de la región del Parapití. Pero allí debieron mediar con las rivalidades existentes entre los caciques Cambaripa y Yatebirí.

Los PP. Arce y Zea tomaron rumbo a Santa Cruz para darle las buenas nuevas al gobernador, pero don Agustín de Arce de la Concha les aconsejó que mejor fueran a la región de chiquitos, que también estaban necesitados de sacerdotes y que los de la provincia del Perú estaban ocupados con los mojos. De tal manera que comunicado el provincial le escribió al general en Roma para que autorizara a la provincia del Paraguay tomar a su cargo la conversión de chiquitos. Entrando en la ciudad cruceña, el P. Arce se dio cuenta que el principal negocio que tenían los vecinos era el tráfico de esclavos indios, la mayor parte chiquitos, recogidos en malocas anuales y vendidos a cien patacones la pieza[429].

No por ello los jesuitas dejaron de seguir reconociendo las tierras de los chiriguanos, siendo al año siguiente cuando el superior Arce volvió con el H. Antonio de Rivas a la reducción de la Presentación, donde había dejado como misioneros a los PP. Juan Bautista de Zea y Diego Centeno. En esta visita el P. Arce encontró que en la reducción de la Presentación *"habían adelantado allí el entusiasmo religioso y los edificios materiales,*

[429] BCS, Cartas Anuas, 1689-1700, Estante 11 y 3.

con sus dos aposentos, con su capilla decentemente adornada, con los necesarios despachos y todo cercado; todo esto acabado en menos que un año por los dos misioneros de allí, los Padres Zea y Centeno"[430]. El superior los felicitó por su tarea y porque también pudieron bautizar a ciento setenta almas, aunque *"párvulos que en gran parte luego volaron al cielo"*.

A mediados de ese mismo año fueron al Valle de Tariquea, entre Tarija y la flamante reducción, al sur del Pilcomayo y por indicación del provincial fundaron el pueblo de San Ignacio, el 31 de julio de 1691 donde quedó el P. José Tolú[431]. Más tarde y de una expedición de jesuitas muy esperada, llegó sólo el P. Felipe Suárez[432], quien acompañó al P. Tolú en esa reducción.

Previamente a la fundación hubo un gran parlamento convocado por el cacique Mbororá en el que asistieron todos los caciques de la comarca. Entrada la noche y en medio de un festín discurrieron sobre el aceptar reducirse, mientras la borrachera se extendió al amanecer, cuando fueron todos al río y luego, para solemnizar la reunión, se adornaron las cabezas con vistosos penachos de plumas y pintaron sus rostros. Después desayunaron, pero nunca abandonaron sus cánticos y danzas, siguiendo hasta el anochecer en que dieron a conocer su favorable parecer al P. Arce con tres condiciones. Una que no los sacaran de ese Valle, otra que los que

---

[430] Ibid.

[431] El P. Tolú o Coco, nació en Posadas, Nuoro, Cerdeña, el 22 de noviembre de 1643. Ingresó al Instituto en Cerdeña en 1664, haciendo sus primeros votos dos años después y su sacerdocio en Sevilla en 1673. Llegó a Buenos Aires en 1674, obteniendo sus últimos votos en el pueblo guaraní de Encarnación en 1682. Fue superior de chiquitos entre 1701 y 1703, falleciendo en el pueblo de San Rafael el 10 de mayo de 1717 (Storni, 1980: 66). Su obituario se encuentra en la Anua del periodo 1714-1720 y en una biografía en Machoni, 1732b: 346-380.

[432] El P. Suárez nació en Almagro, Ciudad Real, en España el 9 de junio de 1663, ingresando en la Compañía de Jesús de Toledo en 1678. Llegó a Buenos Aires el 3 de mayo de 1685 y tres años después el obispo Azcona Imberto le concede el sacerdocio. Sus últimos votos los obtuvo en Tarija en 1696, alcanzó a ser superior de chiquitos entre

quisieran tener muchas mujeres se les permitiera sin ser violentados y la tercera que los hijos aún no sirvan en la iglesia. El P. Arce aceptó con el convencimiento que al pasar el tiempo podría enderezarlos. Así fue que con gran fervor dieron inicio a la fábrica de la iglesia y casas, nombrando corregidor al cacique Cambichurí en un acto en Tarija que contó con la presencia del provincial Gregorio Orozco[433].

Pero los jesuitas sufrieron uno y mil desprecios, y a pesar de su persistencia fueron trasladados. Así pasó el P. Suárez a la reducción de Presentación y el P. Tolú al colegio de Tarija, hasta que luego de un tiempo lo trasladaron a chiquitos donde alcanzó a ser superior (1698-1702)[434]. Igualmente pasó tiempo después con el P. Suárez, designado superior de chiquitos entre 1710-1712. Mientras tanto enviaron a San Ignacio de Tariquea al P. José Pablo de Castañeda. Este madrileño fue nombrado superior de las reducciones de chiquitos y chiriguanos, siendo sucedido en San Ignacio por el P. Miguel de Yegros y fue quien en 1695 retiró a los misioneros del Valle de las Salinas[435].

El marqués del Valle de Tojo don Juan José Campero, contribuyó económicamente con estas reducciones de chiriguanos, con "muchas cosas necesarias para el adorno de los templos y ornamentos, vasos sagrados, y lo mismo para la fundación de los pueblos y edificación y adorno de sus iglesias". Así lo declaró el P. Jiménez siendo procurador en Europa en 1716[436].

Resueltas estas alternativas, los PP. Arce y Centeno, volvieron a Santa Cruz pero encontraron que el nuevo gobernador tenía menor predisposición para esa empresa de chiquitos y nula para avanzar con la

---

1710-1712. Murió en Tarija el 31 de agosto de 1727 (Storni, 1980: 279). Su necrológica se encuentra en la Anua de 1720-1730.

[433] Lozano, 1941: 278.

[434] Page, 2007d.

[435] Lozano, 1941: 283.

[436] Pastells y Mateos, 1946 (VI): 104.

evangelización de chiriguanos. No obstante y a su retorno a Tarija, el P. Arce le entregó dos cartas del gobernador al P. Orozco, que se encontraba de visita en el colegio; una para el mismo Orozco y otra para el P. general Tirso González, en las que pedía el envío de misioneros a los chiquitanos. Sin esperar respuesta de Roma, el P. Orozco dio su conformidad, contando con algunos de los cuarenta y cuatro jesuitas recién llegados a Buenos Aires, y envió al P. Arce a Asunción a traer los refuerzos esperados[437].

El P. Arce partió de Tarija en diciembre de 1691 y llegó a la zona de los piñocas donde había una epidemia de viruela. No dudó un instante en erigir una gran cruz y dar por fundada el último día de 1691 la reducción de San Francisco Javier, la primera de la región chiquitana[438]. Al saber lo ocurrido, el provincial del Perú, Francisco Javier Grijalva, escribió el 24 de octubre de 1692 al nuevo provincial del Paraguay Lauro Núñez, haciéndole ver que el territorio de los chiquitanos se encontraba dentro de la jurisdicción de la provincia del Perú. El P. Núñez le respondió el 2 de abril de 1693 manifestándole que los jesuitas de la provincia del Paraguay habían iniciado esa misión contando con una autorización del P. general, fechada el 27 de octubre de 1691.

Con las buenas perspectivas que se obtuvieron entre los chiquitanos, el P. Zea[439], que estaba en el Guapay, fue nombrado superior de ambas misiones, sucediendo al P. Arce. De las reducciones de chiriguanos dice la

---

[437] Fueron ellos los PP. Constantino Díaz, Juan María Pompei, Diego Claret, Juan Bautista Neumann, Felipe Suárez y Enrique Cordule, teniendo como superior al P. Pedro de Lasamburu. Llegaban para distribuirse entre los chiquitos y chiriguanos (BCS, Cartas Anuas, 1689-1700, Estante 11 y 3).

[438] Pastells, 1924 (IV): 448-450.

[439] El P. Zea o Cea, nació Guaza de Campos, Palencia en 1654, ingresó a la provincia de Castilla en 1671, estudiando en Valladolid y Salamanca. Fue ordenado sacerdote por el obispo Domonte en 1680. Llegó a Buenos Aires en 1681 en la expedición del procurador Cristóbal de Grijalva y Tomás Donvidas. Cumplió funciones en los colegios de Córdoba y La Rioja, siendo designado para fundar el colegio de Tarija junto con otros cinco jesuitas. Sucedió al P. Arce como superior de chiquitos (1693-1655 y 1713-1714). Posteriormente fue designado superior de las misiones del Uruguay (1699-1701)

Anua que se había formado *"una población en regla, donde sus habitantes dos veces a la semana se juntaban para aprender la Doctrina"*. Aunque agrega luego que *"El nuevo superior mantuvo con tenacidad a estas dos reducciones de indios chiriguanos, aunque amenazaban ruina, ya dos años después de su fundación, a consecuencia de las persecuciones y del hambre"* [440].

Fue entonces que el P. Núñez decidió formar una estancia para los chiriguanos. Precisamente el P. Zea recibió instrucciones del provincial en 1693 que le expresaban guardar subordinación al rector del colegio de Tarija, P. Diego Ruiz; pero que a su vez sólo podía inmiscuirse en el gobierno de la misión por cuestiones urgentes y graves. Avanza entonces con el tema de la estancia, manifestando que la misión contaría con una en el Valle de las Salinas, que si bien era propiedad del colegio, el usufructo sería para la misión y el P. Zea podría hacer uso de su beneficio, acudiendo en invierno, porque las aguas de los ríos están bajas, para proveerles a la reducción de *"carne, maíz, pan o biscocho y lo demás necesario"* y que les dure más de seis meses. La estancia se sustentaría con mil pesos que dejó en tercios el provincial en el Oficio de Potosí que administraba el procurador del colegio de Tarija, quien a su vez le proveía de ropa para los indios. Prometió que a fin de año o principios del siguiente enviaría unas dos mil cabezas de ganado y que junto con esa estancia se haría otra para beneficio del colegio aunque con un solo administrador. El sitio escogido era llamado Valle de Romero, del que el P. Núñez tenía información que era reclamado como vieja merced, por eso ordenó al P. Zea que urgentemente estableciera un rancho, con algún ganado para tomar *"posesión natural, que conviene a la civil que se ha tomado"*. En las instrucciones además señala otros aspectos como su deber de superior de

---

y luego de cumplir funciones en los colegios de Córdoba y Corrientes, alcanzó a ser provincial (1717-1719), año que muere en el colegio de Córdoba (Storni, 1980: 313).

[440] BCS, Cartas Anuas, 1689-1700, Estante 11 y 3.

visitar anualmente las reducciones, acompañado de un misionero que le enviasen del colegio. Pero también alude al problema con la provincia del Perú, ordenando al P. Zea que nadie viaje a la ciudad de Santa Cruz ni entre a la residencia de los jesuitas. Pero también prohíbe que nadie abandone su reducción, ni funde otra, para que no quede solo, sin dar aviso al provincial[441].

A pesar de la tenacidad del P. Arce y como se expresa en las Anuas, estas dos reducciones tenían comprometida su existencia. Para males debió viajar a chiquitos y se encontró con los avances lucitanos. Ante esta contrariedad fue a Santa Cruz en busca de ayuda. Transcurría 1696 y se sucedieron varias escaramuzas entre españoles y portugueses.

En la necrológica de quien fuera rector del colegio de Tarija, se cuenta cómo ordenaron los superiores al P. Felipe Suárez a retirarse de allí, para ir donde podía ocuparse con mejor resultado y era la reducción de la Presentación, cuya administración espiritual tomó a su cargo, siendo su compañero el futuro mártir, el P. Lucas Cavallero. Pero en aquella guerra con los portugueses, los chiriguanos les echaron en cara a los jesuitas que los habían juntado en pueblo para entregarlos a ellos. Tanto fue creciendo esta opinión que los indios asaltaron y quemaron la casa de los misioneros y la iglesia en 1696. Los jesuitas lograron escapar de la furia, partiendo a refugiarse en la reducción de San Francisco Javier de chiquitos[442]. De tal forma que las dos reducciones quedaron abandonadas, una en 1696 y otra al año siguiente, aunque algunos jesuitas perseveraron en misiones volantes por la región del Valle de las Salinas. El P. Lucas sólo estuvo entonces dos años en el Guapay logrando –como dice el P. Fernández- “más frutos de

[441] ARSI, Paraq. 12 f. 180-182. *Instrucción del P. provincial Lauro Núñez para el P. superior de la mision de los chiriguanos Juan Bautista Zea* Tarija, 12 de julio de 1693.
[442] BCS, Cartas Anuas, 1720-1730, Estantes 6 y 12.

paciencia, hambre, sed, befas y escarnios de los infieles que almas para Cristo". De allí pasó a la reducción de San Francisco Javier de chiquitos[443].

Transcurrieron varios años y entramos al siglo siguiente con no mucho aliento. En 1713 el P. Francisco Guevara, que se encontraba de rector del colegio de Tarija dialogó en varias oportunidades con el cacique Miringá, jefe de uno de los tres pueblos que había en el Valle de Tariquea. Convenció al cacique de trasladarse allá para conversar con los otros dos. Obtuvo resultados negativos, ya que por más que Miringá consintiera la vida en cristianismo, no estuvieron de acuerdo el resto de los caciques. Aunque si lo estuvo su hermano Capitamirí y coincidieron en levantar una reducción en un lugar a determinar. Volvió el P. Guevara al colegio e informó a las autoridades y al marqués del Valle de Tojo que, como siempre, estaba muy interesado en que los indios se redujeran. Así fue que solemnemente volvió el P. Guevara al valle con una imagen de la Purísima Concepción que le donó el marqués, con el nombre de Nuestra Señora de los Chiriguanos. Entraron con la Virgen en andas *"por todo el camino erigidos arcos triunfales en número de más de cincuenta para recibir a la emperatriz de ambas orbes, a quien se iban cantando su santísimo rosario, y letanías lauretanas con tanta devoción"*. Llegaron a una improvisada capilla donde se habían sumado algunos chiquitos y se continuó la jornada con una alegre fiesta. A los pocos días el jesuita levantó una cruz en la plaza del pueblo de Capitamirí, donde se fueron sumando otros infieles. Al mes siguiente el P. Guevara volvió a Tarija con varios indios a fin de solicitar sacerdotes estables. El principal motivo de esta predisposición de parte de los indios fue que había otros grupos que los amenazaban de hacerles guerra, amén de las maloquedas hispanas que los esclavizaban. En definitiva lo que querían era la protección de los jesuitas. A fin de año llegó el provincial Luis de la Roca y en su visita al colegio de Tarija encontró a

[443] Fernández, 2004: 135.

los indios inconstantes y en consecuencia difirió el pedido para más adelante. Volvió el provincial en 1715 y se repitieron los pedidos de misioneros. Pero esta vez el P. Roca respondió afirmativamente enviando al P. Pablo Restivo, que por ese tiempo era rector del colegio de Salta, y al mismo P. Guevara. Llegaron el 30 de agosto al sitio y por eso consagraron la reducción a Santa Rosa de Lima con la advocación de Santa María de la Inmaculada Concepción. Hicieron sus sementeras y *"se comidieron a cortar madera para fabricar la iglesia y casa de los Padres"*. Después de un tiempo reemplazó al P. Restivo, el P. Sebastián de Yegros, en tanto se habían conseguido buenos resultados y la reducción "se dividió en dos pueblecitos". En el uno moraban solamente las familias cristianas y en otro los catecúmenos, es decir aquellos que aún no se habían iniciado en los sagrados ministerios. El P. Lozano explica que esta división fue para conservar mejor a las familias cristianas y separarlas de los que eran muy reacios a la catequización. En el primer pueblo, se repartieron funciones administrativas para llevar mejor adelante el nuevo modo de vida, para lo cual se nombraron corregidor, teniente, alcaldes y alguaciles. Fue tiempo en que llegó el jesuita asunceño Rafael Jiménez en lugar del P. Guevara en 1726. Los avances continuaron y se abrió una escuela de primeras letras y canto para los niños, mientras se renovaban y mejoraban las construcciones[444].

5.3.4.3. La rebelión de 1727 y el último intento reduccional.

En las primeras décadas del Siglo XVIII no sólo había jesuitas en la región sino también franciscanos y agustinos, con su reducción de Santa Clara. En tanto los dominicos regenteaban tres reducciones de chiriguanos de Chiquiacá, las llamadas Nuestra Señora del Rosario, San Miguel y Santa Rosa. Dentro de ellas había elementos contrarios en constante y continua

[444] Lozano, 1941: 287-293 y BCS, Cartas Anuas, 1714-1720, Estante 12.

provocación para un levantamiento. Incluso estos mismos rebeldes incitaron a los chiriguanos reducidos por los jesuitas en Tariquea y se verán todas envueltas en una gran rebelión.

Este alzamiento chiriguano comenzó en 1727, encabezado por el cacique Juan Bautista Aruma, ex neófito de los dominicos de Chiquiacá, quien argumentó el desplazamiento del ideario chiriguano del mito de la Tierra sin Mal por el del Tiempo sin Mal, es decir representando al mal con el blanco[445]. La rebelión duró varios años, participando diversas comunidades del sur del Pilcomayo, como las de Chimeo, Caiza e Itaú, que sumaron unos catorce mil guerreros.

Aún antes del levantamiento y enterados de su posible desenlace los PP. Yegros y Jiménez viajaron a Tarija a entrevistarse con el capitán Isidro Ortiz para que fuera a pacificar a los rebeldes de Tariquea. La noticia causó revuelo en la ciudad, que incluso fue exagerada, admitiendo falsamente que ya se habían revelado los chiriguanos. Ortiz llevó el tema al Cabildo y designaron para la marcha al capitán Juan de Acosta con treinta soldados. Lo cierto es que los indios de Tariquea estaban en paz, pero al ver el despliegue militar se sobresaltaron y empuñaron las armas. Se lograron calmar los ánimos y sólo se buscaron a los ocho sediciosos identificados en esa reducción. Fueron condenados al destierro de la misma, trasladándolos a la reducción de los agustinos de Santa Clara. Pero pasados unos días llegaron indios de Chiquiacá dispuestos a matar a los jesuitas, encontrándose sólo el P. Yegros, pues el P. Jiménez había viajado a Tarija por encontrarse enfermo. El P. Yegros partió a Santa Clara y salvó su vida. Mientras tanto la reducción fue tomada por Aruma y el mismo corregidor Mendieta, aliado a sus intenciones, quienes ordenaron que se fueran los indios del pueblo bajo amenazada de muerte. Los revelados sumaron aquí a algunos aliados y siguieron por el Valle de las Salinas haciendo estragos

[445] Saignes, 2007.

entre los españoles y conduciéndose a Santa Clara, donde sus habitantes repelieron el sitio en el que los mantuvieron por cinco días. También fueron contra las reducciones de los dominicos y las destruyeron, quemando sus iglesias y matando a los frailes Miguel Pantigoso, Juan de Avila y Nicolás González, además de españoles e indios[446].

Regresó el P. Yegros de Santa Clara y encontró su reducción abandonada, esperó unos veinte días y al ver que los indios no regresaban, cargó la imagen de la Virgen y cuanto pudo para irse. Llegó a Santa Clara donde encontró a dos dominicos refugiados. A los pocos días vino el P. Jiménez, quien al enterarse de los acontecimientos y enfermo como estaba, fue en busca del P. Sebastián. Finalmente reunidos en la reducción de los agustinos, todos los religiosos partieron a Tarija junto con los chiriguanos fieles, por temor a un nuevo e inminente ataque. Al llegar, el Cabildo tomó nota que el levantamiento era cierto y envió trescientos soldados a sofocarlo, pero volvieron derrotados sin haberse enfrentado.

Las consecuencias de la rebelión fueron nefastas, ya que dejaron a Concepción destruida, al igual que las reducciones dominicas[447].

El virrey José de Armendáriz y Perurena, marqués de Castelfuerte, comunicó lo acontecido al presidente de la Audiencia de Charcas, Francisco de Herboso, quien dio órdenes de atacar a los chiriguanos desde Tomina, Tarija y Santa Cruz, como se hizo en los años de 1728 y 1729. A requerimiento del gobernador de Santa Cruz Francisco Antonio de Argomosa y Zeballos, el presidente de la Audiencia ordenó al superior de las misiones de Chiquitos, P. Jaime de Aguilar, poner a su disposición doscientos cuarenta chiquitanos. En la expedición punitiva de 1728 fueron con los chiquitanos el propio P. Aguilar y el P. Francisco Lardín, y en la de

[446] Lozano, 1941: 301.
[447] En 1715 los dominicos fundaron en Chiquiaca las reducciones de Nuestra Señora del Rosario, Santa Rosa y San Miguel (Pifarré, 1989: 172).

1729 los PP. Ignacio de la Mata y Bartolomé de Mora. Este último escribió una relación sobre esta campaña[448].

El gobernador de Santa Cruz dio muerte a incontables enemigos, trayendo prisioneros a mil chiriguanos de ambos sexos. Mientras Hervoso perpetraba otra matanza donde hizo colgar varios cadáveres en los árboles[449]. Pero en el frente español luchaban chiquitos y chiriguanos amigos, por lo que fue una verdadera masacre entre las etnias de la región. Una de las mayores escaramuzas fue la de Guacayá donde los chiriguanos tenían una trinchera que no pudieron defender ante el feroz ataque de los chiquitos, que se cargaron numerosas vidas. Tal lo refiere el P. Mora quien, como sus compañeros, es sumamente pesimista en poder asentar reducciones entre los chiriguanos.

La insistencia del Cabildo de Tarija ante el Virrey y al presidente de la Audiencia de Charcas, de aprovechar la coyuntura para traer misioneros jesuitas a los chiriguanos, obligó a que las autoridades lo solicitaran formalmente en 1731 al provincial Jerónimo de Herrán. Luego de agradecer la deferencia trató de dar cumplimiento y satisfacción al encargo, aunque a sabiendas de la poca esperanza que tendría el intento. No obstante causó buena impresión en la comunidad jesuítica y muchos fueron los candidatos que se ofrecieron para la arriesgada empresa. De tal forma que en plena revuelta chiriguana, fueron lanzados prácticamente al fuego de la guerra un grupo de jesuitas encabezados por el paraguayo Rafael Jiménez, seguido de los PP. Julián de Lizardi, Ignacio Chomé y José Pons. Todos grandes lenguaraces del idioma guaraní. El P. Jiménez ya estaba en Tarija, donde era procurador y también había estado entre los chiriguanos, mientras los otros se encontraban en las reducciones del Paraná. Partieron

[448] Bartolomé de la Mora, S.J. "Relación y breve noticia de lo sucedido en la guerra de chiriguanos que se ha hecho este año de 1729" (Posnansky, 1931: 101-132.
[449] Lozano, 1941: 306.

rumbo a su nuevo destino en junio de 1732, llegando en noviembre a Tarija en compañía del provincial Herrán.

Precisamente el P. Chomé escribió varias cartas dirigidas al P. Vanthiennen, en una de las cuales, firmada el 3 de octubre de 1735, dejó una interesante relación sobre su entrada a chiriguanos que, como dice Combès, es el primer documento que ofrece una visión geopolítica de conjunto de las comunidades del sur del Pilcomayo que recorrió con los PP. Pons y Lizardi[450].

Expresa que los chiriguanos *"Son unos pueblos intratables, de feroz natural, y de tal obstinación en su infidelidad, que jamás pudieron vencerla los mas fervorosos misioneros"*. Continúa luego admitiendo que son más de veinte mil personas distribuidas entre cincuenta leguas al este de Tarija y más de cien al norte.

Cuando llegaron aún no estaba concluida la paz y partieron los tres, junto con seis indios. Arribaron primero a Itau, que es la primera población de indios, distante como sesenta leguas de Tarija, y de allí al Valle de las Salinas. El P. Lizardi se quedó en ese lugar mientras los PP. Pons y Chomé siguieron al Valle de Chiquiaca donde *"vimos las tristes ruinas de la misión destruida por los infieles"*. El P. Pons se adelantó, en tanto que el P. Chomé misionaba infructuosamente entre los indios del lugar hasta que fue a buscarlos el P. Lizardi. Volvieron a Tarija y el P. Chomé fue destinado a misionar al Valle del Cinti, donde instruyó a cuatro mil neófitos.

La paz con los chiriguanos aún no estaba concertada y se intentó hacer por julio de 1733. Para el efecto se formó un destacamento de ciento cuarenta soldados que partieron al Valle de las Salinas para encontrarse con los principales caciques. Los acompañó el P. Pons pero luego de una prolongada espera, los caciques no asistieron. Llegó al Valle el P. Chomé con ciento sesenta indios convertidos y decididamente el P. Pons fue a

[450] Combès, 2007: 272.

buscar a los caciques, acompañado con un sólo indio mestizo. Arribó al pueblo de Itau, ubicado a cuatro días de distancia, donde conferenció con su cacique que se disculpó de su inasistencia con excusas fútiles, prometiendo entrevistarse con los españoles. El P. Pons avanzó hacia otros pueblos como el de Parapití logrando resultados positivos, volviendo luego a Tarija a profesar su cuarto voto por el mes de noviembre.

En lugar del P. Pons fue al Valle el P. Lizardi. Se encontraron en Itau, de donde este último emprendió viaje por el río Parapití. Mientras tanto el P. Chomé fue hacia Caaruruti y de allí a Caraparí y luego a Caisa, que es el sitio más poblado de la región, por eso pensaba establecerse en ese lugar. fue bien recibido y los indios lo ayudaron a construir una choza y mientras tanto lo ubicaron en el centro de la plaza donde tenía un techo de paja para dormir. El P. Chomé sospechó que los indios lo querían matar y sin que terminara de construir su choza puso una excusa, montó en su mula y se fue del pueblo. Llegó al Valle de las Salinas y encontró al P. Lizardi que nada había podido hacer con las poblaciones del río Parapití. Volvió el P. Pons, mientras el P. Chomé regresó a Caisa y vio que su choza estaba aún sin concluir por lo que se fue a Caraparí. Estando allí con el P. Lizardi, llegó el P. Pons de Tareiri semi desnudo. Fue entonces que los tres partieron a Caisa y durmieron en el techo que tenían en la plaza, mientras los indios se habían ido a una fiesta en Caaruruti. Esta situación fue aprovechada por algunos pocos que quedaron en Caira dispuestos a matar a los jesuitas pero fueron protegidos por el cacique. Con esta actitud desistieron de cualquier intento de quedarse allí y partieron al Valle de las Salinas *"donde hay una población de indios convertidos, y una iglesia con el Titulo de la Inmaculada Concepción"*[451]. Se quedaron allí todo el tiempo de las lluvias y el P. Chomé aprovechó para ir a Itau, ubicada a un cuarto de legua de donde estaban. Llegó a la plaza y le pidió al cacique

[451] Davin, 1756: 184.

autorización para avanzar a los pueblos de Chimeo, Zapatera y Caaruruti, pero no lo dejó[452]. El pueblo de Concepción creció y los jesuitas decidieron dividirlo en dos, con lo que quedó fundada la reducción de Nuestra Señora del Rosario. Los jesuitas intensificaron sus labores en el catecismo y recorrieron los alrededores en busca de la conquista de nuevas almas[453].

El P. Julián Lizardi, dibujo de López Alen publicado en 1902.

De tal forma quedaron asentadas la reducción de Concepción, levantada con los restos de la antigua reducción de Tariquea, destruida por los infieles y la de la Virgen del Rosario, formada con gente del Valle de las Salinas. La primera ubicada en la parte exterior del Valle con el cacique don Pablo Pariaze y la segunda en la parte inferior del Valle bajo el cacicazgo de don Francisco Javier Cargari a quien los españoles habían galardonado con el título de capitán. La administración de Concepción quedó a cargo de los PP. Jiménez y Lizardi y la del Rosario los PP. Pons y Chomé. Pero los pueblos del Valle del Ingre se conjuraron contra las reducciones y fue ocasión en que el P. Lizardi fue a visitarles a ver qué tramaban y tranquilizarlos. Fue entonces que partió a la aldea de Chimeo y avanzó al Pilcomayo encontrando todo tranquilo. El P. Lizardi regresó y hasta convenció a algunos indios que se cruzaran para que fueran a vivir a Concepción. Poco después el P. Jiménez fue requerido en la provincia y quedó solo el P. Lizardi. A pesar de ser advertido, en la mañana del 16 de mayo de 1735, mientras oficiaba misa, llegaron los infieles de las siete aldeas del Valle del Ingre y atacaron la reducción.

[452] Ibid.

Destrozaron y saquearon el rancho del jesuita y la iglesia con sus ornamentos, además de la estatua de la Santísima Virgen, la de la Inmaculada o Virgen de Tariquea que arrastraron hacia la plaza; saeteada, decapitada y cortadas sus manos, arrojando el cuerpo al campo y terminando con el incendio de todo el pueblo. Ataron y desnudaron al P. Julián y lo llevaron con varios cautivos a las afueras, donde luego de sentado en una piedra fue flechado por treinta y dos saetas. Moría a los treinta y ocho años el P. Lizardi[454]. Junto con él sabemos de la muerte del sacristán Buenaventura, de un español que ayudaba al sacerdote, de la india Isabel que trajo a veinte personas a defender al P. y que fueron llevados como esclavos a sus pueblos. Los indios se encaminaron con las mismas destructivas intenciones hacia la reducción del Rosario, ubicada cerca de Tarija y otra también de los jesuitas, pero de los del Perú, llamada San Jerónimo que estaba camino a Santa Cruz. No alcanzaron la primera, pero la segunda fue destruida, salvando la vida sus misioneros. Los sobrevivientes de la arrasada Concepción se trasladaron a la reducción del Rosario a cinco leguas de Tarija[455].

En el avance de los chiriguanos hacia la reducción de San Jerónimo, el gobernador creyó que su meta era Santa Cruz. Efectivamente, llegaron hasta cinco leguas antes de la ciudad cuando, aterrorizado el mandatario, pidió a los jesuitas que se armaran un ejercito de chiquitanos. Las huestes llegaron en defensa de la ciudad española el 4 de julio de 1735 y luego de un mes de vigilia se decidió ir al encuentro de los chiriguanos para vencerlos definitivamente. Y así se hizo en medio de verdaderos hechos heroicos. Algunos años después se agruparon en Tariquea y Maringa, mientras que los mataguayos, que era imposible juntarlos con los

---

[453] BCS, Cartas Anuas, 1730-1735, Estante 12.

[454] Entre las varias biografías cabe destacar la de Lozano, 1741, publicado nuevamente por Vaughan, 1901, (Otra edición con título similar en Tolosa, 1902) que contiene además los pormenores enunciados en su título.

[455] BCS, Cartas Anuas, 1735-1743, Estante 12.

chiriguanos, fundaron un pueblo en las Salinas, donde se levantó una capilla.

Un año después de la muerte del P. Lizardi el provincial se reunió con sus consultores y el superior de chiriguanos P. Pons, para tratar sobre un posible traslado. Efectivamente en la oportunidad se votó que debían dejar el valle de Santa Ana por ser muy seco y difícil para el cultivo. Por tanto sugirieron que se mudaran al paraje Los Toldos con *"montes para rosas, pescado, y mucho chapí y también cera y miel, y cerca los Cuyambuyos que se pueden convertir"*. Aunque por los inconvenientes que vieron algunos consultores, el provincial le encomendó al P. Pons que viera el paraje y tomara una decisión[456].

El provincial Nusdorffer le informó al rey, por agosto de 1745, que en la reducción de Nuestra Señora del Rosario, fundada en 1733, estaba el P. Agustín Castañares[457] quien había sido superior de chiquitos (1738-1739) y en el año anterior había aumentado el pueblo con cincuenta chiriguanos y veinticinco mataguayos. Se pensó que estos últimos querían reducirse aparte y por eso se lo había enviado. Fue bien recibido y comenzó a construir una iglesia y choza, pero los indios le dieron muerte el 14 de setiembre, luego de estar entre ellos tan sólo ocho meses[458].

Despachados los PP. Jiménez y Chomé a chiquitos, al P. Pons lo asistió el jesuita tucumano Juan Nicolás Araoz, continuando el trabajo en el Valle de las Salinas. El P. Pons pudo quedarse por haberse adaptado a la mentalidad chiriguana. Después de acompañar durante varios años a los grupos errantes, en 1750 estableció una pequeña misión, que también se

---

456 AGN-BN, Leg. 60, *Libro de Consultas 1731-1747*, f. 54v.

457 El P. Castañares nació en Salta el 25 de setiembre de 1687, ingresando al Instituto en 1704. Hizo sus primeros votos en San José de chiquitos en 1722, donde alcanzó a ser superior en 1739. Fue martirizado y muerto en el Chaco el 15 de setiembre de 1744 (Storni, 1980: 57). Hijo del vasco Martín Castañares y de la jujeña Gabriela Martínez Iriarte, casados en Salta en 1685, tuvieron ocho hijos. El santafecino Juan de Montenegro escribió su autobiografía en 1746.

458 Pastells y Mateos, 1948 (VII): 606.

llamó Rosario, con cincuenta chiriguanos y veinticinco matacos. Dejando de lado los métodos tradicionales, Pons no estableció distribución alguna, permitiendo a los indios rezar o no rezar, cazar, pescar o descansar a su aire. A pesar de la tradicional hostilidad entre estas etnias, el pueblo no sólo no se disolvió sino que continuó creciendo.

La reducción del Rosario siguió con los PP. Pons y Araoz, cuando en una extensa relación del P. Manuel Querini los describe detalladamente. El informe firmado en 1750 y dirigido al gobernador de Buenos Aires, se divide en los obispados del Paraguay, Buenos Aires, Santa Cruz de la Sierra y Tucumán. Ubica cada una de las reducciones, las familias con que contaba y sus respectivos curas y compañeros. Escribe de los indios del Rosario que: *"son parecidos todavía al resto de su nación, que es muy pertinaz en sus errores, altiva, indócil, sin sujeción a los ministros evangélicos, interesados sobremanera, padeciendo sobre esto mucho entre ellos la pobreza de nuestros ministerios, que si no tienen con qué pagarles de contado se quedarán sin sustento; porque ni les servirán de balde para lo muy preciso, ni les harán por caridad el menor obsequio"* [459].

Esta reducción se trasladó en varias ocasiones, habiéndose asentado en el paraje de Santa Ana, en las Orosas, en el Bermejo y en Tariquea, en el sitio de Maringa, pero también de allí se fueron y terminaron en las Salinas donde levantaron una "capilla decente y de capaz" y un rancho para los sacerdotes. De tal forma que se juntaron unos mataguayos junto a chiriguanos, aunque los primeros pedían se fundara un pueblo para ellos donde estuvieran solos en el valle de Chiquiaca. Y como había grandes diferencias entre ambos se concedió lo solicitado en 1761.

Al dejar semiabandonadas las reducciones, los franciscanos le disputaron a los jesuitas la atención espiritual en 1755, intentando tomar posesión de dos pueblos de chiriguanos en Tariquea y Garrapatas. El caso

[459] Pastells y Mateos, 1948 (VII): 789. Audiencia de Charcas 213.

debidamente descripto, fue a la Real Audiencia de Chuquisaca, que dirimió el litigio e hizo demarcar las zonas en que podía actuar cada Orden[460].

Al P. Pons acompañó tiempo después el P. Juan Díaz y ambos estuvieron juntos por varios años, hasta que en 1761 muere el primero. Inmediatamente después se agregaron los PP. Ramón Salat y José Fischer. Así lo informó una Anua parcial de ese año, agregando que la misión de chiriguanos del Valle de las Salinas, a la que se habían agregado mataco-mataguayos, *"este año se mejoró de algún modo y dio más esperanzas de fruto para en adelante"*[461].

Tres años antes de morir, el P. Muriel llegó a conocer al P. Pons y recordar aquel contacto el P. Miranda, comparándolo con el que tuvieron el ermitaño San Pablo y San Antonio Abad[462]. Quien fuera provincial en el exilio, era entonces visitador del Paraguay y tenía particular interés en conocerlo por su "fama común de su santidad y fatigas apostólicas por espacio de cuarenta y cuatro años". Sobresalía entre todos los insignes misioneros del Chaco y partiendo de Jujuy se encaminó por treinta leguas para dar con el misionero. A su regreso expresó en Buenos Aires que si Dios no le diera otro premio por los padecimientos en aquella visita "se daría por sobreabundantemente pagado con el consuelo que había tenido de ver a aquel apóstol"[463].

Los sucesores del P. Pons siguieron fielmente sus métodos. En 1767 Nuestra Señora del Rosario estaba regenteada por los PP. Ramón Salat y Simón Hernáez, contando con doscientos sesenta y ocho chiriguanos y cincuenta y seis matacos. Después de la expulsión de los jesuitas, sus sucesores franciscanos se encontraron con una misión original, muy

---

[460] AGN-BN, doc 6336.
[461] Ibid.
[462] Miranda, 1916: 255.
[463] El P. Muriel escribió una biografía del P. Pons luego de su muerte, "en tomo en cuarta" señaló el P. Miranda, pero intentó y no pudo imprimirlo en Madrid, aunque después publicó un resumen en la traducción de Charlevoix (Miranda, 1916: 254).

distinta a las establecidas entre los chiquitanos por los mismos jesuitas, con gente semidesnuda, muy dada a los bailes, casi ignorante de la doctrina cristiana, sin disciplina y muy poco dispuesta a obedecer.

5.4. La utopía de la florida cristiandad.

Desde la segunda mitad del Siglo XVI y toda la centuria siguiente, la conquista del Chaco fue una sumatoria de malogrados intentos para los españoles. Hasta incluso los tímidos avances de los portugueses en sus incursiones por el oriente boliviano resultaron siendo repelidos. Las tácticas militares europeas sucumbieron ante una abrumadora defensa del territorio ocupado por varias etnias y verdaderos escudos que conformaban en rasgos generales, los chiriguanos al occidente y los guaycurúes en el límite oriental del Paraná-Paraguay.

Por parte de los españoles no hubo una estrategia clara de ocupación, porque se tomaban decisiones defensivas u ofensivas, de acuerdo a las circunstancias de las relaciones con el indio. Les tentaba avanzar en búsqueda de riquezas por sobre la ocupación formal del suelo, pero sabían que debían hacer esto primero, aunque aún antes debían lograr estar en paz o tener dominados a los indios.

Los españoles siempre y luego de feroces destrucciones, buscaban la paz que les permitiera introducir misioneros, en una clara actitud de cambiar la táctica de ocupación. Pues el cristianismo podía ser el arma para la convivencia de europeos con los americanos, y de esta manera poder extraer libremente las riquezas naturales.

En ese contexto los intentos reduccionales tuvieron particularidades que fueron propias de la región chaqueña con más o menos los mismos denominadores comunes.

Como hemos sostenido, los avances españoles tuvieron dos frentes, el oriental y el occidental. Al ser un enclave temprano, la ciudad de

Asunción fue el centro de operaciones para traspasar el Paraná e internarse en el Chaco. Pero sólo se llegó a los guaycurúes que vivían en las inmediaciones y se fundó una de las primeras reducciones jesuíticas de la provincia del Paraguay con algunos grupos de esa etnia.

No obstante se tuvo acceso a otros grupos indígenas por el frente occidental, donde por el contrario tuvo una sucesión de encalves urbanos levantados sobre el camino que unía el Río de la Plata con el Perú con accesos puntuales al Chaco desde esas ciudades.

Sin embargo los habitantes originarios veían la fundación de ciudades hispanas como peligrosas en tanto y en cuanto cada una de ellas sometía a los habitantes del lugar para sus encomiendas, siendo enclaves para las sucesivas malocas que se hacían al interior de la comarca. Pues no es difícil entender la reacción de los indios en la destrucción total de gran parte de las ciudades hispanas fundadas en sus tierras.

De tal forma que esta estrategia geopolítica preparaba puertas de ingreso a las naciones chaqueñas, conformadas por una diversidad étnica sin igual en América, que iban de los agricultores a los férreos guerreros. Si bien los últimos dominaban a los otros, como hicieron los chiriguanos con los chanés o las guaycurúes con los mataguayos, conformaban una unidad social que se plantó firmemente ante la defensa de su territorio. Se los caracterizó despectivamente como nómades, incluso a los mismos agricultores, pero esto se convertirá en una cualidad que bien explotaron a la hora de defenderse y replegarse cuando era necesario.

Así fue que la conquista quedó postergada en el periodo que corre por todo el Siglo XVII, dejando un saldo de ciudades desbastadas, españoles cautivos y muertos, religiosos mártires y miles de aborígenes muertos o esclavizados.

La evangelización del Chaco fue motivo de un debate permanente, prevaleciendo en la opinión de la mayoría de las autoridades, tanto civiles

como eclesiásticas que, antes de la evangelización había que derrotar a los indios por las armas. Así lo pensaba el obispo Francisco de Borja y el gobernador Garro, aunque la terquedad del cura Ortiz de Zárate y apoyo de los jesuitas pudo contra ellos. Pero en realidad más que la insistencia del sacerdote había una falta de interés justificada en la carencia de fondos para sostener una guerra. No obstante los religiosos fundaron la reducción de San Rafael, pero al poco tiempo fueron enviados unos soldados para que levantaran un fuerte junto a la reducción, que llevó el mismo nombre. Esto fue una provocación que costó la vida de los mártires del Zenta. Pero luego de ello se repitió como consecuencia, la generalizada opinión formal de 1682 en la que debía comenzarse la guerra, pues se consideró que era lícita y emprendieron una entrada militar al Chaco sin resultados, pues los indios retrocedían a los montes ante la avanzada de la soldadesca.

En el caso de los chiriguanos, su hostilidad radica en que ya para 1561 había en Santa Cruz dieciséis mil personas encomendadas, lo que es fácil de comprender el clima de hostilidad que esta situación creaba. Al avanzar ocupacionalmente los españoles sobre el sur boliviano, los resultados no fueron más que los esperados: rechazo a la ocupación, seguido de expediciones punitivas en contra de los indios que concluyeron con la Real Cedula de 1584 que permitió a los españoles esclavizar a los chiriguanos vencidos en guerra.

Si bien es generalizada la opinión que los jesuitas nunca quisieron entrar en tierras de indios con destacamentos militares para despegarse de su mala imagen, lo hicieron en numerosas oportunidades. Desde la primera reducción de guaycurúes, el P. Lorenzana aún antes de fundada, entró con un capitán y otro español y varios indios guaraníes que ayudaron a levantar la iglesia.

Con los chiriguanos recordemos que en la entrada del P. Zea, fue acompañado por soldados, pero en son de paz. No fue así cuando luego del

levantamiento chiriguano de 1728 los PP. Jaime de Aguilar y Francisco Jardín fueron de la partida, aportando incluso doscientos chiquitanos para sumarse al ejército español. Al año siguiente y en otra expedición punitiva, también acompañaron al ejército otros dos jesuitas. Aunque también lo hacían junto a los soldados, en los intentos frustrados de paz en el mismo sitio. Pero los chiquitanos siguieron aportando cuerpos para la guerra contra los chiriguanos cuando sitiaron Santa Cruz de la Sierra en 1735.

Estas culturas originarias practicaban al menos una forma mínima de urbanismo de agrupación en casas familiares. Según Alvar Núñez en veinte unidades para los guaycurúes. Mientras que según el P. Chomé los chiriguanos ubicaban sus casas en círculo alrededor de un espacio central o plaza.

En cuanto a la vivienda de los guaycurús, descriptas en varias oportunidades, desde Alvar Núñez, Espinosa, del Techo y Lozano, eran tan simples que las llevaban al hombro. Aunque el primero escribe que tenían quinientos pasos, y Lozano explicita que eran de tres metros de altura y a su vez estaban divididas en tres sectores, ocupando el cacique, su familia y las armas, el espacio central que era más amplio. Cada sector estaba dividido por un horcón y el piso era de cuero.

Estos pequeños grupos dispersos por todo el territorio fueron obstáculo fundamental para la dominación española, pues su agrupamiento permitía tener un registro de los habitantes, mantenerlos en policía y usufructuar de los grandes territorios que dejaban vacíos a la hora de juntarlos.

Los emplazamientos reduccionales tenían un motivo geopolítico bien claro. Por ejemplo con la reducción de guaycurúes, se los quería pacificar para que no molestaran más a la ciudad de Asunción, pero sobre todo para que aquietados, les permitieran a los españoles hallar un paso hacia el Perú

atravesando el Chaco. Paradójicamente la codicia de los encomenderos les llevaba a preferir la guerra, maloquearlos y llevarlos a sus encomiendas.

Igual pasó con los ocloyas encomendados al general Juan Ochoa de Zárate que se ubicaron en un pueblo en las inmediaciones de Jujuy. Reducción que no prosperó ante la disputa que se tuvo de ella entre jesuitas y franciscanos. Evangelización que tuvo dos objetivos: la protección de Jujuy y la pacificación de los indios vecinos y el buen uso de la mano de obra.

Los métodos de ocupación reduccional no fueron siempre iguales, habiendo variantes para cada circunstancia que respondía a la aceptación del indio a una nueva forma de vida que no coincidía con su cultura. Desde procedimientos evangelizadores hasta las guerras, fueron las herramientas válidas para la transformación del paisaje cultural chaqueño.

Cuando los indios veían esta propuesta de agruparlos en reducciones, inmediatamente lo asociaban a que el objetivo de los jesuitas era tenerlos justamente juntos para después entregarlos a los españoles y con ello a sus encomiendas. De allí que hay tanta desconfianza, como el caso de la reducción de San Rafael y también con las reducciones de chiriguanos, que fueron incendiadas por ellos mismos, creyendo que serían entregados a los portugueses.

Así como para la reducción de mataguayos de 1653, los jesuitas escogieron levantar un rancho en un valle y allí juntar a los indios para predicarles, opuestamente la reducción de San Francisco Javier, se ubicó junto a la ciudad española de Esteco, formándose con indios prisioneros de la entrada del gobernador Peredo al Chaco. Luego se encargó de su doctrina a los jesuitas, que nunca se establecieron en el sitio sino que viajaban diariamente desde su colegio en Esteco. Y su primera labor fue la de cercar un espacio con una gran cruz en el centro para doctrinarlos, darles de comer y proveerles de alimentos que ellos mismos podrían cultivar. Pero

Peredo no contento con el número de prisioneros continuó la guerra y no sólo trajo más indios a la reducción, sino que pretendió llevar en nuevas entradas, a los jesuitas como rehenes, pues eran su pasaporte para conquistarlos pacíficamente.

Los colegios fueron además de centros educativos, enclaves urbanos para las misiones volantes que se realizaban en los alrededores, tanto en estancias de españoles como en pueblos de indios. Pero también constituyeron bases operativas para entradas al interior del Chaco con fines reduccionales. Asunción lo fue para con los guaycurúes pero el caso del Colegio de Tarija fue especial. Pues su fundación se debió fundamentalmente para crear un centro de operaciones frente al proyecto de conquista y evangelización de chiriguanos.

Aunque parezca desconectada la ocupación territorial y dominio del indígena, con la evangelización, para poder ingresar a misionar por territorio o establecer una reducción, lo primero que debían hacer los religiosos era conseguir una licencia del gobernador y el obispo que a su vez demandaban al rey. En el caso de los chiriguanos de Tarija, aquella licencia tardó cuatro años de espera, aunque igual se había comenzado la empresa.

La aceptación por parte de los caciques a incorporarse a la vida reduccional cobró particular contorno en el caso de los chiriguanos de San Ignacio de Tariquea en 1691. Pues previamente a la aceptación se convocó a un gran parlamento con la asistencia de los caciques de la comarca. Los debates eran acompañados con una borrachera que se extendió por toda la noche. Al amanecer, todos fueron al río y luego se adornaron con plumas y pintaron sus rostros convenientemente. Siguieron con cánticos y danzas otra vez, hasta el anochecer en que al fin dieron su parecer al jesuita. Aunque aceptaron con tres condiciones, que no se los saque de sus tierras, que no se les quiten sus mujeres y que sus hijos aún no sirvan a los

sacerdotes. El P. Arce dijo que si a todo, con la convicción que con el tiempo los podría enderezar. La reducción contó además con una organización administrativa, pues se nombró en solemne acto en Tarija a quien sería el cacique corregidor.

En las instrucciones del provincial Torres para los misioneros de guaycurúes y los que fueron al Paraná, sigue o interpreta las Ordenanzas de Población de Felipe II (1573), que se extendían como modelo sugerido para todo el Perú. Cabe aclarar que en un principio no dieron importancia directa al acercamiento de estas reducciones a las ciudades españolas, como el caso de Santa María de los Reyes, próxima a Asunción. El tiempo dirá que deberían estar ubicadas lo más lejos posible, aunque esto era un tema ya tratado desde los jerónimos en las Antillas.

Incluso el P. Torres escribió cómo debería ser el trazado de calles, manzanas y parcelas que se repartirían a los indios con suficiente espacio para su huerta. Una plaza central era la generadora del espacio urbano, donde se ubicaría la iglesia y casa cercada de los jesuitas. En otro sitio de la plaza se levantarían las casas de los caciques. Sólo va a agregar otro tipo más de edificios que será la escuela para niños. La realidad obviamente fue diferente. Por ejemplo con la reducción de guaycurues, por más que se había levantado la iglesia y casa de los jesuitas, los indios no se asentaron en forma definitiva por el problema del alimento, que debían salir a buscarlos como lo hicieron siempre, a pesar que los ignacianos les enseñaron a labrar la tierra, los resultados de esa labor no eran inmediatos y hasta podían llegar a ser negativos. Pero al menos, y en este caso, habían detenido las correrías contra los asunceños a las que estaban habituados.

El P. Osorio también relató su experiencia con los tobas y su reducción, de la que ya terminadas las sementeras se dispuso a repartir los “solares, cuadras y sementeras”, además de ubicarse en la plaza, procurando que los indios le siembren un poco de maíz para dar, tal cual lo

había dispuesto el P. Torres en las instrucciones de 1609 y 1610. Sólo que ahora nos encontramos a dieciocho años después en que el mandato seguía tan válido como entonces.

Lo primero que hacían los jesuitas en la supuesta flamante reducción era plantar una cruz en un lugar central que podía ser un pueblo ya establecido o incluso un descampado. Este símbolo no necesariamente iba a ser el referente de la fundación de una reducción, como le pasó al P. Osorio con los tobas que, aunque estuvo casi dos años, plantó su cruz en un pueblo donde alrededor de su asentamiento había diecisiete pueblos, también de tobas, que concurrían a la doctrina. Los PP. Pastor y Sequeira oficiaron misa en una ramada junto a una cruz que habían plantado el día anterior a su llegada a una aldea de abipones, pero sólo fue por ese día ya que un cacique los invitó a su pueblo, en el que no sólo primero levantaron la cruz, sino que después se pusieron a construir la iglesia.

En la reducción de Presentación de chiriguanos, en menos de un año se concluyó una capilla con dos aposentos para los jesuitas con todo el conjunto debidamente cercado. No se mencionan las casas de indios e incluso se dice que bautizaron ciento setenta párvulos que en gran parte murieron, y no se habla de otros bautizados.

Otro caso particular de cómo iniciar una reducción lo vemos en la refundación de la reducción chiriguana del Valle de las Salinas en 1713, previo a un acuerdo entre los caciques y los jesuitas. Se hizo un solemne ingreso en andas con una imagen que llamaron Nuestra Señora de los Chiriguanos, recorriendo un camino con más de medio centenar de arcos triunfales. Al llegar a una improvisada capilla, la jornada siguió con grandes fiestas, y a los pocos días el sacerdote al fin levantó la cruz fundacional en la plaza del pueblo del cacique Capitamirí. En este caso en particular fue explícito que los indios aceptaron reducirse para obtener protección de otras tribus que los acechaban y de los mismos españoles que

los maloqueaban. Pero recién dos años después se concretó la misma con el nombre de Inmaculada Concepción. Esta reducción se partió en dos pueblos pequeños, donde en uno residirían los indios cristianos y en el otro los catecúmenos. En el primer pueblo se nombraron corregidor, teniente, alcaldes y alguaciles, formándose hasta una escuela de primeras letras y de canto.

El mismo pueblo de chiriguanos de Concepción y luego de su refundación en 1733, se volvió a dividir, creándose Nuestra Señora del Rosario en la parte inferior del Valle de Tariquea. El pueblo quedó en manos del P. Pons por el resto de su vida, aunque debió afrontar muchos traslados, terminando en el Valle de las Salinas, con mataguayos y chiriguanos juntos, hasta que los primeros se fueron al Valle de Chiquiaca.

Es difícil caracterizar una arquitectura reduccional en esta etapa del Siglo XVII en el Chaco. Poco se trata el detalle del hábitat y de las viviendas indígenas en particular. La reducción de San Francisco Javier de varias etnias, tomadas como prisioneras de Peredo, tenía diversas particularidades, como que los sacerdotes no residían allí sino en la ciudad próxima de Esteco, contaba con una empalizada alta donde dentro había una gran cruz y se impartía la doctrina. Alrededor de ella se ubicaban las casas de los indios que describe el P. Jarque, con varas de árboles verdes arqueadas como estructura y cubiertas de ramas. Dicen que eran muy largas y vivían varias familias con su fuego en el medio. Pero después de juntar tantos indios de todas las edades y sexo, el gobernador decidió repartirlos a sus soldados a pesar de la epidemia de viruela por la que atravesaban. En la mayoría de las reducciones, si bien los jesuitas lograron levantar alguna rústica capilla con aposentos, no se alcanzó a tener viviendas definitivas para los indios, pues la búsqueda de alimentos no lo permitió y tampoco se tuvo la paciencia de recolectar en los sembradíos, que no siempre prosperaron como se pretendía.

Capítulo 6. Últimos intentos reduccionales en el Chaco del Siglo XVIII.

El territorio chaqueño siguió siendo una región de difícil acceso para los españoles. Justamente por el Siglo XVIII se fue cerrando como espacio fronterizo y fortaleciendo sus estrategias defensivas que oponían enérgica resistencia a la ocupación. El mito de sus grandes riquezas mineras había sucumbido y los españoles ahora se abocarían a la conquista del territorio y dominación de sus habitantes. Para ello ya estaba relativamente consolidada la fundación de una red de ciudades, aunque muchas fueron destruidas y las que quedaron, no eran más que pequeñas y despobladas manzanas con escasos habitantes que apenas podían sobrevivir en los primeros tiempos. Pero la ocupación del Chaco era estratégica para unir las principales ciudades de la gobernación del Tucumán con las del Paraguay y el Río de la Plata. De allí que osadamente se fundó en medio de este extenso territorio, la ciudad de Concepción del Bermejo (1585-1631), cuya permanencia fue casi efímera ante constantes ataques indígenas por la recuperación del espacio. De tal modo que el Chaco quedó delimitado sin poder ser ocupado por los españoles, concentrándose distintas etnias que conformarían una de las pocas regiones libres del poder colonial, aunque siempre asediada desde las ciudades, desde donde se fue haciendo contacto con ellas y en no pocos periodos con una comunicación tendiente a la comercialización pacífica. Por su parte, las relaciones interétnicas eran espacialmente graduadas desde el núcleo que constituía la ciudad, donde un grupo de indios aculturizados convivía prestando servicios al español. En las afueras de la ciudad, las estancias españolas alternaban con reducciones de indios. Pero saliendo de ese límite difuso comenzaba el espacio controlado totalmente por grupos indígenas[464]. De tal manera que los habitantes originarios, conformados por varios grupos étnicos, ocupaban un

[464] Areces, et al, 1993: 75.

amplio territorio que no tenía un límite fronterizo como lo suponen nuestras actuales naciones, sino que había una zona de amortiguación intercultural.

En un memorial que presentó el P. Machoni al rey, en tiempos que fue procurador en Europa (1731-1734), manifestó que en el Chaco se encontraban más de un millón de indios infieles, y que además de las numerosas reducciones que atendían en toda la provincia, se justificaba sobradamente la necesidad del envío de nuevos operarios[465]. El provincial Jaime de Aguilar tuvo la misma posición en otra nota que envió al rey en 1738, pues esos operarios eran necesarios para la conversión de infieles, la conservación de los indios convertidos y la educación de los hijos de españoles, que lo hacían en sus por entonces seis colegios. Del Chaco reafirmó la existencia de reducciones entre los chiriguanos y lules, en que se ocupaban seis misioneros *"aunque no con el fruto correspondiente al trabajo, por la oposición y continuas invasiones de los infieles chiriguanos y del Chaco que acosan y aun destruyen estas provincias"*[466]. Los memoriales en este sentido se sumaron uno a uno y siempre solicitando más operarios.

El Siglo XVIII se caracterizó porque las etnias que habitaban el Chaco definieron una paz y convivencia entre si, conformando espacios culturales propios de cada una, y visualizando con claridad como enemigo al conquistador español. Así parece ser que los indios se organizaron para la defensa del territorio. Hacia Tucumán se esparcirían los mocovíes y tobas, hacia Asunción los mbayas, guaycurúes y payaguás y hacia el sur los abipones y otros grupos confederados irían por el espacio santafesino. Todos fueron ejerciendo al unísono una fuerte presión que se constituía en un peligro inminente. Fue cuando los españoles comenzaron las empresas punitivas, que para el Siglo XVIII tuvieron su bautismo con la entrada del

[465] Pastells y Mateos, 1948 (VII): 73.
[466] Ibid: 308.

gobernador del Tucumán don Esteban de Urízar y Arespacochaga, quien arremetió contra los mocovíes. El ataque suponía la avanzada simultánea de fuerzas de Santiago del Estero, Santa Fe, Corrientes y Asunción que no fueron de la partida. Como resultado, se logró pacificar a los lules, desplazando al sur a los mocovíes, quienes con los abipones se interesaron en la disponibilidad de ganado santafecino. Continuaron con avances que se vieron facilitados ante la quebrada defensa de calchaquíes aliados a los españoles, que fueron diezmados por una epidemia. Fue cuando se crearon fuerzas españolas en la conocida Compañía de Blandengues, que eran soldados pagos, para la defensa de la frontera. Pero derrota tras derrota los indios recrudecieron sus ataques y apareció como último recurso implementar el sistema pacífico reduccional. Pero no fue fácil, porque el carácter de semisedentarismo y nomadismo de la mayoría de las etnias les resultaba dificultoso a los españoles para localizarlos y luego someterlos.

El paisaje natural también se fue transformando para el Siglo XVIII, donde en las tierras del Chaco ya podían verse multitudes de vacas, mulas y ovejas, y sobre todo caballos, que los indios supieron utilizar, ya sea como diestros jinetes y hasta como alimento, cambiando su dieta e intercambiando los productos derivados con los mismos españoles. Pero no dejaron el nomadismo y circulaban por el amplio territorio conociendo perfectamente donde encontrar tal o cual alimento, y cuando la tierra dejaba de ofrecerles sus riquezas emigraban, transportando sus casas. Ello les permitió tener un conocimiento exhaustivo y dominio del territorio y sus ciclos de disponibilidad en lo que se llama otra forma de pertenencia territorial o formas posibles de territorialidad[467]. Pues fue una de las características en las que el español llevó las de perder, menospreciando un sistema de vida no acorde a sus costumbres. Pero también siguieron calificando al modo de vida indígena como bárbaro y que para un correcto

[467] Nacuzzi, 1991: 103-134.

adoctrinamiento cristiano había que reducirlos a la forma de vida europea, con lo que quedaban a disposición tierras libres de ocupantes y de las que tomaban posesión.

A la muerte de Urizar en 1724, los sucesores no prestaron suficiente atención al Chaco y en consecuencia los indios se atrevieron a incursionar nuevamente en las estancias y ciudades españolas. No obstante en 1733, apenas asumió como teniente de gobernador de Santa Fe don Juan Francisco Pascual de Echagüe y Andía, llevó adelante una entrada al Chaco, llegando a un acuerdo con los caciques mocovíes que los mantuvo en paz por una década.

Precisamente un sustancioso informe presentó el procurador Juan José Rico en 1743. Fue en oportunidad de una reunión en el Consejo de Indias y que luego también elevó al rey. El jesuita se centró en dos puntos: el avance de los portugueses y las reducciones del Chaco. Por ello propuso crear tres reducciones en la banda oriental del río Paraguay hasta la "laguna de Momoré" (sic), y que incluso se alienten las expediciones anuales desde Asunción para controlar los movimientos de los portugueses. Agrega que en la banda occidental del Paraguay sería conveniente levantar una reducción, sobre el Pilcomayo, por donde los misioneros han bajado desde 1721 en varias oportunidades desde las riberas de los zamucos. De allí que recomienda que el sitio ideal fuera el lugar anterior en que el Pilcomayo se divide en dos brazos, cercano al Paraguay por las posibilidades estratégicas de defensa. Con ello se podrían reducir allí las naciones intermedias del Pilcomayo al Yabebirí, donde en la desembocadura al Paraguay se instalaría otra reducción. Insistió que sobre el Pilcomayo había indios dóciles. También propuso crear dos reducciones sobre el Bermejo. Una cerca de donde estuvo la desaparecida ciudad española de Concepción, a treinta leguas de la desembocadura del Paraguay. Su propuesta se extiendió a la sugerencia de llevar familias guaraníes para ayudar en su erección y

poblamiento e incluso que sirvieran de soldados para un presidio o fuerte a construir para defensa de los ataques de los abipones, que habían sido encomendados por los vecinos de Concepción, habiéndose revelado y mantenido en esa condición hasta entonces. La otra reducción –continúa el P. Rico- se podría ubicar en la desembocadura del río Simancas al Bermejo, con lo que quedarían las tres bien comunicadas. Para la parte occidental del Chaco propuso crear otras dos o tres reducciones próximas entre sí para la ayuda mutua y también con fuertes. Lo haría con los vilelas, chunupies, lules y omoampas porque podían servir como imán para atraer a otros más hostiles. Pero siempre con la condición de no emplazarlas cerca de las ciudades de españoles, pues son quienes al esclavizarlos destruyen los avances evangélicos y provocaban reacciones belicosas que siempre terminaban en cruentas matanzas. Finalmente propuso que se dialogue con los abipones y mocovíes ubicados próximos a Santa Fe para que se aproveche la paz concertada en 1734, para que se reduzcan a pueblos en sitios que ellos elijan y prometiéndoles que no serán encomendados por los españoles sino agregados a la Corona para protegerlos de sus enemigos indígenas[468].

A la iniciativa de paz de Echagüe y Andía en 1733, se sumó la decidida propuesta del rector del Colegio de la Inmaculada el P. Juan Bautista Cea y obviamente la voluntad del cacique Ariacaiquin para convertirse a la fe cristiana y reducirse en 1743 en lo que se llamó reducción de San Francisco Javier, ubicada sobre el río Quiloazas. Pocos años después se atrajo a los abipones, fundándose las reducciones de San Jerónimo (1748) en Santa Fe, Concepción (1749) en Santiago del Estero, San Fernando (1750) en Corrientes y la del Timbó (1763) en Asunción del Paraguay. De esta manera se amplió la frontera con una política

[468] AGI, Charcas 348, *Informe del P. Juan José Rico al Consejo de Indias*, 16-VII-1743. Pastells y Mateos, 1948 (VII): 508-509.

reduccional que comprimió el espacio territorial indígena y permitió a los españoles ampliar la posesión de las codiciadas tierras.

Aún antes, el gobernador del Tucumán don Juan de Santiso y Moscoso (1739-1743) propuso un plan de fortificaciones con numerosos soldados que salieron constantemente a perseguir a los indios. Se costeó la empresa con suba de impuestos y el virrey lo autorizó. Su sucesor Juan Alonso Espinosa de los Monteros (1743-1749) perfeccionó el plan y luego, Juan Martínez de Tineo (1749-1752) continuó la misma política, haciendo una entrada al Chaco en 1750 que produjo la rendición de varias etnias que luego quedaron reducidas. Los malbaláes fueron conducidos a un sitio cercano al Fuerte del Rey del Río del Valle, los isistines junto al fuerte de San Luis de los Pitos, los tobas en las inmediaciones del fuerte de Ledesma junto a los mataguayos que se fugaron rápidamente. Otro grupo de malbaláes fueron con los chunupies al fuerte de Dolores. Después de esta entrada quedaron consolidados esa serie de fuertes mencionados, junto a los de San Bernardo ubicado a orillas del río Siancas, Santa Bárbara y el Fortín de La Estancia[469]. Pero no todas estas reducciones, las más de efímera duración, contaron con jesuitas.

Al momento de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, éstos atendían en la amplia región chaqueña quince misiones de indios, luego de varios intentos y concreciones frustradas. Eran ellas las del Rosario de chiriguanos (1733); San Fernando, San Jerónimo, La Purísima Concepción (1749) y San Carlos o Rosario del Timbó de indios abipones; San Javier y San Pedro de mocovíes; Nuestra Señora de la Paz, también conocida como San José de Petacas, de indios Vilelas (1735), con seiscientas cincuenta y seis almas; San Juan Bautista de Balbuena, de indios isistinés y toquistinés (1751), con setecientas cuarenta habitantes; Nuestra Señora del Buen Consejo, también llamada San Joaquín de Ortega, de indios Omoampas

[469] Zorreguieta, 2008: 96.

(1763) con doscientos indios, San Esteban o Miraflores, de lules (1711 y 1752) con quinientos cincuenta almas, Nuestra Señora de la Columna o Nuestra Señora del Pilar de Macapillo, de indios Pasanies (1763), con doscientas almas, San Ignacio de Ledesma, también llamada San Ignacio de Río Negro, de tobas y mataguayos (1756), con seiscientos habitantes, Nuestra Señora de Belén de Mbayas y San Juan Nepomuceno de indios guanas.

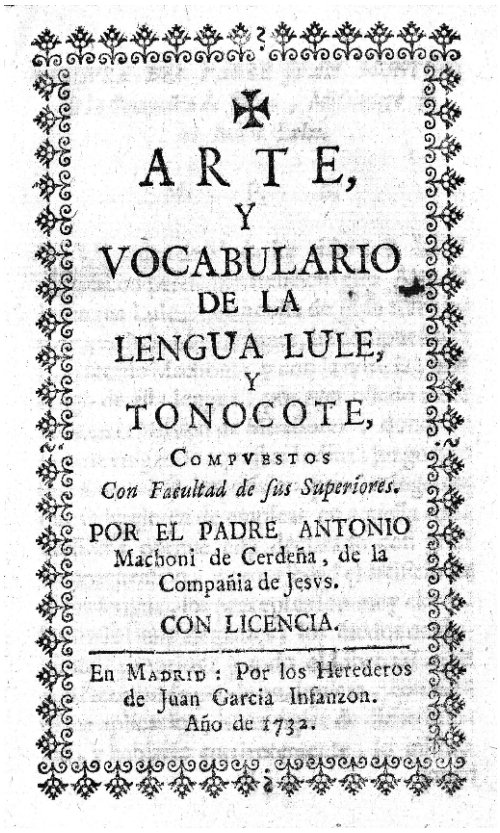
6. 1. Reducciones en la cuenca del Salado.

6. 1.1. La evangelización de los lules y el fracaso de las reducciones-fuerte.

Alain Fabre[470] escribe que los lules-vilelas son una familia lingüística de dos idiomas emparentados, el primero extinto y el segundo moribundo. También fueron llamados lule-tonocoté y vivían en la zona del río Salado y de Esteco, en la actual provincia de Santiago del Estero. A fines del Siglo XVII migraron hacia el Chaco escapando de las encomiendas, hasta que fueron reducidos por los jesuitas. Pero el mismo autor señala que tres fueron los grupos lules cuya identidad lingüística no se puede comprobar. Ellos fueron los lules nómades de las llanuras, que ocupaban las tierras de los tonocoté y usaban su lengua y la propia, utilizada para catequizar por los jesuitas. Los siguientes fueron los lules sedentarios de la Sierra del Aconquija, al oeste de Tucumán, que a las lenguas mencionadas le agregaron el quichua, aunque la original haya sido el kakan de los diaguitas. La tercera son los lules-tonocoté que fue la lengua usada en la reducción de Miraflores y que estudió y difundió el P.

[470] Fabre, 2005.

Antonio Machoni en su conocida obra[471]. El jesuita sardo escribió una gramática basada en un dialecto lule-tonocote, con una clara afinidad con la lengua vilela[472]. Justamente explica que la lengua que él "enseña en este Arte", es de cinco naciones: lules, isistines, toquistines oristines y tonicotes. Y que de estos últimos había por entonces más de cincuenta mil almas[473].


ARTE,
Y
VOCABULARIO
DE LA
LENGUA LULE,
Y
TONOCOTE,
COMPVESTOS
Con Facultad de sus Superiores.
POR EL PADRE ANTONIO
Machoni de Cerdeña, de la
Compañia de Jesvs.
CON LICENCIA.
En MADRID: Por los Herederos
de Juan Garcia Infanzon.
Año de 1732.

Portada del libro del P. Machoni sobre el vocabulario lule-tonocote, publicado en 1732.

Una de las referencias más antiguas que tenemos en las fuentes jesuíticas sobre los lules son las Cartas Anuas del Perú. En ellas escribe el P. Arriaga que él y el P. Añasco estaban en 1593 componiendo el vocabulario de cinco lenguas. Una de ellas la tonocote del pueblo de Matará[474]. Más adelante agrega: *"Esta nación de lules es grandíssima y ya ubiera el tiempo que estuve en la provincia de Tucumán aprendido su lengua, porque allí baptizé hartos millares desta nación, todos por intérprete, porque algunos savían la lengua tonocote, pero con ser todos lules, ay entre ellos diversas lenguas, y muchíssimos pueblos"*. Pero también se asombra que los vio *"sin ningunas raizes, que son casas y sementeras"*[475].

[471] Machoni, 1732a. Esta obra fue reeditada en 1877. Hoy la podemos encontrar en: http://fondosdigitales.us.es/media/books/3757/arte-y-vocabulario-de-la-lengua-lule-y-tonocote.pdf

[472] Canals Frau, 1958: 97-197.

[473] Machoni, 1732a: 4.

[474] Egaña, 1970 (V): 386.

[475] Ibid: 403

Para el Siglo XVIII el P. Juan Patricio Fernández escribió sobre los lules: *"Son éstos de color aceituna, de estatura ordinariamente grande, de genio despierto y alegre, ni se entristecen fácilmente, si no es acaso en sus desgracias domésticas; son prontos de entendimiento y aprenden maravillosamente los oficios mecánicos; pero torpes y duros en creer lo que no alcanzan los sentidos materiales. Conservan por largo tiempo en su pecho la memoria de las injurias recibidas, y aunque sientan partírseles el corazón de dolor y rabia, lo esconden y encubren disimuladamente con un semblante enteramente alegre, esperando coger al enemigo desprevenido para hacer con más seguridad el tiro"*[476].

Por su parte el P. Cardiel, tratando sobre la vestimenta de los indios del Chaco, escribe que los lules e isisitnes no usan más que unas plumas atadas a la cintura, aunque sólo por delante, mientras que las mujeres usan un delantal de hilo tejido[477].

Como expresamos en un capítulo anterior, el P. Alonso Barzana estuvo entre los lules en su entrada al Tucumán y por varias veces regresó a la región componiendo un texto de lengua tonocote inédito y perdido para el Siglo XVIII[478]. En 1591, y luego de una enfermedad, regresó con los indios quienes le otorgaron festivas demostraciones de alegría al volver a verlo. En esta nueva incursión bautizó dos mil indios, casó a tres mil y confesó a todos los cristianos[479]. Luego de su entrada al Valle Calchaquí regresó una vez más con los lules. Con el P. Añasco predicaron en el pueblo de los tonocoté, ubicado según refiere el P. Torres a cinco leguas del pueblo de Concepción del Bermejo. Contaba con más de cuatrocientos

---

[476] Fernández, 1994: 216.

[477] Pastells, 1915 (II): 40.

[478] *Relación de las ocupaciones que han tenido y tienen y frutos que han hecho y hacen los Religiosos de la Compañía de Jesús en el Perú. Año 1601"* en AGI cit. Furlong, 1968: 41; Pastells, 1912: 85 y Machoni, 1732a: 4.

[479] Lozano, 1941: 112.

indios de tasa que tributaban entre cuatro y seis mil pesos en lienzo y algodón que producían cuatrocientas hilanderas y en veinte telares[480]. Pero agrega el P. Machoni que fue por causa de los españoles que el pueblo de los tonocoté se retiraron a las márgenes del río Yabebirí y Pilcomayo[481].

Continuaron la labor del P. Barzana, los PP. Monroy y Viana, aunque su trabajo quedó interrumpido cuando fueron convocados en 1602 a recibir en Salta al visitador P. Esteban Páez. Cumplida la misión de los jesuitas, los lules (junto con los isistines, toquistines y osistines), que se ubicaban en las cercanías de Esteco sirviendo a sus encomenderos, y donde había predicado San Francisco Solano, dejaron aquellas tierras ante el yugo del español ubicándose en la otra rivera del Salado, y no se supo más de ellos por casi un siglo[482].

6.1.1.1. La invasión de Urizar y las reducciones-fuertes.

En 1708 el gobernador Esteban de Urizar y Arespacochaga[483] informó al rey que en 1703 una expedición de ciento cincuenta españoles y doscientos indios amigos se internaron en el Chaco y habían dado con los lules en las riberas del Salado. Cuenta además que al regresar la expedición a Santiago del Estero, lo hicieron junto con ochocientos indios, con la idea que serían reducidos en las inmediaciones de la ciudad. Fueron bien

[480] Leonhardt, 1927 (XIX): 16.

[481] Machoni, 1732a: 4.

[482] Lozano, 1941: 113 y Machoni, 1732a: 5.

[483] Urizar y Arespacochaga era natural de la villa de Horrio en la provincia de Guipúzcoa. En 1682 pasó a Italia, donde se destacó en diversas acciones militares como en Génova (1684), Mantua (1689), Staffarda (1690), la campaña del Delfinado (1692), la del Piamonte (1693) y la del Milanesado (1697). En 1699 fue recompensado con el grado de maestre de campo y en 1691 como caballero del hábito de Santiago. En 1701 por Real Cédula del rey fue nombrado gobernador del Tucumán, pero permaneció en Buenos Aires como consejero militar en la defensa de la Banda Oriental. Asumió el 12 de junio de 1707 y permaneció en el cargo varios periodos, hasta que fue nombrado gobernador vitalicio, luego ascendido por su buena labor a brigadier de los reales ejércitos. Murió el 4 de mayo de 1724 (Bruno, 1992a: 141-148).

recibidos por el teniente de gobernador don Gastón de Barahona, quien apoyó la iniciativa. La decisión relajada de los lules quizás haya sido por la constante belicosidad que sufrían por parte de los mocovíes, pero fundamentalmente porque el río Salado había cambiado su curso y dejado sus asentamientos sin agua para los cultivos y ganados. Como los vecinos de Santiago del Estero no pudieron sostenerlos y las autoridades nada resolvieron, los indios se esparcieron por la ciudad de Tucumán, el Valle de los Choromoros y el fuerte de Esteco, mientras otros volvieron a sus tierras[484].

Ante esta situación y aprovechando su estadía en España, el procurador P. Francisco Burgés (1703-1712), daba a conocer un informe que contiene catorce puntos, como propuesta para lograr reducir a los lules. En el mismo documento suguirió que el gobernador vaya en persona a buscar tierras apropiadas y los sustente durante un año, aportando además maíz para que siembren y vacas para alimento. También propuso que no se los encomiende sino que se los ponga bajo la Real Corona para que no huyan, como tantas veces había pasado con otros naturales, incluso con la provocación que conllevaba los abusos de los españoles que producían rebeliones que terminaban en terribles matanzas como en Calchaquí y otros sitios. Recomienda que sean adoctrinados por los jesuitas, quienes garantizaban que una vez libres de la violencia de los españoles, los lules se podrían pacificar y luego convertir al cristianismo a todo el Chaco. El fiscal asintió todos los puntos y libró los despachos al gobernador y al teniente a fines de 1710[485]. El expediente pasó al Consejo de Indias y se enviaron

[484] AGI, Charcas 210, *Carta del gobernador D. Esteban de Urizar y Arespacochaga a SM*, 22-XI-1708. También en ABNCh, Jesuitas-Argentina Vol. 199, pza. 318; Pastells, 1933 (V): 194-195 y Bruno, 1968 (IV): 376.

[485] AGI, Charcas 210. *Informe del P. Francisco Burgés al Consejo de Indias sobre medios para reducir a los lules* 10-XII-1709. También en Pastells, 1933 (V): 211- 215 y Bruno, 1968 (IV): 381.

sendas Cédulas al virrey marqués de los Ríos, a la Audiencia de Charcas y al obispo, de lo que se ordenó al gobernador del Tucumán.

Pero el mandatario también envió a la península sus propios informes dando cuenta del estado de guerra generalizada en que se encontraba la región, aunque de los lules dice con asombro que llevaban nombres cristianos, tenían una sola esposa y hasta llevaban una cruz de madera en el pecho[486].

Finalmente se logró la autorización real que encomendaba la tarea a la Compañía de Jesús y se emprendió la campaña de Urizar[487]. Fue la expedición más numerosa y equipada que ingresó al Chaco, teniendo varios objetivos, no sólo crear una serie de fortificaciones defendidas con cuerpos de milicias indígenas, sino desplazar a los indios al interior del Chaco para crear fricciones entre ellos y dejar tierras libres para el repartimiento entre sus hombres. Partieron del fuerte de Esteco el 19 de junio de 1710, mientras que el gobernador lo hizo el 10 de julio. El ejército estaba formado por setecientos ochenta españoles, sin contar los jefes, además de las milicias de Tarija y La Rioja, de una compañía del fuerte de Esteco, un cuerpo de chiriguanos y quinientos indios. Tenían órdenes de pasar por cuchillo a todos los indios que se los sorprendiera con armas en la mano, excepto mujeres y niños menores de catorce años. Eso si, la guerra estaba apoyada por los teólogos que, luego de sendas deliberaciones, la consideraron justa y necesaria[488].

El vasco Urizar pidió colaboración para la invasión a los gobernadores de Buenos Aires y Paraguay, a los fines estratégicos que la entrada sea en conjunto por todos sus límites. Pero no acusaron recibo. Sólo se entró por el sector occidental y en varios frentes. Así por ejemplo

[486] Bruno, 1992b: 148.

[487] Bruno, 1968 (IV): 381.

[488] Furlong, 1941: 31.

por Santiago del Estero salió don Ángel Pérez, de Salta el maestre de campo Juan Elizondo y de Jujuy lo hizo el general Antonio de la Tijera quien derrotó a tobas y ojotas, y tanto hombres, mujeres y niños fueron puestos presos y reducidos en las cercanías de su fuerte.

Dos años después el gobernador informó sobre su derrotero por el Chaco, que la entrada hacia el Bermejo se había hecho con todo el rigor de las armas para temor de los indios. Libraron varios combates, sometiendo a incontables tribus y logrando que otras se replegaran a la frontera. Manifestó que los primeros derrotados fueron los malbaláes[489], traicionados por el cuñado del cacique, quien de joven había sido instruido en Buenos Aires. Al acordar la paz, el cacique Jonasteté debió aceptar ser reducido, siendo su nación conducida a las riberas del río de Esteco y Balbuena, donde se les levantó un fuerte "con el pretexto de defenderlos de los que los quisieran inquietar; pero en realidad para tenerlos en respeto, y para la seguridad del misionero que se les debía de dar"[490]. Allí se les adjuntó la reducción y se les asistió con el necesario bastimento. Muy cercana a la misma se encontraba el fuerte a una distancia de un "tiro de pistola"[491] *"de 200 varas en cuadro y 800 en ámbito, con cubos, algunas piezas y pedreros para reparo y mejor resguardo"*[492]. Urizar los dejó con ciento cincuenta soldados, pero poco tiempo permanecieron en ese lugar pues en complicidad con los mocovíes se revelaron y huyeron, aunque alcanzados,

[489] Junto con los ataláes eran de origen Matará, considerados por algunos de la familia de los vilelas. Pertenecían al complejo etnológico tonocoté-lule-vilela. Eran originarios del Chaco salteño y habitaban la ribera derecha del Bermejo. Para la época de la expulsión, el jesuita riojano Camaño (1737-1820) escribió que aún quedaban unas veinte familias de malbaláes con una lengua diferente al resto de sus vecinos. Agrega que según el P. Jolís eran muy valientes pero no pudieron con la crueldad de los españoles (Camaño y Bazán, 1931: 336).

[490] Furlong, 1941: 37 y Charlevoix, 1913 (IV): 263-265.

[491] La pistola como arma de fuego corta, estaba bien extendida para comienzos del Siglo XVIII. Pero el término se empleaba para expresar que estaba cerca, como a "tiro de ballesta", pero no hay una equivalencia métrica.

[492] AGI, Charcas 284 *Carta del gobernador D. Esteban de Urizar y Arespacochaga a SM*, 24-VII-1712. Pastells, 1933 (V): 296.

la Junta de Guerra ordenó que se maten a todos excepto los menores de catorce años. Urizar se opuso y –como veremos luego- se los entregó a don José de Arregui en encomienda por tres vidas.

Las tropas de Urizar continuaban avanzando, derrotando a mocovíes –según continúa su informe- mientras se entregaron cuatrocientos indios encomendados de las parcialidades de isistines, toquistines y arostines. A estos se les levantó otra reducción y fuerte "de palizada" que llamó San José, con cien soldados de custodios. También en Ledesma levantó el fuerte de Nuestra Señora del Rosario con cincuenta soldados, donde instaló la reducción de ojotas. Este sitio había sido originalmente el asiento de la ciudad de Santiago de Guadalcázar (1626-1632) fundado por Martín Ledesma Valderrama, luego funcionaron los fuertes de San Francisco (1671) y San Rafael (1682), todos destruidos. Es decir que quedaron instalados tres presidios o fuertes con sus correspondientes reducciones de indios prisioneros.

Después de ocho meses de ajetreo por el Chaco, Urizar volvió a Salta a preparar una segunda expedición que concretó al año siguiente. En la oportunidad capturaron "100 piezas" en el sur del Chaco y noventa y cuatro en el norte, que fueron conducidas a las reducciones. Se estableció el cuartel general en Balbuena, donde se llevaron a los isistines, arostines y toquistines, además de reconstruir el fuerte de palizada.

Pero el primero que tuvo contacto con los lules fue Antonio de la Tijera, con un pequeño grupo comandado por el cacique Galván. Aunque fue el cacique Coronel quien se acercó al fuerte de San Esteban de Balbuena, en el que estaba al frente don Esteban de Nieva y acompañaba el P. Joaquín de Yegros. Los lules acordaron hacer alianza con los españoles y estos aceptaron. Luego se instalaron las otras tres etnias, mientras el gobernador Urizar ratificaba la alianza, imponiendo cuatro condiciones que eran que quedarían bajo vasallaje real sin que se los pudiera encomendar,

que aceptarían el sitio que se les indicara para reducirse, que se reconciliarían con los malbaláes y que tratara de atraer al resto de los lules. Y así lo cumplió el cacique Coronel, incluso incorporándose junto a los malbaláes como soldados de Alurralde y Nieva en una expedición en contra de los mocovíes de Notivirí[493].

Sumándose los lules, la reducción alcanzó un total de mil doscientas almas, prometiéndose que teniendo vida en reducción quedarían exentos de la mita y la encomienda, además de poner en servicio a los jesuitas que levantarían las reducciones al modo de las de los guaraníes[494]. Pero lejos estuvieron de cumplir esto último. Por tanto escribe el gobernador *"hace fabricado una reducción de tapia, con división para cada una de las naciones o parcialidades, a tiro de pistola del presidio, que así mismo es de tapia, con dos cubos que guarecen los ángulos y dentro capaz para dar alojamiento a 150 soldados de guarnición, almacenes, cuerpo de guardia y capilla"*. Lo mismo va a expresar el P. Andreu cuando se refiere a la reducción diciendo que el P. Machoni *"hizo capilla y casa bastante descente, y la ranchería para los indios, todo bajo cerco de pared"*[495].

Estas cuatro parcialidades se las juntó porque hablaban el mismo idioma. Pero eran tantos que para proveerles de educación cristiana, se solicitó al provincial de los jesuitas que se hiciera cargo de la reducción. Pero los jesuitas la aceptaron con la condición de llevarla como lo hacían con las del Paraguay. Fue entonces cuando se enviaron dos operarios y como los indios no eran tan confiables, los españoles les levantaron una casa junto a la capilla del presidio como dijimos antes.

En el informe de Urizar que firmó en Salta el 24 de julio de 1712, menciona las construcciones: *"perfeccionada la fábrica de los tres castillos*

[493] Furlong, 1941: 41.
[494] Machoni, 1732a: 6.
[495] Furlong, 1953b: 101.

y reducciones se retiró el ejército", pero también deja vislumbrado las intenciones reales de la invasión, cuando manifiesta *"habiéndoles quitado el mejor terreno que ocupaban los indios de más de 100 leguas de largo y 40 de ancho"*[496]. Pues de esas mismas tierras, dice Urizar dos años después: *"en el terreno que antes ocupaban los bárbaros hay más de 60 haciendas de campo"*, cuyos propietarios pedían se mantuvieran los fuertes. Mientras que paradójicamente los indios de la reducción de Balbuena estaban padeciendo una mortal epidemia de viruela[497]. En contraposición a todo esto, el gobernador Urizar se llevó el cargo de gobernador vitalicio, por su buen desempeño y siguió entrando periódicamente al Chaco hasta sus días finales.

Desde entonces y a lo largo del Siglo XVIII, hasta la expulsión, la tipología funcional de la reducción jesuítica en el Chaco fue la de la reducción-fuerte. Si bien el primer presidio data del Siglo XVII, recién en el siguiente se concretó una verdadera cadena de fortines en defensa del camino real hacia el Perú y la consolidación de las ciudades españolas. Y fue precisamente desde la campaña de Urizar, que a estos fuertes se le sumó la función de vigilancia de las reducciones, creadas en las inmediaciones. Pero lejos estaban de cumplir sus funciones ante el aislamiento en que se encontraban y sus propias estructuras efímeras[498]. Tan es así que por ejemplo el reducto de San Juan, construido por el maestre de campo don Antonio de Alurralde *"se terminó el fuerte en cinco días"*[499].

Recién en una sesión del Cabildo de Salta, en presencia del gobernador Juan Santiso y Moscoso se planteó la creación de un cuerpo profesional de milicia, llamados "partidarios", que se encargarían de

[496] Pastells, 1933 (V): 299.
[497] Ibid: 345.
[498] Gullón Abao, 1997: 108.

proteger la frontera desde estos fuertes. Una docena de ellos se levantaron para mediados de siglo, aunque varios de existencia muy efímera.

Su tipología funcional era muy sencilla. Generalmente un cuadrado o rectángulo de alrededor de cincuenta varas de frente, rodeado por una fosa, cuya tierra servía para terraplenar una hilera de palos con puntas, que con el tiempo fueron reemplazados por adobes. La mayoría tenía en sus esquinas baluartes techados y con cueros para protegerse de las flechas, como el de Ledesma que contaba con tres. Martínez de Tineo les agregó cañones de fundición o de algarrobo y convirtió los baluartes en mangrullos o atalayas para tener mejor visualización. En su interior se construyeron una serie de habitaciones sobre el muro exterior, donde residían los "partidarios", además de ámbitos para carpintería, herrería, botica, cocina, celdas y hasta capillas, dejando un gran espacio central como plaza donde se practicaban los ejercicios militares. Pero no se cerraban entre sus muros, pues fuera de ellos había corrales para caballos, ganado, huertas y frutales, cementerio y viviendas para algunas familias a las que se les había otorgado merced de tierra.

6.1.1.2. El papel de los jesuitas y el destino de la reducción de lules.

Los jesuitas estuvieron en todo momento con la expedición de Urizar. De hecho el P. Antonio Machoni fue designado capellán castrense por el P. visitador Antonio Garriga. Aunque el Cabildo eclesiástico le confirió el título de vicario general del ejército, título que Machoni no aceptó, argumentando ser opuesto al voto de los profesos del Instituto, que no podían admitir dignidades fuera de la Compañía. Fue nombrado junto con los PP. Francisco Guevara, Baltasar de Tejeda y Joaquín de Yegros, ya

[499] Furlong, 1941: 34.

que el gobernador estaba convencido de llevar misioneros, pensando que los indios aceptarían reducirse luego de ser sometidos[500].

Fue entonces cuando se designó al P. Machoni para fundar con ellos una reducción, luego de una intensa predicación entre los infieles. Efectivamente así lo hizo en esta segunda campaña de Urizar de 1711, cuando se fundó la primera reducción de indios lules, con las parcialidades mencionadas, ubicada sobre la barranca izquierda del río Pasaje o Juramento y cercana del real presidio de Balbuena. El gobernador *"Dispuso que los mismos soldados españoles les edificasen las casas, cuya fábrica se dispuso dentro de un recinto murado en distancia competente del presidio, de manera que pudiese ser defendida toda la reducción de la artillería del castillo, en las ocasiones que los bárbaros enemigos pretendiesen invadirla"*[501]. Esa es una particular visión que brinda el P. Lozano, pero recordemos que los indios reducidos, en realidad estaban presos y si había que hacer murallas era para que sus compatriotas no vinieran a liberarlos ni estos se escaparan. Aunque también y una vez "pacificados", para que sirvieran como soldados. Precisamente Urizar, al solicitar misioneros jesuitas para las dos reducciones, manifestó que en estas reducciones los indios no pagarían tributo por el tiempo que previenen las leyes, ni irían los indios como mitayos a las ciudades españolas *"por ser presidiarios y estar como están obligados a defender su frontera y salir a campaña con los españoles en las ocasiones que se ofrecieren contra los bárbaros"*[502].

La reducción de lules fue –como dijimos- encomendada al P. Machoni, quien como misionero: *"se aplicó luego a su ministerio muy gozoso por ver logrados los deseos de convertir infieles, que le trasladaron*

---

[500] Lozano, 1941: 315.

[501] Ibid: 388.

[502] Ibid: 384.

trece años antes de su provincia de Cerdeña a ésta del Paraguay"[503]. En las otras reducciones, es decir la de San Antonio del fuerte de Ledesma de indios ojotas, los jesuitas no participaron, como lo expresa el memorial al rey del jesuita procurador en España P. Bartolomé Jiménez, por la carencia de operarios suficientes[504]. Ante esta negativa se decidió juntar en una reducción a los ojotas con los malbaláes y que se hiciera cargo de ellos don José de Arregui, quien debía prestar educación y enseñanza a los indios[505], a cambio que fueran encomendados para si por tres vidas. Pero como estos se sublevaron y atacaron el presidio, fueron vencidos y conducidos por el mismo Arregui a su estancia ubicada en el pago de la Matanza en Buenos Aires[506]. En el trayecto los indios trataron de escapar y fueron asesinados, quedando sólo ciento setenta mujeres y muchachos[507].

Durante el devenir del primer año, el gobernador proveyó a los lules de todo tipo de bastimento y alimentos para sustento de los indios, hasta que fueran haciendo sus propias sementeras. Pero debió prolongar sus dotaciones de vacas y granos por cinco años. Mientras tanto y con no pocas dificultades, los jesuitas se encargaron de instruirlos en el cristianismo y a su vez inculcarles que labrasen la tierra por sí mismos.

La reducción de lules llevó al principio el nombre San Antonio en honor al P. Machoni, su primer misionero, aunque pronto el sardo devolvió la gentileza al gobernador, denominándola San Esteban de Balbuena. El P. Machoni inmediatamente escribió un informe al rey para que aprobara y confirmarse lo actuado, a los efectos que no fueran removidos los jesuitas. Consintió el monarca por carta enviada en 1716 por don Francisco

---

[503] Ibid: 385.

[504] AGI, Charcas 165, *Memorial del P. Bartolomé Jiménez*, 15-IX-1716. Pastells, 1933 (V): 326.

[505] Lozano, 1941: 385.

[506] Furlong, 1953b: 119

[507] Pastells, 1933 (V): 298.

Castejón, secretario del Consejo de Indias, al P. procurador en Madrid Juan Francisco de Castañeda. En la carta incluso se autorizó el envío de nuevos misioneros para estas reducciones del Chaco y se recalca la actitud de Urizar para que *"estos operarios estuviesen seguros del recelo de los demás enemigos, había hecho dicho gobernador fabricarles casas dentro del presidio del lado de la iglesia"*[508].

Antes que llegara esta alentadora noticia de España, el P. Machoni debió mudarse, pues Urizar le concedió las tierras de Miraflores y se trasladaron a la nueva reducción que pasó a llamarse con el nombre del nuevo sitio. Allí había estado la desaparecida ciudad de Esteco[509] y por entonces funcionaba el fuerte de Nuestra Señora del Rosario de Miraflores, cuya dotación pasó a Balbuena. La traslación de los indios se llevó a cabo el 10 de agosto de 1715, día del español San Lorenzo Mártir. Los motivos del traslado de la reducción fueron que las tierras no eran lo suficientemente aptas para el pastoreo de vacas y ovejas, que estaban cerca otras parcialidades que querían liberar a los lules reducidos y que los soldados se dedicaban a trabajar la tierra por orden del gobernador y los indios no trabajaban al ver esta facilidad y finalmente porque al fuerte de Balbuena comenzó a llegar todo tipo de delincuentes desterrados que daban mal ejemplo a los indios[510].

Su flamante asentamiento tenía mejores aguas y pastos, mucha madera y cal para los edificios, además de otros beneficios, sobre todo que estaba distante a catorce leguas del fuerte de Balbuena, es decir,

---

[508] Lozano, 1941: 386.

[509] La ciudad de Esteco se fundó en 1609 con los habitantes de las diezmadas ciudades de Nuestra Señora de la Talavera fundada en 1568 y la ciudad de Nueva Madrid de las Juntas, surgida en 1592. Por eso se la llamó Nuestra Señora de Talavera de Madrid, aunque popularmente se la denominaba Esteco. Entró en decadencia a fines del Siglo XVII ante el cambio de rutas utilizadas por los españoles, feroces ataques indígenas y un terremoto en 1692 definitivamente acabó con ella.

[510] Lozano, 1941: 414.

medianamente lejos de los españoles. El gobernador encomendó al capitán don Antonio de Zurita para que primeramente y con los indios se construyeran casas donde morasen. Mientras los misioneros, PP. Machoni y Yegros[511], ocuparon una casa vieja del capitán y utilizaron la capilla del fuerte para los oficios religiosos. Este templo *"que era bastante capaz"*, estaba presidido por la imagen de Nuestra Señora del Rosario, que fue trasladada en 1715 al fuerte de Balbuena, quedando rebautizado el sitio como fuerte de Nuestra Señora de Balbuena.

A partir de entonces todo se desarrolló con normalidad en el nuevo asentamiento de la reducción. Los hombres aprendieron a arar la tierra y las mujeres a hilar para hacer su propia ropa. Incluso y debido a las crecientes del río que lo dejaban sucio por larga temporada, se construyó un canal con agua fresca y limpia que venía de tres leguas, hasta desembocar en un estanque que también construyeron los propios indios. Con tanto trabajo se enfermó el P. Yegros, siendo trasladado a Córdoba y se envió en su reemplazo al P. Juan Antonio Montijo, quien permaneció por más de una década entre los lules hasta que le alcanzó la muerte un año después de retirarse de la reducción[512].

El P. Montijo hizo construir una nueva y más permanente acequia. Mientras las casas amenazaban ruinas, pasó casualmente un negro esclavo

---

[511] El P. Joaquín nació en Asunción del Paraguay el 24 de octubre de 1677, ingresando a la Compañía de Jesús en 1687. Sus últimos votos los dio en Córdoba en 1717, falleciendo en Santiago del Estero en 1757 (Storni, 1980: 311). Fue rector del colegio de Tucumán (AGN, BN, Leg. 70, Ms 62, *Libro de Consultas (1731 a 1747)*, f. 108 v).

[512] El P. Montijo nació en Murcia el 26 de junio de 1674, ingresando al Instituto en Toledo en1691. Llegó a Buenos Aires en 1698 en la expedición del P. Ignacio de Frías, siendo cuatro años después cuando obtuvo el sacerdocio de manos del obispo Mercadillo, profesando su cuarto voto en 1711. Murió en el convictorio de Córdoba el 30 de octubre de 1729 cuando se desempeñaba como capellán de la estancia de Caroya (Storni, 1980: 191). Su noticia necrológica en BCS, Carta Anua 1720-1730, f. 16v. y una biografía suya en Lozano, 1941: 418-422.

albañil que transitaba por allí y les enseñó y ayudó a los indios a levantar nuevas habitaciones, incluso quemando ladrillos y cal[513].

El gran apóstol de los lules, como llama el P. Furlong al P. Machoni[514], tuvo que dejar a sus indios porque en 1719 le llegó el nombramiento de secretario o socio del provincial José de Aguirre. Volvió en su reemplazo el P. Yegros que conocía bien a los lules. Pero llegaron tiempos difíciles con ataques de indios lules de los bosques y sobre todo una cruenta viruela que hizo huir de la reducción a los indios cristianos. Escribe el P. Lozano que sólo quedaron dieciocho adultos y veinte muchachos[515]. Los PP. Yegros y Lorenzo Fanlo[516], que lo acompañaba desde el año anterior, salieron en busca de los lules que se refugiaron en los bosques y no pudieron darles alcance. Volvieron a la reducción para atender a los enfermos que quedaron, de los que murieron catorce, mientras enviaban mensajeros para que volvieran los toquistinés. Y así lo hicieron pero al poco tiempo murieron todos. Siguió la muerte de Urizar (1724) y quedó la reducción sin su apoyo y con ello al libre asedio de los mocovíes, tobas y otros. La situación era caótica y el provincial con los consultores decidieron en 1734 que, a pesar de todo, la reducción debía conservarse[517]. Igualmente después de dos años el P. Yegros levantó la reducción con los pocos indios que quedaron en la estancia del Rosario, propiedad del español don Joseph Grande que vivía con su familia. Muchos indios huyeron al monte, mientras un nuevo ataque hizo replegar al P. Yegros, la familia de don Joseph y los indios, a la sierra de Chucha, al pie de la sierra de los Choromoros.

---

[513] Lozano, 1941: 423.

[514] Furlong, 1953b: 25.

[515] Lozano, 1941: 427.

[516] El P. Fanlo nació en la pequeña Yerba de Basa en Huesca el 17 de julio de 1685, ingresando al Instituto en 1709 y arribando a Buenos Aires en 1712 en la expedición del P. Francisco Burgés. Profesó sus últimos votos en Córdoba en 1726 y murió en San Carlos (Corrientes) el 30 de noviembre de 1728 (Storni, 1980: 95).

Pero también allí se extendieron los ataques y ese mismo año de 1736 debieron refugiarse en el colegio jesuítico de Tucumán donde era rector el P. Lucas Zabala. Los indios se reubicaron en la estancia o potrero de San Javier, propiedad del colegio[518]. Obviamente tantos traslados supuso la pérdida de muchos indios que escaparon a los montes y no fue sólo el continuo asedio de otros indios sino también, como explica la Anua del período, el inocuo parecer de un mercader del Tucumán que les aconsejaba abandonar a los jesuitas, agregando una tercera razón, que era *"la codicia de muchos encomenderos que se quieren apropiar de los pobres indios como si fueran esclavos, pero no lo pueden efectuar mientras están dirigidos por misioneros de la Compañía"*[519]. En la misma Anua se relata el viaje que hizo el P. Ventura Castells en 1734 a las entrañas del Chaco en busca de los lules que se habían marchado, indicando que la autorización de los superiores demoró ocho meses porque temían por su vida entre los mocovíes. El mismo jesuita fue designado compañero del P. Yegros en mayo de1733[520], escribiendo una carta a un amigo, que se transcribe en la Anua, contando aquellas desventuras. Fue acompañado de cuatro lules y un joven español y al día siguiente dio con unas familias que aceptaron seguirlo, pero al segundo día encontró trescientos cincuenta lules. La mayor parte quedó reacia a volver y sólo consiguió que se sumaran cincuenta y cinco a la estancia del colegio[521]. En la Anua siguiente se relata como los lules que se quedaron en el monte, fueron atacados y esclavizados por los mocovíes en varios asaltos. Los pocos que pudieron sobrevivir regresaron a la reducción. En ella también, aunque por poco tiempo, se habían refugiado los isistines por influjo del P. Castell. Luego de estas

---

[517] AGN, BN, Leg. 70, Ms. 62, *Libro de Consultas (1731-1747)*, f. 43.

[518] Furlong, 1953b: 108.

[519] BS, Cartas Anuas 1730-1733, f. 23.

[520] AGN, BN, Leg. 70, Ms. 62, *Libro de Consultas (1731-1747)*, f. 12.

[521] Ibid, f. 23v.

ofensivas hubo respuesta de los españoles que en número de veintidós soldados junto a los lules, salieron a repeler a los mocovíes con éxito, ya que recuperaron ganados y cautivos. Pero en medio de la tranquilidad que se avecinaba atacó la reducción una epidemia de viruela que se prolongó hasta 1737 y que afrontó el P. Castell como *"médico corporal y espiritual, enfermero y sepulturero"*[522].

En la estancia de San Javier sólo estuvieron un año, cuando en 1737 llegó a los lules el P. Pedro Juan Andreu[523], sumándose al P. Ventura Castell. Encontró una reducción de doscientos indios ubicada a cincuenta leguas de Tucumán. El P. Andreu[524] escribió una interesante carta a su hermana, contando sus impresiones sobre la experiencia que estaba viviendo. Se compadece de los lules, que si bien eran muy reacios al trabajo, tenían como peor enemigo a los españoles, que los engañaban con el comercio de miel, y hasta los tenían a muchos de esclavos en sus casas de Tucumán, donde cuenta cómo morían de hambre[525]. Deseaba volver a Miraflores, juntando sesenta familias, pero no pudo ser y el P. Yegros pasó al rectorado del colegio de Santiago del Estero.

Desde el gobierno de la provincia, el P. Machoni (1739-1743) siguió ocupándose de los lules, estimulando al P. Andreu para que redujera a los vecinos isistines y omoampas. El provincial visitó la reducción dejando un memorial con expresas órdenes de cumplir con la enseñanza de la Doctrina,

---

[522] BS, Cartas Anuas 1735-1743, Estante 12, f. 348v.-350.

[523] AGN, BN, Leg. 70, Ms. 62, *Libro de Consultas (1731-1747)*, f. 56.

[524] El P. Andreu nació en Palma de Mallorca el 26 de noviembre de 1697, ingresando al Instituto en 1733 y viajando al año siguiente con la expedición del P. Machoni. Sus primeros votos los profesó en 1735 y su sacerdocio el año siguiente de manos del obispo de Buenos Aires, el franciscano fray Juan de Arregui y Gutiérrez. Sus últimos votos los dio en Tucumán en 1743, siendo superior del Chaco, provincial (1761-1766) y rector de la Universidad. La expulsión lo encontró en el Colegio de Córdoba y luego de ser conducido a Italia, murió en Ravena el 24 de febrero de 1777 (Storni, 1980: 14-15). Además, biografías de este ilustre misionero del Chaco, en Salva, 1947: 65-136 y Furlong, 1953b.

[525] Furlong, 1953b: 23.

además de incrementar las sementeras de trigo y maíz, no sólo para los indios de la reducción sino también para el colegio y con eso saldar la deuda de los cien novillos anuales y ropa que dio a la reducción. Pero también ordenó al P. Andreu que vaya al Salado, junto al curaca Lulico para que traten con los omoampas y otros infieles a fin que se sumen a la reducción y vengan cuando estén los granos con que alimentarse. También ordenó que aumenten el algodonal para que tengan en que ocuparse las indias y hacer ropa para los niños, se trasquilen las ovejas y se compren lanas en Córdoba para que se vistan todos. Previniendo el aumento de población también decidió que se extienda la capilla hacia el lado del patio[526].

Además, el P. Machoni hizo unos cambios. Envió al P. Castells al colegio de Tarija y señaló como compañero del P. Andreu al P. Pedro Antonio Artigas[527] y se dispuso crear una reducción aparte para los omoampas, enviando para ello al P. Yegros y por compañero al P. Juan de Arizaga; pero no tuvieron éxito en su cometido y regresaron.

La reducción de lules que se ubicó en el paraje conocido como La Reducción, propiedad de los jesuitas, fue visitada también por el flamante gobernador Juan de Santiso y Moscoso (1739-1743), cuando iba de camino hacia la residencia de Salta *"pasó por esta reducción, apreciándole mucho*

---

[526] AGN S.IX, 6-9-7 *Memorial del P. Prov. Antonio Machoni para la Reducción de los Indios Lules en la visita del 9 de agosto de 1739*

[527] El P. Artigas nació en Palma de Mayorca el 10 de febrero de 1712, ingresando a la Compañía de Jesús en 1733. Al año siguiente llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Machoni. Profesó sus primeros votos en 1735 y en 1738 su sacerdocio entre los lules. Sus últimos votos los da en Tucumán en 1747 y muere en la reducción de Miraflores el 9 de agosto de 1758 (Storni, 1980: 23). Una relación de su vida escribió el P. Andreu en 1762 (Reimpresa por Furlong, 1941). Una estampa de su figura bautizando a un indio, fue impresa en la primera edición. La realizó su compatriota Francisco Muntaner (1743-1805), importante artista que trabajó en Madrid, haciendo estampas sobre obras de Murillo y Diego Velásquez. Fue grabador y pintor con una importante obra de carácter religioso. Además de ser miembro de la Real Academia de San Fernando, la Real Academia Española de Lengua le encargó las estampas para una edición del Quijote (1780).

y después la fomentó por algunas muy acortadas disposiciones, pidiendo en una carta dirigida al Padre Castell, que le dijera de qué ayuda precisaba la reducción, pues de su parte nunca se negaría a servirle"[528]. En gratitud, los lules se ofrecieron a acompañar al gobernador como soldados en una entrada hacia los infieles. El P. Castell por su parte, más que pedir algo, usó la carta como escudo contra los españoles que querían se desarmara la reducción para llevarse a los indios.

Mientras tanto el P. Artigas se encargó de catequizar a las familias que trajo el P. Andreu, además de mejorar notablemente el sitio, con la construcción de una represa donde ubicó un molino, y dispuso una curtiduría y telares de lienzo, además de sembrar trigo y maíz, instaló carpintería y hornos de ladrillos, llegando a quemar dos horneadas semanales[529].

Estampa del P. Pedro Antonio Artigas del artista Francisco Muntaner inserta en el libro biográfico del P. Andreu.

El P. Andreu pensaba que la reducción estaba en un sitio peligroso, expuesta a los ataques de indios enemigos, por eso determinó trasladarla a la estancia de Jalla al pie del Aconquija, en tierras donadas para ese fin por don Pedro Bazán en 1742[530]. Constaban de cuatro leguas

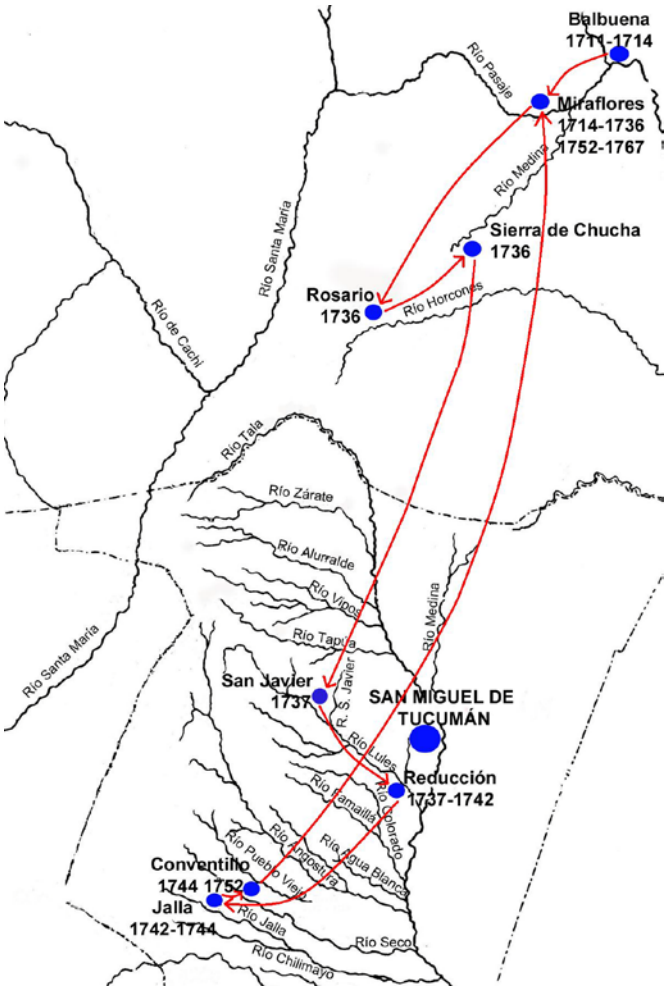
[528] BS, Cartas Anuas 1735-1743, Estante 12, f. 350.

[529] Furlong, 1953b: 31.

[530] Esas tierras fueron de su antepasado don Pedro Bazán Ramírez de Velazco quien fue teniente de gobernador del Tucumán y gobernador de Catamarca. Las tierras las recibió en 1670 junto con la encomienda de los indios aconquijas que luego fueron trasladados para tomar definitiva posesión su nuevo propietario.

para la reducción y diez del potrero del Aconquija para el ganado. Para ello envió al P. Artigas con algunos indios *"y en menos de seis meses tenía ya capilla, casa para los misioneros y indios, corrales para los ganados y copiosas sementeras de maiz y trigo"*. Pero en el sitio comenzó a brotar agua y al darse cuenta que era una ciénaga, tuvieron que trasladarse dos leguas del lugar. Igualmente la donación testamentaria, que fue consentida por la madre de Bazán, fue luego revocada por ella y los jesuitas debieron pleitear por su validez. Ocuparon el lugar pero ya tenían intenciones de volver a Miraflores[531].

Corría el año 1743 cuando fueron visitados por el provincial Nusdorffer, quien fue testigo del estado de abandono en que se encontraban los indios de aquellos valles, y por tanto le envió al P. Tomás Figueroa para que acompañara al P. Andreu y recorrieran constantemente la región. Soportaron hasta el año siguiente, en que se hizo otra mudanza, esta vez a la estancia del Conventillo, donde permanecieron ocho años. El sitio fue escogido por el P. Andreu junto con el corregidor y el alcalde del pueblo. Fue adquirido a doña Teresa Arias, viuda de don



Los diversos traslados de la reducción de lules desde 1711 a 1767.

[531] AGN, BN, Leg. 70, Ms. 62, *Libro de Consultas (1731-1747)*, f. 120.

Pedro Bazán, en trescientos cincuenta pesos. Allí se instaló la reducción, distante dos leguas de la anterior, junto a la casa de la viuda. El P. Artigas edificó ciento siete casas *"capaces y espaciosas"*, con una *"plaza de quinientos pasos en cuadro, y levantó después una iglesia de ladrillo y teja"*[532]. Pero a los dos años advirtieron que el agua les producía paperas que traía gran mortandad en los niños. La reducción estuvo ubicada en los terrenos de la estancia de Lules, cuyas actuales ruinas en realidad, son los edificios que construyeron los dominicos desde 1781, siendo declaradas Monumento Nacional en 1944[533].

Tanto en Jalla como en el Conventillo (ambas en Tucumán), los indios contaban con carpintería y curtiduría, se hacían carretas, jabón, se blanqueaba cera. Se obtuvo una majada grande de ovejas que las mujeres trasquilaban, luego hilaban y tejían mantas para si y ponchos para sus maridos[534].

Mientras el P. Andreu expedicionaba por el Chaco en busca de los omoampas, el P. Artigas seguía con las labores diarias de la reducción. El primero convenció a los omoampas y partieron todos a la reducción del Conventillo. Pero a los pocos meses el flagelo de la viruela cobró la vida de cincuenta personas y pidieron alejarse de aquel lugar, a lo que los jesuitas no pudieron negarse.

El P. Nusdorffer visitó nuevamente la flamante reducción a mediados de 1746, a fines de su mandato. Ordenó hacer un cerco de ramas, en la huerta y en la casa, para que quedara como de clausura, levantando una casita para las indias que atienden en la cocina, además de traer agua al pueblo, para recién después construir los ranchos de los indios e iglesia. El provincial concedió licencia para adquirir los montes de Bartola Araoz y

---

[532] Furlong, 1953b: 32.

[533] Cossio Etchecopar, 1944: 279-286.

[534] Furlong, 1953b: 118.

una parte del potrero de los Medina, para trasladar de a poco las sementeras, teniendo especial cuidado en hacer la casa común de viudas y huérfanos. Ordenó buscar y sembrar papas, mandioca, porotos y batatas. Les recordó a los misioneros que terminen la gramática que estaban preparando en lengua lule y le envíen un ejemplar. También le recomendó al P. Andreu que vaya a las tierras de los isistines[535]. Un memorial adicional a éste, encargó el mismo provincial, que en adelante se de misa en la capilla nueva y no en la vieja por ser ya indecente. Ordenó que se concluya, que los andamios no impidieran el oficio religioso, y que se le ponga puerta de ingreso. También trata sobre que se termine la ranchería para que cuando esté habitable se transfieran a las mujeres y niños[536].

Su sucesor el P. Manuel Querini (1747-1751) visitó el pueblo dos años después y puso especial énfasis en que se tome con todo empeño el edificio de la iglesia, la casa de los misioneros y la de los indios. También recomendó que los domingos, tanto adultos como jóvenes, se instruyan en el ejercicio de las armas. Propuso finalmente que para establecer una buena relación entre omoampas y lules se incite a casar las familias[537]. Pero también el provincial afirmó para 1750 que *"no se han podido cultivar tanto por las continuas transmigraciones, fuga a su suelo nativo; y de la embriaguez conservan todavía fatales reliquias por la cercanía y trato con los españoles, que les venden la materia para conservar este feo vicio, fuera de la que ellos buscan en los bosques cercanos"*[538].

Los lules insistieron con el P. Andreu de trasladarse nuevamente a sus tierras en Miraflores, a orillas del Salado. Y así lo hicieron en 1752, aunque con sólo cuatro familias pues el grueso de la población permaneció en el sitio del Conventillo -ya mencionado- que seis años después contaba

[535] AGN, Sala IX, 6-10-1.
[536] Furlong, 1941: 129.
[537] AGN, Sala IX, 6-10-1.

con sólo cincuenta familias. En Miraflores se sumaron treinta familias de omoampas a quienes se les hizo ranchería aparte. Cuatro años después se incorporó como misionero el P. Juan Fecha[539], que era un buen músico que abrió en la reducción una escuela de música y canto. Junto con él llegó el P. Francisco Ugalde quien tuvo la desgracia de caer muerto en 1756 entre los tobas y mataguayos en la recién comenzada reducción adjunta al fuerte salteño de Piquetillo que quedó destruido.

El 12 de abril de 1760 el superior José Félix del Bono[540] le escribió desde Miraflores al P. Nicolás Contucci, expresándole que la reducción se encontraba *"muy sujeta y muy aplicada al trabajo y a los ejercicios de piedad, de confesión y de comunión"* y demás ministerios[541]. Incluso el año anterior se envió un censo de los lules de San Esteban[542], donde se daba a conocer su población:

Bautizados	Matrimonios	Solteros	Solteras	Adolescentes hombres	Adolescentes mujeres	Niños	Niñas
655	173	8	22	117	92	30	40

La reducción iba creciendo, como lo manifiesta similar planilla para 1761 que brinda la última Carta Anua de la provincia[543].

---

[538] Furlong, 1967: 131.

[539] El P. Fecha nació en Santiago de Compostela el 13 de marzo de 1727, ingresando al Instituto en 1744 y arribando a las costas porteñas en la expedición del P. Diego Garvia en 1745. Los primeros votos los profesó al año siguiente y los últimos en Tucumán en 1762. La expulsión lo sorprendió en Catamarca el 10 de agosto de 1768 y murió en su exilio de Faenza el 3 de enero de 1812 (Storni, 1980: 95).

[540] El P. Del Bono nació en Savona, Italia, el 13 de mayo de 1717, ingresando al Instituto en 1740. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Diego Garvia en 1745. Sus últimos votos los profesó en el colegio de Tucumán en 1752, lugar donde los sorprendió la expulsión y es conducido a Buenos Aires, donde muere antes de embarcar el 8 de marzo de 1768 (Storni, 1980: 78).

[541] AGN, Sala IX, 6-10-5.

[542] AGN, Sala SIX, 6-10-4.

[543] BS, Carta Anua de 1756-1762, Estante 8, copia en AGN-BN, Doc. Nº 4421, f. 11v.

Bautizados	Casados	Solteros	Solteras	Jóvenes	Doncellas	Niños	Niñas
703	193	9	24	68	66	70	80

En 1763 el P. José Ferragut[544] fue designado superior de las reducciones del Tucumán y a su vez cura de Miraflores, teniendo de ayudantes a los PP. Antonio Moxi y Diego González. A los tres sorprendió la expulsión en ese sitio, cuando la reducción contaba con ciento setenta familias con ochocientas almas cristianas[545]. Sucedió a los jesuitas fray Antonio Navarro quien junto con los comisionados Antonio Fernández Campos y José de Molina firmaron el inventario el 1º de setiembre de 1767. La iglesia poseía *"un retablo grande dorado con sus seis nichos con sus imágenes"*. Contaba con sagrario y custodia de plata. Junto al altar había un nicho con una imagen de Jesús Nazareno. Tenía también dos retablos colaterales sin dorar; uno con un Cristo Crucificado, Nuestra Señora de los Dolores, San Juan y una pequeña talla de la Concepción; el otro retablo contaba con las imágenes de San José, San Miguel, San Antonio y una pequeña de María. La iglesia contaba con un púlpito con su sombrero sin dorar, dos confesonarios pintados al óleo y dorados, y en el coro un órgano, acompañados con flautas, violones, violines y un arpa. Tenía una *"torre con cuatro campanas, dos buenas y dos quebradas"*. En la casa de los misioneros había una despensa y almacenes bien nutridos, distribuidos en siete cuartos, un molino, curtiduría y carpintería, además de cuatro aposentos donde vivían los jesuitas y un refectorio con su cocina inmediata. Destacaba la biblioteca con alrededor de ciento treinta ejemplares. En las afueras, la reducción contaba con doce mil cabezas de ganado vacuno, seiscientas yeguas con sus padrillos y algunos burros

[544] El P. Ferragut nació en Palma de Mallorca el 3 de setiembre de 1748, ingresando a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1742 y llegando a Buenos Aires en la expedición de los PP. Diego Garvia y Juan José Rico en el invierno de 1745. Tres años después obtuvo su sacerdocio. La expulsión lo sorprendió en Miraflores, muriendo en Ravena el 28 de junio de 1787. (Storni, 1980: 100 y Page, 2007b: 44).

[545] Furlong, 1941: 170.

hechores, trescientos caballos, cien mulas y doscientas burras, trescientos bueyes, ochocientas ovejas y algunas cabras. Tenían acopiado maíz, trigo, tabaco, cera, cebo y grasa para hacer jabón y sal[546]. Habían transcurrido cincuenta y seis años y la reducción de lules soportó ocho mudanzas.

Actualmente existen unas ruinas de la reducción a unos quince kilómetros de la localidad salteña de El Galpón, conservándose restos de la torre de la iglesia y otros vestigios de un recinto perimetral que podría corresponder a la fortificación[547]. Allí Carmen Puch despidió por última vez a su esposo, el general Martín Miguel de Güemes, en 1821. Por su parte la iglesia de San Francisco Solano, de El Galpón, guarda una imagen de madera tallada por los aborígenes de la reducción jesuítica.

6.1.1.3. La reducción de San Juan Bautista en Balbuena de isistines.

El P. Andreu, en calidad de superior de las misiones del Chaco, recorría constantemente los bosques en busca de diversas etnias que pudiera sumar a las reducciones, como lo había hecho con los omoampas y lo haría luego con los isistines y toquistines. Cuando escribió la Carta de Edificación del P. Pedro Antonio Artigas, cuenta que los isistines estaban emparentados con los lules y hablaban la misma lengua, pero no pasaban de los seiscientos cincuenta individuos con cualidades que destaca como la docilidad y costumbres inocentes. En tiempos de la entrada del gobernador Juan Martínez de Tineo, cuando pasó el general don Luis José Díaz dirigiendo la marcha al Río del Valle con el tercio de Catamarca, el P. Artigas le escribió de los isistines y la facilidad que habría para reducirlos. Asintió el general pasando la carta al gobernador quien respondió que se encontraba en la construcción de dos fuertes con sus reducciones pero que no tendría problema en apenas desembarazarse de ellas fundar esa

[546] ANCh, Vol. 150, p. 5.

reducción con los isistines. Así fue como luego el gobernador se dedicó a abrir un camino más corto a Pitos, donde instaló un fuerte con capilla y quince soldados al mando de un cabo. Lo llamó San Luis en honor a su teniente[548]. Con la anuencia de los caciques Bartola, Juancho y Martín, los isistines aceptaron ser llevados al territorio de Pitos donde a dos leguas, río arriba, se levantó la reducción con la advocación de San Juan Bautista[549].

Díaz venía de hacer una entrada a los malbaláes, matando seis indios y capturando dieciséis mujeres y niños, después de quemar sus casas y llevarse armas y caballos. Luego hizo fundar el fuerte, como cuenta el gobernador Martínez de Tineo al rey relatando las hazañas de Díaz, agregando que el fuerte contaba *"con 12 cuarteles e iglesia"* y que había dejado a dos jesuitas a cargo[550]. Eran ellos los PP. Antonio Ripoll y José Ferragut. El gobernador dejó unas piezas de ropa para que los indios se vistieran, además de cuñas y cuchillos. La reducción se estaba levantando y junto a ella se encontraba una ranchería de indios con cuarenta familias que esperaban se terminase.

Mientras el P. Ripoll se quedó con los indios de Pitos, el P. Artigas, con el apoyo del P. Andreu entró varias veces a los bosques, sacando a los indios y llevándolos al pueblo que estaban construyendo para ellos los españoles de los dos tercios de Tucumán y Catamarca, en junio de 1751. El P. Pedro, por colación canónica del obispo, los atendió como cura

---

[547] Calandra y Tomasini, 1997: 229.

[548] Zorreguieta, 2008: 96.

[549] Una reducción homónima fundaron en 1699 los PP. Juan Bautista Cea y Juan Patricio Ferández en la región de Chiquitos con las parcialidades de boros, taos y morotocos. Se trasladó en 1712 estando a cargo de ella los PP. Pablo de Contreras y Antonio Guasp (Pastells, 1912 (I): 787). También entre los guaraníes y en la región oriental del Tape, el P. Antonio Sepp fundó en 1708 San Juan Bautista, con gente de la reducción de San Miguel. Fue uno de los siete pueblos por los que se disputó la guerra guaranítica (1754-1756), luego del Tratado de Madrid firmado por las coronas de España y Portugal en 1750.

[550] AGI, Buenos Aires, 303. *Carta del Gobernador del Tucumán a SM, Salta* 10-XI-1752. Mateos, 1949b (VIII-1): 61.

propietario. Con no poca dificultad logró congregar a todos los isistines, sin dejar en los bosques algún grupo que luego fuera refugio de los mal contentos. La vida reduccional consistía en la doctrina diaria, pero la tierra no conseguía la expectativa deseada por ser "ardiente y seca", y debieron mudarse junto al fuerte de Pitos donde comenzaron las sementeras. Pero tampoco esta tierra era fértil y escaseaban las lluvias. Debieron mudarse nuevamente y lo hicieron a un sitio ubicado entre Los Pitos y Miraflores, donde estaba el desmantelado presidio de Balbuena desde 1734[551] cuando se fabricó el fuerte del Río del Valle. Aún allí se conservaba la capilla y habitaciones del presidio, mientras que las tierras dadas en merced a pobladores españoles fueron abandonadas[552].

La reducción se instaló en 1753 y se la siguió denominando San Juan Bautista, ahora de Balbuena, comenzando con ciento cuarenta familias. El P. Artigas estuvo con los isistines cuatro años (1751-1755), pasando luego a San Ignacio de los tobas de Ledesma, a quienes le comenzó a construir un pueblo en 1756, aunque poco tiempo, ya que luego se trasladó enfermo a Miraflores.

En su lugar fue el P. José Ferragut, quien luego de obtener su sacerdocio fue enviado al Chaco. Para 1750 se encontraba solo en la efímera reducción de Nuestra Señora de los Dolores del Río del Valle de malbaláes y chunupies, aunque ya estaba designado para acompañarlo el P. Ripoll. Estuvo poco tiempo, hasta que un día los indios solicitaron permiso para visitar a unos amigos y no regresaron más. Lo mismo había sucedido por esa época con la reducción de mataguayos de Ledesma donde se encontraba el P. José Félix del Bono. Al poco tiempo el P. Ferragut fue designado para hacerse cargo de la reducción de malbaláes, levantada junto al fuerte de San Fernando del Rey en 1751. Fue al colegio de Salta y luego

[551] AGI, Charcas 284 *El gobernador don Juan de Armaza y Arregui a SM*, 6-II-1734.
[552] Furlong, 1941: 160.

pasó al sitio del Conventillo con unas familias de isistines que se trasladaron al fuerte de San Luis de los Pitos y en 1753 se agregaron a la flamante reducción de isistines en Balbuena. Tres años después, enterados del martirio del P. Ugalde, los PP. Ferragut y Fecha partieron con un contingente de indios armados rumbo a Piquetillo, donde había acaecido el asesinato y se encontraba el P. Román Arto, quien se quedó entre los mataguayos.

En el verano de 1757 el P. Ferragut profesó sus últimos votos entre los isistines y a fines del año siguiente le escribió al gobernador Joaquín de Espinosa y Dávalos, solicitándole se le concedieran a los isistines las tierras vacas y realengas que habían quedado de las mercedes que otorgó Martínez de Tineo, a españoles del fuerte de Balbuena. El mandatario accedió por carta que firmó al año siguiente con la condición que los isistines auxiliaran a los españoles contra los indios enemigos cuando fuera oportuno[553].

Para 1758 pasó a la reducción de isistines el P. Tomás Borrego[554], quien escribió que el pueblo se componía de tres parcialidades o cacicazgos, los isistines, toquistines y oristines.

Un estado de la reducción de San Juan Bautista de Balbuena nos muestra la cantidad de indios reducidos en 1759[555]:

Bautizados y no bautizados	Matrimonios	Solteros	Solteras	Adolescentes hombres	Adolescentes mujeres	Niños	Niñas
667	147	60	54	56	63	69	71

[553] Zorreguieta, 2008: 136.

[554] El P. Borrego nació en Ecija, Sevilla el 18 de setiembre de 1728. Ingresó a la Compañía de Jesús en 1747 y dos años después llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Ladislao Orosz. Sus últimos votos los profesó en 1764 y murió en Faenza el 31 de enero de 1790 (Storni, 1980: 42).

[555] AGN, Sala IX, 6-10-4.

Una planilla similar de 1762 se envió a Roma en la última Carta Anua[556], donde vemos que luego de tres años hay más familias consolidadas y muchos más niños.

Flias.	Viudos	Viudas	Niños	Niñas	Bautiz. párvulos
193	13	34	160	157	45
Bautiz. adultos	Difuntos párvulos	Difuntos Adultos	Matrim.	Comun.	Almas
1	19	7	8	300	647

Por varias cartas conocemos pormenores de la reducción. El 7 de setiembre de 1762 el P. Ferragut le escribió al H. Miguel Martínez una carta, que fue entregada por el P. Francisco Oliva con doscientos pesos para que le envíe desde Buenos Aires un rollo de lienzo del mediano de las misiones, yerba, tabaco, y si sobra dinero, hachas y azuelas. El 2 de junio del año siguiente, nuevamente el P. Ferragut solicitó, esta vez al P. Juan Francisco Carrió de Buenos Aires, que por unos doscientos pesos que le envió el P. de Jujuy Domingo Navarro, le envíe para Balbuena cien varas de lienzo de lino, dos grupas de cuchillos, dos docenas de sombreros, diez varas de bayeta de Castilla y seis varas de paño azul. El mismo P. Ferragut escribió otra carta al visitador Nicolás Contucci, fechada el 28 de octubre de 1764, cuando ya había sido designado superior de las misiones del Chaco. Le cuenta que recibió simultáneamente dos cartas suyas y otras tantas para el P. superior Félix del Bono, que se las remitió al pueblo de los omoampas donde se encontraba, *"ocho leguas distante de esta reducción y 4 leguas de la de Miraflores"*. Agrega que a principios de ese año hubo ciertos alborotos en aquellas reducciones que hicieron que el superior se retirara de las mismas porque los indios le habían perdido respeto y no admitían que regresara. Ante esta situación el visitador le encargó al P. Ferragut que mediara en el asunto. El P. del Bono incluso había esparcido

[556] BS, Carta Anua de 1756-1762, Estante 8, copia en AGN BN Doc. Nº 4421, f. 12.

que los lules habían pretendido matarlo y esto enfureció a los indios. El P. Ferragut buscó al superior y lo juntó con el corregidor de Miraflores y otros indios principales, logrando que el superior y los indios se disculparan y regresara el superior al pueblo. Incluso el P. Ferragut le aconsejó que no se quedara en el pueblo de lules más de una semana y se fuera al de Balbuena, hasta tanto aquellos perdieran el temor que les había infundido antes, diciéndoles que pediría fueran castigados por el gobernador. Solucionado el conflicto, el P. del Bono decidió ir a Salta para tratar con el gobernador Espinosa la mudanza de la reducción de los tobas. Pero el mandatario no le permitió que volviera a las reducciones, incluso escribió un exhorto al P. rector del colegio de Salta para que acompañara su decisión. Cuando concluyó el gobierno de Espinosa, el P. Ferragut le mandó decir al P. del Bono que regresara, aunque escribía: "procure disponer el ánimo de los lules para que lo recibiesen, porque me habían escrito los Padres de Miraflores que los lules se alborotaban con la noticia de la vuelta del P. superior". Nuevamente el P. Ferragut intercedió con los lules y fue bien recibido con lo que el superior le escribió al P. Ferragut desde Miraflores, contándole que lo habían recibido muy bien. Pero según deja entrever este último, el descontento contra el P. del Bono también estaba extendido en los demás jesuitas del Chaco. Pasó poco tiempo y vino el nuevo gobernador cargado de papeles de su antecesor, con la intención que se retira el P. superior de las reducciones, argumentando sobre el peligro que corrían estas y la frontera, pero el P. Ferragut logró sosegarlo de sus intenciones. Finalmente le cuenta al P. visitador que el P. Romám Arto hizo su profesión en Balbuena el día 7 de octubre en sus manos, al haberse ido el superior al pueblo de los pasaníes para entrevistarse con el gobernador. La última carta es del 25 de febrero de 1765 dirigida al P. visitador, donde hace referencia a la determinación de retirar al P. del Bono del Chaco, quedándose en Tucumán, hasta que lo sorprendió la expulsión el 7 de

agosto. Fue llevado a Buenos Aires pero antes de embarcarse, falleció el 8 de marzo de 1768, a los cincuenta y un años de edad[557].

La reducción de San Juan Bautista perduró hasta los tiempos de la expulsión, cuando contaba con setecientas veinte personas. Estaban a cargo por entonces los jesuitas Tomás Borrego y Luis Olcina[558], quien un mes antes había dado sus últimos votos en la reducción. El P. Miranda al escribir la biografía del P. Muriel, recuerda la visita que hizo por el Chaco en 1764 encontrando al P. Olcina a quien lo "vio trabajar alegremente, entre suma pobreza y miserias"[559].

Los PP. Olcina y Borrego fueron arrestados por el capitán Casimiro Miranda el 27 de agosto de 1767. El militar dispuso comenzar el inventario, cuatro días después, asistido por fray Manuel Díaz de San Luis, que incluso había sido elegido para permanecer en la reducción en lugar de los jesuitas. Se consignó entonces que la reducción tenía setecientas sesenta y cinco almas, donde se hallaba una iglesia con *"un retablo y en él un nicho con la imagen de San Juan Bautista de bulto, de dos varas y otro más mediano de Nuestra Señora del Rosario"*. En otros dos nichos se ubicaban la Virgen de la Soledad y Santa Rosa de Lima. El templo también tenía dos altares laterales, uno dedicado al Niño Jesús, otro al Santo Cristo y una Virgen del Rosario con corona de plata, además de un altar portátil, cuadros, estampas, ornamentos, alhajas, casullas, frontales, ropa blanca, misales, libros parroquiales y de cuentas, etc. Al día siguiente concluyeron el inventario, registrando los objetos de la casa de los jesuitas, compuesta

---

[557] AGN, Sala IX, 6-10-6.

[558] El P. Olcina nació en Gorga, Alicante, el 16 de diciembre de 1733, ingresando a la Compañía de Jesús de la provincia de Aragón en 1748. Llegó a Montevideo en 1755 y seguramente pasó a Córdoba donde hizo su sacerdocio cuatro años después. Murió en Ferrara el 6 de enero de 1777 (Storni, 1980: 302). Tuvo un hermano también jesuita que se quedó en España, y siendo testigo de la expulsión escribió sus memorias, desaparecidas del Archivo jesuítico de Barcelona en 1939, cuando estaba en Sarriá (Domínguez Moltó, 1984).

[559] Miranda, 1916: 252.

de once habitaciones con puertas. Uno era almacén, donde había herramientas de carpintería, herrería y otros trastos. Poseían una biblioteca donde se destacaban veintidós ejemplares del vocabulario lule del P. Machoni, un cuarto para herrería con su fragua, otro para escuela de música y lectura con seis violines, un violón, cuadernos y libros; otro cuarto de despensa, otro de refectorio y los demás vacíos. Contaba con una huerta cercada con varias legumbres, frutales y treinta y tres plantas de parra. En otro patio había un granero con maíz y un cuarto para hacer jabón. Finalmente se consignó que en sus tierras otorgadas por merced real se hallaban *"diez u once mil cabezas de ganado vacuno, cosa de 250 yeguas con sus potrillos y 3 hechores, 80 mulas, poco más o menos de carga y silla, 400 caballos mansos para el manejo de la hacienda"*. Señala también la existencia de *"como 400 entre ovejas y cabras, cosa de 300 bueyes entre mansos y redomones"*, además de una almona de jabón y una provisión de tabaco, cera, yerba y diecisiete carretas [560].

En la actualidad se halla a unos diez kilómetros de los restos del fuerte de Balbuena, descubiertos por Calandra y Tomasini. Se encuentran semiocultos por la vegetación de la iglesia de la reducción de los isistines. Se conserva la pared trasera de la capilla, con su retablo y altar mayor, otra pared lateral con altar y parte de la sacristía. El estado del conjunto arqueológico es bueno, lo que hace pensar a los autores que había sido utilizado hasta entrado el Siglo XX[561].

[560] ANCh, Vol. 150, p. 6. y Bravo, 1872: 438-444.
[561] Calandra y Tomasini, 1997: 230.

6.1.2. Los vilelas y la primera reducción de San José de Santiago (1735).

En las noticias sobre el Chaco que dejó el P. Camaño[562], escribió que estaba habitado por trece grandes naciones. Menciona a los vilelas y, como otras, aclara que eran parte de una mayor compuesta por varias parcialidades, de las cuales estaban los propiamente vilelas, junto con los chunupies, pasanies, atalalas, omoampas, yoconoampas, vacaas, ocoles, ipas, yecoanitas y yoocs. Cuenta que para el Siglo XVIII habitaban las cercanías de Tucumán, entre el Salado y el Grande o Bermejo. Aunque agregamos que no era lugar definitivo, ya que estaban en movilidad no sólo por ser estrictamente nómades sino por la constante persecución de los españoles. Sigue el P. Camaño comentando que se alimentaban de raíces, frutas y jabalíes, bebiendo agua de lluvia que acumulaban en pozos. Pero la guerra de los españoles los hizo trasladarse hacia ambas márgenes del Bermejo, quedando vecinos de los mataguayos. Calcula que son apenas mil seiscientas personas, expresando que es gente pacífica y humilde[563]. El P. Bernardo de Castro[564], del que nos ocuparemos especialmente, coincide

---

[562] El P. Camaño, nació en La Rioja (Argentina) el 13 de abril de 1737, ingresando a la Compañía de Jesús a los veinte años. Terminó sus días en el Paraguay en la reducción de San Javier de chiquitos, donde fue detenido en setiembre de 1767 y embarcado a Europa. En su exilio en Faenza profesó sus últimos votos, pero por diversas circunstancias dimitió en 1800, aunque volvió a ingresar al Instituto en ese mismo año, falleciendo en Valencia el 30 de agosto de 1820 (Storni, 1980: 49). El P. Furlong escribe una minuciosa biografía (Furlong, 1955a). Allí inserta su obra referida al Chaco y otros valiosos documentos como sus cartas a Hervás. Ya lo había hecho en 1931 en la Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología de Montevideo. El original que aún se conserva y hemos consultado, se encuentra en ARSI, Paraq. 13, f. 103-108.

[563] Furlong, 1939: 36.

[564] El P. Castro nació el 1 de agosto de 1729 en La Rioja (Argentina) al igual que el P. Camaño, siendo hijo de don Domingo Castro y doña Clara Sánchez. Trasladado a Córdoba, ingresó al Instituto en 1747 dando sus primeros votos dos años después. Sus últimos votos los profesó en la reducción de San José de vilelas en 1763, lugar donde lo sorprendió el decreto de expulsión. Sus últimos votos los profesó en el exilio de Faenza, donde murió el 15 de marzo de 1781 (Storni, 1980: 60). El texto del P. Castro aún se encuentra en el ARXIU, "Chaco Argentino. Mss de los PP. Camaño, Andreu, Castro, Borrego, Jolis, Arto", AC MI 02, ff. 57-105, con copia de la mano del P. Camaño en el Archivo de Loyola.

con el P. Camaño en la descripción de las parcialidades, aunque no cuenta a los ipas, ocoles y yoocs y agrega a los silvinipis y malbaláes[565]. Expresa que de estos últimos sólo han quedado tres personas pues los españoles habían matado a todos, habiendo sido la parcialidad más numerosa. Su omisión nos da a pensar que las etnias que no nombra ya no existían. Los yonoampas y omoampas eran todos cristianos, pero también habían quedado muy pocos a causa de pestes y guerras internas. Los chunupies y sivinipis si bien no desaparecieron fueron expuestos a una terrible matanza de parte de los españoles entre 1749 y 1750. Igualmente, otro misionero del Chaco como el P. José Jolís, denomina a algunas parcialidades señaladas con otros nombres, el caso de los yoocs que llama guamalcas y a los ipas los llama hipós.

En la extensa descripción que escribe el P. Castro de los vilelas, trata sobre sus viviendas expresando que *"sus casas no tienen puerta con cerradura, porque no tienen cosa que guardar"*. Y recuerda que los hombres sólo cazaban y hacían la guerra, quedando para la mujer absolutamente todo el resto de las tareas. En las mudanzas cargaban con sus hijos y cosas, mientras el hombre iba a caballo con su lanza. Incluso cuenta el P. Castro que *"llegados al lugar de su morada, el marido se tiende luego a lo largo, según su costumbre, y la mujer busca luego algunos palos y paja y arma su casa"*. Continúa expresando: *"En ésta no guarda más medidas ni proporciones que las que pide el largo de su cuerpo para poder estar echados, y viven tan contentos con aquellas cabañas que cuando vienen a la reducción no se atreven a entrar en las casas por ser algo más altas que las suyas, pareciéndoles que se han de venir al suelo"*[566].

[565] Furlong, 1939: 40.
[566] Ibid: 61.

Continúa el P. Castro expresando que los indios en su estado natural *"viven contentos, sanos y robustos, y llegan a una edad avanzada, sin conocer las sedas, el oro, plata"*[567]. Pues así, sin tener a quien mandar y ser mandados, mimetizados con la tierra, era imposible que se sujetaran en pueblos. Por tanto la tarea de los misioneros era difícil y hasta imposible. Ni las cosechas de sus sementeras, ganados y vestuarios lograban que olvidaran su libertad e independencia. Y se pregunta el P. Castro después de tantas malogradas experiencias si con esa libertad *"¿Porqué no podrán vivir y mantenerse con estas mismas cosas siendo cristianos?"*. Pregunta hecha con la ingenuidad de un misionero que estaba distante de los verdaderos intereses del poder.

En realidad los vilelas tuvieron muy poco contacto con los españoles hasta entrado el Siglo XVIII. Sólo habían visto al general Martín Ledesma Valderrama cuando entró al Chaco en 1630, aunque no los mencionó y posiblemente los haya confundido con los lules. Igual cuestión puede haber pasado con los PP. Osorio y Ripari, que tanto recorrieron el Chaco, pero que nada se sabe de un estricto contacto con los vilelas. Con la expedición del gobernador Peredo a fines del Siglo XVII, sabemos que su ejército encontró desierta una población de vilelas que habían huido ante su avance.

No sucedió lo mismo con la mencionada expedición al Chaco que emprendió el gobernador Urizar en la primera década del Siglo XVIII. Pues sabía de lo pacíficos que eran y que incluso eran enemigos de otras naciones guerreras que tenían en vilo a los españoles. De tal forma que el mandatario envió a un grupo de españoles al mando del maestre de campo don Juan de Elizondo, quien avanzó sobre el Bermejo hasta alcanzar un poblado de chunupies que los recibieron cordialmente. Luego de varios diálogos, el cacique Vemán accedió a una paz, aliándose frente a sus enemigos comunes: los mocovíes, tobas y aquilotes. Se llegó a hablar de

[567] Ibid.

reducirse pero no pasó de allí y de la expedición de Urizar sólo se contabilizó la reducción de lules que tratamos antes.

Las conversaciones y estado de paz se mantuvieron hasta la muerte de Urizar en 1724. Por entonces y en el informe que mencionamos del procurador Juan José Rico, que elevó al Consejo de Indias[568], cuenta cómo, entre 1724 y 1726, la nación de vilelas fue hasta Santiago del Estero a solicitar que se arbitraran los medios para que se les redujera en un pueblo con misioneros que los atendieran. Posteriormente el pedido fue reiterado por los indios del Salado al sargento mayor Joseph Antonio Ituarte, quien dio con ellos por primera vez, junto con el teniente Pedro de Herrera, e informó al Cabildo de Santiago que dilató el tema por falta de fondos para financiar una reducción[569]. El gobernador de Tucumán exhortó el pedido al provincial de los jesuitas, quien envió al P. Joaquín de Yegros. Pero se suscitó la cuestión que los jesuitas y vilelas querían que se hiciese la reducción en sus tierras, sobre el Bermejo, mientras que los españoles los querían cercanos a la ciudad, justamente para servirse de ellos y fueran escudo ante ataques de indios rebeldes. Por ese motivo no llegaron al acuerdo que esperaban tanto los jesuitas como los vilelas.

Mientras tanto el sucesor de Urizar no hizo nada por profundizar las buenas relaciones con los indios. Sin embargo el gobernador don Manuel Félix de Arache (1730-1732) emprendió una entrada al Chaco, reparando los fuertes y masacrando a cuanto indio se cruzara por su camino. Entre ellos los vilelas del Salado, lo cual provocó una reacción en contra de los vecinos de Santiago del Estero quienes argumentaban que desplazando a los vilelas dejarían desprotegida su ciudad, además de romper el compromiso de paz que habían acordado[570]. La reacción pronto se produjo

[568] AGI, Charcas 348, *Informe del P. Juan José Rico al Consejo de Indias*, 16-VII-1743.
[569] Larrouy, 1927 (II): 99.
[570] Ibid: 103.

con ataques indígenas que alcanzaron el valle de Salta en el verano de 1735 que produjo una conmoción enorme entre los españoles.

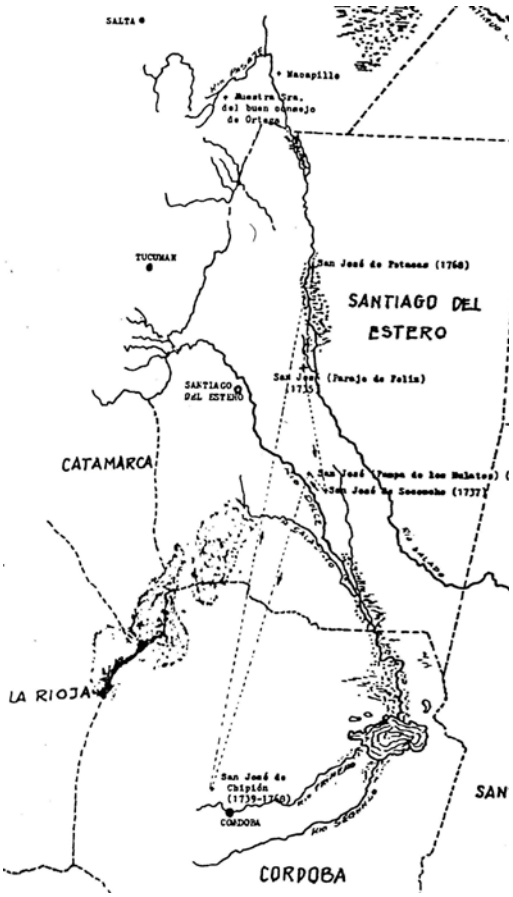
Los vilelas insistieron con la paz y fueron entonces a repetir su pedido a las autoridades de Salta. Se reunieron unas trescientas familias que al final fueron convencidas por la persuasión de los españoles y admitieron se fundase una reducción entre las ciudades de Salta y Tucumán con un clérigo doctrinero. En medio de ello el obispo José Antonio Gutiérrez de Ceballos[571] se interesó en el tema y decidió ir a ver a los vilelas al Salado, aunque sólo llegó a Guañagasta de donde mandó como emisario al vecino del curato de Matará[572], don Domingo de Céspedes para que hable con el cacique principal Samac Zacpa y lo invite a él y a todos los curacas para que vayan a Santiago a tratar con el obispo. Este grupo de vilelas habitaban las orillas del Salado a treinta leguas de Matará en el sitio llamado Conejo.

---

[571] Gutiérrez de Ceballos nació en Toranzo, Cantabria, en 1682 y falleció en Lima en 1745, cuando estaba al frente del arzobispado limense. Estudió en Salamanca donde fue nombrado Caballero de la Orden de Santiago. Llegó a América en 1713 como inquisidor en Cartagena de Indias, cargo que continuó desempeñando en Lima hasta 1730 en que fue nombrado obispo del Tucumán (Mendiburu, 1876 (II).

[572] Los matarás fueron una etnia hoy extinguida, con legua tonocoté, que vivían originalmente en las orillas del Bermejo. Fueron tomados en encomienda por vecinos de Nuestra Señora de Talavera (1567-1609), ubicada en la ribera oriental del Salado y luego por los de Concepción de la Buena Esperanza (1609-1692). Los indios se dispersaron y un grupo quedó en el Salado, en Santiago del Estero, conviviendo para el Siglo XVIII con las parcialidades de vilelas de los ataláes y los malbaláes que posiblemente eran tribus matarás.

Céspedes trajo a la ciudad a once caciques, entre ellos el principal. Se alojaron en la casa del obispo y luego de pedir informes a otros vecinos como al hermano de Ytuarte, acordó por Auto del 16 de agosto de 1734, nombrar al sacerdote santiagueño José Teodoro Bravo de Zamora, quien era por entonces doctor en teología y como ayudante al licenciado Francisco de Luna y Cárdenas, hijo del teniente de gobernador de Santiago del Estero. En el mismo documento prohíbe con toda severidad, y lo ratifica el gobernador, que "ninguna persona de cualquier calidad y condición que sea, español, negro, cuarterón o mestizo, ni por ninguna causa, pretexto, ni motivo, vaya ni entre a sus tierras". Esto era por los abusos que continuamente cometían los españoles ante el entusiasmo de los indios de recibir el cristianismo, que les vendían naipes por imágenes sagradas y canutos de lacre por sangre de Cristo. El obispo también dejó asentado que la reducción llevará el nombre de San Jose de Santiago y que la iglesia se dedicará a San José, presidiendo el altar mayor la imagen de Nuestra Señora de la Concepción, flanqueada por San José del lado del Evangelio y Santiago del lado de la Epístola[573].



La reducción de vilelas y sus traslados (Celton, 1991).

Al escribir la biografía del P. Andreu, por entonces superior del Chaco, el P. Peramás relata los avatares de aquella primera reducción ubicada cerca de Matará y a sesenta leguas de Santiago, en la que el mismo

[573] Larrouy, 1927 (II): 117-120.

obispo se trasladó desde Córdoba al flamante sitio, que llaman de Don Feliz (antes Asogasta el viejo), para asistir a la erección de los primeros edificios que costeó a sus expensas, morando entre los vilelas por algunas semanas. Los gastos debieron ser excesivos, pues debió además de construir viviendas, hacer frente al propio sustento de los indios. Efectivamente un extenso inventario da cuenta de los ornamentos y alhajas completas que dio para la nueva iglesia, además de herramientas, ropa, doscientas vacas, doce bueyes, doscientas ovejas, veinticinco cabras, doce yeguas y alimentos[574]. Incluso unas extensas instrucciones que abarcan todo el desarrollo de la vida reduccional. Expresa el obispo que llegados al pueblo donde vivían vayan con Ituarte y Céspedes, que conocían la región, a buscar un sitio adecuado para la reducción. Una vez encontrado debían levantar una ramada para celebrar misa y doctrinar, y otra para los doctrineros. Luego encontrar el sitio para la iglesia que debía ser: "de una nave y un solo altar en ella, la que será lo más grande que se pueda, con soleras altas y bajas en pies derechos o pilares, todo de quebracho colorado". Incluso llevando "por la parte exterior corredores para el resguardo de las paredes". Pero además las instrucciones trataban el tema urbanístico, señalando que "hagan pueblo y vecindad, calles y cuadras con plaza que situará en la puerta de la Iglesia". Mientras que las casas de los indios que "sean a lo menos fuertes y permanentes"[575].

Para octubre del año siguiente contaba con doscientas ochenta y seis personas de los que predominaban los vilelas y unos pocos yucunampas, ubicados en ciento cuarenta y ocho ranchos. Tenían una chacra con maíz, porotos y frutales, pero no era suficiente para alimentar a todos, ni siquiera las provisiones de ganados que enviaba periódicamente el obispo[576]. La reducción se había iniciado con la construcción de una capilla que por

[574] Ibid: 123-125.
[575] Ibid: 126.
[576] Celton, 1991: 88.

orden del gobernador don Juan de Armaza y Arregui debían construir por turnos indios mitayos de los pueblos de Matará y alrededores[577].

El párroco estaba plenamente empeñado en no sólo llevar adelante la reducción dejando en ella su propio patrimonio, sino que además viajó a Potosí y Chuquisaca para recolectar limosnas para su causa, logrando juntar cuatro mil escudos. Había dejado como sustituto al clérigo Lorenzo Suárez de Cantillana, quien con los años fue nombrado obispo del Paraguay. Pero el celoso sacerdote murió en 1748, antes de regresar a la reducción y ese dinero nunca llegó a los vilelas[578].

En medio de tantas dificultades se sumó el fallecimiento de uno de los caciques principales y sus seguidores se volvieron al Bermejo. Un avance de mocovíes en las proximidades de la reducción fue determinante para que otro grupo se trasladara en 1737 al paraje de Soconcho, junto al río Dulce, donde fueron utilizados en el frente de guerra contra los abipones. Estuvieron poco tiempo, ya que una peste de viruela los obligó a trasladarse a un paraje cercano llamado Pampa de los Mulatos. En esos tiempos estuvieron acompañados por los curas Leopoldo del Campo y los hermanos Juan y Francisco Solano Salvatierra. El pueblo de San José fue parcialmente abandonado. Pero el obispo Ceballos no desistió ante tantas escisiones y en 1738 compró las tierras de Chipión, distante cinco leguas de la ciudad de Córdoba. Habían sido de la parcialidad homónima que se había extinguido y sus tierras reclamadas en merced por el vecino de Córdoba don Leandro Alejo Ponce de León. Las escasas setenta personas que fueron de la partida llegaron en enero del año siguiente, quedando a cargo los maestros Leopoldo del Campo y Francisco de la Barreda Samartín y como alcalde el indio Miguel Guaquiniany y fiscal de la doctrina el también vilela Francisco Maclet. Construyeron una modesta

[577] Bruno, 1968 (III): 484.
[578] Peramás, 1946: 161-162.

capilla de adobes y madera con techumbre de paja, consagrada por el mismo obispo el 19 de marzo de 1740. Se bendijo el Santísimo Sacramento con las imágenes de Nuestra Señora de la Concepción, San José y el arcángel San Miguel. Al irse a Córdoba y regresar a la reducción al año siguiente, el obispo hizo construir campanario con ladrillos y piedras, donde colocó tres campanas, además de agregar a la capilla una pila de agua bendita[579]. Pero algunos indios fueron usados en encomiendas, otros en la construcción de la Catedral, amén que sus tierras fueron continuamente invadidas por los españoles. A duras penas se mantuvo entre 1762 y 1768 bajo la tutela del franciscano fray Pedro de Aguirre, hasta que su destino tomó un nuevo rumbo al abandonar el lugar y por orden del obispo Abad Illana se unieron con el pueblo vilela que había sido de los jesuitas en Salta en 1768[580].

6.1.2.1. La reducción de San José pasa a los jesuitas y se traslada a Petacas (1761-1763).

A la muerte del párroco Bravo de Zamora y luego de todas las calamidades padecidas, los indios se dispersaron quedando tan sólo cinco o seis familias en el antiguo sitio de Feliz, que se llamó San José del Salado. Por su parte el obispo había dejado su sitial para convertirse en Arzobispo de Lima, dejando escrito que a su muerte, su corazón fuera depositado en la iglesia de los vilelas de Chipión. Pero la preocupación del prelado no la heredó su sucesor. Sin embargo se dedicó atender la reducción como pudo el sacerdote Clemente Jerez y Calderón que a su vez era párroco de Salavina y por sus años sólo podía visitar la misma pocas veces al año, recorriendo treinta leguas de distancia. Estuvo junto a los vilelas por tres años hasta que aconsejó se entregara el derruido pueblo a los jesuitas. Así

[579] Bruno, 1968 (III): 487.
[580] Celton, 1991: 94-96.

lo decidió luego el obispo Pedro Miguel de Argandoña (1745-1767), consultando previamente al provincial José Isidro Barreda (1751-1757) que en principio opuso cierta justificada resistencia. Pero el prelado se dirigió al gobernador don Juan Francisco Pestaña Chumacero (1752-1757) para que interpusiera su pedido, logrando su cometido. El P. Barreda habría asentido aún antes, poniendo por condición que la reducción debía ser traslada a un sitio más adecuado, es decir, con mayores posibilidades de sustento y sobre todo lejos de los españoles[581].

Se avecinaba una nueva etapa con un futuro promisorio. En 1757 el P. Barreda otorgó su beneplácito al obispo y designó para la reducción al P. Martín Bravo[582], que se encontraba en el colegio de La Rioja, y por compañero al joven P. Pedro Ruiz[583]. Este último y por cuestiones de salud fue reemplazado diez años después por el P. Francisco Almirón, según decisión del visitador Nicolás Contucci que estaba a cargo de la provincia.

Ambos jesuitas partieron de Santiago del Estero con donecillos (limosnas) que concedió el rector del Colegio Máximo P. Manuel Querini. Al día siguiente fueron recibidos en la reducción por el clérigo de turno, quien le hizo entrega de los pocos ornamentos de la iglesia. Encontraron *"La iglesia o Capilla que ni para cocina podía servir; la casa parecía cueva de fieras y no habitación de racionales sin una silla, ni mesa, ni ajuar alguno de casa, un libro de Parroquia con una matrícula de*

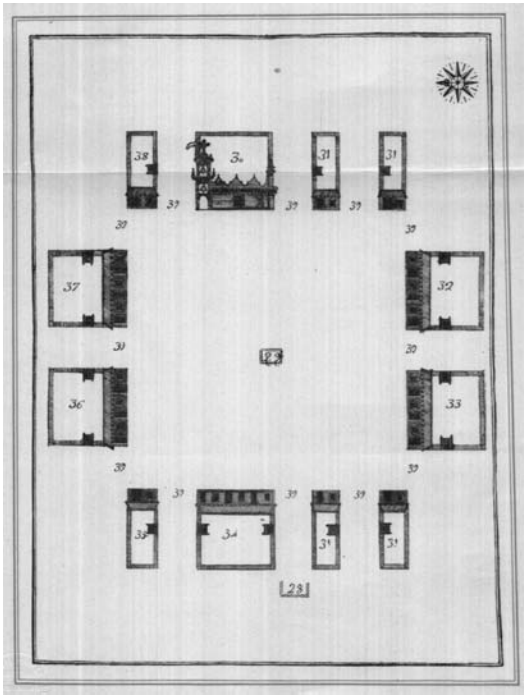
[581] Furlong, 1939: 85.

[582] El P. Bravo nació en Santiago del Estero el 11 de noviembre de 1713, ingresando al Instituto en el verano de 1735 y obteniendo el sacerdocio tres años después. Sus últimos votos los profesó en el colegio de Tucumán en 1747, muriendo en el colegio de Tarija el 9 de marzo de 1761 (Storni, 1980: 43).

[583] El P. Ruiz nació en Cañada de Biar, en la provincia de Alicante el 3 de octubre de 1726, ingresando al Instituto a los veinte años. Llegó a Colonia de Sacramento el primer día de 1749 en la expedición del P. Ladislao Orosz. En Córdoba obtuvo sus últimos votos en 1763. Luego de su paso por los vilelas, donde permaneció una década, fue enviado a Chiquitos donde en la reducción de San Ignacio fue detenido y deportado el 29 de setiembre de 1767. Muere en Faenza el 7 de marzo de 1773 (Storni, 1980: 254 y Page, 2007b: 48).

feligreses” que sumaban trescientos ochenta, pero no se sabía donde estaban[584].

Los jesuitas pudieron localizar a los caciques que vagaban por los montes, repartiendo los objetos que habían traído. Trataron con ellos que las tierras de la reducción eran poco fértiles y no ayudaba el sitio a levantar lo que parecía estaba casi perdido. Efectivamente, se dieron cuenta que había que trasladar la reducción a un sitio más acorde, pero no pudieron obtener permiso de las autoridades. Se mantuvieron como pudieron durante varios años en los que tuvieron que soportar diversas calamidades. Pero pudieron juntar unas mil quinientas almas, cuando el P. Bravo decidió con la anuencia de los indios, hacer el traslado cuanto antes. Al no haber una resolución inmediata comenzó ganando tiempo con el pedido de autorización al gobernador y este al virrey para ese traslado del Salado al norte, en Petacas. Pero tuvo toda clase de oposición de los santiagueños, pues el traslado los perjudicaba al quedarse sin los vilelas para su servicio. Incluso los españoles comenzaron a propinar algunas vejaciones contra los indios, de los cuales muchos debieron huir a sus tierras. Quedó una cuarta parte, mientras el nuevo gobernador don Joaquín Espinosa y Dávalos (1757-1764), puso obstáculos, dilatando la mudanza por dos años. Luego llegó



El P. Furlong escribió que ciertamente no hay indicio de qué reducción puede ser este plano, pero es seguro que no es guaraní y que tal vez sea el pueblo de San José de vilelas que fundó el P. Castro, quien escribe que las casas de indios eran de paja y palos. Si fuera así la fecha de composición podría ser 1762 (Furlong, 1936).

[584] Furlong, 1939: 91.

una epidemia de viruela donde murieron muchos adultos y niños. Pero a los cuatro años el provincial Alonso Fernández (1757-1761) envió al P. Bravo a Tarija y en su lugar designó al P. Bernardo de Castro, que llegó a la reducción el 24 de junio de 1760 con órdenes de no hacer la mudanza y de tratar de dejar contentos a indios y españoles, advirtiéndosele que iba a un pueblo que estaba mal en lo temporal pero peor en lo espiritual[585]. Apenas llegó, envió al P. Ruiz a Córdoba y Buenos Aires para que buscara recursos para sustentarse.

Su compañero regresó a fines de ese año con el H. Juan Segismundo, quien llegó muy contento a la reducción, alegrando al P. Castro con la limosna que les dispensó el visitador P. Contucci y el procurador de provincia P. Parodi. Pero lo cierto es que esperaban ganados y vestimenta, aunque nada de eso trajeron, y los indios se fueron al monte porque no tenían que comer. De todo esto nos da cuenta el P. Furlong al publicar las cartas que al P. Contucci, les enviaron tanto el P. Ruiz como el P. Castro, el primero eternamente agradecido y el segundo reprochando lo que esperaban y que los mil pesos que se habían destinado a la reducción se enviaran cuanto antes, pues *"con puchitos no se puede hacer cosa de provecho, ni adelantar nada como VR lo sabe mejor que yo"*[586].

El tema del traslado era una necesidad imperiosa que finalmente los indios tomaron conciencia y rogaron al P. Castro se hiciera de una vez para alejarse de los españoles. Así fue como se lo manifestó el cacique principal y varios otros, a lo que el P. Castro primero respondió con astuta indiferencia, pero luego les exhortó que la mudanza debía hacerse dentro de los próximos dos días, para que no se enteraran las poblaciones vecinas. Así fue que inundados de alegría partieron al tercer día para caminar ochenta leguas de distancia, avanzando sólo una o dos por día, debido a los

[585] Ibid: 92.
[586] AGN, Sala IX, 6-10-4.

trastos que llevaban, además de los ancianos y niños que debían recorrer ásperos caminos de bosques, pantanos y desiertos sin agua. Pero el P. Castro temía de cualquier determinación de los españoles en contra, y mientras se realizaba la transmigración viajó a Santiago para desechar cualquier influencia que pudiera coartar el tan deseado viaje. Primero habló con el rector del colegio, luego con el teniente de gobernador y una vez convencido, éste escribió al gobernador justificando lo hecho y pidiendo licencia al virrey. Con esa carta fue el P. Castro a entrevistarse con el gobernador de Salta quien asintió y ordenó que los vecinos de Santiago no molestaran a los misioneros y a los vilelas, especialmente los meleros españoles que usaban a los indios para buscar cera y miel en los bosques. Con las órdenes del mandatario, el P. Castro volvió llevando pan y otros comestibles, además de aliento para concluir la empresa.

Varios meses tardaron en escoger el sitio adecuado, pasando ocho leguas delante de Petacas. Se ubicaron sobre la ribera oriental del río Pasaje o Salado, en una zona alta y de prodigiosa vegetación y fauna. Según una carta del P. Ruiz, de enero de 1762, el sitio escogido por el P. Castro se llamaba Ilario, localiza en la otra banda del Salado, cuatro leguas más arriba de Botija.

El 19 de marzo de 1763 se señalaron en el sitio los lugares para edificar sus casas. El P. Castro explicó nuevamente el tema, diciendo que no pueden hacer casa durable, pues tienen la costumbre que si muere un indio, se queman todas las casas y se levantan otras en otro sitio. Entonces expresa luego cómo las construía: "*clavan en el suelo dos filas de gajos de árboles y forman una bóveda con las puntas. Lo largo de las casas es de sesenta a setenta varas o más, coforme la familia, porque toda una parentela hace una casa. La bóveda de las ramas las cubren con paja. Cada familia tiene su puerta, y así aquella cabaña larga tiene tantas puertas cuantas familias tiene aquella parentela, pero sin división alguna*

en medio. Las puertas las ponen al oriente o norte y nunca al sur, por ser muy frío el viento en aquel país. Los arquitectos y trabajadores de estas casas son las mujeres; los hombres no ponen mano en estas cosas; su colchón es un poco de paja puesta en el suelo y cuando más regalada es la cama, ponen unos cueros de cerdos monteses; la cabecera o almohada un pedazo de palo, su cobertor lo que llevan consigo todo el día, y los que andan desnudos duermen así; por eso, especialmente en el invierno, cada familia en su pertenencia o departamento hace dos o tres fogones y duermen en medio de ellos". Pues así hicieron sus casas los vilelas en la nueva reducción.

El P. Castro fue sorprendido por el decreto real de la expulsión el 16 de agosto y conducido rumbo a su definitivo destierro, junto con todos sus compañeros de las misiones chaqueñas[587]. El inventario que contabilizó cuatrocientas treinta almas, fue realizado por el mencionado capitán Casimiro Miranda, asistido por el fraile Francisco Arce, comenzando la tarea el 8 de setiembre. Como en esta serie de inventarios no se describen los edificios sino sus contenidos, señalando solo la *"iglesia con su altar y sacristía"*. El primero contaba con dos nichos: *"uno grande y otro pequeño"*, el grande con el conjunto de Jesús, María y José, de bulto; también un Santo Cristo y un Niño Jesús en un cajoncito. El nicho pequeño tenía de bulto un Señor de la Paciencia pequeño y un Santo Cristo Crucificado, además de un cuadro de Nuestra Señora del Rosario y otro de la Inmaculada. La sacristía tenía varias alhajas, casullas, frontales, estolas, palias, etc. Al otro día inventariaron la casa de los misioneros: *"la que se componía de una estacada en cuadro, y dos puertas pequeñas con sus candados y en ella edificados los aposentos"*. Había una ramada que hacía de herrería y cinco cuartos. En uno se ubicaban las herramientas pertenecientes a la carpintería, otro la biblioteca con variados libros,

[587] Mateos, 1949b: 1301.

depósito o despensa, cocina y el último cuarto vacío. La reducción contaba a su vez con cuatro carretas viejas y tres nuevas en construcción. El mismo P. Castro dejó un inventario del ganado donde figuran cuatro mil quinientas vacas, alrededor de trescientas cincuenta yeguas, ciento veinte caballos, ovejas, bueyes y mulas[588]. El sitio fue visitado en 1958 por el historiador Carlos A. Reyes Fajardo, encontrando pequeñas elevaciones de terreno y vigas de madera con rastros de labrado[589].

6.1.2.2. Tres reducciones de vilelas en Macapillo, Ortega y Laguna de los Patos.

Tanto la reducción de San Joaquín o Nuestra Señora del Buen Consejo de Ortega de vilelas-omoampas, como la de Nuestra Señora del Pilar de Macapillo de vilelas-pasaníes, tuvieron un origen común en 1763. Fueron formadas con parte de indios de San José y otras etnias vilelas, reclutadas en las tres expediciones que realizó en el Chaco el P. Roque Gorostiza[590], a quien se sumó en la última el P. José Jolís[591]. Mientras que la tercera reducción, llamada Nuestra Señora de la Paz de la Baltoleme o Laguna de los Patos de vilelas-chunupíes (1764), tuvo una corta duración.

---

[588] ANCh, Vol. 150, p. 7. Bravo, 1872: 431.

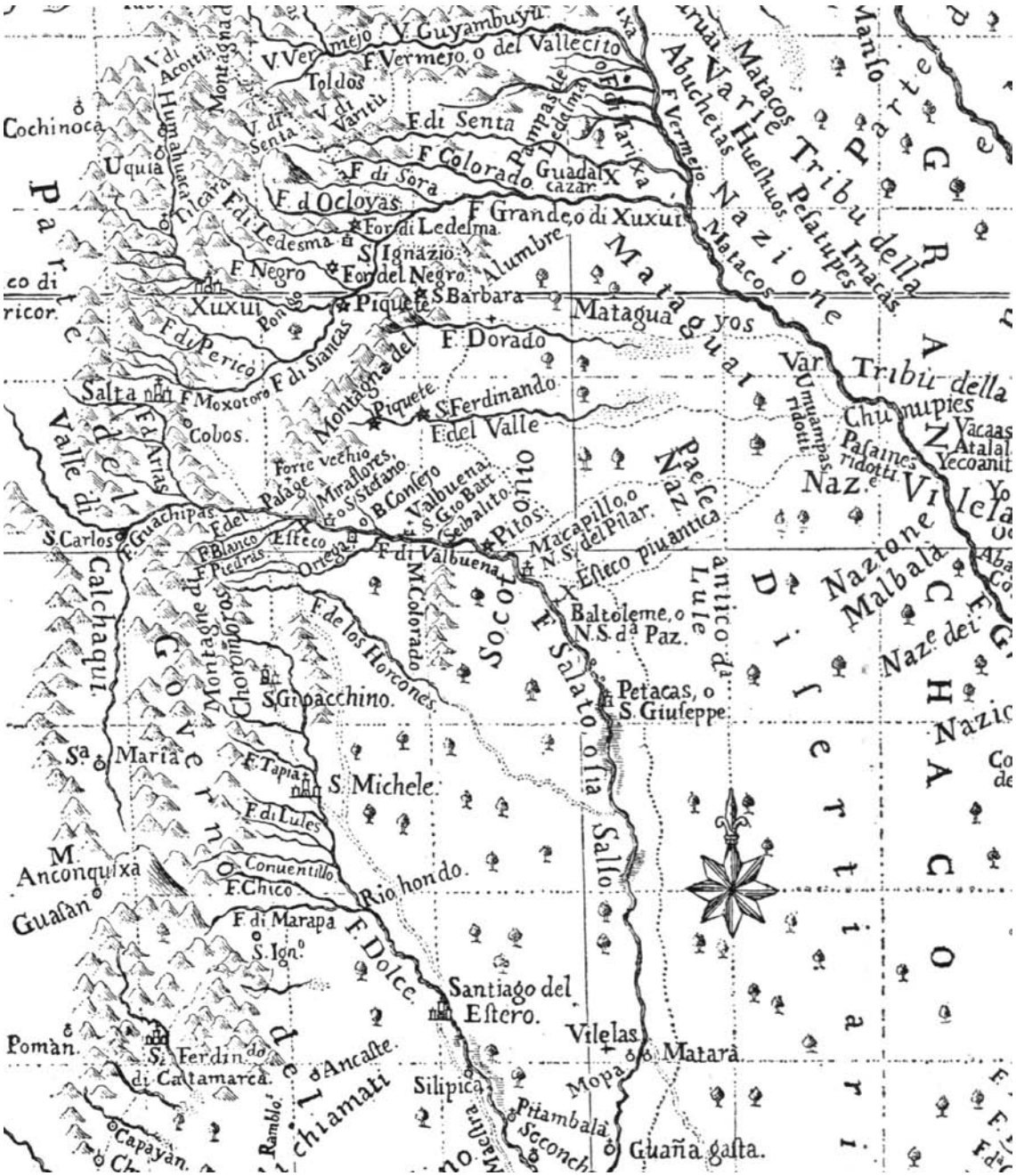
[589] Calandra y Tomasini, 1997: 230.

[590] El P. Goroztiza nació en Tarija el 14 de marzo de 1726, ingresando a la Compañía de Jesús en 1745. Dos años después profesó sus primeros votos, alcanzándolo la expulsión en la reducción de Ortega. En el exilio da sus últimos votos en Ravena en 1771, muriendo en Roma el 8 de enero de 1808 (Storni, 1980: 127).

[591] El P. Jolís nació en San Pedro de Torrelló, de la provincia de Barcelona el 28 de octubre de 1728. Ingresó al Instituto y llegó a Montevideo en 1755 y tres años después obtuvo el sacerdocio. Fue expulsado y conducido al exilio desde la reducción de Macapillo, haciendo sus últimos votos en Ravena en 1769 y muriendo en Bolonia el 31 de julio de 1790 (Storni, 1980: 151). Proyectó publicar una gran obra referida al Chaco en cuatro tomos. Pero sólo pudo publicar el primer tomo titulado *Saggio sulla storia naturale della provincia del gran chaco*, impreso en Faenza en 1789. Cuando se aprestaba a publicar el segundo tomo el P. Jolís falleció y se perdieron los originales. Este primer tomo fue publicado con introducción de Ernesto Maeder y con el título de *Ensayo sobre la historia natural del Gran Chaco*, Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades, Instituto de Historia, 1972.

Los omoampas fueron vistos mucho tiempo antes de estas fundaciones por el P. Juan Pedro Andreu quien conoció al cacique Sanasacpa. Eran pacíficas personas que dedicaban mucho tiempo a recolectar cera que comercializaban con los españoles. Por eso el jesuita solicitó licencia al provincial Sebastián de San Martín (1738-1739) para poder levantarles una reducción. Luego de obtenerla fue confirmada por el provincial Antonio Machoni (1739-1743), señalándose como compañero al P. Miguel Yegros que se encontraba en el colegio de Santiago del Estero. Partieron a Matará donde en el camino pudieron bautizar una ranchería de diez o doce familias de indios yoconoampas que se encontraban en Guayacán. Llegaron al pozo de Inisac donde estaban asentados unos omoampas al mando de Sanasacpa. Finalmente erigieron una cruz con maderas de quebracho de cinco o seis varas de alto y al pie de ella dieron misa ambos sacerdotes. Fue tiempo en que pasó de visita el provincial P. Machoni, quien desigó por compañero del P. Andreu al P. Artigas. Mientras que el P. Andreu volvió a adentrarse en el Chaco en busca de más omoampas, volviendo a la ranchería del curaca Sanasacpa, donde estaban velando a su padre. Los indios no se resistieron y aceptaron reducirse tal como lo quería el P. Machoni, formando una reducción de sólo indios omoampas. Ya contaba con los medios y el P. Machoni designó a los PP. Yegros y Juan de Arizaga para que se encargaran del asunto. El P. Joaquín buscó un paraje que estuviera en condiciones, e indios prácticos le recomendaron uno que llamaban Don Juan, sobre el Salado y a veinte leguas al norte de Petacas. Pero no asintieron todos queriendo asentarse en Petacas y los jesuitas debieron volver al colegio de Santiago para informar de esta situación. El P. Andreu se quedó en Petacas e hizo arar la tierra para sembrar maíz, para que cuando estuviese maduro se formara ya la reducción. Desafortunadamente antes que esto sucediera unos tobas que pasaban destruyeron las plantas y atacaron a los omoampas dando muerte al cacique Machet, con lo que el resto atemorizado, se dispersó por los

bosques. El P. Andreu se desanimó y pensó que los omoampas no querrían volver a esas tierras, en tanto que el provincial Nusdorffer (1743-1747), lo alentó enviándole por compañero al P. Juan de Arizaga. Pero no pudieron conseguir que regresaran, aunque un grupo reducido se fue al Conventillo de los lules y a los dos o tres meses, la viruela mató a muchas personas, y los omoampas que quedaron pidieron permiso para irse. Reestablecida Miraflores en 1752, fueron llamados y volvieron unas treinta familias,


Cochinoca
Uquia
Xuxui
Salta
Cobos.
S. Carlos
Calchaqui
Anconquixa
Guasan
Pomàn.
Santiago del Estero.
Vilelas
Matarà
Silipica
Guañagasta.
Petacas, o S. Giuseppe
Baltoleme, o N.S. da Paz.
S. Michele.
S. Giacchino.
Rio hondo.
F. Dolce.
Salto
Matagua
Matacos
Tribu della Nazione Matacos
Tribu della Nazione Malbalà
Naz. Vilela
Naz. dei Chiamati
Naz. Chumupies
Naz. Pasaines
Naz. Yecoanit
Naz. Atalal
Naz. Vacaas
Naz. Umuampas ridotti
Paese Lule
Paese Zaz
Paese Omoampas
Paese Chiamati
Paese Malbalà
Paese Chumupies
Paese Matacos
Paese Vilela
Paese Yecoanit
Paese Atalal
Paese Vacaas
Paese Umuampas ridotti
Paese Pasaines ridotti
Paese Lule antico

aunque en ranchería separada. Los PP. Andreu y Arizaga regresaron a Miraflores y luego salieron para el Bermejo por tercera vez y con la misma obsesión de dar con los chunupíes, aunque no tuvieron suerte[592].

De las entradas del P. Gorostiza nos da cuenta el P. Castro en su extensa relación, al afirmar que el P. Roque se adentró por el Bermejo, por mayo de 1762, en busca de los chunupíes, llevando consigo un grupo de quince omoampas, lules e isistines cristianos que vivían en la reducción de los lules, que eran todos de la misma familia lingüística de los vilelas. No llevó soldados y pudo juntar algunos indios que se condujeron a la recién formada reducción de San José de Petacas, pasando antes por el fuerte de San Luis de los Pitos, ubicado junto al Salado. Fueron atendidos por los españoles, informando sobre la llegada al superior de aquellas reducciones, el jesuita italiano José Félix del Bono, que se encontraba en la reducción de los isistines en Balbuena. Determinó entonces que se fundara una nueva reducción, a ubicarse en el sitio de Macapillo, entre San José y Balbuena, con el nombre de Nuestra Señora del Pilar. Recalcando el P. Moxi que el grupo de vilelas se instaló con los vilelas de San José, y a los pasaníes se les fundó este pueblo del Pilar, ubicado a siete leguas al sur del fuerte de Pitos, con los PP. José Jolís y Miguel Navas.

De los esfuerzos de los PP. Jolís y Gorostza se refirió el P. Andreu en la Anua de 1756-1762[593] y veremos luego. Pero ambos tenían la función de internarse en el Chaco y buscar almas para las reducciones fronterizas, en lo que sería un nuevo papel que les cupo a los misioneros que se extendía de las misiones volantes y cuidado de las reducciones.

Ese mismo año de 1763 el P. Gorostiza, esta vez con el P. Moxi, fundaron el pueblo de Nuestra Señora del Buen Consejo de omoampas, ubicándolo a cinco leguas río arriba del mencionado fuerte, en el paraje de

[592] Furlong, 1939: 119.
[593] BS, Carta Anua de 1756-1762, Estante 8, copia en AGN-BN, Doc. Nº 4421, f. 12v.

Laguna Blanca. Pero en ese mismo año se trasladó al sitio cercano llamado Ortega con su población de ciento cincuenta chunupíes que fueron juntados con unas treinta y cinco familias de omoampas cristianos por tener la misma lengua[594]. Pero los chunupíes no se llevaron bien con los omoampas y pidieron ser trasladados con los pasaníes del Pilar, con quienes también tuvieron diferencias y terminaron yéndose al monte. Por tanto en la reducción de Ortega sólo quedaron unos pocos omoampas que se los pensó reubicar en Miraflores, pero no quisieron y el gobernador determinó que se quedaran en ese sitio. Era una llanura cercana al río Pasaje, abundante de grandes sábalos, bogas, bagres y dorados, al igual que el arroyo Medina donde se asentó la reducción. Quedaba ubicada entre Miraflores y Balbuena a cuarenta leguas de Salta. Al poniente se encontraba el cerro de Miraflores, rico en cedros, nogales, lapachos, quina, naranjos y otros árboles. Junto al mismo y a cinco leguas del pueblo, los indios tenían una sementera cercada y con una puerta con cerradura cuya llave tenía el jesuita a cargo. Su organización política contaba con un corregidor, alcaldes, capitanes, etc, pero el jesuita era el que tomaba las decisiones finales[595].

El catalán y activo jesuita Antonio Moxi quien fue designado para Ortega y había estado entre los lules, escribió que los omoampas eran gente que no tenía hechiceros y no practicaban la poligamia. Temían al demonio que llamaban Gos, pero no tenían deidades. No contaban con un jefe visible hasta que aparece cuando deben defenderse o atacar a españoles u otras naciones. Se dedicaban a cazar y juntar miel.

Para la reducción del Pilar se destinó al P. andaluz Francisco Almirón[596], quien se encontraba en tareas literarias, solicitando él mismo ir

[594] Furlong, 1939: 137.
[595] Ibid: 140-141.
[596] El P. Almirón nació el 1º de noviembre de 1722 en Granada, ingresando a la provincia de Andalucía de la Compañía de Jesús a los dieciséis años. Dimitió en 1740, pero a los cinco años reingresó para incorporarse a las filas de la provincia del Paraguay, llegando a Buenos Aires en ese mismo año de 1745. Dos años después

a las misiones en julio de 1762. De la recién reinstalada reducción de los vilelas-pasaníes de San José, escribe una carta fechada el 14 de julio de 1762 a su provincial que transcribe en la última Carta Anua. En ella cuenta sobre la escasez de alimentos y del cambio de dieta que experimentó comiendo hojas y frutos como lo hacían los indios[597]. Ya escribía el provincial que el P. Almirón era de "débil constitución" pero igual pidió ir a las misiones de Chaco. Aunque por enfermedad, sólo permaneció en Pilar un año y medio, pasando luego al Colegio de Santiago del Estero donde quedó arrestado en tiempos de la expulsión. Sucedió a este sacerdote el P. Jolís, sumándose luego el P. Miguel Navas[598]. Ambos recibieron con resignación a los soldados que llegaron el 27 de agosto a deportarlos. Para entonces había doscientos moradores, aunque sólo cuarenta y ocho se encontraban bautizados.

Según los inventarios practicados después la expulsión, entre el 12 y 13 de setiembre de 1767 por el capitán Casimiro Miranda, en presencia del fraile Antonio Lapa y dos caciques, la reducción del Pilar contaba con una iglesia cercada con una empalizada y cinco cuartos y algunos galpones con carpintería y herrería, almacén. Entre ellos la biblioteca, donde había un manuscrito titulado "Vocabulario de la Lengua Pasaní", que se ha perdido, entre otros de similar índole en otras lenguas. En el altar mayor de la iglesia había *"un nicho dorado"* y en él *"una imagen de bulto de Nuestra Señora de la Paz, de vara y media de alto"*, además en los lados imágenes de San José y otra de San Joaquín. Había un lienzo de la Virgen del Pilar y otro de

---

profesó sus primeros votos y en 1763 los últimos en Macapillo. Para la expulsión se encontraba en Santiago del Estero, muriendo en Faenza el 4 de mayo de 1793 (Storni, 1980: 8).

[597] BS, Carta Anua de 1756-1762, Estante 8, copia en AGN-BN, Doc. Nº 4421, f. 11.

[598] El P. Navas nació en Maquirriain en Navarra el 23 de mayo de 1728, ingresando al Instituto en 1751, arribando a Montevideo en 1755. Obtuvo el sacerdocio en 1762 y la expulsión lo sorprendió junto al P. Almirón en la reducción de Macapillo, muriendo en Bolonia el 30 de julio de 1787 (Storni, 1980: 199).

Nuestra Señora de la Paz, además de variados ornamentos, casullas, frontales, corporales, ropa blanca y manteles[599].

A cargo de la reducción de Ortega estaba el P. Antonio García Herrera[600], quien fue conducido a Buenos Aires, donde lo esperaba la fragata Esmeralda para su viaje al destierro. Una vez finalizado el trámite, el mismo capitán Miranda realizó el inventario de la reducción los días 20 y 21 de setiembre con el fraile sucesor de los jesuitas, P. José Ignacio Mendiolaza y el cacique Francisco Guarapo. La reducción era pequeña, contaba con ciento cincuenta y nueve almas, describiendo primeramente los objetos de la iglesia y luego la casa del jesuita. En la primera encontraron un sagrario con una pequeña imagen de Nuestra Señora del Pilar, además de tablas, estampas y láminas que adornaban un austero altar. En la sacristía hallaron los habituales ornamentos, mientras que en la residencia se escribe que estaba compuesta de *"una estacada en cuadro con dos puertas sin llave, y dentro de ella cinco cuartos"*. En uno estaba la carpintería, en otro, diversos trastos, otro era despensa y los dos restantes estaban vacíos. El P. García dejó un papel consignando la suma de dos mil doscientos cincuenta y tres cabezas de ganado vacuno, setecientas terneras, trescientos caballos, cien mulas, trescientas yeguas con algunos padrillos, quinientas ovejas, trescientas cabras, cien bueyes, que se sumaban a cuarenta carretas de maíz, diez petacas de jabón, etcétera[601].

La imagen de Nuestra Señora de la Paz, escultura y cuadro, seguramente vino de la malograda reducción de chunupíes que se intentó fundar en 1764. Efectivamente el P. Moxi cuenta cómo estos indios tuvieron sus primeros contactos con el P. Andreu en 1737, luego con el P.

---

[599] AHCh, Vol. 150, p. 3.

[600] El P. García Herrera nació en Cuchia, Santander, el 6 de octubre de 1728, ingresando a la Compañía de Jesús en el Paraguay en 1757. Ya en la provincia obtuvo el sacerdocio en 1761 y luego de la expulsión profesa sus últimos votos en Ravena en 1769, muriendo en la misma ciudad italiana el 14 de marzo de 1806 (Storni, 1980: 111).

[601] AHCh, Vol. 150, p.8.

José Fischer, que fue capellán del tercio de Salta en la expedición de 1759 y con los PP. Gorostiza y Jolís en 1762 que llegaron a un pueblo de doscientos chunupíes dispuestos a reducirse. Sabemos –como dijimos arriba- que así lo hicieron en 1763, primero con algunas familias de onomampas y luego con pasaníes, pero terminaron huyendo al monte. Expresa el P. Moxi *"Según parece, la vida de esta reducción fue tan efímera, que apenas puede decirse que se llegó a fundar"*[602]. Al menos para la expulsión ya no existía. Se ubicó a siete leguas de Ortega en el paraje de Baltoleme o Laguna de los Patos, quedando a cargo el P. Tomás Borrego, pero no contó con ningún recurso para su instalación, ni siquiera tenía qué darles de comer y lo peor era que no dominaba su lengua, aunque declara haber hecho un rudimentario vocabulario vilela junto con el superior Del Bono y el P. Almirón. Los indios se fueron de la reducción y el P. Borrego siguió en el Chaco, teniendo como nuevo destino San Juan Bautista de Balbuena de indios isistines.

Las visitas de las autoridades del Instituto fueron frecuentes, como la que hizo el visitador Nicolás Contucci, quien antes de concluir su mandato en 1765 expresó de la reducción de Ortega que *"no encontró otra capilla que la que se hizo cuando llegaron, con paredes de barro mezclado con paja, que allí llaman pared francesa, y el techo de paja. La casa de los misioneros de la misma materia. Los ranchos de los indios todos de paja, paredes y techo"*[603]. También fue visitada por quien sería provincial en el exilio, el P. Domingo Muriel, en calidad de visitador por el año 1758 y nos referiremos al final.

Los más altos funcionarios del gobierno y de la iglesia visitaron estas reducciones. Al menos sabemos que lo hizo el gobernador Manuel Campero en 1764 y que expresó que volvería con gusto si tuvieran al

[602] Furlong, 1939: 144.
[603] Ibid: 144.

menos un pedazo de pan para ofrecerle. Con lo que muestra el estado de pobreza en que se hallaban. Al año siguiente visitó aquellas reducciones el obispo Abad Illana y cuenta el P. Moxi que al dar los sacramentos de comunión y confirmación a los indios el mitrado no pudo contener el llanto. Sin embargo ambas autoridades se reunieron en Salta antes de la expulsión y manifestaron que las reducciones de jesuitas estaban muy ricas y que eran mal atendidas por ellos y que no tenían provecho alguno para la provincia ni para el rey. Hasta se dieron el lujo de recomendar que se tendría que matar a los adultos y enseñar los dogmas de la fe sólo a los párvulos, repartidos entre los vecinos de las ciudades cercanas. Ya se habían olvidado que esas siete reducciones servían para mantener la paz en los caminos de acceso de cinco ciudades españolas, antes asoladas por los indios[604]. El obispo Abad Illana fue más lejos en sus apreciaciones luego de hacer una segunda visita, expresándole al rey que en 1766 los vilelas se habían sublevado y que el gobernador mandó gente de guerra para sosegarlos[605]. Lejos de eso, ese año fue de total desgarramiento porque el pueblo de San José pasó por una epidemia de tabardillo cuando el compañero del P. Castro había pasado a Pilar como cura[606].

La expulsión de las reducciones de vilelas fue dramática. Tenemos conocimiento por el testimonio del P. Castro que escribió una relación de aquellos días[607]. Ejecutado el decreto de expulsión por el gobernador Campero en el colegio de Salta el 3 de agosto, el comisionado Juan Adrián Fernández Cornejo lo hizo en Tucumán cuatro días después y el 10 lo llevó a cabo el capitán Juan Martínez en Santiago del Estero y don José

[604] Ibid: 146.
[605] El informe completo del obispo Abad Illana en AGI, Buenos Aires, 614. Analizado y transcripto en forma completa por Vitar, 2000: 1-18.
[606] Furlong, 1929: 110.
[607] ARXIU, AC MI 03 Paraguay y Chaco *"Relación de la reducción de los vilelas en Gran Chaco"*.

Ambrosio Casinos en Catamarca, luego se completó en los colegios y residencias cercanas.

El P. Castro se enteró de todo lo que estaba sucediendo en los colegios, pero en principio creyó que los soldados no alcanzarían las reducciones. Aunque comenzaron a llegar indios de las otras reducciones, poco menos que azorados por las noticias y cosas que habían visto. Ante esto los indios le plantearon al P. Castro que si se lo llevaban abandonarían las reducciones. El sacerdote pudo convencerlos de que no lo hagan y en esos días previos todos se abocaron a la confesión de sus pecados.

El domingo 16 de agosto, a los pocos días de haber celebrado con gran pompa la fiesta de San Ignacio, el teniente de gobernador de Santiago del Estero, don Manuel Castaño llegó al pueblo San José con cien soldados y con la orden de arresto. Permaneció allí sólo dos días. En ese tiempo, el corregidor del pueblo don Juan Samarita y el Cabildo, le solicitaron audiencia y le expusieron las bondades y beneficios que habían obtenido del sacerdote, y que contemplara la posibilidad de suspender la expulsión. Conmovido el militar se excusó, pero prometió y luego cumplió, en escribir al gobernador sobre esa posibilidad.

En la noche del 17 de agosto, luego de haber tenido un intenso día de actividades con los indios, el P. Castro, acompañado por un niño vilela que no se le desprendía, fue llevado del pueblo por el capitán don Casimiro Miranda y un soldado. Llegaron a la reducción del Pilar, donde se sumaron los PP. Jolís y Navas, siendo conducidos todos al fuerte de Pitos. Luego alcanzaron la reducción de San Juan Bautista, donde ya se habían llevado a los jesuitas y no había quedado casi nadie, pues los indios los habían acompañado a Miraflores. Allí llegaron el día 20 y luego de una semana,

arribó el gobernador y les intimó el decreto real e inmediatamente partieron a Buenos Aires[608].

El P. Castro fue embarcado en la fragata *"La Esmeralda"*, a cargo del comandante don Mateo Collado Nieto, junto con varios de los jesuitas aquí nombrados y todos sus compañeros de las misiones chaquenses[609]. Sobre el viaje que hizo a Europa, arribando al puerto de Santa María el 22 de agosto de 1768, el P. Paucke nos brinda una detallada relación.

El destino de la reducción de San José fue incierto. Llegó al pueblo para reemplazar a los jesuitas el franciscano Francisco Arce, pero entre su avanzada edad y el desconocimiento de la lengua, atentó contra la eficiencia de sus funciones. Pronto se adueñó del pueblo la decadencia y sus habitantes se dispersaron.

6.1.3. Malbaláes, mataguayos y tobas.

El P. Camaño en las noticias que trae sobre el Chaco afirma que los mataguayos[610] vivían al oriente y sur de los chiriguanos, en la banda sureste del Río Grande de Jujuy. Eran muchas parcialidades con diversas denominaciones, conociéndose propiamente como mataguayos a los que estaban más cerca de Tucumán y asistían a trabajar en las estancias de los españoles. Las otras parcialidades, que incluso parece ser que adoptaron otros nombres para el Siglo XVIII en que escribe el P. Camaño, eran los "Abuchetas, Matacos, Hueschuos, Pesatupes, Imacas". Finalmente estima que por entonces había entre doce y catorce mil almas, no dejando de escribir unas líneas despectivas, al deslizar que son "los más ruines y cobardes del Chaco, pero muy prontos a matar a traición a los que se fían

[608] Además de la obra de Furlong señalada, también ver Di Lullo, 1949: 46-52 y Bruno, 1970 (VI): 100.
[609] Mateos, 1949b: 1301.
[610] Hoy es un grupo desaparecido. Pertenecieron a la familia de los mataco-mataguayos, cuyos descendentes son hoy los wichis que conservan parte de su lengua

de ellos, y esto más por robarlos, que por odio o venganza”[611]. En la relación del Chaco que escribe el P. Luis Olcina, manifiesta que los mataguayos estaban siempre desnudos, aunque a veces llevaban un tizón para defenderse del frío. Pero tanto hombres como mujeres usaban brazaletes y collares formados de conchitas. Desde pequeñas, a las mujeres les taladraban las ternilla de sus orejas, al principio con una espina pequeña, luego otra mayor y así hasta agrandar considerablemente el agujero y al llegar a la madurez alcanzaban casi hasta los pechos y por su agujero pasaba bien un puño[612].

También el P. Camaño en su citada relación, expresa que los tobas eran una nación que, para la época de su escrito, estaba compuesta por varias parcialidades. Entre las más conocidas menciona a los abaguilotes, cocolotes, dapicosiques y tapicosiques, además de los yapitalagas, que tenían lengua un tanto diferente pero que se consideraban de la misma nación vilela. Estaban distribuidos en las riberas del Bermejo, del Pilcomayo y hasta cree que llegaban a los confines del Chaco en el Yabebirí. Por la extensión del territorio que ocupan estima que habría entre veinte y treinta mil almas. Considera finalmente que *“es nación guerrera y cruel, especialmente después de la hostigación de los españoles”*[613]. Similar causa explica al referirse a los malbaláes, diezmados casi hasta la extinción y que por entonces convivían algunos pocos con grupos de mocovíes *“y dos casados entre mataguayos. Por todo apenas llegan a 20 familias, si es que llegan”*[614].

---

[611] Furlong, 1955a: 118.

[612] (Pastells, 1915 (II): 40). El P. Pastells lo atribuye al P. Cardiel y publica este texto por primera vez en 1915 (II): 38-51. Luego lo hace Godofredo Kaspar en la revista Estudios de la primera mitad de 1920, pero fue el P. Furlong quien aclaró que es del P. Luis Olcina (Furlong, 1953a: 85).

[613] Furlong, 1955a: 119.

[614] Ibid: 131.

En el Siglo XVII hubo algunos contactos con estas etnias. Sobre todo con los mataguayos y tobas, con quien permaneció más de un año el P. Gaspar Osorio. En una de sus varias incursiones al Chaco estuvo por iniciar una reducción con tobas, teniendo sembradíos ya cultivados y a punto de repartir los solares. Pero la Congregación Provincial de 1632 le ordenó que regresara por los peligros que corría en aquellas tierras. Permaneció entre los tobas, aunque la reducción se limitaba a una gran cruz que se había colocado en el centro de unos diecisiete pueblos que se avistaban unos con otros. Mientras los mataguayos destruyeron la ciudad de Santiago de Guadalcázar en 1632, el provincial Diego de Boroa envió nuevamente al P. Osorio a los tobas, quien ya tenía compuesto un catecismo en su lengua. Sin embargo su martirio y muerte hizo desistir de aquellos intentos y recién en la expedición del gobernador don Ángel de Peredo (1670-1674) se logró agrupar en una efímera reducción a tobas, malbaláes, palomos y mocovíes en San Francisco Regis, fundada en 1672. Mientras que otra, llamada San Francisco Javier tuvieron preferencia los tobas. Pero las reducciones no sólo se diluyeron sino que los indios se volvieron más belicosos.

Largos años de guerra fueron el portal a la represión que generó. En algunos casos fue implacable, como la del gobernador Juan de Santiso y Moscoso (1739-1743) siendo los tobas los primeros en rendirse, que para males hacía poco habían sido diezmados por los zamucos[615].

Por ese tiempo el salteño P. Agustín Castañares había tenido una exitosa participación entre los chiquitos y se lo había designado al colegio de Tarija en 1742. Dos años después se enteró que un cacique mataguayo de nombre Gallinazo había ido a Salta a entrevistarse con el gobernador para que le concediera un sacerdote de la Compañía[616]. Inmediatamente el P. Castañares se ofreció para la empresa. Justamente unos meses después el provincial tuvo reunión con los consultores de provincia para decidir a

[615] Charlevoix, 1916 (VI): 130.

quien enviaba a los mataguayos, si al P. Pons o al P. Castañares. Todos eligieron al primero y recomendaron que el rector de Tarija suplantara sus funciones[617]. Pero por ese tiempo el P. Castañares fue de la partida con un poblador de Tarija llamado Francisco Azoca y un grupo de soldados e indios, internándose en la región mataguaya. Llegaron a la primera aldea y fueron bien recibidos por el cacique Gallinazo que invitó al P. a que hiciera una reducción en la aldea. El P. Castañares hizo buscar maderas a los que lo acompañaban, quedándose solo con Azoca, siendo cuando el cacique, en franca traición, se volvió para matar al P. Castañares y su compañero, quienes fallecieron el 15 de setiembre de 1744.

La ofensiva toba no se dejó esperar en un nuevo ataque que los tuvo de protagonistas en ese mismo año. Pero los españoles lograron capturar quinientos prisioneros, además de construir varios fuertes para la defensa de Salta y Jujuy. Gobernaba Juan Alonso Espinosa de los Monteros (1743-1749) y auspició que el P. Pons se internara en la región de los mataguayos, proveyéndolo de caballos para él y el indio que lo acompañó y encontró a un grupo disidente del cacique Gallinazo, pero no pasó más nada y regresó un tanto frustrado. Sin embargo en 1758 varias decenas de mataguayos, entre hombres, mujeres y niños, se presentaron en el Valle de las Salinas ofreciéndose reducirse. El P. Pons los recibió con credulidad pero no se llegó a concretar el deseo de esos pocos indios.

Recién en las dos entradas al Chaco que hizo el gobernador Juan Victorino Martínez de Tineo (1749-1752) se pudieron apaciguar los caldeados ánimos de los indios. Fue en la segunda mitad de 1750 que se capturó a una gran cantidad de gente que fueron reducidos junto a los fuertes que se establecían en la línea de frontera. Cien familias de los tobas, con su cacique principal Niquiates y otros llamados Miguel y Caimaiqui,

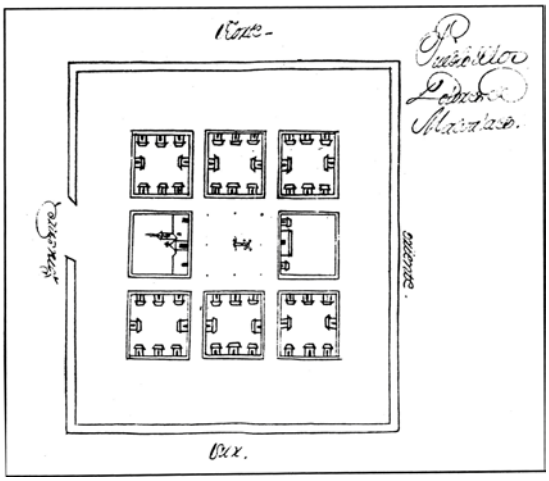
---

[616] Ibid: 145.

[617] AGN-BN, Leg. 70, Ms. 62, *Libro de Consultas (1731-1747)* f. 136v consulta del 2/5/1744.

fueron conducidos a la reducción que se ubicaría a seis leguas del fuerte de Ledesma junto al río Sora en el sitio de Los Naranjos, distante a unas veintisiete leguas de Jujuy y cuarenta y cinco de Salta. Le dieron la advocación de San Ignacio y quedó a cargo del jesuita José María Félix del Bono, según indicación del provincial. Sabemos por un documento posterior, que la reducción contó con un corregidor, dos curacas, capitanes y alcaldes[618]. Hasta un alférez real llamado Illiri[619].

El otro fuerte que construyó Martínez de Tineo fue San Fernando del Rey, en el río del Valle, que quedó a cargo del teniente del gobernador don Luis José Díaz, mientras el mandatario iba en busca de los mataguayos. En las afueras de este fuerte se instalaron treinta y un familias de malbaláes y un grupo de mocovíes con su cacique Chaca, a cargo del P. José Ferragut y como supertintendente militar el comandante de partidarios Martín Jáuregui. El mismo gobernador expresó que los malbaláes "oprimidos, exclamaron la paz, pidiendo reducción y pueblo". Además de ser vestidos, recibieron cien reces vacunas, doscientas ovejas y treinta y un caballos y se les hizo sembrar maíz, zapallo y algodón[620].



Proyecto del pueblo de Dolores de indios malbaláes (Maeder-Gutiérrez, 1994: 11) c. 1750.

Al regreso del gobernador se bendijo la capilla del fuerte y se llevó en procesión la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, como así quedó nombrada esta reducción. Se bautizó al hijo del cacique, siendo el gobernador su padrino. Mientras tanto el P. Ferragut esperaba al P.

[618] AGI, Buenos Aires 166, carta del gobernador del Tucumán Joaquín de Espinosa a SM, Salta 7-II-1760, en Mateos, 1949b: 678.
[619] Muriel, 1919: 78.
[620] Mateos, 1949b: 1.

Ripoll a quien habían designado por compañero.

Martínez de Tineo comentó al virrey la fundación de las dos reducciones y éste le envió ocho mil pesos para su sustento, pero antes que llegara el dinero a las reducciones, los indios se habían escapado. Primero y como dijimos, los mataguayos, que se llevaron cuanto pudieron de Ledesma. Luego los malbaláes, quienes con una excusa pidieron permiso para salir y nunca más regresaron. El P. Ferragut los esperó como tres meses y se retiró al colegio de Salta[621]. En la fuga los indios mataron al soldado Nicolás Benítez, causando la ira del gobernador que envió al general José Díaz a buscar a los malbaláes al río Grande. Los alcanzó y llegó a derrotarlos capturando diecisiete mujeres con sus hijos y dos hombres de armas, a uno le cortaron la cabeza y al otro lo ahorcaron[622]. Por otro lado un mocoví casado con una malbalá, secuestrada por Díaz, fue en su busca al fuerte del Rey donde estaba Martínez de Tineo y éste lo hizo ahorcar, previo bautismo que le infirió el P. Ferragut en presencia del P. Andreu. Pero no va a ser la primera matanza, al año siguiente antes de empezar con la construcción del fuerte de Pitos para los isistines, el mismo general Díaz hizo una entrada a los malbaláes, quemando sus rancherías y consiguiendo matar seis y apresar dieciséis mujeres y niños[623].

A fines de la gobernación de Martínez de Tineo los mataguayos volvieron a pedir reducirse. Pero el gobernador, a sabiendas de la inconstancia que tenían, no desechó la propuesta y los admitió tener un año a prueba junto al P. Pedro Juan Reus[624]. Los indios se ubicaron en 1753 en

---

[621] Furlong, 1941: 104.

[622] AGI, Indiferente General, 2.881. Carta del Gobernador Martínez de Tineo firmada el 3 de octubre de 1751, En Mateos, 1949b: 3.

[623] AGI, Buenos Aires, 303. En Mateos 1949a: 61.

[624] El P. Reus nació en Pollenza, Mallorca, el 22 de julio de 1719, incorporándose al Instituto en 1742 y llegando a Buenos Aires tres años después en la expedición del procurador Juan José Rico. Obtuvo su sacerdocio en 1748 y sus últimos votos en la reducción de los isistines en 1754. La expulsión lo sorprendió en la estancia de Guazán en Catamarca y exiliado en Italia, murió en Faenza el 26 de junio de 1780 (Storni, 1980: 236).

las cercanías del fuerte de San Fernando donde se estableció el jesuita. Pero al poco tiempo y con el objetivo de apartar a los mataguayos de sus tierras los llevó en número de setecientos[625] al fuerte de San José. Allí comenzó una buena sementera hasta que se realizó una formal fundación en octubre de 1754. La flamante reducción se la denominó Jesús, María y José, siendo auspiciada con cuatro mil pesos que aportó el virrey José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superonda (1745-1761). Pero los mataguayos comenzaron a quejarse que ese lugar no era conveniente y pidieron acercarse al río Dorado donde estaban sus tierras. El P. Reus se opuso, pero el nuevo gobernador Juan Francisco Pestaña Chumacero (1752-1757) les concedió el pedido. Así fue que en 1756 se ubicaron en el Piquetillo[626], sobre el río del Valle, a ocho leguas arriba del fuerte San Fernando. El P. Reus no dejó de mostrar su descontento y se designó al frente de la reducción al P. Román Arto[627], que era su compañero. Para ayudarlo se nombró al P. Francisco Ugalde[628]. Cuenta el P. Andreu que el P. Ugalde "comenzó a hacer tres aposentos, sin mas maestro, que su industria, y aplicación al trabajo. El era de todo en la obra, albañil, y el oficial; y por eso llevaba casi siempre la sotana de barro". En otro pasaje escribe que

[625] Zorreguieta, 2008: 96.

[626] Escribe Andreu que era "un fuertecillo de palos clavados, con pocos soldados en el entremedio del fuerte de San Fernando y el Potrero del Rey" (Andreu, 1761: 50).

[627] El P. Arto nació en Sangüesa, Navarra, el 9 de mayo de 1719, ingresó a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1746 y llegó a Colonia de Sacramento el primer día de 1749 en la expedición del P. Ladislao Orosz. Obtuvo el sacerdocio al año siguiente y sus últimos votos los profesó en 1764. La expulsión lo sorprendió en San Ignacio de Ledesma, siendo conducido a Italia y muriendo en Faenza el 30 de mayo de 1780 (Storni, 1980: 24). Una biografía suya en Ordoñez y Pérez de Larraya, s/f (I): 24.

[628] El P. Ugalde nació en Larrabezua, Vizcaya, el 3 de febrero de 1727, ingresando al Instituto en 1743. Dos años después profesó sus primeros votos, muriendo en el fuerte del Piquetillo el 6 octubre de 1756 (Storni, 1980: 289). Una biografía suya la escribió su contemporáneo P. Andreu en 1761. Existe edición facsimilar realizada por la Excma. Diputación Provincial de Vizcaya, Bilbao, 1956. Mientras que el original se encuentra en el AHL, C 17 05. Este trabajo fue construido seguramente con los datos que le aportó el P. Arto quien escribió una "Relación del levantamiento de los mataguayos y de la muerte que han dado al P. Ugalde", firmada el 23 de octubre de 1756 y el "Informe de lo mucho que hizo y padeció el P. Francisco Ugalde en el tiempo en el que vivió entre los mataguayos" (Ordóñez y Félix Pérez Larraya, s/f (I): 24).

hacía adobes y los acarreaba junto a las indias y muchachos al pie de la obra. Y en otro que hacía sus mortificaciones en la capilla[629].

Aunque la reducción, que ya había tenido tres sitios, duró sólo ocho meses, porque los indios se sublevaron, quemando la capilla y casa de los jesuitas. Atacaron a los soldados y se fueron a sus tierras, matando al P. Ugalde y salvando su vida por poco el P. Arto. El P. Ugalde había llegado al Chaco con el P. Fecha en febrero y mientras este último se quedó en Miraflores, el P. Ugalde fue a la flamante reducción[630]. El triste suceso aconteció el 6 de octubre de 1756, año en que el propio superior P. Andreu informó que por falta de medios estaba por perecer la reducción y había pedido un subsidio al virrey mediante la aplicación de los bienes de don Blas del Pozo Valverde, vecino de Tucumán.

Los tobas en cambio estuvieron constantes en pedir la reducción y desde que la consiguieron permanecieron en ella, al menos hasta que fueron expulsados los jesuitas. El P. Andreu fue a visitarlos a Ledesma y se entrevistó con el cacique Niquiates y su gente, lo cual salió conforme y con la decisión de fundar reducción. Pero una epidemia asoló en esos días a los indios, cayendo muertos muchas personas, entre los que se encontraba el cacique. Todas las intenciones se paralizaron hasta que en el año 1756, cuando parecía que la reducción de los mataguayos funcionaría, volvió el P. Andreu junto al P. Artigas a los tobas de Ledesma. Era el 29 de mayo de 1756 cuando estando presente el teniente de gobernador de Jujuy don Francisco de Acevedo se formalizó la fundación en nombre del gobernador y del rey[631], designándose para la misión al P. Artigas. La catequización tuvo algunas dificultades con la lengua, pero comenzó con los niños que iban a la escuela, ajustándose pronto a la nueva vida cristiana. Los jóvenes

[629] Andreu, 1761: 42 y 77.
[630] Ibid.
[631] El rey aprobó lo ejecutado por el gobernador por Real Cédula del 23 de julio de 1757 (AGI, Charcas 190. En Mateos, 1949a: 329) y al virrey del Perú por Real Cédula del 23 de agosto del mismo año (Ibid: 330).

dormían dentro del fuerte, donde estaba la casa de los misioneros y la capilla, mientras los adultos tenían sus rancherías afuera. Con la rebelión de los mataguayos de ese año y por seguridad, no se permitió más que los jóvenes durmieran dentro del fuerte. Según Muriel, al año siguiente "se alejaron nueve millas, a un paraje que distaba otro tanto del río Negro". Describe el sitio como "un valle situado entre montes altísimos, pero muy distantes, de suerte que el suelo y la vista del cielo se extiende en un dilatado espacio. Amenísimo, fértil, que se puede hacer todo de regadío con facilidad, en el que se halla un bosque de árboles frondozos, y se da espontáneamente abundancia de raíces alimenticias". Este traslado se debió a la cercanía del fuerte y las quejas que los indios tenían del trato de los soldados[632]. La reducción se la siguió llamando San Ignacio y a los indios se les concedió las tierras en merced, donde cultivaron y criaron ganado, además de extraer madera de montes cargados de naranjos. La reducción, escribió el P. Muriel, contaba con doscientas personas bajo el liderazgo de los curacas Marini y Tesodi, "quienes cada uno fabricaron aparte su barrio, dejando en medio un espacio para iglesia"[633]. El P. Andreu dejó al P. Artigas y envió para que lo ayudara al P. Roque Gorostiza, reemplazado a los siete meses por el P. Román Arto[634], quien fue el sacerdote que por más tiempo permaneció en la reducción, teniendo por compañero al P. Antonio Paris[635].

Pero no todos los indios se dejaron sujetar. En 1757 el teniente de gobernador de Salta Francisco de Toledo hizo una entrada al Chaco con soldados españoles acompañados por cincuenta lules y veinticuatro

[632] Muriel, 1919: 74.
[633] Ibid: 75.
[634] Andreu, 1761: 35 a 36.
[635] El P. Paris nació en Santa María de Seijas en La Coruña el 14 de febrero de 1723, ingresando a la Compañía de Jesús del Paraguay a los veinte años y arribando a la misma en 1745. Sus últimos votos los profesó en San Esteban de Miraflores en 1760, sorprendiéndolo la expulsión en el colegio de Tarija. En el exilio se instaló en Faenza, donde murió el 28 abril de 1782 (Storni, 1980: 213).

malbaláes. Pero le fueron con datos a Toledo de que iban a ser traicionados por los malbaláes y éste ordenó a los lules que sigilosamente mataran a todos. Después de la matanza capturaron mujeres y niños, llevándolos a Salta, donde se vendían los malbaláes a cien pesos "la pieza".

Otra revuelta en el Chaco obligó al gobernador del Paraguay José Martínez Fontes (1761-1764) a realizar una entrada, alcanzando una aldea de tobas infieles en 1761. Quemó dos tolderías mató a todos los adultos y cautivó a treinta familias, causando la alegría de Asunción, hasta del obispo Manuel Antonio de la Torre que lo llamó el "Moisés libertador"[636].

Debido a que el provincial Pedro Juan Andreu (1761-1766) se afincó en Buenos Aires por diversas cuestiones referentes a la administración de la provincia y sobre todo por la rebelión de los guaraníes, fue designado visitador el P. Domingo Muriel. Debía recorrer la provincia e informar de lo que acontecía[637]. Corría el año de 1764 y partió de Buenos Aires a Córdoba y de allí hasta Tarija, pasando no sólo por las ciudades españolas sino también visitando las reducciones cercanas a éstas en la región chaqueña. El viaje lo describió detalladamente el P. Francisco Miranda, biógrafo del P. Muriel, quien señala que "Visitó, pues, las nuevas reducciones o pueblos de los mocovíes, los abipones, los lules, los mataguayos, los vilelas, los malvalaes, los chunupís, los pasaines, los isitines, los tobatines, los tobas y los chiriguanos: naciones todas diferentes, todas de diversas lenguas, todas distantes muchas leguas unas de otras; y a excepción de los lules, todas ellas de infieles todavía, menos los párvulos y pocos adultos". Fue testigo de la pobreza de los misioneros, "alojados en unas chozas de paja o barro, y no eran mucho mejores las iglesias, a excepción de alguna que otra, pues consistían en unos "galpones" (como allí dicen), o tendales o enramadas con las murallas y techo de paja o

[636] AGI, Buenos Aires, 174, Carta del obispo Manuel Antonio a SM, 10-VI- 1761, Mateos, 1949b: 828.
[637] BNE, Ms. 20-119.

cueros". Incluso el P. Miranda aprovechó para recordar la visita que hizo en 1765 el obispo Abad Illana que repitió después de la expulsión. El obispo escribió una carta al jesuita superior del Chaco expresando "no pude menos que admirarme de que unos hombres tan cultos como lo son los padres doctrineros, sepulten la clara y pura luz de sus grandes talentos en las oscuras tinieblas de estas gentes bárbaras", agregando que ha visto a los misioneros viviendo "en unas chozas de paja, que casi nada difieren de la intemperie del cielo, y viven en una casi extrema penuria de todas las cosas". Sin embargo, después de la expulsión y en una Carta Pastoral expresa: "los pone de oro y azul, vaciando en ella casi todo el veneno de oprobios y de calumnias"[638]. Luego de esta digresión el P. Miranda continúa relatando el itinerario del P. Muriel, quien se encontró con el P. Román Arto, el famoso compañero del mártir P. Francisco Ugalde que los mataguayos dieron por muerto en aquel asesinato. También cuenta que "vio trabajar alegremente" al P. Luis Olcina, y al "intrépido y celosísimo" P. José Jolís, como a los PP. Roque Gorostiza, José Klein y Martín Dobrizhoffer.

En este tiempo en que el P. Muriel concretó su visita, el provincial envió la última Carta Anua que se escribió en el Paraguay. Escribió sobre las grandes virtudes de los *"jóvenes y llenos de celo apostólico"*, refiriéndose a los PP. Roque Gorostiza y José Jolís, quienes salían en constantes expediciones en busca de indios que se sumaran a las reducciones. Primero había llegado el P. Gorostiza, luego lo hizo el P. Jolís en 1762[639].

Fue entonces que el P. Gorostiza volvió a Balbuena donde encontró al provincial Andreu que lo envió nuevamente al Río Grande en busca de

[638] Miranda, 1916: 250. Transcripción crítica del Informe del Obispo Abad de Illana del 20 de junio de 1768 en Vitar, 2000.
[639] BS, Cartas Anuas, Estante 8, copia en AGN-BN Doc. Nº 4421, f. 12v.
[639] Muriel, 1919: 91.

más indios. Partió de Miraflores al Chaco con varios indios, por tercera vez, y en su camino encontró al P. Jolís que iba en busca de los tobas, acompañado por el curaca Marini y dieciocho indios de esa parcialidad de la reducción de San Ignacio de Ledesma, desde donde habían salido, además de dos soldados, un conchavado y un español que había sido cautivo. Jolís había tenido su primera parada en el fuerte de los Pitos por el mes de agosto de 1762. De allí emprendió su viaje hasta alcanzar el objetivo del Río Grande después de doce días. Fue cuando se encontró con el P. Gorostiza, caminando luego cinco días aguas abajo cuando halló a los tobas que estaban atacando a pasaníes y vilelas. Los trescientos tobas que había, estaban comandados por los caciques Telegotí, Aglaiquín y Nogomidiní, los ejecutores de Alaiquín años atrás. Pero también estaban aliados a los tobas algunos mocovíes y malbaláes al mando de Pahaiquín. Aunque parezca mentira en medio de ello, el P. Jolís les instó a la paz y hacer reducción a lo que aceptaron, con la condición de hacer la reducción en ese sitio, y que trajeran vacas del pueblo de Concepción de abipones. Si ese lugar no era posible irían al río Dorado. Pues esto último se hizo porque estaban más cerca de la reducción de San Ignacio. El acontecimiento mereció que, en el lugar en que se realizó esta especie de pacto, el P. Jolís plantó una gran cruz que los indios pintaron de diversos colores. Pues era costumbre que donde se asentaban los pasaníes y yocomitas plantaran un palo de colores que llamaban *"gosquira"*[640].

Así fue que unos doscientos indios partieron para Jujuy, sumándose espontáneamente otros setenta[641]. El P. Jolís dio cuenta de lo sucedido al provincial y al gobernador de Tucumán para que definiera el paraje donde levantar la reducción. El P. solicitó un sitio en la ribera del río Seco en la falda del monte Santa Bárbara, pero se lo negó y se le concedió otro junto al río Dorado que desemboca en el Bermejo. El P. Jolís comenzó

[640] Furlong, 1919: 124.

levantando “una cabaña de paja” y empezó a arar la tierra urgente, para tener qué comer a mediano plazo. Entre tanto se sustentaban como lo hacían habitualmente los indios, con raíces, cogollo de palma y carne de zorro. A esta nueva reducción que se le dio el nombre de San Juan Nepomuceno vinieron algunos indios lules de Miraflores para ayudar y enseñar a cultivar, mientras algunos niños tobas fueron a la reducción de los lules para aprender música. Pero la convivencia entre tobas y lules fue imposible y al poco tiempo la reducción que parecía florecer con armonía, sucumbió ante las rivalidades casi ancestrales. Y en este conflicto el P. Jolís con su compañero el P. Olcina casi perdieron la vida huyendo de la refriega[642].

En 1765 el P. Jolís emprendió una nueva entrada al Chaco desde la reducción del Rosario del Valle de las Salinas a Jujuy. Partió con pocos acompañantes que más de una vez lo quisieron abandonar y al fin llegó, como lo contó el P. Muriel. Efectivamente, lo hizo recordando las aventuras de este joven que no temía a nada, se internaba en el Chaco “con mil peligros de perecer de hambre y de sed, de ahogarse en los ríos” como de ser devorado por las fieras o asesinado por los indios. Después de haber permanecido en el Chaco durante mucho tiempo, se lo había dado por muerto, sigue relatando el P. Miranda, hasta que apareció, casi desnudo en Jujuy donde don José de Zamalloa le facilitó ropa. Así vivió en el Paraguay, mientras en el exilio murió cuando estaba por publicar su segundo tomo sobre la historia natural del Chaco.

En ese mismo año, el 20 de agosto, el P. Román Arto[643] envío una carta desde San Ignacio dirigida al visitador Nicolás Contucci, donde

---

[641] BS, Carta Anua de 1756-1762, Estante 8, copia en AGN BN Doc. Nº 4421, f. 12v.

[642] Muriel, 1919: 96 a 98.

[643] El P. Arto nació en Sangüesa, Navarra, el 9 de mayo de 1719, ingresando a la Compañía de Jesús en 1742. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Ladislao Orosz de 1749 y al año siguiente obtuvo su sacerdocio. La expulsión lo sorprende en la

además le adjuntó un cuaderno con vocabulario toba y dos libros, uno de cuentas un tanto desprolijo, con los memoriales dejados a la reducción y otro de bautismos, confirmaciones, matrimonios y entierros que comenzaba el 13 de enero de 1757, cuando él comenzó la tarea que le sucediendo al P. Pedro Rodríguez[644] que estuvo desde que se fundó la reducción, siete meses y medio antes. El P. Rodríguez había bautizado muchas personas entre los que prevalecían los niños recién nacidos y jóvenes. Pero además el libro contenía en la parte de adelante, algunos nombres apuntados por capellanes que hubo en la frontera en los cinco años previos que los tobas comenzaron la paz, antes de la fundación de la reducción. Agrega además el P. Arto que "cuando llegué a esta reducción, que hará nueve años por el mes de enero, no hallé libro de cuentas, sino algunos apuntes en libros sueltos, y estos eran del diezmo que se recogía y los puse en este libro". Continúa escribiendo que antes había cinco o seis conchavados y que ahora sólo quedaban dos, que se habían agregado once indios, seis que habían huido de la reducción por la viruela y cinco que llegaron de la destruida reducción del Dorado o de San Juan Nepomuceno, fundada por el P. José Jolís. En cuanto a deudas dice el P. Arto que la reducción no tiene, sólo debe al P. procurador de provincia doscientos treinta novillos que le compró por no matar vacas, pero que ya contaba con los recursos para hacer frente a la misma. Termina escribiendo que no hay otra novedad, salvo que los indios están haciendo unos cercos para sembrar mucho maíz[645].

---

reducción de San Ignacio de Ledesma el 27 de agosto de 1767. Pasó al exilio en Italia, muriendo en Faenza el 30 de mayo de 1780 (Storni, 1980: 24).

[644] El P. Rodríguez nació en Zalamea la Real, en Huelva, el 27 de julio de 1735, ingresando a la Compañía de Jesús para el Paraguay en 1753 y arribando a Montevideo dos años después. Para el tiempo de la expulsión se encontraba en la estancia de La Candelaria en Córdoba, siendo conducido a Buenos Aires y de allí a Italia, haciendo sus últimos votos en Ravena en 1774, donde se le pierde el rastro (Storni, 1980: 246).

[645] AGN, Sala IX, 6-10-6.

Contamos con dos censos de la reducción de los tobas. El primero está inserto en la última Carta Anua del Paraguay que firma el P. Pedro Juan Andreu el 20 de agosto de 1763. Es una planilla expresando que en 1762 había un número total de trescientas catorce almas[646].

Familias	Viudos	Viudas	Niños	Niñas	Jóv.	Donc.
67	2	22	67	68	15	6
Dif. Adultos	Dif. Párvulos	Baut. Párvulos	Baut. Adultos	Matr.	Comun.	Almas
4	18	31	6	1	15	314

El otro es otra planilla suelta que está en una Anua parcial de 1764, donde se contabilizan cuatrocientas noventa y dos almas, contando los ciento treinta y cinco que fueron de la *"reducción destruida del Dorado"* [647].

Los soldados encabezados por el maestre de campo Francisco Javier Robles llegaron a la reducción de Nuestra Señora del Rosario de San Ignacio el 10 de agosto, encontrado y arrestado al P. Francisco Oroño que estaba al frente de la reducción. Fue inmediatamente apartado de la misma y en su lugar se puso al fraile Joaquín Coyto quien ayudó con el inventario de la capilla, describiéndola como de *"seis tirantes con su altar, y en él colocado un lienzo de bara y media e largo, y poco más de vara de ancho. Su advocación Nuestra Señora del Rosario, y a los pies San Ignacio y San Francisco Javier"*. También se hallaban imágenes pequeñas de Nuestra Señora de Belén, el Corazón de Jesús, San Luis Gonzaga, San Estanislao y otros, junto a todos los ornamentos necesarios. La casa de los jesuitas se componía de *"dos cuartos el uno de ellos con su aposento y ventana con puertas y cerraduras de hierro"*. Un pardo libre llamado Juan José Argañaraz cuidaba la hacienda, declarando que había en la reducción dos mil doscientas treinta y dos cabezas de ganado vacuno, fuera de muchas

[646] BS, Carta Anua de 1756-1762, Estante 8, copia en AGN-BN Doc. Nº 4421, f. 12.

alzadas, unos setenta bueyes, ciento veintiocho caballos, veintiocho yeguas y catorce mulares[648]. Aparentemente el P. Arto llegó a la reducción el día 27 e inmediatamente fue arrestado[649].

6.1.4. La reduccion-fuerte como tipología urbana del Chaco occidental.

El proceso de ocupación hispana en el Chaco durante el Siglo XVIII, se centró en pasar de la guerra defensiva a la ofensiva. Bajo este planteo se decidió agrupar a los indios menos belicosos en una serie de reducciones ubicadas junto a fuertes que se levantaron en el límite natural que constituía el Salado. No obstante no todos los gobernantes se abocaron a esta tarea, como lo hicieron Urizar y Martínez de Tineo. Este último con relativamente mejores resultados que el anterior.

En casi todas las ocasiones, los mandatarios entregaban la reducción a la administración espiritual de los jesuitas, aunque éstos hacían sus propias y sistemáticas entradas, al modo de misiones volantes, con la variante que iban en busca de infieles para incorporar a las reducciones. Los fuertes, que eran custodiados por soldados y donde residían los jesuitas, fueron con el tiempo abandonados. Las causas son varias: podría haber sucedido que la reducción se hubiera extinguido porque sus habitantes se escapaban o porque los mismos soldados o "partidarios", e incluso las familias a quienes se les concedían tierras alrededor, también abandonaran el sitio. En el mejor de los casos, reducciones diezmadas quedaban sin soldados pero con los jesuitas.

También podemos aludir a que el aparente fracaso de las reducciones-fuertes, que se extendieron por casi medio siglo, se debió a que los mismos sacerdotes desestimaban esta metodología reduccional. Desde un principio los jesuitas exigían utilizar un sistema como el guaraní; pero

---

[647] AGN, Sala IX, 6-10-6.
[648] ANCh, Vol. 150, p. 4.

había una diferencia sustancial y era que estos indios no se habían reducido pacíficamente, sino que eran prisioneros que aceptaban el sistema de vida en poblaciones, pues se les ofrecía ciertas condiciones favorables para hacerlo, como el de no ser encomendados y supuestamente ser protegidos de los indios enemigos. No obstante y aunque estuviera vedado, igualmente se empleó el servicio personal, como así mismo los españoles los utilizaron como cuerpos de defensa frente a ataques a las ciudades y estancias.

Los jesuitas en principio tuvieron que aceptar el sistema reducción-fuerte, como lo dio a entender explícitamente el procurador Juan José Rico en 1743, pero poniendo como condición imprescindible que los emplazamientos estuvieran lejos de las ciudades españolas. Esto se debió a que los ignacianos tenían muy en claro que el contacto con españoles corruptos de la moral y la religión era perjudicial al buen desarrollo de un pueblo de indios cristianos. Pero ese contacto igual lo siguieron teniendo directamente con los soldados de los fuertes y eso fue lo que acabó con el sistema. Luego comenzaron los traslados poblacionales a sitios que escogerían los indios, pero siempre dentro del límite propuesto del Salado.

Por otra parte los indios querían volver a sus tierras, obviamente que ya no tendrían las extensiones originales, pues al concentrarlos en pueblos, lo que quedó libre fue tomado por los españoles donde desarrollaron sus propias estancias. Este fue el principal motivo del avance al Chaco y la concentración de los indios, como queda perfectamente explicado por el gobernador Urizar.

En este contexto, los jesuitas comenzaron a darle especial importancia a las misiones del oeste chaqueño, nombrando un superior como cabeza del grupo misionero. Lo fueron los PP. Andreu, del Bono y Ferragut. Mientras que las reducciones del este estuvieron bajo la tutela de los colegios.

---

[649] Storni, 1980: 24.

Los dos grandes misioneros del Chaco occidental fueron los PP. Machoni y Andreu que, al alcanzar el provincialato, continuaron una política de interés especial por el Chaco. Incuso el primero fue quien, luego de su actividad como misionero y como procurador a Europa, se encargó de publicar la obra del P. Lozano sobre el Chaco que, además de tener un contenido histórico, tenía el doble propósito de mostrar claramente los avances y perspectivas de la labor misional jesuítica en la región.

Estas interpretaciones históricas nos ayudan a comprender este punto esencial que será la conformación urbana y arquitectónica de esta tipología reduccional. Pero no sin hacer notar que la región chaqueña tenía límites difusos entre la ocupación hispana y la de los grupos originarios que, según cálculos del P. Machoni, ascendían al millón de habitantes. El mentado nomadismo era su forma de vida que no cambió a pesar de las transformaciones ecológicas que sufrió la región.

En la expedición de Urizar se levantaron tres fuertes con sus correspondientes reducciones, distantes a “tiro de arcabuz”, que no es una medida sino una expresión de cercanía. Sólo perduró una y fue la de San Esteban donde se ubicaron cuatro parcialidades indígenas (isistines, arostines, toquistines y lules) aunque sólo permaneció la última. Estas reducciones eran simplemente un muro de “tapia” o adobe, usado de cerco perimetral e interiormente otras paredes separaban los grupos indígenas que la conformaban, siendo todo levantado por los soldados. El fuerte era un rectángulo de quinientos sesenta metros por ciento cuarenta metros con dos cubos o baluartes, rodeados por muros de tapia. Adentro convivían ciento cincuenta soldados, con sus habitaciones, almacenes, capilla y una casa para los jesuitas que atendían la reducción. Es decir que los sacerdotes no vivían con los indios. Otros fuertes eran más pequeños y estaban protegidos con muros de palos con puntas, enterrados sobre el terraplén que quedaba de haber cavado una zanja alrededor del fuerte.

Estas tres primeras reducciones-fuerte no perduraron porque los indios se escaparon, solo permaneció la de Balbuena donde se asentaron los lules con el P. Machoni. Los problemas entre los soldados y los indios se acentuaron y a los tres años la reducción se trasladó al sitio de otro fuerte, aunque su dotación pasó a Balbuena. Pero también porque un grupo de lules quería liberar a sus compatriotas como cuenta el P. Lozano. Esta mudanza hizo que cambiara sensiblemente el modelo reduccional, excepto que ya no habría soldados en el fuerte, aunque su capilla y demás construcciones serían utilizadas por los jesuitas y obviamente los indios. Fueron reacondicionadas, incluso con el empleo de ladrillos; se quemó cal y hasta se construyó una acequia para llevar agua al poblado. Como vemos en este caso, el desprendimiento de los jesuitas de los soldados es casi inmediato a la expedición fundadora de Urizar.

Al poco tiempo la reducción comenzó a sufrir traslados, el primero debido a una cruenta viruela y el asedio de los mocovíes e incluso grupos lules que insistían en liberarlos. Al cabo de varios años y mudanzas el P. Andreu, y ante el obstinado pedido de los lules recuperados a la reducción, aceptó llevarlos nuevamente a Miraflores entre 1752-1753. De una de estas reducciones sabemos que contaba con una plaza de quinientos pasos en cuadro con iglesia de ladrillo y teja, además de las ciento siete casas de los indios. Todo esto estuvo en manos del P. Artigas en el sitio conocido como el Conventillo. Tanto allí como en Jalla contaron con carpintería, curtiduría, se construían carretas y hacía jabón, además de blanquear cera. Por su parte la estructura política de la reducción contaba con corregidor y alcalde indio. Para otras registramos además la presencia de un alférez real.

En la nueva reducción de Miraflores permanecieron hasta la expulsión y se incorporó un edificio para escuela de música y canto, como sabemos fehacientemente que también la tuvo la reducción de San Juan

Bautista de isistines, fundada luego de la expedición de Martínez de Tineo en 1753.

En este derrotero, los fuertes fueron independientemente consolidados, agregándoseles mangrullos techados, con cañones y protegidos con cueros para defenderse de las flechas. Dentro de ellos aparecieron otros ámbitos como botica, carpintería, herrería y celdas. Todo construido sobre el muro perimetral, quedando un gran espacio central que oficiaba de plaza para la práctica de ejercicios militares.

Luego de la época de Martinez de Tineo, los jesuitas profundizaron la iniciativa de reducir indios, con constantes entradas que hicieron los PP. Gorostiza y Jolis. En estas circunstancias fundaron tres reducciones de vilelas que se sumaron a la de San José de Petacas que finalmente se instaló en 1761, Nuestra Señora del Pilar se ubicó en Macapillo a siete leguas al sur del fuerte de Pitos y cinco leguas arriba del mismo y en ese mismo año de 1763, fundaron el pueblo de San Joaquín o Nuestra Señora del Buen Consejo en el sitio de Ortega. Tanto una como otra contaban con una iglesia y algunos cuartos todo cercado con una empalizada. Una descripción de la capilla y casa de los jesuitas de Ortega explica que era de paredes de barro mezclado con paja y techo de paja, mientras la casa de lo indios toda de paja.

Otra reducción donde no intervienen los españoles fue en la de San José de Petacas donde, trasladados a partir de 1761, dos años después estaban construyendo sus viviendas, de la que da una relación detallada el P. Castro. Dice que eran alargadas de unas sesenta o setenta varas. Clavaban unos palos que unían en sus extremos formando una bóveda que cubrían con paja. Era para varias familias emparentadas y cada una tenía una puerta de acceso aunque no había cerramientos interiores. Las construían las mujeres y en invierno cada familia tenía un fogón. Parecidas a como se muestran en el plano. Efectivamente contamos con dos planos de

estos pueblos, el de Dolores de malbaláes (c.1750) y el posiblemente de San José de vilelas (c. 1760). Si bien difieren notablemente a los trazados de los pueblos guaraníes, estos dos también muestran diferencias. La primera es que el pueblo de Dolores estaría adjunto a un fuerte y el de San José no. En el caso de Dolores el pueblo se limita a ocho manzanas cercadas por un muro con acceso por el poniente y con un espacio entre muro y manzana similar a esta última. Incluso parece que cada manzana estuviera cercada y dentro se ubicarían las casas. Hay una plaza central equivalente a las dimensiones de una manzana con la picota o rollo en medio. Al ingresar al pueblo uno se encuentra con la manzana de la iglesia de espalda y del otro lado de la plaza un edificio mayor que puede ser el Cabildo. En el caso de San José no se le dibuja cerco perimetral, quizás porque no responde al plan reduccional de Martínez de Tineo como el de Dolores. No hay un damero claro, como el de la reducción de malbaláes y si bien una plaza central con rollo es la ordenadora del trazado, las casas se ubicaron en torno a ella, diferenciándose en colectivas e individuales, con su correspondiente terreno de fondo cercado. Se distingue la ubicación de la iglesia pero no así del Cabildo, aunque no quiere decir que no lo tuviera. Por tanto el primero es un trazado gubernamental y el segundo realizado por los jesuitas, que lentamente fueron imponiendo su modelo reduccional por sobre el establecido por el gobierno. Pero que en ambos casos quedó sin un desarrollo suficiente. Sobre todo el jesuítico que se vio cercenado ante la expulsión producida en 1767.

De las reducciones-fuertes pervivieron las últimas, mientras los indios se volvieron a dispersar por el Chaco. Su ubicación fronteriza fue ideal para que sirvieran como presidios pero de a poco esas tierras fueron cedidas en merced para su explotación. Tal el caso del fuerte de Río Negro que dio lugar a la hacienda homónima que desde 1790 producía panes de azúcar procesados en trapiches muleros y aguardiente hecho en

alambiques. La mano de obra estaba formada por dieciséis esclavos especializados en esas tareas. Otro caso fue el legendario fuerte de Ledesma que para 1830 era un importante establecimiento de ganado vacuno y mular, además de productor de azúcar[650].

[650] Cruz, 2001: 137.

6.2. Mocovies y abipones en la frontera del Paraná.

Muy detallados son los pioneros escritos que dejaron sobre los abipones el P. Dobrizhoffer y sobre los mocovíes el P. Paucke, quienes estuvieron con ellos hasta los días de la expulsión. El primero había sido previamente trasladado a la reducción de San Joaquín del Taruma de indios tobatines, pero el segundo se encontraba junto al P. Ramón María de Termeyer en la reducción de San Javier de mocovíes en Santa Fe, cuando llegaron los soldados el 7 de agosto de 1767.

Además de los PP. Paucke y Dobrizhoffer otros testimonios de jesuitas contemporáneos quedaron inéditos, con los que trabajó con gran fruto el P. Furlong[651], hallándolos en su mayoría en el archivo jesuítico de Barcelona. Forman parte de una serie de monografías donde varias hacen alusión a los indios del Chaco. Es un conjunto de cartas de jesuitas expulsos enviadas al P. Joaquín Camaño, con las que pensaba realizar una enciclopedia étnica del Chaco, que tratan sobre las costumbres originarias dentro de su entorno natural y el principio de la conversión. El P. Camaño escribió un estudio preliminar y una descripción de las etnias del Chaco (pp. 25-40), haciendo referencia a los mocovíes (p. 31) y abipones (p. 33). Acompañan sus escritos, textos como el del P. Manuel Canelas que, al explicar las costumbres de los mocovíes, señala por ejemplo los tres tipos de palmas que disponían: *"la principal llamada Ahabie"* que *"rasada sirve para tixeras de casas y cabadas o quitado su sólido corazón sirve de tejas"*[652]. Otro importante escrito adjunto, es la *"Relación de la fundación de el Pueblo de San Xavier de los Mocobis"* que citaremos a menudo, del P. Francisco Burgés (pp. 354-374)[653], quien se cree escribió los fragmentos de un diccionario mocoví que se encuentra en el archivo catalán. Entre

---

[651] Furlong (1938a) y (1938b).

[652] ARXIU, AC MI 02, *Chaco Camaño, Andreu, Castro, Borrego, Jolis, Arto*, p. 186.

[653] Una copia en BNE, I-29-8-32.

otros trabajos se suman el del P. Ramón Arto que dejó sus impresiones sobre los tobas y mocovíes (pp.377-392). Tuvimos acceso a todos estos documentos, excepto la relación que menciona Furlong de los mocovíes que supuestamente se encuentra en el Archivo de Loyola y que redacta el P. Francisco Bustillo; su búsqueda nos resultó infructuosa, aunque el P. Furlong la transcribe íntegramente.

Los mocovíes y tobas, junto con los extinguidos abipones y mbayás pertenecían a la familia lingüística de los guaycurú. Como es sabido, por medio de los autores jesuitas exiliados, los mocovíes y abipones, tenían esa denominación dada por los españoles y otras etnias en el Siglo XVII. Fue a mediados de ese siglo cuando comenzaron los ataques a Santa Fe, obligando a sus habitantes a forzar una mudanza de la ciudad desde 1651, a un sitio casi insular que pudiera protegerlos mejor. Para las defensas, los españoles contaron con los guaraníes, provocándose verdaderas masacres interétnicas que se extendieron a lo largo del tiempo. Pero los chaqueños continuaron sus ataques en contra de los intrusos europeos que se vieron obligados a pasar a la guerra ofensiva en 1662. Fue cuando un inesperado ataque charrúa dejó inmovilizada la ciudad al menos hasta 1678 en que se acordó una paz. Mientras tanto los mocovíes y abipones avanzaron desde el Bermejo contra Talavera de Madrid, expandiéndose hacia el sur y este de la ribera del Paraná. El teniente de gobernador capitán Antonio de Vera y Mujica y Montiel (1665-1742) se adentró en el Chaco y estableció una paz con ambas etnias, ofreciéndoles tierras para formar una reducción en el paraje del Salado Grande o en el sitio de Cayastá donde había estado la primera ciudad de Santa Fe. Pero no se concretó y los nuevos ataques fueron cada vez más severos. Incluso el avance del gobernador del Tucumán Urizar hizo desplazar al sur a los mocovíes y abipones, con lo que no pararon de asediar Santa Fe con invasiones casi diarias que

alcanzaron toda la década de 1730 hasta llegar a pensar en un nuevo traslado de la ciudad[654].

El P. Pedro de Orduña[655] en 1684, a un año del martirio de los PP. Ortiz y Solinas, escribió desde Córdoba una interesante carta al provincial, manifestando que en los objetivos de la evangelización del Chaco, de la que poco se había logrado hasta entonces, *"juzgo que poco, o ningunos se lograrán en yendo mezclados con españoles y amparados de sus armas. Pues Nuestro Señor Jesucristo sólo aprueba entrar a los infieles con la cruz en la mano fiados de su Providencia"*[656]. Este parecer del procurador de las doctrinas del Paraná y Uruguay no se entendió por entonces y en la Carta Anua de 1720, el provincial escribió a Roma: *"Tres de nuestros Padres acompañaron como capellanes militares a las tropas de la expedición contra los abipones por tres años seguidos"*. Agregando luego que *"Desempeñaron muy satisfactoriamente su cargo, predicando y confesando a los soldados y prestando los demás ministerios de la Compañía"*[657].

El jesuita zaragozano se ofrecía a sus superiores para entrar al Chaco por Corrientes y expresaba elocuentemente *"tengo por más factible y donde se pueda arriesgar menos y puede haber esperanzas de lograrse mejor es la misión y conversión de los abipones, gente infiel, labradora que comunicó y trató con los españoles del río Bermejo"*. Incluso recuerda

---

[654] La ciudad de Santa Fe fue fundada por Juan de Garay en 1573 en la actual localidad de Cayastá, ubicada en las barrancas del por entonces conocido río Quilloazas (hoy San Javier). La ciudad se trasladó a unos ochenta kilómetros a su actual ubicación entre 1651 y 1660.

[655] El P. Orduña nació el 6 de marzo de 1629 en Salvatierra de Esca en Zaragoza, ingresando a la provincia de Aragón en 1645. Tres años después llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Juan Pastor. Sus últimos votos los profesó en la reducción de Encarnación de Itapúa en 1665, falleciendo en la de San Javier el 29 de mayo de 1700 (Storni, 1980: 206).

[656] ARSI, Paraq. 11, f. 439.

[657] BS, Cartas Anuas 1720-1730, Estante 6 y 12, f. 130.

que al abandonarse la ciudad entraron los PP. Pastor y Sequeira, como mencionamos en otro capítulo, que fueron los primeros misioneros de abipones, que por entonces sumaban más de dos mil familias[658]. Al año siguiente el P. Orduña insistió en el tema y relató que si bien conformó a los superiores la propuesta, estimaron esperar los resultados de la entrada a los mocovíes por Esteco que haría el gobernador Antonio de Vera. Obviamente el avance de las milicias hispanas inquietó a los abipones que se acercaron a Corrientes a dialogar. Por tanto el P. Orduña exhortó, incluso aprovechando para mencionar que estaba próximo a fundarse un colegio en Corrientes, que los jesuitas podrían hacer base para comenzar misiones entre los abipones[659]. Las gestiones en España las emprendió el P. Diego Altamirano, quien había sido provincial (1677-1681) y ahora se encontraba en España en su carácter de procurador (1682-1688). Elevó un memorial al rey sobre el tema de la fundación y finalmente el 30 de mayo de 1688 la Corona dio licencia para la creación del colegio de Corrientes, haciéndolo con el preciso enunciado de poder misionar entre los indios ubicados cercanos a la ciudad[660]. Fueron destinados al flamante colegio los PP. Sebastián de Toledo y Luis Gómez. Aparentemente el P. Orduña permaneció en las reducciones guaraníticas, al menos en 1665 y 1700 se encontraba en Encarnación y San Javier, respectivamente. Pero no se trató más el tema de fundar un pueblo para los abipones, que en 1689 atacaron la ciudad y el teniente de gobernador, en oposición al Cabildo, respondió con una fuerza compuesta de indios de Itatí[661].

---

[658] ARSI, Paraq. 11, f. 440.

[659] Ibid: ff. 457-460v.

[660] Ibid: ff. 464-464v, y Pastells, 1933 (IV): 171-172.

[661] Pioli, 2002: 114.

Algunos años después, el flamante teniente de gobernador de Santa Fe don Francisco Javier de Echagüe y Andía[662], logró concertar la paz con el cacique Ariacaiquín en 1734 y ofrecer misioneros para que se redujeran. Pero diversas circunstancias postergaron la concreción de la reducción por nueve años, hasta que se efectivizó lo estipulado en julio de 1743. Mientras tanto varios grupos aborígenes con sus familias se establecieron en los alrededores de Santa Fe, dedicándose al comercio con los vecinos de la ciudad de Garay y otros tantos frecuentaban el colegio jesuítico.

Con la ayuda de los jesuitas se estableció la reducción de San Francisco Javier de indios mocovíes casi en las puertas de la ciudad de Santa Fe, más precisamente donde había sido fundada originalmente. Se inició entonces una labor evangélica y de defensa que se continuó con la fundación de cuatro reducciones de abipones, la de San Jerónimo, al margen del arroyo del Rey en 1748, hoy ciudad de Reconquista; Concepción sobre el río Dulce, al año siguiente en Santiago del Estero; la llamada San Fernando en 1750, hoy ciudad de Resistencia y finalmente San Carlos y Rosario en el Timbó en Formosa, en 1763. Los mocovíes tuvieron su segunda reducción recién en 1765, ubicada sobre el río Ispin-Chico, afluente del Saladillo, también en Santa Fe. Se la bautizó con el nombre de San Pedro en honor a don Pedro de Cevallos. Hubo un intento de fundar un tercer pueblo en 1767, pero la expulsión lo dejó en mero proyecto.

La paz que logró Echagüe no fue exclusivo mérito propio, ya que hacía tiempo el P. Francisco Burgés[663] mantenía conversaciones tratando

[662] Echagüe y Andía nació en Santa Fe el 1º de setiembre de 1693, siendo sus padres el general Francisco Pascual y doña María Márquez Montiel. Estudió con los jesuitas de su ciudad natal y luego se dedicó a las armas, anotándose en casi todas las salidas que se hicieron en defensa de la ciudad. Asumió como teniente de gobernador en 1733 hasta su muerte ocurrida en Santa Fe el 2 de octubre de 1743, no llegando a ver concretada la primera reducción de mocovíes.

[663] El P. Burgés nació en Pamploa el 2 de febrero de 1709, siendo hijo de Nicolás y María Antonia Amunarriz y Navarro. Ingresó a la Compañía de Jesús en la provincia de Castilla en 1728 y al año siguiente llegó a Buenos Aires en la expedición del P.

de convencerlo que la única solución a los asedios de los indios era reducirlos al modo que se había hecho con los guaraníes[664]. Justamente como dijimos, el P. Burgés escribió sobre la fundación del primer pueblo y de los hechos acaecidos en la oportunidad. Así fue entonces que nos relata que el cacique Cithaalín concurrió numerosas veces a la casa de Echagüe quien lo iba convenciendo que viviera en un pueblo y abandonase la vida nómada. Pero fue recién el provincial Antonio Machoni, regresando por Santa Fe de una visita por las misiones en 1742, cuando se reunió con el cacique y el teniente de gobernador para tratar seriamente el asunto. El provincial ofreció sacerdotes y ordenó al P. Burgés, que se encontraba en Córdoba, viajara para Santa Fe. Mientras tanto el cacique partió a buscar a su gente, pero dudaron en el ofrecimiento porque estaba presente en su memoria que en el pasado los españoles los habían sometido a matanzas y luego juntado en pueblo cerca de Esteco, para después ser repartidos para sus labores[665]. En ese mismo tiempo, el cacique se enteró de la muerte de su hermano Ariacaiquín que acometieron los españoles en Córdoba cuando realizaba un ataque en contra de esa ciudad. En venganza de ello, Cithaalín atacó otras ciudades y fue capturado en Santa Fe, donde prometió reducirse buscando gente del interior chaquense. Pero al no regresar y teniendo

---

Jerónimo Herrán. Terminó sus estudios en Córdoba, obteniendo el sacerdocio en 1738 y dando sus últimos votos en Santa Fe en 1747. Estuvo entre los mocovíes por diecinueve años hasta que se le nombró procurador del colegio de Santa Fe. Luego de 1763 pasó a los mbayás con el P. José Mas. Se encontraba en el colegio de Asunción para tiempos de la expulsión, muriendo en Faenza el 28 de diciembre de 1777 (Storni, 1980: 45, Furlong, 1938a: 21). Cuatro años antes que el P. Burgés llegara a Buenos Aires había fallecido un homónimo de gran trayectoria que alcanzó a ser provincial en Chile (1695-1699) y procurador del Paraguay en Europa (1703-1712) (Storni, 1980: 45).

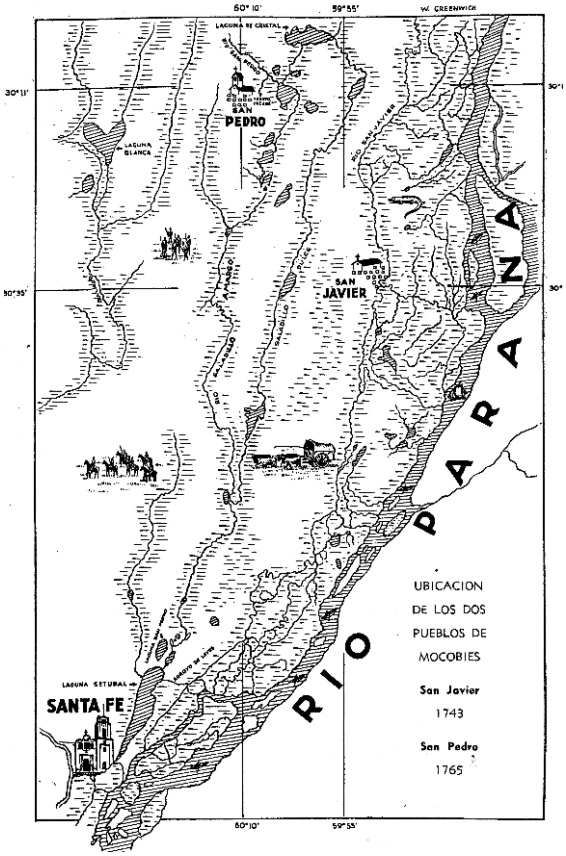
[664] Furlong, 1938a: 21.

[665] Los diezmados mocovíes fueron reducidos por el gobernador don Ángel de Peredo a un efímero pueblo que llevó el nombre de San Javier y estuvo a cargo del P. Diego Francisco Altamirano, quien llegó a ser provincial en 1677 y procurador en Europa en 1682, teniendo por compañero al tucumano Bartolomé Díaz. No vivían en la reducción sino en Esteco, ubicada a cuatro leguas, donde se llegó a levantar una capilla y bajo una gran cruz se impartía el catecismo a los niños. Pero el gobernador al no ver frutos inmediatos decidió repartir los mocovíes a los vecinos de Tucumán (Dobrizhoffer, 1979 (III): 120).

predispuesto al cacique Aletín, cuñado de aquel, se decidió formar la reducción con su gente.

6.2.1. El P. Paucke y las fundaciones de San Javier y San Pedro.

A la muerte de Echagüe, fue reemplazado por don Francisco Antonio de Vera Mujica y Torres (1707-1771), mientras que el P. Machoni cumplía su mandato y era sucedido por el P. Pedro de Arroyo quien destinó al P. Burgés a Buenos Aires. Entre tanto se detuvo a Aletín en el sitio de la Chacarita, que pertenecía a los jesuitas de la ciudad de Santa Fe[666], con una docena de familias mocovíes dispuestas a reducirse. Estuvieron por el término de tres meses, hasta que se consiguieran limosnas con que poder sustentar a los indios. Poco pudo recaudar el Cabildo, unas ciento cincuenta vacas y cuatrocientas ovejas, mientras que el P. Miguel de Cea, rector del colegio, recaudó setecientos pesos con que compraron quinientas reces[667]. El P. Burgés aún no había partido y ante la enhorabuena, revocaron su



Ubicación de las reducciones de San Javier y San Pedro de mocovíes (Furlong, 1938a: 96).

[666] Calvo, 1993: 105.

[667] AGN, Sala IX-4-1. *El P. Miguel de Zea al gobernador Andonaequi* Buenos Aires, 16/8/1743.

destino y junto con los indios, el teniente gobernador y unos peones, además del P. Jerónimo Núñez[668], se trasladó al viejo sitio de Santa Fe. Al llegar a una loma cercana fundaron el pueblo el 7 de julio de 1743, como dejaron constancia en el Acta de Fundación. Los indios no tributarían por veinte años y el pueblo contaría con un ejido de dos leguas (ocho kilómetros) de sur a norte y cuatro (dieciséis kilómetros) de este a oeste, considerado suficiente para labrar y pastar ganados[669]. Escribió el P. Burgés que, inmediatamente de fundado *"Hizo el señor General con su gente una capilla de tapia francesa, dos aposentos para dos Padres, y otro aposento al lado para vivienda de los lenguaraceses; hizo también unos ranchitos para los indios"*[670]. Concluidas las obras, los españoles y el P. Núñez se retiraron dejando al P. Burgés solo con el cacique Aletín y dieciocho familias que representaban un total de ciento sesenta y dos individuos. Es de destacar que se sumaron otros mocovíes, sobrevivientes y cautivos de las matanzas que el teniente de gobernador de Santiago del Estero Francisco Barreda, había hecho en varias incursiones al interior del Chaco buscando a los mocovíes que no querían reducirse. El P. Dobrizhoffer señala sarcásticamente *"y por esto decía en broma aunque con verdad que él era otro fundador de aquella reducción0T"*[671].

En la Carta Anua, el provincial informó con albricias al general, sobre la nueva fundación y dedicó un título en el texto a los mocovíes, nación del Chaco que describe célebre entre *"los más valientes de ellos,*

---

[668] El P. Núñez nació en Chinchilla de Monte en Albacete el 3 de junio de 1705, ingresando a la provincia de Toledo en 1722. Llegó a Buenos Aires en 1729 y dos años después el obispo Sarricolea le concedió el sacerdocio. En la reducción de San Ignacio de guaraníes profesó sus últimos votos. La expulsión lo sorprendió en Buenos Aires, donde se embarcó y murió durante la travesía del exilio (Storni, 1980: 201). Fue un insigne teólogo, profundo filósofo y buen exegeta, habiendo sido profesor de la Universidad (Furlong, 1938a: 179).

[669] AGI, Charcas 215 *Carta del gobernador Pedro Ortiz de Rozas a SM, 20/12/1743*, También en Pastells, 1948 (VII): 540.

[670] BNB I-29-8-30. Reproduce Furlong, 1938a: 23-35 y Bruno, 1968 (V): 50.

[671] Dobrizhoffer, 1970: 113.

siendo cierto, que ninguna los supera en ferocidad", reconociendo que los avances que hicieron los gobernadores desde Tucumán habían provocado una migración al sur, perjudicando a Corrientes y Santa Fe. No obstante a veces entraban a la ciudad pacíficamente y visitaban a los jesuitas[672].

El P. Burgés contó con algunos guaraníes conchabados, en tanto al poco tiempo se sumaron el cacique Cihtaalín con trescientos individuos y finalmente Nevedagnac con cuarenta familias que constituían casi trescientas sesenta personas[673]. Antes del primer mes estaban acompañando al P. Burgés, el P. José Ignacio Gaete[674] y el H. Agustín Almedina[675]. Este último con la precisa instrucción que ayudase en la construcción de los ranchos. A fines de octubre llegó de visita el flamante provincial P. Bernardo Nusdorffer, informando la existencia de doscientos setenta indios[676] y ya antes, había ordenado al H. Almedina que regresara al colegio y reemplazaba al P. Goete por el P. José Cardiel[677]. Este último sólo permaneció cuatro meses, sucediéndolo el P. Jaime Bonenti[678], quien

---

[672] BS, Cartas Anuas 1735-1743, Estante 12, f. 365v.

[673] Paucke, 2010: 239.

[674] El P. Gaete nació el 2 de noviembre de 1686 en La Rioja (Argetina), ingresando al Instituto en 1703. Sus últimos votos los profesó en el pueblo de San Carlos en 1719, muriendo en Santa Fe el 26 de marzo de 1757 (Storni, 1980: 108).

[675] El hermano Almedina nació en Montilla, Córdoba (España) el 30 de agosto de 1697, ingresando al Instituto en 1716 y arribando a Buenos Aires al año siguiente en la expedición del P. Diego Ruiz. Sus últimos votos los profesó una década después, mientras que la expulsión lo sorprendió en el colegio de Santa Fe, llegando al Puerto de Santa María, donde murió el 15 de febrero de 1768 (Storni, 1980: 7). Su principal ocupación fue el de enfermero y médico (Furlong, 1938a: 179).

[676] AGI, Charcas, 385, *El P. Bernardo Nusdorffer a SM*, Buenos Aires, 30/VII/1745.

[677] El P. Cardiel nació en Laguarda el 18 de marzo de 1704, ingresando a la provincia de Castilla a los dieciséis años. En 1729 llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán, profesando sus últimos votos en San Ignacio Miní en 1737. La expulsión lo sorprendió en la reducción de Concepción de guaraníes, muriendo en Faenza el 7 de diciembre de 1781 (Storni, 1980: 52). Tan sólo cuatro meses estuvo entre los mocovíes, pero es reconocido como uno de los grandes misioneros de los jesuitas (Furlong, 1953a).

[678] El P. Bonenti era natural de Castel Goffredo, Mantúa (Italia), donde nació el 30 de diciembre de 1697. Ingresó al Instituto en Venecia y llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán en 1729. Sus últimos votos los profesó en la

enfermó gravemente, siendo sustituido por el P. Miguel de Cea[679]. Este sevillano llegó a mediados de 1744 y fue, como dijimos, rector del colegio de Santa Fe. Terminó unas habitaciones que había empezado el P. Cardiel, pero una noche todo se prendió fuego "por ser el viento recio y los techos de paja". De tal forma que tuvieron que edificar todo de nuevo: "capilla y vivienda" interviniendo en ello el P. Cea que a fin de ese año fue destinado como vicerrector del colegio de La Rioja.

A los pocos años y cuando la reducción, según el informe del provincial Manuel Querini, contaba con más de quinientas almas[680], vino en su lugar el P. Francisco Navalón[681], quien estuvo poco más de un año, pues para julio de 1748 fue destinado a fundar el pueblo de San Jerónimo de abipones. A fines de ese año llegó el P. José Lázaro García[682] y a principios del siguiente se sumó el P. Manuel Canelas[683].

---

reducción de la Candelaria en 1734, muriendo en el colegio de Santa Fe el 25 de abril de 1744 (Storni, 1980: 41).

[679] El P. Cea nació en Carmona, Sevilla, el 9 de agosto de 1694, ingresando en la provincia jesuítica de Andalucía en 1712 y dando sus últimos votos en Sevilla en 1724. Llegó a Buenos Aires en 1729, junto al P. Bonenti, falleciendo en las misiones guaraníticas en 1768, antes de ser trasladado al exilio (Storni, 1980: 62). Fue rector del colegio de Santa Fe y procurador de abipones y mocovíes (Furlong, 1938a: 179).

[680] AGI, Charcas, 385 *Carta del provincial de la Compañía de Jesús Manuel Querini a SM* 28/11/1747. También en Pastells, 1948 (VII): 690.

[681] El P. Navalón, nació en Olmedo, Valladolid, el 1º de marzo de 1716, ingresando a la Compañía de Jesús en 1732, llegando a Buenos Aires dos años después en la expedición del P. Antonio Machoni. En ese año profesó sus primeros votos y su sacerdocio lo cumplió en 1743. Estando en Santa Fe dio sus últimos votos en 1750, sorprendiéndolo la expulsión en la reducción de San Jerónimo. Fue llevado a Europa, muriendo en Faenza el 28 de enero de 1783 (Storni, 1980: 197).

[682] El P. García nació en Torre del Campo, Córdoba (España) el 1º de diciembre de 1691. Ingresó al Instituto a los vente años y llegó a Buenos Aires en 1712 con la expedición del P. Francisco Burgés. Sus últimos votos los profesó en San Javier en 1726, muriendo en Santa Ana el 6 de agosto de 1754 (Storni, 1980: 113).

[683] El P. Canelas nació el 24 de abril de 1748 en Córdoba (Argentina), ingresando al Instituto cuando rondaba los 21 años. Alcanzó el sacerdocio a fines de 1743 y sus últimos votos los profesó en Santa Fe en 1752. La expulsión lo sorprendió en el Colegio de Córdoba, muriendo en Faenza el 22 de marzo de 1773 (Storni, 1980: 50).

La paz y reducción de los indios –como expresamos en capítulos anteriores- llevaba implícito que los españoles tomaran para sus estancias, las tierras que se les obligaba dejar a los naturales. Ese avance, sumado a las molestias que les ocasionaban a los indios, hizo que la reducción fuera trasladada en 1748 a siete leguas sobre el río Dulce en el paraje Los Algarrobos. De tal manera que en el nuevo sitio, los PP. García y Canelas "hicieron capilla y aposentos para nosotros, y ranchos para los indios", escribe el P. Burgés, quien se quedó encargado de las cosechas del pueblo viejo. Al poco tiempo llegó el H. Domingo Ugarte para que enseñara a los indios el oficio de carpintería[684]. Pero una creciente del Paraná, ocurrida en el verano de 1750, les obligó a abandonar todo rápidamente y trasladarse seis leguas más arriba al monte de Silva o Los Dorados, donde se quedaron ubicados definitivamente. Ahora sólo se contaba con la mano de obra de los mocovíes para levantar el nuevo pueblo, escribiendo el P. Burgés "Hicimos de pronto unos ranchos de cuero para nosotros, y una capillita corta de tapia francesa. Entretanto se iba trabajando la capilla y aposentos en el paraje más cómodo". Cabe aclarar que para atar las cerchas de los techos se usaban tientos de cuero húmedo o guasquilla y el empleo de la techumbre de cuero era habitual como la casa de un contador en Santa Fe, incluso puertas y hasta silos que dibuja el P. Paucke[685]. Por otra parte el mismo misionero muestra en un dibujo cómo los indios construían paredes de tapia, es decir un encofrado de madera con tierra fuertemente apisonada por dentro, pero parece que también y como señala el P. Burgés la hacían de tapia francesa que era un muro realizado con una mezcla de ramas y arcilla.

---

[684] El coadjutor Ugarte nació en Ochagavía, Navarra, el 4 de agosto de 1696, ingresando al Instituto del Paraguay en 1720. Hace sus últimos votos en Córdoba en 173, muriendo en la misma ciudad el 14 de setiembre de 1756 (Storni, 1980a: 289).

[685] Furlong, 1946: 256.

Aproximadamente en abril o mayo de 1751 llegó a la reducción de San Javier el P. Paucke a enseñar música a los niños, quedando luego como sucesor del P. Burgés, pues este fue trasladado al año siguiente, cuando había ciento cuarenta familias mayormente bautizadas. El P. Paucke, que estuvo entre los mocovíes por dieciocho años, describe su llegada al pueblo y el estado en que lo encuentra. En general dice que las chozas de los indios, de las que no podía estar parado dentro por su escasa altura "eran algo menos disformes a que las nuestras; no guardan orden, todas al montón y nosotros en medio de ellos. En toda la aldea no había lugarcito alguno que asemejara una plaza, ni había sido formada calle alguna". Vio mucha basura junto a las viviendas y al describir la iglesia manifiesta que era igual a las viviendas de los Padres "no tenían paredes sino que estaban rodeadas por cueros frescos de buey pero el techo de la iglesia era de paja". Agregaba que de "una horca erigida al lado de la iglesia pendían las dos campanitas de iglesia". Al lado estaba la escuela de niños que era con paredes y techos de cueros como las viviendas de los jesuitas. Del altar cuenta que estaba construido con

Los mocovíes construyendo un edificio con tapias, según dibujo del P. Paucke (2010: 64).

Detalle del sector de iglesia y casa de los PP. de la reducción de San Javier, según el P. Paucke (2010: 65).

adobes “sobre el cual se encontraba una imagen de crucifijo y dos velas. Los candelabros eran dos cueros de buey llenados con arena”[686]. El P. Paucke expresa ciertamente que la casa de los jesuitas no podía estar en peores condiciones. Su habitación por ejemplo medía cinco varas de largo y tres de ancho, con paredes y techo de cueros afirmados a la tierra con clavos de madera. Ante este panorama el P. Paucke emprendió una renovación edilicia del pueblo, aunque comenzó con un nuevo altar, y pronto siguió con el trazado de una nueva construcción, preparando los moldes para la fabricación de ladrillos crudos. Muy pocos indios ayudaban, la mayoría se sentaban a mirar lo que hacía.

Reducción de San Javier en plena fiesta del patrón, según el P. Paucke.

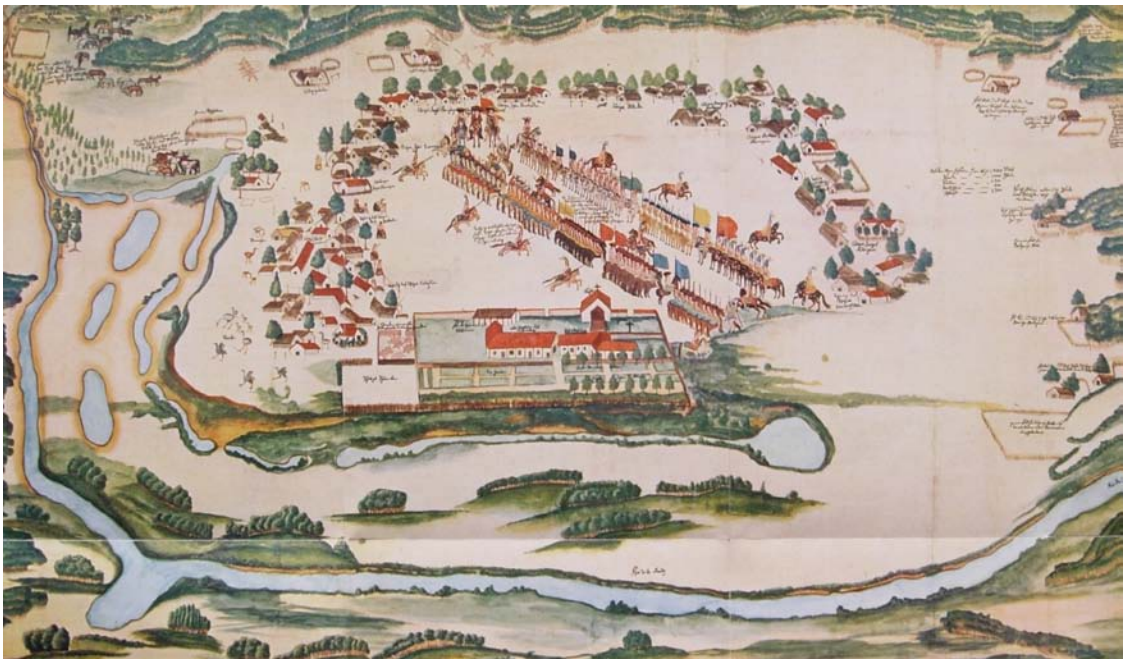
Este nuevo pueblo fue dibujado por el P. Paucke, incluso el sistema constructivo que utilizaban, similar al de los santafecinos. Trazó tres dibujos de San Javier, uno representando un detalle del área cercada de la iglesia y casa de los jesuitas donde incluyó además de la iglesia y cementerio, su vivienda de tejas, y detrás la huerta, la casa del cocinero y, a la derecha, la antigua casa parroquial de techos de paja como la iglesia. En los otros dos dibujos podemos observar la distribución de la reducción en plenas actividades.

Uno es la fiesta de San Javier en el que agrega cercano a la huerta un horno de quemar ladrillos y un cobertizo para los ladrilleros, junto con talleres de hilado y tejido, además de corrales para matadero y secadero de pieles. Se representa una plaza cuadrada frente a la iglesia, donde se ubican separadas y dispersas las viviendas de paganos y cristianos. En cuanto a la fiesta se observa una larga procesión de mocovíes cristianos “formados

[686] Paucke, 2010: 146.

como compañías”, diferenciados por el color del caballo, excepto oficiales y portaestandartes de los que se dibujan cinco, pero uno con el estandarte real, llevado por un indio vestido de español y con el título de Alférez Real. La procesión recorre todo el pueblo, encaminándose hacia la iglesia donde esperan muchos niños en formación.

El otro dibujo es una parada militar, donde se representa el pueblo con mayor amplitud, aunque fuera de escala, llegando a abarcar un sitio señalado como el de la antigua reducción en el río de los Algarrobos donde aún se mantenían algunas casas y se representa cercano el sitio de la estancia, que dice poseer “doce mil cabezas de asta, un mil caballos, mil doscientas yeguas, cuatrocientos mulares, ciento ochenta y dos burros y mil setecientas ovejas”. Un poco más río abajo, se señala la otra estancia con “mil quinientos caballos, y seis mil cabezas de ganado de asta junto con seiscientas ovejas”. Una tercera estancia indica “quinientos caballos, seis mil cabezas de ganado de asta”. También se mencionan puestos de vigilancia, tierras de labranza y crianza de ganado identificadas por



Dibujo del P. Paucke de la reducción de San Pedro de mocovíes, ubicada en el otrora llamado río Inspin-Chico o río de los Padres, ahora conocido como San Pedro.

caciques[687] y común a la reducción. En el sector urbano se señalan las casas de los caciques[688]. En la plaza se encuentran formadas las compañías de jinetes con el Alférez Real que lleva el estandarte.

Una gran dificultad para el P. Paucke fue aprender el idioma, aunque ya el P. Burgés le había dado herramientas y una vez que manejó la lengua creó la escuela de letras y luego de música. Pero también empezaron a fabricar velas y jabón, les enseñó a unos jóvenes carpintería, en la que llegaron a operar un torno que hizo el mismo sacerdote y con esas habilidades fabricaron un órgano y treinta y seis carros. Cada joven iba desarrollando una especialidad y hasta hubo quienes se animaron a esculpir la madera, jóvenes que realizaron el tabernáculo y dos frontales dorados para la iglesia del colegio de Santa Fe. Incluso un Cristo que publica el P. Bruno dándole origen mocoví[689] y que se encuentra actualmente en el pueblo**.** Con algunas viejas herramientas creó una herrería, llevando a un grupo de indios al colegio de Santa Fe para que vieran como funcionaba la allí existente. Mientras tanto las mujeres aún no hacían nada o cazaban y cuidaban a sus hijos. Fue cuando el jesuita convenció a los caciques que trajeran a sus esposas e hijas y aprendieran a hilar, teñir y tejer la lana. Para ello se comenzó criando ovejas, alcanzando el número de mil setecientos. Se hicieron mantas y alfombras que se intercambiaban en Asunción por yerba y tabaco. Siguieron con una curtiduría y araban la tierra con una madera dura curvada para sembrar trigo y cebada. Con todo se había mejorado notablemente la nueva iglesia, colocándose en el altar mayor la estatua de San Javier y en otro altar la Virgen Santísima. La población alcanzó a mil novecientos bautizados y trescientos infieles.

---

[687] Jorge Quebadin, Nevedagnac, José Nedlanigin, Quevagij, Domingo Nevedagnac, Juan Canotdin y Passodin.

[688] Etengaguin, Juan Conatdadin, Didadin, Jerónimo Dalagyin, Baltasar Daavagain, Domingo (ilegible), José Nalargain, Xavier Aletin, Juan Quevadin, Jorge Nolariguin, Jorge Quebadin, José Capiacain y Cithalin.

[689] Bruno, 1968 (V): 54.

Este aumento de población era un verdadero estímulo, pero también tenía sus dificultades con no alguna ventaja, pues era tiempo de dividirla y fundar otra reducción con propios e infieles del Chaco. Pero ni los españoles ni los indios querían que el jesuita los abandonase para ir a buscarlos, por tanto un grupo de indios se ofreció a internarse en el Chaco. La expedición que llevó a diez mocovíes duró cuatro meses y regresaron con algunos caciques que prefirieron formar nueva reducción, en vez de adjuntarse en San Javier. Uno de ellos fue Elebogdin que partió a sus tierras y regresó con cuatrocientas personas en el verano de 1763. Mientras tanto el P. Paucke se ocupó de buscar tierras para los que llegarían en breve tiempo, pues el teniente de gobernador de Santa Fe, el mencionado Vera y Mujica, quería ponerlos en un sitio que ni los indios ni el P. Paucke consideraban adecuado. Los recién llegados se anexaron como pudieron en San Javier y los problemas comenzaron a surgir, sobre todo ante la falta de alimentos[690].

Al año siguiente, en 1764, visitó San Javier el obispo de Buenos Aires Manuel Antonio de la Torre (1705-1776), notorio regalista, partícipe luego de la expulsión de los jesuitas. En la ocasión bautizó a las hijas del cacique Elebogdin, quien recientemente había perdido una mujer y un hijo. A fines de ese mismo año llegó la visita del P. provincial Pedro Juan Andreu, quien fue testigo de los esfuerzos de los indios de San Javier por dar alimento y vestido a sus hermanos. No había recursos ni autorización del nuevo gobernador, que por ese entonces estaba ocupado en cuestiones de guerra[691]. Pero el P. Andreu llegó a Córdoba y envió rápidamente por

[690] Paucke, 2010: 451.

[691] Recordemos que el gobernador de Buenos Aires, don Pedro Antonio de Cevallos (1756-1766), luego virrey del Río de la Plata, se encontraba en plena guerra contra los portugueses en servicio de España. Se conquistaron varios enclaves enemigos, aunque el Tratado de París de 1763 devolvió a los lucitanos la preciada Colonia de Sacramento.

compañero del P. Paucke, al P. Antonio Bustillo[692], quien acababa de celebrar su primera misa. Arribó a San Javier el 24 de diciembre. Pasaron las fiestas y el 11 de enero siguiente los sacerdotes salieron con los nuevos mocovíes infieles y un grupo de habitantes de San Javier para ayudarlos. Establecieron un gran corral para el ganado y luego llegó la esperada autorización del gobernador de Buenos Aires don Pedro de Cevallos, firmada en febrero de 1765, donde señaló el sitio de fundación e impartió órdenes expresas al teniente de gobernador de Santa Fe para que diera posesión jurídica de la misma y la fomentara con la ayuda de ciento cincuenta hombres que ayudasen a construir los edificios necesarios. Así nació la reducción de San Pedro[693], pero la oposición santafecina hizo demorar el acto hasta el 1º de mayo de 1765, en que se ubicaron formalmente en un paraje ubicado a una distancia de dieciséis leguas de San Javier, sobre el arroyo Yacaré. Expresa el P. Furlong que el P. Paucke lo primero que hizo fue hacer cortar unos cuatro mil troncos para empalizar toda la población, construir los corrales, edificar las chozas y morada de los misioneros. La iglesia y las habitaciones de los jesuitas se hicieron con dieciséis mil ladrillos que se quemaron en el sitio. Obras de la que se encargó un grupo de santafecinos al mando de Jerónimo Leyas quien había llegado con cincuenta hombres, aunque un refuerzo de ochenta, pronto completó el grupo que se sumó a las tareas, junto a los indios. Cuando todo se concluyó el teniente de gobernador hizo formal entrega, señalando para el pueblo dos leguas hacia el sur y cuatro al resto de los puntos cardinales en medio de la solemnidad usada para la fundación de ciudades españolas,

[692] El P. Bustillo nació en Aloños, Santander, el 30 de julio de 1730, ingresando a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1751 y arribando a Montevideo cuatro años después, en la expedición del procurador P. Gervasoni, quien no regresó por ser expulsado de España. La pragmática sanción de 1767 lo sorprendió en le reducción de San Pedro, siendo trasladado a Europa y muriendo en Faenza el 9 de diciembre de 1796 (Storni, 1980: 46).

[693] Dobrizhoffer la llama “San Pedro y San Pablo”, (III): 118.

tal cual se había hecho en San Javier. Se sumó a los PP. Paucke y Bustillo el P. Ramón María Termeyer[694] a quien el P. Paucke envió a San Javier[695].

Entre el pueblo de San Javier y el flamante de San Pedro había catorce leguas y entre este último y Santa Fe treinta y siete. Pero la población más cercana se encontraba a siete leguas y era la reducción de Nuestra Señora de la Concepción de Cayastá de charrúas, que regenteaban los franciscanos, según las referencias que de su ubicación brinda el P. Borrego. Este a su vez describe la no menos precaria vida que llevaba junto al P. Paucke, que volvió a San Javier y en su lugar fue el P. José Lehmann[696]. Para 1765 ya contaba con una escuela de primeras letras y se le habían hecho varias donaciones de ganado[697]. Al año siguiente se retiró el P. Lehmann y en su reemplazo llegó el P. Pedro Poule[698], quien se quedó

---

[694] El P. Termeyer nació en Cádiz el 2 de febrero de 1737, ingresando en la provincia andaluza en 1755. Dos años después profesó sus primeros votos en Sevilla, donde seis años después el obispo auxiliar Domingo Pérez de Rivera le confirió el sacerdocio. Llegó a Buenos Aires en la última expedición jesuita, en la que estaban al frente los PP. Simón Bailina y Juan de Escandón. La expulsión lo sorprendió en San Javier y murió en 1814 (Storni, 1980: 282). Sabemos también que este hijo de alemanes vivió en Milán y Génova. Incluso en Faenza fue matemático y aficionado a la óptica, contando desde microscopio hasta telescopio con los que hizo importantes descubrimientos que plasmó en su libro *"Opusculi scientifici…"*, publicado en cinco tomos en Milán entre 1807 y 1809, donde también incluyó noticias históricas de los jesuitas del Paraguay. Entre otras cosas introdujo en el Río de la Plata el gusano de seda pero trabajó con arañas, llegando a fabricar medias con seda de arañas que obsequió a Carlos III, a Catalina de Rusia y al mismísimo Napoleón. También y a pedido de Hervás compuso algunas notas referidas a la lengua mocoví (Furlong, 1938a: 182-184).

[695] Furlong, 1938a: 155.

[696] El P. Lehmann nació en Landeck, antiguo reino de Prusia que hoy pertenece a Austria, el 22 de noviembre de 1723. Llegó a Buenos Aires con la expedición de Ladislao Orosz en 1749, año en que profesó sus primeros votos, mientras los últimos los hizo en 1762. La expulsión lo sorprendió en la reducción de San Jerónimo de abipones. Se desconoce donde murió y se tiene como última noticia conocida en 1773, cuando residía en Wiener-Neustadt, un pueblo de la Baja Austria ubicado a poco más de quinientos kilómetros de su alpina ciudad natal (Storni, 1980: 159). Fue misionero en San Javier y San Jerónimo.

[697] Furlong, 1938a: 157.

[698] El P. Poule nació en Londres el 12 de noviembre de 1728, ingresando a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1748. Sus primeros votos los profesó dos años después y sus últimos en Santa Fe en 1763. La expulsión lo sorprendió en San Pedro, muriendo en Londres el 9 de enero de 1793 (Storni, 1980: 226). Sabemos que su incorporación al

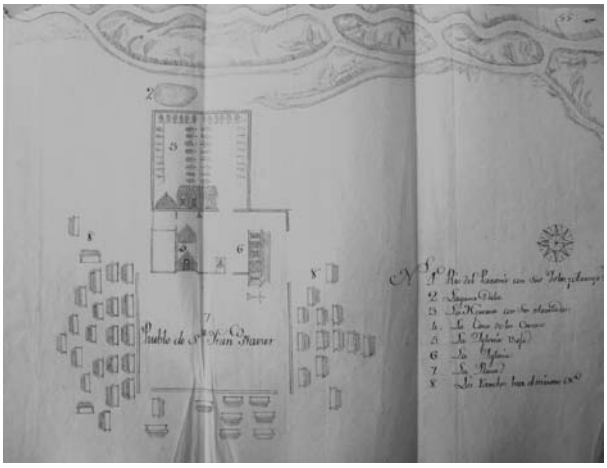
en San Pedro hasta el final con el P. Bustillo. Precisamente de la triste noticia de la expulsión de los jesuitas de Santa Fe se enteraron los misioneros a través del Dr. Bernardo Garmendia quien les trasmitió el infortunio. Un mes después, el 17 de agosto de 1767, llegó a la reducción el comisario don Pedro de Miura para llevarse a los jesuitas ante la zozobra de los indios. San Javier contaba por entonces con novecientos ochenta y dos habitantes, pero varios años después fray Francisco de Leal advirtió que amenazaba ruina, por tanto el comandante de armas y subdelegado de la Real Hacienda de Santa Fe don Prudencio María de Gastañadui mandó realizar un relevamiento de los pueblos de San Javier, San Jerónimo y San Pedro[699]. Efectivamente la iglesia de San Javier la dibuja en el plano destechada, representando otra que los frailes habían construido, aunque el esquema de la población aún seguía casi intacto, como lo había dibujado el P. Paucke. Es decir con el núcleo cercado de la casa de los jesuitas con su huerta, la iglesia nueva en la misma cuadra de la anterior, pero en el otro extremo y con centro, una espadaña sobre el muro del patio. Ambas iglesias daban a la plaza donde se agrupaban alrededor y en forma dispersas unas cuarenta y cinco viviendas de los indios. Al ver este estado, el comandante le dio un nuevo orden, conservando la iglesia nueva y derribando la vieja con casa de los sacerdotes cercada con su huerta. La mayor transformación la sufrieron las casas de los indios que pasaron a ser unidades comunitarias con galerías que bordearon la plaza en una sola hilera. Del otro lado de la iglesia se representa una mayor que podría ser el Cabildo[700].

Instituto se dio al ser parte de la tripulación de un barco británico que se incendió frente a Colonia de Sacramento (Furlong, 1938a: 180).

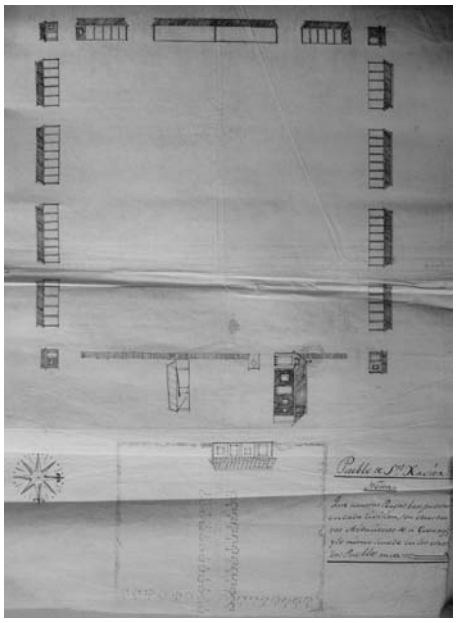
[699] AGN, Sala IX, 37-5-3. Maeder y Gutiérrez, 1994: 78.

[700] AGN, Sala IX, 31-6-6 (También en Maeder y Gutiérrez, 1994: 79).

Cabe recordar que el mismo P. Bustillo, que presenció la confección del inventario de San Pedro, contabilizó más de cinco mil vacunos y más de ochocientas ovejas. Describió la casa de los jesuitas: “de tres aposentos embarrados, con su techo de paja; había una capilla de ocho varas de ancho y veinte de largo, hecha de adobes y con techo de paja. En la huerta había dos algodonales muy crecidos a los dos lados del pueblo”. Continúa escribiendo que “en la capilla había diez ornamentos, de los que seis eran de color blanco, uno rojo, otro negro y un tercero verde. Había cinco ricas albas, tres hermosos manteles: había cáliz y vinajeras de plata”[701]. La población alcanzaba a ciento cincuenta personas, pero había tratos con varios caciques que decían que se sumarían a la reducción. Según el plano confeccionado, la mayor complejidad urbana estaba centrada en un amplio perímetro cercado donde sólo la iglesia se abría hacia una plaza de igual dimensión. Dentro de ese perímetro, con puerta a la plaza, se encontraba la casa de los jesuitas con un patio trasero cercado y la huerta, detrás de la iglesia pero en edificio fuera del cerco se ubicaba la carpintería. Alrededor



Plano de relevamiento de San Javier realizado en 1790 (AGN, Sala IX, 37-5-3).



Reformulación de la traza urbana de San Javier efectuada en 1793 (Ibid)

[701] Furlong, 1938a: 160.

de la plaza y en forma dispersa se encontraban las viviendas de los indios[702].

El P. Canelas del que nos referimos al principio, escribió de San Javier: "La iglesia sin atractivo alguno acomodaba en todo al que por nuestro amor escondió su decoro y hermosura, y al mismo pueblo sin ranchos bastantes aún para las pocas familias que lo formaban, ni haber quien los edificios, y sin todos aquellos atractivos, que siempre se han juzgado en necesarios en otras fundaciones; por fin como pueblo en cuya erección metía mano la desconfianza de su consistencia"[703].

Finalmente diremos que poco antes de la expulsión, para 1766, el P. Jolís supo que un millar de mocovíes se encontraban dispersos en los bosques y que deseaban formar pueblo. Por tanto le manifestó esa inquietud al gobernador del Tucumán Juan Manuel Fernández Campero, en carta del 27 de febrero de 1767, expresando que se comunicaría con el cacique Pachaiquín para conducir a Salta a los demás caciques, establecer la paz y señalar un sitio para su asentamiento[704]. Por tanto necesitaría de una buena cantidad de "donecillos", además de alimentos, mulas y caballos para los individuos que lo acompañarían. El mandatario autorizó el viaje y quince días después partió hacia Nuestra Señora del Pilar y de allí llegó al Bermejo el 19 de marzo. Transcurridos varios días se encontró con una reducida parcialidad mocoví, luego halló otra en Coteguí. Fue muy bien recibido cuando una fila de hombres de un lado y mujeres del otro cantando, le abrieron un camino de bienvenida donde los esperaba el cacique Vennogodín y su hermano Tequetalín. El P. Jolís se asentó en el lugar que él mismo describió: "*fue una rinconada del mismo arroyo o zanjón donde estaba la ranchería*", compuesta por doscientas personas. Al

[702] AGN, Sala IX, 37-5-3 (También en Maeder y Gutiérrez, 1994: 82).

[703] Furlong, 1938a: 161.

[704] AGI, Buenos Aires 305, *Carta de Jolís al gobernador, Salta* 21/II/ 1767. También en Mateos, 1949b: 1229.

otro día se acercaron otros cinco caciques con sus familias en número de doscientos demostrando alguna posibilidad de aceptar reducirse. El destacado jesuita volvió a Pilar el 21 de abril llevando las buenas noticias, pero el 27 de agosto fue allí arrestado y conducido a Buenos Aires para ser deportado[705].

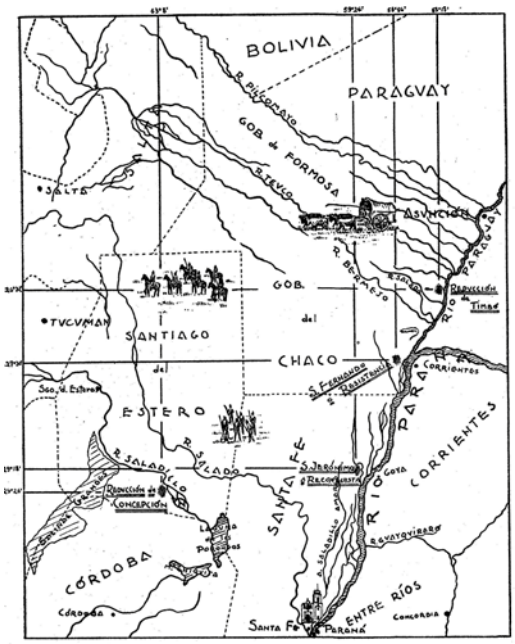
La reducción del P. Jolís no se concretó y las otras dos se fueron despoblando al poco tiempo. San Pedro lo hizo lentamente entre 1775 y 1782, año este último en que se sacaron cien hombres que se sumaron a los indios de San Jerónimo de abipones, para avanzar contra los indios rebeldes del Chaco. San Javier en tanto contaba con doscientas familias para 1785, con "una iglesia de tres naves y cuartos cubiertos de teja, con siete puertas y cuatro ventanas edificado en terreno de nueve varas de ancho por ochenta y ocho de largo, con abundantes ornamentos". También las últimas noticias de este pueblo encontradas por el P. Furlong son de 1803[706]. Aunque luego vinieron los mercedarios hasta 1808 y desde 1812 los franciscanos que trataron de hacer sobrevivir lo poco que quedaba, hasta que en 1866 y por la Ley de Tierras del gobernador Nicasio Oroño se creó el pueblo y colonia indígena de San Javier.

6.2.2. Las cuatro reducciones de abipones: San Jerónimo, San Fernando, Concepción y San Carlos.

Las reducciones de abipones surgieron en similares circunstancias que las de los mocovíes e incluso por el mismo tiempo. Desde el P. Dobrizhoffer hasta la actualidad se piensa que hubo tres grupos: riikahé, nakaigetergehé y yaaukanigá, que corresponden a grupos geográficos, es decir gente del campo, de bosques y de agua, respectivamente. Aunque

[705] Furlong, 1939: 126-128.
[706] Furlong, 1938a: 204.

también podrían haber sido nombres impuestos por los jesuitas para una correcta identificación de los mismos. De allí incluso que con estas categorías se ubicarían a los abipones en sus reducciones, los riikahé en San Jerónimo del Rey, los yaaukanigá en San Fernando y los nakaigetergehé en Concepción, como incluso lo expresó el mismo P. Dobrizhoffer [707]. Excepto la última de San Carlos que le tocó fundar y consideró compuesta por "abipones así tránsfugas y desertores de la religión y de otras reducciones"[708].



Las cuatro reducciones de abipones (Furlong, 1938b: 87).

El P. Cardiel desde la reducción de San Javier, donde se encontraba en 1744, había tenido contactos con los abipones quienes aceptaron reducirse, aunque la paz de 1734 los había incluido. El jesuita se había puesto de acuerdo con los caciques en la elección del sitio de Santa Lucía a cincuenta leguas de Santa Fe. Pero los vecinos de la ciudad los querían más cerca y ante esta disputa finalmente la esperada fundación no llegó a concretarse[709].

Guerreros abipones (Dobrizhoffer, 1970 (III): 161)

[707] Lucaioli, 2005: 75-76.

[708] Dobrizhoffer, 1970 (III): 296.

[709] Bruno, 1968 (V): 100.

La llegada del P. Diego de Horbegozo[710] como rector del colegio de Santa Fe, fue decisiva a la hora de negociar con el Cabildo y convencer a sus miembros que dejaran de retacear limosnas y evaluaran los beneficios que la reducción tendría para los santafecinos[711]. Tras informar al gobernador, éste asumió con autoridad la gestión y envió al teniente de gobernador don Francisco Antonio de Vera Mujica para que concrete la fundación. Lo acompañó lógicamente el P. Horbegoso, quienes adentrándose en la campaña, dieron con un grupo de cinco caciques con sus familias. El fructífero encuentro fue conocido como la paz del sitio de Añapiré del 5 Junio de 1748. Se llevó a cabo con el cacique Neruigini, llamado también Ychamenraikin, principal cacique de los abipones riikahé. El acta correspondiente fue inmediatamente aprobada por el gobernador de Buenos Aires, quien se comprometió a satisfacer los auxilios necesarios y envió notas al Cabildo eclesiástico y a los jesuitas para que definieran la cuestión.

Con las autorizaciones correspondientes el provincial P. Manuel Querini designó para la nueva reducción de San Jerónimo a los PP. Cardiel y Navalón, que se sumaron a la comitiva que encabezó el teniente de gobernador Vera Mujica con el P. Horbegoso y los caciques Reregnaqui, Alaikin, Luebachin, Luebachichi e Ychoalay, cuyo nombre cristiano era José Benavídez[712]. Eran las ocho de la mañana del 1º de octubre de 1748, cuando comenzó el solemne acto fundacional en la banda norte del río del

[710] El P. Horbegozo nació en Bilbao, el 15 de julio de 1697, ingresando en la Compañía de Jesús de Castilla en 1719. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán en 1729, lugar donde seis años después profesó sus últimos votos. Fue profesor y rector del colegio de Córdoba (1739-1744) y el de Santa Fe (1747-1751). Luego pasó de misionero a San Borja de los guaraníes y administrador de la estancia Las Vacas en Uruguay. La expulsión lo sorprendió en el puerto de Santa María en Cádiz, donde murió el 5 de setiembre de 1767 (Storni, 1980: 143 y Furlong, 1938b: 101).

[711] AGN, Sala IX, 4-1-2, *Carta del P. Diego Horbegoso al gobernador Andonaegui*, Santa Fe 8/12/1747.

[712] Nombre que adoptó al bautizarse siguiendo el del P. rector del colegio de Santa Fe, Miguel Benavídez, con el que tenía un trato por demás afable (Furlong, 1962 (I): 442).

Rey (Ychimaye para los abipones), a setenta leguas de Santa Fe. El P. Horbegoso, en representación de los indios, cortó hierbas que esparció sobre el terreno y mandó cortar ramas de árboles en señal de posesión, como lo establecían las Leyes de Indias y la tradición para la fundación de ciudades. Como San Javier de mocovíes, se destinó un cuadro de dos leguas por cuatro para pastos comunes. Luego del acto comenzaron las obras y en dieciocho días ya tenían "capilla, cruz plantada, aposentos para los padres y casas para los indios", "todo de madera fuerte, cubierto de paja, por falta de otro material". Incluso se colocó en la capilla la imagen de San Jerónimo. La población que se estableció fue inicialmente de sesenta y un familias con ciento noventa y tres personas que contaron con ganado vacuno y lanar[713]. Cuenta el P. Dobrizhoffer que mientras tanto, "los abipones reunidos en aquel lugar usaban como casa unas esteras, hasta que después de algunos años, por las enseñanzas de civilidad, las costumbres religiosas y por los Padres, se hicieron unas casas un poco más decentes. Y en verdad esta construcción cuán poco hubiera durado si los mismos Padres no hubieran puesto sus manos y su consejo en la obra, siendo al mismo tiempo arquitectos, obreros y peones. Nuestra casa fue rodeada de una cerca de estacas para que sirviera de defensa contra las incursiones de los bárbaros hostiles, y pudiera contener a las mujeres con sus hijos mientras los hombres pelearan en las calles"[714].

Las crecientes y el agua salobre influyó para que se mudaran a la otra banda del río[715]. También como los mocovíes hubo constantes traslados de sacerdotes. Así el P. Cardiel permaneció por poco tiempo, siendo reemplazado por el austriaco P. José Brigniel quien estuvo doce años en la

[713] Roselli, 1922 (I): 19; Furlong, 1938b: 107 y Bruno, 1968 (V): 102.

[714] Dobrizhoffer, 1970 (III): 130.

[715] BNE, Ms 20.119, publicado por Furlong, 1955b: 130.

reducción[716]. No fueron tiempos de grandes progresos, pues el sacerdote calificó a los indios no como *"catecúmenos, sino como energúmenos"*[717]. No obstante y por la habilidad que tenía en el estudio de las lenguas, debemos al P. Brigniel "el competidísimo vocabulario, la gramática, el catecismo y los sermones"[718] en lengua abipona, un verdadero diccionario que alcanzó ciento cincuenta pliegos que luego sus compañeros acrecentaron[719].

También el P. Brigniel se desempeñó como procurador de las reducciones de mocovíes y abipones y le cabe a su intervención haber logrado una paz general en todo el territorio y con todas las parcialidades abiponas que se comprometían a defender las ciudades españolas de indios rebeldes. De tal manera que el cacique Debayakaikin fue designado como guardián de la ciudad de Asunción, Kebachichi de Corrientes, Alaykin de Santiago, Ychamenraikin de Santa Fe, e Ychoalay de Córdoba. Pero pronto se quebró la paz entre los mismos abipones y se desató una guerra civil que duró veinte años[720].

La última Carta Anua conocida correspondiente al periodo 1756-1762 del P. visitador Nicolás Contucci y firmada en Buenos Aires el 2 de junio de 1764, concluye con un cuadro estadístico de algunas de las

---

[716] El P. Brigniel nació en Klagenfurt, Austria, el 24 de marzo de 1699, ingresando en la provincia austriaca en 1716. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán de 1729. Profesó sus últimos votos en la reducción guaranítica de Candelaria en 1733, estando en varias reducciones, siendo rector del colegio de Corrientes (1743-1747) en reemplazo del P. Matías Strobel, luego comisario del Santo Oficio y rector del colegio de Santa Fe (1762-1765). Pasó de San Jerónimo a Rosario del Timbó de abipones, donde lo sorprendió la expulsión. En Europa estuvo un tiempo en Italia sin pensión, volviendo a su patria, donde murió en Wiener en 1773 (Storni, 1980: 43-44 y Furlong, 1938b: 109).

[717] AGN, Sala IX, 4-1-2 *Carta del P. Brigniel a Bartolomé Díaz de Andino*, Santa Fe 22/1/1752.

[718] Furlong, 1938b: 108.

[719] Dobrizhoffer, 1970 (I): 27.

[720] Ibid, (III): 135-138.

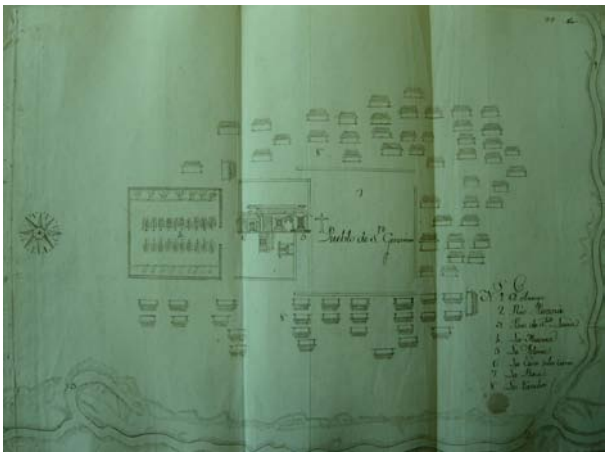
reducciones del Chaco. No todas, porque dice que no le había llegado más información. De San Jerónimo contabiliza:

Cuadro estadístico del pueblo de San Jerónimo de abipones de 1762

	Familias	Viudos	Viudas	Niños	Niñas	Cautivos
Cristianos	59	1	10	173	130	9
Catecúmenos	90	3	51	20	14	-
Dif. Adultos	Dif. Párvulos	Baut. Adul.	Bau. Pár.	Matr.	Comun.	Almas
3	9	7	53	7	70	450
-	-	-	-	-	-	278

La cifra coincide con la que brinda el P. Muriel en 1766 quien menciona además que tenía una escuela donde iban cuarenta niños[721].

También estuvo en esta reducción de San Jerónimo el mencionado P. Lehmann quien dominó la lengua con facilidad, no así el inglés P. Poule que estuvo poco tiempo. Para los días de la expulsión se encontraban ochocientos veintitrés abipones con los PP. Navalón y Lehmann, quienes fueron reemplazados por mercedarios hasta 1795. Dos años antes el comandante Gastañadui, había ordenado confeccionar un plano, donde podemos observar la plaza central en cuyos límites se ubican sesenta viviendas familiares dispersas y otras catorce que se extienden a los muros laterales que cercaban el perímetro de la iglesia, casa de los jesuitas y huerta[722]. En el inventario adjunto a este pueblo



La reducción de San Jerónimo en el relevamiento efectuado en 1793.

[721] BNE, Ms 20.119, publicado por el P. Furlong, 1955b: 176.

[722] AGN Sala IX, 31-6-6 y 37-5-3 (Maeder y Gutiérrez, 1994: 81).

se consignó la iglesia de veinticuatro varas de largo por ocho de ancho, de *"paredes de tierra, techo pajizo, con una puerta principal otra atraviesa, dos ventanas y sacristía todo nuevo"*. En su interior contaba con *"un retablo de lienzo principal nuevo"*, es decir de material; donde se encontraba la imagen del patrón San Jerónimo, *"en bulto con vara y quarta de alto"*. Tenía un nicho de madera con la imagen de Nuestra Señora de la Concepción de *"media vara de alto todo nuevo"*. La iglesia además tenía un *"crucifijo de bulto de tres cuartas"*, un cuadro de Nuestra Señora de las Mercedes *"de dos varas mal tratado"* y demás ornamentos de la iglesia como cálices, copones, vinagreras, etc. En el pueblo había una huerta con ochenta árboles de naranjos, lima, limón, toronjas, higueras, etcétera. Se señala en el inventario que al sur del arroyo Malabrigo tenían excelentes tierras para *"estancias, potreros y todo cuanto ha posible pensar"*, y aunque no tenían ganados, había chacaras sembradas de trigo, maíz, garbanzos, porotos, batata y zapallos. Incluso algunos esclavos africanos. De las viviendas de los indios dice que la mayoría estaban inservibles[723].

Las hostilidades de los abipones no solo eran contra Santa Fe sino también contra Corrientes, atacada en varias oportunidades, pero forzados a establecer la paz, lograron los jesuitas fundar la reducción de San Fernando. Era flamante teniente de gobernador de la ciudad el sargento mayor don Nicolás Patrón y Centellas (1747-1758) quien recibió ayuda de su par santafecino. Aunque los jesuitas tuvieron especial participación, siendo el P. Vicente Ángel Zaragoza[724], quien junto al cacique Gregorio Naaré, de los abipones yaaukanigás, salieron a buscar sitio para la nueva reducción, encontrándolo en la margen occidental del Paraná sobre el río

[723] AGN, Sala IX, 31-6-6.

[724] El P. Zaragoza nació en Daimiel, Ciudad Real, el 1º de marzo de 1704, ingresando en la provincia jesuítica de Castilla en 1725. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán en 1729, dando sus últimos votos en esa ciudad en 1743. La expulsión lo sorprendió en el colegio de Corrientes, muriendo en Faenza el 4 de setiembre de 1782 (Storni, 1980: 313).

Negro frente a Corrientes. Pero la creación de esta reducción no fue del beneplácito de los indios de San Jerónimo, especialmente de José Benavides, pues pensaban que con esta nueva reducción se les desprotegería y por tanto exigían se suspenda la fundación[725]. Incluso se suscitaron algunas escaramuzas, pero calmados los ánimos se logró un acuerdo. Ya se contaba con la autorización del gobernador Andonaegui y de las autoridades eclesiásticas, dadas el 10 y 11 de junio de 1748, respectivamente[726]. De tal forma que en el mes de mayo de 1750 el sargento mayor Patrón, con varios soldados correntinos y el P. Tomás García[727], con su compañero José García[728], partieron para el río Negro. Se dispusieron a construir la primera capilla y tres aposentos para los jesuitas y cuando concluyeron llevaron a los indios, rubricando el Acta de Fundación el 26 de agosto de 1750[729]. El acto se llevó a cabo en la plaza recién delineada en donde se presentó el teniente de gobernador Patrón y su tropa, el cacique Naaré a quien se le dio posesión del pueblo y el cargo de corregidor. En el Acta quedó expresado que el pueblo se extendía desde la plaza "con una legua de territorio a cada uno de los cuatro vientos", además de tierras "para su ejido y labranzas dejando lo demás realengo y común, en reserva de hacerles merced en depósito de más terreno que en adelante necesitando pidiesen para sus estancias y demás menesteres".

[725] Labouge, 1968: 131-133.

[726] Bruno, 1968 (V): 106.

[727] El P. Tomás García nació en Velliza, Valladolid el 12 octubre de 1710, ingresando a la Compañía de Jesús en el Paraguay en 1733, para arribar a Buenos Aires al año siguiente en la expedición del P. Antonio Machoni. Estudió en Córdoba y obtuvo el sacerdocio en 1740, mientras que una década después se encuentra en Corrientes dando sus últimos votos. Murió por un balazo portugués mientras oficiaba misa en el campamento español de Yacui, cerca de la reducción de San Miguel de guaraníes el 28 de diciembre de 1763 (Storni, 1980: 114 y Furlong, 1938b: 142).

[728] El P. José García nació en Fernán Núñez, Córdoba, España, el 19 de setiembre de 1710, ingresando al Instituto en 1726. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jerónimo Herrán en 1729, haciendo sus últimos votos en Tarija en 1745. La expulsión lo sorprendió en el colegio de La Rioja, muriendo en Faenza el 6 de julio de 1773 (Storni, 1980: 112).

Posteriormente el corregidor pasó a distribuir "las casas dando una a cada familia". Ascendían a cuarenta y dos, por lo que ese debe haber sido el número de casas construidas sobre la plaza de la nueva población[730]. Al otro día todos concurrieron a la bendición de la iglesia y aclamación de su patrón. Efectivamente el día 27, el P. Tomás García expresaba que al repique de las campanas, "se juntó todo el pueblo en puerta de la iglesia" pues, "se practicó la bendición" y proclamación de San Fernando rey de España (1198-1252)[731]. Nombre que llevó porque el año anterior se había colocado una cruz en el sitio, coincidiendo con el día de dicho santo (30 de mayo) y nombre del monarca reinante. Aunque los ignacianos pretendían que se llamase San Juan Francisco Regis[732], notable jesuita francés canonizado en 1737.

La reducción contó desde el principio con quinientas cabezas de vacunos, ochenta bueyes, cincuenta caballos, que ubicaron en las estancias llamadas Garzas y Payube. Se sumó a ello los gastos que demandó la construcción del pueblo que fueron sufragados por el mismo Patrón y el vecino don Ziprián de Lagraña[733]. La zona poseía buena leña, miel y abundante agua dulce. Se levantó en un lugar alto con una "grande y hermosa plaza" central que tenía cien varas en cuadro, en cuyo contorno se levantaban las cuarenta y dos casas familiares. Mientras que la iglesia se levantó de *"treinta varas de largo"*, contando *"con sacristía y portal, con corredores por ambos lados y su torrecilla aseada y suficiente para dos campanas"*. Todo construido con cueros y maderas, además de techumbres

---

[729] AGN, Sala IX, 17-3-5 y Acta fundacional transcripta en Furlong, 1938b: 138-140.

[730] En una carta del P. Klein de 1766 dice que el pueblo de San Fernando contaba con cincuenta y ocho familias. Mientras que el P. Dobrizhoffer recuerda que cuando se fueron había doscientos individuos cristianos (Furlong, 1938b: 151).

[731] Ibid: 139.

[732] AGN, Sala IX 17-3-5, *Carta de Nicolás Patrón al gobernador Andonaegui*, Corrientes, 3/IX/1750.

[733] Labourde, 1968: 131.

de palmas *"que son las tejas de acá"*. Al igual que los tres aposentos con que contaron los jesuitas, *"cercados con buena palizada y puerta al primero y segundo patio"*. Se menciona también *"las tijeras, horcones y ventanas, de buenas y labradas maderas"*[734].

Al año siguiente se habían sumado ocho caciques con sus vasallos, por lo que Patrón llevó cuatro mil cabezas de ganado. Y para 1752 se agregó el cacique Debayakaikin (llamado Petiso por los españoles) con más de seiscientas personas que venían derrotadas por los mocovíes de tierra adentro. Los PP. García fueron sustituidos al poco tiempo por los PP. José Rosa[735] y Pedro Evia[736]. Pero por una grave herida en el pie del primero y un malestar en la cabeza del segundo, se vieron forzados a dejar la reducción, siendo reemplazados por el P. José Klein[737]. Mientras éste estuvo por casi veinte años en la reducción, sus compañeros fueron rotando entre los PP. Gregorio Mesquida, Domingo Perfeti y Martín Dobrizhoffer que estuvo tres años, hasta que llegó el P. Juan Quesada[738]. Tanto el P.

---

[734] AGN, Sala IX 3-3-6.

[735] El P. Rosa nació en Córdoba, Argentina, el 4 de mayo de 1716, ingresando a la Compañía de Jesús en 1736. Alcanzó el sacerdocio en 1740 y profesó sus últimos votos en el Colegio de Santa Fe nueve años después, donde luego de idas y venidas entre los abipones, falleció en el Colegio de la Inmaculada el 8 de marzo de 1761 (Storni, 1980: 250). Su necrológica en BS, Carta Anua 1756-1762, Estante 8, f. 6v y copia en AGN-BN, Doc. 4421..

[736] El P. Evia nació en Beade, Orense, el 3 de abril de 1725, ingresando a los jesuitas de Castilla en 1739. Llegó a Buenos Aires en la expedición del procurador Juan José Rico en 1745. Su sacerdocio lo alcanzó cuatro años después y su cuarto voto en 1757 (Storni, 1980: 93). El P. Furlong escribe que en catálogo de 1763 figura como "expulso", siendo esa la última fecha conocida sobre su paradero (Furlong, 1938b: 143).

[737] El P. Klein nació en Glatz, Polonia, el 11 de febrero de 1719, ingresando al Instituto de la provincia de Bohemia en 1739. Obtiene su sacerdocio en Olmütz y llegó a Buenos Aires en 1749 en la expedición de Ladislao Orosz. Sus últimos votos los profesó en Corrientes en 1753, siendo expulsado desde la reducción de San Fernando el 7 de agosto de 1768 y muriendo en el exilio en 1795 (Storni, 1980: 153). Además de Dobrizhoffer, una biografía en Alunni, 1938.

[738] El P. Quesada nació en Baeza, Jaén, el 5 de junio de 1710, ingresando a la Compañía de Jesús en Paraguay en 1731. Dos años después profesó sus primeros votos y en 1734 llega a Buenos Aires en la expedición del P. Machoni. Su sacerdocio lo obtuvo en 1740 y sus últimos votos en la reducción de Candelaria en 1749. La expulsión lo sorprendió

Klein como su primer compañero no dominaban la lengua y tenían como intérprete al vecino de Corrientes don Francisco Díaz Moreno[739]. Pero fue el bohemio quien en su libro sobre los abipones escribió cómo encontró la reducción, expresando que la casa del misionero era "Una choza sumamente estrecha, provista de dos puertas y ninguna ventana, con techo de palmas mal unidas que se movían de su lugar en cuanto soplaba el viento, de modo que cada vez que llovía caía tanta agua en la choza como en campo abierto"[740]. Como los otros jesuitas terminó gravemente enfermo y fue enviado a las reducciones guaraníticas, aunque como veremos luego, volvió con los abipones.

El P. Klein fue quien debió soportar las reñidas internas de los caciques y sobre todo la escasez de maíz y la carencia de vacas. Con ello surgió la única alternativa que era salir a buscar alimento fuera de la reducción, al punto que quedó casi despoblada en 1758 y el P. Klein se trasladó a la estancia de las Garzas que poseía la reducción. La apatía de los vecinos de Corrientes y el hambre hizo volver a los indios a sus fechorías. La intervención y persuasión del P. Klein, además de la promesa del teniente de gobernador Patrón de llevarles ganado, logró que lentamente regresaran a la reducción que apenas llegó a superar los trescientos individuos. Incluso la gran entrada conjunta al Chaco que se realizó a mediados de 1759 con la intervención de las tres gobernaciones, amedrentó el ánimo de los indios para que volvieran a su pueblo. Patrón fue suplantado por el maestre de campo Bernardo López Luján quien dictó leyes para el buen gobierno de San Fernando que no produjeron ningún efecto. El P. Klein demuestra en sus cartas que soportó abatido hasta el final, pidiendo se lo trasladara a nuevas misiones. No había conseguido ni

---

en la reducción de San Fernando y, trasladado a Italia, muere en Faenza el 11 de agosto de 1774 (Storni, 1980: 229).

[739] Labourde, 1968: 137.

[740] Dobrizhoffer, 1970 (III): 276.

el bautismo de Naaré, en tanto el hijo de Petiso pretendía que los vecinos de Santa Fe le hicieran un pueblo aparte a unas doce leguas de San Jerónimo[741]. Pero no llegó a concretarse.

Después de la expulsión, San Fernando siguió administrado por clérigos de Corrientes que ni siquiera vivían en la reducción. Para 1770 los habitantes empezaron a dejar el pueblo, trasladándose unos a San Jerónimo y otros a la estancia de Las Garzas, que se transformó en un pequeño poblado al que el teniente de gobernador maestre de campo don Juan García de Cossio, puso como cura doctrinero al franciscano Pablo Carvallo. Tres años después el funcionario dio formal fundación a una reducción en el sitio que se llamó San Fernando de Las Garzas administrada por los franciscanos. Tuvo sus buenos momentos pero para 1825 ya no quedaba nadie en el sitio. Mientras que en la antigua San Fernando se trazó oficialmente la colonia Resistencia en 1878, poblada primeramente por fruilanos.

Las fundaciones de reducciones entre abipones continuaron con Concepción de la Divina Madre en 1749, en tiempos que preludiaron el Tratado de Madrid y la consecuente nefasta guerra guaranítica. Escribió el P. Dobrizhofer que la creación de esta reducción fue promovida por un santiagueño llamado Cristóbal Almaraz que vivió casi toda su vida como cautivo de los abipones. Se mimetizó con su lengua y sus costumbres, al punto de convertirse en enemigo de los españoles, pues fueron quienes le quitaron a su esposa e hijos. Quizás ese fue el motivo que lo indujo a pensar que fundando una reducción pudiera su familia irse a vivir con él, y convenció al cacique Alaykin que hiciera la gestión en Santiago del Estero, habiendo ya obtenido el consentimiento del gobernador del Tucumán[742].

---

[741] AGN, Sala IX, 6-10-7, *Carta del P. Klein al procurador Manuel Arnal*, San Fernando, 9/II/1767.

[742] Dobrizhoffer, 1970 (III): 210.

Para establecer la nueva reducción, el cacique escogió la ribera oriental del río Inespín (Narahagen para los abipones) a unas nueve leguas del Paraná, sesenta de Santa Fe y ciento setenta de Santiago. El teniente de gobernador Francisco Barreda fue al sitio con algunos soldados e hizo construir una modesta capilla y habitaciones para los PP. José Sánchez[743] y Bartolomé Araoz[744]. Este último fue reemplazado a los pocos meses por el P. Lorenzo Casado. Los sacerdotes llegaron antes que los abipones de Alaykin, a quien se sumaron los caciques Malakín, Ipirikin, Oaikin y Zapancha con sus seguidores.

Barreda llevó también abundante ganado obtenido de los vecinos y con otro tanto contribuyó el gobernador del Tucumán, alcanzando a los pocos años más de veinte mil cabezas. La esposa e hijos de Almaraz, como otros cautivos, se reunieron en la reducción, pero no dejaban de disimular el terrible odio que tenían hacia los españoles por los vejámenes que habían padecido. Mientras que estos trataron insistentemente de acercar la reducción a una ciudad para aprovecharse de la mano de obra. Los misioneros no estuvieron al tanto pero la orden de traslado llegó en 1752 y se debieron ubicar a orillas del río Dulce. Ante esta noticia Alaykin y los suyos decidieron abandonar la reducción y los jesuitas se trasladaron a San Jerónimo. Al poco tiempo tanto Barreda como el P. Sánchez pudieron convencer a los indios que regresaran. Así lo hicieron en tiempos que vino a la reducción el P. Dobrizhoffer. Compasión le dio el estado en que estaba el P. Sánchez, y también el sitio donde le tocó vivir: "tuve como habitación

[743] El P. Sánchez nació en Murcia el 18 de marzo de 1721, ingresando a la provincia paraguaya en 1739, arribando a Buenos Aires en la expedición del P. Juan José Rico de 1745. Profesó sus últimos votos en Santiago del Estero en 1754, sorprendiéndolo la expulsión cuando se desempeñaba como rector del colegio de Tucumán. Murió en Ravena el 29 de setiembre de 1807, siendo el último sobreviviente de los misioneros del Chaco (Storni, 1980: 259).

[744] El P. Araoz nació en Tucumán el 6 de octubre de 1717, ingresando al Instituto en 1736. Su sacerdocio lo obtuvo en 1747 y sus últimos votos en 1754. Falleció en Salta el 14 de diciembre de 1758 (Storni, 1980: 18).

un vasto tugurio de palos, paja y barro o mejor dicho pasto seco por techo, una tabla por ventana, y otra sin cerradura por puerta, una madera apenas pulida por mesa, una piel de vaca suspendida de cuatro ramas por lecho y tierra taladrada por las hormigas en todas partes como piso" [745].

Pero en el pueblo no andaban bien las cosas, sobre todo después que unos vecinos de Santa Fe fueron allí con soldados acusando al cacique Alaykin de unas supuestas depredaciones que había cometido. Nadie se animó a entablar batalla frente a la tensión que se produjo. Pero a los pocos días los indios de la reducción se prepararon para combatir. Se informó a Barreda y acudió con soldados para defender la reducción. Toda esta situación produjo que se determinara el mentado traslado a un punto distante ochenta leguas a orillas del Salado. Transcurría el año de 1752 cuando se produjo el éxodo que se extendió por veintidós días. Al llegar al sitio que los españoles llamaban indistintamente Rincón de la Luna, Rincón del Yacaré o la Fragua, el P. Barreda hizo construir tres ranchos, uno para capilla y dos para los jesuitas y señaló solares donde los indios debían levantar sus viviendas de esteras. Solo Alakyn se quedó en la vieja Concepción y trató de traidores a los que se habían ido, por lo que los misioneros decidieron trasladarse nuevamente, esta vez a orillas del río Dulce que, crecido, los obligó a mudarse una y otra vez. "Catorce mutaciones" dice Furlong[746], debieron soportar hasta establecerse a cincuenta leguas de Santiago del Estero.

El P. Pedro Gandón[747] se encontraba al frente de la reducción de Concepción junto a los PP. Rafael Mut, Alonso Sánchez y Juan Tomás

[745] Dobrizhoffer, 1970 (III): 221.

[746] Furlong, 1938b: 135.

[747] El P. Gandón nació en Jerez de la Frontera, Cádiz, el 9 de febrero de 1729, ingresando a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1746 y arribando a Buenos Aires el primer día de 1749 con la expedición del P. Ladislao Orosz. Sus últimos votos los profesó en Encarnación de Itapúa en 1763, muriendo en Ravena en 1792 (Storni, 1980: 110).

Gutiérrez, cuando llegó el maestre de campo don José Landriel con la orden de la expulsión. Inventariaron viviendas y oficinas, almacenes, corrales y pozo de balde; dos ataonas, un horno de quemar ladrillos, perchel y galpón, carretas y herramientas. El militar se quedó en la reducción junto a un franciscano y parte de los inventarios que eran libros y pertenencias del P. Gandón recién se practicaron varios años después. En la oportunidad entraron a la habitación del superior encontrando y describiendo varios libros, cuentas y cartas, hasta plomada de albañil y otras herramientas de carpintería[748].

Como mencionamos más arriba, el P. Dobrizhoffer luego de ser enviado a las reducciones de guaraníes por nueve años, volvió al Chaco a fundar la última reducción de abipones que llamaron de San Carlos, donde estuvo dos años. Fue para 1763 en que un grupo de abipones envió a tres delegados para concertar una paz con los españoles. Se entrevistaron en Asunción con el flamante gobernador del Paraguay el valenciano José Martínez Fontes (1761-1764), quien convocó a los vecinos a un cabildo abierto para que ayudaran económicamente a la fundación. Aunque se escucharon muchas promesas la realidad fue otra. Los indios por su parte fueron autorizados a escoger un sitio distante de Asunción hacia el sur, unas setenta leguas y unas cuatro de la orilla occidental del río Paraguay. El principal requerimiento que tenían era que estuviera lejos de los españoles pero igualmente las tierras contaban con bosques y ríos. Allí desemboca el arroyo Salado y era un sitio que los guaraníes denominaban Timbó, en alusión al árbol que dominaba en la zona y otros isla de La Herradura que así llamaban cuando se forma ante el desborde del arroyo Coltapito, o Salado del norte, y el mismo Salado.

El gobernador comisionó al sargento Fulgencio Yegros para que vaya con unos soldados a construir la iglesia y viviendas para los

[748] ANCh, V. 145, P. 2 y V. 150, P. 2.

sacerdotes y los indios. Pero el P. Dobrizhoffer desenmascaró aquella acción, expresando que "consumido una increíble cantidad de animales destinados a la misión, los soldados construyeron apenas dos tugurios tan angostos, tan bajos y hechos con madera y barro tan inadecuados, que el mismo gobernador las consideró insuficientes hasta para albergar al indio bárbaro"[749]. Efectivamente el mismo mandatario envió ganado y observó aquellas construcciones que luego mandó demoler[750].

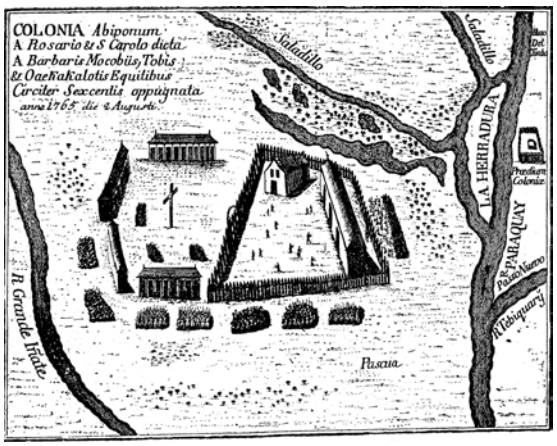
Era por entonces visitador a cargo de la provincia el P. Nicolás Contucci, quien por indicación del gobernador y el obispo de Paraguay tenía que designar misioneros para la nueva reducción. Consultó el tema y decidió que el sacerdote más adecuado y con mayor experiencia era el P. Dobrizhoffer, quien dominaba la lengua abipona. Se nombró por compañero al P. Juan Díaz, a quien el austriaco instruyó en el idioma, pero impedido por su mala salud, no fue de la partida. Así fue que el P. Dobrizhoffer viajó al Timbó donde se encontraba la reducción que se llamó San Carlos y del Rosario, apelativos que dispuso el gobernador en honor al monarca reinante y su devoción por la Virgen. Pero el jesuita corrió con la parte más difícil desde que llegó el 24 de noviembre de 1763 con el gobernador y cuatrocientos soldados, caballos y vacas. Por tierra los esperaba Fulgencio de Yegros, en cuyas costas lo esperaban centenares de indios que se lanzaron a las aguas a recibirlos.

Cuando el P. Dobrizhoffer llegó al sitio de la reducción lo encontró inundado y debieron volver a levantar gran parte de sus construcciones. A propósito, este jesuita hizo una interesante digresión en su relato, al contar cómo se hacían estas casas "Clavan profundamente estacas en tierra; aquí y allí las atan con mimbres y cuerdas a cañas y ramas, y cierran los espacios vacíos entre las cañas con pedazos de madera o, si los encontraran a mano,

[749] Dobrizhoffer, 1970 (III): 300.

[750] Furlong, 1938b: 155.

de ladrillos, que amalgaman con una mezcla de barro y estiércol de vaca para que se afirme bien. Los españoles llaman a las paredes fabricadas de este modo "tapia francesa" y la emplean en todo lugar donde se carece de piedras o ladrillos. Si se las construye correctamente y se las blanquea con cal soporta el tiempo y apenas se reconoce lo ordinario de su material. El piso de las piezas tiene como único revestimiento el pasto. Las chozas y los templos construidos de este modo se usaron siempre en las nuevas fundaciones de bárbaros". Continúa explicando cómo se cubrían, con una similar descripción que adelantamos del P. Canelas: "a veces a modo de tejas se usan troncos de la palmera caranday cortados por la mitad y cavados". Pero agrega que en general "el techo se prepara con pastos maduros y secos atados en haces con lo que se cubren las cañas; como en otras partes con paja, que no abunda en Paracuaria". También cuenta que "suelen cubrir sus techos haciendo una masa con los mismos haces de pasto que amasan una y otra vez con barro; proceden de este modo para que el techo no esté expuesto a las flechas encendidas que los bárbaros suelen arrojar". Pero este sistema no resistía las lluvias. Todo era muy precario, incluso el templo que "era tan pequeño como desprovisto de ornamentos sagrados. Algunos que hice con mis propias manos fueron agregados al altar aunque no a su esplendor"[751].



Representación de la reducción de San Carlos y Rosario del Timbó cuando era asediada por mocovíes y tobas el 2 de agosto de 1765 (Dobrizhoffer, 1970: 307)

Pero en todo ese tiempo los soldados no construyeron las casas para los indios y se comieron gran parte de las vacas que se habían destinado para ellos. Aparentemente el gobernador partió rápidamente y no hubo acto de fundación.

[751] Dobrizhoffer, 1970 (III): 305-306.

Lentamente los indios se fueron agrupando alrededor de la humilde capilla y rancho del sacerdote, carentes de ganado suficiente y de cualquier otra cosa indispensable para la subsistencia.

Por octubre de 1764 visitó la reducción el provincial Pedro Juan Andreu. Sólo permaneció un día ante el peligro que corría su vida por la asechanza de abipones y tobas alzados, y la nula seguridad que presentaba el lugar que estaba siempre en armas. Al año siguiente las cosas empeoraron y creía el misionero que se acabaría la reducción en breve. En ese mismo año cayeron unos seiscientos mocovíes y tobas a robar cuanto pudieran y destruir la reducción, hecho que señaló Dobrizhoffer y representó en un dibujo del acontecimiento acaecido en la madrugada del 2 de agosto de ese año. El jesuita fue herido con una flecha envenenada, mientras los cuatro soldados que estaban en el pueblo huyeron. Después del suceso, el nuevo gobernador Yegros envió a la reducción una decena de soldados, pero los ataques de los tobas continuaron y se hizo imposible instruir y educar a los abipones. La herida y la salud del austriaco se quebraron cuando a los dos años de fundada, los superiores enviaron en su reemplazo al ya mencionado P. Brigniel y por compañero el P. Jerónimo Rejón[752], quienes permanecerán allí hasta la expulsión. Al llegar el P. Rejón escribió una carta a un compañero contándole que era una "reducción aceptada sin sínodo, sin ornamentos ni campana, ni estancia"[753], pero que comenzó a dar sus frutos hasta la llegada de la nefasta pragmática.

Al llevarse a los jesuitas, los abipones de Timbó y San Fernando tomaron sus cosas y se adentraron en el Chaco, en tanto que los designados

[752] El P. Rejón nació en Becilla de Valderaduey, Valladolid, el 12 de setiembre de 1714. Ingresó a la Compañía de Jesús del Paraguay en 1740 y tres años después obtuvo su sacerdocio en Salamanca. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Juan José Rico en 1745, dando sus últimos votos en Buenos Aires ocho años después y permaneciendo en las reducciones de los pampas que por entonces se fundaban. La expulsión lo sorprendió en la reducción del Timbó, muriendo en Faenza el 31 de enero de 1776 (Storni, 1980: 235).

franciscanos que ocuparían el lugar de los expulsos debieron volver a sus ciudades.

6.2.3. *"Mucho era el ruido, pero pocas las nueces"* según el P. Dobrizhoffer[754]

Con esta expresión española, el P. Dobrizhoffer definía la actitud de los europeos frente a la fundación de las reducciones del Chaco Austral, donde se deslizaban abipones y mocovíes. Grupos que, amén de ser forzados a un desplazamiento hacia este sector chaqueño por fuerzas españolas de la gobernación del Tucumán, adoptaron el caballo que les facilitó no sólo la movilidad sino también un auxilio a la resistencia y supervivencia. Esto les permitió dominar ampliamente la región en todo el periodo colonial y asechar las ciudades hispanas como Santa Fe, que debió trasladarse a causa de esos ataques. También fueron afectadas Corrientes, Asunción, Córdoba y Santiago del Estero, cuyas estancias estuvieron asoladas por estos envistes. Todo este despliegue deterioró el medioambiente chaqueño, degradándose con pestes que se esparcían, sumándose a la brusca disminución de la disponibilidad de recursos de recolección y de caza, que incluyeron la extinción de especies animales y vegetales.

En este contexto, estas etnias se agrupaban en seis y ocho familias de unos nueve miembros cada una[755]. Tenían gran movilidad y no duraban en un sitio más que unos "catorce días", construyendo "chozas de ramas de árboles", que abandonan cuando la caza se había consumado[756]. Sucedía en invierno, mientras que en primavera las mujeres recolectaban y los

---

[753] Furlong, 1938b: 169.

[754] Dobrizhoffer, 1970 (III): 297.

[755] Paucke, 2010: 257.

[756] Ibid: 291.

hombres socializaban con otros grupos para establecer alianzas. Incluso pertenecían a un grupo sociopolítico más amplio donde dominaban sus líderes, emparentados en una suerte de casta de nobleza. Pero no podemos considerarlos terminantemente como pueblos nómades, en el sentido de tener que movilizarse por falta de alimentos, pues está comprobado que tenían una notable variedad de recursos para su subsistencia[757].

Tanto indios como españoles no pudieron sostener enfrentamientos y recurrieron a formalizar acuerdos, entre los que se incluían las reducciones, que les permitía pacificar e incluso usar a los indios dominados para mano de obra y sobre todo defensa de las ciudades y estancias, que implicaba avanzar con la ocupación del inmenso suelo chaqueño que los indios dejaban libre. Es decir que en estas reducciones convergían diversos intereses al que obviamente debemos sumar, el de la evangelización por parte de los jesuitas. Una tarea compleja donde los religiosos debían lidiar contra varias contrariedades, como carencia de suministros, exigencias y actitudes de los españoles en desmedro de los indios. Con ello los jesuitas se vieron forzados a realizar traslados de los pueblos a sitios más alejados de los españoles. Hasta catorce traslados tuvo Concepción de abipones. Esto coadyuvó a que no se consolidaran las reducciones como sistema urbano y social. Incluso son notables los constantes reemplazos de sus misioneros, como en San Javier, donde en el plazo de sus primeros cinco años pasaron nueve jesuitas, de los cuales por ejemplo el P. Cardiel estuvo sólo cuatro meses. Y cuando en 1748 se produjo su primer traslado, había permanentes tres sacerdotes y un coadjutor. Era trabajo agobiante al extremo como afirmaron los PP. Klein y Dobrizhoffer.

Obviamente no hubo una aceptación masiva de los indios a reducirse, incluso se produjeron constantes deserciones por falta de alimentos y a su vez nuevos ingresos, donde en no pocas ocasiones

[757] Nesis, 2005: 147.

significaron el refugio de indios perseguidos por sus fechorías. Pero también es de destacar que otros fueron llevados compulsivamente, como los derrotados mocovíes que condujo a San Javier el teniente de gobernador Barreda. De tal manera que todas estas dificultades hacían que las conversiones reales al cristianismo fueran muy pocas. También aquí debemos tener en cuenta la permisividad cultural que tenían los jesuitas a la hora de establecer una reducción, porque sabían que sólo alcanzarían resultados positivos trabajando con paciencia y no compulsivamente. Permisividad que se manifiesta claramente en el sistema urbano.

No obstante estas adversidades, debemos destacar que la mitad de estas reducciones se convirtieron en ciudades y pueblos que aún hoy existen aunque con nombres trocados[758].

Una de las particularidades para el establecimiento de estas reducciones y hasta denominador común que fue habitual en todas, es que se establecían luego de una serie de formalidades que arrancaban con un tratado de paz con la autoridad más alta de cada ciudad y que luego rubricaba con su conformidad el gobernador. En esos actos a veces no sólo intervenían los jesuitas sino que en no pocas oportunidades fueron promotores. El trámite seguía con una anuencia formal del obispo que comunicaba la decisión a las órdenes religiosas (franciscanos o jesuitas) para que éstas enviaran misioneros. Luego el gobernador otorgaba licencia a los religiosos no sólo para que llevaran a cabo la asistencia espiritual sino también para que, junto con las parcialidades a reducir, eligieran un sitio para el pueblo y su ejido, que el mandatario les otorgaría en merced.

A partir de allí se movilizaba el aparato gubernamental en el sentido que se trasladaba al sitio la autoridad ciudadana (teniente de gobernador)

[758] El único que conservó su nombre es el pequeño pueblo de San Javier, mientras que San Jerónimo de abipones pasó a llamarse Reconquista, importante ciudad santafecina. Finalmente San Fernando pasó a convertirse en Resistencia, capital de la provincia del Chaco.

con numerosos soldados e indios amigos (generalmente guaraníes) que por unos días se dedicaban a construir los edificios principales de la reducción, es decir, la capilla y casa de los sacerdotes y en algunas muy pocas ocasiones viviendas para los indios. Una vez terminadas las obras se procedía a efectuar el solemne acto fundacional con todos los rituales establecidos en las Leyes de Indias para la fundación de ciudades españolas y con la presencia de los sacerdotes que representaban a los indios en el acto de posesión jurídica. Como el P. Horbegoso con la reducción de San Jerónimo. Pero también a veces se hacía primero el acto y luego la construcción de la capilla y habitaciones cercadas para los sacerdotes. Los gastos que todo esto demandaba, además del ganado que se llevaba para su cría y consumo, era costeado por los vecinos de la ciudad.

Por el escaso tiempo empleado en las obras, se podría especular que eran construcciones precarias. Afirmación que se confirma en todos los casos, como describe el P. Burgés que sucedió en San Javier, al señalar que esa precariedad se continuó hasta el último y definitivo traslado en 1750, cuando aún se construyeron ranchos de cuero y hasta, como escribe el P. Paucke, sin todavía plaza ni calles. Por su parte, en estos largos inicios, los indios se conformaron con ubicar sus humildes chozas de esteras en forma desordenada alrededor de la empalizada capilla y habitaciones de los jesuitas. De tal manera que no existe un trazado ortogonal, estructurándose la reducción simplemente alrededor de la iglesia y que marcaría el rasgo de permisividad que señalamos arriba.

Casi todas las reducciones se trasladaron y debieron comenzar todo de nuevo y sin la ayuda de los españoles. De allí que aparezcan representaciones de las mismas, tanto del P. Paucke como del P. Dobrizhoffer, que no se condicen con las descripciones de los primeros documentos. Efectivamente cuando se produce el traslado y se levanta el nuevo pueblo, se lo hace con una mínima estructura urbana que va

evolucionando hasta trazarse una plaza, donde se sitúan alrededor la iglesia y casa de los sacerdotes, y en los otros laterales unas pocas casas de indios que no llegaban a doscientas personas. Sólo en San Fernando se habla que el acto fundacional se hizo en la plaza, de cien varas de lado, pero con las precarias construcciones de cueros, maderas y techumbre de palmas como tejas.

La plaza fue como en toda ciudad hispanoamericana el centro de la vida comunitaria, donde se desarrollaron tanto actos civiles como religiosos, como se ve expresado en la representación del día del patrón en San Javier, donde hasta un indio designado alférez real, lleva el estandarte de la Corona. Pero el templo, a pesar de su modesta arquitectura, no dejaba de erigirse como foco central de atención dentro de la gran explanada.

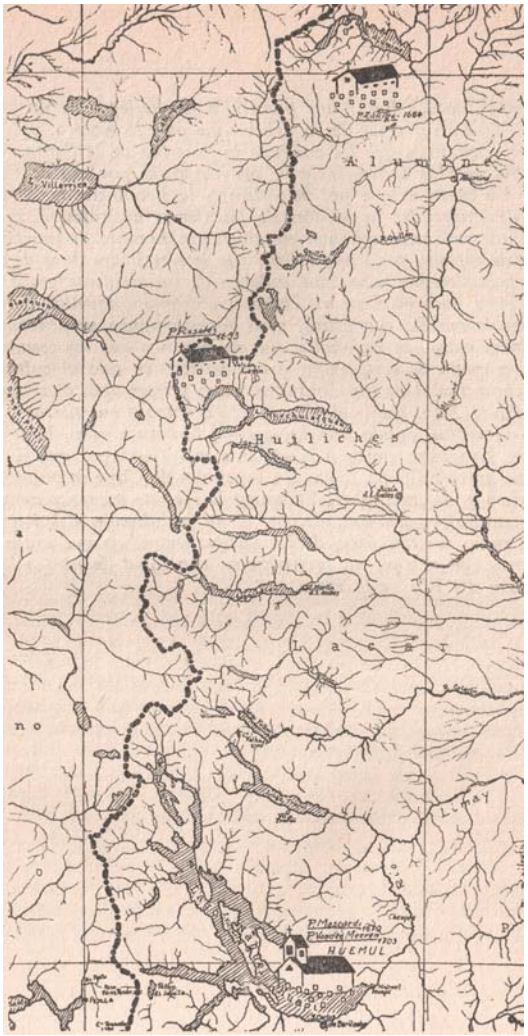
Finalmente diremos que el ámbito rural estaba íntimamente ligado a la reducción a través de su ejido, donde se desarrollaban las actividades de crianza y pastoreo de ganado, con sus propios ranchos para los cuidadores, puestos de vigilancia, zonas de cultivo y corrales que se ubicaban en las estancias del pueblo y que le confería una interdependencia permanente[759]. Esa íntima relación entre el espacio rural y el urbano lo podemos ver en las ilustraciones del P. Paucke y hasta señalar especialmente el caso de San Fernando que tuvo dos estancias: Las Garzas y Payube. De tal forma que la reducción era un modelo urbano-rural con un territorio de uso permanente y recíproco.

[759] Calvo, 1993: 115.

Capítulo 7. Las reducciones del centro y sur argentino.

7.1. Las primeras incursiones misionales en la cordillera oriental.

Los españoles de las ciudades de Villarrica y Osorio fueron quienes en el Siglo XVI y por primera vez, cruzaron la cordillera con el objeto de maloquear indios, justificando su acción esclavizadora ante una supuesta insurrección de los mapuches. Pero la gran rebelión de 1598 las detuvo por un tiempo, aunque las ciudades españolas quedaron destruidas. Sólo hay algunas pocas referencias de esporádicas entradas de franciscanos y mercedarios al lago Nahuel-Huapi, pero siempre se continuó con la práctica iniciada por los españoles que provocaba grandes levantamientos indígenas. Las malocas prosiguieron pero desde los fuertes de Carelmapu y Calbuco en Chiloé, porque se tenía conocimiento de haber una nutrida población del otro lado de la cordillera. A fines de 1620 partió de Chiloé una expedición encabezada por el capitán Juan Fernández con cuarenta y seis hombres que alcanzó el lago Nanuel-Huapi hasta el río Limay. Tenían el claro objetivo de encontrar la "Ciudad de los Césares", siendo la primera noticia fehaciente que se tiene del descubrimiento de los españoles del lago, donde –agregando un documento contemporáneo del capitán Diego Flores de León- aquellos encontraron "indios



Reducciones de los PP. Rosales (Lanín, 1653), Mascardi (Nahuel Huapi, 1670 y Zúñiga (Aluminé, 1684) según el P. Furlong.

puelches, los cuales examinados nos dijeron que los caciques mas principales de la tierra se llamaban Llaquilé y Yaquilloy y que estos indios sirven a las ciudades de Osorio y Villarrica". Pero como estas ciudades habían sido destruidas en 1604 y 1602, respectivamente; marca Biedma la evidencia que los españoles ya habían estado allí en el último tercio del Siglo XVI, pues es "inverosímil que los indios sirvieran espontáneamente"[760].

Entre 1651 y 1717 los jesuitas de Chile cruzaron la cordillera para misionar entre los indios y establecer reducciones. Fue el caso del P. Diego de Rosales[761] que lo hizo junto al volcán Lanín en 1651 y luego a orillas del Nahuel-Huapi en 1653. Posteriormente el P. Mascardi volvió al mismo lago en 1670, el P. Zúñiga lo hizo al lago Aluminé en 1684 y el P. van der Meren volvió al Nahuel-Huapi en 1703, sucediéndolo el P. Guillelmo y finalmente el P. Elguea, quien fue asesinado en 1717.

Según el P. Rosales, el gobernador de Chile don Antonio de Acuña Cabrera y Bayona había ordenado expresamente que no se maloquearan ni se les hiciera la guerra a los puelches que habitaban del otro lado de la cordillera, pues nunca habían demostrado hostilidad alguna. Pero las disputas interétnicas entre puelches y pehuenches llevaron a que el cacique Millacuga, de esta última parcialidad, asesinara al cacique puelche Chaclaye. Aprovechando estas beligerancias el capitán Luis Ponce de León emprendió una maloca contra los puelches en 1650, en complicidad con sus

[760] Biedma, 1987: 18 y 24.

[761] El P. Rosales nació en Madrid en 1605, ingresando al Instituto en Toledo a los quince años y obteniendo el titulo de bachiller en filosofía de la Universidad de Alcalá de Henares. Continuó sus estudios en Murcia y luego en Perú, donde llegó en 1626. Ya se encontraba en Chile cuando profesó sus últimos votos en 1640 y donde alcanzó a ser viceprovincial (1661-1664). Falleció en Santiago de Chile en 1677 legándonos como fruto de su aquilatada experiencia dos obras de gran importancia. Una "Varones Ilustres de los jesuitas en Chile" que permanece inédita (ASJCh *D. de Rosales. Varones Ilustres*. Libro # 303) y su monumental "Historia del reino de Chile", perdida y recuperada en Londres en el Siglo XIX, y que fue publicada en tres tomos con una introducción de Benjamín Vicuña Mackenna (Enrich, 1891 (I): 716).

enemigos. Levantó en dos malocas más de treinta personas y partió a Boroa.

Fue entonces que el P. Rosales, por ese tiempo superior de Araucania[762], llevó la noticia al gobernador para que intercediera y devolviera los indios a sus tierras, ofreciéndose incluso él mismo a llevarlos de vuelta y establecer la paz entre todos. Desde Concepción, el mandatario autorizó lo solicitado y encomendó al gobernador de Boroa que le facilitara los medios para el viaje.

El P. Rosales solo pidió dos soldados, contando con la orden de que toda persona que haya maloqueado piezas sean devueltas al jesuita y que este junte en un lugar conveniente a todos los caciques en parlamento y les entregue a los prisioneros, pidiendo las disculpas del caso. Así logró reunir cuarenta y cuatro indios, entre hombres y mujeres, y en octubre de 1650 partió para la cordillera con el cacique Catinaquel, despachando un indio por delante para que avisara la llegada de la comitiva. Esta acción no había sucedido nunca y los indios no salieron de su asombro ante la actitud de este verdadero libertador. Al llegar a la otra banda, por el actual paso Malalco, plantó una cruz en las tierras de la laguna de Epulafquen, del cacique Atulien, y predicó bautizando al mismo, junto con algunos niños.

Posteriormente y en tierras de Pintullanca, se juntaron en parlamento gran número de puelches y volvió a levantar otra cruz para predicarles, logrando que los indios aceptaran la paz, recibieran el Evangelio y fueran fieles a Dios y al rey. Pasó luego a las tierras del cacique Cheine a impartir el catecismo, recorriendo cincuenta leguas, donde hizo parlamentos de paz entre todos los indios que se le cruzaban.

[762] Los jesuitas tenían en la Araucania dos centros de expansión apostólica en las ciudades de Boroa y Buena Esperanza. Para 1655 estaban en la primera los PP. Rosales y Astorga y en la segunda los PP. Mascardi y Montemayor (Furlong, 1963b: 20-21-23).

Después de haberse consagrado en aquella misión, el P. Rosales regresó a Boroa, donde estaba el gobernador, para establecer las paces con los de Osorno, Ranco, Cunco, Valdivia y Calla-Calla que había llevado el P. Juan Moscoso. El P. Rosales por su parte entró con cuarenta ulmenes o caciques, en lo que fue el gran parlamento de paz de 1651 que ratificaba los de Quillin y Nacimiento. La capitulación o paz implicaba una serie de once puntos que significaban un gran logro para los españoles[763].

A raíz de nuevas malocas, el P. Rosales fue enviado otra vez a parlamentar con los indios del otro lado de la cordillera, y en este segundo viaje realizado en 1653, llegó -como él mismo lo expresa- al gran lago: "de Nahuel-guapi, que quiere decir su nombre: Laguna de tigres, a la qual passé el año de 1653 por la Villarrica (paso de Malalco)", agregando "es célebre esta laguna porque tiene vox mas de veinte leguas y contiene en su ámbito muchas islas habitadas de indios rebeldes"[764].

Desde entonces los mismos indios oficiaron de correo entre Chiloé y la región de Arauco por Nahuel-Huapi. Pero poco duró la paz ante escrupulosos españoles, cuñados del mismo gobernador, que insistían en esclavizar indios de la cordillera oriental para venderlos al Alto Perú[765]. El previsible resultado fue el alzamiento producido entre 1655 y 1656 que causó la destrucción total de las misiones de Arauco, pero no contó con la participación de los poyas de Nahuel-Huapi.

El P. Rosales es rescatado por Foerster, en el sentido que fue uno de los críticos más firmes contra la guerra y esclavitud del indio al considerarlas prácticas inaceptables. Aunque los jesuitas eran conscientes

[763] Rosales, 1878 (III): 431-438.
[764] Ibid, (I): 257.
[765] Según Foerster había varios tipos de esclavitud para los indios: 1) los prisioneros de guerra, 2) los de servidumbre, que lo serán desde los 9 a los 20 años, 3) de usanza, que eran los esclavizados por sus parientes por un tiempo a cambio de alhajas, alimentos o animales, 4) los capturados por otros indios en sus guerras internas y vendían a los

de los intereses económicos involucrados en la esclavitud, el sacerdote madrileño seguía algunas de las tesis de Francisco de Vitoria sobre la licitud de la misma. En su obra insiste que no había causas para justificar la guerra contra los indios y que ella lo único que ha conseguido es aversión a los cristianos y que sin la paz no había posibilidades de evangelización, justificando incluso la acción defensiva de los indios ante los agravios de los españoles[766].

Una nueva tarea pacificadora provenía del oidor de la Audiencia de Chile don Nicolás Polanco, que pensaba a fines de la década que, saliendo un jesuita del colegio de Mendoza y otro de Chiloé, podrían juntarse en Nanuel-Huapi, predicando a lo largo de ambos caminos hasta que se encontrarían entre sí[767]. La empresa no era fácil ya que debían no sólo transitar trescientas leguas sino sortear a los indios rebeldes. El viceprovincial de Chile P. Juan de Albiz esperó la llegada de una inminente nueva expedición de misioneros para intentar cumplir con este objetivo.

7.1.1. El P. Mascadi y el lago Nahuel-Huapi.

Nicolás Mascardi nació el 5 de setiembre de 1624 en Sarzana, ciudad perteneciente en su época a la jurisdicción de Génova (hoy de La Spezia), ingresando al Instituto de Roma en 1638 donde tuvo de maestro de novicios al futuro general Juan Pablo Oliva. Murió mártir antes de cumplir los cincuenta años, de los cuales poco más de treinta y cinco dedicó a la Compañía de Jesús. Su virtuosa vida fue motivo para que su compañero el

---

españoles, 5) los liberados en 1674 que pasaron a cobrar un salario, 6) los que cruzaban el río Vanague durante el gobierno de Martín de Mujica (Foerster, 1996: 247-248).

[766] Foerster, 1996: 250.

[767] Moreno Jeria, 2007: 210.

P. Diego Rosales, escribiera dos Relaciones o Carta de Edificación que se convirtieron en las primeras piezas biográficas de su persona[768].

Llegado a Chile en 1651, con el procurador P. Alonso de Ovalle, comenzó a estudiar la lengua araucana e hizo sus primeras incursiones misionales desde la residencia de Buena Esperanza; como luego en la reducción de San Cristóbal, donde logró que los indios levantaran su iglesia. En medio de esto, sucedió una de las cruentas insurrecciones mencionadas que lo contó como partícipe.

Su interés por la ciencia y la naturaleza, nacida de su relación con el P. Atanasio Kircher en Roma, lo llevó a crear un observatorio y museo de curiosidades de la naturaleza en Buena Esperanza[769] y tiempo después solicitó que le fuera permitido explorar el sector oriental de la cordillera. Tampoco dejó de escribirse con el astrónomo jesuita Valentin Stansel (1621-1705) que se hallaba en Brasil y el geógrafo también jesuita Giovanni Battista Riccioli (1598-1671).

Para el alzamiento de 1655 el P. Mascardi se encontraba fuera de Buena Esperanza. Las huestes del cacique Tinagucupu arrasaron los asentamientos hispanos, mientras el P. Mascardi misionaba por las montañas y salvó su vida, escabulléndose entre los rebeldes hasta llegar a Chillán donde aún no habían atacado. Pero la pequeña ciudad estaba envuelta en una peste mortal. Los españoles se refugiaron en un pequeño fuerte, y mientras veían perder todos sus bienes en medio de la destrucción, huyeron cruzando el río Maule.

Tiempo después de sofocado el alzamiento, el P. Mascardi fue designado rector del colegio de Castro en Chiloé en 1662, que desde hacía

[768] Una la publicó Furlong, 1945: 195-235 y se encuentra en ARSI, Fondo Gesuítico, 851. La otra permanece inédita en ARSI, Chile 5, fs. 178-178v. Entre los biógrafos que contó luego, sobresalen por sus aportes Rosso, 1950: 1-74; Furlong, 1963b: 1-136 y finalmente Storni, 1992: 87-91.
[769] Furlong, 1945: 26.

cinco años se encontraba en proceso de creación. Desde su lugar de trabajo y en frecuentes exploraciones, tuvo contacto con huilliches, chonos, caucanes y con habitantes de las islas Guaitecas, hasta incluso alcanzó el Estrecho de Magallanes, ampliando la zona de influencia de su jurisdicción. También fue testigo de cómo los españoles seguían cruzando la cordillera para esclavizar a los pacíficos poyas que se ubicaban en la actual zona de Bariloche, cuya jurisdicción pertenecía al colegio de Castro. El P. Mascardi aprendió la lengua y conversó varias veces con las últimas víctimas, secuestradas en 1666 por el gobernador Juan Verdugo de la Vega. A toda costa insistió en obtener la libertad y lo logró luego de cuatro años de insistentes gestiones ante las autoridades. Argumentó que los poyas y puelches, no pertenecían a la nación araucana levantada en guerra y de la que los españoles estaban autorizados a esclavizar a sus prisioneros. Por tanto no solo, no debían ser sometidos a esclavitud alguna, sino que incluso se les debía dar la oportunidad de conocer el Evangelio. Aunque debe haber tentado más al virrey el saber que estas parcialidades podrían contribuir a descubrir la "Ciudad de los Césares", artilugio que los indios supieron manejar para mantener un statu-quo que los preservara de los abusos hispanos.

Eran treinta y un puelches capturados y encerrados en el fuerte de Calbuco, que incluían una autoridad femenina cuyo nombre era "Huaguelen" (Estrella) y que llamaban reina, por ser una poya casada con un cacique principal que vivía en los confines del Estrecho de Magallanes[770]. En los casi cuatro años que estuvieron cautivos, los pudo catequizar y bautizar con alguna facilidad, pues tenían prácticas religiosas y creencias en el espíritu del bien y del mal, además de la existencia de un Ser Supremo que renovaba las cosas por medio de la naturaleza. Por lo que después de gestionar su libertad ante el gobernador Francisco Gallardo,

[770] Urbina, 2008: 13.

decidió acompañarlos de regreso a sus tierras. Ellos fueron los que seguramente le dieron aliento a las noticias de la existencia de la población blanca llamada de los Césares o Lin-Lin[771]. Supuestamente una magnífica ciudad cuya existencia seguramente le había comentado el P. Jerónimo Montemayor cuando estuvo de compañero suyo en Buena Esperanza, pues él recorrió infructuosamente el sector occidental de la cordillera en su búsqueda en 1640, repitiendo el viaje veinte años después[772].

Doble fue su interés: evangelizar a los poyas y explorar tierras desconocidas en busca de la ciudad perdida. Para ello logró también una licencia del viceprovincial de Chile el P. Rosales, además del gobernador de Chiloé don Juan de la Barra, de su par de Chile y del mismo virrey del Perú, quienes en su conjunto accedieron con facilidad, pues el P. Mascardi no solicitaba financiamiento para su empresa.

Acompañados por una custodia militar hasta el pie de la cordillera, el P. Mascardi continuó su viaje solo, con los poyas liberados y algunos chonos. Corría el año 1669 cuando ya se encontraba en el lago Nahuel-Huapi[773], donde habitaban poyas al sur, puelches al norte de estos y huillipoyas también al sur, emparentados entre sí, pero con ciertas diferencias. Al vislumbrar el lago, el P. Mascardi plantó una cruz en lo alto de una montaña, rezó con los indios en su idioma, tocó una trompeta y

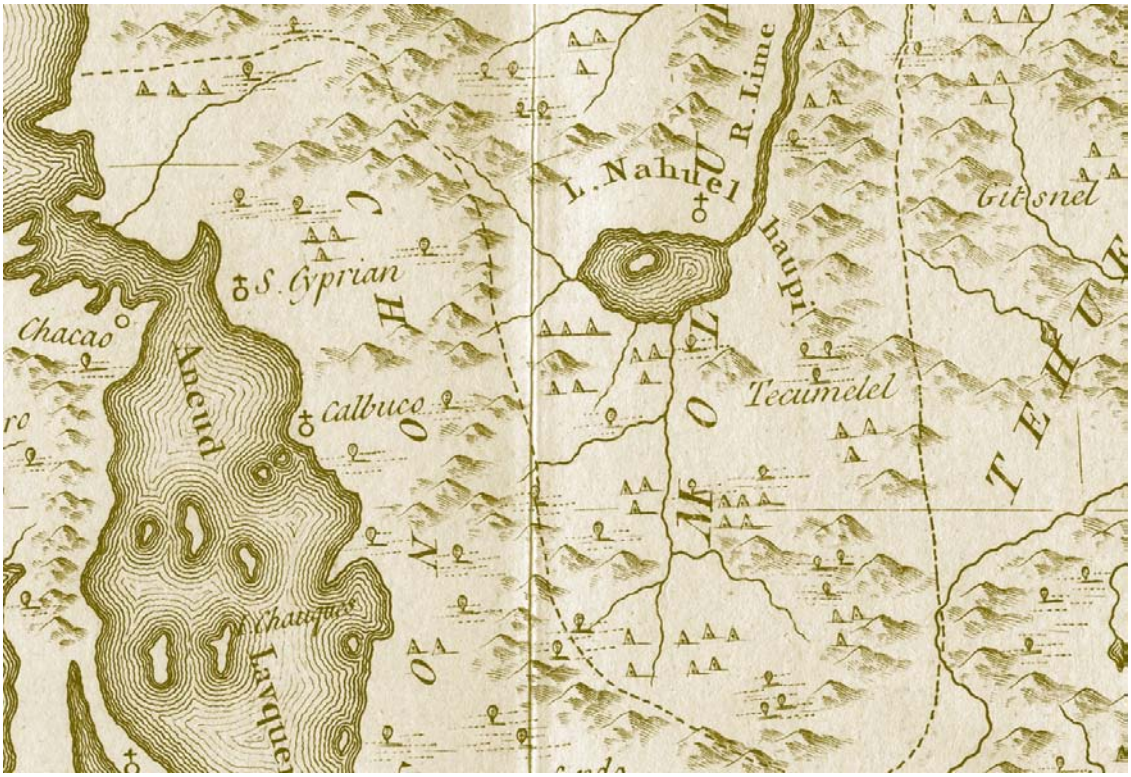
---

[771] La leyenda de la ciudad de los Césares tiene varios orígenes. El primero es aquel que nació de un grupo de hombres de la expedición de Gaboto, comandados por el capitán Francisco César, quienes se adentraron hacia el oeste llegando probablemente hasta la cordillera. Al regresar tres meses después, informaron que habían llegado a unas tierras muy ricas con llamas peruanas y abundantes joyas y metales preciosos. Posteriormente se especuló que era una ciudad liderada por un Inca y algunos náufragos españoles en la Patagonia confirmaron la existencia, como cientos de testigos que hablaron de ella en el Siglo XVII, hasta que comenzaron a montarse expediciones en su búsqueda, como la de Diego Rojas, Hernandarias, Alderete, Villagra, Fernández y por cierto el mismo Mascardi. Una extensa bibliografía en "La ciudad de los Césares" por Liliana Núñez O. http://www.aforteanosla.com.ar/bibliografias/ciudad%20de%20los%20cesares.htm

[772] Furlong, 1945: 39.

[773] ARSI, Chile 5, fs. 162-167v. *Carta y Relación que escribió el P. Nicolás Mascardi a los PP. Bartolome Camargo, rector de Chiloé y Juan del Pozo y Esteban Carvajal… 15 de octubre de 1670.* En Furlong, 1945: 119.

efectuó unos disparos. Todo ese ritual debe haber llamado la atención de los indios que lo recibieron con honores, sobre todo por considerarlo el libertador de su reina. Atravesaron el lago y desembarcaron, escribiendo el P. Mascardi que los puelches habían *"plantado una cruz con muchos arcos, como si fueran cristianos"*[774]. Se acercó al jesuita un cacique con una cruz en la mano diciéndole que había sido bautizado en Chiloé hacia 1624. Luego partió hacia el sur, a las tierras de los poyas, donde conversó con varios caciques que bajaron de la cordillera. Pero el asiento del P. Mascardi parece haber sido en un sitio neutral entre unos y otros, donde fueron



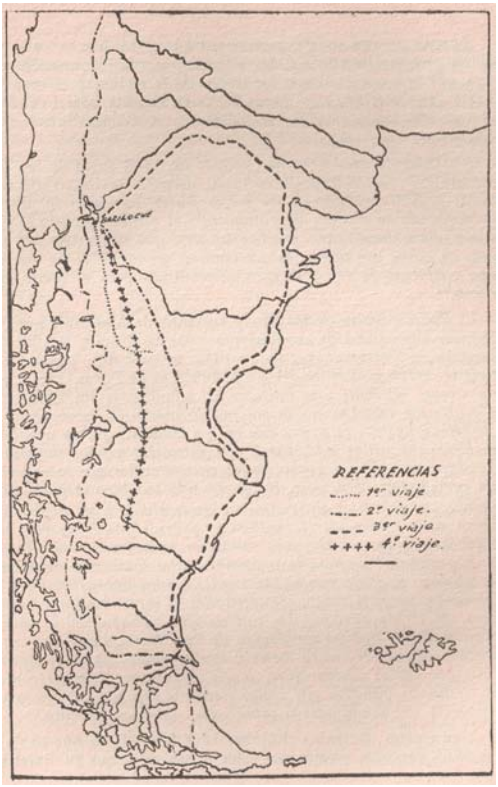
Ubicación de la reducción de Nahuel-Huapi según el mapa del P. Tomás Falkner grabado por Tomás Kitchin de Londres en 1772.

incorporándose paulatinamente los indios que formaron la reducción de Nuestra Señora de Nahuel-Huapi de los Poyas, que quedó ubicada al sur de la península Huemul cerca del actual Puerto Venado, a la orilla del lago. Se construyó una modesta capilla rodeada de humildes moradas para esta gente que, remarcaba el mismo Mascardi, no se emborracha, tiene una sola mujer y no adoran dioses falsos. En casi cuatro años y según diversos

[774] Ibid.

testimonios, un tanto exagerados, llegó a bautizar entre diez mil y cincuenta mil indios.

El virrey del Perú conde de Lemos, le envió al P. Mascardi en 1672 doscientos ducados en plata, unas medallas con la efigie de Nuestra Señora de los Desamparados, cincuenta estampas de la misma Virgen y una imagen de la Purísima Virgen María[775] para que colocara en el altar de la capilla. La misma estaba construida de troncos, techo de arbustos y piso de tierra[776]. La población de la reducción creció hasta alcanzar los tres mil habitantes y si bien estaba todo el año con los poyas, el P. Mascardi aprovechaba la estación estival para hacer alguna expedición más larga de las habituales. La primera la realizó en el verano de 1669 y 1670, alcanzando un sitio en que los indios le impidieron el paso (probablemente hoy Colonia San Martín, Chubut). Creyó que estaba cercano a los Césares y decidió escribirles una carta en castellano, italiano, latín, araucano y poya, para que fuera enviada a los Césares. De allí regresaron los indios con la negativa de pasar y el P. Mascardi volvió para esperar mejor oportunidad. Pero al



Los cuatro viajes del P. Mascardi según el P. Furlong.

[775] La imagen recibida correspondía a la Virgen y Mascardi la entronó en su misión bajo la advocación de "Nuestra Señora de la Asunción de los Poyas". Con el correr de los años, el P. Felipe de la Laguna la rebautizó como "Nuestra Señora de los Poyas y los Puelches" en un gesto de unión entre las dos naciones indígenas. Luego del asesinato del P. Elguea (1717) la imagen fue nuevamente rescatada. Actualmente se encuentra entronada en la Iglesia de Achao (Chile) bajo la advocación de "Nuestra Señora de Loreto". Una réplica de ella fue realizada por un artesano chilote y llevada a la Catedral de San Carlos de Bariloche donde actualmente se venera.
[776] Enrich, 1891 (I): 743 y Furlong, 1945: 50.

llegar a la reducción se encontró con una peste de viruela que la asolaba.

En su segundo viaje llegó al lago Musters y en el tercero, ya persuadido que los Césares se encontraban al naciente del Estrecho de Magallanes, partió en su búsqueda en el verano de 1672-1673. Muchos indios que lo acompañaban abandonaron el viaje. Tomaron el río Negro hasta el Atlántico que bordearon hasta el Estrecho de Magallanes. Viajó por cuatro meses y medio sin suerte, con respecto a hallar la ciudad perdida, pero encontrando numerosos indios que fue evangelizando en su camino. Regresó a la reducción con la convicción de solicitar más misioneros para tantas almas, sin perder la convicción de descubrir aquella ciudad. En la primavera de 1673 emprendió su cuarto viaje donde encontraría la muerte en el lago Buenos Aires, de manos de unos poyas no cristianos. Poco antes, el provincial decidió enviarle por compañero al P. Esteban de Carvajal quien no alcanzó a tomar contacto con el P. Mascardi por el lamentable suceso que incluyó la pérdida de sus papeles. No solo vocabularios y etnografía indígena, sino una descripción de las tierras del Estrecho de Magallanes que envió a Roma y que se haya perdida[777].

7.1.2. Las tentativas reduccionales posteriores.

Transcurrió una década y al asumir como provincial de Chile su antiguo amigo el P. Antonio Alemán, autor de una relación sobre la misión de Nahuel-Huapi[778], decidió en 1684 restaurarla en contra del mandato del gobernador don José de Garro. Tiempo antes compartía la iniciativa el rector del colegio de Valdivia P. José de Zúñiga[779], quien en 1688 cruzó la

[777] Furlong, 1945: 113-115 y Moreno Jeria, 2007: 216-217.
[778] AGI, Chile 153. *Carta del P. Alemán al rey.* Santiago de Chile, 24 de enero de 1700.
[779] Hijo de Francisco Zúñiga marqués de Baydes, que fue gobernador, presidente de la Audiencia y pacificador de Araucania. Nació en Concepción en 1642, ingresando al Instituto en Madrid a los 20 años. Estuvo en Mendoza antes de partir a los poyas en 1687 e hizo sus últimos votos en Castro en 1692. Fue el quinto provincial de Chile,

cordillera con el P. Jorge Ignacio Burger, aunque prefirió fundar otra reducción más al norte, en el valle y lago de Aluminé, cercana a la montaña de Rucachorol, llamado entonces Calihuaca, como el cacique que allí moraba. Pero al gobernador Garro le llegaron supuestas noticias de posibles levantamientos entre parcialidades indígenas y le ordenó al nuevo provincial que retirara de allí a los misioneros y así se hizo al año siguiente. Esto provocó una polémica entre el anterior provincial P. Alemán y el gobernador, pues este último no sustentaba suficientemente la decisión del abandono[780]. El regreso del P. Zúñiga lo efectuó por el lago Nahuel-Huapi y de allí pasó a Chile como rector del colegio de Chiloé.

Algunos años después llegó a Chile una expedición de jesuitas encabezada por el procurador Miguel de Viñas, donde se encontraba el P. Felipe van der Meeren, que españolizó su nombre como Felipe de la Laguna[781]. En 1702 fue enviado a las misiones de Chiloé, donde conoció a un grupo de poyas bautizados por el P. Mascardi. Estaban tan ilustrados de la doctrina cristiana que el sacerdote belga quedó asombrado y con la ansiedad de visitar sus tierras, tal como ellos mismos se lo habían solicitado. Cuando fue nombrado rector de Chiloé, también el provincial lo autorizó a profesar su cuarto voto en Santiago de Chile. Pero su idea era ir a Nahuel-Huapi, por lo que aprovechó aquel viaje para pedírselo al provincial y a las autoridades civiles. No fue fácil con los superiores que veían un gran riesgo en su vida. Pero lo consiguió y fue al encuentro del gobernador Francisco Ibáñez de Peralta, quien al no encontrarse facultado para tal decisión, recurrió a la Real Junta de Misiones creada a dicho efecto

---

falleciendo en Concepción el 30 de enero de 1727 (Storni, 1980: 315. Enrich, 1891 (II): 139).

[780] Enrich, 1891 (II): 6.

[781] El P. Felipe nació en Malinas, Bélgica, el 8 de octubre de 1667, ingresando al Instituto franco-belga en 1683. Sus primeros votos los profesó dos años después y en 1697 el obispo Humbert-Guillaume de Précipiano le otorgó el sacerdocio. Llegó a Buenos Aires en 1698 y a los seis meses se encontraba en Chile. Sus últimos votos los

en 1697[782]. Ya había pasado un año de haber adquirido el cuarto voto, cuando la Junta accedió, otorgándole el estipendio correspondiente del sínodo para cada uno de los misioneros que fueran, además de varias contribuciones económicas de los vecinos que alcanzaban para construir una casa e iglesia, con sus correspondientes ornamentos. Finalmente el mismo organismo decidió también que la misión se llamaría de Nuestra Señora del Rosario, aunque esta denominación no fue confirmada por el rey, prevaleciendo la de Nuestra Señora de la Asunción, al menos desde 1713[783].

El 23 de agosto de 1703 el P. Laguna partió de Santiago junto con el italiano P. Vicente José María Sessa, pasando por Valdivia y arribando al lago Nahuel-Huapi el 23 de diciembre. Su compañero no llegó a destino por una enfermedad que lo obligó a regresar, pero el P. Laguna lo hizo, siendo muy bien recibido por los caciques puelches Huepú y Bartolomé Canicura y el poya Maledica, quienes hospedaron al misionero en un "toldo, o sea un rancho armado con cueros de guanaco o caballo, situado en la margen boreal de la laguna". El mismo sacerdote cuenta que lo primero que hizo fue erigir "un altar debajo de una tienda, con toda la decencia posible, entretanto se fabricaba una iglesia"[784]. Luego visitó los pueblos cercanos, invitando a los indios que vayan a vivir con él. La mayoría

---

profesó en Santiago en 1703, falleciendo mártir en Nahuel-Huapi el 29 de octubre de 1707 (Storni, 1980: 296).

[782] Esta Junta estaba compuesta por el gobernador, el oidor más antiguo de la Audiencia, obispo y deán de la Catedral de Santiago, oficiales reales y dos sacerdotes. No solo que los jesuitas estaban excluidos sino también se les prohibía erigir colegios incoados, tener haciendas entre los indios y estar subordinados en todo a las disposiciones de la Junta. Como ventajas tenía que no se podrían hacer merced de tierras en territorio mapuche, evitando con esto las encomiendas y fundar un colegio seminario para 20 caciques de Arauco a cargo de tres jesuitas, además de impartir la lengua araucana en colegios franciscanos y jesuíticos, aunque esto último prácticamente no se cumplió. La Junta en realidad fue inoperante (Foerster, 1996: 284-293).

[783] Moreno Jeria, 2007: 225.

[784] Furlong, 1945: 88.

habían sido bautizados por Mascardi treinta años antes, pues la predisposición a su persona era excelente.

Al poco tiempo de la llegada del P. Laguna se sumó el jesuita sardo Juan José Guillelmo, quien además de su vocación misionera, se destacó por dominar varias lenguas de la región, gracias a sus extensos viajes previos a su designación entre los poyas, desde 1702 con el P. Nicolás Kleffert.

Después de un año de estar enseñando gramática en Santiago, dispuso el viaje a su nuevo destino, llegando en los inicios de 1704. Apenas lo hizo partió el P. Laguna a Chiloé en busca de operarios y herramientas, a fin de construir los edificios necesarios, pues como escribe el P. Machoni "ninguno de los puelches se movió a cortar un palo para formar una ramada siquiera, ni se comidió a ayudarles en cualquiera otra cosa"[785]. Las autoridades le brindaron la asistencia de algunos indios carpinteros y bogadores y las tablas necesarias[786].

Llegó a Nahuel-Huapi y como expresó el mismo P. Laguna "dimos principio a una pequeña casa que en tres semanas estuvo acabada". Y en cuanto al templo escribió que era: "una pequeña capilla, que se adornó con decencia, lo cual convenia para que los bárbaros hiciesen algún concepto de las cosas sagradas"[787]. Pero el P. Laguna en medio de las obras decidió partir a Valdivia a buscar más apoyo. Antes de irse le dejó expresamente encargado al P. Guillelmo que "en mi ausencia construyera para nosotros una iglesia". Incluso llegó a haber una tumba dentro de la capilla. Se trataba del sacristán, quien después de muerto "pusiéronle en una caja de ciprés en la capilla"[788]. Estas construcciones estarían muy próximas a la vieja reducción del P. Mascardi, pero el P. Furlong advierte que debieron

[785] Machoni, 1732: 428.
[786] Moreno Jeria, 2007: 225
[787] Olivares, 2005: 185.
[788] Olivares, 2005: 186.

trasladarse a un lugar más seguro de los vientos, posiblemente entre los arroyos del Carbón y del Corral, sobre la margen izquierda del río Limay[789].

La reducción fue mejorando y creciendo, se llevaron animales de Chiloé y se enseñó a los hombres a sembrar y a las mujeres a tejer, aunque se sucedieron varias dificultades como la marcada enemistad entre puelches y poyas, como a su vez el arraigado nomadismo de ambas etnias y el enfrentamiento con los hechiceros. Pero un hecho oscureció el devenir de la reducción y fue una epidemia de disentería que fue aprovechada por los brujos para culpar a los jesuitas. De tal manera que un día, el P. Laguna decidió viajar a Penco para tratar asuntos de la reducción. En medio del camino fue recibido cordialmente por el cacique Tedehue quien le convidó con una bebida envenenada, que mató al sacerdote, el 29 de octubre de 1707[790].

El P. Laguna también terminaba trágicamente su vida misional. Fue reemplazado como superior por el P. Guillelmo, siendo su primer empeño el ampliar la iglesia y construir nuevas viviendas para los indios, con el fin de atraerlos gradualmente, llevar ganado vacuno y finalmente el intentar descubrir un camino más directo a Chiloé, que se conocía como camino de las carretas o de Vuriloche que facilitara el aprovisionamiento de la reducción. Para estos emprendimientos solicitó a las autoridades que le asignasen doce indios perpetuos en calidad de mitayos, mudables cada cuatro o seis meses. Así lo hicieron ambos gobernadores de Chile y Chiloé en 1709, aunque el P. provincial Gonzalo Covarrubias insistía al año siguiente en la confirmación de los decretos. Estas personas tendrían a su

[789] Este sitio llamado Chequen fue el descubierto en 1933 por el señor Carlos Ortiz Basualdo, quien halló un cementerio que estudió el profesor Milcíades Vignati del Museo de La Plata, afirmando que eran sepulturas de indios cristianos (La Nación, 26 de marzo de 1933), posiblemente del cementerio ubicado junto a la iglesia.

cargo labrar y sembrar la tierra, construir una iglesia y pueblo a su alrededor, cuidar la embarcación del sacerdote y abrir el camino mencionado[791].

Al sardo se sumó el P. Gaspar López, en tanto que el provincial, para cerciorarse del estado en que se encontraba la reducción, envió como visitador al P. Andrés Supecio. Llegó en 1709 e hizo un informe favorable, acentuando la esperanza que tenía la reducción ante lo estratégico de su ubicación[792]. Tres años después pasó a ser superior de la reducción el P. Manuel Hoyo, pero el P. Guillelmo lo acompañó.

Mientras el superior se encontraba en Chiloé, la reducción sufrió un incendio, muy posiblemente intencionado, que dejó todo en cenizas. La imagen de la Virgen fue rescatada con dificultad por un indio, pero se perdieron ornamentos, libros y apuntes del P. Guillelmo, aunque al menos salvó su vida, por ahora[793].

Los PP. Guillelmo y Hoyos no se amilanaron y emprendieron la reconstrucción de las ruinas y volvió a brillar, aunque el P. Hoyos fue trasladado en 1714 como rector de Chiloé, quedando nuevamente solo el P. Guillelmo como superior. A fines de diciembre de 1715 reinició la búsqueda del camino que unía Nahuel-Huapi con Ralún, en la actual comuna de Puerto Varas. El hallazgo prometía consolidar los trabajos

---

[790] Moreno Jeria (2007: 229) señala que los historiadores jesuitas jamás dudaron de la causa de la muerte, pero historiadores recientes como Eyzaguirre y Casanueva descartan tal asesinato con argumentos no muy sólidos.
[791] Urbina, 2008: 20.
[792] Moreno Jeria, 2007: 230.
[793] En la biografía que escribe el P. Machoni sobre el P. Guillelmo expresa la inquietud de su compatriota por la escritura, enumerando una serie de obras que seguramente se perdieron en este incendio. Ellas son una “Nautica Moral”, las biografías de los PP. Mascardi, Sierra (compatriotas) y Donvidas, “y otros varones ilustres jesuitas, que florecieron en la Provincia de Chile, en todas las quales obras guarda un estilo muy natural, claro, terso, y corriente, en que tenia gran facilidad, y promptitud” (Machoni, 1732: 433). El P. Olivares agrega el nombre del P. Laguna del que contó “todos los sucesos de su viaje, trabajos, riesgos de la vida i tanto como padeció por los indios intermedios” (Olivares, 2005: 179).

pastorales, pero el descubrimiento de este camino secreto de los indios, que cruzaba la cordillera en solo tres días, fue seguramente el móvil de su asesinato. Los indios no querían develar esta comunicación para su propia protección y se ensañaron con el P. Guillelmo, dándole la misma muerte que al P. Laguna, con una agonía de tres días que se prologó hasta el 17 de marzo de 1716 en que finalmente muere. En la biografía que escribe el P. Machoni, asegura que los indios lo envenenaron, pero para que los españoles no los castigaran incendiaron la reducción para que pasase por un accidente[794].

El provincial Domingo Marín no se dio por vencido y envió inmediatamente a la reducción al P. José Portel como superior y al chileno P. Francisco Javier Elguea como su ayudante. Pero el primero no llegó a destino por una enfermedad y la reducción sufrió diversas penurias por falta de alimentos y la constante negativa de los indios de asentarse en este pueblo que en realidad nunca pudo formarse.

Aquellas vacas traídas por el P. Guillelmo que se reprodujeron con facilidad, fueron motivo de otra calamidad. Efectivamente, la hambruna de los indios comarcanos los llevó a solicitarle al P. Elguea que les entregara los animales, pero como el jesuita se negó, los indios lo asesinaron y luego incendiaron la iglesia y su casa en noviembre de 1717. Las autoridades españolas de Chiloé enviaron una expedición punitiva al mando de Martín Uribe y Gamboa con soldados e indios aliados, para castigar a los agresores que habían huido a la cordillera y no los hallaron. Quizás en esta expedición fue el P. Arnoldo Jaspers, enviado por los superiores del Instituto, pero no como reemplazante sino para que evaluara la situación y el futuro de la reducción. A orillas del lago y envuelta en cuero encontraron la imagen de la Virgen, y entre las cenizas de los escombros de la iglesia, el cadáver carbonizado del P. Elguea. Los hechos condujeron a los jesuitas a

[794] Machoni, 1732: 442 y 448.

abandonar definitivamente a los poyas de Nahuel-Huapi y con ello quedó clausurado el camino que el tiempo borró su huella y toda referencia.

Ni las autoridades civiles ni los superiores jesuitas otorgaron licencia alguna para volver a esa tierra que había llevado la vida de cuatro ignacianos. No obstante alguna que otra vez, un jesuita solicitó ser enviado a los grandes lagos, pedido que recién se concedió en 1766 al P. Segismundo Güell. Esta decisión se tomó a partir de la solicitud que hicieron los jesuitas de Chile a la Junta de Poblaciones dos años antes. La propuesta la había elevado el procurador P. Juan Nepomuceno Walter quien pretendía restablecer Nahuel-Huapi y desde allí alcanzar el Estrecho de Magallanes en un ambicioso plan evangelizador que, ideado medio siglo antes, pretendía también habilitar el paso continental del archipiélago de Chiloé que contaba con solo una inconstante e insegura comunicación marítima con el norte de Chile[795]. Así fue que, el rector del colegio de Castro P. Melchor Stracer, le propuso lo mismo al gobernador de Chiloé Juan Antonio Carretón, quien encabezó una expedición con cien hombres para reconocer el antiguo camino. Lo acompaño en su travesía el jesuita Javier Esquivel, que fundó una misión en Ralún. Solo pudieron establecer tres refugios, uno en la isla de Guar, otro en un paraje que llamó Nuestra Señora del Pilar de Calbutué y el tercero que llamó fuerte Gonzaga en el inicio del camino que llevaba al lago, pero de allí se volvieron sin cumplir su objetivo, aunque al llegar la primavera se alistó para salir nuevamente, pero sin llegar a concretar el viaje[796].

El camino del P. Guillelmo continuaba desconocido y se procuró poner en marcha otra expedición exploratoria. El P. Güell esperó la primavera de 1766 y partió desde Castro con doce españoles y dos indios. Pero ya en Ralún comenzaron a verse envueltos de complicaciones en

[795] Moreno Jeria, 2007: 239.
[796] Urbina, 2008: 25.

medio de lluvias, bosques y desmoronamientos de montañas que habían borrado toda huella. Luego de seis meses de infructuosa búsqueda, decidieron regresar a Chiloé, aunque según los sitios mencionados por el sacerdote, estuvieron cerca de Nahuel-Huapi. Preparó una nueva expedición, pero el 29 de agosto de 1767 fue apresado por los soldados en Ralún que llevaban el decreto de expulsión de la Compañía de Jesús.

Algunos pocos exploradores alcanzaron el lago Nahuel-Huapi, hasta que recién a fines del Siglo XIX llegó al sitio Francisco P. Moreno y plantó la bandera argentina. En mayo de 1902 y gracias a sus esfuerzos, se fundó la ciudad de Bariloche y el Parque Nacional, ampliado varias veces y donde la Compañía de Jesús inició su peregrinación más de dos siglos antes.

7.2. Las reducciones de indios pampas y la política ocupacional de la Patagonia.

Después de las experiencias llevadas a cabo en las actuales provincias de Río Negro y Neuquén, los jesuitas fundaron reducciones en Córdoba y Buenos Aires entre los indios pampas. Esta denominación fue impuesta por los españoles, aunque el vocablo es quichua y significa llanura. Una generalización que abarcó numerosas culturas dedicadas a la caza de venados, ñandúes y guanacos que habitaron la extensa región pampeana. También recolectaban frutos y semillas que molían para hacer harinas y algunos trabajaron la cerámica, confeccionaban útiles de cuero de caballo, ponchos y plumeros que comercializaban con los españoles, actividades que ponen en duda las ideas de los despectivos rótulos de nomadismo. Pertenecían a la familia lingüística macro-panoano y se dividían en tres grandes parcialidades: Taluhet, Didiuhet y Chechehet. A fines del Siglo XVIII las epidemias diezmaron a las poblaciones y fueron aculturizadas por los mapuches o araucanos de la región andina, quienes

terminaron finalmente aniquilados en el Siglo XIX con sendas campañas militares de exterminio.

El provincial Francisco Lupercio Zurbano, en la Carta Anua de 1641-1643, transcribe una nota de un misionero que estuvo tempranamente entre los pampas del sur de Córdoba, quien expresa: *"Se pintan muy feamente principalmente los viudos y mucho más las viudas, y huyen de todo lo que es devoción y culto de Dios"*. Continúa informando que siempre *"andan desnudos sólo envueltos en unos pellejos"*. Agregando que *"cada parcialidad tiene su hechicero, que es como su médico que los cura"*. Y que usan yerbas y polvos para solicitar a las mujeres *"que las hacen caer miserablemente"*. Aunque para ser queridas, *"Se punzan con unas espinas largas, o punzones, que para el efecto tienen dentro de la nariz, y en otras partes más delicadas, y destilan la sangre en un mate, o calabazo, y con otros ingredientes hacen un betún con que se untan el cuerpo, y esto lo hacen principalmente las doncellas con lo cual los hombres se enloquecen, y pierden por ellas"*. Entre la práctica de varias curiosidades *"también usan por valentía pasar toda una flecha por el pellejo del vientre, que como lo traen siempre al aire pueden hacer esa prueba; y de estas hacen otras mil crueldades cual es el cruel tirano que los posee los enseña"*[797]. Posiblemente esa carta haya sido del jesuita santiagueño Pedro de Ibáñez (1616-1679) o del sardo Lucas Quesa (1609-1666), que estuvieron misionando en la región por esa época y padeciendo no poco rechazo de los pampas, sobre todo de sus temidos hechiceros.

La Carta Anua del año siguiente agrega: *"Sin embargo, algunos de estos indios han pedido ser bautizados por los Padres; condescendieron al ruego de aquellos bajo la condición de que se reuniesen en un lugar fijo, a*

[797] Page, 2004: 137.

su gusto, para que los Padres los pudieran visitar y adoctrinar cada año. No les gustó la condición y así se quedaron en su infidelidad"[798].

Estos habitantes ocupaban una extensa región cuya frontera con los españoles se encontraba entre el río Tercero y Cuarto, al sur de Córdoba, y el Salado hacia el sur de Buenos Aires. Aproximadamente desde estos límites naturales que llegaban a la cordillera y hacia el sur, extendiéndose hasta Tierra del Fuego, era una zona prácticamente inexplorada, menos aún conquistada y ocupada por los españoles, aunque muy habitada, como expresó el P. Mascardi y otros.

En este contexto era importante para la Corona la seguridad del puerto de Buenos Aires, que fue siempre un difícil problema, pues significaba un codiciado enclave para las naciones extranjeras, no solo Portugal sino principalmente Inglaterra, cuyas embarcaciones necesitaban hacer escala para traspasar el Estrecho de Magallanes. Numerosos funcionarios locales y peninsulares, como comerciantes y nobles, advirtieron a las autoridades hispanas este peligro y la imperiosa necesidad de su protección. Por ejemplo en 1672, el vecino don Manuel de Bañuelos propuso a la Junta de Guerra que se envíe un ingeniero para que refuerce el fuerte, donde tendrían que ubicarse ochocientos infantes con la asistencia de mil familias guaraníes a las que se les daría tierras para sostenerse y que formasen ocho compañías de caballo. También planteó construir torres de avistamiento en las costas cada media legua. La propuesta fue aceptada por la Junta y se le ordenó al gobernador Andrés de Robles que tome cartas en el asunto[799].

Pero no menos importante y hasta más acuciante, era la dominación del espacio interno, pues los indios acosaban sus inmediaciones con frecuencia en incursiones bélicas al territorio usurpado, que fueron

[798] Ibid: 147.
[799] Pastells, 1918 (III): 39.

continuas hasta mediados del Siglo XVIII, cuando hubo un intento de extender el territorio a través de la ubicación de reducciones. Por entonces al Salado se lo denominó *Tuvichá Mirim* (“cacique” Mirim) y cerca de su desembocadura se fundó la reducción de Concepción (1740) con indios pampas serranos o puelches. Casi paralelo al Salado, a unos trescientos cincuenta kilómetros al sur y bordeando la costa bonaerense, se eleva otro límite natural constituido por un cordón montañoso llamado sierras de Tandil y de la Ventana. En las estribaciones de ellas y cercanos al mar, se levantaron otras dos reducciones jesuíticas llamadas del Pilar (1747) con indios serranos o puelches y Desamparados (1750) con indios patagones, tuelches o tehuelches.

Como decíamos, las tensiones entre españoles e indios se remontan desde los tiempos de la fundación de Buenos Aires, ciudad que debió llevar una empalizada para protegerse de los continuos ataques indígenas. Juan de Garay avanzó hacia el sur y tuvo contacto en Magdalena con las tolderías del cacique Quendiopen o Quengipen, llamado por los españoles con el apelativo *Tubichaminí*, que en lengua guaraní significa “pequeño jefe”. Algunas décadas después el oidor Francisco de Alfaro visitó la región de Buenos Aires y halló en 1611 en la orilla del río Luján la reducción de San José de indios querandíes y mbeguás. La formó el año anterior el licenciado Bagual, acompañante de la expedición fundadora, a quien Garay le adjudicó una parcela del trazado urbano. El mismo Alfaro también sugirió reducir a los indios pampas de Córdoba y para

Sitio de Buenos Aires en 1536 por querandies charruas y chana-thimbu. Ilustración aparecida en las ediciones de 1599 del grabador Johann Theodorus de Bry y de Levinus Hulsius para el famoso libro de Ulrico Schmidl.

ello otorgó amplia licencia. Aunque como bien señala monseñor Pablo Cabrera ya había para la época una reducción ubicada en la estancia de San Esteban de Bolón, en el río Cuarto, propiedad de los descendientes del fundador Jerónimo Luis de Cabrera[800].

Cuatro años después de la visita del oidor, don Alonso Muñoz Bejarano estableció una reducción en el por entonces llamado río Santiago (hoy Salado bonaerense) con la gente del cacique Tubichaminí y en 1616 el gobernador Hernandarias trasladó a las costas occidentales del Plata la reducción de guaraníes del cacique Bartolomé. Estas reducciones estaban a cargo de los franciscanos y un administrador civil[801]. El sucesor en la gobernación fue el navarro Diego de Góngora (1618-1623), quien en el marco de una política reduccional, informó la visita que había realizado a tres reducciones existentes por ese entonces a cargo de los mencionados frailes: "San José del cacique don Juan Bagual, sobre el río de Areco, dieciocho leguas, poco más o menos, del dicho puerto. Y otra dieciséis leguas dél, tierra adentro, cerca de la costa del río grande de la Plata, en la "isla de Santiago" nombrada del cacique Tubichamini. Y otra nombrada Santiago de Baradero que está sobre un brazo del río grande del Paraná, veinticinco leguas poco más o menos de dicho puerto"[802]. Pero una epidemia de viruela y tabardillo cobró la vida de numerosos indígenas, mientras los que quedaron con vida huyeron hacia las pampas. La población de Magdalena se fortaleció cuando en 1667 llevaron a los quilmes y persistió en el tiempo, aunque ya no como reducción, sino como núcleo urbano hispano-indígena, fundándose en ella la primera parroquia bonaerense en 1730, cuando contaba con más de dos mil habitantes.

---

[800] Cabrera, 1932: 16.
[801] Conlazo et al, 2006: 25-27 y Carlon, 2006: 4.
[802] Carlón, 2006: 4.

Pero el mal trato de los españoles hacia el indio se manifestó en reacciones de venganzas que prolongaron los enfrentamientos por largo tiempo, obligando a los hispanos a trasladar indios guaraníes, entre otras etnias, para el cumplimiento del servicio personal en Buenos Aires. Algunos destellos de paz se evidenciaron en el gobierno de Francisco de Céspedes (1623-1631), quien logró apaciguar los ánimos con obsequios. El estado reduccional, con todas las modificaciones que implicaba en las pautas de vida, apuntaba a crear una nueva organización espacial y reagrupamiento indígena que cambiaría su hábitat, dejando los móviles toldos de cuero de caballo a casas cubiertas con paja y palos[803]. El jesuita Sánchez Labrador explicó cómo eran esos toldos: "cada uno de los cuales encierra tres o cuatro familias y cada una de estas cinco personas"[804]. De tal forma que eran viviendas multifamiliares y con la posibilidad de ser transportadas con relativa facilidad.

"Campamento de Patagones" de Havre Peckett 1838.

Mientras tanto en Córdoba, la conocida *"Reducción nueva"* ubicada sobre el Río Cuarto, fue empadronada en 1617 por el teniente de gobernador José Fuenzalida Meneses, quien también hizo lo propio con la reducción de San Antonio del río Tercero[805]. Los indios se habían reducido luego de firmar un concierto que establecía que Cabrera les perdonaría la

[803] Ibid: 6.
[804] Sánchez Labrador, 1936.
[805] Fue erigida por Alonso Díaz Caballero en su estancia de Pampallacta sobre el río Tercero. Habitaba allí el cacique Quepetien con varios indios que ya hacía seis años se encontraban reducidos en ese paraje. Incluso su vecino Juan de Dávila y Zárate también había comenzado a reducir a los indios pampas a cuatro leguas al norte del anterior establecimiento en el paraje conocido como Yucat o Lacla (Cabrera, 1932: 17).

tasa, los curaría de sus enfermedades, les daría de comer y les pagaría la doctrina, además de entre seis y ocho pesos anuales[806].

Deducimos que aquella *"Reducción nueva"* duró poco tiempo y que no era tan fácil convencer a los indios de establecerse, a pesar del informe que en 1673 elevó a la reina regente Mariana de Austria el visitador doctor Gregorio Suárez Cordero[807], clérigo de la Catedral de Buenos Aires. Su majestad había recibido varias relaciones, pero esta provenía de una persona que había tenido contacto con los pampas en Luján, habiéndole producido compasión y confianza su evangelización. No obstante informaba que los ataques contra los viajeros no sólo continuaban sino que se habían extendido a las estancias y perfeccionado en cuanto a nuevas armas que empleaban los indios, posiblemente suministradas por los indios chilenos. Pues se debía intentar primeramente llevando el Evangelio y si no resultaba, pues había que recurrir a la *manu militare*. Dos años después llegaron de la península sendos despachos de la reina dirigidos a los gobernadores que justamente decretaban la creación de reducciones entre los indios pacificados.

De tal manera que el 22 de mayo de 1675 se ordenó al gobernador de Tucumán don Tomás Félix de Argandoña que los indios pampas *"se reduzgan apoblacion, y se les pongan doctrineros clerigos (si los Viere) ó religiosos de la mayor satisfacción que aia acosta de los encomenderos"*, y que a los *"indios infieles, que están levantados y hacen hostilidades procedereis ala conquista pacificáandolos por la fuerza de armas"*[808]. Pero el gobernador recién se notificó de la Real Cédula a principios de 1691.

En cambio el gobernador de Buenos Aires don Andrés de Robles (1674-1678) fue participado inmediatamente y realizó a su costa una

[806] Grenón, 1924: 8-12.
[807] Bruno, 1968 (III):194.
[808] Grenón, 1924: 18-19 y Cabrera 1932: 36-61. Este expediente fue publicado completo en la Revista de la Biblioteca Nacional Tomo III, Nº 12, Buenos Aires, 1939: 719 a 727.

maloca que condujo mil indios a Buenos Aires y con ellos formó tres reducciones: la primera en la laguna de Aguirre, otra sobre el río Luján y la última sobre el río de Areco. Aunque pronto la viruela causó gran mortandad en la mayoría y el resto regresó a las pampas. No llegaron a tener rentas ni clérigo, ni construirse casa e iglesia, pero el gobernador insistió juntando trescientos indios que ubicó junto al fuerte, con la sola asistencia del capellán del mismo[809].

Los jesuitas igualmente continuaron las misiones desde sus colegios. Atención espiritual continua que venían haciendo por la década del cuarenta, como bien relató el provincial Zurbano, en su informe al P. general[810]. Aunque también el Instituto preparó un plan integral de evangelización que comprendía la exploración y conversión hasta el Estrecho de Magallanes y que acogió con buena predisposición el gobernador de Buenos Aires don José de Herrera y Sotomayor. Efectivamente y como veremos, varios procuradores presentaron diversas propuestas ante el Consejo de Indias que argumentaban ocupar la región patagónica para no dejarla a merced de potencias extranjeras. Todo fue aprobado en sendas Cédulas Reales pero no pasó de proyecto, hasta que en 1740 se fundaron las reducciones australes en Buenos Aires[811]. Incluso el conocimiento de aquel ambicioso proyecto de las misiones magallánicas, fue el último aliento que tuvo el P. Francisco Lucas Caballero luego de la malograda experiencia entre los pampas de Córdoba[812].

---

[809] Bruno, 1968 (III): 195.
[810] Page, 2004: 136.
[811] Bruno, 1968 (III): 200.
[812] En su relación de lo vivido entre los pampas justamente concluía el texto expresando: *"Quiera Dios Nuestro Señor dar los medios convenientes para que tenga efecto la misión Magallanes de la que estos días desistió el gobernador de Buenos*

7.2.1. El P. Cavallero y la primera reducción de pampas en Córdoba.

El P. Lucas llegó a Buenos Aires en 1681, permaneciendo una década en Córdoba donde además de estudiar, le toco fundar en las postrimerías de la misma, una reducción entre los pampas. Luego pasó a las reducciones de chiquitos donde trabajó incansablemente hasta alcanzar el martirio[813].

Se conserva una relación del P. Cavallero sobre lo acontecido entre los pampas[814] y no descartamos que, en base a ella, el P. Provincial Ignacio de Frías haya escrito su Carta Anua del periodo 1689-1700. De tal forma que por ambos documentos conocemos detalles importantes que tuvieron al P. Lucas como uno de sus protagonistas.

El relato se inicia en 1689 durante las habituales "misiones de los ríos", como llamaban a las salidas anuales que hacían los jesuitas a los ríos Tercero y Cuarto, ubicados al sur de la ciudad de Córdoba. En aquel año habían llegado los jesuitas al río Cuarto, pero esta vez avanzaron hacia Punta del Sauce, más específicamente al puesto de Mula Corral[815] de la estancia de Cabrera. Allí conversaron con el cacique Ignacio Muturo y su esposa, quien expresó el deseo que bautizaran a sus hijos. Los sacerdotes interpretaron esto como una buena señal para formar una reducción,

---

Aires, porque éste sería un eficaz medio para la conversión de los indios pampas" (AGN-BN, Leg. 189, Doc. 1845, f. 109).

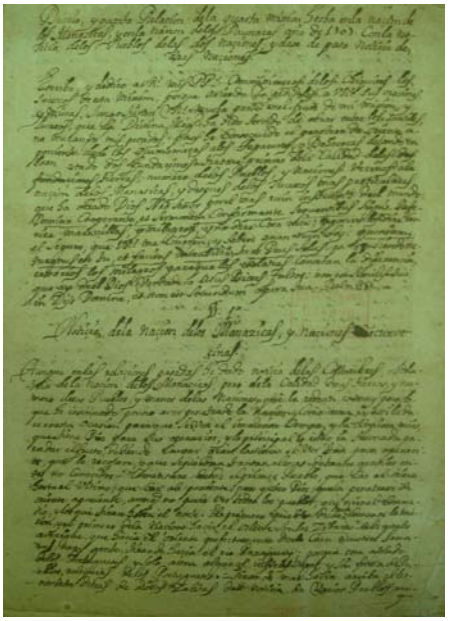
[813] Page, 2006: 243-264; 2007a: 429-454 y 2011: 99-118. Monseñor Juan Bautista Fassi se ocupó extensamente de la región en una serie de artículos aparecidos en el periódico "El Heraldo de Reducción" de la localidad de Reducción, al igual que Costa, 1992 y 2001: 319-335. También Bruno, 1966 (IV): 305 y Cabrera, 1932, entre otros que siguieron sus huellas entre los pampas, como Peña, 1997 y Herrera, 2002.

[814] Page, 2007a: 429-454.

[815] Mula Corral era un puesto de mulas de José de Cabrera ubicado a tres leguas de Concepción del Río Cuarto sobre el camino real. Posteriormente pasó a propiedad del monasterio de Santa Catalina hasta que se formó un pueblo con una importante base económica fundada en el comercio de mulas y caballos. Pero las continuas invasiones de los ranqueles hicieron que desapareciera en el siglo XIX (Costa, 2001: 334).

volvieron al Colegio a dar la noticia al rector P. Tomás Donvidas[816] y decidieron esperar hasta el próximo año para verificar si continuaban esas intenciones.

Así lo hicieron y de regreso al río Cuarto se encontraron con el cacique Bravo[817], pariente del cacique Ignacio, a quien trataron de persuadirlo para sumarse a la reducción, no sin dejar buen esfuerzo en el feliz intento.


Diario del P. Lucas Cavallero (1691). AGN-BN leg. 350, doc. 6013

De vuelta al Colegio, por segunda vez, los jesuitas comenzaron a realizar las tramitaciones pertinentes para la fundación de la reducción. Primero lo hicieron con los superiores del Instituto, llevando el tema a la Congregación Provincial reunida en 1689[818]. Luego se dirigieron *"al gobernador don Tomás Félix de Argandoña"*[819], que aceptó la propuesta y señaló para la reducción *"unas tierras que llamaban del Espinillo, las cuales los*

[816] El P. Donvidas nació en Arévalo, Ávila, el 22 de diciembre de 1618, ingresando a la provincia de Castilla en 1635. Cinco años después arribó a Buenos Aires en la expedición del P. Díaz Taño, haciendo sus últimos votos en Asunción en 1656. Fue rector de los colegios de Asunción, Buenos Aires y Córdoba, además de maestro de novicios. Llegó a ser provincial del Paraguay en dos oportunidades (1676-1677 y 1685-1689) y su procurador en Europa (1679 a 1681) y visitador de Chile (1692-1695). Falleció en el colegio de Santiago del Estero el 2 de junio de 1695 (Storni, 1980: 86).

[817] Era un apodo muy común, pero quizás se refiera al cacique Cacapol, padre del famoso Cangapol, de quien trataremos en 7.2.2.

[818] Fue en la XIII Congregación reunida en Córdoba en setiembre de 1689 presidida por el provincial Gregorio Orozco. Según expresan sus actas, se trató el tema de los pampas (ARSI, Cong. Prov. 1690, f. 2).

[819] El sevillano capitán de Caballos Corazas don Tomás Félix de Argandoña, llegó de joven a América con el virrey del Perú Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera y su hijo. Fue nombrado corregidor de Guayaquil y luego gobernador del Tucumán. A este cargo accedió por mandato real del 14 de enero de 1683, aunque recién asumió el poder en Salta el 2 mayo de 1686, permaneciendo hasta 1691. Posteriormente pasó como general del Callao (Zinny, 1920 (1): 193).

indios habían pedido"[820].

Previamente y como vimos, el mandatario se notificó de la Real Cédula e inmediatamente solicitó un informe de la situación de los indios pampas. Luego trasmitió a la Corona que los sacerdotes de la Compañía de Jesús eran los adecuados para aquellos ministerios, pues ya venían haciendo misiones anuales desde el colegio. Posteriormente le remitió una carta formal al rector del colegio, fechada el 3 de abril de 1691, solicitando dos misioneros para los pampas y ordenó que los encomenderos de la región no impidieran la formación de la reducción y que colaborasen económicamente con los misioneros[821].

Las tierras de El Espinillo, ubicadas entre Punta del Sauce y Concepción del Río Cuarto, estaban en disputa entre dos vecinos de Córdoba: José Luis de Cabrera y Velazo, y Francisco Diez Gómez, pero el gobernador prometió zanjar el problema otorgándole otras mercedes de tierras a quien no resultara legítimo dueño. Acción que pusieron a los litigantes en franco enfrentamiento con la Compañía de Jesús que dirimió el clérigo Diego Salguero de Cabrera[822], deán de la Catedral y propietario de las tierras vecinas de Cruz Alta, quien incluso *"dio de contado ciento y cincuenta pesos para la misión de los pampas"*[823].

Lo cierto es que antes de morir en 1691, el general Jerónimo Luis de Cabrera (III) había determinado dejar a los indios "el paraje del Espinillo que está en el Río Cuarto una legua a todas partes desde dicho Espinillo por

---

[820] Page, 2004a: 255.
[821] Revista de la Biblioteca Nacional, Tomo III, Nº 12, Buenos Aires, 1939: 724.
[822] El doctor don Diego Salguero de Cabrera, nació en Córdoba en 1650 y falleció en 1707. Fue presbítero y doctor en teología, cura rector y vicario juez eclesiástico de diezmos, visitador de monasterios, comisionado del Santo Oficio y deán de la Catedral. (Luque Colombres, 1980: 355 y González Valerga de Neisius, 1992: 16).
[823] Page, 2004a: 256.

ser tierras del Pueblo de Indios Pampas que fue encomendero dicho Difunto, que hacen dos leguas de ancho y dos de largo” [824].

Su heredero directo fue José Luis de Cabrera y Velazco, “odiado por los indios, por encomendero y por varón riguroso, temido por su bravura, acechado en sus estancias para matarle, acometido y herido gravemente en una “vaqueada” era el adelantado contra los “pampas”[825]. Llegó a ser teniente de gobernador y con ello la *manu militare* esperada por los encomenderos, cometiendo atroces excesos como la campaña de 1708 que terminó con la captura de siete indios que llevó prisioneros a Córdoba. Tuvieron un juicio que los condenaba a trabajar perpetuamente en las minas de la Purísima Concepción y San Carlos de Austria[826], pero se escaparon y refugiaron en la casa de los mercedarios. Los sacerdotes se los entregaron ingenuamente a Cabrera, haciéndole jurar que los trataría bien. Sin embargo después de ser encerrados en una habitación de la guardia (por entonces casa del obispo Mercadillo) se hicieron unos huecos en el techo y se disparó a bulto[827].

El rector del colegio designó para la misión al P. Diego Fermín Calatayud[828] y por su compañero al P. Lucas Cavallero. El primero contaba con cuarenta y ocho años y era profesor en el Colegio de Córdoba,

---

[824] Esta noticia la trae Zenón Bustos que extrae de una certificación del escribano Martín Gurmendi del 1 de marzo de 1751 que dice encontrarse en una cláusula inserta en un cuaderno de autos originales de partición que se hicieron entre los herederos del general a fojas 3 (Bustos, 1916: 12).

[825] Martínez Villada, 1936: 745.

[826] Eran de oro y cobre, ubicadas en el extremo sur del Valle Calchaquí en la actual localidad de Punta de Balastro en Catamarca. Fue descubierta por Juan de Retamoso en 1687 en tierras que le había concedido el gobernador Mate de Luna siete años antes. Trabajaban indios de la etnia ingamana cuando la mina fue abandonada en 1710 y sus trabajadores trasladados a Andalgalá (Gluzman, 2007).

[827] Martínez Villada, 1936: 746 y Cabrera, 1932: 82 a 103.

[828] El P. Calatayud nació en Tafalla, Navarra el 10 de julio de 1641, ingresando a la Provincia del Paraguay en 1660 y arribando a Buenos Aires en la expedición del procurador Francisco Díaz Taño tres años después. Su sacerdocio lo obtuvo en 1671 y sus últimos votos en 1678. Fue luego profesor en el colegio de Salta, en el de Tucumán y en el de Santiago del Estero donde falleció en 1710 (Storni, 1980: 48).

renunciando al nombramiento de rector por querer ir a esta misión y el P. Lucas con veinte años menos y con todos los estímulos juveniles que le daba su particular temperamento.

Por primera vez se creó una reducción entre los pampas con todas las formalidades canónicas y en armonía enteramente con las instrucciones impartidas por la Corona[829].

Los sacerdotes emprendieron la marcha llegando al Río Cuarto el 6 de setiembre de 1691, no sin antes prevenirse de suficientes regalos, que acostumbraban llevar para agasajar a los indios, como yerba y tabaco. Por el camino no dejaron de predicar hasta que llegaron a la estancia del encomendero José Luis de Cabrera, quien había prometido que partiría luego para ayudarles. Pero no fue así, ya que les escribió que por varios motivos particulares no podría hacerse presente.

Los jesuitas tuvieron que pasar seis meses en la región sin respuesta del cacique, quien no los quería recibir, aduciendo tener una enfermedad. Pudieron convencerle nuevamente, luego que el P. Cavallero fue a las tolderías y bautizó a una gran cantidad de niños. Allí los indios le expresaron su temor ante las consecuencias que provocaba reducirse y la triste experiencia de la reducción de Areco en Buenos Aires, donde se juntaron trescientos pampas que terminaron diezmados por la peste en 1676[830]. La respuesta del P. Lucas fue contundente al expresarle que esa reducción no era de jesuitas y que ellos eran los únicos que podrían garantizarle una buena vida como sucedía en las reducciones de guaraníes que comenzaban a desdoblarse por el crecimiento de la población[831]. Pero

[829] Cabrera, 1932: 52.
[830] Razori, 1945 (II): 20.
[831] Este fenómeno se produce luego de finalizadas las incursiones bandeirantes y después de la batalla de Mbororé (1641). La lograda estabilidad hace que las reducciones experimenten un crecimiento vegetativo muy importante, al punto que en los últimos cincuenta años del Siglo XVII alcancen a triplicar la población. Pero igualmente las reducciones estaban concebidas para un grupo de hasta seis o siete mil

también, y el P. Lucas lo descubrió después, era Cabrera quien no quería que se formara la reducción porque creía que los jesuitas pretendían quitarle los indios y las tierras, para luego establecer un centro de operaciones donde dominar la pampa y vaquear libremente. Por tanto debía haber presionado a los caciques para que se negaran a reducirse.

Los indios estaban en una verdadera encrucijada, porque también el P. Lucas les advertía que el gobernador tenía órdenes del Consejo de Indias de maloquearlos y llevarlos a unas minas de Mendoza si no se reducían. Sin duda este motivo terminó por convencer a los caciques.

El P. Lucas regresó a la ciudad con el cuñado de Muturo, llamado Diego Hidalgo (o Vidag[832]), quien había intercedido siempre durante su estada en las tolderías. Quedaron en El Espinillo el P. Calatayud y los otros caciques con el resto de los indios que sumaban seiscientas almas.

Durante su permanencia en la ciudad, el P. Lucas se entrevistó con el provincial P. Lauro Núñez y luego con Cabrera quien le manifestó que había llegado a sus oídos que los jesuitas estaban soliviantando a los indios en su contra. La reunión fue tensa y el P. Cavallero accedió en principio a la propuesta de Cabrera de llevar una docena de españoles armados a los fines de juntar indios para la reducción. El gobernador y el provincial se negaron rotundamente a esta propuesta, con lo que Cabrera disminuyó aún más su apoyo. Las autoridades en cambio quisieron agasajar a los indios,

---

personas y cuando sobrepasaba ese número, el excedente se enviaba a alguna que decrecía demográficamente o bien se fundaba una nueva reducción. Tal es el caso de las poblaciones de Concepción y Yapeyú que excedieron aquellas cifras a fines del Siglo XVII y se fundaron los pueblos de Jesús (1685), San Francisco de Borja y San Lorenzo (1690) de los que seguramente se refiere el P. Lucas y al que siguieron al poco tiempo San Juan Bautista (1697), Santa Rosa de Lima (1698), Santo Ángel (1703) y Trinidad (1706), entre otros, fundados precisamente con el excedente de las primeras reducciones.

[832] Así lo escribe el P. Cavallero, mientras que el P. Frías, en la Anua de 1689-1700, haciendo referencia a la misma persona, lo llama indistintamente Diego Hidalgo o Diego Vidag (Page, 2004a: 256).

siendo bautizado Diego Hidalgo en solemne y emotiva ceremonia donde fueron padrinos el gobernador y su esposa.

Un tanto persuadido, Cabrera se ofreció a trasladar al P. Lucas a la reducción, llevando orden del gobernador que los invitaba a hablar con el mandatario sobre cualquier cuestión de la misma. Así viajaron los caciques Ignacio, Pascual, Manuel y Jacinto, llevando las propuestas de ubicación de la reducción que tenía cada parcialidad y la preocupación y temor que causaba la impunidad del hechicero de Ignacio. Quedaron los caciques Bravo y Sanemte, otra vez con el P. Calatayud quien con la parcialidad del cacique Pascual comenzaron a cortar maderas y cañas para la construcción de la capilla y el pueblo.

En ausencia de los caciques principales, los indios torturaron y mataron cruelmente al hechicero. Luego del macabro asesinato, siguieron extensas borracheras que terminaron con peleas entre parcialidades que cobraron algunas vidas.

La comitiva que viajó a Córdoba halló que, tanto el provincial como el gobernador no estaban en la ciudad. Igualmente los recibió el teniente de gobernador Juan de Perochena[833], pero las cosas no anduvieron muy bien. El funcionario no les obsequió nada y los jesuitas del colegio no quisieron bautizarlos temiendo que no iban a perseverar. El único que los atendió bien fue el mencionado deán Salguero de Cabrera, pero no alcanzó y volvieron “desabridos” con el P. Lucas quien llevó sendas carretas con provisiones.

Al llegar se encontró con el panorama descrito y un rechazo de los indios hacia el P. Calatayud. El P. Lucas intervino en las discusiones, intentando convencer a todos que siguieran la Ley de Dios, a lo que los

[833] Perochea nació en Vera, Navarra en 1639 y falleció en Córdoba en 1698. Fue capitán de infantería y maestre de campo, nombrado teniente de gobernador en 1681 y general de la gobernación al año siguiente (Luque Colombres, 1980: 245).

indios enfurecidos contestaban: *"¿Qué dice esta Ley? Y como les dijese que vivir de suerte que tuviesen uso de los sacramentos, para lo cual era necesario vivir en pueblo y lugar determinado, no fornicar, no hurtar, etc… respondían: ¿Qué sacerdotes tienen esos españoles que viven por esos ríos que ni tienen iglesia, ni oyen misa? ¿No fornicar?. Los mismos españoles nos vienen a comprar las chinas de mejor cara por un raso. ¿No hurtar? También nos suelen hurtar los españoles nuestros caballos, como nosotros los suyos"*[834].

Finalmente la parcialidad del cacique Pascual abandonó la reducción. Cabrera estaba allí, callado y seguramente regocijándose con la muestra de razón que se le negaba. No obstante el P. Lucas fue al otro día al encuentro de los vasallos de Pascual. Les llevó yerba y les predicó con amor las penas del infierno, pero los indios no escucharon e incluso intentaron atacar al joven sacerdote. Al regresar se encontró que tres parcialidades se estaban peleando por lo que el cacique Bravo se fue del Espinillo, siendo inmediatamente atacado por indios de "tierra adentro" que acabaron con su vida, cobrando venganza por las atrocidades que en otros tiempos había hecho él mismo.

Esta sucesión de tragedias estaba perfilando el final de la reducción. Continuó con la venganza de las parcialidades de El Espinillo, que decidieron internarse a buscar a los asesinos de Bravo sin que los jesuitas pudieran disuadirlos. Los encontraron y vencieron, pero los sobrevivientes que huyeron juraron aniquilarlos juntando a todos los indios de "tierra adentro" que superaban en número y valor.

El P. Lucas fue al encuentro de los vencedores pero los encontró afligidos por semejante amenaza. Ignacio le expresó que él siempre había querido y no abandonaría la idea de reducirse, pero en las circunstancias en que se encontraba no podía menos que defender su honor y salir a la guerra

[834] AGN-BN, Leg. 189, Doc. 1845, f. 102.

aunque sabiendo que iba a morir. Le aconsejó al P. Lucas que, si no era posible que los españoles le defendieran, abandonara la reducción antes de la llegada de sus enemigos. Le prometió que si vivía lo iría a buscar a la ciudad para formar el pueblo tan querido por ambos, a lo que consintieron los otros tres caciques que estaban junto a Ignacio.

En la mañana del 3 de agosto de 1692, el P. Lucas se despidió de los indios que se aprestaban a la defensa. Fue a buscar al P. Fermín que se encontraba esperándolo en una estancia cercana para luego partir a Córdoba. El cacique Ignacio no volvió a la ciudad y nunca más se supo de él. Posiblemente fue asesinado junto a todos sus vasallos. Sólo sabemos que una peste de sarampión desatada dos años después hizo estragos en la región y donde debió acudir el jesuita Ignacio de Arteaga a los fines de asistir espiritualmente a los enfermos que atendía el cura de la región Antonio Vélez de Herrera[835].

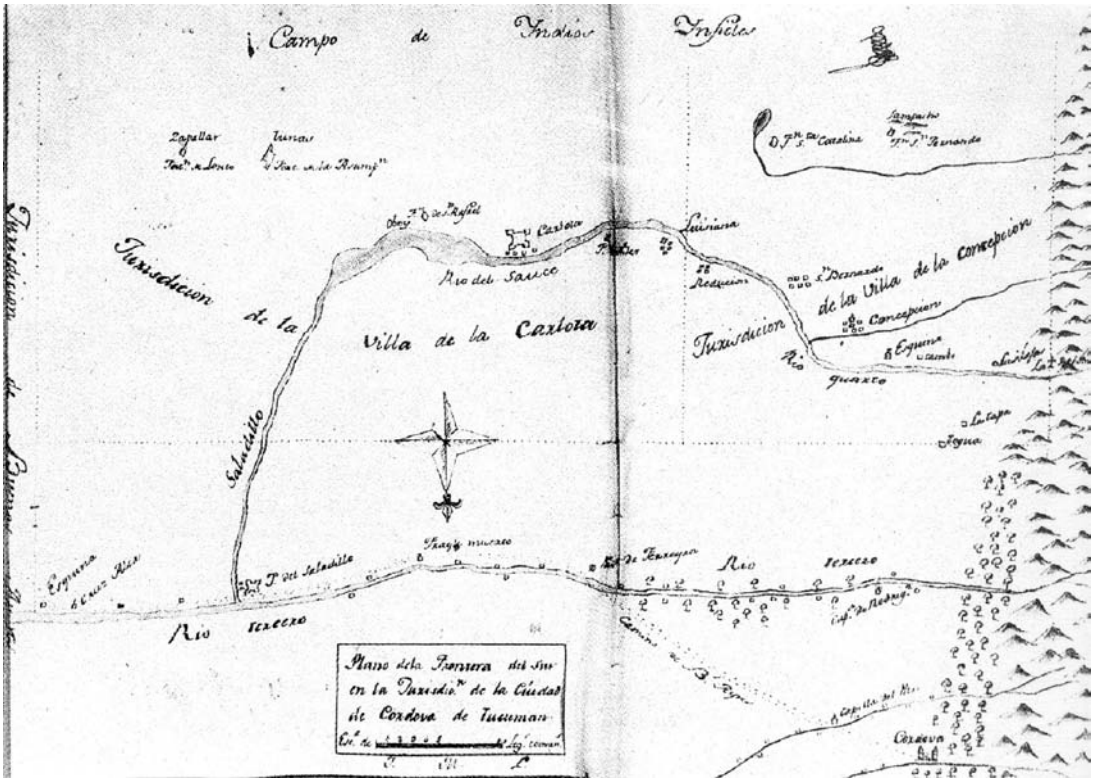
El P. Frías sentenciaba poco después *"Este fin tuvo la misión de los pampas, que tan grandes esperanzas dio al principio, trabajaron los misioneros lo que pudieron; no pudieron lo que quisieron. Ojalá se llegue el tiempo, en que el Señor obra el entendimiento a estos miserables, para que siendo el camino de su perdición, celebren de las penas eternas, que les amenazan"*[836].

Aunque sin poder formar una reducción estable, los jesuitas continuaron misionando anualmente por la región. Así lo demuestran los libros parroquiales de Concepción de Río Cuarto donde, a mediados del Siglo XVIII y en no pocas oportunidades, se inscriben los bautismos y matrimonios con las firmas de los PP. Pedro Martínez (1713-1790), Andrés de Aztina (1704-1776) y posteriormente Juan Rojas (1718-1794)[837]. Pues cuando en 1728 los jesuitas establecieron la estancia de San Ignacio de los

[835] Cabrera, 1932: 56.
[836] Page 2004a: 259.

Ejercicios, cuyos límites territoriales alcanzaron el Río Cuarto, ésta se convirtió en base de nuevas operaciones apostólicas.

Las autoridades eclesiásticas hicieron algunos intentos por reestablecer la reducción, como el obispo Juan de Sarricolea y Olea en 1727[838]. Incluso los propios indios pampas en una oportunidad, comandados por el cacique "Capitán Antonio" se presentaron en 1745 ante don Tomás de Ávila en Masangano[839] expresando sus deseos de ser



Mapa (con el Norte al revés) mandado a hacer por el gobernador-intendente de Córdoba, marqués de Sobremonte en 1794. Obsérvese en la parte central a la izquierda la "Reducción" al sureste de la desaparecida villa de La Luisiana, en su definitivo y actual emplazamiento al otro lado del río Cuarto (Page, 2011: 116).

---

[837] Costa, 1992: 31.
[838] Bruno, 1968 (III): 423.
[839] Había sido encomienda de la familia Molina Navarrete desde el Siglo XVI y todo lo largo del siguiente. Luego se instaló el fuerte Mazangano, a orillas del río Tercero, que existió en el Siglo XVIII y sirvió de defensa de los primeros habitantes colonizadores ante eventuales confrontaciones con los aborígenes. Hoy el sitio, en plena pampa, es simplemente un lugar de paso. Una descripción, siguiendo al P. Francisco Miranda, la podemos encontrar en Pablo Cabrera (1932: 166).

reducidos. Lo mismo hizo el cacique con el teniente del rey Manuel Esteban de León, pidiendo jesuitas que estuvieran a cargo de la reducción, a ubicarse a un cuarto de legua de aquel sitio[840]. En principio los jesuitas aceptaron, pero dos años después desistieron por los fracasos que habían tenido con los pampas bonaerenses y ante las filosas relaciones que desde 1750 soportaron con las autoridades a raíz del Tratado de Madrid de aquel año.

Otro grupo de indios pampas de la región se presentó ante el obispo don Pedro Miguel de Argandoña, solicitándole un sacerdote que los asistiera espiritualmente en una reducción. El obispo aceptó y ofreció la misión a los padres franciscanos que se hicieron cargo en 1751 en el mismo sitio de la reducción jesuítica. Intentaron trasladarla a la banda norte a doce cuadras de su original emplazamiento en 1778. Luego de la visita del gobernador Andrés Mestre, al año siguiente, se contabilizaron cuarenta y seis personas con un simple oratorio. Poco a poco el pueblo se extinguió hasta desaparecer en la década siguiente.

7.2.2. Los insistentes pasos de un proyecto jesuítico.

Al igual que su madre, el último monarca de la casa de Austria, encargó también la pronta *"conversión de los dichos indios pampas por medio de la predicación evangélica y que para conseguirlo dispongan que se reduzcan a poblaciones"*[841]. Seguramente esta decisión fue motivada en el rey por el informe que le presentó el procurador en Europa de la provincia jesuítica del Paraguay, P. Tomás Donvidas que se encontraba en Madrid en 1679. El jesuita expresó que no era lícito hacer la guerra a los indios pampas para que recibieran la fe cristiana, como bien lo establecían

[840] Costa, 1992: 32.
[841] AGN-BN Leg. 181, doc. 892 *El Rey al gobernador de Buenos Aires volviéndole a encargar la conversión de los pampas*, Madrid, 13 de enero de 1681.

las Bulas Alejandrinas. Agrega que en la región se encontraban indios *"labradores con residencia fija"* y otros, como los pampas y serranos, *"que andan vagando sin sitios ni sementeras determinadas, sustentándose con la caza, carne de yegua, pesquería y otras sabandijas, sin más población que la de unos toldos y esteras que llevan consigo"*. Pues a estos –señala el P. Donvidas- había que reducir por la fuerza y *"obligarles con las armas á que vivan vida política, reduciéndolos á puestos determinados donde estén seguros de no huirse"*. Aconseja que el modo de entrar a sus tierras debe estar a cargo de cada gobernador quien *"lo emprenda por su provincia* (Paraguay, Buenos Aires y Tucumán)*; remitiéndoles facultad para estas empresas con la consulta y consejo de personas prácticas"*[842].

De tal manera que, recibida la orden de Carlos II, el gipuzcoano gobernador José de Garro (1678-1682) emprendió una campaña hacia los pampas y serranos. El mencionado instrumento legal llegado de España, descartaba en forma explícita una intervención militar y ordenaba la conversión pacífica mediante la predicación. Lejos de eso, se conformó una avanzada de castigo que estuvo a cargo del capitán Juan de San Martín y Juan Baz de Alpain, hijo este último de Amador, quien había acompañado al gobernador Pedro Esteban Dávila en una expedición con las mismas luctuosas características en 1635. Avanzaron más de ciento cuarenta leguas con ciento cincuenta soldados, además de algunos indios y mulatos. El saldo fue el asesinato de más de cuarenta indios que pretendían huir, entre los que se encontraban dos caciques que fueron ferozmente arcabuceados. Otros, incluyendo mujeres y niños, fueron repartidos entre los oficiales y soldados, como los ciento ochenta caballos *"cogidos al enemigo"*[843]. La acción contó con el beneplácito del obispo, lo que causó desaprobación del rey, ordenando que los indios fueran sacados del servicio personal al que fueron sometidos.

[842] Pastells, 1918 (III): 235.

Pero increíblemente y con mayor crueldad, cuando estuvo por ese entonces de visita por Buenos Aires el gobernador de Tucumán Fernando Mendoza Mate de Luna, sugirió que se llevaran a los hombres a las minas del Perú, pues así serían más fáciles de adoctrinar las mujeres y los niños. Tal propuesta fue asentida por la Corona en la Real Cédula del 21 de mayo de 1684, pero no se tiene noticia que fuera cumplida[844].

Es manifiesta y evidente que las intenciones de los mandatarios y vecinos de la ciudad eran cautivar indios para su servicio personal. Poco les interesaba la conquista de la Patagonia que comenzó a convertirse en una preocupación de Estado solo dentro del seno de la Corona. No obstante, el gobernador de Buenos Aires José de Herrera y Sotomayor, decidió en 1683 construir un reducto defensivo en Montevideo y otro en San Gabriel a fin de asegurar la entrada al Río de la Plata[845].

Al mismo tiempo los jesuitas montaron una nueva estrategia para impedir las muertes que también la Corona quería evitar y que para los funcionarios locales era un tema soslayado, y hasta a veces justificado. Fue entonces que el madrileño procurador en España, el jesuita Diego Francisco Altamirano[846], presentó ante el Consejo de Indias un proyecto para entrar con una misión evangelizadora hasta el Estrecho de Magallanes, extensas tierras inhóspitas donde se encontraban infieles. Recordó las tentativas del malogrado P. Mascardi que murió en 1674 en uno de sus viajes por la cordillera. El rey debidamente informado y conciente de lo solicitado, envió al gobernador Herrera y Sotomayor la Real Cédula del 21 de mayo

---

[843] Furlong, 1938c: 16 y Pastells, 1923 (IV): 131
[844] Bruno, 1968 (III): 199-200.
[845] Pastells, 1918 (III): 507.
[846] El P. Altamirano nació en Madrid el 26 de octubre de 1626, ingresando a la Provincia de Toledo a los veinte años. Arribó a Buenos Aires en la expedición del P. Juan Pastor de 1648. Enseñó teología durante 15 años en la Universidad de Córdoba, hasta que fue designado provincial (1677-1681) y luego procurador en Europa (1682-1688). Cuando estaba en Roma asistió a la XIII Congregación General y al regresar al Paraguay fue designado Visitador al Nuevo Reino de Granada (1688-1696) y del Perú (1697-1703), falleciendo en Lima el 22 de diciembre de 1704 (Storni, 1980: 9).

de 1684[847], en que manifestó su voluntad en concederles licencia a los jesuitas para que entraran en aquellas tierras los cuatro misioneros solicitados, acompañados de una escolta militar. El objetivo no era solo evangelizador, sino que se prevenía un medio para que esa conversión obtuviera otros fines que no eran ni más ni menos que conquistar ese enorme territorio, como preocupaba ahora a los jesuitas ante un nuevo argumento que se fundaba en que: *"No solo porque tantas almas conoscan a su criador, sino porque los portugueses no prosigan adelantando sus poblaciones a la de Sn. Gabriel desde el Río de la Plata hacia el estrecho de Magallanes, viendo desamparada de Españoles toda la espaciosa costa del Mar del Norte"*. Pues por entonces los españoles ni sabían si se había asentado alguna población extranjera en la Patagonia, pero les atraía el hallazgo de posibles minas porque habían visto a los indios de "tierra adentro" que llevaban a Buenos Aires objetos de plata fina. Por eso los jesuitas insinuaron, y el rey lo toma como propio, que primero debería haber un plan reduccional, pues luego *"sería fácil, el que entrasen después los Españoles a labrarlas, e impedir a los extranjeros, que asentasen pie"*. Y esto para los jesuitas era fundamental pues más allá de la estricta conversión, y como lo habían experimentado en otras regiones cercanas, era prioritario salvar vidas y luego vendría el catecismo, bautismo y vida en policía. Pero primero era la salvación de tantos hombres y mujeres que caían masacradas por la codicia imperialista.

Fue así que el rey informó al gobernador que autorizó a los jesuitas a llevar a cabo una expedición que justificara en realidad las otras intenciones que se tenían y acabamos de mencionar. Aunque había algo más que se suma a la política de los flamantes borbones de revitalizar el sistema mercantil peninsular con el conocido "proyecto para galeones y flotas" que forzaba el paso al Perú por Panamá y que con él sería

[847] Martínez Martín, 1994: 150; Pastells, 1918 (III): 40-42 y Bruno, 1968 (III): 199-200.

reemplazado por la ruta del Cabo de Hornos, además de imponer un nuevo sistema arancelario.

Los cuatro jesuitas designados irían con la mentada escolta militar de cincuenta hombres y se tenía pensado que los indios encontrados fueran exceptuados de servidumbre y encomienda, además de concederles una exención de tributos por treinta años[848].

El mismo perspicaz funcionario jesuita logró obtener otra Real Cédula del 4 de julio del mismo año, en que el rey le concedió licencia para pasar al Río de la Plata a cincuenta sacerdotes españoles, de los que podría haber un tercio de extranjeros, y que algunos de ellos serían destinados a la entrada ya autorizada a las costas patagónicas[849]. Pero el P. Altamirano solo pudo reclutar veintitrés voluntarios[850], aunque la entrada a las tierras que se encontraban después del Salado continuó siendo un proyecto que siguió una lenta maduración, quizás debido a la Guerra de Sucesión (1701-1713) que paralizó las comunicaciones y toda iniciativa en los dominios de ultramar.

Los ataques indígenas a las estancias bonaerenses no permitieron que se tomara una acción efectivamente conquistadora en la Patagonia. Era imposible desviar el pensamiento y acciones defensivas a otros temas que sacaran a autoridades y pobladores de una difícil realidad coyuntural. Ni siquiera motivó a la Corte la afamada, aunque inexistente, ciudad de los Césares, revivida en 1707 por don Silvestre Antonio de Rojas, cuando se presentó a la Corte expresando que hasta la había visto[851]. De regreso a Buenos Aires formó una expedición para ir en su búsqueda, pero jamás

---

[848] AGN-BN, Leg. 181, Doc. 893, *Cédula al Gobernador de Buenos Aires sobre cédulas que concedió SM para que los Religiosos de la Compañía de Jesús entren a hacer misión a los infieles de Magallanes*, Madrid, 21 de mayo de 1684.
[849] Pastells, 1923 (4): 49.
[850] Ibid: 77.
[851] Roxas, 1836: 1-10.

partió y resultó ser un episodio más de la larga y fantástica historia de la ciudad de los Césares.

Es cierto que el mandatario porteño era también de la idea de lo imposible que resultaba reducir a los pampas por su mentado carácter nómada, por lo que acometió una maloca donde capturó a doscientos indios "de todas las edades y sexo" que llevó a Buenos Aires. Con acuerdo del Cabildo y el obispo, se dispuso trasladarlos a la reducción de Santo Domingo Soriano, donde quedarían a cargo de un fraile mercedario y un corregidor español, además de una guardia de quince soldados para que mantuvieran el orden. Pero los indios se revelaron incendiando el rancho de la tropa y dando muerte a la mayoría de ellos. Al día siguiente y en represalia, un grupo de charrúas amigos de los españoles atacó la reducción produciendo innumerables muertes. Finalmente se apresaron a los que se consideró culpables del levantamiento y se los condenó a la horca[852].

Con esta temeraria rutina se continuó a lo largo de décadas. Durante el gobierno de don Miguel de Salcedo y Sierraalta (1734-1742) los pampas una vez más atacaron las estancias, llevándose el ganado de los españoles. Tal es el informe que brindó el P. Lozano en la Carta Anua de 1735-1743[853], cuando señaló que el gobernador hizo apresar a algunos indios y estos se ofendieron, arremetiendo contra la estancia de Francisco Cubas Díaz, mientras que en un viaje que llevaba ganado a Mendoza fue atacado y asesinado Juan Gamboa y sus criados. Ante estos embates fue enviado el teniente de dragones Esteban Castillo con doscientos españoles que pasaron por cuchillo a cuanto pampa se les cruzara. El hecho desencadenó una guerra, aunque en realidad fue la prolongación de los enfrentamientos que se sucedieron desde la llegada de los españoles. Nuevamente los porteños

[852] Pastells, 1918 (III): 136 y Bruno, 1968 (III): 200.
[853] BS, Carta Anua de 1735-1743, Estante 12, f. 369v.-383v. El cuaderno traducido por Leonhardt de esta Anua correspondiente a los Pampas ha desaparecido. No obstante se

requirieron de la mano dura del capitán San Martín que no tenía piedad para asesinar mujeres y niños por igual. La reacción estuvo en manos del cacique Cangapol, apodado "El Bravo"[854], quien ante tanta crueldad salió a vengar las matanzas, junto a hombres de diversas parcialidades que atacaron Magdalena. Juntó miles de aliados que aterrorizaron a los pobladores de Buenos Aires que fueron a pedir la paz ante el temor que despertaban estas huestes. Pero al poco tiempo los vecinos de la ciudad juntaron ochocientos hombres que partieron a las sierras al mando del capitán Juan de San Martín. Encontraron pocos indios que lógicamente asesinaron y volviendo a Buenos Aires se acercaron al paraje del Carbón (Río Negro) y encontraron al cacique amigo Maximiliano, a quien sin explicación alguna degollaron junto a un centenar de hombres, mujeres y niños. Esto provocó el espanto de los puelches por lo que los caciques decidieron pedir la paz y vivir en reducción[855]. Pero se les impuso que se sometieran al servicio personal de los porteños y se negaron, recurriendo luego a la protección de los jesuitas.

El papel de los procuradores jesuitas en la Corte española siguió siendo fundamental[856]. Esta vez el belga P. Juan José Rico, solicitó nuevamente al Consejo de Indias la remisión de una Real Cédula para la exploración de las costas magallánicas en 1743. Solicitud que previamente fue reforzada con sus correspondientes cartas de aval, como la del

---

conserva la fotografía de la original que tomó el H. José Wenzel en 1910. Igualmente fue transcripta por Leonhardt, 1924: 296, Furlong, 1938: 34 y Moncaut, 1981: 23.

[854] Fue hijo de Juan Cacapol, también apodado "El Bravo", siendo uno de los cuatro caciques pampas serranos o puelches que gobernaban la región del río Los Sauces o Desaguadero hasta las sierras de Tandil y el Volcán, junto a Gualimeco y Cancalcac. Una estampa de Nicolás Cangapol y su mujer Huenneec inmortalizó el jesuita Falkner, mientras que de su persona escribieron extensamente los PP. Sánchez Labrador y Paucke. Este bravo y valeroso cacique residía sobre el río Negro, habiendo nacido en Huechín, alrededor del año de 1670 y falleciendo aproximadamente en 1753. Se desplazaba por un amplio territorio, habiendo incluso visitado Buenos Aires en 1749 donde conoció al P. Paucke quien mencionó que era ciego (Falkner, 1953: 130 a 133; Sánchez Labrador, 1936: 30 y Paucke, 1942: 105-106).

[855] Falkner, 1953: 40 y Leonhardt, 1924: 299.

[856] Sobre la actividad del Procurador a Europa ver Page, 2007b: 9-15.

gobernador Salcedo al rey del 20 de agosto de 1738[857], o la del rector del colegio de Buenos Aires P. Ladislao Orosz, al confesor del monarca en 1743, que escribía pretender crear reducciones en Buenos Aires y la Patagonia como las del Paraguay[858].

El P. Rico había sido elegido procurador a Europa a fines de 1734, junto con los PP. Miguel López y Jerónimo Ceballos. Pero no pudieron viajar y nuevamente fueron designados procuradores a Europa en la Congregación Abreviada de 1739 que nombró a los PP. Diego Garvia, Juan José Rico y Gabriel Novat. Recién partieron de Buenos Aires los dos primeros en el mes de enero de 1739, regresando a las costas bonaerenses el 15 de julio de 1745 con sesenta y ocho misioneros. Primero habían pedido sesenta y cinco sacerdotes y siete coadjutores, pero al enterarse en España que habían fallecido veinticinco misioneros, solicitaron al rey diez

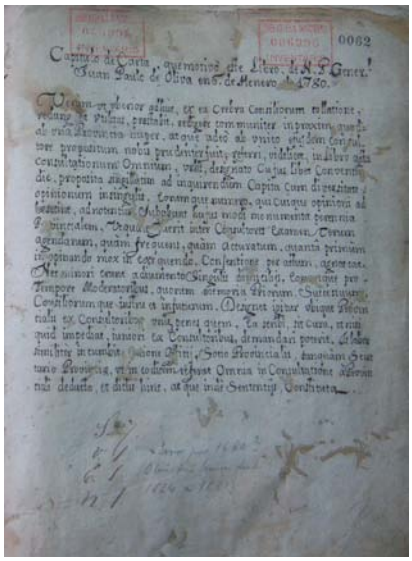
El cacique Cangapol, su esposa y viviendas en un mapa del P. Falkner, publicado en Londres en 1774.

[857] Pastells, 1948 (VII): 319.
[858] AGI, Buenos Aires, 302. *Carta del P. Orosz* del 28 de diciembre de 1742.

misioneros más, lo cual fue debidamente concedido. De tal forma que se alcanzó a formar una expedición de setenta y cinco sacerdotes y ocho coadjutores. Habían partido tres barcos pero uno naufragó, pereciendo seis jesuitas en las costas de Brasil[859].

7.2.3. La primera experiencia reduccional al Sur del Salado.

Mientras los procuradores Rico y Garvia realizaban intensas negociaciones en España, este último redactó un Memorial en 1741, recordando al monarca que el gobernador y el Cabildo eclesiástico habían autorizado a los jesuitas a evangelizar a los pampas, para lo cual se habían designado a los PP. Strobel y Querini que fundaron la reducción de Concepción en la margen sur del Salado, según prevenía la mencionada Real Cédula del 21 de mayo de 1684, donde se especificó que desde esta reducción se hiciera entrada a los patagones que se encontraban hasta el Estrecho de Magallanes[860].



Primera hoja del Libro de Consultas (1731-1747) donde se indica erróneamente la fecha de 1780, ya que el general Oliva, que motivó la realización de los mismos, lo fue entre 1664 y 1681. Por lo que los primeros y posteriores libros a este periodo se han perdido.

Efectivamente, estando en Santa Fe el provincial Antonio Machoni (1739-1743), a fines del mes de febrero de 1740, fue requerido por un grupo de pampas que le pidieron ampararse en los jesuitas del acecho de sus enemigos, ya que el gobernador de Buenos Aires Miguel de Salcedo y Sierraalta

[859] Carta del P. Melchor Strasser relatando el viaje entre 1743 y 1744 en Page, 2007b: 46 y 203-224.
[860] Pastells, 1948 (VII): 438.

(1734-1742), y el Cabildo se negaban[861]. Habían hablado con el mandatario quien no satisfizo sus pedidos y los amenazó diciéndoles -según Sánchez Labrador- que si no se reducían "los perseguiría a sangre y fuego"[862]. Agregando el P. Cardiel una somera relación de los asesinatos cometidos por San Martín, apuntando además que amenazó a los indios con pasar por cuchillo a los que no se redujeran o se fueran a las sierras[863].

Seguidamente los jesuitas reunidos en la Consulta mencionada pusieron como condición que expondrían a las autoridades que, para el buen logro de la misión, debían poner a todos los indios *"en cabeza del Rey"*[864], quien debía pasarles doscientos pesos al año a cada misionero, que las reducciones se ubiquen a cuarenta o cincuenta leguas apartadas de las estancias de la ciudad y que se prohibiera la entrada en ellas de españoles, además que se les defienda de sus enemigos y se les suministren algunas armas, para finalizar que cuando sean convocados por los españoles para la guerra, los jesuitas fueran los encargados en designar quiénes debían ir y que el rey *"encargue severamente a los indios a sujeción total y obediencia para con los Padres Misioneros"*[865]. El sardo a cargo de la provincia jesuítica conocía al mandatario que había viajado con él desde Europa en 1698 y seguramente lo persuadió para que finalmente le pidiera que enviara misioneros para los pampas.

De tal forma que, siguiendo al P. Sánchez Labrador, el P. Machoni manifestó que: *"tenía en su corazón a la Misión del Sud, y no deseaba nada más que los medios para comenzarla, lleno de júbilo, designó a los*

---

[861] La bibliografía con que contamos señala que el gobernador ofreció a los jesuitas hacerse cargo de la misión de los pampas. Pero fuentes de primera mano, como el Libro de Consultas, es muy claro en señalar que los pampas se acercaron a los jesuitas solicitando protección porque el gobernador y el Cabildo se la negaron.
[862] Sánchez Labrador, 1936: 83.
[863] AGN-BN, Leg. 289, ms. 4390.
[864] Significa que se los debía exceptuar de la encomienda y servicio personal.
[865] AGN-BN, Leg. 60, *Libro de Consultas 1731-1747*, f. 97.

Padres Manuel Querini y Matías Strobel"[866]. El griego Querini[867] se encontraba en el colegio de Buenos Aires, mientras su compañero, el austriaco Strobel[868], se hallaba en la reducción de San José de guaraníes.

La erección canónica de la reducción se produjo el 7 de mayo de 1740[869] y luego de ello, el P. Strobel, juntó cuatro caciques a los fines de buscar un sitio para la reducción del otro lado del Salado. Mientras tanto en Buenos Aires se hacía una colecta en presencia del P. Querini, donde se reunió "setecientos pesos de plata, mil ovejas y otras tantas vacas"[870]. Así fue que ambos misioneros partieron de la Plaza Mayor de Buenos Aires el 9 de mayo, llegando al sitio escogido el día 26, cuando erigieron una cruz y, sobre el altar portátil que habían traído de las misiones de guaraníes, celebraron la primera misa en el sitio del futuro pueblo de Nuestra Señora de la Limpia Concepción con la presencia del capitán San Martín y varios soldados. La reducción se formó con un grupo inicial de más de trescientas personas del grupo "pampas carayhet", que serían puelches amigos o que adhieren a los españoles, que lideraban los caciques Lorenzo Manchado,

---

[866] Sánchez Labrador, 1936: 83-84.

[867] El P. Querini nació el 29 de mayo de 1694 en la isla de Zante, por entonces factoría veneciana, ingresando al Instituto romano en 1711. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Jiménez en 1717 y tres años después le concedió el sacerdocio el obispo Pozo y Silva en Córdoba, donde enseñó y fue rector. Llegó a ser provincial (1747-1751), sorprendiéndolo la expulsión en Córdoba y falleciendo el Roma el 3 de mayo de 1776 (Storni, 1980: 229). Sendas biografías escribió primero su contemporáneo Peramás, 1946: 93-129 y luego Furlong, 1967.

[868] El P. Strobel nació en Bruck an der Mur, en el austriaco estado de Estiria, el 18 de febrero de 1696, ingresando en el Instituto austriaco en 1713 y obteniendo su sacerdocio poco después en Viena. Llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Herrán de 1729. En 1743 se le ofreció el rectorado del colegio de Corrientes que no aceptó por seguir entre los pampas. Luego de esta experiencia misional regresó a las reducciones de guaraníes donde fue nombrado superior (1752-1754). Para la expulsión se encontraba en Loreto y luego del extenuante viaje al exilio, murió en el Puerto de Santa María el 30 de setiembre de 1769 (Storni, 1980: 278).

[869] AGN-BN, Leg. 189, ms 1827. *Memoria de los PP. Querini y Strobel sobre la reducción de la Concepción de los Pampas en el río Saladillo*, 20 de noviembre de 1742.

[870] Furlong, 1938: 82.

José Acazuzo, Lorenzo Maciel y Pedro Millán, además de otra parcialidad de "pampas serranos" del cacique José Yahatí[871].

Unos días después los guaraníes carpinteros y artesanos que vinieron con el P. Strobel, comenzaron con las construcciones de la iglesia y las casas, pues aquellos "les sirvieron de maestros"[872]. La tarea específica de los pampas en aquella hora, era ayudar a disponer materiales para las obras.

En 1742 el gobernador informó al rey que el pueblo de los indios pampas contaba con iglesia y casas con doscientos cristianos y que había muchas posibilidades de extender las fundaciones hacia el sur a los efectos de defender la costa patagónica[873]. Efectivamente, se dispuso de un trazado urbano con una plaza central de donde salían calles. El P. Lozano en la Carta Anua escribió: *"Dispusieron sus toldos en forma de calles y con plaza en el medio, donde se erigió la señal de la santa cruz"*. Además de ello y para protección, agrega el historiador: *"hicieron fosas muy profundas alrededor de la reducción, la cual obra grande concluyeron en el espacio de tres meses"*. Lo corrobora dos años antes el mismo P. Strobel quien escribió el 3 de octubre de 1740: "Consiste la reducción en dos casas construidas de madera y adobe. Ya se está construyendo la iglesia con igual material. Interinamente sirve de capilla un toldo de cueros. Está rodeada la reducción por una fosa de dos varas de ancho y profundidad"[874]. Sobre el templo escribió el P. Sánchez Labrador "Levantaron una iglesita o capilla de tapia, cubierta de paja"[875]. Mientras que de las viviendas indígenas un anónimo documento jesuita expresa: *"Los indios, que en su gentilidad estaban hechos a vivir en toldos de cuero, han hecho casas para vivir vida*

[871] Entre los principales investigadores que trataron el tema mencionemos a Leonhardt, 1924 (26): 296-300; 370-375; 441-449 y (27): 50-56; 136-138. Furlong, 1938c, Moncaut, 1981: 32.
[872] Furlong, 1938c: 89.
[873] Pastells, 1948 (VII): 462-463.
[874] Leonhardt, 1924 (26): 442.
[875] Sánchez Labrador, 1936: 229.

política y racional"[876]. Más aún, recuerda en el exilio el P. Peramás, en la biografía del P. Querini, que: "El templo fue adornado con bastante elegancia, gracias a los dones de los piadosos ciudadanos de Buenos Aires"[877].

Para el 20 de noviembre de 1742 los misioneros informaron que hasta el momento *"se han hecho veintiséis casas o ranchos, con otra para los PP. misioneros, y una capilla, aunque pobre y cubierta de paja conforme a su corto caudal, pero capaz de recibir toda la gente del pueblo"*[878]. Dos meses antes habían sufrido una epidemia de viruela donde murieron ciento sesenta indios[879].

En cuanto al pago a los jesuitas se demoró, a pesar que el gobernador elevó la petición al Consejo de Indias y este aprobó los doscientos pesos para cada uno de los dos misioneros, aunque por una única vez[880]. Similar exhortación presentó al rey, el procurador Diego Garvia, ampliando la misma para que la renta por misionero se extendiera todos los años y así se aprobó[881]. El siguiente gobernador, don Domingo Ortiz de Rozas, informó que en la Navidad de 1743 que en la reducción de indios pampas se habían bautizado a más de trescientas personas y que el socorro de los doscientos pesos para cada misionero debería extenderse a los de la reducción de mocobíes[882].

Para 1744 la reducción sufrió una inundación debido a fuertes lluvias, con lo cual los jesuitas debieron mudarla a un lugar más alto y cercano llamado "Loma de los Negros", ubicado cuatro leguas al sudoeste.

---

[876] AGN-BN, Leg, 183, doc 1155 bis. *Algunos puntos sobre la Reducción de los Pampas, que sea bien tenga presentes VR para informar a su Majestad.* s/f
[877] Peramás, 1946: 102.
[878] AGN-BN, Leg. 189, ms 1827. *Memoria de los PP. Querini y Strobel sobre la reducción de la Concepción de los Pampas en el río Saladillo*, 20 de noviembre de 1742. También en Leonhardt, 1924 (26): 441.
[879] Bruno, 1969 (V): 60.
[880] Pastells, 1948 (VII): 434-435.
[881] Ibid: 441 y 463.

Escribió Sánchez Labrador que está rodeada "de un bosque para servicio de los neófitos. Se edificó la iglesia con gran capacidad y la casa de los misioneros, una y otra de ladrillo. Las maderas, con mucho trabajo se trajeron de Buenos Aires. En estas obras no pusieron mano los indios, sino aquellos que estaban bien pagados". Pero las borracheras -sigue el jesuita- fueron continuas entre los habitantes de la reducción que provocaban peleas y hasta muertes, aunque todo debido a la avaricia de los pulperos españoles[883].

Después de la visita que realizó el provincial Bernardo Nusdorffer a la reducción de Concepción, y viendo los pocos progresos alcanzados, convocó a los jesuitas consultores para el 25 de agosto de 1745. Este día se designó para la expedición a Magallanes al P. Strobel como superior y a los PP. José Cardiel y José Quiroga como compañeros[884], en un emprendimiento del que nos ocuparemos seguidamente. Al año siguiente se censaron doscientos tres individuos en Concepción, encontrándose en el pueblo trece soldados que tenían a su cargo un cepo y quince conchabados entre españoles y guaraníes. Para entonces -señaló Strobel- *"tienen ya hechos más de 30 ranchos"*, mientras que el templo *"al presente se trabaja en el material necesario para acabar la iglesia comenzada. También se comenzó a formar la plaza del pueblo en forma. Se han hecho tres casas de adobe"*, mientras se plantaban frutales e hicieron buenas chacaras[885].

---

[882] Ibid: 543.
[883] Sánchez Labrador, 1936: 229.
[884] AGN-BN, Leg. 60, *Libro de Consultas 1731-1747*, f. 150
[885] AGN-BN, Leg. 189, ms 1830. *Estadística anual del pueblo de Concepción de Nuestra Señora* y Leonhardt, 1924 (26): 446.

7.2.4. La expedición a la Patagonia de los PP. Strobel, Quiroga y Cardiel[886].

La labor de los PP. Rico y Garvia durante seis años en Europa, les valió que pudieran obtener varias providencias a favor de la evangelización de la Patagonia. En medio de su viaje se fundó como vimos la reducción de Concepción y se tenía esperanza en continuar con otras fundaciones. Según el P. Furlong, el rey invitó a conversar a los procuradores antes de su regreso, proponiéndoles que llevaran diez misioneros más y que uno de ellos debía ser el P. José Quiroga a quien le encargaría una tarea muy especial[887].

Efectivamente el rey ordenó, después de expedida la aprobación del fiscal a instancias del Consejo, que se dispusiese una fragata para que con ella "se registrase la costa del mar desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes"[888]. El P. Sánchez Labrador agrega que el monarca deseaba que en lo posible se fundara una población en la bahía de San Julián, donde había estado Magallanes en 1520, y que los indios que se hallaren se pusieran a disposición de los sacerdotes de la Compañía de Jesús.

Arribada la expedición de jesuitas a Buenos Aires, el P. Rico llevó los despachos al gobernador don Domingo Ortiz de Rozas, quien en el mes

---

[886] El derrotero de este viaje lo publicó por primera vez el P. Charlevoix en 1766, quien transcribe un relato escrito en castellano por el P. Lozano, compuesto con los textos de los PP. Quiroga y Cardiel. El primero escribió su Relación Diaria al rey en 1745 y se publicó por primera vez en castellano en Madrid en 1867 y en Buenos Aires en 1926, en base a un original de la Dirección de Hidrografía española que desapareció y luego el P. Furlong lo halló en el British Museum de Londres (Furlong, 1930: 50-51), aunque una copia se encuentra en Sevilla con diecinueve mapas (AGI, Buenos Aires, 302). Mientras que el P. Cardiel escribió y firmó un cuaderno borrador de sesenta y ocho artículos concluido a mediados de abril de 1746 y otro en diciembre de ese año en Concepción de pampas. (Furlong, 1953a: 55-56. Además se encuentran diarios del comandante de la nave y un piloto (AGI, Buenos Aires, leg. 302; AGN-BN, Leg 339, doc. 5606 y Leg. 195, doc 1073). Junto con la copia del P. Quiroga se halla en Sevilla los del capitán Olivares y Centeno y el de su piloto Andía y Varela con copias en Buenos Aires (AGN-BN, Leg. 189, doc. 5601).

[887] Furlong, 1938c: 134.

[888] Ibid: 135.

de noviembre sería reemplazado por José de Andonaegui. Este último aceleró los medios necesarios para dar cumplimiento al viaje. Así es que se acordó entre el jesuita y don Francisco García Huidobro[889], en hacerlo en la fragata San Antonio, que era la embarcación enviada por el rey Felipe V. Constaba de ciento cincuenta toneladas y ocho piezas de artillería, comandada por el capitán don Joaquín Olivares y Centeno[890], de experiencia por aquella zona y con dos pilotos, el vizcaíno don Diego Tomás Andía y Varela, y el sevillano don Basilio Ramírez[891]. En ella se embarcaría el recién llegado y mencionado P. Quiroga quien tenía inteligencia en cartografía y experiencia marítima.

El P. Quiroga nació en Fabal, pequeña población lucense de Galicia, el 14 de marzo de 1707. Ingresó al Instituto de la provincia de Castilla a los veintinueve años y en 1739 obtuvo el sacerdocio de manos del obispo de Salamanca José Sancho Granado. Para la expulsión se encontraba en el colegio de Belén en Buenos Aires, muriendo en Bolonia el 24 de octubre de 1774[892]. El P. Furlong escribió que aproximadamente en 1725 ingresó a la escuela naval española, recorriendo el Mediterráneo y parte del océano Atlántico[893]. Después de la expedición magallánica fue destinado a la Universidad de Córdoba donde fundó la primera cátedra de matemáticas[894].

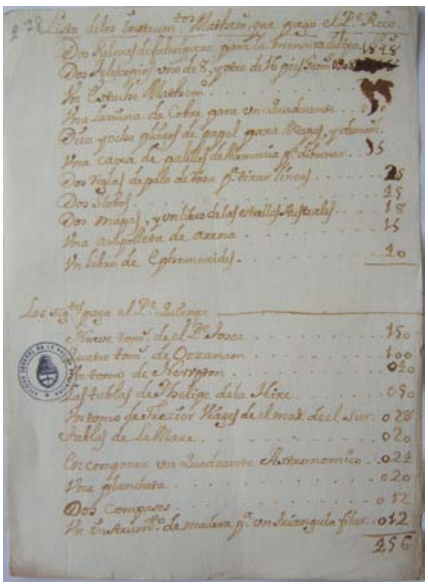
Este viaje, si bien no tuvo los resultados esperados, fue un intento concreto por parte de la Corona de tomar posesión de la región o al menos de su reconocimiento geográfico. Se tenían noticias de expediciones pasadas, posteriores a la primera de Magallanes, y de las que se habían registrado varias cartas de viaje, como las de Loaisa (1526), Sarmiento de Gamboa (1579), el holandés LeMaire (1616), García Nodal (1619), el

---

[889] Bruno, 1969 (V): 67.
890 Para una biografía de este singular marino ver Martínez Martín, 1993: 105-112.
[891] Charlevoix, 1916 (VI): 196.
[892] Storni, 1980: 231.
[893] Furlong, 1930: 15.
[894] Ibid: 28.

inglés Narborough (1670) y otros, que los expedicionarios mencionan haber llevado.

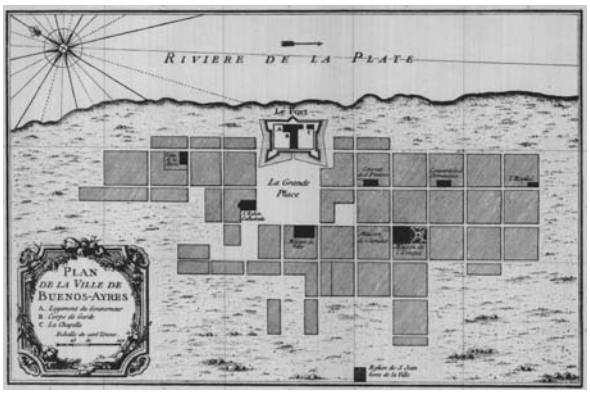
Previamente la Corona encargó al P. Campos que adquiriera una serie de instrumentos de navegación, dibujo, mapas y libros en Inglaterra[895], mientras el procurador P. Rico acordaba con los representantes de la Corte la embarcación del P. Quiroga. Se le hizo saber al provincial Bernardo Nusdorffer, quien -como dijimos- designó a sus acompañantes.



Lista de instrumentos comprados para el P. Quiroga (AGN, S. IX, 7-1-1).

Llegado a Buenos Aires, el P. Quiroga fue requerido por el Cabildo que le encomendó hiciese una rectificación de las calles de la ciudad y posiblemente, el plano que publica el P. Charlevoix, haya sido confeccionado por el sacerdote de Galicia.

Escribió el jesuita historiador francés que partieron de Buenos Aires el 6 de diciembre de 1745 rumbo a Montevideo. Zarparon del fondeadero de los Pozos de la Merced, donde luego de embarcarse algunos soldados en Montevideo, al mando del alférez don Salvador del Olmo, se hicieron a la mar el día 17 con rumbo al sud-oeste. Sumaron para el viaje a ochenta personas, pues se pensaba dejar algunas en una posible fundación, junto con algún jesuita.



Plano de la ciudad de Buenos Aires realizado posiblemente por el P. Quiroga y publicado por primera vez por el P. Charlevoix.

Fue un duro viaje que el P.

[895] AGN, S. IX, 7-1-1 *Lista de los instrumentos matematicas qe pagó el P. Rico*, s/f.

Cardiel relata: “Saltamos a tierra en diversas costas, registrando por un lado y por otro. Íbamos a veces por entre escollos, por costas incógnitas, con grande riesgo. Padecimos fuertes tempestades del viento Sudeste que aquí llaman Pampero, que nos echaba a alta mar alejándonos de tierra”. Agregando más adelante “Hallamos tres ensenadas, y tres buenos puertos; pero ni en aquellos ni en estos había leña buena, ni pasto, ni tierra de sustancia, calidades necesarias para poblar; ni rastro alguno de indios”[896].

Llegaron al Fuerte o Puerto Deseado, como lo había llamado el corsario Thomas Cavendish en 1586, y de allí partieron a la bahía de San Julián donde desembarcaron algunos soldados con el P. Strobel. Como no tenían autorización del rey de recorrer el Estrecho de Magallanes, reconocieron el río Santa Cruz.

Varias veces desembarcó el P. Cardiel en busca de habitantes, pero el paisaje circundante le dio a entender que era casi imposible la vida humana, sobre todo por la escasez de agua dulce. Aunque sin embargo encontraron en Puerto Deseado: *“un montón de piedras, que desenvueltas, hallaron huesos de hombre allí enterrados, ya casi podridos, y pedazos de ollas enterradas con el cuerpo”*[897]. Cuando el P. Cardiel escribió su extensa Carta Relación de 1747 agregó que no encontraron rastro alguno de indio, aunque hallaron: “un sepulcro con 3 difuntos indios y 5 caballos muertos embutidos de paja, y puestos sobre palos como piernas, que parecían vivos, mirando a la cabaña que servía de sepulcro, y era de ramos de matorrales, y cerca mucho estiércol de caballos no nuevo, y una senda que proseguía tierra adentro”[898]. El P. Cardiel encontró tejidos y joyas en dos cadáveres femeninos y solicitó víveres al P. Strobel para seguir esa senda, pero no logró hallar nada. La identificación de esos objetos era relacionada por la época con indios araucanos, cuya presencia en la región se documentó

[896] Furlong, 1938c: 136.
[897] Lozano, 1836: 6.
[898] Furlong, 1953a, 205

desde principios del Siglo XVIII[899]. El cadáver masculino probablemente correspondía a un cacique araucano pues parece ser costumbre que se los inhumaba cerca del mar.

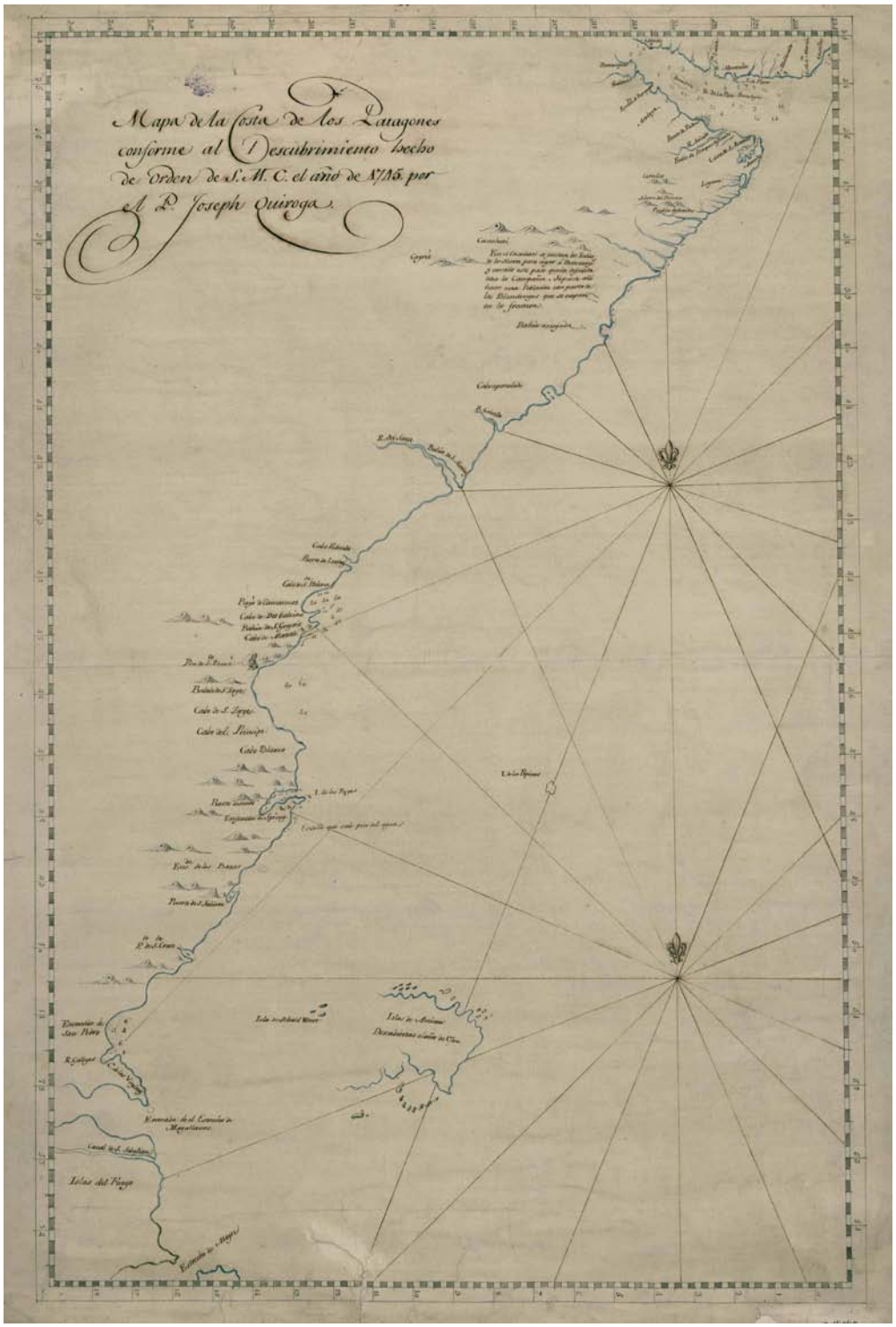
Pero el P. Cardiel no perdió el optimismo y propuso hacer una expedición tierra adentro hasta llegar a las tolderías de los indios. El domingo 20 de febrero desembarcó con treinta y cuatro voluntarios, regresando una semana después desilusionado por no haber encontrado a nadie. No obstante islas, arroyos y demás accidentes geográficos fueron bautizados en este viaje. De los planos que se levantaron, existe uno en la Biblioteca Nacional de España que, por señalarse las reducciones de pampas destruidas, es posterior al año 1753. No obstante no se delinearon las Islas Malvinas, pues la expedición no estuvo por allí, a pesar que existe un mapa de ellas en la Biblioteca Nacional de Francia fechado en 1520 y realizado por el capitán Andrés de San Martín, integrante de la expedición magallánica[900]. Al menos hasta el viaje de los jesuitas, si bien la isla fue avistada por españoles, ingleses y holandeses, recién fue ocupada por el francés Bougainvile en 1764 y respetuosamente devuelta a los españoles al año siguiente.

Luego de cuatro meses regresaron a Buenos Aires el 4 de abril, y con ello se derrumbaron las esperanzas de crear misiones análogas a las guaraníticas como se pretendía. En realidad no se exploró el interior suficientemente, pues habitantes si que los había, pero el conocimiento de la costa fue esencial y de gran utilidad posterior.

---

[899] Mandrini, 2000: 243.
[900] Arnaud, 1991: 3-25.

Además de todos los escritos que mencionamos de los viajeros citados, en una carta del P. Strobel informó definitivamente el 1º de agosto de 1746 y en su calidad de superior de la comisión, al marqués de Ensenada que: *"fuera de los dos puertos, que son el de San Julián y el Deseado, no*



"Mapa de la Costa de los Patagones conforme al Descubrimiento hecho de orden de S. M. C. en el año de 1745 por el P. Joseph Quiroga" BNE, Pid 2150387.

hemos hallado cosa buena, aun esos mismos dos puertos como todo lo demás de esta costa carece de agua dulce y de leña". Por tanto la considera tierra *"incapaz de poblarse"* y le envía los planos y diarios formados por el P. Quiroga[901].

7.2.5. La obsesión del P. Cardiel por volver a la Patagonia y la precariedad de las reducciones.

Para 1742 el recientemente asumido en funciones gobernador Ortiz de Rozas, decidió hacer las paces con los serranos. Para ello se formó una expedición de setecientos españoles que llevaron al P. Strobel como capellán. Al llegar a Casuati cumplieron las formalidades previstas para consumar el Tratado de Paz previamente acordado[902]. En el mismo se mencionó que el cacique Bravo y su gente, pondrían sus tolderías en Tandil y Cayru (Sierra Chica), no debiendo dejar bajar a ningún indio a Buenos Aires sin la expresa autorización del gobernador[903]. Esta paz facilitó a los españoles ubicar nuevos fuertes defensivos y organizar la Compañía de Blandengues que los servían.

De esta manera y con la anuencia del provincial Nusdorffer y el gobernador, se envió a las sierras del Vuul-Can[904] al P. Tomás Falkner a comienzos de 1744 y a los fines que explorara la región junto con algunos indios de Concepción. Fue tiempo en que los españoles apresaron al cacique Calelián y varios seguidores, en el momento que estos se entregaban en Buenos Aires para concertar una paz. Los embarcaron hacia España y en medio del viaje quisieron escapar, arrojándose al agua y

[901] Furlong, 1930: 26-27.
[902] Sánchez Labrador, 1936.
[903] Levaggi, (1995): 703-704.
[904] Este nombre fue dado por los puelches y en lengua Het, significa estar unidos por su base, refiriéndose al sistema precámbrico de Tandilla. Se castellanizó como Volcán, pero ciertamente no existe allí una estructura geológica de este tipo.

pereciendo ahogados. Ante estas novedades los indios de las sierras levantaron sus toldos y el sacerdote inglés debió regresar a Concepción.

Los jesuitas hicieron otro intento de explorar las sierras bonaerenses y una nueva expedición tuvo como protagonistas a los PP. Falkner y Cardiel, cuando este último regresó de su viaje de las costas patagónicas en el mes de abril de 1746. Tenían la intención de ganar la voluntad de los indios y regresar en otra ocasión "con todo lo necesario para formarles un pueblo"[905]. Aunque al encontrar leña y agua –escribió el P. Sánchez Labrador- acamparon al noroeste de la Laguna de las Cabrillas (Lugar que en lengua de los Aucas era Nao Lauquen – hoy Laguna de los Padres) y se aprestaron a fundar una población en el sitio para que fuera un enclave inicial de nuevas reducciones que avanzarían hacia el sur[906]. El hecho aconteció el 13 de noviembre de aquel año. Los jesuitas debieron haber llevado muchos obsequios y mercadería para comercializar, como yerba, tabaco y géneros que cambiaban por plumeros de avestruces, ponchos, pieles de lobos y riendas de caballos. De esta forma y con el control de los jesuitas, los españoles se quedaban tranquilos que no se comercializara con aguardiente y armas para los indios.

Este comercio hizo que un grupo de indios de los caciques Manrique y Chuyantuya ubicaran en el sitio veinticuatro toldos; pero cuando a los jesuitas se les acabó la mercadería para febrero de 1748, los indios se fueron, para regresar e irse una y otra vez, fluctuando la población que llegó a alcanzar quinientas personas[907]. El inquieto

Mapa del P. Falkner grabado por Tomás Kitchin de Londres en 1772, señalando las reducciones de Concepción y Pilar.

[905] Furlong, 1953a: 206.
[906] Sánchez Labrador, 1936: 100.
[907] Furlong, 1953a: 21.

P. Cardiel aprovechó incluso para visitar los parajes circunvecinos, seguramente teniendo en mente el descubrimiento de la ciudad de los Césares y volver al Estrecho de Magallanes, aunque solo llegó a las cercanías del río Colorado.

La experiencia del P. Cardiel lo movió a redactar un contundente informe sobre los pampas y las futuras posibilidades que tenían frente a la conversión. Describe las naciones que habitaban el inmenso territorio patagónico ubicándolas geográficamente, desde el Río Los Sauces (Río Negro) hasta el Estrecho de Magallanes. Explica que allí habitan las naciones *"toelchus"*. Indios de a caballo que derivarían de los het, es decir los antiguos pampas, y se dividen en *"chechehet, teguehet culichet, chuilauhet, guiguehet y los guiruehet"*. Señala también los *"huiliches"* de a pie que llegarían al Estrecho, dividiéndose en: *"luluhuapis, chelegnis, keiyús, keygues, seguagnis y otros"*. Y para el lado de la cordillera, tierra adentro desde las vertientes del Sauce los *"colehechel"* que es la nación del famoso cacique Bravo, los *"peguenches, poyas, gisnel aschauget, pelches, gicaugais, salaugiros, cougines, colicet y sencheilos"*. Remarca que la mayoría son naciones que hacen uso exhaustivo del caballo *"vagos y vagabundos toda su vida, sin sitio fijo y viviendo siempre de la caza y del hurto"* y otras son de labradores *"que viven en casas y pueblos con obediencia a sus caciques"*. Por tanto a aquellos que se sustentan de una caza en la que deben recorrer extensos territorios para mantenerse, recomienda que la manera de atraerlos es dándole ese alimento que les falta y ropa que vestir. Pero como no quieren tampoco cultivar la tierra, es preciso llevarles jornaleros que hagan el trabajo. De todo ello la mayor dificultad es el trato con el español, porque no sólo ven los pecados que estos cometen (carnales y borracheras), sino que observan a los indios que están sujetos a españoles, quienes los someten a malos tratos, exceso de trabajo y castigos a los que están obligados, creyendo que si se vuelven

cristianos deberán pasar por esas penalidades. El P. Cardiel señala que estas mismas dificultades tuvieron los jesuitas con los guaicurúes, charrúas y guanoas que, a pesar de haber consentido estas cosas, huyeron igual a sus tierras. De tal forma que el caballo y el español son las causas de la difícil tarea evangelizadora y como dijimos antes, recuerda las atroces amenazas de San Martín y de los hechos aberrantes que caracterizaron sus malocas. Pues se pregunta, qué amor podrían tener a los jesuitas en este contexto en que sujetaban a los pampas por rigor y miedo. Por ello el P. Cardiel propuso que deberían poblarse las reducciones con una colonia de setecientas familias ("tres mil almas") guaraníes de Yapeyú, que es el pueblo más poblado de aquellas reducciones. Pretendía establecer tres colonias en las sierras y una vez consolidadas fundar otras hacia el sur. Los guaraníes no se instalarían de forma permanente sino que permanecerían ocho o diez años hasta que los indios del sur tomaran hábitos de vida cristiana. Llevarían parte de su ganado vacuno para alimento y ovejas para obtener lana y fabricar diversos tejidos. Se contaba con los medios de transporte necesarios y hasta el P. Cardiel marcó los trayectos a recorrer[908].

Luego de ello y con el regreso del cacique Chuyantuya, aunque lo hizo con tan solo nueve toldos[909], el gobernador Andonaegui le confió –según él mismo explicó- una expedición al río Los Sauces. Se lo reemplazó en Pilar por el P. Strobel, que era superior de las reducciones y el P. Sebastián Garau[910]. Mientras que en Concepción quedaron los PP. Jerónimo Rejón[911] y Antonio Vilert[912].

---

[908] AGN-BN, Leg, 289 ms 4390. *Dificultades que suele haber en la conversión de los indios infieles, y medios para vencerlas.* José Cardiel, 20 de agosto de 1747.

[909] AGN, Sala IX, 6-10-1. *Carta del P. Strobel al P. Rejón*, Nuestra Señora del Pilar, 23/VI/1748.

[910] El P. Garau nació en Palmas de Mallorca el 13 de julio de 1714, llegando a Buenos Aires en la expedición de los PP. Garvia y Rico de 1745. La expulsión lo sorprendió en la estancia de San Antonio de Areco, muriendo en el mar con rumbo a España en 1768 (Storni: 1980: 111).

[911] El P. Rejón nació en Becilla de Valderaduey en Valladolid el 12 de setiembre de 1714, ingresando al Instituto en 1740. Tres años después el ya mencionado obispo

El P. Cardiel salió de Buenos Aires el 11 de marzo de 1748, escribiendo meticulosamente sus vivencias. Su intención primera era predicar por la sierra del Volcán, donde había logrado formar junto al P. Falkner el pueblo de Pilar. Esto le permitió entablar un diálogo continuo con los toelchus del Río del Sauce, "una nación amistosa, muy bien dispuesta para el Evangelio". Cuenta que partió junto con "un estudiante que me ayudase a celebrar misa y cuatro mozos que me llevaban unas cargas, entre las que iban un altar portátil, una tienda de campaña o toldo que me sirviese de Capilla y algunos regalos para los indios". Llegó primero al pueblo jesuítico-puelche de Concepción, ubicado del lado sur del Salado y luego de pasar Semana Santa partió para el de Pilar, donde se encontraban los PP. Falkner y Strobel. Distaba un pueblo de otro unas sesenta leguas "de los cuales 40 son campos sin árboles ni matorrales, estando pobladas de infinidad de yeguas silvestres o cimarronas o bagualas". También había "abundancia de venados, cerdos, avestruces, quirquinchos y perdices"[913].

Retrato de un misionero jesuita con su tradicional altar portátil representado en el mapa del P. Havestadt 1751-1752.

Mientras tanto el P. Strobel escribió desde Pilar en 1748: "*yo me he mudado a un nuevo rancho, hecho de tapia, que aunque es pobre, está más*

Granados le concedió el sacerdocio en Salamanca y viajó a Buenos Aires en 1745, siendo parte de la expedición de los PP. Rico y Garbia. La expulsión lo sorprendió en la reducción de abipones de Nuestra Señora del Timbó, muriendo en Faenza el último día de enero de 1776 (Storni, 1980: 235).

[912] El P. Vilert nació en Gerona el 8 de octubre de 1721, ingresando al Paraguay en 1742. Tres años después arribó a Buenos Aires en la expedición de los PP. Rico y Garvia y en 1748 obtuvo el sacerdocio, mientras que sus últimos votos los da en la reducción de San José de Guaraníes en 1756. La expulsión lo sorprendió en Candelaria y muere en el Puerto de Santa María en setiembre de 1769 (Storni, 1980: 304).

[913] Cardiel, 1930: 282.

abrigado"[914]. Los indios seguían fluctuando, como también sucedía en Concepción y los jesuitas lo permitían pues creían que era un modo de atraerlos. En realidad este era un factor determinante en su asentamiento, caracterizado por una movilidad constante, detenida cuando se contaba con provisiones suficientes y sobre todo cuando se disponía de mercadería para el trueque. Práctica que estaba ligada al permanente rechazo indígena a reducirse[915]. No obstante el asentamiento contó con un Cabildo indígena, más formal que real[916]. La institución hispana se constituyó recién el primer día de 1751 con un corregidor, dos alcaldes, un alférez real, tres regidores y un alguacil mayor[917].

Fragmento del mapa de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, indicando las reducciones de Concepción, del Pilar y la de Desamparados que erróneamente llama *"Na. Sa. De los Perdidos de Ys. Paltigones"*.

Mapa publicado por el P. Furlong ubicando junto al Salado y en el Rincón de López la reducción de Concepción (1740), sobre la Laguna de los Padres la de Pilar (1747) y junto al manantial de Copelina la de Desamparados (1750).

Concepción no estaba en perfecto estado a pesar que el P. Strobel le envió a fines de 1748 al P. Rejón tres piedras grandes y una pequeña de la sierra para una pila de agua bendita, porque se lamentaba del mal estado de la capilla: *"que todo el lado de la pared que mira*

[914] AGN, Sala 6-10-1, *Carta del P. Strobel al P. Rejón*, Nuestra Señora del Pilar, 32 de junio de 1748. También en Leonhardt, 1924 (26): 448.
[915] Néspolo, 2007: 13.
[916] Maeder, 2008b: 246.
[917] AGN-BN, Leg. 189 ms 1846.

hacia el cementerio, amenaza ruina". Para lo que recomienda *"destechar toda la iglesia y cubrir de espadaña, para que no se queden sin iglesia y con pérdida de tanto material"*[918]. El mismo P. Strobel se ocupaba con ahínco de las reducciones y hasta llegó a componer un vocabulario para catequizar y luego bautizar a los niños, aunque debía enfrentar a los hechiceros y a los mayores, que sólo estaban allí por conveniencia. También el P. Strobel había solicitado un Santo Cristo para la iglesia, que el procurador de las misiones en Buenos Aires P. Manuel García, le dio cuenta al P. Rejón el 30 de noviembre de 1748 que acababa de llegar de las reducciones guaraníticas[919]. Un mes más tarde el provincial Querini, después de la visita a su querida reducción de Concepción, dejó un memorial fechado el 20 de diciembre de 1748 recomendando que se aprenda la doctrina, que se hagan chacras para que los indios no estén ociosos y pueda haber alimentos para indios que se puedan agregar a la reducción y que no se deje ir a los indios a la ciudad[920]. Para ese año se encontraban en la reducción los PP. Jerónimo Rejón y Miguel Amengual[921].

Al año siguiente insistió el provincial que, debido a continuos y más frecuentes hostigamientos de los infieles, se tomaran medidas de seguridad, como la de cerrar la casa de los sacerdotes con una pared de ladrillo, fábrica que generalmente se hacía, no así ordenar que: *"en una esquina del mismo patio se levantará un Baluarte para poner en él las cuatro piezas de artillería"*[922].

---

[918] AGN, Sala IX, 6-10-1, *Carta del P. Strobel al P. Rejón*, Nuestra Señora del Pilar, 20 de noviembre de 1748. Leonhardrt, 1924: 50.
[919] Ibid, 6-10-1, *Carta del procurador P. García al P. Rejón*, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1748.
[920] Ibid, *Memorial del P. Pcial. Manuel Querini para el pueblo de N. S. de la Concepción de los pampas en su primera visita de 1748.*
[921] Furlong, 1953a: 22.
[922] Ibid, 1938: 112.

La reducción contó desde 1744 con una estancia, como infiere en ello el provincial José Barreda en 1752 cuando firmó un inventario de la misma con una importante producción de ganado vacuno[923]; pero por entonces ya era eminente la ruina de la misma.

La conformación étnica múltiple de la reducción del Pilar provocó diversos conflictos que determinaron la creación de la reducción de Nuestra Señora de los Desamparados en 1749. Efectivamente a mediados de julio de ese año el P. Strobel le escribió al P. Rejón expresándole que una etnia llamada Toelches *"piden pueblo y padre aparte"*[924]. Así fue como tres caciques tehuelches, llamados Chanal, Sacach y Taychoco, con ochenta toldos[925], solicitaron a los jesuitas esta fundación poco afortunada, aunque con gran esperanza ya que los "patagones" –como escribe Sánchez Labrador- eran gente "muy pobre y humilde, prendas y calidades que facilitaron la conversión; como así también no haber tenido contactos con Europeos, lo cual era más significativo para las nuevas conquistas espirituales"[926]. El P. Strobel envió a un grupo de ocho pampas que formalizara el pedido a las autoridades de Buenos Aires y en el camino fueron interceptados por un grupo de españoles que los acusó de haber cometido un asalto a una caravana que venía de Cuyo. Unos fueron arrestados, maltratados y finalmente liberados, otros lograron escaparse y refugiarse en el colegio jesuítico, donde se encontraba el P. Sánchez Labrador, quien relató detalladamente lo acontecido, no sin dejar de señalar el resentimiento y menosprecio con que actuaban los españoles[927]. Este acontecimiento produjo no solo una demora en la fundación de la reducción, sino que corrió peligro la vida del P. Strobel y casi todos los

[923] Leonhardt, 1924 (27): 135.
[924] AGN, Sala IX, 6-10-1, *Carta del P. Strobel al P. Rejón*, Nuestra Señora del Pilar, 16 de julio de 1749.
[925] Sánchez Labrador, 1936: 118, Cabrera, 1934: 18 y Bruno, 1969 (V): 70.
[926] Sánchez Labrador, 1936: 118.
[927] Ibid: 119-123.

tuelches se retiraron, excepto algunas parcialidades del cacique Taychovo. Finalmente y con la llegada del encargado de la misma P. Lorenzo Balda[928], en enero de 1750, se estableció el sitio a cuatro leguas al oeste de Pilar (Sierra de Copelina). La reducción quedó costeada materialmente por el valenciano Agustín de Curia con tres mil pesos, y se formalizó el 7 de abril de ese año con la erección canónica dada por el Cabildo Eclesiástico con Sede Vacante[929].

Con aquella voluntad testamentaria de aquel vecino de Buenos Aires, el P. Strobel compró vacas, caballos, herramientas y demás avalúos necesarios, además de jornaleros para que trabajaran en la construcción de la iglesia y viviendas. Pero aparentemente sólo se llegaron a cavar cimientos, pues en agosto las reducciones de Pilar y Desamparados fueron atacadas por el cacique Cangapol (Bravo) sin que los jesuitas pudieran contenerlo. Incluso corrió peligro la vida del P. Vilert que se encontraba ayudando en Desamparados, con "ocho oficiales y peones, que tenían un Capataz o Caporal Español", que se encontraban "construyendo la iglesia y casa, que ya estaban por acabarse y así mudarse el P. Balda"[930]. Desamparados quedó destruida y los misioneros se juntaron en Pilar. Pronto el cacique Bravo amenazó esta reducción y los jesuitas pidieron ayuda militar al gobernador. Aunque lejos de solidarizarse les manifestó que trasladaran la reducción, la que finalmente abandonaron el 1º de setiembre de 1751. Unos días antes el P. Strobel le comentó al P. Sebastián

[928] El P. Balda nació en Pamplona el 16 de julio de 1704 e ingresó al Instituto en 1726, llegando a Buenos Aires en la expedición del P. Herrán tres años después. Fue descendiente de la familia Loyola y pariente de San Francisco Javier. Estudió en Córdoba y sus últimos votos le fueron conferidos en la reducción de Apóstoles en 1744, aunque estuvo también en San Miguel y San Ignacio Miní, siendo el último superior de guaraníes (1763-1768), cuando lo sorprendió la expulsión en Candelaria. Cuando parte a su exilio muere en el mar en el navío San Nicolás el 8 de marzo de 1769 (Storni, 1980: 29. Furlong, 1938c: 182).
[929] Bruno, 1969 (V): 71.
[930] Sánchez Labrador, 1936: 129-134.

Garau "*aquí el demonio tanto nos persigue con las guerras que estamos obligados a dejar este paraje y retirarnos*"[931].

Luego de diez extenuantes días de recorrido, los misioneros llegaron a Concepción sin casi ningún indio que los acompañara, pero con la esperanza de levantar otra reducción en las inmediaciones. Aunque entre el asecho de los pampas y la antipatía de los españoles por Concepción, se decidió en Buenos Aires formalizar un vergonzoso proceso judicial contra los indios, donde se determinó que fueran trasladados a la otra orilla del Río de la Plata. El Cabildo le pasó la resolución al gobernador Andonaegui y este se la transmitió al obispo y al provincial Barreda. Este último convocó a sus consultores, quienes determinaron que no se debía mudar y manifestaron que las hostilidades respondían a las borracheras que estaban fomentadas por los pulperos. A tal efecto el provincial, siguiendo la larga lista de propuestas por la evangelización en la Patagonia, envió al menos dos cartas al gobernador para evitar la desaparición de la reducción. Propuso tomar varias providencias, como prohibir el uso de los caballos en los indios, obligarlos a tener labranzas, impedirles que se alejaran más de una legua de la reducción, no comerciar con los infieles, tener a los soldados en los fuertes y no en los pueblos y prohibir a los vecinos de Buenos Aires que les vendieran aguardiente. El provincial pedía al menos que se intentaran llevar a cabo estas medidas por seis meses para ver los resultados y que si no había efectos positivos quedaría en la conveniencia del desbande o mudanza[932]. Andonaegui aprobó la sugerencia y envió a la reducción al maestre de campo Lázaro Bernardo de Mendinueta con ciento cincuenta soldados para pregonar lo dispuesto. La respuesta de los indios era por demás esperada pues en realidad los confinaban a una encubierta prisión. Y la reacción de los españoles también era previsible, porque el mismo Mendinueta pasó por cuchillo a un hechicero y dos indios. Estos se

[931] AGN Sala IX, 7-1-1. *Carta del P. Strobel al P. Garau*, 17 de agosto de 1751.

exasperaron ante la crueldad e intentaron cobrarse con las vidas de los misioneros, aunque fracasaron en el intento.

Apenas desistieron los primeros atacantes, "abrieron zanjas alrededor de la casa; tapiaron todas las puertas, menos la de la iglesia y la principal del patio. Levantaron una suerte de fortificación de estacada en cada una de las puertas, en que pusieron los dos cañoncitos de campaña"[933]. Cinco días después sobrevino otro ataque, pero fue astutamente repelido. Pero la situación se puso más delicada cuando al acercarse a la reducción el cacique amigo Yahati con su gente fue atacado por el maestre de campo quien asesinó a hombres y mujeres, llevando al cacique al cepo. Pudo escapar herido, refugiándose en la iglesia, de donde fue arrancado y asesinado en el patio de la reducción y con la presencia de los recién llegados jesuitas Juan Reus y Agustín Rodríguez.

Mientras tanto, enterados los pampas de las sierras de los acontecimientos, alcanzaron Concepción el 13 de enero de 1753, quedando encerrados unos pocos dentro de la iglesia a la que no pudieron penetrar. Finalmente la mayoría de los indios cristianos se sumó a las hordas, hasta que intervino el cacique Bravo y luego Manrique que dieron muerte a los que se resistieron. Algunos sobrevivientes, incluyendo los jesuitas fueron trasladados a Buenos Aires. Efectivamente, enterado el gobernador de los acontecimientos ordenó a Mendinueta que trajera a los sobrevivientes a Buenos Aires, es decir los misioneros, españoles y veinticinco familias de indios cristianos. El abandono se produjo el 25 de enero de aquel año y nunca más se restableció la reducción entre los pampas y quedó cancelado todo intento evangelizador en tierras australes[934]. El P. Falkner fue

---

[932] Bruno, 1969 (V): 74. Mateos, 1949b (VIIIa): 39-40 y 46-47.
[933] Sánchez Labrador, 1936: 150.
[934] Sánchez Labrador, 1936: 152-160.

destinado en carácter de administrador a la estancia de San Lorenzo del Carcarañá donde era capellán el P. Sebastián Garau[935].

El fracaso de estas reducciones bien fue comprendido y explicado, aunque con diversos matices, por varios jesuitas contemporáneos, como por ejemplo el P. Francisco Lupercio Zurbano, quien planteaba mucho antes que, el no ser labradores entorpecía la conversión, mientras el P. Nusdorffer acentuaba la culpabilidad afirmando que era imposible la conversión en indios que saben correr a caballo[936]. El P. Cardiel agregó que si el rey costeara los gastos ya estarían convertidos los indios de las tres provincias[937] y el P. Quiroga excusó el desamparo militar a las reducciones por la guerra entre las Coronas de España y Portugal.

Todos de alguna manera acertaron con fundamento en sus opiniones. Mientras que casi dos centuarias después Monseñor Pablo Cabrera[938], siguió la opinión del P. Sánchez Labrador, señalando que la ruina se debió "a la acción letal, asoladora, del alcoholismo", porque así como se había legislado en la prohibición de la venta de vino, armas y caballos a los indios, lo que se escribía con una mano se borraba con la otra. Anque también –afirma Maeder- que si bien la Corona apoyaba sin dudar los emprendimientos reduccionales, no siempre llegaba la ayuda económica para sostenerlos de parte de los gobernantes locales. Pero aún más, pues los prejuicios etnocéntricos de la época contribuían a separar las relaciones con los españoles[939]. Nos quedamos con lo escrito por el P. Bruno[940], que no es prácticamente citado en los numerosos estudios sobre estas reducciones, quien afirma categóricamente que "los más peligrosos enemigos de la reducción de los Pampas vivían en Buenos Ares".

[935] Furlong, 1920: 35.
[936] Maeder, 2008b: 249.
[937] Leonhardt 1924 (27): 156.
[938] Cabrera, 1934: 21.
[939] Maeder, 2008b: 248.
[940] Bruno, 1969 (V): 73.

El P. Barreda informó posteriormente desde Córdoba, el 2 de agosto de 1753, que la conversión de los pampas se perdió por *"no haber acudido a tiempo los gobernadores con tropas"*, y cuando lo hicieron *"fue con tan poca prudencia y ninguna caridad, que antes de perseguir a los infieles mataron los soldados algunos de los cristianos"*. Por eso los que quedaron con vida se unieron a los infieles, pues ya descreían de los españoles y destruyeron la reducción *"sin que fuese bastante para contener la imprudencia de los soldados el ruego de los padres, que, con inminente peligro de la vida, se mantuvieron solos"*[941].

7.3. La siempre rebelde y trágica Patagonia.

En la amplia región del sur argentino, donde se desarrollaron los acontecimientos mencionados, los españoles nunca pudieron conquistar ni controlar esas tierras, a pesar que las incluyeran dentro de sus dominios de ultramar. Pero por cierto otro problema acuciante que tenían, era el acecho de las potencias extranjeras a toda la desprotegida costa del Atlántico, incluyendo el codiciado puerto de Buenos Aires.

En nuestro estudio sobre emplazamientos y hábitat de las reducciones no podemos menos que excedernos en el estudio de su contexto, para tener una comprensión cabal del problema y no minimizarlo a un tema en particular, sobre todo por la participación de seres humanos cuyas miserables vidas y cruentas muertes trascienden los análisis parcializados de cualquier especialidad.

Los primeros acercamientos entre indios y españoles de esta región, amén de la extracción de las riquezas naturales, fueron netamente esclavistas, como sucedió en Chile con los puelches de la cordillera oriental o los porteños con las diversas etnias de la pampa. Pero al defenderse

[941] AGI, Buenos Aires, 535, cit en Pastells (8a): 76-78 y pte en Bruno (V):77

continuamente, los españoles utilizaron la reducción como medio de soliviantar las tensiones. Aunque tampoco bastará, y las apetencias hispanas comenzaron a pagar con la vida de sacerdotes.

Tanto a los puelches de la cordillera como a los pampas de la llanura, se les reconocen como hábitat original toldos de cuero que de alguna manera eran fácilmente transportables. Lo explica también el P. Machoni cuando escribió la biografía del P. Guillelmo, uno de los mártires de la región cordillerana y compatriota suyo, expresando: "Las poblaciones de estos indios, si merecen tal nombre, las componen unos toldos portátiles de cuero, que usan para albergue, están formadas sin orden, ni concierto entre dos Cordilleras, o Alpes muy eminentes" [942]. Pues este tipo de descripciones peyorativas e incomprensibles para la mentalidad europea, se prolongaron más allá de nuestro periodo de estudio. La conformación urbana de las reducciones, si bien alcanzaron a tener un gobierno político a través del Cabildo indígena, no se desarrolló más que en las humildes capillas, protegidas por muros, pero con la variante de llegar a construirse baluartes de defensa.

En otros aspectos culturales, así como entre las parcialidades araucanas era común la institución del parlamento, también lo fue entre habitantes de la cordillera oriental y las pampas. Lo sabemos desde las incursiones del P. Rosales, quien reunía para tal fin a los caciques. Pero no fueron los jesuitas con quienes los indios tuvieron sus primeros contactos, sino aquellos escrupulosos españoles que los esclavizaban, siendo luego los ignacianos, mediadores de las barbaries que se cometieron. Los nativos entendieron en principio que, incorporándose a la vida cristiana, podrían salvarse de la esclavitud española. Pero la desconfianza nunca desapareció, ni siquiera hacia los propios jesuitas que intentaban ante todo salvar sus vidas y después evangelizarlos.

[942] Machoni, 1732: 422.

Los saldos de tres incendios en la reducción de Nahuel-Huapi (1703, 1715 y 1717) y cuatro muertes por asesinato en odio a la Fe Católica (Mascardi, Laguna, Guillelmo y Elguea), fueron una confirmación que en la cordillera oriental la reducción siempre debía ir acompañada con un fuerte, como se comprendió en el período de la guerra defensiva del P. Luis de Valdivia y el tiempo de los llamados Mártires de Elicura[943]. Pero con posterioridad los jesuitas se opusieron rotundamente ante el fracaso que significó.

Hacia el lado del Atlántico las cosas fueron un tanto diferentes aunque tuvieron el común denominador de la crueldad colonizadora y la acérrima defensa de los habitantes autóctonos. De tal manera que a los jesuitas no les era posible desarrollar reducciones que perduraran en el tiempo y la importación del modelo urbano guaraní no era de ninguna manera aplicable para esta región. Traían obsequios, plantaban una cruz, colocaban un altar portátil en una humilde choza, pero hasta allí llegaban, costando mucho esfuerzo lograr que los indios se asentaran. Esto se debía a una serie de circunstancias que atentaban contra ello, como las rivalidades interétnicas, el respeto de los indios a los hechiceros, el supuesto carácter nómada de su sustento, las epidemias y por cierto, las malocas de los españoles.

Luego del fracaso de Nahuel-Huapi, los jesuitas comenzaron a pergeñar un plan que presentaron formalmente a la Corona y fueron perfeccionando paulatinamente. En primer lugar el procurador Donvidas se negaba a que los españoles les hicieran la guerra aunque era de la idea que la evangelización debía ser compulsivamente acompañada con las armas para que los indios no huyeran de las reducciones. Pues sabía perfectamente que la beligerancia implicaba la licitud de la esclavitud y la toma de posesión de tierras que tanto deseaban los españoles. La respuesta

[943] Urbina, 2008: 23.

de la Corona fue comprensible al pedido del Instituto, ordenando reducir con la predicación. Pero los gobernantes locales como Garro no solo incumplieron los mandatos reales, sino que desautorizó por ejemplo la restauración de Nahuel-Huapi, y peor aún, pues siguió con las injustificadas matanzas.

Fue entonces que un nuevo procurador, el P. Altamirano, planteó al Consejo de Indias la desprotección total del territorio patagónico y la necesidad de efectuar una conquista espiritual en el mismo. La Corona no dudó en apoyar la iniciativa con la Real Cédula de 1684 que daba licencia a los jesuitas para llevar adelante el proyecto, comenzando con la reducción de El Espinillo al sur de la gobernación del Tucumán. Su contundente ruina no hizo mella en las autoridades de Buenos Aires que siguieron con cruentas malocas.

Los jesuitas, si bien demostraban tener una visión eurocéntrica, les preocupaba verdaderamente las continuas masacres que se cometían y vieron en el argumento que la Corona protegiera la zona patagónica, una excusa perfecta para salvar vidas. Insistieron entonces en 1743 con el procurador Rico, pues luego de fundarse la reducción de Concepción al sur del Salado, se renovaron las esperanzas y otra vez se podría instalar el tema de la Patagonia. Consiguieron explorar sus costas los PP. Quiroga, Strobel y Querini, a fines de 1745 y principios del siguiente. Este viaje tuvo tantos éxitos como fracasos, pues el reconocimiento del territorio fue esencial. Basta decir que hasta entonces se pensaba que la distancia al Estrecho de Magallanes era de doscientas leguas y en realidad comprobaron que había el triple. Pero los jesuitas no se contactaron con ninguna parcialidad indígena y ni siquiera pudieron establecer al menos un enclave para poder fundar una población o reducción. Aunque el P. Cardiel insistió en regresar, esta vez por tierra bordeando la cordillera. No se aceptó su propuesta pero al ser destinado a las flamantes reducciones bonaerenses,

nunca perdió la esperanza de la creación de una serie de reducciones escalonadas hacia el sur. Aún más, con su experiencia, erudición y conocimiento real de la región, propuso que estas reducciones se fundaran con familias guaraníes que permanecerían unos años hasta que quedaran consolidadas. Es decir planteando que, como el modelo guaraní no funcionaba entre los pampas, traería guaraníes a las pampas.

El último aliento en la empresa lo suministró el P. Barreda, quien defendió el ya ordenado abandono de la última reducción sobreviviente, con una propuesta que finalmente fue superada por los acontecimientos.

Obispos como don Antonio de Azcona Imberto se expresó en 1678 peyorativamente al referirse a los pampas como "indómitos" de "corazones de piedra" con todo "género de vicios" y "obstinados en la idolatría"[944]. Y si la Iglesia tenía esa mirada de impiedad, los españoles no le fueron a la saga y no titubearon en asesinar o esclavizar a miles de indios. Incluso los mismos jesuitas no aceptaban el estilo de vida que los llevaba a una constante movilidad para el sustento, lo cual le daba una libertad amplia y a la vez incomprensible para la mentalidad europea. Pero también, y lo explica el mismo P. Cardiel, el haber tenido contacto con los habitantes de Buenos Aires les indujo a aprender "todas las malas costumbres de la gente"[945]. Todo tipo de vicios les fue suministrado, entre ellos el alcohol, que llevaban los pulperos, o como los llamaba el P. Strobel "ministros de sanatás", haciendo pingues negocios y que luego de varios años las autoridades repararon en semejante maledicencia, aunque dilatando definiciones al respecto con burocráticos expedientes. La defensa de los jesuitas hacia los indios, obviamente causaba repudio entre los exacerbados vecinos españoles que arremetían en injuriosas acusaciones a los sacerdotes. Pero para males, las tensiones del Tratado de Límites entre la

[944] Bruno, 1969 (V): 77.
[945] Cardiel, 1930: 247.

Compañía de Jesús y las autoridades civiles y detrás de ellas las eclesiásticas, fueron determinantes en marcar el inicio indiscutible de un conflicto que terminará con la expulsión de 1767.

Las reducciones sucumbieron por los mismos motivos señalados más arriba, y el estado de guerra se generalizó con intercambio de cautivos, robos a las estancias, campañas de escarmiento y cuantos males supone una guerra nacida de una invasión colonialista. El espacio pacífico que representaba una reducción fue reemplazado por un espacio de beligerancia, como resignificaban las guardias y fortines que alcanzaron a sumar catorce para fines del Siglo XVIII.

De las reducciones que tratamos surgieron ciudades como Bariloche y Mar del Plata, además de pueblos como El Espinillo en Córdoba. Sólo se sabe de pocos vestigios arqueológicos abandonados en el Partido de Castelli y alguna reconstrucción, como la llevada a cabo en 1968 en la reducción del Pilar, donde junto a la Laguna de los Padres, se levantó una réplica de la capilla y tres habitaciones.

Capítulo 8. Las últimas esperanzas para los indios.

8.1. Reducciones en el Chaco Boreal.

La provincia jesuítica del Paraguay estaba llegando a su término con infortunado desenlace y con ella se desmoronaría toda la obra desarrollada en un siglo y medio. Sin embargo, en los últimos tiempos seguían sumándose emprendimientos reduccionales, como en chiquitos con los caipotorades y tapuyos, quienes en principio fueron incluidos por los mismos indios cristianos en sus salidas anuales en busca de infieles, llevando un estandarte de la Virgen y sin armas. Con el apoyo de los jesuitas lo hacían desde los pueblos de San Juan, Santiago, San José y Corazón de Jesús[946]. De tal manera que en 1755 se agregaron las etnias mencionadas, la primera al pueblo de Santiago y la segunda al de San José. Dos años después el P. Narciso Patzi incorporó a los tunacas y para 1762 fueron fructíferas las salidas del P. Gaspar Troncoso que reunió a los caipotorades en reducción. Pero el otrora compañero del jesuita a cargo de la reducción de Santiago, el palmesano P. Antonio Guasp[947], fue protagonista de uno de los últimos lamentables sucesos de la provincia. Después de estudiar en Córdoba, fue enviado a las reducciones de chiquitos y luego de fundar la del Sagrado Corazón con zamucos y guarayos en 1760, se acercó a los guaicurúes, explorando sus tierras y con el mismo propósito. En su misión fue acompañado por cuatrocientos chiquitos, llegando a acampar a orillas de un lago el 5 de junio de 1763, donde se acercaron setenta mbayá o guaicurúes, a quienes les propuso se agruparan en un pueblo, invitando a treinta de ellos a conversar del tema en la

[946] Furlong, 1955b: 154.

[947] El P. Antonio Mariano Guasp nació en Palma de Mayorca el 15 de julio de 1714, llegando a Buenos Aires en 1734 con la expedición del P. Machoni. Al año siguiente profesó sus primeros votos y los últimos en 1751 en la reducción chiquitana de San José. Ya en 1740 obtuvo el sacerdocio y cinco años después fue destinado a aquellas reducciones, donde fue cura de San Miguel. Murió mártir, como diremos, el 19 de agosto de 1763 (Storni, 1980: 130 y Furlong, 1955b: 220-224).

reducción del Sagrado Corazón[948]. Llegaron a iniciar un pueblo en el sitio de La Cruz a siete leguas del anterior, pero luego le quitaron la vida al misionero junto a algunos acompañantes, el 19 de agosto de 1763. Los chiquitos quisieron vengar su muerte y atacaron a los mbayá que sufrieron muchísimas pérdidas. Una relación de lo sucedido, escrita en base a testimonios indígenas, dejó el P. Juan García[949].

Esto perjudicó las relaciones entre los mbayá y los jesuitas, que recientemente habían fundado la reducción de Belén. Pero el P. Sánchez Labrador que se encontraba en ella, pudo afianzar la amistad entre ambas etnias y emprendió su famoso y esperado viaje de descubrimiento del camino que uniera la región guaraní con la chiquitanía, como lo hizo en los últimos días de 1766 atravesando el Chaco y dejando un minucioso diario de aquel descubrimiento[950].

La última Carta Anua que informó la situación del Paraguay al general Lorenzo Ricci, la firmó el provincial Pedro Juan Andreu y abarca el período de 1756 a 1762[951]. No es muy extensa, como las primeras del siglo anterior, y se limita a hacer someras descripciones del estado de la provincia. A fines del mes de octubre del último año mencionado, también se llevó a cabo la última Congregación que eligió a los PP. Robles y Muriel como procuradores en Europa, que llevaron este documento[952], sin poder regresar nunca más al Paraguay. Confesó el P. Andreu que no había recibido todas las noticias por él solicitadas, por lo que la información es parcial. Igualmente lo redacta con la tradicional división entre los colegios,

---

[948] Muriel, 1919: 219.

[949] AGN-BN, Doc. 6338, *Carta del P. Juan García sobre la misión de mbayá,* Belén 14 de abril de 1764. Inmediatamente después se ocupó de la biografía del P. Guasp el P. Muriel (1918: 218-225 y Jolis, 1972: 308-311).

[950] Sánchez Labrador, 1910 (I): 5-90.

[951] En el AGN se encuentra una copia latina AGN-BN, ms 4421, mientras en el Colegio del Salvador se halla la fotografía de la original de Roma y la traducción del P. Leonhardt de la que nos valemos.

[952] ARSI, Acta Cong. Pciales. Paraquaria, 1762.

difuntos y misiones. Por ese tiempo se encontraban trescientas personas, entre sacerdotes, novicios y coadjutores, repartidos entre los diez colegios, tres residencias y en las cincuenta y siete reducciones, ubicadas en las regiones de Guaraníes, Chiquitos y el Chaco. Al tratar las misiones guaraníticas, incluye los tobatines y mbayá. Para los primeros, emparentados con los guaraníes, expresa: *"Existe todavía otra misión, la de los Tobatines, con los pueblos de San Joaquín, y San Estanislao, en el cual se encuentran 545 familias con 2.599 almas"*. Los tobatines o ytatinguas fueron hallados por el P. Joaquín de Yegros, siendo reunidos en el pueblo de San Joaquín en 1746, a doscientos cincuenta kilómetros de Asunción y en San Estanislao cinco años después, con los PP. Gutiérrez y Matilla[953]. Mientras que de los mbayá, el provincial escribe: *"Se abre ahora un vasto y fértil campo evangélico en la vecindad del río Paraguay, hacia el oriente. Allí vive una nación, con el nombre suplantado de Mbayaes, siendo su verdadera denominación: los guaicurúes, muy feroz y belicosa, y desde los tiempos antiguos enemigos del nombre español. Esta ya aburrida de la guerra o, más bien, porque llegó el tiempo determinado por Dios, hizo las paces, para hacerse cristiana. Gobernaba por entonces la provincia del Paraguay don Jaime de Sant Just, caballero piadoso y cristiano, el cual confirmó la paz con ellos, proporcionándoles misioneros de nuestra Compañía: los Padres José Sánchez Labrador y José Mantilla, fervientes del Espíritu de Dios, y de celo por la salvación de las almas"*. Pero también resalta el antiguo deseo de abrir el camino que uniera chiquitos con los guaraníes a través del Chaco. En tal sentido expresa: *"hay fundada esperanza, de que se podría abrir un camino más corto hacia las misiones de los chiquitos. Pues, estos son deseos muy antiguos de la Provincia, hasta ahora nunca cumplidos, no obstante de las muchas y variadas tentativas trabajosas y peligrosas de nuestros Padres antiguos"*.

[953] Se ocupó de ellos el P. Dobrizhoffer quien trabajó en San Joaquín y recibió allí el decreto de la expulsión. (I) 73-82.

Como rubrica el provincial, el P. Sánchez Labrador no solo fue protagonista de esta reducción sino que dejó un minucioso escrito sobre su experiencia misional.

Aún nos cabe mencionar el trunco texto del P. Muriel titulado "Breve noticia de las misiones vivas de la Compañía de Jesús", que publicó el P. Furlong al escribir su biografía[954], aunque es similar al libro que se editó continuando la obra del P. Charlevoix[955]. Hace una extensa descripción de varias reducciones de distintas etnias, comenzando con la nueva reducción de mbayá, además de las múltiples incorporaciones en chiquitos y tobas. Recordemos también que en esta última década de la presencia de los jesuitas en la región, tanto la reducción de San Joaquín o Nuestra Señora del Buen Consejo de Ortega de vilelas-omoampas, como la de Nuestra Señora del Pilar de Macapillo de vilelas-pasaníes, tuvieron un origen común en 1763. Fueron formadas con parte de indios de San José y otras etnias vilelas reclutadas en las tres expediciones que realizó en el Chaco el P. Roque Gorostiza, a quien se sumó en la última el P. José Jolís. Mientras que la tercera reducción llamada Nuestra Señora de la Paz de la Baltoleme o Laguna de los Patos de vilelas-chunupíes (1764) tuvo una corta duración.

8.1.1. El P. Sánchez Labrador y los mbayá de Belén.

Los mbayá pertenecían a la familia de los guaicurúes y habitaron ambas márgenes del río Paraguay, desde el Bermejo hasta el Mato Grosso del Sur. El P. Lozano distinguió tres grupos de estas personas: los taquiyiquí hacia el sur, los napinyequí que habitan al poniente y los piquayiquí al norte[956]. Guerreros de a caballo con mujeres tejedoras y creyentes de la existencia del alma, tenían de esclavos a los chanás y de su

[954] Furlong, 1955b: 130-217
[955] Muriel, 1919.
[956] Lozano, 1733: 62.

hábitat da cuenta el P. Muriel al afirmar: “Quando escasea la comida en un lugar se mudan a otro, y en un año suelen hazer varias mudanzas cargando todos sus muebles con la casa que también es mueble. Hazenla de esteras texidas de un junco, que en los anegadizos crece dos, y tres baras, los pilares son estacas de palo, y las cumbreras de caña. Al menor viento se rinden, y al agua dan paso franco”[957].

Mantuvieron una guerra constante contra españoles, aunque la primera experiencia reduccional se remonta a 1610, cuando los PP. Roque González y Vicente Griffi fundaron la efímera reducción de Nuestra Señora de los Reyes en Yasocá. Sin embargo los ataques a Asunción y a sus estancias continuaron por largos años. Tanto los PP. Lozano como Sánchez Labrador registraron las invasiones efectuadas desde 1671 a varios parajes sobre las costas del río Paraguay frente a Asunción. Ciudad que se aprestaron a embestir en 1677, pero que el gobernador don Felipe Rege Corvalán impidió con un engaño, pues envió a su teniente general don José de Ávalos a que hablara con el cacique principal para solicitarle casarse con su hija. Lo cierto es que en medio de la boda se habían escondido varios soldados que dieron muerte a los ebrios invitados, cayendo más de trescientos indios de los más respetados. Los mbayá nunca olvidaron este suceso, como escribió el P. Sánchez Labrador, enfatizando aquellos oscuros días que le hicieron recordar los mismos indios[958].

Entre 1740 y 1760 los ataques se reavivaron hasta que se celebró un tratado de paz en este último año con los eyiguayeguis que, como su nombre lo significa, era la gente del palmar eyiguá y que era como se autodenominaban los mbayá, que por otro lado es lengua guaraní que significa estera y se refiere a su hábitat. Las paces fueron entre los españoles y dos caciques, el llamado Epaquini, jefe de los apacachodegodis

[957] Furlong, 1955b: 135.
[958] Sánchez Labrador, 1910 (II): 80.

y Napidrigi, sobrino de aquel y de los lichagotegodi. Aunque la paz fue pedida por el hijo del primero, llamado Lorenzo, al ser apresado por los soldados del gobernador don Jaime de Sanit Just. Este último puso como condiciones que debían entregar a los cristianos cautivos, que eran guaraníes de Iratí. Lorenzo regresó ante su padre y tío, quienes ratificaron lo actuado. Luego unos cuatrocientos eyiguayeguis fueron a Asunción, donde los recibió el gobernador, lo que les permitió comercializar pacíficamente con estos. Según el P. Sánchez Labrador[959] algunos de los aborígenes comenzaron a frecuentar el colegio de los jesuitas, quienes les obsequiaban miel y comida. Por ello fueron a solicitarle al gobernador que les enviara misioneros de la Compañía de Jesús o "Los de la casa grande vestidos de negro". Se solicitó autorización al provincial Alonso Fernández (1757-1761), mientras el rector José de Robles, a instancia de sus consultores, emitieron una autorización provisoria en 1760, designando a los PP. Francisco Burgés y José Mas[960], que se encontraban en el colegio. El primero y como sabemos, había fundado la reducción de San Francisco Javier de mocovíes y el segundo fue misionero de los tobatines. Pero he aquí que los misioneros cargaron su altar portátil y demás avíos, rumbo a las tierras de los indios y al llegar al sitio de Capii-Pomog, a veinte leguas de la ciudad, no pudieron avanzar por los lodazales que había en el camino y volvieron a la ciudad, donde el gobernador aprestó una embarcación que los llevó por el Ipané-Guazú hasta Itapacú y luego el río Xejuí y nuevamente regresaron a Asunción. Mientras tanto llegó la provisión del P. provincial que designó para esa misión a los PP. José Sánchez Labrador y

[959] Ibid: 84.

[960] El P. José Mas nació en La Iglesuela del Cid, Teruel, el 12 de mayo de 1712, ingresando al Instituto en 1731, profesando sus primeros votos dos años después. Llegó a Buenos Aires en 1734 en la expedición del P. Machoni y en 1739 obtuvo su sacerdocio. Luego de una década se encuentra en la reducción guaraní de La Candelaria donde profesó sus últimos votos. La expulsión lo sorprendió en el colegio de Asunción, falleciendo en Faenza el 20 de junio de 1788 (Storni, 1980: 177).

José Martín Matilla[961]. El primero se encontraba al frente de la cátedra de teología del colegio de Asunción y el segundo en la reducción guaranítica de La Cruz. Debieron esperar a los guías mbayá para poder partir, mientras el mismo gobernador y el alcalde don Francisco Javier Benítez salieron a recolectar limosna para la misión, aunque poco consiguieron y el gobernador se desprendió de un cuadro de Nuestra Señora de Belén para constituirse en el estandarte de la nueva reducción. Según el P. Muriel, siguiendo la obra del P. Charlevoix, que trata bastante despectivamente a los mbayá, al contrario del P. Sánchez Labrador que estuvo viviendo con ellos, dice que la reducción se iba a llamar Nuestra Señora del Buen Consejo por satisfacción del procurador en Europa, pero se denominó de Belén para complacer al gobernador[962].

Fue en el mes de agosto de 1760, que dos medianas embarcaciones partieron a su destino, no faltando al puerto el gobernador y el obispo Manuel de la Torre que se acercaron con numerosos pobladores a despedir a los misioneros. Fueron acompañados por Lorenzo, "tres muchachos ayudantes de Misa, y un indio grande, los cuatro de la nación Guaraní, que voluntariamente quisieron seguir a los Misioneros" y catorce soldados españoles por insistencia del piloto, aunque ya el gobernador había ofrecido cien soldados, que los jesuitas rechazaron[963]. El día 19 llegaron a la desembocadura del Ipané-guazú en un viaje nada fácil, pues el P. Sánchez Labrador contrajo disentería. Se determinaron en buscar el sitio para el pueblo, hasta que encontraron el ideal: "El río como a un tiro de bala, loma alta y espaciosa, y en su continuación al Poniente y Oriente otras limpias y

[961] El P. José Martín Matilla nació el 11 de enero de 1716 en Palazuelo, León, ingresando al Instituto de la provincia de Castilla en 1733. Dos años después profesó sus primeros votos en Villagarcía de Campos y una década después se embarcó al Paraguay en la expedición del P. Jun José Rico. Estuvo en las misiones guaraníticas, siendo en Santa María de Fe donde recibió los últimos votos. De su fallecimiento solo se sabe que fue en 1768 en las reducciones (Storni, 1980: 180).
[962] Muriel, 1919: 236.
[963] Sánchez Labrador, 1910 (II): 87.

llenas de buenos pastos; al Norte otra, y después un bosque de escogidas maderas y de algunas leguas. La tierra suelta, que tira a negra y muy a propósito para plantío de árboles y sementeras”[964]. Y más adelante agrega el misionero manchego, que se dio principio al corte de árboles y cañas para construir chozas. Habían dejado las pertenencias y las embarcaciones un tanto alejadas, en el sitio que llamaron arrecife de San Bernardo, y donde se quedó resguardando el P. Matilla.

Continuando el texto del P. Sánchez Labrador, éste vuelve a hacer referencia a las tierras, expresando: “La loma en que está la reducción de Nuestra Señora de Belén, es muy capaz. Su altura tan proporcionada que las pendientes a todos lados son casi insensibles. Entre Poniente y Norte, que es como la espalda, corre un bosque de bella arboleda. A su frente, que mira entre Oriente y Sur, corre inmediato el río Ypané-Guazú ó Guarambaré. Todas son tierras que claman por gente que cultive por su fertilidad. Hacia todos lados hay manantiales y arroyuelos que corren al río. Hállase tierra buena para hacer tejas, ladrillos, ollas y cántaros. El agua es buena, porque entre las piedras corre golpeada y limpia, y el fondo entre las piedras es de arena. En el río hay bastante pesca, y en tiempo de las crecientes del Paraguay, abundan los Dorados, Pacús, Bogas, Palometas, etc”[965].

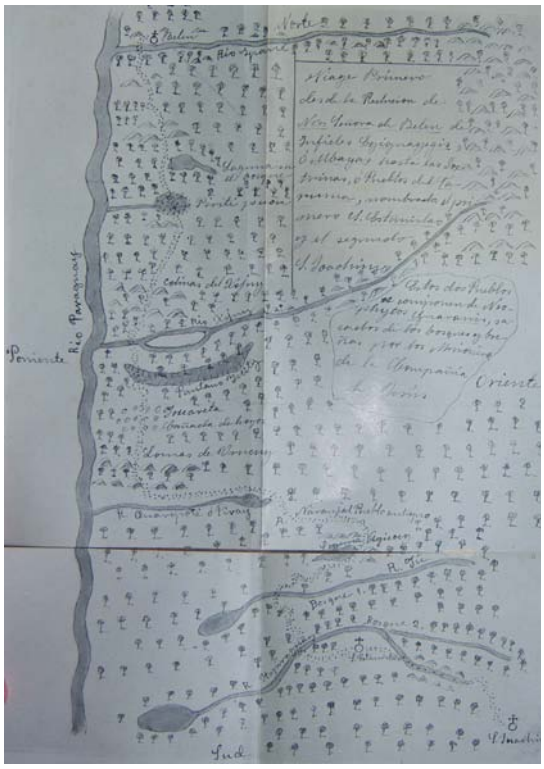
Aquellas tierras eran compartidas con los payaguás y al P. Sánchez Labrador le llamó la atención cómo estos enterraban a sus muertos en “iglesias”, como así llamaban a estos sitios, “hurtando el nombre de los templos cristianos”. Se ingresaba por un largo cañaveral, como pórtico, hasta llegar a unos árboles grandes donde junto a ellos enterraban a los muertos en cuclillas, sobre ellos colocaban una estera en forma de

[964] Ibid: 91.
[965] Ibid (I):98.

cobertizo y arriba cántaros de varias figuras y tamaños con dibujos en negro parecidos a caracteres idiomáticos.

Pocos indios se habían acercado al sitio de Belén y obviamente no ayudaban en nada. Las primeras chozas: "salieron tan estrechas como las circunstancias en que nos hallábamos. Levantóse una ramada o mejor dicho cortijo, de paja, de 16 varas de largo, cuatro de alto por la cumbrera, y como cuatro y media de ancho. Luego que estuvo cubierto, que fue al cabo de algunos días, nos mudamos con los tolditos á vivir debajo. Hiciéronse después dos atajadizos a cada lado, uno, de menos de cinco varas de largo, que nos sirvieron de aposentos; y en medio se dejó el portal, que sirvió de iglesia una temporada. En estas sepulturas de vivos estuvimos muy holgados unos meses, y nos parecían grandes palacios en comparación de los tolditos en que antes nos abrasábamos"[966].

Con el pasar de los meses llegaron las primeras ovejas y se comenzó a plantar caña de azúcar, mandioca, sarmientos y hasta una parra para hacer el vino de misa. Luego también fueron llegando los indios, siendo el último, el anciano cacique Epaquini, que los españoles le dieron por nombre el del gobernador. Pero era difícil contenerlos pues era gente con: "un continuo movimiento y mudar de estalajes. Gente de a caballo sin lugar fijo" y varios se fueron,



Mapa del P. Sánchez Labrador señalando al norte, la reducción de Belén y el camino que conducía a las reducciones de San Estanislao y San Joaquín.

[966] Ibid: 101.

aunque llegaban nuevos de los cacicatos de los lichagotegodis y apacachodegodis. Esto dificultaba a los jesuitas en cuanto al alimento, pero el gobernador acudió con algún ganado y el colegio de los jesuitas de Asunción con unos bueyes. Fue oportunidad para ampliar las plantaciones con maíz, sandía y calabazas. Pero por cierto con la ayuda de veinte familias guaraní que envió el gobernador.

Las labores de una reducción en sus inicios no son fáciles. A los problemas cotidianos se suma primeramente el aprendizaje de la espinosa lengua eyiguayegui y luego componer un catecismo para los niños y algunas oraciones cristianas. Con el tiempo se fue terminando la iglesia que, al parecer, estaba en constante remodelación, pues el P. Sánchez Labrador, un año después de su arribo, escribió: "La capilla que dejé armada cuando salí al Xejui, quedará hermosa para obra de prestado. Ahora le añadimos bastantes varas, con lo que quedará bien desahogada". Y como era una palabra inexistente en la lengua aborigen, los mbayá denominaron a la iglesia niacana-gaichi que significa lugar de rezo de comunidad, o ninguicodi loigi, es decir casa de las imágenes y finalmente conuenatagodi ligeeladi, habitación de nuestro Creador[967]. Pero el 10 de diciembre de 1761, debido a un accidente, se incendió toda la reducción y se comenzó de nuevo con todas las construcciones. Así levantaron: "primero las casas y después la iglesia. Colocamos la hermosa imagen de Nuestra Señora de Belén, conquistadora de estos infieles"[968].

El P. Muriel describe las construcciones de la reducción, expresando "La iglesia estaba edificada hasta el techo; y una vez acabada, se había de entablar la escuela"[969]. Mientras tanto el P. Jolís escribe de la reducción: "En ella se reunieron al poco tiempo 300 familias de aquellos bárbaros", que formaban un número de mil individuos. Más recientemente se ha

[967] Ibid (II):124.
[968] Ibid: 130.

afirmado que la reducción se compuso en principio por doscientos sesenta eyiguayegui de la tribu de Apacachodeguo, más veinticuatro familias guaraníes del pueblo de Santa María de Fe, Santa Rosa, Santiago y San Ignacio Guazú para que ayudaran en las primeras labores[970]. A fines de 1762 el P. Matilla fue reemplazado por el P. Juan García[971], quien en su relación escrita en abril de 1764, mencionó que muchos mbayá se fueron, unos a la ciudad otros a los chanás; quedando solo ancianos y algunos chanás que cuidaban las chacras, y cuando volvieron, muchos lo hicieron enfermos[972].

Al cuarto año de la fundación, "por amoroso decreto de la Providencia soberana, según nos dijeron después, declaróse la viruela, y muchos de ellos murieron"[973]. Efectivamente para 1764 una epidemia de viruela hizo estragos en la reducción y quien no murió, huyó a la selva. El P. Furlong, siguiendo a Azara, escribió que la población se redujo a solo veinte personas[974]. Pero las cosas se reestablecieron con el tiempo, hasta que el vecino de Asunción, don Antonio de Vera y Aragón, llegó a la reducción para arrestar a los jesuitas que allí había. Llevaba una carta del rector y el Real Decreto de Expulsión.

---

[969] Muriel, 1919: 238.
[970] Susnik, 1981 (1): 78.
[971] El P. García nació en Onteniente, Valencia, el 26 de agosto de 1729, llegando a Buenos Aires en 1749 en la expedición del P. Ladislao Orosz. Sus últimos votos los profesó en Asunción en 1763, siendo sorprendido por la expulsión en Belén el 14 de agosto de 1767. Murió en Ravena el 27 de noviembre de 1794 (Storni, 1980: 113).
[972] AGN-BN, Doc. 6338, *Carta del P. Juan García sobre la misión de mbayá*, Belén 14 de abril de 1764.
[973] Muriel, 1919: 311.
[974] Furlong, 1960: 35.

8.1.2. Las reducciones de San Juan Nepomuceno de chanás y San Ignacio de mbayá.

El P. Sánchez Labrador hizo varios viajes a fin de visitar los habitantes ubicados próximos a la reducción de Belén. Entre ellos los chanas, guanás o nación de los niyololas, de quienes el sacerdote tomó especial afecto y llegó a plantar una cruz en sus tierras. Eran labradores y pacíficos habitantes con gran temor a las invasiones paulistas que los acosaban constantemente. Ya en 1762 en uno de sus viajes a Asunción trató el tema con el gobernador don José Martínez Fontes, quien no prestó atención a los pedidos del sacerdote. Al año siguiente volvió a repetir el asunto pero con idéntico magro resultado, incluso hasta el mandatario le propuso que abandonara a los mbayá.

Nuevamente el insistente P. Sánchez Labrador, en un viaje que hizo en 1764 le solicitó lo mismo al provincial Pedro Juan Andreu, quien estaba empeñado en que el sacerdote descubriera el camino a las misiones de chiquitos. El misionero le manifestó los inconvenientes que habría en esa empresa, por lo que el provincial destinó al P. Manuel Durán[975] para que procurase desde Belén pasar a chiquitos con algún mbayá. Insistió el P. Sánchez Labrador[976] y fue apoyado por el provincial que destinó entonces al P. Durán para los chanás, designando por compañero al P. Manuel Bertodano[977].

---

[975] El P. Durán nació en Monterde, Zaragoza el 30 de setiembre de 1729, arribando Buenos Aires en 1749 junto con el mencionado P. García. Su sacerdocio lo obtuvo en 1758 y sus últimos votos en Asunción en 1766. Luego de la expulsión y trasladado a Italia, falleció cerca de Verona el 6 de abril de 1797 (Storni, 1980: 87).

[976] Sánchez Labrador, 1910 (II):295

[977] El P. Bertodano nació en Cartagena, Murcia, el 18 de abril de 1740, ingresando al Instituto cuando contaba con dieciséis años. El obispo Pérez de Rivera le otorgó el sacerdocio en 1763, viajando a Buenos Aires al año siguiente en la expedición del P. Escandón. Para la expulsión se encontraba en Santa María de Fe y ya en el exilio obtuvo el cuarto voto en 1773, muriendo en Bolonia en el mes de abril de 1781 (Storni, 1980: 38).

Los PP. Manuel Durán y Sánchez Labrador arribaron a Belén el 25 de octubre de 1764, encontrando que los mbayá no estaban, pues unos habían ido a enterrar a los muertos por la viruela y otros habían ido con Lorenzo a la guerra contra los chiquitos, que traería serios problemas posteriores[978]. De allí que el P. Durán salió a buscar limosnas para la nueva reducción, pero sabiendo que de los españoles no iba a conseguir nada, fue a las reducciones guaraníticas y para el 30 de octubre de 1765, luego de cinco meses, ya estaba de vuelta en Belén.

Para la ocasión arribó el cacique chaná llamado Chibata y seis de sus vasallos que llevaron al P. Durán a sus tierras para que fundara la reducción que llamarían San Juan Nepomuceno. Cuenta el P. Muriel, siguiendo al P. Jolís, que el P. Durán llegó a sus tierras en el mes de setiembre de 1766 acompañado de cuatro indios chanás y dos jóvenes guaraníes, siendo recibido por el cacique Layana que contaba con seis mil vasallos[979]. El jesuita volvió a Asunción en busca de una embarcación con el avío necesario para la nueva fundación y a su regresó se encontró que había fallecido Chibata, pero no se alteró la predisposición de los indios en seguir con la reducción, aunque si la de los españoles.

El P. Sánchez Labrador, ya decidido a hacer su viaje a Chiquitos, habló antes con el cacique Chibata, proponiéndole que se mudaran a la orilla oriental del Paraguay por tener mejores bosques, más precisamente a orillas del río Aaba o Tepotí. Convencidos de la propuesta, pasaron a esas tierras donde comenzaron las sementeras[980].

Cuando regresó del viaje a través del Chaco, planeó la fundación de una nueva reducción entre los indios mbayá lichagotegodi que llamaría San Ignacio de Loyola. Pero fue tiempo en que le llegó el decreto de la

[978] Sánchez Labrador, 1910 (II): 149.
[979] Muriel, 1919: 313.
[980] Sánchez Labrador, 1910 (II): 294.

expulsión y arresto por parte del vecino de Asunción don Antonio de Vera y Aragón, quien además le entregó una carta del rector. En tales circunstancias debían ocultar los motivos a los indios por temor a que tomaran represalias, llegando a sosegarlos al menos temporariamente en una emotiva despedida que relata el P. Sánchez Labrador, escribiendo "Huye la memoria del recuerdo y la pluma no da tinta para relacionarlo, temiendo el escándalo del orbe cristiano"[981].

8.2. Las viviendas como herramientas de sustento e identidad.

Para la expulsión se encontraban en la reducción de Belén los PP. García, Sánchez Labrador y Durán. Luego que los soldados se los llevaron a Buenos Aires, quedó por cura un clérigo llamado Pablo Pedro Domínguez, quien como afirma Azara todo "lo arruinó y destrozó"[982]. Permaneció ocho años soportando a los encomenderos que llevaban los habitantes de la reducción, siendo suspendido de sus funciones y reemplazado por el fraile Manuel Amarilla[983]. El pueblo en tanto, continuó luchando por sobrevivir.

El P. Dobrizhoffer fue sorprendido en San Joaquín de tobatines, pero en su libro se refiere a los mbayá, expresando que los españoles "prometieron montañas de oro para sostén de la reducción, pero cuando el temor y el recuerdo de sus calamidades comenzaron a desvanecerse paulatinamente de su memoria, creyeron no deber apresurarse en procurar los necesarios suministros para la vida en localidad, ni tampoco empeñarse en esto"[984].

Por largo tiempo los jesuitas necesitaron comunicar las regiones tan distantes de su jurisdicción y la oportunidad la encontraron,

[981] Page, 2011: 71.
[982] Furlong, 1960: 53.
[983] Ojeda, 1999: 123.
[984] Dobrizhoffer, 1967 (1):126.

lamentablemente en vísperas de la expulsión. Su proyecto no era otro que tomar conocimiento del plano geopolítico de la amplia región donde desarrollaban sus actividades. En este camino que uniría los guaraníes con chiquitos, encontraron a los mbayá desde tempranas épocas del Siglo XVII, volviendo a sus tierras una centuria después.

Las viviendas de este grupo humano eran simples esteras tejidas con juncos apoyadas en estacas de palos y con cumbreras de caña. Se desarmaban con facilidad y se volvían a reubicar en cada una de las varias mudanzas que hacían anualmente. Precisamente los guaraníes identificaban a estos indios como mbayá, término que se relaciona a su sistema de vivienda.

Debido a la prontitud con que se desarrollaron los acontecimientos, los jesuitas no lograron cambiar el hábito de su modo de vivir. Ni siquiera transformaron el espíritu guerrero que los enfrentaba justificadamente contra el español, al punto que se llevaron la vida del último mártir jesuita del Paraguay.

Luego de muchos años de lucha, los mbayá aceptaron la paz y con ella la vida reduccional que les daba una esperanza en el mejoramiento de una aparente calidad de vida. El sitio escogido reunía las condiciones para establecer una población estable. Emplazado en un lugar alto, con ríos y arroyos, bosques y tierra fértil para sembradíos, e incluso para fabricar materiales como ladrillos y tejas. La primera construcción fue una “ramada de paja” de unos 13 metros de largo por 3,7 de ancho x 3,3 de alto en la cumbrera, rodeado en su largo por zanjas para el desagüe. Dentro de ese espacio colocaron las esteras. Cuando tuvieron las viviendas construidas, el gran ambiente se aprovechó para iglesia, o al menos para una provisoria.

La precariedad de esas construcciones no detuvo incendios, como el de diciembre de 1762, que destruyó todo y hubo que volver a empezar. Primero las casas, después la iglesia y hasta se habló de comenzar un edificio para escuela.

Los indios llegaban y se iban. Rotaban continuamente, aunque la reducción llegó a contar con mil personas. Pero ese movimiento era parte de la cultura aborigen de constante búsqueda de alimento, pues en la reducción también había momentos de escasez, entonces se mudaban a otro sitio, y cuando había comida regresaban. Poco a poco las plantaciones crecieron y se trajeron ovejas y vacas que cuidaban los guaraníes allí reclutados. Pero también la reducción no estuvo exenta de mortales enfermedades.

Todas estas contrariedades no hicieron meya en poder fundar otra reducción con los chanás que eran súbditos de los mbayá, pero no hubo tiempo y la expulsión no solo coartó esta iniciativa sino también la de crear otra entre los mbayá.

A pesar de todo, Belén sobrevivió hasta la actualidad y su historia continuó con el recuerdo firme de su fundador a quien sus actuales pobladores le levantaron una estatua en su memoria.

Capítulo 9. Reflexiones finales.

El compromiso de llevar la fe católica a los habitantes de América, quedó sellado por los Reyes Católicos, pero ante la dificultad de evangelizar tan vasto continente, se optó por concentrar a los habitantes naturales en reducciones. Esto convenía a la codicia española por repartir las tierras usurpadas, controlando la trata de personas y el cobro de tributos, pero creaba grandes perjuicios entre los naturales.

Concentrar a los indios en poblaciones fueron tareas tempranas de Nicolás de Obando y Diego Colón en Santo Domingo. La experiencia fracasó porque los indios no aceptaron las imposiciones hispanas, aunque se les permitió gobernarse solos. Por ello se destinó a los jerónimos para tutelar sus vidas, en pueblos dirigidos por los propios caciques, pero bajo el sistema de encomienda. Estos pueblos comenzaron a funcionar en 1516, de acuerdo a las instrucciones de doña Juana, de clara inspiración cisneriana, debiendo levantarse cercanos a las minas y ríos, con buenas tierras de ejido para labranza, agrupando unos trescientos vecinos, en trazados de calles que partían de una plaza, con iglesia, hospital y una casa para el cacique. Este tendría la tutela, compartida con un administrador y un religioso. Había además un grupo de soldados de custodia y se permitía la instalación de españoles en el poblado.

Este modelo autofinanciado de población reduccional presentó cambios graduales a medida que se fue poniendo a prueba su desarrollo. Tuvo contrariedades importantes ante las brutales epidemias que diezmaron a los naturales y por los reclamos de los encomenderos que pretendían administrar los pueblos para su propio provecho. De tal forma que estas circunstancias, y a lo largo del proceso reduccional, constituyeron el mayor inconveniente para los misioneros, pues las enfermedades traídas de Europa y la codicia fueron siempre y desde los primeros tiempos un trágico factor de desequilibrio.

Experiencias posteriores fueron dominadas por los encomenderos, hasta la llegada de los franciscanos en 1524 que tuvieron su primera práctica reduccional en Michoacan con variantes a las jeromianas o los pueblos-hospitales de Vasco de Quiroga, también en México. Pero junto con ellos comenzaron los debates que impusieron de las Casas, Motolinía, Mendieta y muchos otros, y con la propia experiencia concreta del dominico en Guatemala, donde los misioneros entraban a las selvas sin soldados y con tan solo una flauta y cantores. Cuando lograban establecer contacto, primero sembraban en chacras y luego de la cosecha hacían casas para los indios en trazados urbanos que en 1545 aparecían con calles rectas trazadas a cordel, plaza mayor, iglesia con cementerio, casas para el cura y para los indios.

Siempre todo tendía a la desilusión por el proyecto, hasta el dictado de las Leyes Nuevas de 1542, cuando se acordó en forma explícita la concentración de indios en pueblos con la participación directa de órdenes religiosas.

Entre 1529 y 1568 llegaron al Perú los dominicos, franciscanos, mercedarios, agustinos y finalmente los jesuitas, convirtiéndose en adversarios de los encomenderos que tenían la responsabilidad incumplida del adoctrinamiento en pueblos. Pero el clero regular fue facultado por la Corona en 1549 a congregar indios para su evangelización sobre la base de patrones de asentamiento de urbanizaciones hispanas. Se crearon algunos pueblos con el descontento natural de los poderosos encomenderos, a quienes con esta medida se les cercenaba la disponibilidad de mano de obra. Justamente el virrey Toledo asumió para poner fin a ese poder local y a su vez acabar con los Incas. En el aspecto urbanístico de las reducciones, la máxima autoridad de Perú, siguió sin dudar a Matienzo, quien estableció un preciso modelo urbano que contemplaba el trazado de calles en cuadrícula y plaza central donde se ubicarían hacia un lado la iglesia y al

otro las casas de españoles. Contaría además con la Casa del Consejo, Hospital, casa del corregidor y cárcel, además de casa del cura y el Tacuirico (o casa del corregidor).

Pero la concentración de indios traía un sinnúmero de problemas, pues también suponía la profundización de las epidemias, como a su vez la dificultades de la catequización en castellano y latín. Fue entonces que el obispo Toribio de Mogrovejo convocó el Concilio Limense que ordenó llevar adelante la evangelización en lenguas naturales. Aunque ya los ignacianos habían tomado esta postura media década antes.

Precisamente los jesuitas, si bien tienen la primera experiencia reduccional en las "aldeias" de Bahía en 1557, llegaron a Perú en 1568 con el fin de educar a las élites. Pero la insistencia del virrey Toledo en que participaran activamente de la evangelización, les hizo tomar a cargo como párrocos, las doctrinas de Huarochirí, El Cercado y Juli. Tres enclaves urbanos diferentes, pues el primero fue creado agrupando varios pueblos dispersos en uno solo, el segundo era un barrio de las afueras de Lima totalmente cerrado, de allí su nombre; y finalmente Juli que era un asentamiento preincaico. Los jesuitas renegaron de esta tarea, pues sus mismas Constituciones les prohibían que dependieran del clero secular. No obstante trabajaron con ahínco sumando experiencia al largo derrotero que les tocaría protagonizar. Desde las iglesias y residencias levantadas en estos sitios, salían periódicamente en sus misiones volantes, un ministerio que nunca abandonaron y les permitió tener los primeros contactos con las culturas originarias.

En la Tercera Congregación Provincial del Perú, llevada a cabo en 1588 y presidida por el provincial Juan de Atienza, se decidió ampliar el marco misionero hacia el Paraguay, Chile y Nuevo Reino de Granada, iniciando una expansión que alcanzó específicamente nuestra región de estudio.

Para el Paraguay, los ignacianos ingresaron con cierta experiencia a la evangelización de indios. Sobre todo con las misiones volantes que se expandían desde las primeras residencias. Pero si el P. Torres tenía una visión general de la región después de su visita con el P. Páez, en los primeros años la consolidó para establecer una serie de disposiciones frente a la evangelización y las ríspidas relaciones con los encomenderos. Lo primero que hizo fue darles la libertad a los indios que los jesuitas tenían para su propio servicio. Aunque no hacía más que ejecutar las pregonadas órdenes reales dirigidas a los encomenderos, quienes se negaban a cumplir y atacaban con ello al Instituto. Esto los beneficiaba, en el sentido que los indios vieron en la Compañía de Jesús a verdaderos defensores de sus derechos. Insistieron en su postura con la presencia del oidor Alfaro, quien puso en libertad a los indios y recomendó la reducción en pueblos o barrios suburbanos, con iglesias y escuelas, pero sin españoles o esclavos africanos, y mucho menos la presencia de soldados. No obstante el acatamiento fue parcial, aunque los jesuitas ya contaban con los instrumentos civiles y eclesiásticos para comenzar a desarrollar reducciones. Con esto también, el P. Torres escribió las primeras Instrucciones a los misioneros del Paraguay.

Poco después los jesuitas ingresaron a Chile en 1593, en medio de un convulsionado clima de hostilidad. Se radicaron en Santiago con el fin de establecer un colegio de donde salir a misionar en la ciudad y adyacencias. La comunicación con los indios los persuadió de la situación en que se encontraban, siendo el P. Valdivia un incansable luchador en defensa de sus derechos. Ampliaron sus misiones a ciudades de la región, para ser luego testigos de la destrucción de casi todas ellas a manos de los araucanos, entre 1598 y 1602. El P. Valdivia en Lima expuso a las autoridades que la guerra era provocada por las injusticias que traía consigo el servicio personal. Logró que el virrey ordenara quitarlo e incluso en la

península expuso ante la Corona su proyecto de “guerra defensiva”, contrapuesta a los intereses de los encomenderos que querían la guerra para poder esclavizar a los indios.

Los jesuitas ampliaron los horizontes misioneros hacia las tierras de los indios de Chiloé y Arauco. En los primeros iniciaron sus misiones en 1595, cuando se ubicaron en Castro. Las misiones al interior eran largas y extenuantes, pero con un sello particular. Se acercaban a grupos de poblaciones que tenían una zona de culto llamada “rewe”. Allí mismo y en medio de la explanada colocaban una cruz de canelo y sobre el tradicional extremo de culto, ubicaban el altar portátil. En estos sitios se construían complementariamente una casa para los sacerdotes, una para el cacique y otra para el fiscal. Sobre la explanada se levantaba luego una capilla y unas ramadas servían para habitación ocasional de los indios, pues todos se iban cuando los jesuitas regresaban a la ciudad.

Al irse dejaban instruidos en el catecismo a jóvenes, hijos o nietos de caciques, para que enseñaran la doctrina, como lo fueron los indios que dejaban los franciscanos en México o los mismos jesuitas en El Cercado o Juli.

En Arauco se impuso otra realidad, pues se establecieron en los fuertes de frontera de donde salían a misionar. Primero lo hicieron desde los fuertes de Monterrey y Arauco, luego desde Levo y Paycavi. Con ello se inició la metodología de las reducciones fuertes que se extendieron por el Chaco.

Creada la provincia jesuítica del Paraguay, las deliberaciones de la misma fueron determinantes a la hora de establecer una política frente a estos cuestionamientos. Fue por entonces que hubo un primer intento de establecer el sistema de Juli entre los calchaquíes. Es decir fundar residencias en el hábitat indígena y de allí salir a las misiones volantes

entre los indios y extenderlas a las ciudades españolas. Pero en realidad hicieron lo contrario y nunca más volvieron sobre esa idea.

Las entradas practicadas por los jesuitas a los pueblos indígenas, no solo eran jerarquizadas con los atuendos que vestían los indios, sino que además eran solemnizadas con la construcción de efímeros arcos, cruces y capillas que los anfitriones levantaban a lo largo del camino. Por ejemplo con la entrada de los PP. Dario y Morelli se construyeron once de estas capillas levantadas con ramadas en las afueras de los pueblos. Eran tiempos en que el mismo Juan Calchaquí contraía matrimonio como buen cristiano, aunque otrora había destruido bajo su mando tres ciudades españoles en la primera Guerra Calchaquí. Entre estas iglesias, la de Chuchagasta era la más alta y grande. Estos primeros asentamentos comenzaron siendo sedes de curatos, dependientes del obispado, como lo hicieron en Perú y no era -como dijimos- lo que se recomendaba en las Constituciones ignacianas.

Pasado un largo tiempo, establecieron con gran dificultad dos reducciones, pues debían erradicar los cultos originarios, aunque mayor trabajo para los jesuitas fue enfrentar sus peores enemigos, que eran los encomenderos que salían a capturar indios al Valle. Este problema ya manifestado con los poyas de la cordillera, se repetirá una y otra vez.

Para las construcciones de las reducciones, contaron con la mano de obra regional ya que aquellos habitantes tenían conocimientos arquitectónicos al ser pueblos sedentarios y recibir directamente la influencia del incario. No sucedió lo mismo, y es la gran diferencia, con los pueblos chaqueños y pampeanos. Aunque algunos de estos últimos tenían un principio de desarrollo urbano, ligado siempre a la vida en comunidad. Los chiriguanos por ejemplo agrupaban sus casas alrededor de un espacio central o plaza. Igualmente los guaicurúes, cuyas viviendas podían ser portátiles o bien desarrollarse en un largo de quinientos pasos, como escribe Alvar Núñez, y tener tres metros de alto como afirmó el P. Lozano,

quien agrega que eran casas conformadas por grupos familiares con el cacique y su prole al centro.

Así pasaron de las capillas temporales de ramadas, levantadas en las afueras de los pueblos, como lo hicieron en Chiloé, al asentamiento concreto de una reducción con templos construidos de adobe o piedra. No obstante no conocemos cómo era la conformación urbanística de estas reducciones, ante la falta de descripciones de los españoles, que se limitaban a entrar, saquear y secuestrar personas. Pero seguramente seguían un patrón de asentamiento calchaquí y no de las Ordenanzas de Población de Felipe II, plasmadas en las primeras instrucciones del P. Torres. Aquí también los jesuitas desarrollaron la actividad y por ende la tipología arquitectónica de escuela para hijos de caciques, con el mismo fin que lo tuvieron en todos lados, es decir formar en el cristianismo a la futura clase dirigente.

La conquista del Chaco nunca pudo concretarse, pues entre los guaycurúes en el limite oriental y los chiriguanos en el occidente, convirtieron la región en impenetrable y donde convivían numerosas naciones, tanto guerreras como pacíficos agricultores. No obstante el estado de guerra constante conformó una unidad social que perduró y cuando temporalmente se conseguía la paz, se introducían misioneros, como táctica de ocupación del suelo y con ello de extracción de riquezas.

Este accionar se inició tempranamente, y la reducción de guaycurúes fue prácticamente paralela a la primera de guaraníes, recibiendo instrucciones fundacionales similares. El Paraná constituyó el límite natural del Chaco, pero en el sector occidental fue el camino real al Perú, con una serie de fundaciones urbanas que fueron difíciles de sostener en un principio, ante la resistencia de los naturales que quedaban expuestos a las malocas hispanas, que no se interrumpían, con lo que los intentos reduccionales terminaban naufragando.

En las mencionadas instrucciones del P. Torres para guaycurúes, dejó claramente establecido, aunque sin mencionarlo, que las reducciones debían seguir las Ordenanzas de Población de Felipe II. En principio los emplazamientos se ubicaron en sitios cercanos a las ciudades españolas, pero con el tiempo se dieron cuenta que esto era perjudicial y que para el éxito de la evangelización había que excluir por completo el contacto con el español. Las instrucciones del provincial tratan claramente del trazado de calles, manzanas y parcelas para cada familia y hasta una plaza central, donde se levantaría la iglesia y casa de los sacerdotes debidamente cercada, y siempre con escuela de niños. Sin embargo la realidad fue diferente, pues en el caso de los guaycurúes no se asentaron definitivamente por el problema del alimento. Por el contrario el P. Osorio entre los tobas, había hecho los sembrados y una vez terminados se dispuso a repartir solares, cuadras y sementeras, tal como casi veinte años antes indicaban las instrucciones del P. Torres.

Los métodos de ocupación reduccional se adaptaron a la aceptación o no de los grupos indígenas donde se realizaban. No obstante algunas se formaban con indios prisioneros que se ubicaban junto a fuertes, donde en ocasiones, como las pretensiones del gobernador Peredo, llevó jesuitas en sus incursiones para dejarlos entre los indios como verdaderos rehenes.

Para las entradas de los jesuitas se seguía una metodología casi uniforme que se iniciaba plantando una cruz, luego se construía un rancho con una ramada para iglesia y a partir de allí se salía a predicar atrayendo a los indios a la nueva forma de vida. Este proceso surgía luego de sendos parlamentos con los caciques que imponían sus propias condiciones, a veces difíciles, como permanecer en poligamia. Pero los jesuitas aceptaban porque creían que con el tiempo cambiarían las costumbres. Esta repetida permisividad jesuítica en la evangelización fue condenada desde la más alta jerarquía de la Iglesia en más de una oportunidad en todo el mundo. En

nuestra región no fue diferente, porque así como por ejemplo destruían los "mochaderos" calchaquíes, en la misma región y luego de los bautismos, se sucedían grandes fiestas a la usanza indígena. En el urbanismo también se trasgrede las normas de la Corona, como por ejemplo entre las reducciones de mocovíes y abipones, en cuyos trazados, el centro es la iglesia y la casa de los misioneros, mientras la infaltable plaza, servía de organizadora de las viviendas ubicadas sin un orden al modo europeo, que recién se trató de orientar luego de la expulsión de los jesuitas.

Así como entre las reducciones de guaraníes, también en algunos casos se partían las reducciones para formar otras, como el caso de los chiriguanos de Inmaculada Concepción, que se dividió en dos pueblos, uno de cristianos y otro de catecúmenos. El primero tenía desarrollada la institución administrativa del Cabildo, escuela de letras y canto para los niños. Incluso varios años después, con la refundación de la misma reducción se repetirá la partición, creándose el pueblo de Nuestra Señora del Rosario en 1733.

Las señaladas dificultades de la alimentación, las entradas de españoles y las enfermedades, se continuaron para el Siglo XVIII. El Chaco fue invadido, tomándose prisioneros a las etnias menos belicosas, a quienes se les formó reducciones junto a fuertes militarizados a fin que fueran controlados. Los jesuitas tuvieron a cargo estas reducciones-fuertes, aunque particularmente hicieron sus propias visitas misionales al extenso territorio. Vivieron a su pesar y en principio en los fuertes, hasta que fueron abandonados por los soldados. Anhelaban crear reducciones como las guaraníticas, pero estas eran sustancialmente opuestas ya que los indios eran prisioneros de guerra y muchas veces fueron utilizados como carne de cañón para las empresas militares que se hacían contra sus hermanos rebeldes.

Los fuertes no estaban pegados a las reducciones, sino que a una distancia prudencial, conformado por un rectángulo de poco más de cinco por una cuadra, con sus baluartes, rodeado de un pozo, albergando un centenar y medio de soldados. Había varias habitaciones para ellos, que se recostaban sobre el muro perimetral formando una plaza central para ejercicios militares. Los jesuitas tenían sus cuartos e incluso atendían la capilla existente intramuros. Por su parte la reducción era cercada con un muro de adobes o palos a pique, poseyendo otros que dividían el interior de las distintas etnias que la habitaban.

Los indios lograron escaparse en tres reducciones y una cuarta se mudó a un fuerte abandonado, utilizando las habitaciones y capilla. Es el caso de la reducción de lules del P. Machoni, que igualmente sufrió varios traslados, ante los pedidos de los indios de volver a sus tierras, tomadas por los españoles.

Los fuertes abandonados se refuncionalizaron, siguiendo un modelo urbano centrado en una plaza de quinientos pasos en cuadro, con iglesia de ladrillo y teja y poco más de un centenar de casas de indios, como fue la conformada con los lules. Contaban con carpintería, se construían carretas, se hacía jabón, escuela de música y canto. También poseía una estructura política cuya cabeza era el corregidor y alcalde indio.

Para los vilelas también se hicieron reducciones cercadas, a pesar que ya no intervinieron los militares, constituyéndose viviendas de bóvedas de paja alargadas y donde residían varias familias, como las reducciones de malvaláes.

El Instituto reforzó su organización interna creando superioratos de misiones del Chaco y enviando varios misioneros a esta tierra justificadamente hostil, donde no pocos encontraron el martirio y muerte.

El P. Dobrizhoffer no escatima letras al escribir que poco les importaba a los españoles que los indios se redujeran a pueblos. Por cierto que esto pensaba un sector, otro en cambio era consciente que al sacarlos de sus tierras podrían repartírselas, incluso sin problemas ante la sujeción que implicaba reducirlos. Menos aún les interesaban los cambios que sufría el medio ambiente, que incluía extinción de especies animales y vegetales en un espacio que sufría agresiones que modificaron el ecosistema.

En el caso de mocovíes y abipones, se llegó al sistema reduccional por aceptación de los indios vencidos, luego de concertar sendos acuerdos de paz, que obviamente los perjudicaban, pues siguieron siendo sometidos al servicio personal, amén del expolio de sus tierras. Las constantes mudanzas de estos hablan de la necesidad de alejarse de la perversión de los españoles que se contraponía a la permisividad de los jesuitas en un respeto a sus costumbres.

En el plano urbanístico, primeramente es importante mencionar la importancia que se brinda al acto fundacional, donde asisten autoridades españolas, labrándose actas y demás costumbres, como si se tratara de ciudades españolas. Tantos soldados, y a veces civiles, e indios amigos se encargaban de las construcciones, y poco hacían los reducidos.

Como la región chaqueña, la también extensa región pampeana-patagónica nunca pudo ser conquistada por los españoles. Aunque se tuvieron acercamientos con los aborígenes, con los mismos fines que venimos exponiendo, es decir la extracción de las riquezas naturales y esclavización de sus habitantes. Lo hicieron desde la cordillera oriental, traspasándola para capturar habitantes pacíficos a quienes no dudaron en provocarlos para desencadenar guerras que justificaran legalmente su esclavización. Las reducciones aparecieron luego para soliviantar la férrea defensa indígena y fue aprovechada por los jesuitas para salvar a las culturas originarias de la esclavitud y la muerte que traían los españoles,

aunque la desconfianza de los indios les provocó bajas considerables, por solo portar una cruz en sus manos, cargar con un altar portátil, alimentos y regalos, para atraerlos.

No fue fácil llevarlos a una vida europea, que no tenía otro objeto que agruparlos para tenerlos controlados y repartir sus tierras, aunque en medio de ello se concibieran guerras para esclavizar personas. A los pampas de las llanuras, como a los puelches de la cordillera, les costaba vivir de la forma que se les quería imponer. Ello respondía a dos factores centrales, por un lado los propios de su cultura, es decir el respeto constante que impartían los hechiceros, las rivalidades interétnicas y la costumbre de obtención de alimento que los obligaba a ir en su búsqueda para su sustento. Por el otro lado, aparecía un nuevo problema que implicaba el contacto con el español que les causaba epidemias y sobre todo las caserías esclavistas que estos emprendían en su contra.

Los jesuitas incursionaron en esta región bajo dos supuestas consignas, por un lado la búsqueda de la ciudad de los Césares y por otro la defensa de las costas patagónicas. Estos temas que preocupaban a la Corona y no así a las autoridades locales, fueron un instrumento que usaron para ampliar los horizontes evangelizadores. No siempre con los resultados esperados, pues el mayor enemigo que tenían eran los propios españoles que preferían usar la mano de obra indígena, aunque si era cristiana podría convertirse en más dócil.

Estas reducciones tuvieron como mayor mérito, más allá de sus enclaves urbanos y arquitectónicos, lo que significaron geopolíticamente en la ocupación del espacio aún no conquistado y que también estaba al acecho de potencias extranjeras.

Los indios de las reducciones de Buenos Aires rotaban, como así también lo hicieron posteriormente los mbayás de Belén, aunque alcanzaron los mil habitantes. Una de las razones era la falta de

alimentación que la naturaleza les brindaba con facilidad, aunque el desastre ecológico que se produjo con la llegada de los españoles, los sumió en miseria, hambrunas y pestes que acabaron con miles de personas.

La expulsión encontró a los jesuitas en plena actividad de desarrollo de reducciones entre los mbayá y chaná, aunque luego del nefasto decreto los indios quedaron librados a la especulación de los encomenderos.

La gran mayoría de los pocos indios sobrevivientes de la antigua América abandonaron las reducciones, refugiándose en las selvas, valles y montañas, de las pocas que quedaron sin ser repartidas por los españoles, donde nacieron sus ancestros. La paz que ofrecía el sistema reduccional ante los diezmados indios sumergidos en la pobreza por habérseles quitado sus tierras y sus riquezas, quedó trunca y a la deriva después de la resolución real de 1767.

Bibliografía

Archivos Consultados

Archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid. Colección Mata Linares, Madrid (ARAH).

Archivo General de Indias, Sevilla (AGI).

Archivo General de la Nación, Buenos Aires (AGN).

Archivo Nacional de Chile (ANCh)

Archivo Romano de la Compañía de Jesús, Roma (ARSI).

Archivo Histórico de la Provincia Jesuítica de Cataluña (ARXIU)

Biblioteca del Colegio del Salvador, Buenos Aires (BS).

Biblioteca Nacional de Brasil, Río de Janeiro (BNB)

Biblioteca Nacional de España, Madrid (BNE).

Bibliografía

Aldea Vaquero, Quintín (1992), "Diego de Torres, fundador de las reducciones del Paraguay (1551-1638)", *Zamora y América. Actos de las Jornadas celebradas en Zamora los días 4, 5 y 6 de abril de 1991*, Zamora.

Alonso de la Calle, Ricardo (2005-2006), "Los fuertes fronterizos chileno. Resistencia e interacción en la frontera de Chile en los siglos XVI y XVII", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie Historia Moderna, UNED, T. 18-19.

Alunni, José (1938), "El apóstol de San Fernando", *Acción Chaqueña*, Nº 44, Chaco.

Andreu SI, Pedro Juan (1761), *Compendiosa relación de la vida, virtudes y muerte por Christo del P. Francisco Ugalde, de la Compañía de Jesús*, Madrid: Por Joachin Ibarra.

-------- (1762), *Carta de edificación sobre la Vida del V. Siervo de Dios el P. Pedro Antonio Artigas de la Compañía de Jesús, Misionero de los indios Lules, Isistines y Tobas en la provincia del Paraguay*, Barcelona: Juan Nadar Impresor.

Areces, Nidia, Silvana López, Beatriz Núñez Regueiro, Elida Regis y Griselda Tarragó (1993), "Relaciones interétnicas, Santa Fe la Vieja. Sociedad y frontera", *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*, vol. LIX.

Arnaud, Vicente Guillermo (1991). “El primer mapa de las Islas Malvinas”. *Historia*, Nº 41, marzo-mayo.

Astraín SJ, Antonio (1909), *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Tomo III, Mercuarian-Aquaviva (primera parte) 1573-1615*, Madrid: Establecimiento topográfico “Sucesores de Rivadeneira”.

-------- (1913), *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Tomo IV, Aquaviva (segunda parte) 1581-1615*, Madrid: Razón y Fe.

-------- (1914), *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Tomo II Lainez-Borja 1556-1572*, Madrid: Razón y Fe.

-------- (1916), *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Tomo V, Viteleschi, Carafa, Piccolomini (1615-1652)*, Madrid: Razón y Fe.

-------- (1996), *Jesuitas, guaraníes y encomenderos*, Asunción: CEPAG.

Barros Arana, Diego (1932), *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*, Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.

-------- (1999), *Historia general de Chile*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Beguiritáin SI, J. (1946), “El P. Juan Pastor y su inédita historia de la provincia del Paraguay”, *Estudios* Nº 75, Buenos Aires: Academia del Plata.

Benito Honorio (1973), *Los franciscanos en el Tucumán, 1566-1810*, Salta: Cuadernos franciscanos.

Berberián, Eduardo (1987), *Crónicas del Tucumán SXVI*, Córdoba: Comechingonia.

Biedma, Juan Martín (1987), *Crónica Histórica del lago Nahuel Huapi*, Buenos Aires: Emecé Editores.

Bielza Díez-Caneja, María (1986), “Esbozo biográfico del P. Diego de Torres Bollo SI, primer provincial del Paraguay”, *Missionalia Hispanica*, T. XLIII, enero-junio, Nº 23, Madrid: CSIC.

Blanco SJ, José María (1937), *Historia documentada de los mártires de Elicura en la Araucania (Chile)*, Buenos Aires: Sebastián de Amorrortu e hijos.

Boceara, Guillaume (1999), “El poder creador: tipos de poder y estrategias de sujeción en la frontera sur de Chile en la época colonial”, *Anuario de Estudios Americanos*, T. LVI, N° 1, Sevilla.

Borja Medina SJ, Francisco de (1999), “Métodos misionales de la Compañía de Jesús en América Hispánica y Filipinas”, *Mar Oceana*, Nº 4.

Bravo Acevedo, Guillermo (2005), *Señores de la tierra… Los empresarios jesuitas en la sociedad colonial*, Santiago.

Bravo, Francisco Javier (1872), *Inventarios de los bienes hallados a la expulsión de los jesuitas y ocupación de sus temporalidades por Decreto de Carlos III, en los pueblos de misiones fundados en las márgenes del Uruguay y Paraná, en el Gran Chaco, en el pais de Chiquitos y en el de Mojos*, Madrid: Rivadeneyra.

Bruno SDB, Cayetano (1967), *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Volumen Segundo (1600-1632), Buenos Aires: Editorial Don Bosco.

-------- (1968), *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Volumen Tercero (1632-1686), Buenos Aires: Editorial Don Bosco.

-------- (1968), *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Volumen Cuarto (1686-1740), Buenos Aires: Editorial Don Bosco.

-------- (1968), *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Volumen Quinto (1740-1778), Buenos Aires: Editorial Don Bosco.

-------- (1970), *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Volumen Sexto (1767-1800), Buenos Aires: Editorial Don Bosco.

-------- (1992a), *Gobernantes beneméritos de la evangelización en el Río de la Plata y el Tucumán. Época española,* Rosario: Ediciones Didascalia.

-------- (1992b), *Las órdenes religiosas y la evangelización en Indias,* Rosario: Ediciones Didascalia.

Bussu, Salvatore (2003), *Mártires sin altar: Padre Juan Antonio Solinas, Don Pedro Ortiz de Zárate y dieciocho cristianos laicos.* 2a. ed. Salta: Editorial Biblioteca de Textos.

Bustos, Zenón (1916), *Documentos de fundación de la reducción de San Francisco de Asís de indios pampas de Río Cuarto*, Córdoba.

Cabrera, Mons. Pablo (1932), *Tesoros del pasado argentino. Tiempos y campos heroicos, primera parte la Cruz en la Pampa.* 2da. Córdoba: Edición Imprenta de la Penitenciaría.

-------- (1934), *La conquista espiritual del desierto*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Calandra, Horacio Calandra y Alfredo Tomasini, (1997), "El torno a la llamada "frontera" de Salta ", *XI Congreso peruano del hombre y la cultura andina "Augusto Cardich". Actas y trabajos científicos*, Tomo I, Universidad Nacional "Hermilio Valdizán" de Huanuco, Universidad Nacional de La Plata y Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.

Calvo, Luis María (1993), *La Compañía de Jesús en Santa Fe. La ocupación del espacio urbano y rural durante el dominio hispánico,* Santa Fe: Ediciones Culturales Santafecinas.

Camaño y Bazán SJ, Joaquín (1931), "Etnografía rioplatense y chaqueña" (con introducción de Guillermo Furlong SI), *Revista de la sociedad amigos de la arqueología*, Tomo V, Montevideo.

Canals Frau, Salvador, (1958), "El P. Machoni y los indios lule y tonocoté", *Miscellanea Paul Rivet*, Vol. 2, México: Universidad Nacional Autónoma.

Carcelén Reluz, Carlos (2003), "Los jesuitas en su primera misión: Huarochirí, siglo XVI". *Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia*.

Cárdenas Ayaipoma, M. (1980), "El pueblo de Santiago. Un ghetto en Lima virreinal", *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, Vol. IX, Nº 3-4, Lima.

Cardiel SJ, José (1930) [1748], *Diario del viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748 por José Cardiel, S.J. (con dos cartas y un croquis inéditos) precedido por un estudio biográfico del autor y una regesta de su labor literaria y cartográfica por Guillermo Furlong Cardiff, S.J. y por una introducción, un análisis crítico del itinerario y de las cartas y notas aclaratorias del texto por Félix F. Outes*, Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora "Coni".

Carlon, Florencia (2006). "Políticas correctivas del comportamiento social indígena y formas de resistencia en las reducciones de Baradero, Tubichaminí y del Bagual (primeras décadas del siglo XVII)", *Mundo Agrario. Revista de estudios rurales*, vol. 7, Nº 13, segundo semestre de 2006. Centro de Estudios Histórico Rurales. Universidad Nacional de La Plata.

Carvallo Goyeneche, Vicente (1875), *Descripcion histórico-jeográfía del Reino de Chile, Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, Santiago de Chile: Imprenta de la Librería del Mercurio.

Cassá, Roberto (1992), *Los indios de las Antillas*, Colección pueblos y lenguas indígenas, Quito: Editorial Abva Yala.

Celton, Dora Estela (1991), "Una reducción de vilelas en Córdoba", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, Nº 14, Córdoba.

Charlevoix, P. Pedro Francisco Javier de (1913) [1757], *Historia del Paraguay*, Tomo IV, Anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández, Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

-------- (1916) [1757], *Historia del Paraguay*, Tomo VI, Anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández, Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

Churraca Peláez, Agustín (1980), *Primeras fundaciones jesuíticas en Nueva España*, México: Ed. Porrúa.

Cieza de León, Pedro (1984), *Crónica del Perú*, Parte primera, Lima: Universidad Católica de Perú.

Coello de la Rosa, Alexandre (2006), *Espacio de exclusión, espacios de poder: el Cercado de Lima colonial (1588-1606)*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Pontificia Universidad Católica del Perú.

-------- (2007), "Los jesuitas y las misiones de frontera del Alto Perú: Santa Cruz (1587-1603)", *Revista Complutense de Historia de América*, Vol. 33, Madrid.

Combès, Isabelle (2007), "De Sanandita al Itiyuro: los chanés, los chiriguanos (¿y los tapietes?) al sur del Pilcomayo", *Indiana*, Nº 24, Instituto Ibero-Americano de Berlín.

Conlazo, Daniel, María Marta Lucero y Teresa Authié (2006), *Los Querandíes: tras las huellas de su cultura*, Galerna: Buenos Aires.

Constituciones de la Compañía de Jesús (1994), Introducción y notas S. Arzubialde, J. Corella, J.M. García Lomas (Eds.), Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae.

Contreras, Remedios y Carmen Cortés (1971), *Catálogo de la Colección Mata Linares III*, Tomo XXVIII, Madrid: Real Academia de la Historia.

Corrado, Alejandro María y Antonio Comajuncosa (1884), *El Colegio Franciscano de Tarija y sus misiones*, Quaracchi, (Florencia): Tipografía del Colegio de San Buenaventura.

Cossio Etchecopar, Máximo (1944), "Capilla San José de *Lules*", *Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos*, Buenos Aires, Año 6.

Costa, Ignacio M. (1992), *Reducción y el Cristo de la Buena Muerte*, Río Cuarto: Ed. del ICALA.

-------- (2001), "La reducción jesuita de los indios pampas en El Espinillo [Córdoba] (1691)", *Archivum*, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina, T. XIX.

Cruz, Enrique Normando (2001), "La nueva sociedad de frontera. Los grupos sociales en la frontera de San Ignacio de Ledesma, Chaco occidental, finales del siglo XVIII", *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo LVIII, 1.

Davin SJ, Diego (1756), *Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones estrangeras, y de Levante por algunos missioneros de la Compañía de Jesús*, Tomo Decimocuarto,

Madrid: Imprenta de la viuda de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición.

De la Mora SJ, Bartolomé (1931), "Relación y breve noticia de lo sucedido en la guerra de chiriguanos que se ha hecho este año de 1729". Publicada por A. Posnansky, Revista del Instituto de Etnología, Nº 2.

De la Vega, Inca Garcilaso (1609), *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Yncas, reyes qve fveron del Perv…*Lisboa: Oficina de Pedro Crasbeek.

Del Techo SI, Nicolás (1759), *Decades vivorum illustruium Paraquariae Societatis Jesu, ex Historia ejusdem Provinciae & aliunde deprompte*, Tyrnaviae: Typis Academicis Societatis Jesu.

-------- (1897) [1673], *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús por el P….* Versión del texto latino por Manuel Serrano y Sanz con prólogo de Blas Garay, Madrid: Librería y Casa Editorial A. e Uribe.

Di Lullo, Orestes (1949), *Reducciones y fortines*, Santiago del Estero: ed. Provincia de Santiago del Estero.

Dobrizhoffer SJ, Martín (1969) [1784], *Historia de los abipones*, T. I, Traducción de Edmundo Wernicke, Advertencia editorial del Profesor Ernesto J. A. Maeder. Noticia biográfica y bibliográfica del Padre Martín Dobrizhoffer, por el Académico R. P. Guillermo Furlong SJ, Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia.

-------- (1970) [1784], *Historia de los abiponers*, T. III, Traducción de la Profesora Clara Vedoya de Guillén, Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Departamento de Historia, Resistencia (Chaco), Facultad de Humanidades.

Domínguez Moltó, Adolfo (1984), *Vicente Olcina, fabulista. Luis Olcina, misionero*, Alicante: Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial.

Egaña SI, Antonio de (1966), *Monumenta Peruana*, Vol. IV (1586-1591), Roma: Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.

-------- (1970), *Monumenta Peruana*, Vol. V (1592-1595), Roma: Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.

-------- (1974), *Monumenta Peruana*, Vol. VI (1596-1599), Roma: Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.

-------- (1981), *Monumenta Peruana*, Vol. VII (1600-1602), Roma: Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.

Egaña SI, Antonio de y Enrique Fernández SI (1986), *Monumenta Peruana*, Vol. VIII (1603-1604), Roma: Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.

Enrich, Francisco (1891), *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Barcelona: Imprenta de Francisco Rosal.

Espinoza Soriano, Waldemar (1960), "El Alcalde Mayor Indígena en el Virreynato del Perú", *Anuario de Estudios Americanos*, Nº XVII, Sevilla.

Fabre, Alain (2005), *Diccionario etnolinguístico y guía bibliográfica de los pueblos indígenas sudamericanos*, www.tut.fi/~fabre/BookInternetVersio/Alkusivu.html.

Falkner, Tomás SJ (1953) [1774], *Descripción de la Patagonia y las partes contiguas de la América del sur*, Traducción Samuel A. Lafonte Quevedo y est. prel. Salvador Canals Frau, Buenos Aires: Hachette

Fernández SI, Juan Patricio (1994) [1726], *Relación historial de las misiones de indios Chiquitos que en el Paraguay tienen los padres de la Compañía de Jesús*, Jujuy: Centro de Estudios Indígenas y Coloniales, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Jujuy.

Foerster G., Rolf (1996), *Jesuitas y Mapuches: 1593-1767*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Fortuna, Pablo (1966), *Nueva historia del norte argentino*, Buenos Aires: Ed. Teoría.

Furlong Cardiff SJ, Guillermo (1920). *La personalidad y la obra de Tomás Falkner*, Buenos Aires: Peuser.

-------- (1930). *El Padre José Quiroga*, Buenos Aires: Peuser.

Furlong SJ, Guillermo (1936), *Cartografía jesuítica del Río de la Plata*, Buenos Aires: Jacobo Peuser.

-------- (1938a), *Entre los mocobíes de Santa Fe, según noticias de los misioneros jesuitas Joaquín Camaño, Manuel Canelas, Francisco Burgés. Román Arto, Antonio Bustillo y Florián Paucke*, Buenos Aires: Sebastián Amorrortu e hijos.

-------- (1938b) *Entre los abipones del Chaco, según noticias de los misioneros jesuitas Martín Dobrizhoffer, Domingo Muriel, José Brigniel, Joaquín Camaño, José Joís, Pedro Juan Andreu, José Cardiel y Vicente* [Luis] *Olcina*. Buenos Aires: Talleres San Pablo.

-------- (1938c), *Entre los pampas de Buenos Aires. Según noticias de los misioneros jesuitas Matías Strobel, José Cardiel, Tomás Falkner, Jerónimo Rejón, Joaquín Camaño, Manuel Querini, Manuel García, Pedro Lozano y José Sánchez Labrador*, Buenos Aires: Talleres gráficos San Pablo.

-------- (1939), *Entre los vilelas de Salta, según noticias de los misioneros jesuitas Bernardo castro, Joaquín Camaño, ntonio Moxi, Vicente Olcina, Alonso Sánchez, Roque*

Gorostiza, José Jolís, Antonio García, Tomás Borrego y Pedro Juan Andreu, Buenos Aires: Acedemia Literaria del Plata.

-------- (1941), *Entre los lules de Tucumán, según noticias de los misioneros jesuitas Antonio Machoni, Pedro Lozano, Pedro Juan Andreu, Pedro Artigas, José Jolís, Pedro Francisco Charlevoix, José Peramás y Francisco Barnechea*, Buenos Aires: Tall. Gráf. San Pablo.

-------- (1945). "Vida apostólica y glorioso martirio del venerable padre Nicolás Mascardi", *Anales del Museo de la Patagonia "Francisco P. Moreno"*, Buenos Aires Nº 1.

-------- (1946), *Artesanos argentinos durante la dominación hispánica*, Buenos Aires: editorial Huarpes.

-------- (1953a), *José Cardiel SJ y su Carta Relación (1747)*, Buenos Aires: Librería del Plata.

-------- (1953b), *Pedro Juan Andreu y su Carta a Mateo Andreu, etc (1750)*, Buenos Aires: Librería del Plata.

-------- (1955a), *Joaquín Camaño SJ y su "noticia del Gran Chaco (1778)*, Buenos Aires: Librería del Plata.

-------- (1955b), *Domingo Muriel, SJ y su Relación de las Misiones (1766)*, Buenos Aires: Librería del Plata.

-------- (1960), *José Sánchez Labrador, SJ y su "Yerba Mate" (1774)*, Buenos Aires: Librería del Plata.

-------- (1962), *Historia del Colegio de la Inmaculada en la ciudad de Santa Fe y sus irradiaciones culturales, espirituales y sociales, 1610-1962*, Buenos Aires: Sociedad exalumnos, filial Buenos Aires.

-------- (1963a), *Justo Van Suerck y su carta sobre Buenos Aires*, Buenos Aires: Editorial Theoría.

-------- (1963b). *Nicolás Mascardi, SJ y su Carta Relación (1670)*, Buenos Aires: Ed. Theoría.

-------- (1967). *Manuel Querini SJ y sus "informes al Rey" (1747-1750.* Buenos Aires: Editorial Theoría.

-------- (1968), *Antonio Barzana SJ y su Carta a Juan Sebastián (1594)*, Buenos Aires: Ed. Teoría.

Gandía, Enrique de (1939), *Francisco de Alfaro y la condición social de los indios: Río de la Plata, Paraguay, Tucumán y Perú, Siglos XVI y XVII*, Buenos Aires: El Ateneo.

Gluzman, Geraldine (2007). "Minería y metalurgia en la antigua gobernación del Tucumán (siglos XVI-XVII)", *Memoria Americana*, Nº 15, Buenos Aires.

González Valerga de Neisius, Angélica (1992). “Los Salguero de Cabrera en Córdoba”, *Genealogía*, Boletín del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, Tomo XIV, Nº 183.

Gould, Eduardo G.S. (2000), “Conformación de la sociedad americana. La familia Torreblanca”, *Boletín del Centro de Estudios Genealógicos de Córdoba*, Nº 28, Córdoba.

Grenón SJ, Pedro (1924), *Los pampas y la frontera del sur. Documentos para la historia de la Reducción*, Córdoba: Imprenta Liendo.

-------- (1955), “Las renuncias de bienes de la provincia del Paraguay. Siglo XVII”, *Archivum Historicum Societatis Iesu.* Nº 24. Roma.

Grenón SJ, Pedro y Miguel Ángel Vergara (1942), *Los mártires de Santa María de Jujuy, Pedro Ortiz de Zarate y Juan A. Solinas*, Salta: La Provincia.

Guaman Poma de Ayala, Phelipe (1615), *Primer nueua corónica y buen gobierno deste rreyno. El dicho libro conpuesto y entitulado por don…*, Det Kongelige Bibliotek, Danmarks Nationalbibliotek og Kobenhavns Univesitetsbibliotek: http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/1/es/text/?open=id3083606.

Guarda OSB, Gabriel (1968), “El apostolado seglar en la cristianización de América: la institución de los Fiscales”, *Historia*, Nº 7, Santiago.

-------- (1978), *Historia Urbana del Reino de Chile*, Santiago: Ed. Andrés Bello.

Guarda OSB, Gabriel y Rodrigo Moreno (2008), *Monumenta Cartographica Chiloensia. Misión, territorio y defensa 1596-1826*, Santiago de Chile: Corporación del Patrimonio Cultural de Chile- Larraín Vial.

Gullón Abao, Alberto (1997), “La Artillería de los fuertes del Chaco en el siglo XVIII”, *Militaria, Revista de Cultura Militar*, Nº 10, Madrid.

Gutiérrez Escudero, Antonio (1990), *América: Descubrimiento de un mundo nuevo*, Madrid: Editorial Istmo.

Hernández de León-Portilla, Ascensión (1997), *Bernardino de Sahagún: Diez estudios acerca de su obra*, México: Fondo de Cultura Económica.

Hernández SI, Pablo (1913), *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, Barcelona: Gustavo Gili Ed.

Herrera Orlando J. (2002), “Reducción jesuítica de indios pampas”, *I Jornadas sobre el Legado Jesuítico en Córdoba*, UNESCO-Universidad Nacional de Córdoba, 22 y 23 de noviembre.

Iglesias, María Teresa (2008), "El proceso de evangelización en el Valle Calchaquí durante el período colonial". En Antonio Beorchia Nigris... [et al.], José Demetrio Jiménez OSA, coordinador. *Cristianismo e interculturalidad; una aproximación desde el Valle Calchaquí*, Buenos Aires: Religión y Cultura-Miño y Dávila.

Jaime Salva, Jaime (1947), "Semblanzas misioneras: el P. Pedro Juan Andreu SJ, provincial del Paraguay", *Misionalia Hispánica*, Nº 4, Madrid.

Jaimes Freytes, Ricardo (1914), *El Tucumán del siglo XVII (Bajo el gobierno de Juan Ramírez de Velazco).* Buenos Aires: Universidad de Tucumán.

Jarque SI, Francisco (1689), *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. Estado presente de sus misiones en Tucumán, Paraguay y Río de la Plata, que comprende su distrito*, Pamplona: Juan Micon impresor.

Jolís SJ, José (1972) [1789], *Ensayo sobre la Historia natural del Gran Chaco.* Traducción María Luisa Acuña. Estudio preliminar Ernesto J. A. Maeder, Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades, Instituto de Historia.

Labouge, Raúl de (1968), "La reducción jesuítica de San Fernando del Río Negro", *Nuestra Historia*, Año 1, Nº 3, Buenos Aires.

Larrouy, Antonio (1923), *Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán (1591-1700)*, Tomo I, Buenos Aires: L. J. Rosso y Cía Impresores.

-------- (1927), *Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán*, Tomo II- Siglo XVIII, Tolosa: Imprimerie et Librairie Édouard Privat.

Leite SJ, Serafín (1936), *Historia da provincia jesuitica do Brasil*, Vol. I, Porto: Tipografia Porto Medico.

Leonhardt SI, Carlos (1924), "La Misión de Indios Pampas", *Estudios*, Nº 26 y 27, Buenos Aires.

-------- (1927), *Documentos para la Historia Argentina. Iglesia. Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús (1609-1614). Tomo XIX*, Buenos Aires: Peuser-Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas.

-------- (1929), *Documentos para la Historia Argentina. Iglesia. Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús (1615-1637). Tomo XX*, Buenos Aires: Peuser-Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Históricas.

-------- (1942), "Dos mártires del Chaco PP. Gaspar Osorio y Antonio Ripario SI", *Estudios*, Nº 67, Buenos Aires.

Levaggi, Abelardo (1995), “Tratados entre la corona y los indios de la frontera sur de Buenos Aires, Córdoba y Cuyo”, *Memoria del X Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Levillier, Roberto (1920), *Gobernación del Tucumán. Papeles de gobernadores en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias*, Tomos II y III, Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.

-------- (1926a), *Nueva Crónica de la conquista del Tucumán, documentada en los Archivos de Sevilla, Madrid, Paris y Londres y en los XXXV volúmenes de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congresso Argentino editados en vía de editarse bajo la dirección del autor (1542-1563)*, Tomo I, Madrid: Sucesores de Rivadeneira.

-------- (1926b), *Papeles eclesiásticos del Tucumán, Documentos originales del Archivo de Indias*, Vol. I, Madrid: Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino, Imprenta de Juan Puerro.

-------- (1928), *Nueva Crónica de la conquista del Tucumán, documentada en los Archivos de Sevilla, Madrid, Paris y Londres y en los XXXV volúmenes de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congresso Argentino editados en vía de editarse bajo la dirección del autor (1563-1673)*, Tomo II, Varsovia.

-------- (1931), *Nueva Crónica de la conquista del Tucumán, documentada en los Archivos de Sevilla, Madrid, Paris y Londres y en los XXXV volúmenes de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congresso Argentino editados en vía de editarse bajo la dirección del autor (1574-1600)*, Tomo III, Buenos Aires: Editorial Nosotros.

Llaguno SI, José A. (1963), *La personalidad jurídica del indio y el III Concilio Provincial Mexicano (1585)*, México: Ed. Porrúa.

Losada, Fray Domingo (1737), *Compendio chronológico de los privilegios regulares de Indias, desde nuestro Santissimo Padre Leon X creado el año de 1513 hasta nuestro Santissimo Padre Clemente XII (que Dios prospere) creado el año de 1730.* Madrid.

Lozano SI, Pedro (1755), *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay*, Madrid: Imprenta de la viuda de Manuel Fernández.

-------- (1836), *Diario de un viage á la costa de a mar magallanica, en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga.* En Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y modera de las provincias del Río de la Plata ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis. Tomo Primero. Buenos Aires: Imprenta del Estado.

-------- (1941) [1733], *Descripcion Corografica del Gran Chaco Gualamba y de los ritos, y costumbres de las innumerables naciones barbaras, e infieles, que la habitan...*

Reedición con prólogo e índice por Radames A. Altieri, Tucumán: Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán.

Lucaioli, Carina Paula (2005), *Los grupos abipones hacia mediados del siglo XVIII*, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Luque Colombres, Carlos A. (1980), *Orígenes de la propiedad urbana de Córdoba (Siglos XVI y XVII)*, Universidad Nacional de Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades.

Machoni SI, Antonio (1732a), *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*, Madrid: Imprenta García Infanzón.

Machoni SJ, Antonio (1732b), *Las siete estrellas de la mano de Jesús. Tratado Histórico de las admirables vidas y resplandores de virtudes de siete varones ilustres de la Compañía de Jesús, naturales de Cerdeña, y Missioneros Apostolicos de la Provincia del Paraguay de la misma Compañía*, Córdoba: Colegio de Asunción.

Maeder, Ernesto J. A. (1984), *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, 1637-1639*, Buenos Aires: Fundación para la Educación la Ciencia y la Cultura.

-------- (1986), "Las opciones misionales en el Chaco del Siglo XVII", *Teología*: revista de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, Nº 48.

-------- (1990), *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1632-1634*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

-------- (1996), *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay 1641-1643*, Resistencia, Chaco: Documentos de Geohistoria Regional, Nº 11, Instituto de Investigaciones Neohistóricas.

-------- (2007a), *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1644*, Documentos de Geohistoria Regional Nº13, Resistencia Chaco: Instituto de Investigaciones Geohistóricas –IIGHI CONICET.

-------- (2007b), *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1645-1646 y 1647-1649*, Documentos de Geohistoria Regional Nº14, Resistencia Chaco: Instituto de Investigaciones Geohistóricas –IIGHI CONICET.

-------- (2008a), *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, 1650-1652 y 1652-1654*, Documentos de Geohistoria Regional Nº15, Resistencia Chaco: Instituto de Investigaciones Neohistóricas –IIGHI CONICET.

-------- (2008b). "Las reducciones del sur bonaerense. Nuestra Señora del Pilar en su 250º aniversario", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. 68-68 (1995-1996), Buenos Aires.

Maeder, Ernesto J. A. y Ramón Gutiérrez (1994), *Atlas histórico y urbano del nordeste argentino*, Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas del CONICET.

Málaga Medina, Alejandro (1993), "Las reducciones toledanas en el Perú", en Ramón Gutiérrez (Coor) *Pueblos de indios. Otro urbanismo en la región andina*, Quito: Ed. Abya-Yala.

Málaga, Alejandro (1974), "Las reducciones en el Perú", *Historia y Cultura*, Nº 8, Lima.

Mandrini, Raúl J. (2000), "El viaje de la fragata San Antonio en 1745-1746", *Revista Española de Antropología Americana*, Nº 30.

Martínez Martín, Carmen (1993), "Apuntes biográficos del marino Don Joaquín de Olivares y Centeno y su viaje a la Patagonia", *Revista de Historia Naval*.

-------- (1994). "La reducción de los pampas (1740-1753) aportaciones etnogeográficas al sur de Buenos Aires", *Revista Complutense de Historia de América*, Madrid, Nº 20.

Martínez Villada, Luis G. (1936). "Conquistadores y Pacificadores. Los Cabrera", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año XXIII, Nº 5-6.

Mateos SI, Francisco (1944a), "Antecedentes de la entrada de los Jesuitas españoles en las misiones de América (1538-1565)", *Missionalia Hispanica*, Madrid: Instituto Fernández de Oviedo, Año 1, Nº 1 y 2.

-------- (1944b), *Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española de la América meridional (1751-1760)*, Primera Parte, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

-------- (1948), "Avances portugueses y misiones españolas en la América del Sur", *Missionalia Hispánica*, Madrid: Instituto Fernández de Oviedo, Madrid, Año 4, N° 15.

-------- (1949a), *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*. Tomo VIII, Primera Parte, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

-------- (1949b), *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*. Tomo VIII. Segunda Parte, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

-------- (1949c), *Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú. Crónica anónima de 1600 que trata del establecimiento y misiones de la Compañía de Jesús en los países de habla española de la América meridional (1760-1768)*, Segunda Parte, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

-------- (1954), "*Obras del Padre José de Acosta de la Compañía de Jesús*", Estudio Preliminar y edición, Biblioteca de autores españoles, Tomo 73, Madrid: Ed. Atlas.

Matienzo, Juan de (1910), *Gobierno del Perú. Obra escrita en el siglo XVI*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Mellafé, Rolando (1975), "Las primeras crisis coloniales, formas de asentamiento y el origen de la sociedad chilena: siglos XVI y XVII", en *7 Estudios. Homenaje de la Facultad de Ciencias Humanas a Eugenio Pereira Salas*, Santiago: Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Chile, Santiago.

Mendiburu, Manuel (1876), *Diccionario histórico-biográfico del Perú. Parte primera que corresponde a la época de la dominación española*, Tomo II, Lima.

Mira Caballos, Esteban (1997), *El Indio antillano, repartimiento, encomienda y esclavitud (1492-1542)*, Sevilla: Muñoz Moya Editor.

-------- (2002), "La primera utopía americana: las reducciones de indios de los jerónimos en La Española (1517-1519)", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, Nº 39.

-------- (2007), "Indios y mestizos en la España moderna. Estado de la cuestión", *Boletín Americanista*, Año LVII, Nº 57, Barcelona.

Miranda SJ, Francisco (1916), *Vida del venerable sacerdote don Domingo Muriel, religioso un tiempo de la abolida Compañía de Jesús y último provincial de su provincia del Paraguay*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Mitre, Bartolomé (1894), *Lenguas americanas. Estudio bibliográfico -lingüístico de las obras del P. Luís de Valdivia sobre el araucano y el allentiak, con un vocabulario razonado del allentiak*, La Plata: Talleres del Museo de La Plata.

Moncaut, Carlos A. (1981), *Reducción Jesuítica de Nuestra Señora de la Concepción de los Pampas 1740-1753*, La Plata: Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires.

Montenegro SI, Juan (1746), *Breve Noticia de las misiones, peregrinaciones apostólicas, trabajos, sudor, y sangre vertida en obsequio de la Fe, de el venerable Padre Agustín Castañares*, Madrid: Manuel Fernández.

Moreno Jeria, Rodrigo (2000), "El Padre Diego de Torres Bollo, fundador de la provincia jesuítica del Paraguay", *Notas históricas y geográficas*, Nº 11, Universidad de Playa Ancha.

-------- (2003), "El P. Diego de Torres Bollo y la influencia de la doctrina peruana de Juli en las reducciones jesuíticas del Paraguay: instrucciones fundacionales del siglo XVII y su aplicación", Tesis UAI.

-------- (2007), *Misiones de Chile austral: Los jesuitas en Chiloé 1608-1768*, Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Morner, Magnus (1974), *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica Colonial*, México: Secretaría de Educación Pública.

Muñoz Moraleda, Ernesto (1998), *Francisco de Victoria*, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

Muriel SI, Domingo (1919), *Historia del Paraguay desde 1747 hasta 1767*, traducida por el P. Pablo Hernández, Tomo Único, Madrid: Librería de Victorino Suárez, 1919, p. 78.

Nacuzzi, Lidia R. (1991), "La cuestión del nomadismo entre los tehuelches", *Memoria Americana*, Vol. 1.

Navarro y Rodrigo, Carlos (1896), *El cardenal Cisneros*, Editor: José L. Albareda-Revista de España, Tomo IX.

Nesis, Florencia Sol (2005), *Los grupos mocoví en el siglo XVIII*, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Néspolo, Eugenia A. (2007), "Las misiones jesuíticas bonaerenses del siglo XVIII, ¿Una estrategia político-económica indígena?", *Revista Tefros*, Vol. 5, Nº 1, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Núñez Cabeza de Vaca, Alvar (1962), *Comentarios. Escriptos por Pero Hernández, escribano y secretario de la Provincia, y dirigidos al serenísimo, muy alto y muy poderoso Señor el infante Don Carlos N. S.* Estudio Preliminar y notas aclaratorias de D. Roberto Ferrando Pérez, en: *Viajes por America del Sur*. Viajes y Viajeros. II. Madrid: Aguilar.

Ojeda, Milciades (1999), *El Paraguay Jesuítico. Nuestra Señora de Belén de los Mbayá. Relato basado en las memorias del sacerdote jesuita Francisco José Sánchez Labrador. 1760-1770 y un compendio después de la expulsión de los jesuitas hasta nuestros días*, Paraguay: Grafica F.A.S.

Olivares, Jesuita Miguel de (2005) [1736], *Los jesuitas en la Patagonia. Las misiones e la Araucanía y el Nahuelhuapi (1593-1736*, Buenos Aires: ediciones Continente.

Oliveto, L. Guillermina y Beatriz Ventura (2009), "Dinámicas poblacionales de los valles orientales del sur de Bolivia y norte de Argentina, Siglos XV_XVII. Aportes etnohistóricos y arqueológicos", *Población y Sociedad*, Tucumán, Nº 16.

O'Neill SJ Charles E. y Joaquín María Domínguez, SJ (2001), Diccionario histórico de la Compañía de Jesús, Biográfico-Temático, Tomo III, Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

Ordóñez, Valeriano y Féliz Pérez de Larraya (s/f), *Jesuitas navarros siglo a siglo*, Tomo 1, Siglo XVI, edición mecanografiada.

Ortwin Saber, Carl (1984), *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, México: Fondo de Cultura Económica.

Page, Carlos A. (2004a), "*El Colegio Máximo de Córdoba (Argentina) según las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús"*, Córdoba: Editorial BR Copias.

-------- (2004b), "Los ejidos como espacio comunal de la ciudad de Córdoba del Tucumán", *Revista de Indias*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Vol. LXIV, Nº 232, Setiembre-Diciembre.

-------- (2005), "El Colegio de Tarija y las misiones de chiquitos", *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos*, Sucre: Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia.

-------- (2006), "El Padre Francisco Lucas Cavallero y su primera experiencia misional con la reducción de indios pampas", *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales.* Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales "José Ortiz Mercado", Universidad Autónoma "Gabriel René Moreno", Seg. Epoca, Vol 12 Nº 1-2 Junio-Diciembre, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.

-------- (2007a), "La relación del P. Francisco Lucas Cavallero sobre la formación de la reducción jesuítica de indios pampas en Córdoba (15-07-1693)", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba* (Argentina), Nº 24, Córdoba.

-------- (2007b). *Los viajes de Europa Buenos Aires, según las crónicas de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII*. Córdoba: Báez ediciones.

-------- (2007c), "De Génova a San Pablo. La relación de viaje del P. Antonio Ripari SJ de 1636", *Tempo da Ciência* (14) 28, 2º semestre, Toledo: Universidade Estadual do Oeste do Paraná.

-------- (2007d), "I Gesuiti sardi delle misión del Paraguay". *Theológica & Historica*, Pontificia Facoltà di Teologia di Cagliari, Diciembre Nº XVI.

-------- (2007e), "El pueblo de indios de La Toma en las inmediaciones de Córdoba del Tucumán. Un ejemplo de asentamiento periférico. Siglos XVII al XIX", *Cuadernos de Historia: Serie Economía y Sociedad***,** Nº 9, Córdoba: Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

-------- (2011a), *Siete Ángeles. Jesuitas en las reducciones y colegios de la antigua Provincia Jesuítica del Paraguay*, Buenos Aires: SB ediciones.

-------- (2011b), *Relatos desde el exilio. Memorias de los jesuitas expulsos de la antigua provincia del Paraguay*, Asunción: Servilibro.

Palomeque, Silvia (2000), "El mundo indígena", en Enrique Tandeter (dir.), Nueva Historia Argentina, Tomo 2 *La sociedad colonial*, Buenos Aires: Sudamericana.

Pastells SI, Pablo (1912), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 1 (1568-1697), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

-------- (1915), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 2 (1638-1654), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

-------- (1918), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 3 (1669-1679), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

-------- (1924), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 4 (1683-1704), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

-------- (1933), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo de Indias*, Tomo 5 (1702-1715), Madrid: Librería General de Victorino Suárez.

Pastells SI, Pablo y Francisco Mateos SI (1946), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, Tomo 6 (1715-1731), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.

-------- (1948), *Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay*, Tomo 7 (1731-1751), Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.

Paucke SJ, Florián (1942). *Hacia allá y para acá, una estada entre los mocovíes, 1749-1767*, Traducción de E. Wernicke, Tucumán: Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán.

-------- (2010), *Hacia allá y para acá*, Santa Fe: Gobierno de Santa Fe.

Pedrotta, Victoria, "Acerca de las normas y las instituciones que deben velar por el patrimonio cultural bonaerense: el caso de la reducción de los indios Pampas (Castelli)", *2do. Congreso Iberoamericano y X Jornada "Técnicas de Restauración y Conservación del Patrimonio"*

Peña, Gabriela Alejandra (1997). *La evangelización de indios, negros y gente de castas en Córdoba del Tucumán durante la dominación española (1573-1810),* Universidad Católica de Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades.

Peramás SJ. José Manuel (1946) [1791], *Vida y obra de seis humanistas*, Traducción Antonio Ballus, prólogo Guillermo Furlong SJ, Buenos Aires: Editorial Huarpes.

Pérez Fernández OP, Isacio (1995), *Fray Bartolomé de las Casas, de defensor de los indios a defensor de los negros*, Salamanca: Ed. San Sebastián.

Pioli, Alicia Juliana (2002), "El Colegio jesuítico de Corrientes", (Tesina inédita - UNISINOS), São Leopoldo: Universidade Do Vale do Rio Dos Sinos.

Piossek Prebish, Teresa (1999), *Relación Histórica de Calchaquí. Escrita por el misionero jesuita P. Hernando de Torreblanca en 1696*, Buenos Aires: Archivo General de la Nación.

Quintián, Juan Ignacio (2008), "Articulación política y etnogénesis en los Valles Calchaquíes. Los Pulares durante los siglos XVII y XVIII", *Andes* Nº 19, Salta ene./dic.

Quiroga, Adán (1992) [1897], *Calchaquí. Petrografías y pictografías de Calchaquí. Foklore Calchaquí.* Buenos Aires: Tipografía Editora Argentina.

Raffino, Rodolfo A. (1991), *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*. Buenos Aires: Tea.

Razori, Amilcar (1945), *Historia de la ciudad Argentina*, Buenos Aires: Imprenta López, T.II.

Remesal, Fray Antonio de (1964-1966), *Historia general de las Indias Occidentales y particular de Chiapa y Guatemala,* Biblioteca de autores españoles, Nº 189, Madrid: Ediciones Atlas.

Rodríguez Q., David (2005), "Los jesuitas y su labor evangelizadora en la doctrina de Santiago del Cercado", *Investigaciones Sociales,* Año IX N° 15, UNMSM - IIHS, Lima.

Rosales SJ, Diego de (1878), *Historia general de el reino de Chile Flandes Indiano*, Valparaíso: Imprenta del Mercurio, III T.

-------- (1991) [1673], *Seis misioneros en la frontera mapuche,* selección de textos del manuscrito original titulado "Conquista espiritual del Reino de Chile", Temuco: Centro Ecuménico Diego de Medellín, Ediciones Universidad de La Frontera.

Roselli, Manuel (1922), *Reseña histórica de Reconquista,* Santa Fe.

Rosso, Giuseppe (1950). "Nicoló Mascardi. Missionario Gesuita esploratore del Cile e della Patagonia (1624-1674)". *Archivum Historicum Societatis Jesu,* Nº XIX, Roma.

Roxas, Silvestre Antonio (1836). *Derrotero de un viage desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcan, rumbo de sud-oeste, comunicado a la corte de Madrid en 1701,*

por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios Peguenches. En Derroteros y viages a la ciudad encantada, ó de los Cesares que se creia existente en la cordillera al Sud de Valdivia. Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y modera de las provincias del Río de la Plata ilustrados con notas y disertaciones por Pedro de Angelis. Tomo Primero. Buenos Aires: Imprenta del Estado.

Saignes, Thierry (2007), *Historia del pueblo chiriguano*, (Comp de Isabelle Combés), Bolivia: Instituto francés de estudios andinos, embajada de Francia, Plural editores.

Salva, Jaime (1947), "Semblanzas misioneras: el P. Pedro Juan Andreu SJ, provincial del Paraguay", *Mision*alia *Hispánica*, Nº 4, Madrid.

Sánchez Labrador SJ, José (1910) [1770], *El Paraguay Católico*, Buenos Aires: Imprenta Coni,

-------- (1936) [1772], *Paraguay Católico. Los indios pampas- puelches- patagones, según Josph Sanchez Labrador, SJ*, Monografía inédita prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff, SJ, Buenos Aires: Viau y Zona, editories.

Solano, Francisco de (1996), *Normas y leyes de la ciudad hispanoamericana 1492-1600*, Tomo 1, Biblioteca de Historia de América, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Solórzano Pereyra, Juan de (1736), *Política indiana*, Madrid: Matheo Sacristan.

Storni SI, Hugo (1980), *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585*-1768, Roma: Institutum Historicum SI.

-------- (1992), "Nicolò Mascardi, S.I., 1624-1674", *Quaderni Franzoniani*, Nº 5, Génova.

-------- (2001), "Diego de Torres Bollo", en Charles E. O'Neill SI y Joaquín M. Domínguez SI (Directores), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Roma-Madrid: Institutum Historicum SI y Universidad Pontificia de Comillas.

Susnik, Branislava (1981), *Los aborígenes del Paraguay. Etnohistoria de los chaqueños 1650-1910*. Asunción: Museo Etnográfico "Andrés Barbero", T.1.

Tena Ramírez, Felipe (1977), *Vasco de Quiroga y sus pueblos de Santa Fe en los siglos XVIII y XIX*, México: Editorial Porruia, México.

Tommasini OFM, Gabriel (1933), *Los indios ocloyas y sus doctrinas en el siglo XVII*, Córdoba: Imprenta de la Universidad.

Torres, Pedro (1948), *La bula omnímoda de Adriano VI*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.

Trivero Rivera, Alberto (s/f), "Acerca de la Historia de la Isla de Quinchao", http://www.monografias.com/trabajos26/quinchao/quinchao.shtml

Tudela y Bueso (ed), Juan Pérez, (1957-1958), *Obras escogidas de fray Bartolomé de las Casas*, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Urbina Burgos, Rodolfo (2007), "El pueblo chono: de vagabundo y pagano alzado a cristiano y sedentario amestizado", en *Orbis Incognitvs. Avisos y legajos del Nuevo Mundo, homenaje al profesor Luis Navarro García*, Fernando Navarro Antolín (coord.), Universidad de Huelva.

Urbina, M. Ximena (2008), "La frustrada misión estratégica de Nahuel-Huapi, un punto en la inmensidad de la Patagonia", *Magallania* (Chile) 2008, Vol. 36(1).

Verlinden, Charles (1994), "Las reducciones y los cambios estructurales en el México hispano (siglos XVI-XVII)", *Revista Complutense de Historia de América*, Nº 20, Madrid: Ed. Complutense.

Vitar, Beatriz (2000), "El impacto de la expulsión de los jesuitas e la dinámica frontera del Tucumán", en José Andrés-Gallego (Coord.), *Nuevas Aportaciones a la Historia Jurídica de Iberoamérica*, Colección Proyectos Históricos Tavera, Madrid: Fundación Histórica Tavera.

Ximénez, Francisco (1999), *Historia de de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la orden de predicadores*, Gobierno del estado de Chiapas: Tuxlta Gutiérrez, ed.

Zapiola, José (1974) [1872-1874], *Recuerdos de treinta años: 1810-1840*. Santiago: Editorial Zig-Zag.

Zinny, Antonio (1920). *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*, Buenos Aires, Vol. 1.

Zorreguieta, Mariano (2008) [1877], *Apuntes históricos de la provincia de Salta en la época del coloniaje*, Salta: Editorial Universidad Católica de Salta.

Zubillaga SI, Félix (1941), *La Florida. La misión jesuítica (1566-1572) y la colonización española*, Roma: Institutum Historicum.

-------- (1943), "Métodos misionales de la primera instrucción de San Francisco de Borja para la América española (1567)", *Archivum Historicum Societatis Iesu*, Nº 12, Roma.

Las otras reducciones jesuíticas

Este libro trata sobre el devenir de una serie de proyectos y realizaciones de un grupo de jesuitas que, más allá de llevar el Evangelio a los lugares más recónditos de su Provincia del Paraguay, tuvieron como prioridad salvar la vida de cientos de personas que caían bajo la espada y la cruz de una conquista exterminadora. Las "otras reducciones jesuíticas" son las que se ubicaron en el Chaco, noroeste y sur argentino, exceptuando las conocidas de guaraníes y chiquitos. Esta experiencia misional trajo nuevos e inéditos desarrollos poblacionales dentro del contexto del urbanismo hispanoamericano y con ello una arquitectura que se correspondía a la territorialidad y sincretismo de dos culturas.

Carlos A. Carlos A. Page
Arquitecto y Doctor en Historia. Investigador Independiente del CONICET-Argentina. Fue becario de la Fundación Carolina, del Ministerio de Cultura de España, e investigador invitado del CNR-Italia y el CSIC-España. Publicó más de 20 libros y unos 200 artículos en revistas especializadas de Europa y América.

978-3-8454-9478-4

editorial académica española